SAN PEDRO DAMIÁN

Sermones

SABBATISMUS

San Pedro Damián (1007–1072)
Sermones · Sermones

Texto latino: dominio público.
Traducción, alineación y edición © 2026 Inversiones San Juan Diego (Sabbatismus). Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0).

Sabbatismus es la editorial de la fundación Inversiones San Juan Diego, San Pedro Sula, Honduras.
Compuesto en EB Garamond y Cinzel.
sabbatismus.com

SERMONES DEL BIENAVENTURADO PEDRO DAMIÁN, CARDENAL DE LA SANTA IGLESIA ROMANA, OBISPO DE OSTIA, DE LA ORDEN DE SAN BENITO, CONSERVADOS POR EL ORDEN DE LOS MESES (C,G)*

1-2 DE ENERO.

VI. Sermón en la Epifanía del Señor.

XIV. Sermón sobre la traslación de S. Hilario, obispo de Poitiers y confesor.

XXII. Sermón sobre S. Anastasio, monje y mártir.

SERMÓN PRIMERO.

EN LA EPIFANÍA DEL SEÑOR (6 DE ENERO).

«Cuando nació Jesús en Belén de Judá en los días del rey Herodes, he aquí que unos magos vinieron del oriente a Jerusalén, diciendo: ¿Dónde está el que ha nacido rey de los judíos? Porque hemos visto su estrella en el oriente, y hemos venido con dones a adorarle (Mat. II)». «Alabad al Señor, todas las gentes, y alabadle juntos todos los pueblos (Sal. CXVI)». Pues cuando la palabra omnipotente aún no había descendido de las sedes reales «y la noche estaba en la mitad de su curso (Sab. XVIII)», el pueblo de las naciones caminaba en tinieblas (Is. IX), porque «amaron más las tinieblas que la luz (Jn. III)», y siguiendo varios errores, «los impíos caminaban en circuito (Sal. I)», yendo cada uno, «uno a su villa, otro a su negocio (Mat. XXII); y su corazón insensato se oscureció (Rom. I)», porque cada uno se inclinó

a la obra de sus propias manos. También todos aquellos antiguos padres estuvieron bajo la nube (I Cor. X), por cuanto miraban en una visión nocturna, ni podían contemplar la claridad del rostro de Moisés (Éx. XXXIV; II Cor. III), porque el velo estaba puesto sobre su corazón, y había agua tenebrosa en las nubes del aire (Sal. XVII), cuando a saber los ínclitos hijos de Sión fueron convertidos en vasos de barro, obra de manos de alfarero; fueron dispersadas las piedras del santuario en la cabecera de todas las plazas; su plata se convirtió en escoria, porque sus taberneros mezclaban agua con el vino; cuando se oscureció el oro, se cambió el color óptimo (Lam. IV); ni había entre ellos quien hiciera el bien, ni siquiera hasta uno (Sal. XIII). Entonces, pues, se hicieron tinieblas sobre toda la tierra (Mat. XXVII), porque el judío y el gentil extendieron su lecho en las tinieblas, habitando en las tinieblas y en la sombra de la muerte (Lc. I). Puesto que, por tanto, entonces la noche pasó, he aquí que el día se ha acercado (Rom. XIII), y la luz resplandeció en el habitáculo de nuestra cárcel, por el hecho de que ha nacido en las tinieblas la luz para los rectos de corazón (Sal. CXI), cuando nos visitó el oriente desde lo alto (Lc. I); y nos ha nacido el lucero matutino, que no conoce ocaso, cuando aquella luz verdadera, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, lució en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron (Jn. I).

Los judíos, por tanto, y los gentiles estuvieron en tinieblas hasta el tiempo de la plenitud. Pero cuando vino la plenitud del tiempo (Gál. IV), el

Señor envió al Cordero dominador de la tierra desde la piedra del desierto al monte de la hija de Sión (Is. XVI), y la piedra que desecharon los edificadores, esta ha sido hecha cabeza de esquina (Sal. CXVII). Y porque a esto había venido, para congregar en uno a las ovejas dispersas, aunque no fuera enviado primero sino a las ovejas que habían perecido de la casa de Israel (Mat. XV); porque, sin embargo, tenía otras ovejas que no eran de este redil, y a aquellas le convenía traerlas para que se hiciera un solo redil y un solo pastor (Jn. X), por eso para los que habitaban en la región de la sombra de la muerte, tanto judíos como gentiles, la luz nació para ambos (Is. IX), por lo cual también en el nacimiento la claridad de Dios rodeó a los pastores, porque el ángel les evangelizó un gran gozo (Lc. II); y en el día de hoy la claridad de la estrella anuncia al Salvador nacido (Mat. II). Así pues, a los judíos, como a quienes usan la razón, les habla la voz de los ángeles; pero a los gentiles, como a brutos y animales en los campos de la selva, les habla la lengua, o mejor, la estrella de los cielos. Nuestra luz, por tanto, demuestra la luz, la criatura indica a su Creador, la obra habla de su hacedor, y una nueva estrella anuncia al verdadero sol. «Alabad, pues, al Señor, todas las gentes, y alabadle juntos todos los pueblos (Sal. CXVI). Alegraos, gentes, juntamente con su pueblo (Rom. XV)». Alégrense los gentiles, salten de gozo los judíos, porque he aquí que el sol brilló desde la estrella, y el Hacedor de la Virgen se hizo en la Virgen hechura suya. Porque al hombre que fue hecho en ella, el mismo

Altísimo la fundó (Sal. LXXXVI). Nació, pues, el sol de la estrella, la salud de la enfermedad, de la muerte la vida, la luz de las tinieblas, la dulzura de la amargura, y de la espina la rosa, el padre de la hija, el señor de la sierva, y de un pequeño arroyo «una fuente de agua que salta hasta la vida eterna (Jn. IV)». Nace, pues, el sol de la estrella, y el sol es demostrado por la estrella.

Había una estrella en el aire, una estrella en la tierra, el sol en el pesebre. La estrella en el aire, aquel cuerpo lúcido; la estrella en la tierra, la virgen María; el sol en el pesebre, nuestro Cristo. La estrella en el aire, de la cual tuvimos en el Evangelio: «Porque hemos visto su estrella en el oriente, y hemos venido a adorarle (Mat. II)». La estrella en la tierra, de la cual Balaam predijo en su profecía: «Nacerá una estrella de Jacob, y quebrantará a todos los extranjeros (Núm. XXIV)». El sol en el pesebre, del cual los réprobos, según lo que se lee en el libro de la Sabiduría, han de decir en el futuro: «Erramos del camino de la verdad, y el sol de justicia no nos iluminó (Sab. V)». Del cual dice el Apóstol: «No se ponga el sol sobre vuestra ira (Ef. IV)». ¿No es él mismo quien «puso en el sol el tabernáculo» de su carne, cuando fue «como un esposo que sale de su tálamo? (Sal. XVIII)».

En una estrella, hermanos, se observan principalmente cuatro cosas. Pues la estrella es de naturaleza ígnea; la estrella es lúcida y clara en sí misma; la estrella emite de sí un rayo; la estrella luce en la noche. Estas mismas cosas podemos encontrarlas en nuestra estrella, esto es, en la

virgen María. La estrella, como dijimos, es de naturaleza ígnea [aparece ígnea], y la misma virgen María fue de naturaleza ígnea. Pues ella misma es aquella zarza ardiente en la que el Señor se apareció a Moisés, la cual parecía ciertamente arder, pero no se consumía (Éx. III), porque la Virgen ciertamente apareció encinta, pero no fue consumida por el fuego de la lascivia. Ella misma es espléndida y clara en sí, de tal modo que de ella está escrito en el Cantar de los cantares: «¿Quién es esta que avanza como la aurora naciente, hermosa como la luna, elegida como el sol? (Cant. VI)». Ella emitió de sí aquel rayo que penetra hasta lo secreto del corazón. Pues escudriña los corazones y las entrañas (Jer. XVII; Rom. VIII; Apoc. II); por cuanto es viva la palabra de Dios, y eficaz y más penetrante que toda espada de dos filos, llegando hasta la división del alma y del espíritu (Heb. IV); por lo cual también le conviene con razón la interpretación de su nombre. Pues María se interpreta como estrella del mar (stella maris). El mar es este mundo, como está escrito: «Este mar grande y espacioso, allí hay reptiles cuyo número no existe (Sal. CIII)». Con razón, pues, es llamada estrella del mar, porque ella misma resplandeció como astro singular en el mundo, y cuyo esplendor ilumina el mundo, y emitió de sí aquel rayo que «ilumina a todo hombre que viene a este mundo (Jn. I)». Y así como el rayo procedió de la estrella, permaneciendo íntegra la estrella; así el hijo de la Virgen, perdurando la virginidad inviolable, según lo que también dice el profeta Ezequiel: «La puerta que ves siempre

estará cerrada, y nadie pasará por ella, sino que solo el Señor entrará por ella (Ez. XLIV)». La estrella luce en la noche, y la misma Virgen lució singularmente en la noche de este siglo, según lo que de ella está escrito: «Tú que sola destruiste todas las herejías en el universo mundo». Tal es nuestra estrella, hermanos, tal es la virgen María, tal es la estrella del mar, y porque nos dejó ejemplo para que sigamos sus huellas (I Pe. II), tal debe ser también nuestra alma.

Seamos, pues, hermanos, de naturaleza ígnea, para que esté en nosotros aquel fuego que el Señor vino a traer a la tierra (Lc. XII): y aquel fuego que estaba llameante en los huesos de Jeremías, se encienda en el crisol de nuestro corazón, junto al cual se sienta el Señor purgando y limpiando a los hijos de Leví (Mal. III). Seamos también nosotros claros y fúlgidos, para que aspire para nosotros el día y se inclinen las sombras (Cant. II, IV): y «despojándonos del hombre viejo con sus actos, revistámonos del nuevo, que ha sido creado según Dios (Col. III)»; para que si fuimos alguna vez tinieblas, ahora seamos luz en el Señor (Ef. V): y revestidos con las armas de la luz, caminemos honestamente, como conviene caminar en el día (Rom. XIII). Emitamos también de nosotros, hermanos, el rayo de la buena obra, porque está escrito: «Estén vuestros lomos ceñidos y las lámparas ardiendo en vuestras manos (Lc. XII)». Llevamos ciertamente lámparas ardiendo en las manos cuando lucimos para nuestros prójimos mediante los ejemplos de la buena obra, para que una cortina atraiga a la otra; «y el que oye, diga:

Ven (Apoc. XXII)»; y «así luzca vuestra luz ante los hombres, para que viendo vuestras buenas obras glorifiquen al Padre que está en los cielos (Mat. V)», y corran muchos al olor de nuestros ungüentos (Cant. I).

La estrella luce también en la noche, y nosotros, hermanos, luzcamos en la noche de este siglo, según lo que está escrito: «Entre los cuales lucís como luminares fijos en el firmamento (Fil. II)». Contra las tinieblas de los herejes resplandezcamos con la luz de la sabiduría, porque está escrito: «Cazadnos las raposas que demuelen la viña del Señor (Cant. II)». Por lo cual el Señor dice: «Sed prudentes como serpientes y sencillos como palomas (Mat. X)». Así, pues, hermanos, podremos llegar al verdadero sol, si hubiéramos imitado las huellas de la Virgen y de nuestra estrella.

En el sol, sin embargo, se observan principalmente cinco cosas. El sol es inmutable en sí mismo, mientras que la luna cambia cada mes. En el sol no hay mancha alguna, mientras que en la luna siempre hay una mancha. El sol tiene plenitud de luz, de la cual también los otros luminares reciben la luz. El sol, aunque sea inmutable, a veces sin embargo padece eclipse. El sol siempre luce en el día. Pero investiguemos solícitamente estas mismas cosas en nuestro verdadero sol. El sol en sí es inmutable, y el mismo Cristo según el poder de la divinidad permanece siempre inmutable. Por lo cual él mismo dice: «Yo soy Dios, y no cambio (Mal. III); en quien no hay transmutación, ni sombra de mudanza (Sant. I)». En el

sol no hay mancha alguna; y él es quien singularmente entró en el mundo sin mancha, «quien no cometió pecado, ni se halló engaño en su boca (Is. LIII)». El sol tiene plenitud de luz; y en él habitó la plenitud de la divinidad corporalmente (Col. II), a quien no le fue dado el Espíritu por medida (Jn. III), antes bien de su plenitud todos recibimos gracia por gracia (Jn. I), cuando el ungüento descendió desde la cabeza hasta la barba, y de la barba destiló hasta la orla de la vestidura (Sal. CXXXII). El sol a veces padece eclipse; y el mismo Cristo padeció el eclipse de la muerte en la pasión, cuando se retiró el Pastor de las ovejas, poniendo su alma por sus ovejas (Jn. X), «e inclinada la cabeza entregó el espíritu (Jn. XIX)». El sol siempre luce en el día; y el mismo Señor, después que resucitando consumió las tinieblas de nuestra mortalidad, «resucitando de entre los muertos ya no muere, la muerte no tendrá ya más dominio sobre él (Rom. VI)». Pero habita una luz inaccesible (I Tim. VI), y en él no hay tinieblas algunas (I Jn. I). A este solo lo contempló el águila Juan con ojos firmes en su rueda, cuando voló tan alto que si hubiera tronado un poco más alto, todo el mundo no hubiera podido contenerle, diciendo: «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios (Jn. I)».

Los magos, por tanto, iluminados por el sol, vienen al Sol; quienes, ilustrados por la estrella que tiene su luz del sol, vinieron a adorar al Sol; cuyos actos observemos diligentemente uno por uno. Vinieron, pues, del oriente a Jerusalén, y cuando hubieron llegado, inquirieron: «¿Dónde

está el que ha nacido rey de los judíos (Mat. II)?». Cuando hubieron llegado al lugar, se postraron; cuando se hubieron postrado, adoraron; cuando hubieron adorado, ofrecieron dones. Vinieron, pues, con infatigable trabajo, inquirieron con próvida solicitud, se postraron con debida humillación, adoraron con devoción de mente, ofrecieron dones con la íntegra religión de la fe; «y le ofrecieron oro, incienso y mirra (ibíd.)». He aquí que las primicias de las naciones ofrecen primero una fe pura e íntegra. Pues ofrecieron incienso a Dios, mirra al mortal, oro al rey. Incienso por la fe de la divinidad, mirra por la fe de la humanidad o mortalidad, oro por la fe de la dignidad regia. Pues fue Dios y hombre, Emmanuel, God with us, cuando fue hecho a la vez en uno rico y pobre, y fue de tribu regia, según lo que se describe en su genealogía: «Libro de la generación de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham (Mat. I)», etc.

O bien ofrecieron estas tres cosas a la humanidad de Cristo: oro al Rey, incienso al Sacerdote, mirra al mortal. Pues fue de tribu regia y sacerdotal. Fue rey, porque tuvo escrito en su vestidura y en su muslo: «Rey de reyes, y Señor de señores (Apoc. XIX)». Fue también sacerdote según el orden de Melquisedec (Sal. CIX), rey de Salem, que fue sacerdote del Dios Altísimo (Gén. XIV; Heb. VII), porque no por la sangre de machos cabríos o de becerros, sino por su propia sangre entró una vez en el santuario, hallada la eterna redención (Heb. IX). «Pues nos hemos convertido al pastor y obispo de nuestras almas (I Pe. II)». Fue también mortal, porque «verdaderamente él

tomó nuestras flaquezas y él llevó nuestros dolores (Is. LIII)» en su cuerpo sobre el madero.

Estas mismas cosas la misma Virgen, estrella del mar, las ofreció al Sol nacido de ella en su persona. Pues ofreció el oro de la dignidad regia, porque ella misma fue de la tribu regia, según lo que se lee en dicha genealogía: «Jacob engendró a José, esposo de María, de la cual nació Jesús, que se llama Cristo (Mat. I)». Ofreció también incienso y mirra; por lo cual en el Cantar del amor estas dos cosas se unen en ella, donde se dice: «¿Quién es esta que sube por el desierto como varita de humo de los aromas de mirra e incienso, de todo polvo de perfumista?» (Cant. III). La mirra aleja los gusanos de los cuerpos de los muertos, y conserva los mismos cuerpos de la corrupción, por cuya razón Nicodemo trajo una mezcla de mirra y áloes (Jn. XIX) para ungir el cuerpo de Jesús. Por la mirra, por tanto, se designa la integridad de la carne, mientras que el incienso expresa la devoción de la mente. Bien, pues, se unen estas dos especies en nuestra estrella y vara, porque en la virgen María la integridad de la carne y la devoción de la mente permanecieron siempre indivisas. Y con razón se añade: «de todo polvo de perfumista»; porque ella misma estuvo de tal modo colmada de los dones del Espíritu Santo, que mereció oír: «Ave, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre (Lc. I)». Así, pues, hermanos, ofrecieron los magos, y ofreció la virgen María nuestra estrella. Y porque nos dieron ejemplos, por tanto hagámoslo nosotros también así.

Vinieron los magos, vengamos también nosotros, porque está escrito: «Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y yo os daré descanso (Mt 11)». Y en otro lugar: «Venid a mí los que me deseáis (Eclo 24)». Inquirieron los magos, inquiramos también nosotros, porque está escrito: «Buscad al Señor mientras puede ser hallado». Se postraron los magos, postrémonos también nosotros, porque está escrito: «Venid, adoremos y postrémonos ante Dios (Sal 94)». Adoraron los magos, adoremos también nosotros, porque está escrito: «Adorad al Señor en su atrio santo (Sal 28)». Ofrecieron los magos, ofrezcamos también nosotros, porque está escrito: «Os ruego, hermanos, que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, vuestro culto racional (Rom 12)». Ofrezcamos también nosotros esas tres cosas que ofrecieron los magos, aunque de manera diferente a ellos.

Ofrezcamos la mirra de la mortificación, para que mortificando nuestros cuerpos, que están sobre la tierra (Col 3), no nos preocupemos por la carne en sus deseos, crucificando nuestros cuerpos con sus vicios y concupiscencias (Gál 5); y que en todas estas cosas nuestro culto sea racional, como se ha dicho (Rom 12). Ofrezcamos el incienso de la oración devota, según lo que dice el Apóstol: «Oraré con el espíritu, oraré también con la mente; salmodiaré con el espíritu, salmodiaré también con la mente (1 Cor 14)», para que «mi oración se dirija como incienso en la presencia del Señor (Sal 140)». Ofrezcamos también el

oro, el esplendor de la sabiduría; pues el oro designa la sabiduría, según aquello: «El tesoro deseable descansa en la boca del sabio (Prov 21)», para que estemos preparados para dar razón de la fe y la esperanza que hay en nosotros a todo el que la pida, y brillemos con el esplendor de la sabiduría, y luchemos intrépidos contra las tinieblas de los herejes, y podamos decir: «Mejor es para mí la ley de tu boca que miles de oro y plata (Sal 118)».

Y ojalá no pudierais decir más bien: Mejor es para mí la ley de la boca de Justiniano que miles de oro y plata, «Los inicuos me contaron fábulas, pero no como tu ley, Señor (Ibíd.)»; «abandonaron al Señor, vena de aguas vivas (Jer 17)», de modo que con razón la misma Sabiduría se queja, diciendo: «Me abandonaron a mí, fuente de agua viva (Jer 2)». Pues aquellos que deben meditar día y noche en la ley del Señor, apartan el oído de la verdad hacia las fábulas.

Por tanto, los centinelas puestos sobre los muros de la iglesia sean vigilantes, para que las zorras de Sansón no incendien nuestras mieses (Jue 15); y sea levantada la torre de David con baluartes contra Damasco, de la que cuelguen mil escudos (Cant 4); pues torre fortísima es el nombre del Señor; a ella acudirá el justo y será exaltado (Prov 18). Esta es la Escritura, donde se invoca el nombre del Señor, en la cual los baluartes son los prelados y doctores, que deben custodiar sus términos, de los cuales se escribe: «No traspasarás los términos que te fijaron tus padres (Prov 24)». Pues Moisés fijó términos frente al monte Sinaí, los cuales no era lícito traspasar (Éx 19).

Y ojalá nadie traspase estos términos, de lo contrario serán dignos de pedradas. De esta cuelgan mil escudos, a saber, la perfección de las autoridades, que sirve para su defensa. Esta torre se sitúa contra Damasco, es decir, contra la fuerza de los herejes. Nadie puede poner otro fundamento fuera del que está puesto, que es Cristo Jesús (1 Cor 3), esto es, el misterio de Cristo.

Inmóvil, por cierto, e inmutable es el misterio de Cristo, porque tuvo un testimonio múltiple. Pues tuvo el testimonio de hombres, el testimonio de mujeres, el testimonio de varones, el testimonio de ancianos, el testimonio de las cosas terrenas, el testimonio de los cielos, el testimonio de los gentiles, el testimonio de los judíos, el testimonio de los antiguos, el testimonio de los modernos, el testimonio de la luz, el testimonio de las tinieblas, el testimonio de la ley, el testimonio de los profetas, el testimonio de los reyes, el testimonio de las turbas, el testimonio de los vivos, el testimonio de los muertos, el testimonio de los brutos, el testimonio del sol, el testimonio de los elementos.

Tuvo testimonio de hombres, porque había pastores en aquella región, quienes al venir hallaron lo referente a la palabra, tal como se les había dicho sobre el niño (Lc 2). Testimonio de ángeles, pues el ángel del Señor se presentó ante ellos y les dijo: «He aquí que os anuncio una gran alegría, porque hoy ha nacido el Salvador del mundo, que es Cristo el Señor, en la ciudad de David (Ibíd.)». Y se unió al ángel una multitud del ejército celestial, que alababan a Dios y decían: «Gloria a Dios

en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad (Ibíd.)».

Tuvo testimonio de mujeres, porque Ana la profetisa, hija de Fanuel, confesaba al Señor y hablaba de él a todos los que esperaban la redención de Israel (Ibíd.). Tuvo testimonio de varones, porque en un solo día se convirtieron tres mil, y en otro cinco mil (Hech 2; 4), que daban testimonio de Jesús.

Tuvo testimonio de ancianos, porque aquel anciano de días, Simeón, cuyos cabellos eran como lana blanca, que había recibido la respuesta del Espíritu Santo de que no vería la muerte sin ver al Cristo del Señor, tomándolo en sus brazos, dijo: «Ahora, Señor, según tu palabra, dejas a tu siervo irse en paz, porque mis ojos han visto tu salvación (Lc 2)». Tuvo testimonio de párvulos, porque aquellos Inocentes, aunque no hablando, sin embargo muriendo lo confesaron (Mt 2).

Tuvo testimonio de las cosas terrenas, porque se hizo la paz en la tierra a los hombres de buena voluntad; tanta, que por un solo hombre, César Augusto, fue censado todo el orbe (Lc 2); de cuya tranquilidad Isaías dice: «Forjarán sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en podaderas (Is 2)».

Tuvo testimonio de los cielos, porque los cielos enviaron una nueva estrella, según lo que tuvimos en el Evangelio: «Y he aquí que la estrella que los magos habían visto en oriente iba delante de ellos hasta que, llegando, se detuvo encima de donde estaba el Niño (Mt 2)». Tuvo testimonio de los gentiles, porque los magos, al llegar a Jerusa-

lén, dijeron: «¿Dónde está el que ha nacido rey de los judíos? (Mt 2)». Tuvo testimonio de los judíos, porque Herodes, reuniendo a los príncipes de los sacerdotes y a los escribas del pueblo, les preguntaba dónde nacería el Cristo; y ellos dijeron: «En Belén de Judea (Ibíd.)».

Tuvo testimonio de los antiguos, porque fue prefigurado en las manos de los profetas (Os 12); pues él mismo es el Cordero inmolado desde el origen del mundo (Apoc 13). Tuvo testimonio de los modernos, por lo cual él mismo dijo a los discípulos: «Me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta lo último de la tierra (Hech 1)».

Tuvo testimonio de la luz, porque la claridad de Dios rodeó a los pastores (Lc 2), y la claridad de la estrella iluminó a los magos (Mt 2). Testimonio de las tinieblas, porque en su muerte se hicieron tinieblas sobre toda la tierra (Mt 27; Mc 15; Lc 23).

Tuvo testimonio de la ley, porque Moisés dijo en la ley: «Dios os suscitará un profeta de entre vuestros hermanos; a él escucharéis como a mí (Dt 18)». Y en otro lugar: «Y estará tu vida pendiente de un madero; la verás y no la conocerás (Dt 28)». Testimonio de los profetas, porque Isaías dice: «Saldrá una vara de la raíz de Jesé, y una flor de su raíz subirá, y descansará sobre él el espíritu del Señor (Is 1)». Y en otro lugar: «He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y su nombre será llamado Emmanuel (Is 7)». Baruc, por su parte: «Después de esto —dice— fue visto en las tierras y conversó con los hombres (Bar 3)». Ezequiel en su testimonio fue llamado hijo

(Ez 2). Daniel dice: «Cuando venga el Santo de los santos, cesará vuestra unción (Dan 9)». Oseas en su testimonio tomó a una mujer fornicaria (Os 1). Habacuc dice: «Hay cuernos en sus manos (Hab 3)». Jonás en el vientre del cetáceo dio fe de su testimonio (Jon 2). ¿Y para qué discurrir por cada uno? No hubo ninguno de los profetas que no diera testimonio de él.

Testimonio de reyes; de donde el rey David: «Nuestra tierra dará su fruto (Sal 84)». Y en otro lugar: «Ábrase la tierra y germine al Salvador (Sal 45)». Y Salomón: «Béseme con el beso de su boca, porque mejores son tus pechos que el vino, fragantes con los mejores ungüentos», y: «Mientras el rey estaba en su diván, mi nardo dio su olor (Cant 1)».

Testimonio de las turbas, por lo cual dijeron en el Evangelio: «Hemos visto maravillas hoy (Lc 5)». Y: «Si este no fuera de Dios, no podría hacer lo que hace (Jn 9)»: por lo cual quisieron incluso arrebatarlo y hacerlo rey (Jn 6).

Testimonio de los vivos, porque aquellos dos que iban a Emaús vinieron y contaron todo lo que les había sucedido (Lc 24). Testimonio de los muertos, porque «muchos cuerpos de santos que habían dormido resucitaron y se aparecieron a muchos (Mt 27)».

Testimonio de los brutos, porque «el buey conoció a su dueño, y el asno el pesebre de su señor (Is 1)». Testimonio del sol, cuando él mismo se oscureció (Lc 23). Testimonio de los elementos, porque dio testimonio la tierra, cuando se produjo el gran terremoto (Mt 27). Dio testimonio el

agua, cuando con los pies secos caminó sobre las aguas (Jn 6). Dio testimonio el aire, cuando una nube lo recibió de los ojos de ellos, a saber, de los discípulos (Hech 1). Dio testimonio el fuego, cuando el ángel del Señor bajó del cielo y resplandeció su rostro como un relámpago (Mt 28); pues el relámpago es de naturaleza ígnea.

Puesto que, por tanto, hermanos, el misterio de la cruz tuvo el testimonio de todos los predichos, avergüéncese el judío infeliz que niega que Cristo nació de la Virgen; porque los pastores judíos lo hallaron tal como se les había dicho (Lc 1). Confúndase el gentil que dice al madero: «Mi Dios eres tú»; y a la piedra: «Tú me engendraste (Jer 2)»; porque los magos gentiles lo adoraron a él mismo. Enmudezca el hereje que contradice el misterio. Y toda lengua confiese que nuestro Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre (Flp 2). A la cual gloria nos conduzca el mismo Señor nuestro Jesús, quien, siendo esplendor de las luces, flor de las flores, vida de las costumbres, escuela de las virtudes y corona de los santos, reina sobre los coros de los ángeles por los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN II.

SOBRE LA TRASLACIÓN DE SAN HILARIO, OBISPO DE POITIERS Y CONFESOR (14 DE ENERO).

Gocémonos y exultemos, amadísimos, mientras nos reunimos solemnemente para recordar los sublimes méritos del bienaventurado Hilario. Pues la misma dignidad de su ilustre nombre nos

provoca a que nuestra mente, afectada por una alegría espiritual, se alegre plausiblemente. Asimismo, también esto es digno: que, mientras celebramos la traslación del bienaventurado varón, nosotros mismos traslademos también nuestras mentes de los deseos terrenales a los celestiales, para que, mientras vemos que los restos de su cuerpo y su leve polvillo son preferidos con tanto honor entre los hombres, nuestra mente pondere qué peso de gloria posee en los cielos, donde está el honor verdadero e incomparable. Pero place ya recorrer sucintamente la historia de esta traslación, para que a nadie en adelante le convenga dudar en absoluto sobre el origen de esta preclara solemnidad.

Pues bien, mientras el confesor de Cristo, Fredelino, regía laudablemente el monasterio del bienaventurado Hilario, situado en el suburbio de Poitiers, y allí brillaba por las insignes disciplinas de una santa conversación y por una preclara honestidad de costumbres, el bienaventurado Hilario se le apareció manifiestamente en una visión y, entre otras varias cosas, le mandó con cierta autoridad de vivo imperio que, a saber, él mismo junto con el obispo de Poitiers acudieran sin tardanza al rey de los francos, que entonces regía las riendas de los asuntos, y le pidieran con confianza que se sufragaran los gastos con los que el monasterio pudiera ser ampliado y hecho más augusto. A cuyas palabras añadió además que, una vez restaurado de nuevo el monasterio, el santo abad proveyera un lugar congruo para él en el que, realizada la traslación, guardaran su

cuerpo. A los cuales, cumplida la legación del feliz oráculo, el rey recibió clemente y benignamente y les concedió magníficos dones de la liberalidad real.

Desde los cimientos, por tanto, construyendo de nuevo el monasterio por medio de canteros y albañiles, y restaurándolo de forma impoluta, los ministros del Señor insistieron incansables en las labores comenzadas durante tanto tiempo hasta que no solo llevaron a su consumación la estructura de la fábrica que se levantaba, sino que también vistieron las paredes por ambos lados, esto es, por dentro y por fuera, con el decoro de un radiante mosaico. En cuya obra, cuando la suma del don real faltó, el obispo no cesó de suplir con las facultades eclesiásticas lo que faltaba.

Finalmente, una vez que el monasterio quedó no solo perfecto por la estructura de la fábrica consumada, sino también dedicado con las bendiciones del oficio sacerdotal, pronto demolieron el túmulo en el que el santo cuerpo había sido sepultado. Fijado, pues, el día en que trasladarían los santos miembros, la noche anterior, mientras el obispo y el abad pasaban la noche en vigilias y oraciones constantes, de repente ven que los santos ángeles sacan el santo cuerpo del túmulo, que ya había sido perforado, y lo introducen con sus propias manos en el lugar que se le había preparado.

Realizadas estas cosas, el bienaventurado Hilario amonestó a san Fredelino por medio de una visión para que sustituyera a un cierto escocés, cercano a él por parentesco, en el régimen del

cenobio; y que él mismo se apresurara a la isla Gallinaria para edificar una iglesia en honor del mismo bienaventurado Hilario. El cual pronto obedeció humildemente al imperio del bienaventurado sacerdote, y no solo construyó aquello que se le había mandado, sino también otros cuatro monasterios en su honor. Aunque la vida del bienaventurado Fredelino, en la que se dice que se refiere esta historia, de ninguna manera ha llegado a nuestras manos, sino que lo que aquí se escribe nos ha sido conocido por el indicio de una relación fraterna.

Esta es, pues, la causa de esta sagrada solemnidad, esta es la venerable materia de la celebridad de hoy: que en la traslación del sagrado cuerpo con razón se goce el pueblo devoto de los fieles, a quien un ejército de ángeles rinde exequias. Además, con ocasión de esta venerable traslación, también las demás gestas del bienaventurado varón vuelven a nuestra memoria, para que aquellas que fueron realizadas hace mucho tiempo, reducidas ahora a nuestra vista, parezcan en cierto modo recientes y nuevas.

En efecto, tan pronto como empezamos a tratar sobre las gestas del venerable varón, inmediatamente ocurre a la memoria qué impenetrable muro de la Iglesia se opuso a los dardos de los herejes, qué insuperable combatiente trituró el perverso dogma de los arrianos con la gracia de la verdad católica. No carece de importancia el hecho de que, cuando se dirigía a Seleucia, ciudad de Isauria, para luchar contra la perfidia de los herejes, una muchacha gentil, instruida divina-

mente, anunció la llegada de tan gran sacerdote, y por ello mereció recibir el sacramento del divino bautismo junto con su padre Florencio y toda su familia.

Ni se olvida aquel insigne milagro de que en la isla Gallinaria la venenosa rabia de enormes serpientes no pudo soportar la virtud de tan preclaro pontífice, sino que, como aterrorizada por un fragor fulmíneo, no presumió traspasar el límite marcado por un vil báculo que él mismo había fijado.

Pero también ocurre consecuentemente a la memoria que el mismo egregio pontífice no solo devolvió a su madre, resucitado e incólume, a un niño muerto sin la gracia de la regeneración, sino que también, instruido en los rudimentos de la verdadera fe, lo agregó a los hijos de la santa Iglesia.

Estas, pues, y otras muchas insignias de sus virtudes nos ocurren con ocasión de esta venerable traslación, las cuales nos encienden en el amor de Dios y en la devoción a este preclaro sacerdote. Claramente, si la santa Iglesia venera las traslaciones de muchos justos, las cuales fueron procuradas por la diligencia de los hombres, ¿con cuánto estudio de devoción debe ser solemnemente recordada esta, que fue hecha por manos de ángeles?

Pero, ¿por qué el mismo Señor por sí mismo sepultó el cuerpo de Moisés (Dt 34) y, sin embargo, no quiso que su sepulcro fuera conocido por los hombres? En cambio, trasladó el cuerpo del bienaventurado Hilario no solo ante los hombres

por medio de ángeles, sino que lo sublimó para gloria de tan gran honor y para reverencia de toda la Iglesia. De Moisés, por cierto, está escrito: «Murió allí Moisés, siervo del Señor, en la tierra de Moab, por mandato del Señor; y lo sepultó en el valle de la tierra de Moab, frente a Fogor; y ningún hombre conoció su sepulcro hasta el día de hoy (Ibíd.)». ¿Por qué, pues, aquel es desconocido, mientras que este es visitado diariamente con tanta gloria de la devoción cristiana? ¿Por qué, digo, Moisés es retirado del conocimiento de los hombres, sino para que se quite la ocasión de que, al conocerse que existió alguien tan querido y familiar de Dios, se le rinda un honor divino por la perfidia de la plebe israelita? Los cuerpos de los demás santos, en cambio, no se ocultan, para que, mientras son frecuentados por el acceso de la devoción cristiana, se produzcan por medio de ellos rutilantes signos de virtudes, y a estos les crezca el cúmulo de méritos felices.

Además, algunos fieles son incluidos después de la muerte en túmulos más elevados para que inspiren su memoria a los vivos, a fin de que estos no omitan dedicarles obras de piedad. De aquí viene que la sepultura sea llamada por costumbre «memoria», a saber, para que por ella sean recordados por los vivos y perciban refrigerio los muertos.

Pero, ¿por qué algunos de los santos tanto se esforzaron por proveer sepulcros para sus cuerpos? Abraham, en efecto, compra por cuatrocientos siclos de plata a los hijos de Het la cueva doble (Gén 23); Jacob y José tienden ya todo el deseo

de su ánimo hacia esa misma cueva, y disponen que sus cuerpos sean llevados allí después de la muerte (Gén 49 y 50). ¿Por qué, pues, los santos patriarcas, que claramente confiesan ser polvo y ceniza, que ciertamente desprecian los cuerpos y todas las cosas corporales por la contemplación de las celestiales, desean con tanto deseo que sus cuerpos descansen en la tierra de los cananeos? ¿Por qué prevén aquel lugar para su descanso antes que las demás partes del mundo, sino porque sabían que el Autor de la salvación humana habría de nacer allí de su descendencia? De aquí es que Jacob suplica a su hijo José, diciendo: «Si he hallado gracia a tus ojos, pon tu mano bajo mi muslo, y me harás misericordia y verdad, para que no me sepultes en Egipto; sino que duerma con mis padres, y me saques de esta tierra y me entierres en el sepulcro de mis mayores (Gén 47)». ¿Y por qué, para indicio de confirmar la promesa, pidió Jacob que la mano de su hijo se pusiera bajo sus muslos, sino porque conoció que aquel que es la suma verdad habría de ser propagado de su propia descendencia? Aquellos términos de la tierra, pues, los bienaventurados varones ya deseaban íntimamente, la cual ya percibían por el espíritu que sería hollada por las huellas del Salvador, la cual ya veían con los ojos interiores que sería purpurada por la preciosa sangre del cuerpo del Señor, para que allí sus cuerpos esperaran su resurrección, donde sabían que habría de resucitar el mismo autor de la bienaventurada resurrección.

Hacia este dirijamos también nosotros, amadísimos, la perspicua agudeza de nuestra mente. Hacia este, cuando no podemos por la progresión de los pies, tendamos por la prisa del ardiente deseo, y mientras exhibimos la reverencia de una digna devoción a las reliquias de cualesquiera santos, dirijamos la mirada de nuestra mente hacia aquel único y singular cuerpo que creemos inefablemente sublimado en la gloria de la majestad paterna.

Aquella es, sin duda, la tierra por la que suspiraban entonces los bienaventurados patriarcas y profetas, que mana ciertamente leche y miel. Pues la leche fluye de los pechos de la carne, pero la miel viene de lo alto. Y porque la sustancia del cuerpo del Señor salió de las entrañas de la Virgen, pero la divinidad descendió de la majestad paterna, rectamente el cuerpo del Salvador es llamado tierra de promisión. La cual tierra, ciertamente, se dice que fluye leche a la vez que miel, porque en el cuerpo de nuestro Redentor hay tanto verdadera sustancia como la dulzura de la inefable deidad. «Pues en él —como dice el Apóstol— habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad (Col 2)»; y en otro lugar: «Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo (2 Cor 5)». A esta tierra de los vivientes se digne él conducirnos, él que no se desdeñó de tolerar las cosas mortales de nuestra tierra, a fin de que de tal modo nos alimentemos allí de leche y miel que seamos saciados con la presencia de nuestro Salvador y con la meliflua dulzura de su divinidad.

Quien con Dios Padre y el Espíritu Santo vive y reina por todos los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN III.

SOBRE SAN ANASTASIO, MONJE Y MÁRTIR (21 DE MARZO).

A un hermoso espectáculo, hermanos carísimos, nos reunimos en la festividad de hoy, al ver a nuestro verdadero David arrebatando la presa de las fauces del león sangriento (1 Sam 17), más aún, triunfando invictísimamente con el joven cansado sobre los escuadrones de los amalecitas (1 Sam 15). Pues el bienaventurado Anastasio, como atestigua su historia, fue hijo de un mago, y además había sido instruido en los sacrilegios paternos. Estaba, pues, retenido en las fauces del león mientras usaba los prestigios del arte sacrílego; pero viniendo uno más fuerte venció al enemigo y le quitó todas las armas en las que confiaba (Lc 11): y así llevó de vuelta a la oveja errante a su propio redil (Jn 10).

Dios eligió lo necio del mundo para confundir a los sabios (1 Cor 1): pero también, si halló a algunos sabios, primero los derribó del vano tumor de su soberbia sabiduría, y después los elevó a la autoridad de la libre predicación (Mt 10), para que después afirmaran constantemente aquello mismo que antes se afanaban por impugnar cruelmente. Lo cual Moisés prefiguró entonces místicamente cuando, tomando el becerro de oro, lo quemó con fuego, lo trituró hasta hacerlo polvo

y, esparciéndolo en las aguas, lo dio a beber de él al pueblo israelita (Éx 32).

¿Qué es, en efecto, por figura aquel becerro de fundición sino el cuerpo del diablo, a saber, los hombres de todas las naciones engañados por el error de la perfidia y a la vez de la idolatría, y unidos bajo su misma cabeza pestífera como diversos miembros por una sacrílega conspiración? Sobre los cuales, ciertamente, aquel espíritu de maldad, como autor presidente, se yergue insolentemente y domina a su cuerpo como cabeza por la tiranía. Y se describe que el becerro fue de oro porque parece que el rito de la idolatría fue instituido como por sabios. Pues por el oro se designa la sabiduría, como se dice por Salomón: «El tesoro deseable está en la boca del sabio (Prov 21)».

De oro fue, pues, el becerro, porque los sabios del mundo, antes de la gracia de la nueva fe, se prueban haber sido autores del culto demoníaco, de los cuales ciertamente dice el Apóstol: «Porque habiendo conocido a Dios, no lo glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias; sino que se desvanecieron en sus pensamientos y su necio corazón se oscureció; pues diciendo que eran sabios, se hicieron necios; y cambiaron la gloria del Dios incorruptible por la semejanza de la imagen del hombre corruptible, y de aves, y de cuadrúpedos y de serpientes (Rom 1)». Por esta vanidad de una sabiduría vesánica, los poetas, filósofos, magos, escrutadores de los astros e instruidos en la pericia de todas las disciplinas libres, solían adorar prodigiosos fingimientos de los demonios. En el

becerro, por tanto, se significó todo el cuerpo, esto es, toda la sociedad de los gentiles entregados a la idolatría.

Moisés, pues, quemó el becerro con fuego: porque nuestro Redentor, a quien él había prefigurado, encendió con la llama de su caridad los corazones de los gentiles mal conspirados. De donde él mismo dice: «He venido a traer fuego a la tierra, ¿y qué quiero sino que se encienda? (Lc 12)». Y el Profeta: «No hay —dice— quien se esconda de su calor (Sal 18)». En la mente de los gentiles, por tanto, se enciende de repente el fuego divino, para que se disuelva en ellos la forma bestial de la idolatría irracional.

Todo el cuerpo de este becerro es luego triturado hasta el polvo, porque aquella sociedad gentil de conspiración diabólica, fundida en uno por el arte, fue golpeada a la llegada de Cristo por una especie de martillo de corrección saludable y triturada de la dureza de su rigor por la virtud de la divina palabra. En efecto, se tritura saludablemente ante la palabra de la verdad aquella que, mal íntegra, parecía estar insensiblemente en forma de soberbia. Luego se esparce en el agua, para que el pueblo israelita beba de ella. Finalmente, el becerro triturado se echa al agua, porque es necesario que el pueblo gentil humillado sea lavado en el lavacro de la fuente saludable. Al cual beben pronto los israelitas, porque los santos predicadores del Evangelio, que son los verdaderos israelitas, convierten a aquellos que trasladan al cuerpo del Señor, que es la Iglesia, recibiéndolos en sus miembros como bebiéndo-

los. De cuyos israelitas se dijo primero: «Mata y come (Hech 10)». Lo cual es lo mismo que si se dijera: Tritura y bebe. Así, así aquel becerro, por el fuego del celo, el filo de la palabra y el agua del bautismo, fue más bien absorbido por aquellos a quienes intentó absorber; fue transfundido en aquellos a quienes había intentado trasladar a sus propios miembros, esto es, diabólicos.

Sin embargo, porque Moisés no fijó en esto la meta de la venganza, limitándose a romper el ídolo, sino que añadió además que mataran a veintitrés mil hombres (Éx 32), enseñó místicamente que de ninguna manera basta con que alguien se convierta del culto de la idolatría o de la depravación de la vida, si no intenta también mortificar sus propios vicios con la espada del espíritu. De donde el preclaro predicador: «Mortificad —dice— vuestros miembros que están sobre la tierra: la fornicación, la impureza, la lujuria, la mala concupiscencia y la avaricia, que es una servidumbre de los ídolos (Col 3)».

Y debe notarse que así como aquí se dice que los vicios son nuestros miembros, así también allí fueron muertos cuando estaban unidos a sus matadores por un vínculo de parentesco. Como se dijo por Moisés: «Esto dice el Señor Dios de Israel: Ponga cada uno la espada sobre su muslo; id y volved de puerta en puerta por medio del campamento, y mate cada uno a su hermano, a su amigo y a su prójimo (Éx 32)». Si a alguno, pues, deleita levantarse en armas, si alguno anhela luchar contra los escuadrones de los enemigos, vuelva las manos hacia sí, y allí encontrará más

adversarios a los que degollar, de donde ciertamente después de la victoria no incurra en el feo nombre de homicida, sino que aparezca más bien como glorioso triunfador; de donde por cierto no merezca ser excluido de los umbrales del santuario, sino que consagrándose a sí mismo al Señor, sea aumentado con las bendiciones de la divina gracia; como también se les dijo a ellos: «Habéis consagrado —dijo— vuestras manos hoy al Señor, cada uno en su hijo y en su hermano, para que se os dé la bendición (Ibíd.)».

En cuanto a que los que fueron muertos se dice que fueron veintitrés mil, el número de tres mil muertos indica la triple forma de los pecados. Pues cometemos todo pecado o por hecho, o por palabra, o por pensamiento. Pero puesto que allí también se duplica el número denario, se da a entender que, así como despreciamos guardar el Decálogo de los preceptos por culpa de la carne y a la vez del alma, así también debemos triturar y mortificar con las armas de las virtudes los vicios de ambas.

El bienaventurado Anastasio, pues, entonces mago, fue triturado como el becerro de oro por el martillo de la predicación y fue transfundido en los miembros del cuerpo de Cristo; y tan pronto como alcanzó el sacramento del divino bautismo, de continuo, según el Apóstol, no asintió a la carne ni a la sangre (Gál 1), sino que, ferviente en el Espíritu Santo, mostraba verdaderamente en sí las insignias de la resurrección con el cambio de costumbres. Ni es de extrañar. Pues así como Set, que fue hijo del primer hombre (Gén 5), en hebreo

se dice «resurrección»; así también Anastasio se traduce de la lengua griega a la nuestra como «hijo de la resurrección». Convenientemente, pues, es llamado hijo de la resurrección, porque murió en él el mago y sacrílego, y en su lugar surgió el cristiano de verdadera fe; y se encendió con tanto fuego del Espíritu Santo que, en el mismo comienzo de su conversión, pronto buscaba ansioso el martirio, y con todas sus entrañas ardía por el certamen del martirio. ¿Qué más decir? Finalmente llevado ante el juez, ora es tentado con halagos, ora es aterrado con las asperezas de las amenazas; pero el soldado de Cristo, que había puesto los cimientos de su fe sobre roca firme, permanecía inmóvil entre las olas amenazantes y los torbellinos de las tormentas que bramaban alrededor, y con el mismo ánimo despreciaba lo próspero y pisoteaba lo adverso; y de ese modo, el esforzado guerrero expulsaba la mieditis de la mente de los temerosos e inflamaba los rudos ánimos de los reclutas para la lucha del certamen divino. Lo cual también fue mandado por Moisés en la ley: «Al acercarse —dijo— ya la batalla, se pondrá el sacerdote ante la línea de combate y así hablará al pueblo: Escucha, Israel. Vosotros hoy entabláis combate contra vuestros enemigos, no desmaye vuestro corazón, no temáis, no cedáis, ni los temáis, porque el Señor vuestro Dios está en medio de vosotros y luchará por vosotros contra los adversarios, para libraros del peligro (Dt 20)».

Y debe notarse que el sacerdote que arenga cuando la guerra ya es inminente, se le manda estar no en otro lugar, sino ante la línea de com-

bate, para que, a saber, él mismo también preceda yendo delante de aquellos a quienes provoca a la lucha con sus exhortaciones, no sea que, mientras se esfuerza por impulsar a otros a la guerra, él mismo se disuelva por negligencia en el ocio de un torpor degenerado. Como se dice por el Profeta sobre algunos que ciertamente predican grandes cosas, pero viven perezosamente: «Los hijos de Efraín, tensando el arco y lanzando sus saetas, se volvieron en el día de la batalla (Sal 77)». Pues quienes provocan a otros al conflicto contra las tentaciones de los vicios, pero ellos mismos rehúsan combatir bajo el innoble languidecimiento de la desidia, esos ciertamente dirigen las saetas, pero vueltos de espaldas, no merecen los títulos de la victoria consumada; ni les aprovecha que hubieran comenzado bien, porque no perseveran magnánimamente hasta el fin. De donde también sigue pronto sobre ellos: «No guardaron el testamento de Dios y en su ley no quisieron caminar (Ibíd.)». Como si dijera: recibieron ciertamente el testamento, pero no lo guardaron; pusieron el pie en la ley al inicio, pero no mantuvieron el paso de la perseverancia.

Cualquiera, pues, que provoca a otros al certamen espiritual, cualquiera que instiga las mentes de los prójimos a actuar con fortaleza, debe por todos los medios concordar la vida con la lengua, no sea que, mientras propone cosas excelsas a los otros, él mismo, contento con lo ínfimo, sea oprimido por la inercia. De aquí es que se preceptúa en la ley: «No tendréis —dice— en el saco diversas pesas, mayor y menor; ni habrá en tu casa

medida mayor y menor; tendréis una pesa justa y verdadera, y una medida igual y verdadera tendrás tú (Dt 25)». En verdad, entonces no tenemos diversas pesas en el saco si, dentro del secreto de nuestra conciencia, no juzgando de una manera de nosotros y de otra de los demás, aplicamos las mismas medidas de los preceptos legales. A saber, para que no pretendamos imponer a otros la regla de una severidad estricta, y a nosotros mismos procuremos tratarnos con la ley de una indulgencia más remisa. De cuyo fraude también dice Salomón: «Abominación es para el Señor la pesa doble y la balanza engañosa (Prov 20)». Es necesario, pues, medir los frutos de la palabra de ninguna manera con diversas pesas, sino con las mismas, para que lo que mandamos hacer a los demás, nosotros mismos también lo cumplamos eficazmente con obras vivas. Lo cual ciertamente el bienaventurado mártir Anastasio hizo laudablemente, porque mientras exhortaba a otros a la lucha, él mismo empuñó primero las armas y se sumergió en la misma línea de combate de la legión apretada, protegido por la coraza de la fe; y mientras ofrece ejemplo de combatir a los otros, él obtiene el triunfo sobre el enemigo vencido; y, por así decirlo, mientras allana el camino a la lucha para los que le siguen, él mismo, una vez terminada la victoria, es conducido a la corona.

A este, pues, amadísimos, sigamos como al fortísimo guerrero de la milicia celestial, para que luchemos por domar siempre las tiranías de los vicios, para que nos esforcemos por reprimir los placeres rebeldes de los halagos carnales, para

que el ánimo noble, siempre atento a lo sumo, desee ferviente las cosas celestiales y desprecie las terrenales, para que no tema padecer adversidades por la verdad, para que desee íntimamente merecer solo la gracia de su Creador. Pues de aquí el varón del Señor, el bienaventurado Anastasio, para referir poco de mucho, sufrió cárceles horrorosas, toleró la penuria del hambre, de la sed, del frío y de todas las necesidades, despreció los azotes, y finalmente, después de inmensos tormentos de penas y de suplicios, murió asesinado en un río, y perdió la vida de la carne en el mismo elemento en el que anteriormente había recibido los sacramentos de la vida eterna. Bien, pues, el mago, porque en los magos el Redentor del mundo, al venir, dedicó las primicias de su fe.

Ofrezcamos gloria y honor a nuestro Dios, según el Salmista, con mentes alegres (Sal 28), hermanos carísimos, porque mientras esperamos la celebérrima solemnidad de la ofrenda del Señor, en el presente también cultivamos la venerable asunción del excelente sacerdote, el bienaventurado Severo. Deleite a nuestros corazones celebrar la festividad presente; plázcanos también esperar con alegría la inminente. Aquella festividad nos enseñe a dar gracias a nuestro Redentor; pero esta encienda en nosotros el amor a la patria celestial. En aquella aprendamos cuánto padeció Dios por el hombre; en esta sopesemos a qué tan gran cumbre de alteza ascendió el hombre por Dios. Pues en aquella festividad el Hijo unigénito de Dios fue presentado humildemente en el templo; en esta su beatísimo siervo fue sublimado

con gloria al palacio del cielo. En aquella sus padres trajeron a nuestro Redentor a Jerusalén para presentarlo al Señor (Lc 2); en esta los santos ángeles portaron el alma del beatísimo confesor a la Jerusalén celestial para presentarla ante el rostro de la majestad divina. En aquella solemnidad el Mediador de Dios y de los hombres, una vez desechado ya el prepucio de la carne, fue ofrecido como niño pequeño en el templo; en esta el excelente confesor, una vez depuesto el peso del cuerpo terreno, ascendió libre al cielo. En aquella aquel que nada debía a la ley pagó los tributos de la ley; en esta aquel que estaba sujeto a la muerte escapó de las leyes de la muerte. Aquel, al nacer de una madre, se dignó ser mortal; este, al morir en la carne, mereció hacerse inmortal. Al venir al mundo Dios se revistió de la forma de siervo; al retirarse del mundo Severo fue promovido a la dignidad angélica. Pero si aquel no hubiera descendido, este de ninguna manera hubiera ascendido. Si Dios no asumiera la forma humana, nunca el hombre alcanzaría la gloria celestial. Si Dios no se humillara por debajo de sí mismo, de ninguna manera el hombre sería exaltado por encima de sí. ¿Y qué más diré? Si el Dios hombre no hubiera sido hecho un poco menor que los ángeles (Sal 8), nunca el hombre puro se haría igual a los ángeles. Cuya igualdad la Verdad misma promete en el Evangelio, diciendo: «En la resurrección no se casarán ni se darán en casamiento, sino que serán como los ángeles de Dios en el cielo (Mt 12)». A la cumbre de esta felicísima dignidad, oh hombre, si deseas ser promovido,

procura con todos tus esfuerzos ser postrado en la abyección de la verdadera humildad; si deseas ser exaltado en Cristo, humíllate primero en ti mismo, deprime la soberbia de la carne y elévate a la altura del Creador, reprime lo que sea que surja tumidamente en ti y pronto serás erigido muy lejos por encima de ti. Y ciertamente Dios es alto, incluso altísimo. Pero si te estiras tanto que incluso te rompas, sin embargo por este pacto no aspiras a su alteza; más bien, cuanto más cerca crees acceder, tanto más te alejas repelido hacia las cosas inferiores. Oye lo que dice el Salmista: «Excelso es el Señor y mira a los humildes, y conoce las cosas altas desde lejos (Sal 137)». Atiende también cómo la Verdad misma concuerda con esta sentencia: «Todo el que se ensalza —dice— será humillado; y el que se humilla será ensaltado (Lc 18)».

De aquí es que este bienaventurado y excelente pontífice, cuyas gloriosas solemnidades nos gozamos en frecuentar hoy, mereció tanto recibir la sede episcopal en esta vida como penetrar los atrios del reino celestial después de su feliz fallecimiento. Pero, para que la virtud de su humildad se dé a conocer más claramente, no nos pese gustar algo de la historia misma de sus hechos. Pues se lee que cierto día, mientras estaba ocupado en el oficio del trabajo de la lana, dijo a su esposa: Iré y veré una visión admirable, a saber, cómo una paloma viene del cielo y se posa sobre la cabeza del elegido según la costumbre usual. Pero su esposa comenzó a burlarse de él y a increparle, diciendo: Pero trabaja aquí, no te quedes ocioso.

Pues vayas o no vayas, el pueblo no te ordenará pontífice. Y él: Déjame que vaya. Entonces ella, pensando que mentía, pero anunciando ignoradamente cosas verdaderas, dijo: Ve, porque en la hora en que fueras, al instante serás ordenado pontífice. Y poco después se añade: que por la deformidad del vestido sucio con el que estaba revestido, se escondió detrás de la puerta del mismo lugar donde estaban todos orando; y terminada la oración, al instante vino una paloma y descansó sobre la cabeza del que se ocultaba detrás de la puerta.

Habéis oído, hermanos carísimos, la vida de un hombre pobre en cosas, pero rico en las riquezas de las virtudes. Habéis oído de un hombre colocado en un lugar humilde entre los hombres, pero verdaderamente apoyado en la cima de una ardua alteza ante Dios. Habéis oído de un varón ciertamente asqueroso por sus vestidos harapientos, pero conspicuo por la preclara honestidad de sus costumbres. ¿Dónde están aquellos que dicen: «No podemos guardar los preceptos de Dios, porque no tenemos sustancia terrenal para los usos necesarios»? ¿Dónde están, digo, los que mientras se esfuerzan por excusarse ante los hombres, se vuelven ante Dios mucho peor inexcusables? Acérquense y aprendan del magisterio del bienaventurado Severo a abundar en las verdaderas riquezas, no sea que, mientras están vacíos de cosas, estén llenos de vicios, y el horno de la pobreza, si no purga la herrumbre de los vicios, convierta el metal vicioso en el hollín de la escoria vana. Pues he aquí que este beatísimo

varón, puesto bajo el peso de su pobreza, tanto cumplió suficientemente los preceptos de la ley divina; y, como no tenía otra cosa, se ofreció a sí mismo en el altar de la santa simplicidad como sacrificio opulentísimo a Dios, como si fuera alguna gran paloma; y, porque en sus costumbres fue paloma, mereció recibir el don de la paloma. En verdad, estrechado por la penuria de la indigencia, no entró en la casa de ningún potente para servir; no procuró adular a los ricos, como es costumbre de los pobres; no anheló aumentar sus dineros mediante una negociación ambiciosa; no deseó el estipendio de la milicia peligrosa que no puede ejercerse sin pecado; sino contento con el oficio mujeril, buscaba el sustento sencillo con su mano y arte, y, según la voz del Salmista, comía inocente los trabajos de sus manos (Sal 127). Quien por eso se cree no sin mérito que eligió este tipo de arte por sobre los demás, para que se ofreciera entre esposa y marido una mayor ocasión de mutua caridad, no fuera que, si hubiera entre ellos desigualdad de oficios, se deslizara alguna vez también una diversidad de ánimos, y de la distancia del arte a ejercer surgiera tal vez en la paz doméstica una escisión; sino que mientras se aplicaba la industria de ambos a una sola obra, hubiera verdaderamente en ambos, como se lee de la Iglesia primitiva: «Un solo corazón y una sola alma (Hch 4)». De aquí es también que mientras ella reprendía al beatísimo varón, se burlaba de él e increpaba con palabras mordaces, él, manso y plácido, no prorrumpió en ira, no respondió palabras contumeliosas, no ejerció el

derecho del poder debido para vengarse en la esposa. Guardando aquello del Apóstol: «Maridos, amad a vuestras mujeres y no seáis amargos con ellas (Col 3)»; y porque el mismo Apóstol dice: «El marido no tiene potestad sobre su cuerpo, sino la mujer (1 Cor 7)»; hasta que extorsionó de ella la licencia de su petición, no presumió ir al milagro por propia voluntad.

Pensad, hermanos míos, ¿cuándo pudo este hombre ser contumaz hacia cualquier hombre, él que obedeció tan humildemente a una mujer sujeta? ¿Cuándo devolvió mal por mal a los enemigos adversarios, quien también toleró las injurias de su propia esposa con tanta ecuanimidad? ¿O cuándo este varón presumió inferir contumelias al prójimo, él que no quiso vengar la inferida a sí mismo, habiendo podido ciertamente hacerlo? «Bienaventurado ciertamente el varón que pudo transgredir y no transgredió, hacer males y no los hizo; por eso han sido establecidos sus bienes en el Señor (Eclo 31)».

Pero ¿qué es esto, hermanos míos, que el Dios omnipotente aflige a sus elegidos, a quienes ve como tan queridos para sí por la eternidad, tan vehementemente como si los despreciara? ¿Y por todas partes en este siglo ciñe con los azotes de las adversidades a quienes antes de los siglos eligió para el gozo inefable de la felicidad suprema? ¿Sino esto que está patente a la piedad de los fieles, que por eso los oprime así en lo ínfimo, porque ve cómo los remunerará en lo sumo? Y hacia fuera los abate hasta las cosas despreciadas, porque hacia dentro los conduce hasta las incom-

prensibles. De aquí, pues, de aquí recoja cada uno qué van a padecer aquellos a quienes reprueba, si aquí crucifica con tanta severidad a los que ama. Pues he aquí que el bienaventurado Severo es privado de las cosas necesarias, es ensuciado por la suciedad de un vestido deforme, es consumido por el trabajo del vil oficio de la lana y, lo que es para todos más intolerable, es hostigado por las burlas de su esposa escarnecedora. Pues el antiguo enemigo, a quien no pudo provocar a la impaciencia por la penuria de la pobreza, ni por la aflicción del trabajo asiduo, ni por la deformidad de los vestidos deshonestos, encendió la mente de la esposa para infligir la contumelia de las palabras, y afiló su lengua para la injuria de la mordaz reprensión; incita el corazón de la mujer con los acostumbrados aguijones de su sugestión, y desboca su lengua hacia la audacia de una presunción mal libre, para que el ánimo viril, que no se dobla a la impaciencia por la adversidad del mundo, sea al menos provocado a la ira por la injuria de la esposa, y una sedición civil surgida intrínsecamente abra el munitísimo baluarte de Cristo, que la multitud circundante de enemigos no penetra; que lo que los arietes impactados del ejército sitiador no pueden destruir, sea capturado por la escisión doméstica que ofrece el acceso. En lo alto, ciertamente, el varón santo había fijado el edificio de su mente, y por eso no valían los ímpetus hostiles para irrumpir allí. Se busca, pues, por el adversario, dado que esta excelsa fortificación se ve inexpugnable, por qué gradas se asciende a ella. Pero la mujer está

verdaderamente cerca y unida. Ocupó, pues, el corazón de la mujer y encontró como una escala por la cual hubiera podido ascender al corazón del varón. La escala del marido ocupó la mente de la esposa; pero nada prevaleció con este arte, porque el varón fuerte opuso el escudo de la paciencia a los dardos de las palabras y, reputándolos como nada, como quien oye no oyó. Digno era, ciertamente, que el ánimo viril no admitiera las palabras de la mujer, pues por la misma primera caída del género humano sabía que la mujer no sabía enseñar cosas rectas. De donde bien se dice también por Pablo: «No permito a la mujer enseñar (1 Tim 1)». Porque, a saber, alguna vez cuando enseñó, se desvió de la senda de la sabiduría. Así, pues, el antiguo enemigo perdió ante Adán en la oficina de la lanistería a quien superó ante Adán en el paraíso (Gén 1); y destinó sin saberlo a su ayudante la mujer, mientras ella ascendía a la contumelia de la amarga corrección, más bien como ejemplo de paciencia por aprender; y mientras le enseñaba las cosas perversas que ella enseñara, la envió a la escuela de la rectitud; y la que había sido incitada para que perdiera, fue instruida para que no pereciera. Así, así es golpeado el enemigo por nuestros varones fuertes, para que le sean arrebatados sus propios dardos. De donde estima exagerar el dolor de las heridas, de allí les sugiere contra sí mismo las armas de las virtudes.

Por las palabras de la esposa que mal reprende, dilectísimos hermanos, debemos inspeccionar con solercia que el antiguo adversario no solo

por sí mismo, sino también por aquellos que se nos adhieren, procura inclinar el estado de nuestra mente. Pues cuando la serpiente lubricante no subvierte nuestro corazón con su persuasión, a esto ciertamente repta por las lenguas de los que se adhieren. De aquí, pues, está escrito: «Guárdate de tus hijos y atiende a tus domésticos (Eclo 32)». De aquí se dice por el profeta: «Guárdese cada uno de su prójimo y en ningún hermano suyo tenga confianza (Jer 9)». De aquí nuevamente está escrito: «Los enemigos del hombre son sus domésticos (Miq 7; Mt 10)». Pues el improbo adversario se ve repelido de los corazones de los buenos, busca a aquellos que son amados por ellos más familiarmente, y a menudo los incita a inferir injuria, para que mientras los santos son lacerados por la perversidad de aquellos por quienes debieron ser venerados máximamente, su mente sea provocada más proclivemente a la ira. Pero he aquí que el inicuo enemigo en todas partes se rompe, en todas partes es superado: pues sucumbió ante los guerreros de Cristo por todos los argumentos de las tentaciones ya, quien perdió frustrado aquel su familiar consuelo incluso respecto de la mujer. Pues así también el bienaventurado Job, después de que le hubiera quitado todo lo que poseía, después de que su mismo cuerpo hubiera herido con grave úlcera, dado que no pudo llegar a la herida de la mente por las heridas de la carne, buscó también la lengua de la mujer unida y, dado que le dolió ser superado en certamen abierto, lanzó un dardo desde la boca de la esposa como desde una em-

boscada. Pues dijo ella: «¿Aún permaneces en tu simplicidad? Bendice a Dios y muere (Job 2)». Así también el bienaventurado Tobías, después de que llegó a la penuria de una excesiva pobreza, disponiéndolo Dios, después de que perdió la luz de los ojos, porque el espíritu maligno lo vio no viendo con la luz corpórea, pero coruscando interiormente con el esplendor divino, vacío de cosas por fuera, lleno de Dios por dentro, corrió a las armas acostumbradas e incitó la lengua de la esposa para inferir el oprobio de una reprensión vehementísima. La cual dijo: «Verdaderamente se ha hecho vana tu esperanza, tus limosnas han aparecido ahora (Tob 2)». Y como este nada respondió a la perversa esposa sino que, lanzado contra sí el dardo de la sugestión diabólica, pronto corrió a las armas de la oración, testificándolo la Escritura (Tob 4), así también el beatísimo varón Severo despreció responder a las palabras de la esposa; pero se apresuró sin saberlo a recibir el don del Espíritu Santo, sugiriéndolo el mismo espíritu.

Pero si sopesamos el orden de la justicia divina con sutil meditación, no sin causa encontramos a los varones santos afligidos por la molestia de las esposas. Pues dado que el varón, al consentir mal a la esposa, había despreciado los preceptos de su Creador, ya es digno que la mujer, al disentir del varón, lo aflija vehementemente con las duras contumelias de los azotes. Pues en lo que obedeciendo mal a la mujer paró, en eso fue inobediente a su Conditor. Está escrito, ciertamente: «Tomó la mujer del fruto y comió, y dio a su varón que

comió: y se abrieron los ojos de ambos (Gén 3)». Por ella, pues, debía ser herido por el Autor, a la cual errando había antepuesto al Autor, para que de donde el hombre no temió admitir la culpa soberbio, de allí encontrara la pena por corregir. Y tanto más pronto mirara hacia aquel a quien soberbiendo despreció, cuanto más viera llena de amargura a aquella a quien obedeció deleitablemente.

Sin embargo, no decimos estas cosas para afirmar que la esposa del bienaventurado varón pereció con las mujeres réprobas. Pues si él hubiera conocido que ella estaba excluida de la suerte de los elegidos, de ninguna manera el varón lleno del Espíritu Santo hubiera querido tener un solo sepulcro con ella. Por lo tanto, la sepultura común de los cuerpos indica que la variedad de los méritos no separa las almas de los bienaventurados cónyuges; y mientras el varón se asocia voluntariamente con su esposa en la muerte, consta ciertamente que en aquella vida los méritos de ambos no los alejan entre sí. Pues puede creerse no sin mérito que, después de que la mujer vio al beatísimo varón, elegido divinamente para la cumbre pontifical (*pontificale fastigium*) contra su opinión, pronto reconoció la mancha de su culpa, se avergonzó confusa, hizo penitencia y así, en lo sucesivo, se ejercitó más estudiosamente en las virtudes de la santa conversación. Por lo cual también se ha escrito de ella que, después de que el beatísimo varón fue hecho obispo, admirada le felicitaba.

Vosotros, pues, mis queridísimos hermanos, que atendéis diligentemente a oír los elogios de tan gran varón, inspirándoos Dios, alabáis la paciencia, ensalzáis la humildad; tomad las insignias de tan grandes virtudes para vuestro uso, y lo que gustosamente oís que él fue, procurad estudiosamente serlo también vosotros por la gracia de Dios. Pues seréis lo que él es, si os esforzáis también vosotros por ser lo que él fue. Por lo tanto, en el camino de esta peregrinación, ninguna persuasión de prosperidad os engañe, ninguna adversidad que irrumpa os rompa, no deprima vuestra mente la penuria de la pobreza, no os ensalce la esperanza de la abundancia temporal, no os provoque a la ira la contumelia inferida por la boca del prójimo, no os instigue a vengaros la libertad de la potestad permitida sobre cualquiera, para que quienes ahora mantenéis en la vida las huellas de San Severo que deben ser imitadas, podáis después alegraros con él por el premio de la felicidad eterna en la patria, con la ayuda de nuestro Señor Jesucristo, que vive y es glorificado [reina] con el Padre y el Espíritu Santo por los infinitos siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN V.

II. SOBRE SAN SEVERO, OBISPO DE RÁVENA Y CONFESSOR. (1 DE FEB).

Habéis oído, hermanos queridísimos, de la historia de San Severo, mientras se leía, cómo Dios lo levantó del taller de lanas (*lanificii ergodochio*), cuán maravillosamente lo eligió, no so-

lo más allá de la opinión de todos los ciudadanos, sino incluso de la suya, para la cima del pontificado. Habéis oído que un hombre pobrecillo fue arrebatado por Dios de los ricos del mundo. Habéis oído que el abatido y humilde fue sublimado con gloria sobre los potentados de los nobles. Habéis oído que el Espíritu Santo, despreciando a los sabios del siglo, eligiendo a un hombre sencillo, pasando por alto a los adornados con vestiduras, descendió sobre uno andrajoso y escuálido, como sobre un amigo familiar y antaño muy conocido por Él.

Place, queridísimos, expandir diligentemente todos los rayos de las luces interiores hacia aquel hermoso espectáculo y sopesar estudiosamente, en cuanto me sea posible, de cuán diverso modo juzga Dios omnipotente respecto de los hombres. Se reúnen todos los ciudadanos en el oratorio; desciende el Espíritu Santo en forma de paloma sobre el pueblo congregado. Muchos corazones abajo, un solo Inspector arriba. Estos esperan que sea elegido alguien grande de entre los ricos; Aquel considera quién de entre todos prevalece más en ser encontrado rico en virtudes. Estos prefieren ante sí una lengua erudita, un sermón brillante; Él, en cambio, elige un ánimo sencillo y la pureza del corazón. De aquí que el pueblo pasa por alto con la vista a los plebeyos, y atiende a los próceres, sobre quién de ellos sea elegido máximamente; pero de allá «el Señor excelso mira las cosas humildes y conoce las altas desde lejos (Sal 137)». De aquí que muchos anhelan para sí mismos aquella cumbre de la sagrada dignidad,

y claman con un gárrulo silencio dentro de la conciencia: ¡Oh, si viniera la paloma sobre mí, oh, si Dios me eligiera a mí! ¿Crees que yo seré el elegido? ¿Crees que se me dará el episcopado? Pero de allá escudriña los riñones y los corazones (1 Crón 28; Sal 7), «el que formó individualmente los corazones de ellos, el que entiende todas las obras de ellos (Sal 32)».

Y ciertamente estaban allí presentes muchos, como en una ciudad egregia: unos, por cierto, acostumbrados a caminar con los pasos apiñados de caballos relinchantes; otros, distinguidos por preclaros títulos de nacimiento; otros, conspicuos por el brillo de preciosas vestiduras; otros, rodeados por frecuentes cuñas de soldados obedientes; otros, dotados múltiplemente con todos estos dones del mundo; otros, dotados de algunos según su posibilidad. Pero Dios omnipotente, que atendía sutilmente los corazones de todos, repetía de nuevo sin ningún estrépito de voz lo que antaño había dicho por el profeta: «¿Sobre quién —dice— descansará mi Espíritu, sino sobre el humilde y el queeto, y el que tiembla ante mis palabras? (Is 66)». Veía el pueblo en lugar abierto a la paloma esperando desde el cielo. Miraba ella al pobrecillo Severo que acechaba tras la puerta. Pues quien se escondía de los hombres, no podía declinar la mirada de la majestad divina.

¿Qué es esto, san Severo? ¿Tan pobre, tan rico? ¿Tan humilde, tan sublime? ¿Tan andrajoso, tan glorioso? ¿Abatido ante los juicios humanos, sublimado invisiblemente por la divina providencia? ¿Por qué te esfuerzas en esconderte, tú

que eres promovido a esto para que seas propuesto a los ojos de todos como ejemplo de virtud? ¿Por qué te avergüenzas ante los rostros de los hombres, tú que complaciste a la vista de la majestad divina por encima de todos? Ciertamente, por eso te escondes, para que veas y no seas visto; veas, a saber, a la paloma por admiración; no seas visto, en cambio, por la fealdad de tus vestiduras. Ea, ya manifiéstate en público, sal al medio y recibe la administración de la familia cristiana. Salga la margarita del estercolero para que brille en el ornamento del sumo Rey. No se oculte más la lucerna bajo el modio (*modius*), sino puesta sobre el candelero, bañe con la luz de su esplendor a todos los que están en la casa (Mt 5). Apacienta, pues, la grey del Señor y exhibe el cuidado pastoral sobre el redil de Cristo. Cristo ya decretó encomendarte su Iglesia, la cual compró con el inestimable precio de su sangre. Recibe el oficio de la egregia administración para que, del interés del talento encomendado, devuelvas un lucro aumentado. No te espante la ignorancia de las letras, no dudes de la enormidad de los sermones mal compuestos, porque aquel que te promueve, te instruirá sin el trabajo de leer; el que te encomienda el oficio de la doctrina, te sugerirá también el incremento de la enseñanza. Pues el Verbo sumo es el que te ofrece el ministerio de sembrar la palabra. Este Verbo te dice a ti, y a los que son como tú, por sí mismo: «Cuando estéis ante los reyes, no penséis cómo o qué hablaréis; pues se os dará en aquella hora qué hablaréis (Mt 10)». Y de nuevo: «No sois vosotros los que

habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre el que habla en vosotros (ibíd.)».

¿Qué más? Al fin vino la paloma y, maravillándose todos, visitó la cabeza que le era querida. Y ciertamente ya antaño estaba invisiblemente en su pecho aquel que ahora descendía corporalmente sobre su coronilla. ¿Pero qué haría ya el fugitivo de Dios? ¿A dónde se volvería? ¿Qué escondite más seguro encontraría para sí? Huyó de la vista de todos, opuso las puertas, dejó para sí solo las rendijas de los postes para mirar. Pero quien pudo apartar las miradas humanas, no escapó a la agudeza de la intuición de la paloma. Se ve atrapado; se queja para sus adentros de que nada le ha servido el refugio. Sin embargo, todavía sospecha que la paloma yerra engañada y que no puede, en tan gran multitud de hombres, notar a una persona determinada para elegir. Por tercera vez, pues, la rechazó con las manos agitadas mientras volaba hacia él, y así, en el nombre de la santísima Trinidad, recibió la bendición de su consagración.

¡Oh, nuevo e inaudito orden de promoción! ¡Oh, admirable dignidad de un egregio pontífice! ¿Pues qué otra cosa fue que la paloma descendiera por tercera vez sobre la cabeza del beatísimo varón, sino consagrarlo patentemente en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo? ¿And qué otra cosa fue tocar a la misma paloma al espantarla de sí con las manos, sino recibir, según el orden de la institución eclesiástica, el óleo de la sagrada unción en esas mismas manos? Pues en cuanto que la paloma descendió deslizándose

sobre la cabeza del santísimo varón, cumplió el oficio de la imposición de las manos. Y en cuanto que permitió ser tocada por sus sagradas manos, marcó esas mismas manos con la unción del Espíritu Santo.

Ahora bien, ¡de cuánta gracia y de cuánta excelencia es recibir al Espíritu Santo en aquella figura en la que consta que descendió sobre nuestro mismo Señor, a saber, el Mediador de Dios y de los hombres (Mt 3)! Y ciertamente, de cualquier modo que uno reciba al Espíritu Santo, es de muy gran mérito; pero recibir al Espíritu Santo en aquella figura en la que también lo recibió el mismo Hijo unigénito del Padre, es indicio de la suma santidad. Pues sobre los mismos apóstoles el Espíritu Santo apareció en lenguas de fuego (Hech 2); pero sobre el bienaventurado Severo no se vio en imagen de fuego, ni en diversidad de lenguas, sino, como sobre el Señor bautizado, en forma de paloma (Mt 3); para que ciertamente mostrara que, así como la paloma es un animal sencillo y ajeno a la amargura de la hiel (*fel*), así también el beatísimo varón carecía de toda amargura de malicia y vivía en la santa pureza de un ánimo sencillo. He aquí que se manifiesta claramente lo que se dice por el príncipe de los apóstoles: «Que Dios no hace acepción de personas, sino que en toda nación, el que le teme y obra la justicia, le es acepto (Hech 10)».

Aquello mismo que antaño nos advirtió que observáramos por San Santiago, la divina providencia misma lo guardó ahora en la elección de este beatísimo varón. Pues dice entre otras cosas:

«Hermanos míos, no tengáis la fe de nuestro Señor Jesucristo de la gloria con acepción de personas (Sant 2)». Luego añade: «Pues si entrare en vuestra asamblea un hombre que tiene un anillo de oro en vestidura blanca, y entrare también un pobre con hábito sucio, y atendiereis al que está vestido con la vestidura resplandeciente, y le dijereis: Tú siéntate aquí bien; y dijereis al pobre: Tú estate allí de pie, o siéntate bajo el escabel de mis pies, ¿acaso no juzgáis entre vosotros mismos y os habéis hecho jueces de pensamientos inicuos? (ibíd.)». Pues si el bienaventurado apóstol dice esto sobre los asientos cotidianos, ¿quién no cae frecuentemente en culpa sobre la acepción de personas, sino cuando en su interior juzga tal vez de modo que aquel a quien exhibe honor le parece tanto mejor cuanto más rico? Pero esta sentencia apostólica se entiende entonces más rectamente si aquella distancia de sentarse y estar de pie se refiere a los honores eclesiásticos. Pues no debe pensarse que es un crimen ligero que cualquier rico sea elevado a la cumbre del régimen eclesiástico, y que el pobre más santo y más docto sea repelido de la dignidad de recibir el honor. Así, pues, Dios omnipotente, admirable en sus santos (Sal 67), hizo lo que enseñó que debía hacerse por su apóstol, cuando, despreciados los ricos, sublimó maravillosamente a este gran pobre vestido con vestiduras sucias a la cátedra episcopal. El cual, recibido el oficio del pontificado, no ascendió más por el orden de la dignidad eclesiástica de lo que creció también hacia la cima de la suma santidad.

Pues algunos, cuando reciben el cuidado del régimen, al punto se encienden para lacerar a los súbditos; exhiben el terror de la potestad y dañan más a quienes debieron haber aprovechado; y porque no tienen entrañas de caridad con los hijos, apetecen ser vistos como señores, de ningún modo se reconocen como padres; mudan el lugar de la humildad en la elación de la dominación, y se ensalzan a sí mismos como ciertos tiranos en los cuernos de la soberbia; y si alguna vez halagan por fuera, por dentro se enfurecen. De los cuales dice la Verdad por sí misma: «Vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces (Mt 7)». Ciertamente vienen con vestidos de ovejas porque pretenden un vellocino de inocencia en la superficie, pero son lobos rapaces porque aguzan las mordeduras de la malicia en lo oculto del corazón, no atendiendo a aquello que el Señor dice a sus discípulos: «He aquí —dice — que yo os envío como corderos entre lobos (Lc 10)». Pues quien recibe el lugar de la predicación no debe inferir males, sino tolerarlos, para que por su misma mansedumbre mitigue la ira de los que se enfurecen, y él mismo, herido por las aflicciones, sane en otros las heridas de los pecados. Y aun cuando el celo de la rectitud le exija enfurecerse contra los súbditos, ese mismo furor sea por amor, no por crueldad, para que tanto exhiba los derechos de la disciplina como ame interiormente con paterna piedad a quienes por fuera castiga como persiguiéndolos [enfureciéndose]. Pero los malos pastores no son como corderos entre lobos, sino más bien como lobos entre corderos, porque,

mientras no reciben de los súbditos casi ninguna mordedura de lesión, ellos mismos clavan cruelmente en ellos los dientes de su rapiña.

Otros, por el contrario, antes de alcanzar la cumbre del oficio sacerdotal, se muestran mansos y humildes en todo; se esfuerzan por crecer en virtudes, brillan por sus buenas costumbres y se ejercitan en toda la honestidad de la santa conversación; nunca infieren males a nadie, sino que llevan con paciencia los inferidos; dominan asiduamente su carne con ayunos y oraciones, y frenan todos los movimientos de los vicios en sí mismos con la censura de una rígida severidad. Pero cuando reciben los derechos de la custodia pastoral, todo cuanto habían tenido de santidad lo pierden —¡ay dolor!, por así decirlo— en un canje de mísera permutación; olvidan todo lo que habían vivido piadosamente y, al modo de los ríos que corren, se deslizan hacia lo profundo sin ningún obstáculo de retención; y como malos remeros, cuando llegan a lo alto del piélago impulsados por el viento, cuando precisamente es necesario un mayor esfuerzo, se abandonan al sueño con una seguridad mortífera; o mejor, cuando reciben el timón de la nave que debe ser gobernada, los que antes habían navegado denodadamente con los demás, ya puestos en la maestría se dejan caer en el torpor de la negligencia, y no solo no custodian a los otros, sino que incluso se pierden infelizmente a sí mismos.

Pero ¿por qué decimos estas cosas sobre los pastores réprobos, cuando incluso los varones de suma santidad, una vez recibido el oficio del

cuidado pastoral, aunque de ningún modo se lancen a los males —¡lo que Dios no quiera!—, sin embargo, a menudo se ven un tanto disminuidos en la misma perfección del bien, obligándoles la necesidad? De aquí que el bienaventurado papa Gregorio se gloría de haber trascendido todas las cosas visibles en la conversación de su vida anterior, pero después se queja con piadoso lamento de estar implicado en cuidados exteriores (GREGORIO en el prefacio del libro I de los Diálogos). De aquí es también que se lee sobre el bienaventurado Martín, obispo de Tours, que hubo en él mayor virtud antes del episcopado que después del episcopado (SULPICIO SEVERO, Vida de san Martín, libro II, cap. 5). Aunque sin duda debe creerse que a los santos predicadores, lo que se les resta de la propia perfección por la custodia de los otros, se les aumenta mucho más largamente y mucho más copiosamente en la adquisición de los lucros de los súbditos.

Sopesad, pues, hermanos queridísimos, qué varón tan admirable fue el bienaventurado Severo, a quien el mérito de la santidad le fue aumentado por el cuidado del régimen recibido, el cual para otros varones excelentísimos solía disminuir. Pues lo que para otros es frecuentemente causa de descenso, para él se prueba que existió como materia de promoción; y de allí le fue aumentada la cumbre de la perfección, de donde para los varones más perfectos no se duda que la mayoría de las veces disminuyó. Pues he aquí que antes del oficio de la prelatura encomendada se reconoce, por cierto, que llevó una vida de vir-

tudes, pero de ningún modo se refiere que haya hecho signos de virtudes; después de la ordenación, en cambio, los signos de los milagros hechos por él claman con voces abiertas cuánto trascienden los méritos posteriores a la vida anterior.

Pues ¡cuán preclaro, hermanos míos queridísimos, cuán estupendo fue aquel insigne milagro por el cual, a saber, entre las mismas solemnidades de las misas, arrebatado súbitamente en éxtasis, buscó en espíritu la ciudad de Módena, encomendó a Dios el alma del hermano y coepíscopo difunto, puso el cuerpo en el sepulcro y celebró por su orden todo el oficio de las exequias fúnebres! ¡Oh, qué nuevo espectáculo y cuán dignísimo de admiración, si el intuitu mortal hubiera podido captar todo aquello a la vez! Pues ciertamente estaba ausente para los fieles congregados, pero presente; estaba fuera, pero cerca. Sin duda, puesto lejos incluso de sí mismo, aquí devolvía el débito del cuidado pastoral encomendado a los hijos vivientes, allá cumplía el oficio de la piadosa humanidad con el hermano difunto. Pero también, ¡qué ligero, qué veloz vehículo tuvo nuestro obispo, que —no diré en un punto, no en un momento, sino en el golpe de un brevísimo tiempo— atravesó tan largos espacios de tierras! Ciertamente, aquel carro no sabe ser reprimido por las asperezas de los caminos, ignora ser retardado por el freno de la oposición. Sin embargo, este milagro tan grande, del cual rara vez se oye que haya sido mostrado por alguno de los santos, por eso mismo es creído tal vez más difícilmente

por aquellos que no creen que todas las cosas son posibles para el que cree.

Pues ¿qué hay más raro, qué más digno de admiración, que un espíritu puro sepulte corporalmente un cuerpo? ¿Y —por así decirlo— que un alma encomiende visiblemente un alma? Pero pronto inclinamos el ánimo a creer esto si sopesamos también estudiosamente otras obras de la virtud divina. Pues consta que el espíritu es de naturaleza más móvil que el cuerpo y ciertamente, testificándolo la Escritura, sabemos que el profeta Habacuc, levantado de Judea, fue transportado de repente a Caldea con una comida. Con la cual comida, a saber, confortó al profeta Daniel y se encontró de nuevo en Judea (Dan 14). Si, pues, Habacuc pudo ir corporalmente y llevar la comida tan lejos en un momento, ¿qué tiene de extraño si el bienaventurado Severo obtuvo ir por el espíritu y cumplir el oficio del funeral con el hermano difunto? Para que así como aquel marchó corporalmente para llevar el alimento al cuerpo del profeta, así este marchara espiritualmente para encomendar a Dios el espíritu del varón beatísimo.

Ahora bien, ¡de cuánta virtud y de cuánta potencia fue que la ceniza seca de un cadáver ya hace tiempo difunto le obedeciera, y que al mandato de su voz la carne exánime de la esposa, para ceder el lugar a su hija, se encogiera en un estrecho rincón de la sepultura! Ciertamente por un justo juicio de Dios, la mujer que antaño lo había despreciado mofándose de él en esta vida, ya, cambiada su opinión, observaba humildemente

sus preceptos. Sin duda, a quien había conocido como un pobrecillo hilando estambre en un humilde taller (*ergasterium*), ya entonces con ojos que no podían ser engaados, atendía a cuán gran senador era en el aula del Rey superno. ¿Pero alguien juzga esto tal vez increíble, que un hombre, aunque venerable y santísimo, que aún vivía en esta carne corruptible, pudiera someter a sus leyes el polvo insensible, cuya alma consta que ya había emigrado a aquel juicio invisible? Sin embargo, esto también se cree fácilmente si se indaga sutilmente la gracia divina conferida a los hombres. ¿Acaso no estaba Pedro todavía en esta carne cuando oía de la boca de la Verdad: «Todo lo que ligares sobre la tierra será ligado también en los cielos, y todo lo que desatares sobre la tierra será desatado también en los cielos (Mt 16)»? Cuyo turno en ligar y desatar poseen ahora todos los que ocupan el lugar del santo régimen con fe y costumbres. Pero para que el hombre pudiera tanto desde la tierra, el Conditor del cielo y de la tierra vino a la tierra desde el cielo; y para que la carne pudiera juzgar no solo sobre la carne, sino también sobre los espíritus, se dignó otorgarle esto quien se hizo Dios-carne por los hombres. Porque de allí surgió más allá de sí nuestra enfermedad, de donde la firmeza de Dios se enfermó por debajo de sí.

Pero ¿por qué decimos estas cosas sobre los antiguos milagros de san Severo, cuando hoy oímos que frecuentemente se hacen no pocos signos de prodigios en la venerable basílica de su sepultura? Pues, por callar lo demás, ¡aquella

sola cosa de cuántos elogios es digna y con cuánta alegría debe referirse a la gloria de la divina omnipotencia, que bajo el mismo altar de su sacratísimo cuerpo emana sensiblemente un agua clarísima, que ha de aprovechar a las diversas necesidades de salud de los que languidecen! Pues si la fe de los que beben lo exige, tan pronto como los pechos enfermos la perciben, al punto convalece de la enfermedad hacia la salud prístina. Y para que oigas que una cosa admirable se hace admirablemente, no en el tiempo de la inclemencia vernal, no en las lluvias de la inundación otoñal, no en los fríos del invierno imbrífero, cuando suele el agua sudar tenuemente de diversas moles de piedras, sino en el mismo ardor del ferviente estío sabrás que burbujea de la cal seca y de las duras piedras. Para que, a saber, cuando incumbe una mayor necesidad de enfermedades, entonces potísimamente confiera la misericordia divina el remedio y a la enfermedad humana, que entonces se engendra por el vicio del calor ígneo, al modo de los médicos, oponga la fuerza de la curación desde el elemento contrario. Al cual milagro puede compararse razonablemente el hecho de que igualmente el río Nilo de Egipto no en otro tiempo, sino en el estivo, se eleva en un cúmulo, irriga todas las llanuras por aquí y por allá en circuito y fecunda las venas de las tierras con el largo humor de su inundación. No sea, pues, que la necedad humana atribuya las obras de la virtud divina a las fuerzas de la naturaleza; aprenda al menos por el mismo tiempo en que se hacen a quién deben ser justamente imputadas;

y levántese tanto más alacremente a dar gracias a su Creador, cuanto no ignora que los mismos cambios de las naturalezas son para su propia utilidad.

He aquí que Dios omnipotente repite los antiguos milagros de su operación; he aquí que de nuevo produce agua de la piedra por otro Moisés (Éx 17); nos renueva el siglo israelítico, para que por los beneficios exteriores nos encienda, como verdadero Israel, en el amor de su visión. He aquí que de la Iglesia de su beatísimo confesor nos ha restituido en cierto modo otro paraíso, de cuya salubérrima fuente infunde clementemente la tierra de nuestra fragilidad.

Demos, pues, queridísimos, gracias a nuestro Creador, el cual por eso produce todavía agua de la piedra del risco, para que por esta saquemos también nosotros agua con gozo de las fuentes del Salvador (Is 12). Aquella, a saber, de la cual Él mismo dice en el Evangelio: «El que bebiere el agua que yo le doy, se hará en él una fuente de agua que salta para la vida eterna (Jn 4)». Y de nuevo clama diciendo: «Si alguno tiene sed, venga a mí y beba, y de su vientre fluirán aguas de agua viva (Jn 7)». Cuántos hay hoy que, si hubieran podido ver aquella piedra de la cual se produjo agua en tiempo de Moisés, lo habrían reputado como un lucro no pequeño. Estos, pues, entren ahora en la iglesia de san Severo y vean hacerse en muchas piedras a la vez lo que se alegran con el gozo de la piadosa devoción de que haya sido hecho en una sola. Con esto añadido además: que aquella agua solo quitaba la sed a

los que bebían; esta cura también las diversas enfermedades de los que languidecen. Aquella, mientras se bebía, daba de sí el indicio de ser agua simple; esta, mientras sana, cumple el oficio de diversos aromas y especies medicinales.

Convertid estos tantos y tan preclaros milagros, hermanos queridísimos, en lucros de verdadera utilidad y, por los beneficios exteriores del don divino, anhelad también los interiores desde la médula. ¿Pues qué aprovecha percibir temporalmente estos bienes caducos y transitorios de la benignidad divina, si no acontece llegar a recibir los premios del bien eterno? Recordad lo que la Verdad dijo a los judíos sobre sus antiguos padres: «Vuestros padres —dijo— comieron el maná en el desierto y murieron (Jn 6)». Sopesad también cuánta sea en los cielos la gloria de los santos, a quienes, contra el orden de su naturaleza, los mismos elementos sirven y obedecen en la tierra. ¿Pues qué no pueden las almas de los santos, sea en el cielo, sea en la tierra, sea incluso en el abismo, los cuales son uno con aquel que preside todas las cosas? Hacia aquella dignidad, pues, de tan gran gloria, queridísimos, tended con todos vuestros esfuerzos; hacia ella apresuraos diariamente con los pasos de las santas virtudes y de la piadosa conversación. Ciertamente debéis despreciar todas las cosas que veis, si queréis alcanzar aquellas que esperáis. Pues testificándolo el bienaventurado Pablo, no podemos aquí gozar del siglo y allá reinar con Dios (Rom 12). El cual dice de nuevo: «No contemplando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven. Pues las

cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas (2 Cor 4)». Despreciad, pues, los fluidos y seductores halagos de este mundo inmundo, superad sus amenazas con la fortaleza del ánimo, reprimid los crecientes incentivos [incendios] de la carne, dilatad vuestras mentes en las virtudes con la ayuda de Dios, expulsad el frío del torpor y de la negligencia de vuestros corazones, suspirad continuamente con un inflamado deseo del ánimo por aquel inefable gozo de la bienaventuranza superna. Pues aquel espectador que inspecciona deleitablemente vuestros corazones dirigidos hacia Él, también os abre gustosamente la puerta de su sociedad, Jesucristo nuestro Señor, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN VI.

SOBRE SAN ELEUCADIO, OBISPO DE RÁVENA Y CONFESOR. (14 DE FEB).

La festividad de hoy, hermanos queridísimos, colma vuestra santa devoción, o más bien la nuestra, con un doble gozo, porque mientras celebramos las solemnidades del venerable confesor Eleucadio, necesariamente traemos también pronto a la memoria las preclaras gestas del bienaventurado vencedor de Cristo, Apolinar. Pues como dice Salomón, «la gloria del padre es el hijo sabio (Prov 10 y 15)», así la causa de uno pende del otro, de modo que quienquiera que relate dignamente las alabanzas de uno, no puede callar

el ínclito encomio del otro. Y porque la Verdad dice: «No puede el hijo hacer sino lo que viere hacer al padre (Jn 5)», así este bienaventurado alumno siguió las huellas paternas, de tal modo mantuvo la recta línea predicando la verdadera fe, así exhibió viviendo religiosamente una servidumbre consonante con su santo preceptor, que merecidamente le sucedió en el gobierno, de quien había sido imitador en la santidad. Pues así como el bienaventurado Pedro, príncipe del senado apostólico, es conocido por haber tenido tres discípulos más eminentes entre los demás, que posteriormente le sucedieron por orden en la cumbre del pontificado, a saber, primero Lino, luego Cleto y tercero Clemente, de no menor manera también el bienaventurado Apolinar tuvo cuatro egregios discípulos que le sucedieron en el gobierno eclesiástico tras la feliz gloria de su martirio: Aderito, a saber, y este bienaventurado a quien el presente sermón ha de servir, Eleucadio, seguidamente Marciano y finalmente Calocero.

Era, pues, este Eleucadio filósofo, como se relata en la misma historia de su bienaventurado maestro. Fue superada, pues, la sabiduría de Platón por un discípulo de un pescador. Envió la red de la palabra a la profunda salinidad del océano de Rávena y atrajo una malla dorada a la orilla de la fe. Además, aquel cuyo maestro supo antaño guiar la barquichuela por todos los estanques, enseñó al discípulo a disputar con la arguta astucia de los dialécticos; enseñó, digo, a un discípulo de agudo ingenio y aguda elocuencia a encerrar a los hombres con un lenguaje sencillo, él que

solía anudar viles redes para incluir a los peces por lo profundo del mar. Claramente, después de que el navegante del mar fuera constituido clavijero del cielo, los discípulos de los pescadores se convirtieron en maestros de los oradores; y la sabiduría del mundo fue vencida por la sencillez de Cristo, porque como dice el Apóstol, puesto que el mundo no conoció a Dios por la sabiduría, plugo a Dios salvar a los creyentes por la necedad de la predicación (1 Cor 1). Con esta sencillez Pablo, que se juzga a sí mismo no saber nada entre los corintios sino a Jesucristo y a este crucificado (1 Cor 2), superó a Dionisio Areopagita en Atenas. Con esta sencillez el bienaventurado Apolinar encerró al filósofo Eleucadio en la ciudad de Rávena; el cual, consultado también él sobre la pericia de las curaciones, respondió que nada sabía sin el nombre de Jesús. Sin embargo, a ambos, prudentemente sencillos, el bienaventurado Pedro les da testimonio de sabiduría: pues de Pablo dice: «Como nuestro queridísimo hermano Pablo os escribió según la sabiduría que le fue dada (2 Pe 3)». A Apolinar le dice: «He aquí que has sido instruido sobre todas las cosas que hizo Jesús».

Pero los que eran sabios para Dios se mostraban ante el mundo como necios. Pues Dios eligió las cosas necias del mundo para confundir a los sabios (1 Cor 1). Y para que te asombres más, a los mismos sabios imperitamente los derribó del vano tumor de su orgullosa sabiduría, y seguidamente los elevó a la autoridad de la libre predicación, para que después afirmaran constantemente aquello mismo que antes se angustiaban

por impugnar cruelmente. Lo cual Moisés figuró entonces místicamente cuando, arrebatando el becerro de oro, lo quemó con fuego, lo trituró hasta el polvo y, esparciéndolo por las olas, lo dio a beber al pueblo israelítico (Éx 32). ¿Pues qué es por figura aquel becerro fundido, sino el cuerpo del diablo? Hombres, a saber, engañados en todas las cosas por el error de la perfidia y simultáneamente de la idolatría, y unidos en sacrílega conspiración bajo su mismo pestífero jefe como diversos miembros, sobre los cuales ciertamente aquel espíritu de maldad, como autor, se eleva insolentemente presidiendo y, como cabeza, domina a su cuerpo por la tiranía. Se describe, pues, que fue un becerro de oro porque el rito de la idolatría parece instituido como por sabios. Pues por el oro se designa la sabiduría, como se dice a través de Salomón: «Tesoro deseable en la boca del sabio (Prov 2)». De oro, pues, fue el becerro porque los sabios del mundo, antes de la gracia de la nueva fe, se prueba que fueron los autores del culto demoníaco. De los cuales ciertamente dice el Apóstol: «Porque habiendo conocido a Dios, no lo glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se desvanecieron en sus pensamientos y se oscureció su insensato corazón; pues diciéndose sabios, se hicieron necios y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, y de aves, y de cuadrúpedos y de serpientes (Rom 1)». Por esta vanidad de la insana sabiduría, los poetas, filósofos, magos, escudriñadores de los astros e instruidos en la pericia de todas las disciplinas liberales, solían

adorar los prodigiosos fingimientos de los demonios.

En el becerro, pues, se significó todo el cuerpo, esto es, toda la sociedad de los gentiles entregados a la idolatría. Moisés, pues, quemó el becerro con fuego porque nuestro Redentor, a quien él había significado, encendió los mal conspirados corazones de los gentiles con la llama de su caridad. De donde Él mismo dice también: «Fuego vine a traer a la tierra, ¿y qué quiero sino que se encienda? (Lc 12)». Y el Profeta: «No hay —dice — quien se esconda de su calor (Sal 18)». En la mente de los gentiles, pues, de repente se enciende el fuego divino, para que en ellos se disuelva la irracional forma bestial de la idolatría. Todo el cuerpo de este becerro se tritura después en polvo, porque aquella sociedad gentil, fundida en uno por el arte de la conspiración diabólica, al advenimiento de Cristo fue golpeada como por un mazo de saludable corrección y de la dureza de su rigor fue triturada por la virtud de la palabra divina. Pues por la palabra de la verdad se tritura saludablemente lo que parecía estar insensiblemente íntegro en la forma de su soberbia. Luego se esparce en el agua para que el pueblo israelítico beba de él.

Triturado, finalmente, el becerro se echa en el agua, porque es necesario que el humillado pueblo gentil se lave en el lavacro de la fuente saludable. Al cual al punto beben los israelitas, porque los santos predicadores del Evangelio, que son verdaderos israelitas, a quienes trasladan al cuerpo dominical, que es la Iglesia, los con-

vierten en sus propios miembros recibiéndolos como bebiéndolos. De los cuales israelitas se dijo primero: «Mata y come (Hech 10)», lo cual es lo mismo que si se dijera: «Tritura y bebe». Así, así aquel becerro, por el fuego del celo y el filo de la palabra y el agua del bautismo, fue más bien absorbido por aquellos a quienes intentó absorber: en ellos mismos fue transfundido, a quienes había intentado trasladar a sus propios miembros, esto es, diabólicos.

Sin embargo, porque Moisés no fijó en esto la meta de la venganza, en triturar solamente el ídolo, sino que además añadió que degollara a veintitrés mil hombres, enseñó místicamente que de ningún modo basta si alguien se convierte del culto de la idolatría o de la depravación de la vida, si no se esfuerza también en mortificar sus propios vicios con la espada del espíritu. De donde también el ilustre predicador dice: «Mortificad vuestros miembros que están sobre la tierra: la fornicación, la impureza, la lujuria, la mala concupiscente y la avaricia, que es servidumbre de ídolos (Col 3)». Y debe notarse que así como aquí se dice que los vicios son nuestros miembros, así también allí los que fueron aniquilados estaban unidos a sus matadores por la necesidad del parentesco, como fue dicho por Moisés: «Esto dice el Señor Dios de Israel: Ponga cada hombre la espada sobre su muslo; id y volved de puerta en puerta por medio del campamento y mate cada uno a su hermano, y a su amigo y a su prójimo (Éx 32)». Si a alguien, pues, le deleita alzarse en armas, quienquiera que anhele luchar contra los

escuadrones de los enemigos, vuelva las manos hacia sí mismo y allí encontrará más adversarios a los que degollar, de donde claramente tras la victoria no incurra en el sucio nombre de homicida, sino que aparezca más bien como un glorioso triunfador, de donde ciertamente no merezca ser excluido de los umbrales del santuario, sino que consagrándose a sí mismo al Señor, sea aumentado por las bendiciones de la gracia divina, como también se les dijo a ellos: «Habéis consagrado vuestras manos hoy al Señor, cada uno en su hijo y en su hermano, para que se os dé la bendición (ibíd.)». En cuanto a que se refiera que los que fueron muertos fueron veintitrés mil, el número de tres mil aniquilados indica la triple forma de los pecados. Pues cometemos todo pecado o de hecho, o de palabra, o de pensamiento. Pero puesto que allí también se duplica el número diez, se da a entender que así como despreciamos guardar el Decálogo de los preceptos por la culpa de la carne y simultáneamente del alma, así también debemos desgastar y mortificar los vicios de ambas con las armas de las virtudes.

El bienaventurado Eleucadio, pues, entonces gran filósofo, fue triturado como el becerro de oro por el mazo de la predicación y fue transfundido a los miembros del cuerpo de Cristo. Entonces doctor de la sabiduría terrena, ahora ha sido hecho maestro de la disciplina eclesiástica. Entonces escudriñaba la indagación de las causas naturales; ahora contempla perspicuamente al Autor mismo de todas las naturalezas. Y quien entonces tal vez había anotado las estrellas con

el radio, ahora contempla gozoso cómo se vuelve la máquina del cielo con las estrellas. Sin duda, quien antes había sido filósofo de la verdad, convertido al Señor, fue hecho predicador de la verdad; tercero, a saber, desde el bienaventurado Pedro apóstol en el orden del discipulado, y no menos tercero desde el bienaventurado Apolinar en la cumbre del pontificado. Y aunque el orden de las personas se prolongó, la misma pureza de la fe, que había procedido de aquel mismo sumo y original manantial, corría por la serie declive del cauce. Pues de Cristo a Pedro, de Pedro a Apolinar, de Apolinar a Eleucadio, emanó el río de la elocuencia celestial; para que se cumpliera aquel pregón del Salmista: «El que envía su elocuencia a la tierra, velozmente corre su palabra (Sal 147)». Finalmente, los bienaventurados cultivadores y ayudantes de Cristo, Apolinar y Eleucadio; padre, a saber, e hijo, maestro y discípulo, recibieron el ministerio de una sola obra, el fundo de un solo campo, por así decirlo, el colonato de una sola viña. Aquel, sin duda, para que talara las densas oscuridades de los bosques; este, en cambio, para que extirpara de raíz los troncos residuales de los arbustos y los matorrales de las erizadas zarzas. Aquel, para que con la aguda reja de la palabra surcara los duros campos del escuálido desierto; este para que, no menos, con el azadón de la santa predicación rompiera tras él los terrones de los hinchados vicios y vistiera con los frutos de las buenas obras los novales diligentemente cultivados. Aquel, para que plantara con Pablo; este para que regara con Apolo (1 Cor 3). Y para retomar

desde más arriba, aquel con Moisés trasladó al pueblo del Señor a los desiertos dividido el mar Rojo (Éx 14); este con Josué, sucediendo al maestro, introdujo el primero al mismo pueblo en la tierra de la promesa (Jos 4). Aquel enseñó cómo Israel, como morador, despreciara a Egipto; este, en cambio, cómo poseyera la tierra que mana leche y miel repartidas las suertes entre sí. Uno ciertamente amonestó a sacudir el cuello del yugo de hierro de Faraón; el otro a pisar con plantas triunfadoras las vencidas cervices de los enemigos. Uno enseñó con cuánta rapidez huyeran del oprobio de la servidumbre; el otro, en cambio, con cuánta cautela custodiaran los títulos mismos de la libertad.

Ni tampoco debe creerse, hermanos míos, que el bienaventurado Eleucadio, mientras aún vivía, careciera de los trabajos del martirio, aunque no fuera consumado por el martirio. Veía, sin duda, que aún sobrevivían algunas reliquias de la gentilidad recientemente extinguida; le dolía que en el pueblo a él encomendado permanecieran incluso los últimos vestigios del rito supersticioso, y por eso, aunque las manos de los perseguidores no desenvainaran las espadas, su alma santa era torturada, quemada por el incendio del piadoso celo y de la compasión paterna. ¿Pues qué aprovecha si alguien cree católicamente y vive gentilmente? ¿O cómo concuerda la creencia recta con la vida herética? ¿Pues qué ayuda si la fe apostólica está presente donde se lleva una conversación arriana? Pues de aquellos que creen católicamente y viven heréticamente, se queja el bienaventura-

do Apóstol diciendo: «Confiesan que conocen a Dios, pero con los hechos lo niegan (Tit 1)». Siendo que, sea creyendo, sea viviendo, negar a Dios no es otra cosa sin duda que perecer. Por lo cual el bienaventurado pontífice Eleucadio sobrellevó un martirio no despreciable en la paz misma de la Iglesia, puesto que, aunque no con los que creen pérfidamente, se prueba que tuvo un conflicto inaliable con los que viven perversamente; aunque también recogemos no sin razón que trabajó en la doctrina de la fe, pues reconocemos que las ciudades y villas adyacentes a toda la metrópoli de Rávena casi no esconden ningún mártir.

De donde no podemos admirar dignamente cuánta gloria, cuánta sea la excelencia del bienaventurado Apolinar, cuyo martirio, habiendo sido prolongado por el espacio de veintinueve años a través de innumerables tormentos, tanto él solo trabajó que otro cualquiera, donde en casi todas aquellas partes hubiera podido morir por el testimonio de la fe, no lo encontró. Pero si algo tal vez sobró, lo suplió la venerable sucesión de sus discípulos, entre los cuales sin duda el bienaventurado Eleucadio brilló como una estrella de oro y, según la etimología de su nombre, reportó las insignias del candor y esplendor paterno como verdaderamente un hijo. Pues Eleucadio en griego se entiende en latín como candidus. Y no sin mérito. Pues había sido del número de aquellos de quienes se dice: «Blancos han sido hechos sus nazareos, dieron esplendor a Dios y como la leche se han cuajado (Lam 4)». Y Jacob sobre Cristo a su hijo: «Más hermosos —dijo— son sus ojos que el

vino, y sus dientes más blancos que la leche (Gén 49)». Pues los ojos de Cristo son los apóstoles y evangelistas, que prestaron la luz de la sabiduría a todo el cuerpo de la santa Iglesia, cuya doctrina, mientras ablanda el rigor y la dureza de la antigua ley, en cierto modo su hermosura aventaja la austeridad del vino viejo, pues los preceptos evangélicos son mucho más claros que los mandatos del Antiguo Testamento. Los dientes, en cambio, son los santos predicadores, que separan a los hombres convertidos de la sociedad de los malvados y los trasladan al cuerpo de Cristo, como se ha dicho arriba, como masticando. Además, con el nombre de leche se insinúa la doctrina de la ley, que parecía alimentar al pueblo carnal con una copa de leche como a párvulos, de cuya leche ciertamente son más blancos los doctores de la Iglesia, porque ellos mismos comen el alimento fuerte y sólido de la palabra y lo entregan a otros, sobre los cuales dice el Apóstol a los Hebreos: «De los perfectos es el alimento sólido (Heb 5)». Y bien se dice que son blancos los doctores de la Iglesia, porque están libres de la mancha de la depravación y se ven claros por las obras de una conversación conspicua.

Por lo cual debe evitarse, hermanos míos, que ninguna negrura de vicios nos deshonre a nosotros, que tenemos jefes blancos en la milicia de Cristo. Peligrosamente fluctúa la apariencia de las cosas donde las insignias no concuerdan con los jefes del ejército que les sigue. Pues nuestros bienaventurados padres se mostraban prontos a sobrellevar los suplicios; nosotros, en cambio,

cuando somos dañados por el prójimo, refrenemos al menos nuestros ánimos de la venganza. Pues Moisés, como indicio de venganza descendiendo del monte, apareció cornudo (Éx 34); sobre el Señor, en cambio, en el Espíritu de mansedumbre descendió una paloma (Mt 3). Ellos decretaron despreciar todas las cosas propias por Cristo; nosotros aprendamos al menos a no ambicionar las que son ajenas. Baste a la necesidad presente el cuidado de hoy, ni el rencor de la solicitud anticipe el día de mañana.

El pueblo israelítico ciertamente, como atestigua la sagrada historia, cuando recogía el maná, bullía en gusanos y se pudría si alguien, actuando infielmente, reservaba algo de ello para el día siguiente (Éx 16). Así claramente quienquiera que, encendido por el ardor de la codicia, atesora para sí sustancia terrena como para proveer alimentos a su cuerpo, a este le brota aquel gusano que cave la conciencia y roa los secretos del pecho. En verdad aquellos gusanos de las preocupaciones, que genera la avaricia, preparan a su vez aquellos gusanos de los que está escrito: «Su fuego no se extinguirá y su gusano no morirá (Is 66)», para que el fuego del fuego de la codicia encienda y el gusano proceda del gusano. Aunque también puede entenderse así no inconvenientemente, que así como Cristo mismo, que dice: «Yo soy gusano y no hombre (Sal 21)», resultó para otros en resurrección, así no obstante su palabra se hace maná y dulzura de miel para los fieles, pero para los infieles y los que viven perversamente se hace gusano, no claramente el que alimente

refrescando el alma, sino el que remuerda la conciencia aterrando y amenazando. El sexto día, en cambio, se mandaba recoger doble medida, para que de ello se guardara la mitad para el Sábado. Además, el sexto día se entiende la sexta edad del mundo, en la que ahora estamos. En este día, pues, recoge el doble para el venidero Sábado quien, por la intuición de la gloria celestial, donde hay un Sábado perpetuo y verdadero descanso, oye y hace la palabra de Dios. En este guarda el doble quien tanto vive bien como muestra a otros ejemplo de salvación; o, lo que es más expedito, recoge doble medida quien tanto trabaja en la buena obra que por ello tanto aquí su alma plazca a su Creador como con Él después viva perpetuamente. Lo que, pues, se reponía para el Sábado no podía corromperse, porque las buenas obras, que se hacen por el deseo del descanso superno, permanecerán perpetuamente. No deben, pues, acumularse aquellas riquezas que la herrumbre demuela, que las polillas coman y que se pudran por la brotación de gusanos (Lc 12), de cuyos no libres poseedores dice el bienaventurado Santiago reprendiendo: «Vuestras riquezas están podridas, vuestras vestiduras han sido comidas por las polillas, vuestro oro y plata se han oxidado, y la herrumbre de ellos será para vosotros en testimonio y quemará vuestras carnes como el fuego (Sant 5)». Aquellas riquezas, pues, hermanos, apetezcamos, que puedan adornarnos con las gemas y perlas de las virtudes, que nos promuevan a los títulos de las dignidades celestiales. Las cuales riquezas ciertamente insinúa el profeta

cuando dice: «Riquezas de salvación la sabiduría y la ciencia; el temor del Señor mismo es su tesoro (Is 33)».

Sin duda el bienaventurado Eleucadio codició estas riquezas cuando se depuso de la cátedra de la doctrina filosófica, cuando arrojó la férula del preceptor, cuando del principado del magisterio se sometió humildemente al discipulado de Cristo. Cualquier cosa superflua que allí hubiera aprendido antes, la podó en los estudios mucho más nobles de esta escuela; cualquier cosa de mentira, cualquier cosa de superstición que allí enseñó, la corrigió en la disciplina de la pureza eclesiástica. Por lo cual se decreta por la ley a través de Moisés que a la mujer capturada en la guerra y elegida para el matrimonio del vencedor se le corte la superfluidad del cuerpo: «Afeitará —dice— su cabellera, y se cortará las uñas, y se depondrá el vestido en que fue capturada; sentada en tu casa llorará a su padre y a su madre por un mes, y después entrarás a ella y dormirás con ella, y será tu mujer (Dt 21)». Afeitamos, pues, la cabellera de la mujer cuando podamo los sentidos superfluos de la disciplina racional. También cortamos las uñas cuando de ella cercenamos cualesquiera obras muertas de las supersticiones. También se le manda deponer el vestido en que fue capturada: para que se despoje de la superficie sobrepuesta de fábulas y de cualesquiera fingimientos y exhiba la sólida verdad de la verdadera razón. Llora, en cambio, al padre y a la madre porque reputa entre los muertos a los autores de las artes liberales y de-

plora compadeciéndose que hayan perecido en el error. Es costumbre de las mujeres purgarse cada mes por la efusión de su propia sangre. Después de un mes, por tanto, se nos manda entrar a esta mujer, para que sorteemos como en matrimonio el arte de cualquier disciplina purificada de todo contagio de supersticiones, para que ya hecha israelita pase consecuentemente al matrimonio de un israelita y rinda una prole bien fecunda de obras espirituales.

A lo cual también no es disímil que el mismo Moisés mandara al pueblo israelítico pedir prestado oro y plata con vestidos a los egipcios, en lo cual a saber —para no demorarme más— pedimos místicamente oro y plata con vestidos a los egipcios, de donde fabriquemos un tabernáculo al Señor, cuando leemos a los poetas y filósofos mundanos para que podamos progresar más lucidamente en los oráculos divinos. O también, lo que es más perspicuo, el oro y la plata son las almas preciosas que junto con sus vestidos, esto es, sus cuerpos, se acoplan al pueblo de Dios, para que dejen este oscuro siglo como a Egipto y adquieran la tierra prometida de la perpetua felicidad. Lo que, pues, el bienaventurado Eleucadio tomó prestado de los egipcios, aprovechó a los israelitas, y el tesoro que arrebató a la gentilidad lo erogó fielmente como dispensador de la santa Iglesia. Cuyas gestas por cierto no se encuentran transmitidas por escritos, pero no sin causa la antigüedad o construyó una basílica en su honor o dedicó su óbito con los honores de una solemnidad anual. Pues también se refiere que escribió

algunos volúmenes sobre el Antiguo y Nuevo Testamento, o incluso sobre la encarnación o pasión del Señor, que sin embargo juzgamos que han sido borrados por el olvido de los escritores. Aunque también esto parece pertenecer no sin mérito al cúmulo de sus méritos: que entonces consintió en ser hecho obispo cuando la penuria oprimía a la Iglesia y el trabajo más difícil de la fe aún ruda y recién plantada era inminente, cuando finalmente se dedicaba a arrancar de raíz los brotes germinantes del rito prístino y faltaba la pesada cumbre y el emolumento del subsidio temporal. Pues aunque la Iglesia ya entonces hubiera sido fundada en la fe, la religión cristiana sin embargo aún no estaba pulida por las costumbres del vivir.

Y así también nosotros, hermanos queridísimos, imitemos el ejemplo de este santo fervor. Nunca temamos abordar con constancia y confianza aquel negocio en el que esperemos ser fatigados por presiones y adversidades, sea por los servicios divinos, sea por la salvación fraterna. Húyase del honor, de la gloria, de las riquezas y de toda dignidad temporal. Apetezcase el trabajo de la obediencia, la angostura de la pobreza y la inquietud de la caridad que nos ejercite. Pues el pueblo judaico, cuando hubo sido saciado de los panes, quiso constituir rey a nuestro Redentor, pero, testificándolo Juan, para que no pudiera ser encontrado, huyó al monte (Jn 6). En cambio, cuando era buscado para la cruz, se ofreció voluntariamente a los que no lo conocían, diciendo: «¿A quién buscáis?». A los cuales, afirmando ellos que buscaban a «Jesús el Nazareno», al punto

respondió: «Yo soy (Jn 18)». ¿Pues qué es que el Mediador de Dios y de los hombres escapó al ser promovido al reino, pero buscado se arrojó voluntariamente a la muerte, sino para amonestarnos a evitar la gloria de este mundo y a buscar con gratitud las tribulaciones por Dios y las presiones de los trabajos y dolores?

Pablo también, cuando estaba en Mileto y veía a todos obedeciéndole y amándole afectuosísimamente, de tal modo que Lucas refiere en el libro de los Hechos Apostólicos que al partir Pablo se hizo un gran llanto de todos y, arrojándose sobre su cuello, lo besaban. Él, sin embargo, se apresuraba avidísimamente a Jerusalén para padecer como para banquetear, diciendo: «He aquí —dijo— ligado por el espíritu voy a Jerusalén, ignorando las cosas que en ella me han de suceder, sino que el espíritu me protesta por todas las ciudades diciendo: Que me esperan cadenas y tribulaciones». «Pero nada de esto temo, ni hago mi alma más preciosa que a mí mismo, con tal que consuma mi carrera y el ministerio que recibí del Señor, testificar el Evangelio de la gracia de Dios (Hech 20)». He aquí que rodeado por la turba de los que lloran de ningún modo se doblega, acariciado por los besos, halagado por los servicios no se mueve a misericordia de sí mismo, sino que alegre se apresura a las cadenas y los tormentos como si se acercara a comer a un convite nupcial.

Nosotros también, queridísimos, siguiendo los ejemplos de los imitadores de Cristo, huyamos de los halagos del siglo, ciñamos varonilmente los lomos de nuestra mente para sobrelle-

var cualesquiera adversidades por Dios. Y los que tendemos a la herencia de los hijos, que está en la patria, puestos en el exilio, toleremos ecuánimemente las injurias de los conservos, para que nuestro superno inspector y árbitro, considerándonos de ningún modo reacios ante el imperio de su mandato, cuanto ahora nos ve más oprimidos en la pena, tanto después nos remunere más felices en la gloria, Jesucristo nuestro Señor, que con Dios Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

MARZO. 20. Homilía en el Domingo de Ramos. 20. Sermón en la vigilia de S. Benito abad y confesor. 21. Homilía sobre el mismo S. Benito abad y confesor. 24. Sermón en la Cena del Señor. 25. Sermón en la Anunciación de la B. Virgen María. 27. Sermón en la resurrección del Señor.

VII. HOMILÍA EN EL DOMINGO DE RAMOS. (20 DE MARZO). «Cuando se hubo acercado Jesús a Jerusalén y hubo venido a Betfagé, al monte de los Olivos, entonces envió a dos de sus discípulos, diciéndoles: Id al castillo que está frente a vosotros, etc. (Mt 21)».

El Señor, que iba a padecer espontáneamente por la salvación humana, accede al lugar de su pasión espontáneo. Para esto vino al mundo, para esto nació, para que por su pasión nos librara. Sabiéndolo vino a Jerusalén, sabiéndolo entró acompañado por una gran turba de pueblos con pomposo servicio, para mostrar que no temía la muerte, sino que estaba preparado para ella. Pues si hubiera querido evitar la muerte, no habría venido al lugar donde sabía que estaban los que

buscaban su muerte. Por lo cual dice en el Evangelio: «He aquí que subimos a Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado a los príncipes de los sacerdotes y a los escribas, y lo condenarán a muerte (Mt 20)». ¿Pero qué es que el que antes había huido cuando iba a ser hecho rey, ahora accede espontáneamente cuando va a ser crucificado? Sino claramente para que enseñara a sus miembros a huir de las cosas altas del mundo, pero a acceder con gozo a aquellas que por el mundo son tenidas por humildes y abyectas por amor de Dios. Pues si hubiera sido hecho rey, habría confirmado el error de los judíos, que lo esperaban solo como rey terreno. Pero muriendo destruyó la muerte, y resucitando reparó la vida. Accede también al lugar de su pasión cabalgando sobre un asna y un pollino, para mostrar que es el Señor de ambos pueblos, a saber, de los judíos y de los gentiles. Pues por el asna, que estaba bajo el yugo, se significa el pueblo judío, que estaba bajo el yugo de la ley. Por el pollino del asna, en cambio, que aún no estaba domado, se significa el pueblo gentil, que aún no había recibido el yugo de la ley divina. Se sienta sobre ambos porque a ambos llamó a la fe, y a ambos redujo a la obediencia de su mandato.

Pero veamos por qué envió a dos de sus discípulos para traer al asna y al pollino. Estos dos discípulos son los dos órdenes de predicadores, a saber, del Antiguo y del Nuevo Testamento. Pues aquellos predicaron a los judíos, estos a los gentiles. O estos dos discípulos son los dos preceptos de la caridad, a saber, el amor de Dios y del próji-

mo. Pues nadie puede traer a nadie al Señor si no es él mismo perfecto en el amor de Dios y del prójimo. Se les manda ir al castillo que estaba frente a ellos. Este castillo es este mundo, que es opuesto a los discípulos de Cristo. Pues la amistad de este mundo es enemiga de Dios (Sant 4). Por lo cual el mundo se llama castillo, porque está fortificado por los muros de los vicios y las torres de la soberbia contra la humildad de Cristo. En este castillo el asna y el pollino estaban ligados, porque tanto el pueblo judío como el gentil estaban ligados por las cadenas de los pecados. Se manda a los discípulos que los desaten y los traigan al Señor. Pues los santos predicadores, por la palabra de la predicación y la gracia del Espíritu Santo, desatan a los hombres de las cadenas de los pecados y los conducen a la obediencia de Cristo. Pero si alguien les dijera algo, dijeran: «El Señor tiene necesidad de ellos (Mt 21)». Estos que dicen algo son los espíritus de la maldad, que intentan impedir la conversión de los hombres, sugiriendo diversos obstáculos e introduciendo el amor del mundo. A los cuales no obstante responden los predicadores que «el Señor tiene necesidad de ellos», porque Dios quiere que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad (1 Tim 2). Por lo cual dice el Señor: «Si el mundo os odia, sabed que a mí me ha odiado antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, sino que yo os elegí del mundo, por eso el mundo os odia (Jn 15)».

Por el asna y el pollino, que estaban ligados en el castillo, se significa el pueblo de los judíos y el de los gentiles, ambos de los cuales estaban sujetos a las cadenas de los pecados. El asna bajo el yugo significa el pueblo judío sujeto al yugo de la ley. El pollino lascivo y desenfrenado significa el pueblo gentil, que se dejaba llevar por la lascivia de su propia voluntad y aún no había recibido el yugo de ninguna ley. Ambos no obstante estaban ligados en el castillo, porque ambos estaban retenidos por el error de la infidelidad y el amor del mundo. Pero los discípulos los desatan y los traigan al Señor, porque los santos predicadores por la palabra del Evangelio desatan a los hombres de los errores del mundo y los conducen a la fe de Cristo. Ponen también sus vestidos sobre ellos, y el Señor se sienta sobre ellos. Los vestidos de los discípulos son los ejemplos de las buenas obras y las enseñanzas de las virtudes, con que se adornan las almas de los fieles para que el Señor pueda sentarse en ellas como en su propio trono. Se sienta sobre ambos, como se ha dicho, porque de ambos pueblos constituyó su Iglesia.

Pero veamos qué hace la turba que sigue o precede al Señor. «Una turba muy numerosa —dice— tendía sus vestidos en el camino; otros, en cambio, cortaban ramos de los árboles y los tendían en el camino (Mt 21)». Los que tienden sus vestidos en el camino son los santos mártires, que por el nombre de Cristo no temieron ofrecer sus propios cuerpos hasta la muerte y como por su propia sangre prepararon el camino al Señor hacia los corazones de los demás. Los que cortan

ramos de los árboles son los doctores de la Iglesia, que de los libros de las sagradas Escrituras como de árboles fructíferos cortan los testimonios de las virtudes y los ejemplos de los padres y los extienden en el camino de los corazones de los fieles para que el Señor pueda acceder a ellos más fácilmente. Todos en cambio con una sola voz claman: «Hosanna al hijo de David; bendito el que viene en el nombre del Señor; hosanna en las alturas (ibíd.)». Por este clamor confiesan que Él es verdaderamente el Hijo de David según la carne, e Hijo de Dios según la divinidad.

Nosotros también, hermanos queridísimos, siguiendo los ejemplos de las turbas y de los discípulos, preparemos el camino al Señor en nuestros corazones. Tendamos nuestros vestidos, esto es, sujetemos nuestros cuerpos al espíritu, para que podamos llevar al Señor. Cortemos ramos de los árboles, esto es, recojamos los testimonios de las sagradas Escrituras, por los cuales podamos resistir a las tentaciones del diablo. Y clamemos con gran voz, no solo de palabra sino también de obra: «Hosanna en las alturas», esto es, pidamos la salvación a Aquel que solo nos puede salvar, Jesucristo nuestro Señor, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

VIII. SERMÓN EN LA VIGILIA DE SAN BENITO ABAD. (20 DE MARZO). «Nos ha concedido el Señor, hermanos queridísimos, celebrar el día festivo del santísimo padre Benito; a saber, para que nos compadezcamos de él cuando sufre la enfermedad, pero nos alegremos con él cuando

asciende felizmente a los cielos.» Pues primero por la muerte temporal pagó la deuda de la naturaleza; luego, acompañándolo coros de ángeles que cantaban himnos, emigró a los reinos celestiales.

En las vigilias ciertamente el celebrante debe ser afligido, para que en la solemnidad pueda alegrarse. Y ahora, por tanto, celebramos las vigilias de aquella resurrección final —es decir, de la verdadera Pascua— si quebrantamos nuestras propias voluntades, si refrenamos el ímpetu de la carne, si repelemos los pensamientos malvados del corazón, si llevamos la cruz en pos de Jesús afligiéndonos a nosotros mismos en el corazón; si, en fin, nos esforzamos en perdonar a los que nos ofenden, en socorrer a los necesitados, en proferir la verdad con la boca y en guardar una caridad no fingida en el corazón: si no nos dedicamos a las fábulas, si no atendemos a las palabras ociosas, si no codiciamos nada terrenal y si no nos implicamos en los negocios seculares; si nos esforzamos en ofrecer oraciones puras y diariamente limpias a Dios, y si nos deleita continuamente escuchar la palabra de Dios con todo el afecto del corazón, de modo que Cristo sea oído en la lengua, Cristo sea visto en la vida, Cristo en el corazón y Cristo en la voz. Pues, en verdad, quienquiera que observe diligentemente estas cosas, celebra verdaderamente las vigilias de la festividad eterna. Y quien ahora se mortifica humillándose con Cristo, es necesario que resucite con Él una vez consumida por completo toda corrupción.

Celebremos, pues, hermanos queridísimos, siempre estas vigilias; diríjase toda la intención del espíritu a alcanzar la gloria de aquella felicidad eterna, de modo que, realizando vigilias de esta clase, miremos siempre a Jesús pendiente en la cruz, y después merezcamos contemplarlo entre aquellas mismas solemnidades reinando en la majestad de la gloria paterna. Quien con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por todos los siglos de los siglos. Amén.

IX. HOMILÍA EN HONOR Y ALABANZA DE SAN BENITO ABAD Y CONFESOR. (21 DE MARZO).

Dijo Simón Pedro a Jesús: He aquí que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido, etc. (Mt 19).

En esta solemnidad principal de nuestro padre, se debería haber insistido con todas las fuerzas, si la noble lengua de Gregorio no hubiera reunido todo su itinerario en un discurso magnífico (Libro I de los Diálogos, passim). Pues de tal manera pintó sus hechos y su vida con la claridad de una elocuencia desbordante, que tanto el estilo centellea con la majestad de las sentencias, como las sentencias resplandecen con un estilo más claro. Es, por tanto, superfluo añadir algo después de la voz de tan gran hombre, en cuya comparación no ignoramos que somos no solo poco elocuentes, sino incluso mudos. Baste, sin embargo, haber dicho solo esto: que él solo presentará al excelso Príncipe una banda militar más abundantemente que los demás, y con tropas de

monjes que viven a la manera de los ángeles, llenará los palacios de los cielos. ¡Cuán refulgente y espléndido soldado estará, pues, ante el tribunal imperial, lleno de infinitas virtudes, acompañado de innumerables ejércitos, consejero del rey, amigo del juez y único enemigo del antiguo adversario!

Acerca de él claramente, y de quienes lo seguían, dijo Simón Pedro a Jesús: «He aquí que nosotros lo hemos dejado todo (Mt 19)». Una conversación ciertamente amigable de Simón con Jesús, y un discurso más agraciado que cualquier flor oratoria; y digno es Simón de hablar más plenamente con el Salvador; pues Simón significa obediente, y Jesús significa salvador. Habla, pues, la obediencia con la salvación, porque solo a los obedientes se les debe la salvación eterna por derecho hereditario, con tal de que esté allí Pedro, es decir, que la obediencia no vacile ni titubee, sino que esté fundada sobre piedra firme. ¿Y qué dice? «He aquí que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido». Palabra solemne, gran promesa, obra santa, digna de bendición: dejarlo todo y seguir a Cristo. Estas son las palabras de una pobreza voluntaria y persuasiva, que engendraron los monasterios, que llenaron más abundantemente de monjes los claustros y de anacoretas los bosques. Pues estas son las cosas de las que canta la Iglesia: «Por las palabras de tus labios yo guardé caminos duros (Sal 16)». Ella ha de recibir descanso por el trabajo, riquezas por la pobreza, recompensa por la tribulación. Grande es en verdad dejarlo todo, pero más grande es

seguir a Cristo, ya que leemos que muchos lo dejaron todo, pero no siguieron a Cristo. Esta es la tarea, este es el trabajo, aquí consiste la cumbre de la salvación humana; ni podemos seguir a Cristo si no lo dejamos todo, porque Él salta como un gigante para recorrer el camino (Sal 18), y el que está cargado no puede seguirlo. Nadie sale a nado con fardos, dice aquel orador de la disciplina secular a quien la nobleza de la lengua y la profundidad del sentido constituyeron amigo de la pobreza. Con razón lo deja todo quien sigue a Aquel que está sobre todas las cosas, puesto que nuestra suficiencia viene de Él (2 Cor 3), y Dios será todo en todas las cosas (Col 3).

He aquí, dice, que lo hemos dejado todo, no solo los bienes del mundo, sino también los deseos del alma: pues no lo deja todo quien se retiene incluso a sí mismo; más aún, de nada sirve haber dejado las demás cosas sin dejarse a sí mismo, puesto que ninguna otra carga es más pesada para el hombre que el hombre mismo. Pues, ¿qué tirano más cruel, qué poder más salvaje para el hombre que la propia voluntad del hombre? Nunca permite descansar bajo ella, nunca sentarse, y cuanto más sabe que te fatigas por obedecerla, tanto más urge, instiga y carga, olvidada de la piedad, desconociendo la misericordia. Pues la propia voluntad tiene esta característica: que cuanto más obediente le haya sido el que la obedece, tanto más lo ata con cadenas más crueles. Solo ella es amada, cuando solo ella es digna de odio: principio de la iniquidad, infusión de la muerte, gran destrucción de las virtudes. «Venid,

pues, los que estáis fatigados y cargados», al que alivia las cargas, y respondedle de voz y de obra: «He aquí que nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido (Mt 11)». Observa que en otro tiempo, antes de que el Verbo se hiciera carne y habitara entre nosotros (Jn 1), los Padres del tiempo antiguo seguían a Dios, adhiriéndose al espíritu solo por el espíritu. Pero ahora debe ser seguido también en el cuerpo, hasta el punto de que, aunque se lee que los citados Padres abundaron en riquezas terrenales, en adelante, si uno no renuncia a todo lo que posee, no puede ser discípulo de Aquel (Lc 14) que, siendo rico, por nosotros se hizo pobre (2 Cor 8). Por tanto, deben dejarse las posesiones y las propias voluntades si queremos seguir a Aquel que no tenía donde reclinar su cabeza (Lc 9), y que no vino a hacer su voluntad, sino la de Aquel que lo envió (Jn 6).

Sigue: «¿Qué, pues, habrá para nosotros?». Ya Pedro lo ha dejado todo, ya no solo lo sigue, sino que lo ha seguido por mucho tiempo; y ahora por primera vez pregunta qué es lo que va a recibir. ¿Qué pasa, Pedro? ¿No prometiste obediencia al oír con tus oídos, no en la convención de un pacto? Pero oíd ya lo que dice el Señor Dios, y atended a la esperanza en la que debemos esperar mientras el mundo fluctúa: «En verdad os digo que vosotros, que lo habéis dejado todo y me habéis seguido, en la regeneración, cuando el Hijo del hombre se siente en la sede de su majestad, os sentaréis también vosotros para juzgar (Mt 19)». Infinita es ciertamente la dulzura de las misericordias del Señor para con sus pobres; ni los deja

en la muerte, por quienes se expuso a sí mismo a la muerte y a los tormentos. «Vosotros —dice —, que me habéis seguido, en la regeneración, cuando el Hijo del hombre se siente en la sede de su majestad, os sentaréis también vosotros para juzgar». ¿Qué es esto sino decir: alcanzaréis a Aquel a quien seguís, si es que lo perseguís, como está escrito: «Busca la paz y persíguela (Sal 33)»? Corred, pues, de tal manera que alcancéis (1 Cor 9), ni queráis descansar antes de que alcancéis al que está sentado y merezcáis sentaros con Él. Saltó como un gigante para recorrer el camino (Sal 18); ciertamente en todo el tiempo en que fue visto en la tierra y conversó con los hombres (Bar 3); ni descansó hasta llegar a lo que Él mismo constituyó como fin del trabajo y de la tristeza, diciendo: «Triste está mi alma hasta la muerte (Mt 26)». Por tanto, cuando el Hijo del hombre se siente en la sede de su majestad, Él que antes estuvo en el ignominiosísimo suplicio de la cruz interrogado con contumelias y también con tormentos, os sentaréis también vosotros para juzgar, por quienes ahora comienza el juicio, que no os dais descanso a vosotros mismos; ¿por qué también Él vino no a juzgar, sino a ser juzgado, ni a ser servido, sino a servir (Mt 20)? Allí verdaderamente se sentarán las sedes en juicio (Sal 121). Pues el Hijo de Dios Salvador, por la indivisible unidad de naturalezas, según lo que es como Dios, se sienta a la diestra de Dios (Sal 109); según lo que es como hombre, asiste ahora ante el rostro de Dios por nosotros (Heb 9); ni habrá para Él una sesión triunfal hasta que Dios sea todo en

todas las cosas, es decir, que el cuerpo se una a la cabeza con tanta paz que seamos semejantes a Él, aunque no iguales. Pues todavía es negado por los judíos, es escarnecido por los gentiles, es lacerado por los herejes, es gravemente impugnado por los falsos cristianos; ¿y piensas tú que Él reside tranquilo, y no atiende a los ojos de los soberbios, a los ímpetus de los malignos, a las voluntades de los que se oponen? Pero en la regeneración se sentará con los que se sientan, cuando nosotros seamos purificados en el más sincero resplandor en ambas sustancias, y Él mismo, vencidos los enemigos, entrará con los amigos en la gloria. Uniendo a los ángeles con los hombres en unidad sempiterna, y reparando las pérdidas de la ciudad bienaventurada. Todo esto, además, será en la regeneración. Bienaventurada aquella regeneración que renovará la tierra y el cielo, federará a los nacidos de la tierra con los habitantes del cielo, y derramará de nuevo la fuente de la paz perpetua con incansable fluidez.

Hay que notar, sin embargo, que hay una sola generación y dos regeneraciones. Y en la generación ciertamente, que contraemos de la raíz viciada, el cuerpo se llena de mortalidad, pero el alma de iniquidad. En la regeneración del bautismo, en cambio, donde nos conviene nacer de nuevo (Jn 3), se purifica ciertamente la iniquidad del alma, pero no se quita la mortalidad del cuerpo. Es necesaria, por tanto, otra regeneración, o resurrección, en la que se encontrarán también los cuerpos configurados al cuerpo de la claridad de Cristo (Flp 3), con tal de que los corazones

hayan sido reformados primero a la mansedumbre y humildad del corazón del mismo Cristo. Por lo cual también es bienaventurado el que tiene parte en la resurrección primera (Apoc 20), por el hecho ciertamente de que ha de ser partícipe también de la segunda. En esta regeneración, por tanto, cuando se siente el Hijo del hombre, etc.

Esto es lo que dice la Escritura en otro lugar: «por su doble confusión —dice— y su vergüenza, alabarán su parte (Is 61)». Pues dos cosas tiene la pobreza de los que siguen al Señor: a saber, la aflicción y la vileza. De donde el Profeta dice: «Mira —dice— mi humildad y mi trabajo (Sal 24)». Por esto, pues, poseerán el doble en su tierra (Is 61), para que por la vileza haya el honor del poder judicial, y por la aflicción el refrigerio de una sesión placidísima. ¿Cuándo, pues, nos sentaremos nosotros, de quienes ahora ni el cuerpo ni el alma se sientan, en quienes nada está asentado, nada quieto, nada permanece en el mismo estado? ¿Cuándo seremos librados de la inquietud de esta movilidad? Pues a nuestro cuerpo no se le permite sentarse, ya que lo impiden tanto el sentido del dolor presente como la ansiedad de la muerte futura, puesto que es pasible y mortal. Pero también el espíritu mismo no tiene ningún descanso debido a la expectativa de la esperanza y a la solicitud del temor. Pero será cuando el alma descanse constituida singularmente en la esperanza (Sal 4); libre ciertamente de la solicitud, pero no de la expectativa. Esto sucederá después de la muerte de la carne, pero antes del día del juicio. En aquel día, sin embargo, cuando

se siente el Hijo del hombre, nos sentaremos perfectamente y en todas nuestras partes, porque el cuerpo ni será turbado por el sentido del dolor, ni se angustiará por el temor de la muerte, glorificado por la doble estola de la impasibilidad y la inmortalidad; y seremos libres, en lo que al alma se refiere, de toda expectativa y solicitud, no teniendo nada menos, no temiendo en adelante ningún peligro, en la más perfecta seguridad y en la más segura perfección. «Os sentaréis», dice el Señor, dice la Verdad. Sesión solemne, grato descanso, plena suficiencia. «Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo con corazón pesado, por qué amáis la vanidad y buscáis la mentira? (Sal 4)». Pues buscáis la gloria que viene unos de otros, vana ciertamente y mentirosa, puesto que los hijos de los hombres son vanos, los hijos de los hombres son mentirosos (Sal 61), y no queréis la gloria que viene solo de Dios, gloria sin duda permanente y verdadera. Miserables y dignos de lástima los que por un breve placer perdéis el torrente del placer, y os interrumpís la divina misericordia, para que nunca os saciéis de los pechos de su consolación (Sal 35).

Pero para que la larga espera no amargara la dulzura de la gran promesa, modera la movilidad de nuestra mente con un discurso más dulce. Pues Él mismo conoce nuestra condición (Sal 102), ya que nuestra pusilanimidad no soporta las demoras de la dilación; y por eso con su benignidad sale al encuentro también de este pensamiento, y ocurre también por esta parte, diciendo: «Y todo el que haya dejado casa, o

padre, o madre, o hermano, o esposa, o campos, o hijos por mi nombre, recibirá el céntuplo, y poseerá la vida eterna (Mt 19)». «Ciertamente ha sido obstruida la boca de los que hablan cosas inicuas (Sal 62)». And let all those who act iniquitously in vain now be confounded (Psal. XXIV). Pues tenemos la promesa de esta vida que es ahora, y también de la futura (1 Tim 4), y es manifiesto que la promesa del céntuplo es del tiempo presente por aquello que ciertamente sigue: «Y poseerá la vida eterna». Pero para que no quede ningún lugar de obstinado disimulo, voy al Evangelio según Marcos, donde se declara abiertamente que la promesa del céntuplo es de este tiempo. Pues dice el Señor: «Nadie hay que haya dejado padre, o madre, o hijos, o campos por mí y por el Evangelio, que no reciba cien veces más; ahora en este tiempo casas, y hermanos», etc. (Mc 10). Y, para que más os maravilléis, ni estiméis que esta promesa, aunque sea de este tiempo, se exhibe sobre las cosas temporales, se añadió: con persecuciones. Pues, ¿qué recibieron de sustancia terrenal los santos mártires puestos en persecución, cuando incluso la misma tierra de sus cuerpos bienaventurados fue entregada en manos de hombres impíos? Por tanto, lo que dice: «cien veces más casas, o hermanos», etc., de ningún modo puede entenderse según la carne, como es manifiesto incluso por esto: que nadie recibe cien madres. Ahora bien, si por la comunicación de las posesiones y el afecto de las almas que hay entre los elegidos queremos entender esta promesa, podrá convenir a algunos, pero no

a todos. Pues sabemos que algunos de los santos carecieron de esta consolación terrenal y humana. En el corazón, pues, y en el hombre interior es necesario que busques ese céntuplo, para que tengas ahora ciertamente tu fruto para la santificación, y el fin la vida eterna.

Por tanto, los que aún no han recibido el céntuplo, escudriñen sus corazones y examinen diligentemente todos los afanes de sus manos; no hay duda de que encontrarán algún rincón y albergue que el Salvador no conoce. Pero las zorras tienen madrigueras, y las aves del cielo nidos (Lc 9). Más bien, dejen todas las cosas más perfectamente, no busquen lo que es suyo, nada retengan para sí, nada para los demás. Pues hay muchísimos que, aunque desprecian bastante su propia exaltación y placer, sin embargo retienen de algún modo para sus parientes lo que debieron haber dejado, trabajando ciertamente por ellos con una solicitud incongruente y contraria a la religión. Pues, ¿cuántos monjes, mientras miran por sus padres más de lo justo, han perdido sus propias almas? Por tanto, déjenlo todo, sigan solo a Cristo, contiendan por agradar solo a Cristo, y adhiéranse al beneplácito de su voluntad con vigilante solicitud; no hay duda de que experimentarán al punto lo que la Verdad promete a los que lo dejan todo y lo siguen: «Recibirá el céntuplo —dice— y poseerá la vida eterna (Mt 19)». Pues aquello se recibe en el camino para consuelo; aquello otro, en cambio, se poseerá para la bienaventuranza en la patria para siempre. Pero ¿qué es este céntuplo sino las consolaciones, las visi-

taciones y las primicias del espíritu, que es más dulce que la miel; sino el testimonio de nuestra conciencia; sino la alegre y gratísima esperanza de los justos; sino la memoria de la abundancia de la suavidad de Dios y la verdaderamente gran multitud de su dulzura, la cual es necesario decir que nadie que la haya experimentado puede expresar con aquellas palabras, ni nadie que no la haya experimentado? Ni el padre, ni la madre, ni la casa, ni el campo, ni el alimento, ni el vestido, ni en fin nada terrenal o corporal, sino que es claramente más deleitable que todo esto, más dulce y agradable que todo ello.

¿A quién, en efecto, puede asignarse tan especialmente todo el recorrido de la lectura evangélica como a nuestro padre y maestro el bienaventurado Benito? Él dejó el mundo con su flor desde la infancia, y siguió con rapidísima carrera a Cristo que corría, ni desistió hasta alcanzarlo. ¿Quién juzgará más sublimemente entre los que juzgan? ¿Quién percibió así el céntuplo en esta vida? ¿Quién poseerá más gloriosamente la vida eterna? Por su intercesión, pues, se digne administrarnos la largueza de su gracia para consuelo de la presente vida y posesión de la eterna Aquel que vino para que tengamos vida, y para que la tengamos en abundancia (Jn 10), Jesucristo nuestro Señor, que es bendito por los siglos. Amén.

SERMÓN X.

EN LA CENA DEL SEÑOR. (24 DE MARZO).

Hoy, hermanos queridísimos, mientras celebramos las solemnidades de la Cena del Señor, recordamos muchísimos sacramentos de las virtudes celestiales. Pues hoy nuestro Salvador, que es la cabeza de los ángeles, al lavar los pies a sus discípulos, nos propuso manifiestamente un ejemplo de verdadera humildad, para que lo que el Señor otorgó a sus siervos, los siervos no se dignen negarlo a sus conservos, y el polvo no le niegue al polvo lo que a tan gran majestad le pareció conveniente para sí mismo. Donde, cuando Pedro se negaba a recibir el obsequio de tan gran Preceptor, y Aquel le conminaba con amenazas de rechazo si no se dejaba lavar, aterrorizado al fin y aquiesciendo al punto al imperio del que insistía, dijo: «Señor, no solo mis pies, sino también las manos y la cabeza (Jn 13)». Con cuyas palabras ciertamente el bienaventurado Apóstol significó que nuestras obras, a la vez que nuestros pensamientos, necesitan ser purificados y limpiados por el Señor. Pues con las manos se obra, pero los pensamientos proceden de la mente, que es la cabeza del hombre interior. Verdadera, pues, y perfecta purgación es cuando el Dios omnipotente no solo guarda nuestras obras limpias e inmaculadas, sino que también repele los pensamientos perversos de nuestros corazones por la infusión del Espíritu Santo.

Hoy el Salvador convirtió la especie del pan y del vino terrenales en los sacramentos de su cuerpo y de su sangre, y administró a sus discípulos el alimento de la nutrición vital. Pues aquel alimento prohibido, que el primer hombre recibió

con soberbia hinchada y gula anhelante, difundió por todas sus vísceras los venenos de todos los vicios y de la corrupción mortal. Contra este virus letal, por tanto, el pueblo cristiano toma un antídoto por el cual la pestilencia de la enfermedad espiritual sea saludablemente vomitada. Por la virtud de este nuevo sacramento expulsamos al punto aquel fermento de la condenada antigüedad, para que pasemos de la servidumbre a la libertad del espíritu y a los nuevos ázimos de la regeneración.

Hoy se confecciona el sagrado crisma, por el cual se confirma en nosotros la santificación de todos los carismas celestiales. Este ciertamente se reconoce como aquel sacrosanto crisma que no solo ungió a sacerdotes, reyes y profetas en el Antiguo Testamento, sino que también santificó a los santos apóstoles, mártires y confesores en el Nuevo. Hoy también nosotros somos ungidos con este óleo de la divina virtud, para que luchando en el certamen de la palestra espiritual triunfemos sobre los enemigos sometidos y convictos. De cuyo óleo ciertamente dice el profeta: «Se pudrirá el yugo ante la faz del óleo (Is 10)». Pues, cuando por este sacramento del divino crisma se nos devuelve el espíritu de libertad, es necesario que el yugo de la antigua servidumbre sea reducido a la podredumbre. Este misterio del crisma lo conoció indudablemente el profeta David, cuando cantó que nuestros rostros debían ser alegrados con el óleo (Sal 103). En verdad, cuando los crímenes del mundo fueron en otro tiempo expiados por el diluvio derramado (Gén 7); pre-

sentó la semejanza del futuro don de la paloma, cuando anunció la paz devuelta a la tierra con un ramo de olivo. Pues dice la Escritura: «Esperando todavía otros siete días, Noé envió de nuevo la paloma fuera del arca. Y ella volvió a él por la tarde, trayendo en su boca un ramo de olivo con hojas verdes (Gén 8)». En la emisión y el regreso de la paloma se pone el número siete, porque sin duda se conocen como siete los dones del Espíritu Santo. Pero a la hora de la tarde vuelve la paloma al arca, porque el Espíritu Santo, que al principio del mundo se movía sobre las aguas (Gén 1), ya al atardecer del siglo ha llenado la santa Iglesia.

A esto pertenece también el sacramento del divino crisma, que el Dios omnipotente dio como mandato a su siervo Moisés, de que lavara primero con agua a su hermano Aarón, y luego lo constituyera sacerdote por la infusión de este ungüento: «A Aarón —dijo— y a sus hijos ungirás y los santificarás para que ejerzan el sacerdocio para mí. A los hijos de Israel también dirás: Este óleo de unción será santo para mí en vuestras generaciones (Éx 30)». Además, así como cuando el mundo ya había sido lavado por el diluvio, la paloma volvió al arca con un ramo de olivo, así también Aarón fue lavado primero con agua, luego ungido con el crisma, para que fuera promovido al sacerdocio. Así también ahora cualquiera que viene a la gracia de la regeneración es sumergido primero en las aguas del santo bautismo, para que después sea sellado con el misterio del divino crisma.

Además, aquel óleo, que consagró tanto el tabernáculo de la alianza como todos sus utensilios, figuró claramente este sacramento del divino crisma. Pues dijo el Señor a Moisés: «Tomarás óleo de los olivares por la medida de un hin, y harás el óleo santo de la unción, un ungüento compuesto por obra de perfumista, y ungirás con él el tabernáculo del testimonio, y el arca del testamento y la mesa con sus basas, el candelabro y sus utensilios, los altares del incienso y del holocausto, y todo el mobiliario que pertenece a su culto, y santificarás todas las cosas, y serán el Santo de los santos; quien las tocare será santificado (Éx 30)». Por tanto, el crisma místico, que entonces consagraba el tabernáculo en el desierto, ahora santifica a la Iglesia en el nuevo testamento. Sacramento que también entonces parece haberse cumplido más rica y copiosamente, cuando nuestro Redentor, bautizado, salió de las aguas del Jordán, y abiertos los cielos, al punto descendió sobre Él el Espíritu Santo en especie de paloma en visión manifiesta, y pronto tronó la voz del Padre: «Este —dijo— es mi Hijo amado, en quien me he complacido (Mt 3)». Comprobando claramente que Él es aquel a quien David, en otro tiempo enseñado por el mismo Espíritu, decía: «Te ungió el Señor tu Dios con óleo de alegría por encima de tus compañeros (Sal 44)». De aquel Espíritu, pues, que también ahora consagra nuestro crisma, la naturaleza de todas las aguas concibió tanta virtud, que en cualesquiera aguas corrientes en que se sumerja el que ha de ser lavado bajo la profesión de la deificante Trinidad,

se cumpla divinamente el pleno y perfecto misterio de la nueva regeneración.

Este crisma nuestro también designaba típicamente aquel óleo con el que el Señor mandó que se llenaran las siete lámparas en el tabernáculo y ardieran continuamente. «Manda —dijo— a los hijos de Israel que te traigan óleo purísimo y lúcido de olivas para preparar las lámparas continuamente fuera del velo del testimonio en el tabernáculo de la alianza, y Aarón las pondrá desde la tarde hasta la mañana ante el Señor, con culto y rito perpetuo en vuestras generaciones; se pondrá siempre sobre el candelabro limpísimo en presencia del Señor (Lev 24)». Pero ¿qué se significa por las siete lámparas en el tabernáculo, sino las siete Iglesias en el único pueblo cristiano? En las cuales ciertamente se manda que el óleo arda sin cesar, porque en ellas la caridad sincera, que se da por el Espíritu Santo, debe hervir con el fuego del doble amor, y brillar siempre con obras claras y conspicuas. Pero siendo sin duda una sola la Iglesia católica y universal, como se dice por Salomón: «Una es mi paloma, la única de su madre (Cant 6)»; ¿por qué es que en las sagradas palabras se refiere que son siete las Iglesias, sino porque la que es una por la unidad de la fe, es septiforme por otros tantos dones del Espíritu Santo? Pues estas son aquellas siete mujeres que, según el vaticinio del profeta, recibieron un solo marido (Is 4). El marido de la Iglesia es Cristo. Claramente con este óleo del Espíritu Santo se condimentan todos los alimentos de las sagradas Escrituras, para que se engorden las entrañas de

nuestras almas. Este óleo, infundido en los banquetes vitales de la palabra celestial, sabe bien en las fauces del alma, cuyo estómago recrea y cuyo gusto endulza para el que lo percibe. Pues está escrito: «La letra mata, pero el espíritu vivifica (2 Cor 3)». Por lo cual debe saberse que todas las páginas de los sagrados volúmenes están condimentadas con el óleo del Espíritu Santo. Por lo cual también en el libro de los Números se lee: «Porque el pueblo andaba alrededor, y recogiendo el maná lo molía con muela, o lo machacaba en mortero, cociéndolo en olla, y haciendo de él tortas de sabor como de pan aceitado (Núm 11)».

Además, hemos tenido un tránsito como por muchas tinajas en la bodega del Señor, para que pudiéramos llegar solo a lo aceitado, como a un vasito de óleo. Finalmente el maná, de que vivía el pueblo israelita, designaba la sagrada palabra, con la que se nutre y vegeta la religión cristiana. La cual ciertamente está verdaderamente aceitada, porque está rociada con la mística unción del Espíritu Santo. Hay que notar, en efecto, que el mismo maná, que en el libro de los Números se dice aceitado, en el Éxodo se lee que tuvo sabor no de aceite, sino más bien de miel: «Su gusto —dice— era como de flor de harina con miel (Éx 16)». ¿Por qué es que aquel alimento angélico se dice que primero exhibió la dulzura de la miel, y después ofreció la suavidad no de la miel, sino del aceite, sino porque nuestro Redentor, autor y fundador de todas las sagradas Escrituras, a quien aquel maná figuraba principalmente, tanto antes de la pasión exhibió como miel la dulzura

de los milagros, como después de su ascensión derramó como aceite el Espíritu Santo sobre sus discípulos (Hech 1 y 2)? Pues parece haber propinado la dulzura de la miel mientras resplandeció con signos y prodigios; pero haber dado entonces la suavidad del aceite cuando difundió en sus apóstoles los dones del Espíritu Santo Paráclito. Orden que Moisés mantuvo congruentemente cuando en el Deuteronomio cantó típicamente de la piedra, que no obstante era también maná: «Chuparon —dijo— miel de la piedra y aceite de la piedra firme (Dt 32)». De este óleo de mística unción dice la esposa al esposo en los Cánticos: «Óleo derramado es tu nombre (Cant 1)». Se afirma que el nombre del esposo es óleo derramado porque, así como de crisma viene Cristo, así consecuentemente de Cristo se dice cristiano.

Puesto que, por tanto, amadísimos, por la gracia de nuestro Salvador ya hemos percibido el sacramento de este crisma, ya que ya llevamos en la frente el sello expreso de la dignidad real, esforcémonos por vivir tan noblemente que nuestra conversación pueda concordar con tan divinos y tan magníficos misterios. Pues nosotros somos aquellos a quienes se dice por el primero de los apóstoles: «Vosotros sois linaje elegido, sacerdocio real, nación santa, pueblo de adquisición, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable (1 Pe 2)». Y ciertamente es bastante innoble vivir bajo la servidumbre de los vicios carnales nosotros que, adoptándonos Dios, obtenemos la dignidad de un linaje real. Demasiado torpe es que estemos

entregados a la concupiscencia terrenal nosotros que somos llamados hijos de Dios y merecemos ser inscritos por la gracia de Cristo para obtener la herencia celestial. Claramente, puesto que consta que somos discípulos de un maestro crucificado, es digno que también nosotros mismos nos presentemos como muertos a este mundo inicuo. Por tanto, de llevar la cruz tras nuestro Maestro y Señor, que ninguna preocupación de los asuntos temporales nos impida, que ningún amor a la sustancia terrenal o atractivo carnal nos aparte. Dirijamos los ojos de nuestra fe y devoción por el camino de la cruz ya trazado y propuesto a nosotros, para que caminando por él con pasos sin tropiezo, merezcamos llegar a aquel que es autor y provocador de la gloria de la resurrección. Quien con Dios Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

* SERMÓN XI. DE LA ANUNCIACIÓN DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA. (25 DE MARZO)

Exultad, hermanos, en el Señor, porque sigue el sermón sobre aquella Señora que reclama para sí un principado singular en nuestros corazones. Esta es aquella ante cuyo nombre inclináis humildemente el cuerpo, en cuyas horas asistís reverentemente, cuya memoria frecuentáis continuamente. Esta es la que dulcemente se endulza en vuestros afectos, porque es grande la multitud de su dulzura. Pues su espíritu es dulce sobre la miel; en la cual el dulce Señor, con toda su dulzura, sobrevino. Pues habiendo hecho Dios

todas sus obras muy buenas (Gén 1), hizo esta mejor, consagrándose en ella un reclinatorio de oro, en el que solo Él se reclinara después de los tumultos de los ángeles y de los hombres, y encontrara descanso. Esto es lo que la naturaleza admira, el ángel reverencia, el hombre teme, el cielo se estupefacta, la tierra tiembla, el infierno se horroriza. En su útero la majestad del Altísimo se licuó maravillosamente, y como con grosura y pingüedue llenó las tierras, infundió los cielos, roció los infiernos. Aquí se anonadó a sí mismo (Flp 2) el Excelso e Inmenso, enviando a nuestro seno una medida buena, apretada, remecida y rebosante (Lc 6). Aquí fue ungido con el óleo de la alegría por las manos divinas, y como desde el altar fue consagrado como sumo pontífice. Subiendo de este altar al ara de la cruz, bañado en su propia sangre como por óleo de otro género, ya no solo consagrado, sino también consagrando, unió todo el cuerpo de la máquina mundial con un vínculo más generoso. Cese, pues, el luto, huya la tristeza, elimínese el dolor, apártese el rencor, para que sea lícito vacar y ver con Moisés esta gran visión (Éx 3): de qué manera Dios es concebido en este vientre, el diablo es engañado, lo perdido es recibido, lo indebido es aceptado. Todo me atrae el afecto, pero la oración desfallece, y el rico pensamiento se confunde por la pobreza de la voz. Hierven las entrañas, y bullen hacia una profundidad ondulante, pero la frialdad de la lengua refrigera los cúmulos desbordantes.

¿Qué pasa, bienaventuradísima? ¿Acaso me dormiré tan gradualmente silencioso, que esté

mudo allí donde toda criatura habla? Sin embargo, no callaré, y no descansaré, hasta que tu rostro salga como resplandor, y la palabra concebida de ti, si no como lámpara, al menos como centella se encienda (Is 62). Me mueve, lo confieso, que permitiéndolo Dios pequen las criaturas racionales, y por muchos miles de años tanto las cosas celestiales como las terrenales parezcan estar en vano, aquellas destinadas a servir, estas destruidas. Está en pie aquella gran ciudad defraudada de la numerosidad de sus ciudadanos, y de los palacios estelares es expelida una múltiple multitud de habitantes; se oscurecen los fuegos estelares, hablo del sol, la luna y las estrellas, y son multados con mucha claridad de luz quitada de ellos, la tierra es maldecida, la sucesión de los hombres es condenada, «y toda criatura, según el Apóstol, gime y tiene dolores de parto (Rom 8)». Calla Dios omnipotente, y su omnipotencia ordenadora disimula tan gran confusión. Por fin nace María, y llegando a los años nubiles se viste de una hermosa apariencia que atraiga al mismo Dios, y convierta hacia sí los ojos de la divinidad. Mira lo que dice sobre esto aquel no mínimo explorador de los secretos de Dios: «Escucha, hija, y ve, e inclina tu oído, y olvida a tu pueblo y la casa de tu padre. Y el rey codició tu belleza, porque Él es el Señor tu Dios (Sal 44)». Germina, pues, la vara de Jesé de la tortuosa raíz del género humano, y brotando del árbol de los patriarcas hacia la altura y la rectitud, ignora toda nudosidad, desconoce las tinieblas de las hojas, no tiene nada infructuoso. Mira y arde aquel vehemente aman-

te, y canta todo el epitalamio en sus alabanzas, donde manifiestamente se introduce al esposo respirando amor sincerísimo, y no pudiendo ya disimular lo que padece. Se convoca inmediatamente aquella asamblea celestial, y según el profeta inicia Dios consejo, convoca concilio (Is 16), habla con los ángeles sobre su restauración, sobre la redención de los hombres, sobre la renovación de los elementos, y asombrándose ellos y maravillándose de gozo, sobre el modo de la redención. E inmediatamente del tesoro de la divinidad se despliega el nombre de María, y por ella, y en ella, y de ella, y con ella se decreta que debe hacerse todo esto, para que así como sin Él nada fue hecho, así sin ella nada fuera rehecho. La carta es entregada a Gabriel, conteniendo el saludo a la Virgen, la encarnación del Redentor, el modo de la redención, la plenitud de la gracia, la grandeza de la gloria y la abundancia de la alegría.

Fue enviado, pues, el ángel Gabriel de parte de Dios a la Virgen, la cual, después de que él le habló, sintió a Dios deslizado en sus entrañas, y la majestad de aquel encerrada en la brevedad del vientre virginal (Lc 1). ¡Oh vientre más difuso que los cielos, más amplio que las tierras, más capaz que los elementos, que encierra a todo el que todo lo concluye, en el cual se reclina el Dios de la gloria! Finalmente también el arcángel dice: «Ave, llena de gracia, el Señor es contigo (Ibíd.)»: porque el Espíritu Santo la iba a arrebatar toda para sí, elegida y preelegida por Dios, y la iba a distinguir con ornamentos celestiales. Ya debía ser consagrada en lugar de deleite, de donde

debía ascender aquella fuente que regara toda la superficie de la tierra (Gén 2).

Bastantes palabras hemos esparcido hasta aquí, y diversas cosas hemos sembrado de antemano en volátiles sermones; ahora insistamos aquí, por si acaso somos capaces de sacar algo digno. «Un río —dice la Escritura— salía del lugar de deleite para regar toda la superficie de la tierra, el cual de allí se divide en cuatro brazos (Ibíd.)». Ese río es mi Dios Jesús, que sale de dos lugares de deleite: del útero del Padre, del útero de la Virgen. Por lo cual dice el Profeta: «El Señor Dios nuestro es un río glorioso, que salta hacia una tierra sedienta (Is 59)». Pero por inefables diferencias sale de modo muy distinto del Padre que de la madre: porque aunque la natividad temporal es gloriosa, mucho más gloriosa es la eterna. Por tanto, a vosotros que oráis, quiero abriros lo que siento sobre ambas generaciones, no porque presuma exponer algo, siendo esto superior a las fuerzas de todos (¿cuánto más a las mías?), y siendo de extrema demencia querer hablar lo inefable, especialmente un hombre ignorante. Pues no he olvidado a Salomón diciendo: «Como el que come demasiada miel la vomita; así el que es escrutador de la majestad será oprimido por la gloria (Prov 25)». Pues de ambas creo que se dice por el profeta: «¿Su generación quién la contará? (Is 53)». Porque ciertamente aquella del Padre es inefable e inaccesible y a ninguna criatura permeable; en este sentido creo que dijo el Apóstol sobre Dios: «Que solo habita una luz inaccesible (1 Tim 6)», cuando incluso las

naturalezas más puras son rechazadas por tal intuición, ni pueden irrumpir en el abismo de tanta claridad. El mismo Hijo también protesta: «Nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo quiera revelárselo (Mt 11):» no tal como es, sino tal como puede captar aquel a quien se le revela tan gran dignación. Por lo cual también aquella alma sublime, que hasta el tercer cielo en las riquezas de la gloria había sido arrebatada (2 Cor 12), dice: «Yo no pienso haberlo alcanzado (Flp 3)». La más verdadera definición es, pues, que ningún intelecto penetra en absoluto aquella generación del que engendra y del engendrado. Esta también sobre la madre la juzgo inextricable para toda criatura humana: no sé si puede ser comprendida por aquella naturaleza más excelente. Pues ¿quién comprenderá la conjunción de la carne y del Verbo; de qué manera Dios y el hombre convienen en una sola persona a salvo y sin perturbación de las propiedades de las naturalezas? Cada uno abunda en su propio sentido; yo creo que esto sobrepasa todo sentido, adhiriéndome a las huellas de los antiguos varones, que sobre esto dejaron sentencias sanas e inconcusas.

Volviendo, pues, a la generación paterna, juzgamos que el Padre es el lugar de deleite, aunque Dios sea ilocal, pero no podemos explicar las eficiencias de las cosas sino por sermones vulgares. Pero que en Él mismo está todo deleite lo entiende quien lee al Apóstol diciendo: «Porque de Él, y por Él, y en Él son todas las cosas (Rom 11)», y a otro de aquel duodeno ápice [los

Apóstoles] eructando de modo semejante: «Toda dádiva buena y todo don perfecto viene de lo alto, descendiendo del Padre de las luces (Sant 1)». El mismo Hijo también dice: «Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, solo Dios verdadero (Jn 17)». El conocimiento del Padre, por tanto, es vida eterna; y donde hay vida eterna, allí hay deleite sempiterno, porque del útero del Padre es engendrado Dios de Dios, luz de luz, Señor de Señor. Sale, además, por identidad, porque es lo mismo que el Padre. Digo lo mismo según la sustancia, no según la persona. Sale también por igualdad, porque con igual omnipotencia mira al que lo engendra, ya que todo lo que el Padre puede hacer, lo puede hacer también el Hijo, como Él mismo atestigua: «Todo lo que hace el Padre, lo hace también el Hijo; ni puede el Hijo hacer nada, sino lo que viere hacer al Padre (Jn 5)». Sale también por eternidad, porque aunque sea engendrado, no es posterior al que lo engendra, sino que ambos son de una misma antigüedad, si es que no aborreces la novedad del vocablo. El cual, aunque signifique de algún modo lo que se dice, está sin embargo lejos de la majestad de la sentencia. Sale por similitud, porque es semejante al Padre, imagen del Padre, resplandor de la gloria y figura de su sustancia (Heb 1). Sale por alternidad, porque es otro distinto de Él; otro, digo, no otra cosa: «Yo —dice— y el Padre somos uno (Jn 10)». Dijo «uno» [unum], no «uno» [unus], porque «uno» significa la unidad de la sustancia, pero el «somos» la propiedad de las personas. Así, pues, y de modo mucho más excelente, el Hijo

saliendo del Padre inunda las mansiones angélicas, porque, según Salomón, «el Verbo de Dios en las alturas es fuente de sabiduría (Ecli 1)». El niño citarista de esta fuente había bebido con el vientre lleno cuando decía: «En ti está la fuente de la vida (Sal 35)», porque no solo tú eres vida, sino que también tu Hijo es fuente de vida. Y para mostrar patentemente lo que sentía, añadió: «En tu luz veremos la luz (Ibíd.)».

«Para regar toda la superficie de la tierra (Gén 2)». ¿Qué tierra es aquella repuesta en aquella cumbre de los cielos, que no pase de largo y riegue el río glorioso? El reino de los cielos es la tierra de los vivientes, de la cual dice el santo: «Mi porción, Señor, en la tierra de los vivientes (Sal 140)». Y: «Creo ver los bienes del Señor en la tierra de los vivientes (Sal 26)». Y: «Agradaré al Señor en la región de los vivos (Sal 114)». Este riego es indecible. Pues se embriagan los ángeles de la abundancia de la casa de Dios, y beben del torrente de su deleite. Aquí no sé qué decir, porque un inmenso estupor oprime el sentido y la mente. ¿Dónde están los sermones oratorios que en la fragua retórica todo aquel coro de filósofos forjó? ¿Dónde están los gigantes nombrados desde antiguo, que desde el principio fueron de gran estatura, expertos en la guerra, que languidecen en torno a las luchas de las palabras? ¿Acaso aquel máximo gigante, hablo de Platón, no fue rechazado del intelecto de tan purísima verdad? Tocando con agudísimo ingenio de la mente, pero no alcanzando la divinidad de Dios, ¿no dijo: He hallado uno, que lo obra todo; y otro, por el cual

todo se efectúa; pero un tercero no pude hallarlo? Con razón ignorante del Espíritu Santo, que no le había sido infundido, el cual es el maestro de las revelaciones santas, el que revela a Pablo lo que el ojo no vio, como el mismo Apóstol se gloría: «A nosotros —dice— nos lo reveló Dios (1 Cor 2)». ¿Por qué, Apóstol? «Por su Espíritu (Ibíd.)», no por nuestro espíritu, al cual los filósofos siguieron y fueron seducidos y sedujeron. Aquel filósofo nuestro, que entendió sobre los ancianos y sobre todos los que le enseñaban (Sal 118), oigamos qué sintió sobre esto: «Regando —dice— los montes desde sus alturas (Sal 102)». Pues enseña sobre los ángeles más sublimes, que no por espejo en enigma, sino cara a cara contemplan con ojos incansables la misma sustancia de Dios (1 Cor 13).

Sigue: «El cual de allí se divide en cuatro brazos». Sobre cuáles sean estos cuatro brazos hablemos brevemente, porque nos queda un gran camino. En la admiración, por la cual toda aquella criatura más digna se estupefacta de la gloria del Creador y de la razón de su gloria. En la pureza, porque no beben del torrente del deleite en vaso de barro o en la fragilidad de la complexión humana, sino que, quitado el velo, sacan aguas con gozo de las fuentes del Salvador (Is 12). En la saciedad, porque aunque desean mirar en Él, sin embargo el deseo no induce necesidad, ni la necesidad miseria, sino que, de modo más admirable, siempre desean para estar siempre saciados, y siempre están saciados para siempre desear. En la seguridad, porque ciertos de su estabilidad, se sumergen en perennes gozos, esperando la

bienaventurada esperanza y el advenimiento de la gloria del gran Dios (Tit 2), cuando se hará un solo rebaño y un solo pastor (Jn 10), y aquella Jerusalén celestial se consumará en sí misma. Así influye este río por las oficinas angélicas. Pero todo esto lo capta la fe, lo desconoce la razón, lo ignora el intelecto humano. Estas son tal vez aquellas cuatro cosas que el vaso de elección [Pablo] divide con un feliz cuaternario en la Epístola a los Hebreos, diciendo: «No os habéis acercado a un monte que humea, sino al monte Sión, a la ciudad del Dios vivo Jerusalén, a la compañía de muchos miles de ángeles, a la Iglesia de los primogénitos inscritos en los cielos (Heb 12)».

Ahora ciñámonos para ver de qué manera sale de la Virgen, porque esta salida es más dulce y más afectuosa para la miseria humana, la cual sacude los pechos de los que miran, riega los ojos y baña con bienaventuradas fuentes los rostros de los amantes. Aquí entiendo por lugar de deleite el útero de María, en el cual el Señor acumuló todas las delicias de las delicias, de cuyas delicias el Espíritu Santo, en sermón de admiración en el Cántico del amor, eructa así: «¿Quién es esta que sube del desierto, rebosante de delicias? (Cant 6)». ¿Acaso el Altísimo tiene deleite en los ángeles, en los cuales Él mismo halló maldad? ¿Acaso en la constelación o en el centelleo de las estrellas, de las cuales unas se convierten en sangre, otras caen del cielo, otras se oscurecen en las tinieblas? ¿Acaso en el aire, o en el fuego, o en los vientos? De ninguna manera, porque «no está el Señor en el fuego, no está el Señor en la conmoción, no está

el Señor en el espíritu (1 Re 19)», si es veraz aquel que en carro de fuego y caballos de fuego fue arrebatado al cielo (2 Re 2). ¿Acaso en las aguas, donde el furioso y tortuoso Leviatán habita, o en la tierra, que bajo la maldición de Adán emite espinas y abrojos? No hay lugar de deleite sino el útero de la Virgen.

De aquí sale con humanidad, porque vestido con el cilicio de nuestra mortalidad, se apareció visible a los ojos humanos; y haciendo de la Virgen una vara, y del libro de la generación una línea, enganchó el anzuelo de la divinidad, el cual cubrió con carne virginal, para que el gran dragón, atraído hacia la carne, sintiera debajo el hierro del poder divino. Sale también con novedad, porque nunca nació un hombre como Él es alimentado. Pues el primer hombre es formado primero de la tierra; segundo, la mujer es fabricada de su costado; tercero, Caín es engendrado por ambos según el orden habitual de nacimiento. Solo este nace de una sola virgen, y la divinidad humanada sella el útero de la Virgen con un parto nuevo y singular. ¿Dónde está ahora la elocuente por cierto, pero infecunda locuacidad de la sutileza aristotélica? ¿Si dio a luz, se acostó con un hombre? Quiera o no, la privación se convierte en hábito, ni se deja constreñir por términos dialécticos el Terminador de todas las cosas, a cuyo imperio la naturaleza da a luz y la costumbre se deshabitúa. Sale también con claridad. Pues al nacer Él, se sepulta toda aquella luminosa serenidad de las luces estelares, y una estrella más blanca, centelleando con rayos más lúcidos, arre-

bata para sí toda la posición del cielo. Caminan los reyes al esplendor de su nacimiento (Is 60), porque he aquí que los reyes se han congregado, han convenido en uno. Ellos mismos, viendo así nacer a Dios y al hombre, y a la madre y Virgen dando a luz, se admiraron, se turbaron, se conmovieron, el temblor se apoderó de ellos (Sal 47) ante la luz de tantos milagros. Sale también con pobreza, porque envuelto en pañales vilísimos y reclinado en un pesebre durísimo (Lc 2), ya desde entonces prefiguraba la ley del martirio para sus santísimos miembros. Sale ocultamente, porque aquel sutilísimo investigador de fraudes queda excluido de la altura de tanta dignación. De aquí es que, fatigado por ambiguas altercados, ahora lo tienta, ahora llama al tentado Hijo del Altísimo, ahora prepara la cruz, ahora la destruye, mediante mandatos a través de la mujer, su instrumento habitual: «Nada tengas que ver con ese justo (Mt 27)».

Sigue: «Para regar toda la superficie de la tierra». Para expiar la miseria terrenal, que aquel primer pecador nos había dejado en herencia. Quiero que el Apóstol me lo distribuya aquí en cuatro brazos, al igual que arriba, porque recibo su exposición con más seguridad. «El cual fue hecho para nosotros», dice, «sabiduría, justicia, santificación y redención (1 Cor 1)». Viniendo ciertamente a nosotros, que estábamos en la cárcel, primero que nada disipó las tinieblas de nuestra ignorancia con la luz de su sabiduría; luego, por la justicia que es de la fe (Rom 10), soltó las sogas de nuestros pecados, santificándonos

en su cuerpo, redimiéndonos en la pasión de su cuerpo. «Pues el Señor suelta a los encadenados, el Señor ilumina a los ciegos (Sal 145); santifica su tabernáculo (Sal 45); del poder del enemigo los redimió (Sal 105)». Se divide también en la paciencia, con la cual sostiene a los pecadores; en la misericordia, con la cual fomenta a los penitentes; en la largueza, con la cual exalta a los que progresan; en la fortaleza, con la cual conserva a los exaltados. Sobre este segundo cuaternario he conversado con vuestra fraternidad durante todo este Adviento, entrelazando las cosas morales con las místicas a través del curso de los ríos y la interpretación de los nombres; si algo se ha hecho dignamente, vosotros lo veréis. Pero no podemos apretarlo todo en el presente sermón, evitando el fastidio.

Yo tengo cuatro brazos más dulces que los anteriores, que tal vez complazcan más suavemente vuestros corazones. Pues nuestro Señor, elevado en la cruz, emitió abundantemente larguísimas ondas de sangre por cuatro partes de su cuerpo. Pues con las espinas punzando su santísima cabeza con el níveo cuello inclinado, y los clavos en los pies y las manos, y la lanza atravesando su costado, brotó la sangre preciosa, por cuya aspersión el juez pasó a ser padre, el airado a ser manso, la vara a ser misericordia, la cautividad a ser corona. Cristo, por tanto, es fuente latente y oculta en los cielos; fuente patente y abierta en la tierra. Allí del útero del Padre, aquí sale del útero de la Virgen. Allí viviendo riega la tierra de los vivientes, aquí muriendo la tierra de los moribundos.

Allí se divide en un cuaternario admirable; aquí en uno dulce. Dulce el Señor, dulce la señora, porque aquel es mi Dios, mi misericordia; esta es mi señora, puerta de la misericordia. Condúzcanos la madre al Hijo, la hija al Padre, la esposa al esposo, que es bendito por los siglos. Amén.

SERMÓN XII

SOBRE LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR. (27 DE MARZO)

Sobre aquello del Salmo 2: Pedí a mi Padre, y me dio las gentes. Aleluya.

Si consultamos el auxilio [f., auditorio] de los jurisperitos, la primera palabra del capítulo propuesto se describe así: postular es exponer el deseo propio o de un amigo en derecho ante aquel que preside la jurisdicción, o contradecir el deseo de otro. Este acto es público, y es oficio de los abogados, quienes confiados en la protección de su gloriosa voz, levantan a los caídos, reparan a los fatigados, y no proveen menos al género humano que si se defendieran a sí mismos y a la patria con escudos y corazas.

En la ejecución de este acto debemos atender a quién postula, a quién, dónde y qué postula. El abogado postula al juez en derecho su propia cosa, o postula para sí, propuesta una acción. En el presente negocio el abogado es Cristo; el juez es Dios Padre; y el lugar del derecho es el patíbulo de la cruz; la cosa postulada es la Iglesia de entre las naciones; el nombre de la acción, petición de herencia. Rectamente llamamos a Jesucristo abo-

gado. De donde Juan: «Si alguno peca, abogado tenemos ante el Padre al Señor Jesucristo; Él es la propiciación por nuestros pecados (1 Jn 2)». Este abogado expuso su deseo ante el Padre cuando fue ofrecido por la salvación del género humano, porque Él mismo lo quiso (Is 53). Su deseo es nuestra salvación, la cual teniendo sed en la cruz, se lee que amó a los suyos hasta el fin (Jn 13). Pero también este fue el deseo de sus amigos, a quienes dijo: «Ya no os llamaré siervos, sino amigos, porque el siervo no sabe qué hace su señor. Pero a vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que oí de mi Padre os lo he dado a conocer (Jn 15)». Igualmente: «Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos (Ibid.)». Convenientemente postula al Padre quien siempre fue escuchado. Pues se dice tanto común como vulgarmente: Seguro va al pleito quien tiene al padre por juez. Pues de Él dijo el Padre: «Este es mi Hijo amado, en quien me he complacido (Mt 3 y 17)». Pues siendo el Hijo de la misma sustancia que el Padre, ciertamente en la naturaleza humana, que unió a sí personalmente, postula por nosotros, o alega ante el juez propicio, y nos reporta el fruto de su deseo. Ni incongruentemente decimos Padre, cuando en la persona del Hijo dice el Profeta: «Juzga, Señor, a los que me dañan, combate a los que me combaten (Sal 34)». Y el mismo Hijo: «No busco mi gloria; hay quien la busque y juzgue (Jn 8)».

En muchos lugares de la sagrada Escritura parece que Dios mismo instituye y preserva un cierto orden de juicios. Un hombre sencillo, recto

y temeroso de Dios, al salir de la iglesia terminado el oficio de maitines, y siendo preguntado por sus discípulos: «¿Qué has oído en la iglesia, padre?» respondió: «Cuatro oí, seis noté». Fue una respuesta claramente sutil y fiel. Pues había oído cuatro versículos del Salmo 18, a saber: «La ley del Señor es inmaculada, que convierte las almas (Sal 18)», y otros tres que siguen, en los cuales se notan seis cosas, que son: ley, testimonio, justicia, precepto, temor, juicios. En estas se expresan en parte las personas que son necesarias en derecho, y en parte sus actos. Pues el Señor, que es el juez, y la ley, según la cual se juzga, y el oficio de los testigos bajo este nombre, testimonio, y los méritos del actor y del reo por este nombre, justicia, son designados. Pues los méritos de las causas se manifiestan por la aserción de las partes. La sentencia del juez bajo este nombre, precepto; los oficios del acusador y del ejecutor, por los dos últimos nombres, que son temor y juicios, se indican. Los cinco primeros se apoyan en dos accidentes, el sexto en cuatro: «La ley del Señor es inmaculada, que convierte las almas. El testimonio del Señor es fiel, que da sabiduría a los pequeños. Las justicias del Señor son rectas, que alegran los corazones. El precepto del Señor es lúcido, que ilumina los ojos. El temor del Señor es santo, que permanece por los siglos de los siglos. Los juicios del Señor son verdaderos, justificados en sí mismos. Deseables más que el oro y mucha piedra preciosa, y más dulces que la miel y el panal (Ibid.)». Con razón se dice que son del Señor. Pues hay una ley que no es del Señor,

como la del pecado, de la cual dice el Apóstol: «Veo otra ley en mis miembros, que repugna a la ley de mi mente y me cautiva en la ley del pecado, que está en mis miembros (Rom 7)». Hay también justicias humanas, de las cuales se dice: «Todas nuestras justicias son como trapo de inmundicia (Is 64)». Hay también preceptos humanos, a los cuales Pedro dice que no se debe obedecer: «Es preciso», diciendo, «obedecer a Dios antes que a los hombres (Hch 5)». El temor humano ciertamente es reprobado por el Señor. De donde dice: «No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma (Mt 10)».

En los versículos propuestos, sin embargo, se dice que todo es de Dios. Primero, a saber, la ley tiene dos accidentes, que son inmaculada; que convierte las almas, ya sea que lo entiendas de la ley natural, o de la escrita, o de la ley de la gracia. Pues a cada una de estas tres leyes, a saber, la natural, la escrita y la ley de la gracia, le convienen estos dos. Pues debe ser inmaculada y que convierta las almas. La ley natural tenía estos dos preceptos. «Lo que no quieras que se te haga a ti, no lo hagas a otro; y lo que quieras que se te haga a ti, hazlo a otro (Tob 4)». Que son no dañar y aprovechar. Y esto en cuanto a lo primero, a saber, inmaculada; en cuanto a lo segundo, «que convierte las almas». En lo primero no maléfica, en lo segundo benéfica; en lo primero sin mancha de malicia, en lo segundo que convierte las almas a la mansedumbre de la benevolencia. Pues habiendo tres potencias naturales en el alma, a saber, ira, razón, concupiscencia, la concupiscen-

cia fue dada para que te muevas a desear lo que te es lícito; la ira para indignarte contra lo que es ilícito; la razón fue dada en medio cohibiendo y dirigiendo a ambas, para que no se mueva más allá de los términos de la ira, y para que la concupiscencia no desee lo ilícito. Así pues, la ley natural, en cuanto a sí misma, es inmaculada. También la ley escrita es inmaculada y convierte las almas. Inmaculada, esto es, sin las suciedades de la idolatría, convirtiendo las almas a servir a Dios; lo cual solo hacían los hijos de Israel. Pero la ley de la gracia es en verdad inmaculada y convierte las almas. Pues incluso la Iglesia se rige por la ley: pues se dice que es sin mancha ni arruga (Ef 5); sin mancha de crimen, sin arruga de simulación. También la ley evangélica es sin error de herejía, convirtiendo las almas de manera sencilla y directa sin el fingimiento de la hipocresía. Atended a estos grados, porque la primera ley es inmaculada; la segunda, más; la tercera, muchísimo, y así también convierte las almas.

El testimonio del Señor tiene dos accidentes, a saber, fiel y que da sabiduría a los pequeños. Se llama testimonio del Señor a todo lo que el Señor testifica en las sagradas escrituras, ya sea prometiendo o mandando. Por lo tanto, los testimonios se contienen en las promesas y los preceptos, porque lo que promete, lo cumple, ya sean premios para los justos o tormentos para los injustos. Da sabiduría a los pequeños en cuanto que es mandante; porque los que son pequeños en ciencia, por los preceptos del Señor se vuelven sabios, como allí se muestra: «Por tus mandatos he en-

tendido». Es, pues, fiel el testimonio del Señor en la explicación de sus preceptos. En lo primero entiende las promesas y las conminaciones; en lo segundo las prohibiciones. Es fiel prometiendo y amenazando; da sabiduría a los pequeños prohibiendo y mandando.

Las justicias del Señor se convierten por dos accidentes, que son rectas, que alegran los corazones. Las justicias del Señor son las obras de los justos: de donde ellos mismos son llamados justos. Pero se dice que son del Señor porque «toda dádiva buena y todo don perfecto es de lo alto, que desciende del Padre de las luces (St 1)». Pues ¿qué tienes, oh hombre, que no hayas recibido? (1 Cor 4). Igualmente: «Por la gracia de Dios soy lo que soy (1 Cor 15)». Aquellas obras, además, pueden llamarse de justicia, las cuales nacen de la fe y se consuman por la caridad. Pues así como sin fe es imposible que nadie agrade a Dios (Heb 2 [11]), así también la fe sin obras está muerta (St 2). La fe, empero, que obra por la caridad, aprovecha y basta para la salvación. Estas son las justicias del Señor, rectas, que alegran los corazones por la serena conciencia.

El precepto goza de dos accidentes. Pues es lúcido, iluminando los ojos por su doctrina. Hay ciertamente algunas cosas lúcidas y no iluminantes; como el carbón sin llama es lúcido, pero no ilumina. La llama sin carbón brilla e ilumina. El precepto del Señor es lúcido sin confusión de sentencias; ilumina los ojos por la infusión de las gracias. De donde aquello: «Lámpara es para mis pies tu palabra, y luz para mis sendas (Sal

118)». Y el bienaventurado Pedro: «Hacéis bien», dice, «atendiendo como a una lámpara que brilla en lugar tenebroso (2 Pe 1)». Singularmente, empero, se pone el precepto, aunque hay muchos preceptos: porque, como dice Gregorio (Hom. 27 sobre el Evangelio). El precepto del Señor es uno y son muchos; muchos por la diversidad de la obra; uno en la raíz de la caridad.

«El temor del Señor es santo, que permanece por los siglos de los siglos (Sal 110)». Excluido el temor humano, aquí se nota el filial o casto.

En esto que se dice: «el temor del Señor es santo», se entiende el casto; y el principio de la sabiduría es el temor del Señor.

Aquello que se dice: «que permanece por los siglos de los siglos», designa al filial.

Los juicios del Señor ciertamente son llevados por su propio cuaternario. Son verdaderos, justificados en sí mismos, deseables más que el oro y mucha piedra preciosa, más dulces que la miel y el panal. Los juicios del Señor son retribuciones, con las cuales o castiga a los réprobos o remunera a los justos. Estos, aunque a menudo sean ocultos, sin embargo siempre son verdaderos; y justos, siguiendo la verdad del juez justo. Son justificados en sí mismos, no como los juicios humanos, que se forman de otra parte, como de las alegaciones de los abogados, y de las deposiciones de los testigos y las recitaciones de los instrumentos. De donde también por esto a menudo se engañan los jueces, y aunque se preserve el orden judicial, sin embargo a veces el inocente es condenado y el culpable es absuelto. Pero los juicios de

Dios reciben la justificación de sí mismos, como se dice por el profeta: «No juzgará según la visión de los ojos, ni reprenderá según el oído de las orejas, sino que juzgará en justicia a los pobres, y reprenderá con equidad por los mansos de la tierra (Is 11)». Son además deseables, esto es, dignísimos de ser deseados más que las riquezas y las delicias. En el oro y la piedra preciosa entiende las riquezas; en la miel y el panal las delicias. Las riquezas, además, se entienden principalmente en el dinero y el poder. Por la piedra preciosa, que usan los poderosos y nobles, la gloria del poder. Además, unas riquezas se adquieren con dificultad, otras sin dificultad. En la miel, que es líquida, las delicias y placeres sin trabajo. En el panal, que contiene miel y cera juntas, los placeres con dificultad.

He aquí que se nos presenta un cierto juego judicial en las Escrituras que representa a Dios Padre. El lugar del derecho, en el cual nuestro Abogado postula, fue el patíbulo de la cruz. Pues habiendo los abogados por su oficio de estar de pie, Él, no estando de pie, sino con todo su cuerpo extendido en el madero de la cruz, alegó ante el Padre por nosotros, exponiendo su deseo y el de sus amigos, y contradiciendo el deseo del adversario hasta la efusión de su propia sangre. Postula su propia cosa, esto es, el género humano, que Él mismo creó, del cual tenía el verdadero dominio. Postuló que la Iglesia de las gentes se convirtiera, proponiendo como propio heredero la petición de herencia, y deseando ser puesto en posesión por derecho. Además, la petición de herencia se

propone por orden y derecho regular contra aquel que posee como heredero o como poseedor. Posee como heredero el que dice que él es el heredero, cuando no lo es; uno posee como poseedor cuando por ningún título puede defender su posesión, el cual, si se le pregunta por qué posee, no alega ninguna otra causa sino «porque así poseo». Rectamente, pues, propuso nuestro Señor contra el diablo, quien como maligno salteador poseía la herencia del Señor como poseedor. De quien dice el profeta: «¡Ay de ti que saqueas!, ¿no serás tú mismo saqueado? (Is 33)».

En esta abogacía o postulación de nuestro Abogado se alegra especialmente la Iglesia el día de la resurrección del Señor, porque el Abogado postuló, porque alcanzó lo postulado, porque obtuvo y poseyó lo alcanzado. De aquí es que añade la alabanza de triple manera. Pues introduciendo al Hijo hablando al Padre y diciendo: «He postulado a mi Padre», la Iglesia responde: «Aleluya», esto es, «Alabanzas a Dios», porque postulaste. Igualmente: «Me dio las gentes». Y responde la Iglesia: «Aleluya», esto es, «Alabanzas a Dios», porque alcanzaste. Igualmente: «En herencia para mí (Sal 2)». Responde: «Aleluya», porque obtuviste y poseíste.

Asociémonos, pues, también nosotros a esta alabanza de la Iglesia universal, para que, entrando con los elegidos en la herencia del Señor, podamos llegar a la resurrección del Señor para gozar perpetuamente. Lo cual se digne conceder aquel que vive y reina por todos los siglos de los siglos. Amén.

ABRIL. XXIII. Sermón sobre San Jorge mártir. XXV. Sermón I sobre San Marcos evangelista. Sermón II sobre el mismo. Sermón III sobre el mismo. XXVIII. Sermón I sobre San Vital mártir. Sermón II sobre el mismo.

SERMÓN XIII.

SOBRE SAN JORGE MÁRTIR. (23 DE ABRIL)

La festividad de hoy, amadísimos, duplica la alegría de la gloria pascual, y como una piedra preciosa ilustra con el decoro de su propio esplendor el oro al cual se imprime. Aptamente, por cierto, en este tiempo especial se le ha concedido al bienaventurado Jorge triunfar, cuando, pasada la inclemencia del torbellino invernal, disuelto el fomento del austro, la tierra alegre pare con presteza, y brotando diversas flores de hierbas y de árboles, rejuvenece, por así decirlo, como con edad adolescente. Pues Jorge en griego suena en elocuencia latina como "cultivador de la tierra", quien por cierto, según el presagio de su nombre, no solo cultivó el campo de su propia mente con las disciplinas del ejercicio espiritual, sino que también con el arado de la santa exhortación y de la piadosa corrección surcó los corazones terrenales de muchos, y arrancadas las zarzas de los vicios, plantó en ellos fecundos arbusetos de virtudes.

Merecidamente, por tanto, hoy el alma de este bienaventurado mártir, tras la cruenta rabia del furioso príncipe, tras la inhumanidad de los verdugos que se ensañaban foscamente, tras los

exquisitos suplicios del cuerpo lacerado, tras los inicuos tormentos del fuego, del hierro, de la pez y del azufre, tras los golpes de los azotes, tras las tinieblas de las cárceles, como tras las invernales borrascas de vientos y nieves furientes, mereció oír este oráculo de la vocación divina: «Ven», dice, «paloma mía, esposa mía, hermosa mía; ya el invierno pasó, la lluvia se fue y se retiró; las flores aparecieron en nuestra tierra; el tiempo de la poda ha llegado (Cant 2)». Claramente fue trasladado de una milicia a otra milicia, porque cambió el oficio del tribunado terreno, que desempeñaba, por la profesión de la milicia cristiana, y, como soldado verdaderamente esforzado, dando primero todas sus cosas a los pobres, arrojó la carga de la facultad terrena; y así libre y expedito, y ceñido con la loriga de la fe, el fervoroso guerrero de Cristo se sumergió en la misma línea del denso certamen, observado ciertamente el orden de deponer primero el peso de las cosas, y así saltar después impertérrito al campo del combate.

De donde es que en la ley se preceptúa que el hombre miedoso y de corazón pávido no salga a la guerra, sino que vaya, dice, y regrese a su tierra, para que no haga temer los corazones de sus hermanos, tal como él mismo está aterrorizado (Dt 20). Con cuyas palabras ciertamente se nos enseña claramente que no pueden luchar con fuerza e idoneidad por la defensa de la fe aquellos que todavía temen ser despojados de las riquezas terrenas; y es más tolerable que, regresando a casa de algún modo, vivan innoblemente y sin espíritu

combativo, que aparten de la gloria de triunfar a otros junto con ellos mediante ejemplos de temor degenerado. Pero el bienaventurado Jorge, encendido con el fuego del Espíritu Santo, y preunido inexpugnablemente con el estandarte de la cruz, de tal modo se enfrentó con el inicuo rey, que venció al príncipe de todos los inicuos en su satélite, e incitó los ánimos de los soldados de Cristo a actuar con fortaleza. Y ciertamente Diocleciano, entonces emperador, según se encuentra en la historia descrita de su pasión, cuya boca, conforme al Salmista, estaba llena de maldición y amargura, y bajo su lengua el trabajo y el dolor, que se sentaba con los ricos en lugares ocultos para matar al inocente, acechando como león en su cueva (Sal 5), primero se vistió astutamente como con vestido de oveja, y así con cierta arte de versucia y con fingidos colores de halagos intentó persuadirlo. Pero cuando el insigne atleta de Cristo despreció los espumantes venenos de la boca de la antigua serpiente, y demostró que ya no el origen del primer padre, sino más bien los títulos del segundo vivían en él, al punto aquel, saliendo como saeta del carcaj de Satanás, descubrió al lobo sañudo que se escondía, y como bestia cruenta hirvió foscamente para infligir diversos suplicios de penas. Agrupados, pues, los verdugos, el bienaventurado mártir es extendido, golpeado con azotes, lacerado por duros golpes. De allí se presenta en medio una rueda armada con espadas, para que el cuerpo del mártir atado alrededor sea perforado tanto más cruelmente cuanto más múltiplemente. Ciertamente la ferocidad del ar-

tífice inventó nuevos y exquisitos argumentos de penas, y para saciar la rabia de su furor filosofa en exceder la medida de la crueldad humana, ignorando por supuesto que la preciosa margarita de conspicuo brillo, que ha de ser insertada entre las piedras vivas de la Jerusalén celestial, cuanto más se pule por la escabrosidad de una lima más áspera o por la percusión de un martillo, tanto más preclara se vuelve. Estaba presente claramente el Árbitro supremo e invisible, quien según el arbitrio de su dispensación, permitiría por un lado que las manos de los impíos se ensañaran, y por otro conservaría su gema en la inviolada integridad de su propia solidez. Quien, aunque entregó los miembros de su mártir a las manos de los verdugos, sin embargo custodió el alma, apoyada en la fortaleza inexpugnable de la fe, con el infatigable baluarte de su protección. Ni permitió que ellos alcanzaran aquello que estaba oculto, oponiéndoles solo aquello que aparecía exteriormente; y como las aguas del diluvio, la arca ciertamente fluía alrededor por todas partes, pero no podían penetrar lo íntimo (Gén 7).

Diga, pues, el bienaventurado Jorge, diga: «Si no hubiera sido porque el Señor estaba en nosotros, cuando los hombres se levantaron contra nosotros, quizá nos habrían tragado vivos: cuando se encendió su furor contra nosotros, quizá como el agua nos habría absorbido (Sal 123)». Estas son, a saber, las aguas de las cuales dice el Salvador por el Salmista: «Sálvame, Señor, porque las aguas han entrado hasta mi alma (Sal 68)». Y por Jonás: «Me arrojaste», dice, «en lo

profundo, en el corazón del mar, y el río me rodeó; todos tus remolinos y tus olas pasaron sobre mí (Jon 2)». Pero a estas aguas y al mar, según la Escritura, el Señor les puso un término (Sal 103), porque según la medida de su dispensación, no según la concupiscencia de la perversidad humana, permite que los réprobos se ensañen con sus elegidos.

Pues de aquí es que en el inicio del mundo naciente Dios dividió el mar de la tierra seca (Gén 1). ¿Pues qué insinúa por misterio el mar sino a los hombres réprobos e infieles, quienes ciertamente son hallados siempre amargos con cierta salinidad de ingenio carnal, pero astutos con odios y enemistades entre sí, y como el mar se hinchan con diversos soplos de tentaciones, y son sacudidos por las borrascas y tempestades de las concupiscencias carnales? ¿Pero qué designa la tierra seca sino el alma que tiene sed de la fuente de la fe, o que anhela a su creador con ardiente deseo como con fauces sedientas? De donde también cierta alma, felizmente seca por esta sed, clamó ardiente: «Mi alma tuvo sed del Dios vivo, ¿cuándo vendré y apareceré ante la faz de Dios? (Sal 41)». Así pues, el mar se divide de la tierra seca cuando Dios omnipotente reprime de sí los ímpetus de los réprobos sedientos, y como un litoral se opone a las olas marinas, mientras fija el límite de su moderación a los esfuerzos de la hirviente locura. Lo cual ciertamente prueba aquella voz de Dios, por la cual dice: «¿Quién cerró con puertas el mar, cuando brotababa como saliendo del vientre? (Job 38)». Y poco después:

«Lo rodeé con mis términos, y puse cerrojo y puertas, y dije: Hasta aquí vendrás y no pasarás más adelante, y aquí romperás tus hinchadas olas (Ibíd.)». En efecto, rectamente por el mar se designa el corazón del hombre malvado, el cual a saber es turbio por el furor, amargo por las riñas, hinchado por la elación de la soberbia, oscuro por la calígine del fraude malicioso. Separó, pues, Dios entonces el mar y contuvo las amenazantes olas de la inundación de la tierra, para que la tierra germinara verdes hierbas y leños pomíferos, y luego diera los frutos de las mieses. Separa también ahora de sus elegidos los torbellinos de los réprobos perseguidores y cohibe los ímpetus de las tempestades como si fueran furiosas, a los cuales, aunque permite enfurecerse hasta infligir tormentos a los cuerpos, para que sin embargo no dañen las almas, los custodia con la invicta y vigilante protección de su brazo, diciendo de algún modo al mar: Hasta aquí vendrás y no pasarás más adelante, y aquí romperás tus hinchadas olas, como si dijera patentemente, hasta infligir tormentos a los cuerpos te relajo; pero para que no fluyas con cúmulos hinchados hasta el alma, te opongo el litoral de mi ley, para que mientras se opone el litoral al furor de tus olas, la tierra del corazón quede libre para producir los brotes de los frutos.

Y porque Jorge, como dijimos arriba, se expresa como cultivador de la tierra, rectamente este misterio de figura alegórica se acopla al mismo beatísimo mártir. Al cual, a saber, aunque hirvió la ola de la persecución hasta el litoral de la carne,

sin embargo la borrasca del tempestuoso torbellino no envolvió la solidísima tierra de su alma; ni lo absorbió el vorágine del pelago furiente a quien fijó el áncora de su esperanza no en el residuo de arena podrida, sino en la solidez de la piedra que es Cristo (1 Cor 10). De aquí es por cierto lo que dice la Verdad: «Quien oye mis palabras y las hace, lo asemejaré al varón prudente que edificó su casa sobre la piedra. Vinieron las riadas, soplaron los vientos e impactaron en aquella casa, y no cayó; pues estaba fundada sobre la piedra (Mt 7, Lc 6)». Verdaderamente este insigne soldado de Cristo constituyó los fundamentos de su fe sobre la piedra, quien por la intuición del premio celestial despreció las amenazas de los príncipes, se burló de las promesas de los que malvadamente halagaban, contuvo los tormentos de los verdugos, pisoteó el hierro, los fuegos, las espadas y diversos géneros de suplicios con la majestad de su invicta paciencia.

A este guerrero de la milicia celestial, hermanos carísimos, no solo lo admiremos, sino también imitémoslo; el espíritu elévese ya hacia aquel premio de la gloria celestial, para que mientras fijamos el corazón en su contemplación, no seamos movidos, ya sea que el mundo halague como seductores, o ciertamente ruja amenazador con adversidades, diciendo con el Salmista: «Como sus tinieblas, así también su luz (Sal 138)». Limpiémonos, pues, según el precepto de Pablo, de toda mancha de carne y de espíritu (2 Cor 7), para que en aquel templo de la bienaventuranza, al cual ahora dirigimos la mirada de la mente,

merezcamos también alguna vez entrar. De aquí es que Aarón es lavado primero con agua, y así después entra en el tabernáculo para sacrificar (Éx 30). Sobre lo cual ciertamente se preceptúa bien a Moisés por la voz divina: «Se vestirá», dice, «con una túnica, cubrirá sus vergüenzas con calzones de lino, se ceñirá con un cinto de lino, impondrá en su cabeza una mitra de lino. Pues estas son vestiduras santas, con las cuales se vestirá después de haber sido lavado (Lev 16)». Pues quienquiera que en el tabernáculo de Cristo, que es la Iglesia, intenta sacrificarse a sí mismo a Dios, es necesario que, después de ser lavado por el lavacro de la sagrada fuente, se vista también con diversas vestiduras de virtudes, como está escrito: «Tus sacerdotes se vistan de justicia (Sal 131)», a fin de que quien en Cristo renace por el bautismo como hombre nuevo, ya no vista túnicas de piel, a saber, índices de la mortalidad, sino que depositado el hombre viejo vista el nuevo, e innovado viva en él por el estudio de una limpia conversación. Y es de notar que todas aquellas vestiduras se describen como de lino; pues el lino se conduce a la blancura con trabajo, y la vida de las virtudes no se adquiere bajo el torpor de la desidia, sino más bien en el ejercicio de una laboriosa disciplina.

Purificados, pues, amadísimos, por el sacramento del nuevo bautismo, vistámonos con la túnica de lino, para que la blancura de la santa conversación nos adorne. Cubran las vergüenzas los calzones, para que mientras se asume la cobertura de una vida honesta, se oculte ante los

ojos de Dios la torpitud de los crímenes pasados. De donde dice David: «Bienaventurados», dice, «aquellos cuyas iniquidades son perdonadas y cuyos pecados son cubiertos (Sal 31)». Además, ciñámonos con el cinto de lino, impóngase también la mitra en la cabeza, para que, ceñidos en la verdad los lomos de la mente, seamos protegidos por el yelmo de la esperanza de la salvación. Así, así ciertamente, purgados del escuálido pecado viejo y conspicuos por el brillo de la nueva conversación, celebramos dignamente el misterio pascual e imitemos verdaderamente el ejemplo de los bienaventurados mártires. Ni desesperéis, hermanos míos, aunque todavía débiles, aunque quizás implicados todavía en actos exteriores, no desesperéis de pertenecer al consorcio de los mártires, vosotros que reconocéis que amáis de corazón las victorias de los mártires. Ciertamente las cinco hijas de Salfaad se sabe que obtuvieron herencia entre sus hermanos, por disposición de Moisés (Núm 27 y 36); cinco ciertamente y mujeres, para que por el número quinario se designe la ocupación exterior, y por el sexo mujeril la debilidad. Jonatán también, puesto en un cierto punto medio entre ambos, ni permaneció con Saúl en los males, ni pudo ser equiparado totalmente a David en los bienes (1 Sam 18, 19 y 20). Pero porque fue amigo del amado Profeta de Dios, y se alegró con fraterna benignidad por su futuro éxito, se cree piadosamente que ahora no está dividido en espíritu de su consorcio, al cual mientras vivía en la carne, estuvo unido unánimemente en el amor.

Pero nosotros, amadísimos, que hemos dejado tras nuestras espaldas al espíritu malo que agitaba a Saúl, con la ayuda de Dios (1 Sam 16); más aún, que hemos escapado del ejército de Faraón sumergido en el mar Rojo (Éx 18), por la virtud del sacramento pascual, aunque por la debilidad de la carne todavía nos encontramos en el desierto, pasemos a la perfección de la vida, a saber, a la tierra que mana leche y miel. Salidos de Sodoma, no permanezcamos más tiempo en Segor, sino liberados, con Lot, ascendamos rápidamente a la cumbre del monte (Gén 19), a fin de que quienes entre los mismos rudimentos del aprendizaje ya hemos comenzado a gozarnos en los triunfos de los bienaventurados mártires, alguna vez seamos promovidos también a esto, para que aprendamos nosotros mismos a triunfar con los santos. Y sea Él mismo nuestra fortaleza mientras protege, quien se hizo el precio cuando redimió, Jesucristo nuestro Señor, que con Dios Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN XIV.

I. SOBRE SAN MARCOS EVANGELISTA. (25 DE ABRIL)

Hoy, amadísimos, como un precioso y conspicuo berilo en oro radiante se imprime ante nuestros ojos, mientras al amanecer la solemnidad del bienaventurado evangelista Marcos, se duplica para nosotros la alegría pascual. Y con bastante propiedad, mientras la santa Iglesia persevera todavía en las fiestas pascuales, este bienaventu-

rado varón transitó felizmente: porque por la palma del martirio abandonó este mundo triste, e introdujo los títulos de la gloria triunfal con los coros himnódicos de los ángeles como vencedor laureado. Por lo demás, así como cuatro ríos proceden de una sola fuente del paraíso, los cuales fluyen por las partes de todo el mundo, así los cuatro bienaventurados evangelistas fluyen de Cristo, que es fuente de vida y origen de la sabiduría, como otros tantos remolinos, e inundan los campos áridos de los corazones humanos con la doctrina de su corriente. De donde el varón Sabio, habiendo premisado: «Puso David para su siervo excitar de él un rey fortísimo y sentado en el trono de honor para siempre», pronto añadió: «Que llena de sabiduría como el Fisón, y como el Tigris en los días de los nuevos frutos, que colma el sentido como el Éufrates, que multiplica como el Jordán en el tiempo de la siega, que envía la disciplina como la luz, y asistiendo como el Guijón en el día de la vendimia (Ecli 24)». De aquí también poco después dice: «Yo, la sabiduría, derramé ríos; yo como un sendero de agua inmensa desde el río, yo como el río Diorix, y como un acueducto salí del paraíso. Dije: Regaré mi huerto de plantaciones e inebriaré el fruto de mi prado (Ibíd.)». Así pues, Cristo, sabiduría del Padre, que salió del paraíso por el misterio de la humanidad asumida, regó su huerto, esto es, la santa Iglesia, por los cuatro evangelistas, como por otros tantos ríos de doctrina celestial. Entre los cuales ciertamente el bienaventurado Marcos como el Guijón eructa perspicuo y puro, y fecunda las mentes

humanas con la inundación de su mador saludífero. El cual, según la serie de la Escritura, rodea toda la tierra de Etiopía (Gén 2), esto es, abraza la universalidad de la Iglesia denigrada por los pecados precedentes. De cuyo pueblo de Etiopía dice el Señor por el profeta: «Más allá de los ríos de Etiopía, de allí mis suplicantes (Sof 3)». La cual también, oprimida por las persecuciones, dice en los Cánticos: «Negra soy, pero hermosa». Y poco después: «No me consideréis porque sea morena, porque el sol me decoloró (Cant 1)». Pero a los mismos santos evangelistas, que Moisés narra como ríos por la serie de la historia típica, el profeta Ezequiel pronuncia haber visto bajo la especie de diversos animales: «La semejanza de sus rostros», dice, «era cara de hombre; y cara de león a la derecha de ellos cuatro, y cara de buey a la izquierda de ellos cuatro, y cara de águila por encima de ellos cuatro (Ez 1)». Entre los cuales animales ciertamente el bienaventurado Marcos se halla puesto en segundo lugar, porque se describe que tiene cara de león. Pues porque desde el clamor de la voz en el desierto comienza su Evangelio, rectamente obtuvo la especie del león. Pero si se sopesa sutilmente ese mismo origen de su Evangelio, se encuentra en él una ordenadísima dispensación del Espíritu Santo. Pues irrumpió comenzando con esta voz: «Inicio del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios (Mc 1)». Como está escrito en el profeta Isaías: «He aquí que yo envío mi ángel ante tu faz, el cual preparará tu camino ante ti. Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, haced rectas las sendas de

nuestro Dios». Mateo, en cambio, dice: «Libro de la generación de Jesucristo, hijo de David (Mt 1)». ¿Qué es pues que aquel dice, "Hijo de Dios"; este, "hijo de David", sino que por sus órganos el Espíritu Santo distinguió los sacramentos del mediador entre Dios y los hombres, para que por uno lo mostrara como Hijo de Dios, y por el otro como hijo del hombre? Pues como por dos orificios de una sola flauta, o más bien por las dos narinas de la Iglesia, fluye un solo espíritu, mientras aquel describe la divina, y este la humana generación del Verbo encarnado.

Pero puede uno preguntarse por qué el bienaventurado evangelista Marcos, después de haber prometido que pondría las palabras de Isaías, no introdujo inmediatamente los dichos de Isaías, sino más bien los de Malaquías, y así después llegó a las palabras de Isaías. Pues lo que se premisa: «He aquí que envío a mi ángel (Mal 3)», lo profirió Malaquías, que es el último de los doce profetas. En cambio, lo que se añade: «Voz del que clama en el desierto (Is 40)», es indudablemente el oráculo de Isaías. ¿Por qué, pues, quien prometió a Isaías, no dio pronto a Isaías, sino que trajo primero a Malaquías como testimonio? ¿Acaso un hombre lleno del espíritu de Dios, especialmente en el mismo inicio de su narración, pudo o errar o mentir; de modo que quien describía las gestas de la Verdad, hubiera dedicado su libro a la mentira? Pero esto se hizo por magisterio de enseñanza, para que en el mismo principio de su Evangelio el Espíritu Santo, del cual él mismo era autor, mostrara que Él mismo, uno y solo, había hablado

por la boca de todos los profetas, para que lo que se dice por uno especialmente sea proferido por todos comúnmente.

Todo lo que dice Malaquías lo dice no obstante también Isaías, y las palabras de cada uno por la unidad del espíritu fueron proferidas por todos. En lo cual también el bienaventurado evangelista enseña esto: que si él mismo dice algo que parezca ser diverso de los demás evangelistas, sin embargo se entienda que todos profieren un solo discurso por la unidad del mismo Espíritu Santo que habla en todos. De donde, así como en los profetas, así también en los evangelistas, de ninguna manera sea diverso por el ministerio del hombre que escribe lo que fue proferido por la única autoridad del Espíritu que dicta. En efecto, quienquiera que considere el Evangelio del bienaventurado Marcos con sutil meditación, y lo trate, como es digno, con profunda indagación, lo hallará descrito con palabras rudas ciertamente y no esmeradas, pero rebosante de ubérrimos misterios de la inteligencia celestial. Es claramente sucinto por la brevedad del estilo, pero difundido con profunda abundancia de misterio espiritual. Pues escudriñando casi todas las páginas de las Escrituras, apenas podemos hallar que el espíritu de la verdad haya hablado más cauta o circunspectamente por cualquier otro que por la boca del bienaventurado Marcos, hasta el punto de que la misma serie de la descripción y el orden de las palabras contiene un gran sacramento. Lo cual, para que reluzca más fácilmente, no nos pese intimar brevemente en el mismo inicio de su libro.

Pues primero pone el milagro por el cual el Señor mandó callar al demonio que clamaba por la boca del hombre, y al punto lo expulsó. «Enmudece», dijo, «y sal del hombre (Mc 1)». El segundo milagro es por el cual sanó a la suegra de Pedro que tenía fiebre, repelido el calor del tipo (Ibíd.). El tercero es por el cual tocó y limpió al leproso (Ibíd.). El cuarto también es por el cual mandó al paralítico levantar su camilla e irse (Mc 2). El cual orden, si se sopesa con diligente cuidado, manifiesta claramente con cuánta arte de magisterio el Espíritu Santo sostuvo la pluma del escritor, y para declarar el misterio de la redención humana, como por una cierta línea, dispensó todas las cosas. Pues en la deyección del primer hombre, al principio habló el diablo, y persuadió a que se comiera el pomo prohibido; luego la mujer, porque cayó en la concupiscencia del deleite, incurrió como en el ardor de una fiebre hirviente. Adán, en cambio, después de que gustara del fruto del leño consintiendo malvadamente (Gén 3), pronto quedó cubierto por la lepra de todos los vicios; por último también, como un paralítico, quedó constreñido por el languor del hombre interior de todas las buenas obras. Porque, pues, el Hijo de Dios, como dice el apóstol Juan, vino para destruir las obras del diablo (1 Jn 3), persiguió a la muerte por la misma vía por la cual aquella había entrado en el orbe de la tierra. Y donde se derramó el veneno de nuestra perdición, el Médico de las almas opuso el antídoto de la salud, y de donde el enemigo astuto introdujo la muerte, por la misma senda nuestro Redentor reformó los

primordios de la vida que regresa, a fin de que obligara a callar ya al diablo, que había hablado para nuestra ruina, y liberara a Eva de las fiebres de la hirviente concupiscencia, y del hombre no solo limpiara la lepra de los vicios y crímenes, sino que también soltara al mismo, hasta entonces paralítico, fuerte y libre para ejercitar las obras de piedad. Así como, pues, en aquellos primeros hombres pereció todo el género humano, así en estos curados por el Salvador fue restituido a su salud pristina bajo el misterio de la figura.

En la cabecera, pues, de este libro evangélico, aprenda el lector estudioso cuán profundos, cuán místicos sacramentos de los carismas contiene la serie del estilo siguiente. No es de extrañar, pues aquel libro se considera no tanto de Marcos como del apóstol Pedro. Pues lo que aquel escribió, lo oyó de la boca del bienaventurado maestro como un astuto explorador, por así decirlo. Fue pues, como relata la auténtica antigüedad de las historias, levita según el origen de la carne, sacerdote en Israel según la dignidad del orden. Convertido a la fe, fue hecho hijo del bienaventurado Pedro en el bautismo, y discípulo en el discurso divino. Describió el Evangelio en Italia, sin saberlo su maestro; pero ya descrito, lo ofreció reverentemente a su juicio. El cual, descubriendo el piadoso y religioso hurto y gozándose de que su intérprete hubiera mantenido la fe más pura y la verdad más sincera, le atribuyó el vigor de la autoridad, y lo delegó para ser leído a la santa Iglesia universal. Pero después el varón apostólico, pasando a Egipto a través de Libia, esparció la

semilla de la fe de Marmárica y Amoníaca; también predicó el Evangelio de Cristo a los pueblos gentiles de Pentápolis. Se lee además que se amputó el pulgar para ser tenido por réprobo para el sacerdocio. Pero tanto pudo en él la predestinada elección de la dispensación suprema, que ni aun así perdió en la fe de la nueva gracia lo que primariamente había obtenido en su linaje. Pues hecho obispo, fundó la Iglesia de Alejandría y, después de que como insigne arquitecto la erigiera sobre la piedra que es Cristo, la dedicó fielmente al glorioso nombre de su maestro. De donde ocurrió que esa misma Iglesia sea llamada sede apostólica no tanto por el vocablo de Marcos como por el del bienaventurado Pedro, como si el mismo Pedro por sí mismo hubiera ocupado allí la cátedra episcopal; y por eso, señalada con el vocablo del llavero celestial, aquella Iglesia ocupa en todo el orbe de la tierra el segundo trono después de Roma. Y aunque en Antioquía, donde a saber surgió el nombre de la religión cristiana, el mismo Pedro por sí mismo hubiera introducido las primicias de la fe, sin embargo la sede alejandrina obtuvo el lugar superior, de modo que en el catálogo de las sedes más eminentes la romana posea el primer primado, la alejandrina el segundo, y la iglesia antioquena el tercero. Y merecidamente donde Marcos, allí Pedro, porque por el flujo del Evangelio que manó de la boca de Pedro como de una fuente que brota, Marcos, como un ubérrimo y perspicuo río del paraíso, inundó más copiosamente los campos de toda la Iglesia.

¿Pero por qué el bienaventurado Marcos, de quien se sabe que existió con tanta fe y tanto amor hacia su maestro que parece haber habido un solo corazón, ciertamente una sola alma en dos personas, calló totalmente las alabanzas y pregones de su maestro? Pues mientras los demás evangelistas enumeran frecuentemente los sublimes méritos del bienaventurado Pedro y la principal gloria de su alteza, solo este, si se escudriña todo el tenor de su Evangelio, apenas se halla que haya referido algo sobre su maestro que pertenezca a la alabanza. Más aún, si se inspecciona diligentemente, aumenta y acumula con palabras si hay algo reprensible en él; en cambio suprime, y como por industria suaviza, o incluso la mayoría de las veces pasa en silencio lo que es laudable. Lo cual mostramos más evidentemente si añadimos brevemente unos pocos testimonios del mismo Evangelio. Ciertamente se divulga diariamente con celebrada frecuencia por todas las Iglesias que el bienaventurado Pedro se describe haber caminado sobre las aguas. Lo cual Mateo declara tan abiertamente que refiere que Pedro exclamó al Señor que caminaba sobre el mar: «Señor, si eres tú, mándame ir a ti sobre las aguas». Y habiendo dicho: «Ven», al punto añadió: «Y descendiendo Pedro de la barca, caminaba sobre el agua para ir a Jesús (Mt 14)». Marcos, en cambio, llegando a este lugar, describe todas las cosas por orden con plena relación (Mc 6), excepto que no hace absolutamente ninguna mención de Pedro.

Ya pues, ¿quién no se admiraría de tanta gloria de Pedro, quién de tal excelencia de excepcional altura? Porque cuando el Salvador inquirió quién decían los hombres que era Él, y expuestas las opiniones de diversos, se consulta qué sienten los Apóstoles, entonces destacó primero en la confesión de la verdadera fe quien era primero en la dignidad apostólica. Pues dice Pedro: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo (Mt 16)». Y el Señor: «Bienaventurado eres, Simón Bar-Jona, porque no te lo ha revelado la carne ni la sangre, sino mi Padre, que está en los cielos. Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella: y a ti te daré las llaves del reino de los cielos, y todo lo que atares sobre la tierra quedará atado también en los cielos, y todo lo que desatares sobre la tierra quedará desatado también en los cielos (Ibíd.)». ¿Acaso este trueno de un don singular pudo pasar de largo por los oídos del bienaventurado Marcos, él que llenó la latitud de todo el mundo y la boca de todos los fieles en todas partes? Y lo que Mateo dijo de Pedro, ¿ignoró Pedro decírselo a su discípulo, siendo que Marcos recorre este lugar de la historia como descuidándolo? Pedro respondiendo dice: «Tú eres el Cristo. Y les conminó a que no dijeran de Él a nadie (Mc 2)». Y no solo no refiere que Pedro fuera sublimado por el Señor con la gloria de un privilegio singular entre los demás, sino que más bien relata que fue corregido con austera animadversión. Pues poco después, cuando Pedro le disuadía de permitir ser crucificado, Marcos testifica que dijo

como movido por el celo: «Quítate de delante de mí, Satanás, porque no sabes las cosas que son de Dios, sino las que son de los hombres (Ibíd.)». ¿Qué es pues que el bienaventurado Marcos entregó al olvido cuanto pertenece a la gloria de su maestro, y en cambio cuanto pertenece a la reprensión lo encomendó a tan tenaz memoria; aquello por lo cual su preceptor sería alabado, lo pasó como ignorándolo, y aquello por lo cual sería notado, lo digirió con una relación del todo aguda y llana, especialmente cuando cuanto escribía en oculto, lo disponía para ser ofrecido a su mirada, y lo reservaba para ser aprobado por su juicio? Ya pues, para que por el estudio de la brevedad pase por alto muchas cosas, vengamos a la pasión del Señor.

Ciertamente es conocido que, cuando los ministros apresaban al Señor, Pedro, como servidor verdaderamente fiel y ferviente en espíritu, se irguió como vengador con un golpe de espada y cortó la oreja del siervo que acompañaba a Judas, el impío traidor. Por lo cual también Juan dice: «Simón Pedro —dijo—, que tenía una espada, la sacó e hirió al siervo del pontífice y le cortó la oreja derecha (Juan XVIII)». Pero donde Juan escribió «Simón Pedro», allí Marcos puso «uno de los que estaban allí (Marcos XIV)», a fin de tejer así la historia de la verdad que, sin embargo, pasara en silencio la gloria de su maestro. Y así cumpliría el oficio de escritor veraz, para que, ignorando el favor de cualquier persona, no incurriera en la mancha de adulador. Pues sirviendo a la pura verdad, en todo lo que escribió,

no conoció esperanza de provecho, despreció las leyes de la amistad e ignoró totalmente el favor humano. Finalmente, llegando a la negación de Pedro, mientras los demás evangelistas suavizan con palabras más amables lo que fue dicho por Pedro; solo este habla con más dureza y, como si exagerara el crimen, testifica que su maestro derramó precipitadamente palabras más incautas. «Comenzó —dice— a maldecir y a jurar: No conozco al hombre de quien habláis (Ibíd.)». ¿Por qué, bienaventurado Marcos, no perdonas con tu estilo a tu tan egregio, tan insigne preceptor, a quien amas únicamente con alma devota? ¿De modo que pasas por alto las cosas que deben ser ensalzadas con alabanzas, y describes las que parecen aptas para la reprensión?

¿Por qué no insertas más bien esto en tu libro, que Pedro, por mandato del Señor, a saber, al primer tiro del anzuelo, capturó un pez, en cuya boca encontró un estatero, el cual entregó como tributo debido al César por sí mismo, y al mismo tiempo por Él mismo como comparado con el Señor? (Mat. XVII.) ¿Acaso también se te escapó que, después de que el Salvador le confirió el privilegio de cerrar o abrir el reino celestial, después de que le sometió todos los reinos de la tierra (Mat. XVI), después de que finalmente, para que su fe como fundamento de toda la Iglesia no faltara nunca, manifestó haber orado (Luc. XXII), delegó pronto en él, en su lugar, la custodia de su pasión sobre todo el rebaño de sus ovejas? «Pedro —dijo—, ¿me amas? Apacienta mis ovejas (Juan XXI)». ¿Por qué, pues, reprimes la pluma de tan-

tos pregones de tu maestro, y encomiendas con el estilo a la memoria de la posteridad solo las cosas que son de la enfermedad? Pero debe creerse totalmente, hermanos míos, que, como un solo espíritu llena a ambos, uno solo posee los corazones de ambos; el uno del otro, aquel en el estudio de enseñar, este en el de escribir, no discrepan. Pues así como Pedro se contuvo de su propia alabanza, así su veraz intérprete refrenó el artículo de su descripción de aquello que no aprendió en su maestro. Pues se hizo para un gran ejemplo de nuestra edificación, que tanto aquel profiriera sobre sí cosas no para ser ensalzadas sino para ser reprendidas, como que este caminara tan recto por la línea de la verdad que no se desviara de ningún modo ni siquiera hacia el favor del maestro. Pues como dice el apóstol Pablo: «Si yo quisiera agradar a los hombres, no sería siervo de Cristo (Gál. I)». Y en otra parte la Escritura prohíbe: «Lo que no quieras que se te haga a ti, no lo hagas a otro (Tob. IV)»; el bienaventurado evangelista no quiso exhibir al maestro lo que él mismo no querría que se le ofreciera por otro. A quien ciertamente si prefiriera con la alabanza, más le ofendería que le favorecería. Aquellos claramente ensalzan de buena gana a otros con alabanzas que buscan la alabanza de los aduladores. Por lo demás, el que rehúsa recibir, se desdeña de ofrecer. En efecto, del libro de Mateo, que ya ciertamente había sido editado, Marcos pudo aprender las alabanzas del B. Pedro, las cuales no oyó en sus relatos; pero fue obediente al maestro,

y el que no se deleitaba con las suyas, se abstuvo de las alabanzas ajenas.

Por lo demás, se encuentran algunas cosas que fueron digeridas por el B. Marcos de tal modo que parecen ser contrarias a los demás evangelistas. Las cuales, sin embargo, si se escudriñan más sagazmente, se encuentran tanto consonantes con los demás como fundadas en la verdad de la fe más sincera, como es que los otros afirman que el Señor fue crucificado a la hora sexta (Mat. XXVII; Luc. XXIII; Juan XIX), mientras este afirma que fue a la hora tercera (Mar. XV). Cuya diversidad se dirime por cierto así, que, como a la hora tercera clamaron: Crucifícale, crucifícale, a esa misma hora crucificaron al Señor con las lenguas de los judíos, a quien a la hora sexta fijaron corporalmente los clavos de los gentiles. Aquellos, pues, hablan según la historia corporal, por así decirlo, del hecho realizado; este profirió una sentencia espiritual sobre la furiosa crueldad de los judíos. Aquellos, además, refieren que el Señor fue negado tres veces por Pedro antes del canto del gallo (Mat. XXVI; Luc. XXII); este, que oyó esto de la boca, a saber, del mismo que negaba, escribió que esta negación se hizo no antes de que el gallo cantara, sino antes de que cantara dos veces (Mar. XIV). Lo cual, ciertamente, según la fidelidad del hecho, se reconoce indudablemente que sucedió de verdad tal como Marcos afirma. Pero lo que dicen los otros evangelistas debe entenderse así, que aquella triple negación fue iniciada ciertamente antes del gallo, pero después de que cantó una vez, fue completada, de modo que,

como en las Escrituras la parte suele ponerse por el todo, aquello que se dice por Mateo: «Antes de que el gallo cante, me negarás tres veces», se entienda así como si dijera: empezarás a negarme tres veces antes de que el gallo cante; pero consumarás esa misma negación después de que haya cantado una vez, antes de que añada el cantar dos veces. Así, pues, tanto lo que dice Marcos: «Antes de que el gallo cante dos veces»; como lo que dicen los otros: «Antes de que el gallo cante, me negarás tres veces», aunque parezcan discrepar en las palabras exteriores, se encuentran concordes en una intención congruentísima.

Y no ciertamente sin causa, hermanos míos, este bienaventurado Marcos, sea en Moisés bajo el esquema de los ríos (Gén. II), sea en Ezequiel por las caras de los animales (Ezeq. I), como se ha dicho más arriba, obtiene el segundo lugar entre los santos evangelistas. Pero el honor que obtuvo en el orden predestinado, lo conserva en la verdad evangélica. Pues en el Apocalipsis de Juan, cuando se describe el orden de los santos animales, ya no segundo, sino primero se encuentra este en su catálogo. «En medio del trono —dice—, y en el circuito del trono, cuatro animales llenos de ojos por delante y por detrás»; y pronto añade: «Y el primer animal semejante a un león, y el segundo animal semejante a un becerro, y el tercer animal que tiene la cara casi de hombre, y el cuarto animal semejante a un águila que vuela (Apoc. IV)». Esta es seguramente aquella cuadriga del Señor, y el verdadero Querubín, en el cual apoyado rodea todas las cosas y discurre por todas partes.

Innumerables ojos vigilantes de aquí y de allá; las centellas saltan con frecuencia, y los rayos temibles resplandecen. Pies rectos y que tienden a lo alto: espaldas aladas y que vuelan por todas partes. Se sostienen mutuamente y están entrelazados entre sí. Y como una rueda en medio de una rueda, se dirigen continuamente hacia donde son impulsados por la virtud del Espíritu Santo. Esta es, digo, la cuadriga de la que se dice en el Cantar de los Cantares: «No lo supe, mi alma me conturbó por las cuadrigas de Aminadab (Cant. VI)». Es la voz de la Sinagoga que, viendo que se ha conferido tan gran gracia a la santa Iglesia, se duele de haber recibido la fe más tarde, por no haber reconocido la verdad del Evangelio. Y se sabe que Aminadab fue nieto de Judá, quien es contado en la genealogía del Señor con los padres. Aminadab se interpreta como «espontáneo de mi pueblo», y por eso no incongruentemente significa a Cristo, que fue espontáneo de su pueblo, porque siendo Dios, se hizo hombre espontáneamente. Pues quien nos creó no por necesidad, sino solo por bondad, nos redimió no obstante por su propia voluntad. Por lo cual también dice Santiago: «Por su voluntad nos engendró con la palabra de verdad (Sant. I)». Fue, pues, hecho espontáneo de su pueblo, porque a quien la maldad humana rechazó de sí, solo la voluntad de la gracia divina lo restauró. Y la cuadriga de Aminadab es el Evangelio de Cristo, compactado por la concordísima diversidad de los cuatro evangelistas. Cuya cuadriga ciertamente Cristo, como auriga, dispone, y recorre la cuadriforme máquina del mundo con

la agilísima celeridad de la predicación, como se dice por el Salmista: «El cual envía su elocuencia a la tierra, velozmente corre su palabra (Sal. CXLVII)».

Viendo, pues, la Sinagoga que de repente brotaba la gracia de la predicación evangélica y que volaba ágilmente por todas las provincias del mundo, súbitamente turbada se lamenta de que solo ella en su perfidia, al convertirse las gentes a la fe, sea abandonada: «No lo supe —diciendo—, mi alma me conturbó por las cuadrigas de Aminadab». Esta gracia de la cuádruple predicación la figuró el Señor cuando mandó a Moisés sobre el arca que debía ser llevada por los sacerdotes: «Harás —dijo— cuatro círculos de oro, que pondrás por las cuatro esquinas del arca; y harás varales de madera de Setim, y los cubrirás de oro, y los introducirás por los círculos que están en los lados del arca, para que sea llevada en ellos, los cuales siempre estarán en los círculos y nunca se sacarán de ellos (Éx. XXV)». ¿Qué se designa por el arca, sino la santa Iglesia? A la cual se manda unir cuatro círculos de oro por las cuatro esquinas, porque en aquello que se extiende dilatada por las cuatro partes del mundo, sin duda se predica ceñida por los cuatro libros del santo Evangelio. Y los varales se hacen de madera de Setim, los cuales se insertan en los mismos círculos para llevarla, porque han de buscarse doctores fuertes y perseverantes como maderas imputrescibles, que adhiriéndose siempre a la instrucción de los sagrados volúmenes, anuncien la unidad de la santa Iglesia y, como introducidos en los círculos,

lleven el arca. Llevar el arca con los varales es, en efecto, conducir las mentes rudas de los fieles a la santa Iglesia predicando como buenos doctores. Los cuales también se manda cubrir de oro para que, cuando suenan para otros en el discurso, ellos mismos brillen también con el esplendor de la vida. De los cuales se añade aptamente: «Los cuales siempre estarán en los círculos, ni nunca se sacarán de ellos». Porque sin duda es necesario que quienes vigilan para el oficio de la predicación no se retiren del estudio de la sagrada lectura. Pues para esto se manda que los varales estén siempre en los círculos, para que cuando la oportunidad exija llevar el arca, no se genere ninguna tardanza de llevarla por tener que introducir los varales, porque evidentemente cuando los súbditos inquieren algo espiritual al pastor, es muy ignominioso si entonces busca aprender cuando debe desenredar la cuestión. Sino que los varales se adhieran a los círculos, para que los doctores, meditando siempre en sus corazones las sagradas elocuencias, eleven sin demora el arca del testamento, si han de enseñar enseguida cualquier cosa que sea necesaria. Por lo cual bien amonesta el primer pastor de la Iglesia a los demás pastores, diciendo: «Estar siempre preparados para la satisfacción de todo el que os pida razón de aquella esperanza que hay en vosotros (I Ped. III)». Como si dijera abiertamente: para que ninguna demora impida el llevar el arca, los varales no se retiren nunca de los círculos.

En estos círculos de oro, dilectísimos, seamos también nosotros insertados como varales de

madera de Setim, para que, rechazando la podredumbre de este mundo, permanezcamos continuamente en las páginas de los santos evangelistas. Entre otros, además, nos provoca a imitarle no solo la santa doctrina de este bienaventurado Marcos, sino también su insigne vida. A quien no inconvenientemente se le adapta lo que se dice por el profeta: «El primero —dice— dice a Sión: He aquí que asisto, y daré a Jerusalén un evangelista (Is. XLI)». Quien por cierto fue verdaderamente un círculo de oro porque, mientras por el oficio de la predicación enseñó las cosas que son santas, también irradió con las costumbres de una vida resplandeciente, y como varal de madera de Setim despreció todas las cosas terrenas, que se pudren; buscó las celestiales, que no saben marchitarse. Por la mutilación de un miembro afeó la belleza del cuerpo para no ascender a la dignidad eclesiástica contra la regla de la Iglesia. Pero lo que él pensó que sería un patrocinio de fuga, resultó en título de gloria. Pues de donde se hizo indigno, fue más digno; y lo que huía, lo incurrió por coacción. Bienaventurada eres, oh Alejandría, purpurada con la sangre triunfal del mártir apostólico. Feliz también tú, Italia, alumna desde hace tiempo del que escribía el Evangelio, y ahora enriquecida con el precioso tesoro de su sacratísimo cuerpo. Así el oriente por Egipto, el occidente por el imperio romano es decorado. Sea a él la gloria, que siendo admirable en sus santos (Sal. LXVII), los hace también admirables por los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN XV.

II SOBRE S. MARCOS EVANGELISTA. (25 ABR.)

Tampoco permitiré, amadísimos, que ignoréis esto: que en el octavo año del imperio de Nerón, el bienaventurado Marcos obtuvo la palma triunfal del martirio, a quien pronto sucedió Aniano en la dignidad de la sede alejandrina, y el bienaventurado apóstol Pedro le sobrevivió en Roma por siete años. De donde, por disposición de la clemencia celestial, sucedió que, habiendo ilustrado primero a Alejandría tanto con los esplendores de la predicación evangélica como con la efusión de su sacrosanta sangre, regresó después a Italia por un cierto derecho de retorno, para que la misma tierra en la que le fue dado escribir el Evangelio mereciera poseer sus sagradas reliquias, y donde se le concedió derramar el resplandor de la descripción evangélica, allí brillara con muchísimos rayos de virtudes y señales por la presencia de su glorioso cuerpo.

Además, si recorremos diligentemente los lugares donde todos los evangelistas fallecieron, encontramos que ninguno de ellos ha permanecido en el sepulcro que le tocó en suerte. En la sepultura de Juan, por ejemplo, después de su muerte, no se encontró su cuerpo sino maná. Etiopía, donde se reconoce que fue asesinado, no es decorada con el cuerpo del bienaventurado Mateo, sino más bien la ciudad de Salerno. También San Lucas, habiendo muerto en las regiones de Bitinia, como atestigua la historia, fue trasladado de Acaya a Constantinopla en el vigésimo

año de Constancio César, con las sacrosantas reliquias del bienaventurado apóstol Andrés. Pero aquel de quien ahora tratamos, el santo evangelista Marcos, fue transportado de Alejandría a Venecia, por misericordiosa disposición de Dios, para que quien entonces había ilustrado a todo el Oriente como un áureo lucero, ahora brille por los rayos de su presencia a través de las regiones del clima occidental. Pues por Egipto dedica su orto, por Venecia mantiene su ocaso. Allí obtuvo el suelo de la iglesia alejandrina; aquí estableció el nuevo principado de la renaciente Aquilea. Es, por tanto, como un astro áureo preclaro en todo el orbe y conspicuo por la célebre veneración de toda la Iglesia.

Tengamos, por tanto, amadísimos, este astro continuamente ante nuestros ojos, imitemos su ejemplo, si deseamos evitar el naufragio entre las espumosas olas de la vorágine mundana. Por un lado se embravezca el mar hinchado, por el otro embistan los vientos furiosos, si no apartamos la mirada de nuestra mente de este astro, no tememos el ímpetu de las tormentas inundantes. Hacia este astro dirija la red de nuestra mente una línea de curso cierto, hacia él tienda todo el remo de nuestro trabajo, para que no nos absorba, lo que esté lejos de suceder, la vorágine de la profundidad de Escila, ni los escollos de los errores o las sirtes movedizas abrumen a los imprevistos, sino que el Piloto celestial, Jesucristo nuestro Señor, que con Dios Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos, nos impulse

hacia el puerto del descanso seguro y el seno de la tranquilidad deseada. Amén.

SERMÓN XVI.

III SOBRE S. MARCOS EVANGELISTA. (25 ABR.)

Sabéis, amadísimos, que ya hemos concluido dos sermones sobre los méritos y las claras virtudes del bienaventurado Marcos, pero aún no podemos descansar de su alabanza impulsados por la conciencia. Pues mientras sopesamos estas y aquellas gestas de sus virtudes y damos vueltas en la mente al mérito de tan sublime gracia, no podemos tener ociosa la pluma del miembro exterior. Entre todos los signos de tan conspicuo esplendor, me parece singular y principal que, a través de Marcos, Alejandría fuera llamada por los santos Padres la segunda sede de Pedro, y por ello sede apostólica. Pues ninguna escritura auténtica atestigua que el bienaventurado apóstol Pedro tuviera cátedra en Alejandría, o al menos que allí exhibiera su presencia. Pero, al constituir a Marcos, su egregio discípulo, para presidirla, se la dedicó a sí mismo como por la presencia de su propio acceso. De igual modo, el Evangelio de Marcos es llamado Evangelio de Pedro, porque este fiel intérprete escribió sencilla e inmutablemente lo que escuchó verdaderamente de la boca del maestro que lo narraba. Por otra parte, habiendo destinado aquel llavero del cielo discípulos por tantos reinos de las tierras y habiéndoles encomendado el régimen de las Iglesias por diversas provincias del mundo, ¿qué razón hay para

que ninguna de ellas, excepto únicamente Alejandría, fuera llamada o sede de Pedro o Iglesia apostólica? Antioquía claramente es llamada ella misma sede de Pedro, sin duda porque se cuenta que él mismo ocupó allí la cátedra en persona; en cambio, en Alejandría Pedro mismo no presidió en persona, sino que la decoró con el título de su propio nombre a través del bienaventurado Marcos, a quien tuvo ciertamente como discípulo en la doctrina y como hijo en el bautismo. Y lo que es más admirable, así como la sede romana excede a la alejandrina por la cumbre de su singular excelencia, así también la alejandrina sobrepasa a la de Antioquía por una cierta dignidad de privilegio, de modo que es superior aquella sede que Marcos presidió en lugar de Pedro que aquella en la que Pedro mismo presidió en su propia cátedra. ¿Por qué entonces inspiró el Espíritu Santo a las mentes de los bienaventurados pontífices para que establecieran esto, sino porque conoció que Pedro y Marcos eran uno solo en mente y ánimo, en fe y voluntad, no dos en cierto modo, sino más bien uno? Tanta caridad, en efecto, los había unido recíprocamente el mismo Espíritu, con tanta unanimidad de mente los había fundido, que había un solo corazón y una sola mente de los dos. De donde resultó que la sede que fue de Marcos se convirtiera indistintamente también en la de Pedro.

Sabemos claramente que el bienaventurado Andrés era hermano del mismo San Pedro; también atestigua la escritura que un tal Marcial, prelado de gloriosa santidad, fue su sobrino; pero

ni Acaya, a la que aquel irradia por el estandarte triunfal de la cruz, ni tampoco la provincia de Lemosín, en la que este ciertamente brilla con mucho fulgor de prodigios y señales, es llamada sede de Pedro, sino que cualquiera de ellas es titulada únicamente con el nombre de quien la preside. Esto principalmente lo mereció solo Alejandría: que por la cátedra del bienaventurado Marcos fuera constituida para ser llamada sede del apóstol Pedro. Ni, según creemos, sin la voluntad divina se imprimió este nombre a aquella ciudad. Pues Alejandría fue llamada así por Alejandro. Pero Alejandro se interpreta como 'el que levanta las estrecheces de las tinieblas'; y también Egipto, en el cual ciertamente está situada Alejandría, es llamado 'tinieblas'. ¿Qué era, por otra parte, todo el mundo antes del advenimiento del Redentor, sino una densidad y confusión de tinieblas? De donde se dice por Isaías: «A los que habitaban en la región de la sombra de muerte, una luz les nació (Isai IX)». Tenebroso era el mundo, porque aún no había sido ilustrado por el esplendor de la gracia celestial. Tinieblas eran los hombres de este mundo, porque aún no habían sido convertidos de la ceguera de su depravación a la verdadera luz. A los cuales, ya sacados de las tinieblas de la infidelidad y brillando con la luz de la verdadera fe, se les dice por el Apóstol: «Fuisteis en otro tiempo tinieblas, pero ahora luz en el Señor (Ephes. V)». ¿Quién, por tanto, de aquellas levantó las estrecheces de las tinieblas, sino aquel Sol de justicia, nuestro Redentor, que disipó la calígine de los pecados? ¿Quién, digo, es aquel que

levanta las estrecheces de las tinieblas, sino aquel de quien dice el apóstol Pedro: «El cual llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero (I Petr. II)»; y por Isaías se dice: «Verdaderamente él mismo llevó nuestras flaquezas, y él mismo portó nuestros dolores (Isai. LIII)». Pues si las tinieblas son los pecados, las estrecheces de las tinieblas son sin duda las venganzas y suplicios de los hombres pecadores. ¿Y quién levantó estas estrecheces de las tinieblas, o más bien, quién soportó las dignas penas de los delincuentes, sino aquel de quien dice el mismo profeta: «Mas él fue herido por nuestras iniquidades, quebrantado por nuestros crímenes (Ibid.)»? Así como Alejandro construyó en Egipto la ciudad de Alejandría, así nuestro Redentor edificó la santa Iglesia entre las tinieblas de este mundo. Quien verdaderamente levantó las estrecheces de las tinieblas, mientras soportaba los suplicios de nuestros crímenes e inundaba el Egipto de este mundo con el nuevo esplendor de la verdadera fe. Esto hizo Cristo en Egipto por medio de Marcos, esto hizo en todo el orbe de la tierra por medio de los demás senadores de la corte celestial.

Pero ¿por qué, hermanos, adscribimos Egipto al bienaventurado Marcos y coartamos la amplísima gloria de varón tan excelente entre el estrecho rincón de una sola tierra? Este, ciertamente, como trompeta vehemente del trueno celestial, truena terriblemente y, como uno de los ríos del paraíso que fluye arrebatadamente, inunda toda la latitud del mundo con los exuberantes raudales del santo Evangelio. Feliz ciertamente

Alejandría, a la que este guerrero de Cristo invicto purpuró con la sangre de su martirio triunfal, pero especialmente tú eres feliz y sobremanera bienaventurada, Venecia, a la que él eligió para esto: para encomendarte el precioso tesoro de su cuerpo. Una gran copia de riquezas fluye hacia ti desde diversas partes del mundo, pero esta gema celestial, que ha sido puesta en medio de ti, te eleva a lo alto con la gloria de una dignidad conspicua. Pues este tesoro incomparable sobrepasa todos los géneros de metales vibrantes, supera todos los ornamentos de las gemas relucientes. Pues como dice el bienaventurado Job sobre la sabiduría: «No se le igualará el oro ni el vidrio; ni se cambiarán por ella vasos excelsos y eminentes; no se le igualará el oro de Etiopía, ni se comparará con los tintes más puros (Job. XXVIII)»; y, por así decirlo, esta es una cierta especie aromática insigne, que por su virtud meliflua aventaja al cinamomo y al bálsamo, y supera la fragancia de todos los pigmentos.

Por otra parte, si de tanta dignidad es Alejandría por medio de él, a la cual inundó con la gloriosa sangre de su martirio, de modo que es llamada sede apostólica, ¿de cuánta excelencia pensamos que es aquella feliz Provincia en la que ahora se esconde el precioso terrón de su cuerpo? ¿No ha de creerse que es de la misma gracia y dignidad, aunque no por nombre vulgar, sino por la realidad misma y la secreta verdad sagrada del misterio? Finalmente, entró en aquellas partes mientras todavía existía como mortal en carne corruptible; pero eligió estas cuando, ya para

vivir eternamente, reinaba en el aula del reino celestial. Visitó a aquellos para sacarlos de las tinieblas de la infidelidad a la luz de la verdadera fe que él ya había concebido en su mente; pero quiso ser trasladado a estos para llamarlos hacia aquel con quien ahora está, el Guía de la luz. Alégrate, pues, y exultando en el Señor aplaude, Venecia, porque por aquel talento de precioso tesoro que consta que está escondido en ti, has sido hecha erario del Rey supremo, y mientras has recibido en tu regazo a un varón de gracia apostólica, tú misma has merecido en cierto modo convertirte en sede apostólica. Por lo cual, así como Roma, madre de las ciudades, es sublimada en Pedro sobre todos los reinos de la tierra, así también tú, como su insigne hija, te glorías en Cristo por medio de Marcos. Al cual ciertamente imploramos humildemente que, así como llamó al bienaventurado Pedro del mar y de la nave (Matth. IV; Marc. I), y luego lo sostuvo levantándolo para que no se hundiera al caer en el mar, así guarde tu remo entre los peligros marinos, y te conduzca con tus hijos al puerto del descanso eterno, aquel que vive y reina con Dios Padre en la unidad del Espíritu Santo, Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN XVII.

I. SOBRE S. VITAL MÁRTIR. (28 DE ABRIL)

Rindamos inmensas alabanzas y gracias a Dios, amadísimos hermanos, porque, mientras la festividad pascual brilla por todo el orbe, el día

triunfal del bienaventurado Vital ilustra también los confines de nuestra patria. Pues hoy el glorioso soldado de Cristo murió por la fe de su Emperador para vivir eternamente. Hoy, vencido el enemigo del género humano, penetró con triunfo de gloria en los reinos estelares. Hoy, terminado el curso de su estudio, salió victorioso de la cárcel de la carne. Hoy, alternándose aquí y allá los coros de ángeles cantores de himnos, entró purpurado en el palacio del Rey eterno, donde brilla inenarrablemente con las ardientes compañías de los espíritus bienaventurados, exulta con los senadores togados de la corte celestial, es entronizado sublimemente con los patriarcas en un solio de oro, es maravillosamente coronado con los mártires laureados, y con todos ellos, vestido con la estola de la gloria, danza con inefable exultación, y en presencia del Rey eterno canta el melodioso Aleluya con suavísima dulzura. ¡Oh, cuán dichosamente muere quien muriendo nace! ¡Cuán felizmente termina la vida temporal quien comienza a vivir perpetuamente! De aquí es que la santa Iglesia acostumbra llamar 'natales' a los días de la migración de los santos, porque nacen inmediatamente en el cielo cuando mueren visiblemente en la tierra; y entonces verdaderamente comienzan a vivir, cuando parecen terminar la vida mortal.

Considerad, hermanos míos, qué fuerte, qué robusto pecho tuvo este invictísimo soldado de Cristo, quien, seguro de todo punto sobre su propio peligro y solícito por el ajeno, con un solo dardo de una palabra hirió al enemigo y

excitó a actuar valientemente al compañero que ya flaqueaba por la herida infligida. Mientras su diestra experta vibraba la lanza para el combate, tocó al compañero para que se levantara, e infligió una herida letal al adversario que ya vencía. Pues como se narra en la verdaderísima historia de sus gestas, cuando después de excesivos tormentos Ursicino quiso evadir la sentencia capital, exclamó el bienaventurado Vital, diciendo: «No quieras, no quieras, médico Ursicino, tú que has acostumbrado a curar a otros, vulnerarte a ti mismo con el dardo de la muerte eterna». Pues es costumbre de los varones santos, hermanos míos, que atrapados en la guerra de las tribulaciones, mientras ven por un lado a los adversarios persiguiendo y por el otro a los suyos huyendo, opongan a aquellos el escudo de la paciencia y lancen a estos los dardos de la doctrina; y hacia ambos modos de luchar se yerguen con admirable arte de virtud, para que tanto los débiles se yergan valientemente por dentro como por fuera desprecien varonilmente las adversidades, corrigiendo a aquellos enseñándoles y oprimiendo a estos tolerándolos. Pues a los enemigos insurgentes los desprecian sufriendo, y a los ciudadanos que flaquean los reducen a la salud compadeciéndose. A aquellos resisten, para que no retiren también a otros; por estos temen, no sea que, temiendo la muerte, pierdan la vida totalmente. Por aquel lado hieren con dardos los pechos adversarios; por este, pospuesto el escudo, protegen a los débiles. And así por ambas partes vigilan con la velocidad de la circunspección, para atravesar a los audaces

ante sí y defender de la herida a los trépidos tras de sí. Pero quienquiera que desee actuar valientemente en el campo del certamen, es necesario que cuide de custodiarse en la paz doméstica; ejercítese frecuentemente en el ocio, no sea que ignorante de la lucha irrumpa incautamente en las guerras, no sea que, si el rudo e imperito se enfrenta con el más docto, mientras intenta trabar armas con armas fuera de lo acostumbrado, antes de hacer algo insigne, sea postrado por una herida imprevista y perezca vencido, de donde anhelaba con todos sus esfuerzos ser vencedor.

Pues ni ha de creerse que el bienaventurado Vital comenzó entonces a vivir religiosamente y a servir a Dios en primer lugar, cuando la crueldad del perseguidor lo provocó al combate del martirio. El varón santo, finalmente, también entonces estaba apoyado por las sumas fuerzas, cuando había descansado en la tranquilidad de su paz sin ninguna molestia de persecución. Aquel que era conocido solo para sí mismo y para Dios, si no fuera obligado a salir al campo del certamen, de ningún modo habría podido ser reconocido por nosotros. Pues la virtud ciertamente se ejercitó también en tiempo de quietud, pero golpeada por los embates de los malvados, fraguó en el mortero de la adversidad. Y el que quieto en sí mismo contenía lo que era, conmovido para conocimiento de todos, esparció el olor de su fortaleza. Pues así como los ungüentos no saben oler más ampliamente si no son conmovidos, y así como los aromas no expanden su fragancia sino cuando son encendidos, así los varones santos dan a

conocer en las tribulaciones todo lo que huelen por las virtudes. De donde rectamente se dice en el Evangelio: «Si tuvierais fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: Pasa de aquí, y pasará (Matth. XVII)». Pues el grano de mostaza, si no es triturado, de ningún modo se reconoce la fuerza de su virtud, pues no triturado es suave; si en cambio se tritura, se enciende y muestra todo lo acérrimo que se escondía en él. Así ciertamente, así cada varón santo cuando no es pulsado, es visto como despreciable y suave; si en cambio alguna trilla de persecución lo oprime, pronto ostenta todo lo que sabe a cálido, y se convierte en fervor de virtud todo lo que antes en él parecía despreciable y débil, y lo que en sí por los tiempos de tranquilidad cubrió gustoso, agitado por las tribulaciones se da a conocer forzado. De donde bien se dice por el Profeta: «En el día mandó el Señor su misericordia, y en la noche la declaró (Psal. XLI)». Pues la misericordia del Señor se manda en el día, porque en el tiempo tranquilo se percibe la virtud concedida divinamente; en la noche en cambio se declara, porque el don que se toma en la tranquilidad, se manifiesta en las tribulaciones.

Pues si se pregunta de qué virtud fue el bienaventurado Vital antes del certamen, con qué vigor de disciplina rigió su casa como buen padre de familia, con qué religioso y con qué santo orden de vida instruyó a sus hijos, dígalo la bienaventurada Valeria su esposa con sus dos hijos siendo requerida; «para que en la boca de dos o tres testigos conste toda palabra (Matth. XVIII)».

Pues ella, oída la muerte de Vital su beatísimo esposo, no temió a los ávidos invasores de sus posesiones, no buscó el patrocinio de ningún poderoso, no se esmeró según la costumbre de las viudas en recoger en lugar seguro sus cosas dispersas por doquier, sino que guardando la fe de un castísimo matrimonio, llegó desde la ciudad de Milán hasta Rávena con admirable fervor para tributar el obsequio del funeral. No la detuvo la dificultad de tan largo viaje, no pudo retenerla el miedo de perder sus posesiones, no la ligó el amor de sus parientes o conciudadanos en la ciudad de Milán, no la alejó de los confines de Rávena el imánisimo furor consular. Pues hacia allí se dirigía desde las entrañas su espíritu erguido, a donde había conocido que su beatísimo esposo la había precedido, pisoteada ya la muerte. Pues donde estaba su tesoro, allí estaba también su corazón (Matth. XVI). Se alegraba de que él ya habitara en la morada, se dolía de permanecer ella todavía en el exilio. Por esto suspiraba ella con todo el deseo de su mente en el camino, por aquello de lo que él ya disfrutaba deleitablemente en la patria. Se gozaba de ser llamada por los hombres esposa de un mártir, pero mucho más inefablemente ardía por ser coronada con la misma gloria del martirio. De donde no hay que dudar que pedía diariamente al mismo beatísimo esposo suyo con especial familiaridad de devoción que, por sus sacratísimas oraciones, mereciera ella alcanzar la palma del martirio, para que ciertamente a quienes el tálamo inmaculado de la mutua caridad había unido aquí,

no un triunfo dispar los uniera en la gloria de la bienaventuranza suprema, y porque habían sido dos en una sola carne, se hicieran unidos también en la corona. Por lo cual, habiéndole prohibido los cristianos que entonces estaban en Rávena que se llevara el santo cuerpo, y depuesta esta intención regresaba ella a sus posesiones, incurrió en hombres idólatras que sacrificaban a Silvano, quienes bajándola de la cabalgadura la exhortaban a que banqueteara con ellos de aquellas cosas que habían sido inmoladas a Silvano.

Pero ¿qué hay de ti, bienaventurada Valeria? ¿No podrás dejar las huellas de tu marido e inclinar tu ánimo, ya erguido en lo celestial, a las sugerencias diabólicas? ¿Podrás, educada en la fe católica, posponer lo que aprendiste en la tranquilidad por el terror de los verdugos, y violar el fundamento de la fe puesto sobre la roca firme por cualquier torbellino de trepidación? ¡Ea, ea, bienaventurada Valeria! ¡Eia, noble matrona! Recobra ahora varonilmente las enseñanzas de tu marido, y declara qué te ha prestado el magisterio de tan gran doctor. Pues ella dijo: «Cristiana soy, y no me es lícito comer de los sacrificios de vuestro Silvano». Pero ellos, al oír esto, la molieron a golpes con tanta saña, que sus hombres apenas pudieron llevarla medio muerta a la ciudad de Milán, de modo que en tres días la bienaventurada Valeria emigró al Señor. ¡Oh, cuán inefablemente se dispone el orden de la divina dispensación! ¡Cuán misericordiosamente se varía la serie de la condición humana! La mujer arrojó al hombre del paraíso (Gén. III); el

hombre llamó a la mujer a la patria del paraíso. Aquella, para que el hombre fuera engañado, se hizo instrumento del diablo; este, para que la mujer fuera coronada, dio un imitable ejemplo de virtud. La antigua mujer, comiendo la manzana prohibida, se multó a sí misma con el hambre de un miserable ayuno; la nueva mujer, en cambio, absteniéndose de lo inmolado a los ídolos, se preparó el banquete de la eterna saciedad. Aquella, deleitada por el fruto del árbol, se condenó la puerta de la bienaventurada amenidad con los cerrojos de la concupiscencia al salir; esta, despreciando el comer carnes, se abrió los pastos de la perpetua verdura con las llaves de la continencia. He aquí que se ve claramente con qué conspicua honestidad de costumbres brilló el varón santo en la tranquilidad, el cual condujo también a su beatísima esposa a tan alta cima de perfección. Pues si de él hubiera aprendido a entregarse a la avaricia, de ningún modo habría despreciado todas sus cosas solo por la sepultura del cadáver que debía ser venerado. Si hubiera usado con él lujosos banquetes, sin duda fatigada por el viaje accedería más pronto a repararse que a ser lacerada por azotes hasta el confín de la muerte. Y, para concluir todo brevemente, si en tiempo de paz no hubiera aprendido por todo a vivir para Cristo, en el trance de la persecución de ningún modo habría podido morir por Cristo. Pero como Valeria, interrogada, dio brevemente el testimonio de su aserción sobre qué virtud tuvo su excelentísimo marido antes del combate; ahora accedan también otros testigos. Para que se

pruebe cuán honestamente vivieron los padres, sean llamados al testimonio los herederos. Pues es verosímil que cualquier virtud que se discierna en los hijos de los santos, se crea que fue toda transmitida por los mismos padres.

Así pues, los bienaventurados Gervasio y Protasio, no diré que quedaron huérfanos de ambos padres, sino más bien ilustrados felizmente por su espléndida muerte, como se cuenta en su santa historia, no codiciando nada terreno ni nada carnal, sino encerrándose en un solo cenáculo, se dedicaron durante diez años a la lectura y la oración. Considerad, hermanos carísimos, la inestimable alabanza de la institución paterna, sopesad la admirable tradición de la rígida censura, notad el ejemplo de nueva conducta dejado a los pupilos, observad el evidentísimo indicio de la severidad paterna. Suele la sustancia común ser causa de división y discordia entre los hermanos; entre estos, en cambio, la herencia por dividir estaba presente; sin embargo, una sola caridad llenaba los corazones de los dos. De una ciudad populosa hacen un desierto, convierten el lugar de habitación en un oratorio. Suelen también los adolescentes, perdidos los padres, disolverse lujuriosamente por la libertad de su propio arbitrio, y como si ya fueran dueños de sí, soltarse libremente las riendas de sus placeres, excediendo el límite de la rectitud en lo que es lícito todos los que piensan que todo es lícito. En cambio estos jóvenes de índole angélica, no solícitos por la vida venidera todavía, no se proveen del gasto de las cosas o riquezas terrenas, no pactaron ningún

matrimonio de carnal unión que hubiera de disolverse por la muerte, no se deleitan con caballos relinchantes, no se relajan por las lascivias de las delicias, no codician vanamente ser adornados con preciosos vestidos. Huyen de los negocios del estrépito mundano, desprecian las riquezas de las cosas terrenas, rechazan las cumbres de la transitoria dignidad, desprecian los halagos del incentivo carnal. Y no solo no ambicionan lo ajeno, sino que también dispersan todo lo suyo con pródiga largueza de misericordia. De toda la latitud del mundo eligen para sí un solo terrón de estrechísima cárcel, donde, recogidos los sentidos de todas partes de la vanidad del mundo, contemplan desde las entrañas la sola imagen de su Creador. Hacia él, traspasando ya los claustros de la carne, dirigen su espíritu con el estudio de la asidua meditación, hacia él encendidos con las antorchas de un amor excesivo arden con todas sus entrañas. Estaba, en efecto, la mente de ambos ansiosa en el deseo supremo, ajena a las concupiscencias terrenas; pues el amor verdadero, que la había llenado, los atormentaba en llantos. Pero, mientras eran atormentados en tal ardor, se alimentaban de sus mismos tormentos, y tanto tiempo persisten en el admirable fervor de esta conducta, hasta que siguiendo las gloriosas huellas de sus padres son coronados por el martirio por la fe de Cristo. Sin duda aquellos cuyos ejemplos imitaron viviendo y por quienes fueron engendrados carnalmente en la tierra, están asociados a su colegio en la bienaventuranza celestial; y a quienes la propagación carnal unió, no

los dividió la desigualdad de los méritos; y en el orden en que la naturaleza los produjo al mundo, en ese también la gracia divina los sublimó a lo celestial. Estos, a saber los que los engendraron, preceden; los que fueron engendrados los siguen en recto orden.

¡Oh familia bienaventurada, que abandonando Egipto, tan esforzadamente atravesó el Mar Rojo, y formado el ejército llegó triunfando a la tierra de la promesa! ¡Oh noble progenie, que naciendo ciertamente tomó su origen de la tierra, pero muriendo vivíficamente mereció pasar a la dignidad celestial, a la que la nobleza de las costumbres trasladó a la nobleza de los ángeles! ¡Cuán ardua fue aquella casa, que mereció transmitir tantos clarísimos ciudadanos a la Jerusalén celestial! ¿Qué ciudad, por muy elevada que sea por sus muros torreados, podrá aventajar la dignidad de esta casita, que, digna del vocablo de cielo, contuvo una copiosa multitud de mártires en feliz habitación en sí misma? A quienes todo el mundo no fue digno de contener, aquella casa los encerró bajo una sola puerta. Pues también el Apóstol, cuando hablaba de los santos mártires, añadió inmediatamente, diciendo: «De los cuales no era digno el mundo (Hebr. XI)».

Alégrate, pues, Rávena, ciudad clarísima, purpurada por la preciosa sangre de tantos mártires, la cual, aunque de estos cuatro solo poseas corporalmente el sacratísimo cuerpo del bienaventurado Vital, de ningún modo careces de los otros tres por el misterio de la virtud oculta. Pues si la bienaventurada Valeria con su marido, según

atestigua la Escritura, fue una sola carne (Gén. II), necesariamente se sigue que de una sola carne sea una sola la sepultura. Y cuando leemos: «Lo que Dios unió, no lo separe el hombre (Matth. XIX)», digamos también nosotros gozosos que lo que Dios, que es vida eterna, unió, la muerte temporal interviniente no lo dividió. De los hijos, en cambio, ¿qué otra cosa ha de decirse, sino que quienes están vinculados a su beatísimo progenitor por indisolubles vínculos de naturaleza, de ningún modo pudieron ser separados de él por un intervalo local? Se lee, en efecto, que Adán, en cuanto vio a su mujer, dijo al punto: «Esto es ahora hueso de mis huesos, y carne de mi carne (Gén. II)». Si pues Eva, porque fue formada del costado del varón, es llamada hueso de sus huesos y carne de su carne, ¿por qué no se ha de decir que también los hijos, que salieron de los lomos del padre, tienen los mismos huesos y carne con el padre? Aunque pues parezcan separados por intervalos de lugares, por el oculto sacramento de la virtud mística están sin embargo unidos.

Alégrate, pues, noble ciudad de Rávena, y deléitate con todas tus entrañas en el Señor, tú que, aunque eres ardua por la altura de tu fábrica de muros, eres sin embargo mucho más excelsa por la dignidad de los bienaventurados mártires, ceñida ciertamente por baluartes pétreos inexpugnablemente, pero mucho más inexpugnablemente amurallada por la protección de los fuertes soldados de Cristo. Tú que, de algún modo émula amigablemente de las ciudadelas romanas, así por dos mártires principales, a saber Vital y

Apolinar, mereciste ser madre y señora de cualesquiera ciudades circunvecinas. Así como aquella ciudad [Roma] por dos sumos apóstoles, a saber Pedro y Pablo, se reivindica el principado de todo el orbe, hecha como cabeza de las demás ciudades, así tú brillas con el esplendor de dos santos, como un rostro humano con las luces gemelas de los ojos. Alégrate, pues, y exulta, porque la que antes habías sido santuario de demonios, ahora por el respeto de la divina gracia has sido hecha capitolio de los senadores celestiales, y la que antes mal fecunda en tus hijos germinabas innumerables pajas para el infierno, ya por los méritos de los bienaventurados mártires pares muchos ciudadanos para el cielo. Pues la que habías sido una antigua Babilonia por la confusión de los hombres, tú misma por la novedad de las virtudes te has hecho una nueva Jerusalén adornada ciertamente con piedras vivas, de modo que ya a tu pueblo no sin razón se le dice por Pablo: «Ya no sois huéspedes ni extranjeros, sino que sois conciudadanos de los santos y domésticos de Dios (Ephes. II)»; y por Pedro: «Vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo de adquisición (I Petr. II)». Ni leve indicio de la divina dilección se te dio en el hecho de que el bienaventurado Vital, aun después de su feliz tránsito, quiso tener en ti su sepulcro. No permitió que su cuerpo fuera llevado fuera de ti, porque no quiso que fueras destituida de la protección de su patrocinio. En lo cual ciertamente te favoreció a ti más que a su beatísima esposa, el cual, mientras consultó tu utilidad, no accedió

a la santa voluntad de ella. Pues está escrito que santa Valeria, deseando llevarse el cuerpo del bienaventurado Vital, fue prohibida por los cristianos y a menudo amonestada en visiones por él mismo para que no violara el santo cuerpo bien colocado por un hombre malo.

Ciertamente no puedo decir, hermanos míos, cuán agradable, cuán deleitablemente considero el certamen de esta lucha, con qué avidez extiendo todos los rayos de mis luces interiores al espectáculo de esta santa contienda. Sopeso las diversas filas de los litigantes; de este lado veo a una ciudad, de aquel a una sola mujer; en medio, en cambio, el cuerpo de San Vital puesto como materia y causa del certamen. Cada parte usa sus propias alegaciones, y defiende su causa por una diversa razón de derecho. Aquella reclama el derecho de la antigua posesión, esta opone el título de la concesión divina; aquella se queja de que le fue arrebatado violentamente; esta, por el contrario, afirma que les fue dado por la divina benignidad. Dice aquella: «No codiciarás la cosa de tu prójimo (Éxod. XX)». Responde esta: «Lo que no es tuyo, no lo reclames (Luc. VI)». Dice aquella: «Pero a mí me está unido por la ley del matrimonio dotal». Responde esta: «Porque a mí me está aliado por la preciosa sangre del martirio.» Tuviste tú a tu marido mientras fue lícito; séame lícito también a mí tener sin molestia a mi mártir. Pues a ti te está asociado por el pegamento de la unión carnal, en mí está coronado por la gloria del martirio triunfal. Oye al Apóstol que dice: «La mujer está ligada a la ley mientras vive

su marido; pero cuando muere su marido, queda libre de la ley del marido (I Cor. VII)». Si pues tú estás libre de la ley del marido, tú que aún vives en la carne, ¿cómo buscas imponer un vínculo a quien ya pasó a los reinos celestiales?» Pero para dirimir el litigio de esta clase de santa contienda, accedió el mismo bienaventurado mártir al medio, e impuso un límite a la queja de la venerable esposa. Y el que hasta entonces había sido materia de contienda se hizo depositario y mediador de la paz.

Pero mientras os decimos estas cosas, hermanos carísimos, también se trae a la mente lo que la sagrada Escritura atestigua que hizo el patriarca Jacob. Se lee, en efecto, que al ver que se acercaba el día de su muerte, llamó a su hijo José y le dijo: «Si he hallado gracia a tus ojos, pon tu mano bajo mi muslo, y me harás misericordia y verdad para que no me sepultes en Egipto, sino que duerma con mis padres, y me saques de esta tierra y me entierres en el sepulcro de mis mayores». A quien respondió José: «Yo haré lo que has mandado». Y él: «Júramelo, pues (Gén. XLVII)». Al jurar este, Israel adoró a Dios. ¿Qué es esto, hermanos míos? ¿Qué quiere decir en varón tan grande tan ansiosa solicitud por la sepultura de su cuerpo? Pues si medimos esto según la costumbre humana, por cierto nada hallamos digno de tan gran excelencia de mente profética. Pues dondequiera que se sepulte un cuerpo humano, no por ello se cree sin duda que su resurrección futura haya de ser o menos perfecta o menos gloriosa. Pero si se busca la profundidad del místico sacramento en

la tiniebla de esta duda, nacerá una clara luz de inteligencia para el mismo que la encuentre. Los cadáveres de los muertos, en efecto, significan los pecados de los que viven injustamente. Pues así como tras el contacto con los cuerpos de los muertos la ley manda que los hombres se purifiquen (Núm. XIX), así también tras la perpetración de los delitos se nos manda ser lavados por la penitencia. De aquí ciertamente se dijo aquella sentencia: «El que se bautiza por un muerto y vuelve a tocarlo, ¿qué le aprovecha su lavatorio?» (Ecli. XXXIV.) Se bautiza por un muerto quien se limpia con llantos del pecado; pero tras el bautismo toca al muerto quien repite la culpa tras las lágrimas. La sepultura de los muertos, en cambio, significa la remisión de los pecados. De donde se dice por el Profeta: «Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades han sido perdonadas, y cuyos pecados han sido cubiertos (Sal. XXXI)». ¿Dónde debían pues sepultarse los cadáveres de los patriarcas, sino en aquella tierra donde había de ser crucificado aquel por cuya sangre se hizo la remisión de los pecados? La causa, pues, por la que el patriarca Jacob fue sepultado en tierra de los cananeos, fue la misma por la que el bienaventurado Vital eligió especialmente para sí un sepulcro en la ciudad de Rávena. Pues así como aquel, por la sepultura de su cuerpo, significó que la remisión de los pecados habría de ser en aquellos confines del mundo porque allí el Señor había de ser crucificado, así este conoció que esta felicísima ciudad había de ser llamada por dispo-

sición divina a la gracia del bautismo y a la fe de Cristo.

Por lo cual os ruego y os amonesto, amadísimos hermanos, recordad con asidua meditación tan gran dignidad, que habéis recibido por el don gratuito de Dios, y procurad devolver gracias dignas de tantos beneficios no solo con la boca o el corazón, sino también con obras dignas, diciendo siempre con el Profeta: «¿Qué pagaré al Señor por todas las cosas que me ha dado? Tomaré el cáliz de la salvación e invocaré el nombre del Señor (Sal. CXV)». No aborrezca beber la amargura de la poción momentánea quien desea llegar a la dulzura de la perpetua incolumidad. Quien quiera ser inscrito entre los soldados de Cristo, cíñase ahora varonilmente para el combate, para que, tras haber alcanzado la victoria, ya emérito, reciba la ciudadanía del descanso bienaventurado. Prepárese ahora para el encuentro, para que pueda valerosamente ser coronado después de la victoria. «Pues no será coronado sino el que legítimamente luchare (II Tim. II)». Pues es un soldado delicado el que quiere vencer antes de empezar a pelear, el que quiere la victoria sin lucha, o sin victoria jadea por la palma. No, hermanos, no puede ser que se llegue a los grandes premios sino a través de grandes trabajos. Pues como se dice por el Apóstol: «A través de muchas tribulaciones nos es necesario entrar en el reino de Dios (Hech. XIV)». De donde la misma Verdad dice: «Desde el tiempo de Juan el Bautista el reino de Dios padece violencia, y los violentos lo arrebatan (Matth. XI)».

Despreciad, pues, los caducos halagos de este siglo, hermanos míos, anhelad desde lo más íntimo los gozos de la patria celestial, reprimid los incentivos de la carne, cumplid con obras los mandatos de Dios que antes percibís; que ninguna prosperidad del mundo os retire del amor de Dios, que ninguna adversidad os rompa, que el lujo no manche vuestro cuerpo, que la llama de la envidia no os consuma, que la elación no os infle, que la codicia de las cosas terrenas no os grave, que la ira no os divida del amor al prójimo, que el afecto desordenado no os una a los vicios de los malvados; limpiad los males pasados con los llantos de una digna penitencia, evitad los inminentes con cauta previsión, poned ante los ojos de la mente al terrible Juez que ha de venir, temed con temblor la sentencia del estricto examen, para que, temiendo ahora a quien ha de venir, mientras os afanáis en llevar la cruz de su humanidad, lo veáis después venir en la gloria de su majestad, seguros y alegres, a Jesucristo nuestro Señor, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN XVII

bis. II. SOBRE SAN VITAL MÁRTIR. (28 DE ABRIL)

Para un espectáculo sobremanera bello y deleitable de ver, hermanos carísimos, nos hemos reunido en la festividad de hoy, y hemos contemplado con los ojos de la fe la admirable victoria de la lucha triunfal. Pues vimos al antiguo dragón combatir con el hombre; vimos la venenosa astu-

cia ser superada por la astucia de una serpiente mejor; vimos a aquel que solía vencer, ceder débilmente; vimos a aquel que había yacido postrado, reportar la victoria sobre el enemigo triunfado con los despojos arrebatados. Por aquel lado percibimos al león rugiente bramar inmensamente contra la grey de Cristo; por este lado, en cambio, a un nuevo David liberar a la oveja arrebatada de los dientes sangrientos del ávidísimo depredador. Pues aquel, jadeando con las fauces secas, tenía sed de sangre humana, y con la garganta de su malicia abierta, ya había comenzado a engullir a la oveja de Cristo; este, en cambio, transfixionando su boca con la espada del espíritu, que es la palabra de Dios (Ef. VI), arrebató violentamente la presa capturada y, a través del agujero que había hecho en la mandíbula de Leviatán, la revocó desde el casi abismo de la muerte a los pastos de la vida. Por lo cual bien se dice al bienaventurado Job por la voz divina: «¿Acaso perforarás con una armilla la mandíbula de Leviatán? (Job XL)». Por Leviatán, que es llamado «el añadido de ellos», se designa a aquel cauto devorador del género humano, quien, mientras prometió añadir la divinidad al hombre, le quitó la inmortalidad; quien también, mientras multiplica en quienes le siguen con su pésima persuasión la culpa de la prevaricación que propinó al primer hombre, amontona para ellos penas sin cesar. Por tanto, el Señor, a través de sus elegidos, perfora con una armilla la mandíbula de Leviatán, porque con la inefable potencia de su misericordia sale al encuentro de la malicia

del antiguo enemigo, para que alguna vez pierda incluso a aquellos que ya capturó, y caen casi de su boca los que, tras perpetrar culpas, vuelven a la inocencia. Pues ¿quién, una vez capturado por su boca, escaparía de su mandíbula si no estuviera perforada? ¿Acaso no mordió entonces al bienaventurado Ursicino, cuando tras excesivos tormentos temió la espada del verdugo? ¿Acaso no lo sostuvo de lleno en la boca cuando consintió en sacrificar a los ídolos? Pero, mientras por la exhortación de Vital, gloriosísimo mártir, volvió a la vida, este Leviatán lo perdió de algún modo como a través del agujero de su mandíbula. Pues como se narra en la santa historia de sus hechos, cuando tras excesivos tormentos Ursicino había llegado a la palma de la decapitación, se aterró, y mientras quería escapar, exclamó Vital, diciendo: «No, no quieras, Ursicino médico, que soliste curar a otros, vulnerarte a ti mismo con el dardo de la muerte eterna; y tú que por pasiones excesivas llegaste a la palma, no pierdas la corona preparada para ti por el Señor». ¡Oh admirable soldado de Cristo, que, mientras aún está ceñido con las armas de la milicia terrena, por el inflamante Espíritu divino, de repente se anima fervoroso para el certamen espiritual! ¡Oh nuevo e incomparable recluta, que, en el mismo inicio de su reclutamiento, irrumpiendo en medio de las huestes de los enemigos bramantes, arremetió impertérrito contra el mismo tirano, y liberó a su compañero de armas de debajo de las mismas espadas de los que degollaban! El docto y ferventísimo soldado de Cristo, haciendo ímpetu contra el enemigo,

repelió al cautivo, atrajo hacia sí al compañero, y reparó el detrimento de su milicia con el soldado restituido.

Gusta considerar, hermanos carísimos, con cuánta ardor de caridad se había inflamado la mente del bienaventurado Vital, quien, para proveer a la salvación de su hermano, no temía el peligro para sí mismo. Pues ceñido con el bálteo militar, distinguido por los claros títulos de la milicia, inscrito en el orden de los caballeros, decorado con la clámide bélica, permanecía totalmente seguro de sí mismo. Pero cuando vio a un compañero de la milicia interior atrapado en la guerra de las tentaciones desfallecer ya bajo una granizada de dardos, y, perdido el escudo de la paciencia, las espadas hostiles amenazar sobre él desnudo, saltó al punto al medio, y se ofreció a sí mismo al peligro de la muerte, imitando a su emperador, a saber, el Redentor del género humano, quien, para que nosotros viviéramos, sufrió la muerte, y, para arrancarnos del yugo de la potestad diabólica, permitió ser crucificado por los miembros del diablo. Estaba ciertamente presente en cuerpo en el obsequio del cónsul, pero en su mente ya había pasado a la milicia del Creador. Recibía de aquel el estipendio de la presente vida, esperaba de este el perpetuo municipio de la futura bienaventuranza. Recibía de aquel el donativo que veía temporalmente; esperaba de este el premio que, no habiendo recorrido aún el estadio, todavía no podía ver, diciendo con el Apóstol: «No contemplando nosotros las cosas que se ven. Pues las cosas que se ven son tempo-

rales, pero las que no se ven son eternas (II Cor. IV)». Exhibía a aquel el obsequio del oficio militar; guardaba para este el fundamento inmóvil de la fe perfecta, custodiando ya aquel Evangelio: «Dad las cosas que son del César, al César; y las que son de Dios, a Dios (Luc. XX)». ¡Oh, cuán eficaz y viva voz salió entonces de su boca! ¡Cuán ferviente llama de caridad bulló de su pecho caldeado! «No quieras, no quieras —dijo—, Ursicino médico, que soliste curar a otros, vulnerarte a ti mismo con el dardo de la muerte eterna». Ni pudo descender fría al corazón del oyente la que, por las palabras de exhortación, procedió del mismo fuego del Espíritu Santo. Pues oyendo estas cosas Ursicino, puesta la rodilla, exhorta al verdugo a que le hiera, haciendo penitencia por haber temido el martirio de Cristo.

Pero mientras se oye el lapso del bienaventurado Ursicino, el ánimo de alguno tal vez se conmueva de por qué el Dios omnipotente permite que aquellos a quienes eligió para siempre, a quienes por una gracia más abundante asume incluso a la cumbre del martirio, caigan en la vorágine del temeroso peligro por la impedimenta de la enfermedad de la carne. Por lo cual, porque creemos que se puede satisfacer más pronto, respondemos brevemente. Pues los varones santos, que por la gracia del don divino son elevados a la cumbre de la perfección, mientras están en esta vida, para que no se ensoberbezcan con alguna elación, son reprimidos por ciertas tentaciones, para que de ningún modo puedan aprovechar tanto cuanto quieren. Para que no se exalten,

pues, por el vicio de la soberbia, se hace en ellos una cierta medida de virtudes. De aquí es, en efecto, que Elías, habiendo aprovechado en tantas virtudes en lo alto, fue suspendido por una cierta medida cuando huyó de Jezabel, aunque reina, no obstante una mujercilla (III Rey. XIX). Considero ciertamente a este varón de admirable virtud atraer fuego del cielo, y por dos veces calcinar a cincuenta varones con sus seguidores por una súbita petición (IV Rey. I), abrir los cielos a las lluvias con su palabra, resucitar muertos, prever también lo futuro por el espíritu de profecía. Pero de nuevo ocurre al ánimo que, después de haber hecho todas estas cosas admirablemente, aterrado por un pavor mujeril huyó ante una sola mujercilla. Considero al varón herido por el temor pedir la muerte de mano del Señor y no recibirla, y evitar la muerte huyendo de mano de una mujer. Pues buscaba la muerte mientras huía diciendo: «Bástame, Señor, quita mi alma. Pues no soy mejor que mis padres (III Rey. X)». ¿De dónde, pues, tan potente que haga tantas virtudes? ¿De dónde tan querido de Dios que incluso a los muertos devuelva la vida, sino porque en el profundo consejo de la divina dispensación se pesan las medidas de un oculto equilibrio, para que los mismos varones de suma religión tanto valgan mucho por la potencia divina, como de nuevo estén moderados por una cierta medida por su propia enfermedad? Pues en aquellas virtudes Elías reconocía qué había recibido del Señor, pero en estas enfermedades qué podía de sí mismo. Aquella potencia fue virtud, pero esta enfermedad fue custodia de

la virtud. En los milagros Elías era mostrado, en las enfermedades era preservado. En los milagros Elías era mostrado, en las enfermedades era preservado. Escrito está, en efecto, que dijo Jezabel: «Esto me hagan los dioses —dijo— y esto me añadan, si para esta hora mañana no pusiere tu alma como el alma de uno de ellos. Y oyó Elías, y temió, y huyendo se fue a dondequiera que le llevaba su voluntad (Ibíd.)». ¡Oh violencia de la palabra! ¡oh eminencia del pavor! Oída la palabra de la mujer, huyó Elías; y huyó, no por uno, ni por dos, ni por tres días, sino más bien por cuarenta días y cuarenta noches. Pues el discurso de la mujer entrando en su corazón había sido como una espada, y perdido el consejo de la razón no sabía qué hacer. Sacudido por el temor que le agitaba en el espacio de tan gran camino, como cuando un torbellino arrebata el mástil de una nave impulsada con rumbo favorable y refleja su ímpetu, así hirió el discurso de la mujer el ánimo del profeta que navegaba con la vela de la virtud, y sacudió toda su nave por todos los flujos del pavor, turbado su rector. ¿Qué, pues, de ti, Elías? ¿Eres tú el que con la palabra habías cerrado el cielo y defraudado las lluvias, el que habías mandado al aire y sacado los fuegos divinos, el que habías mandado matar saludablemente a los falsos sacerdotes, el que habías reprochado constantemente en la cara al rey que él y su casa trastornaron al pueblo de Israel, el que habías dicho: «Vive el Señor, si habrá lluvia, o rocío, sino según la palabra de mi boca (III Rey. XVII)», el que de la casa de la viuda habías hecho era de espigas

y lagar de aceite, el que habías mandado en todos los elementos, ¿y ahora temes el discurso de una meretriz?

¿Qué maravilla pues, hermanos míos, si tras excesivos tormentos el bienaventurado Ursicino temió la espada del cónsul, cuando aquel eximio entre los profetas, Elías, apenas inferior a ninguno de los santos, huyó por el curso de tantos días como un ciervo herido por la saeta del pavor, no ante un hombre, sino ante una mujer, no vista la espada, sino oído el discurso de las amenazas? Cuán grande fuera el mérito de Elías, de aquí pronto se colige, si se aduce sobre él el testimonio de la autoridad evangélica. Pues a Zacarías sobre la promesa de Juan dice el ángel: «Él irá delante de él con el espíritu y la virtud de Elías (Luc. I)». Del mismo Juan también el Señor testifica diciendo: «Entre los nacidos de mujer no se ha levantado otro mayor que Juan el Bautista (Matth. XI)». Si pues entre los hombres nadie se levantó mayor que Juan, ¿quién mayor que Elías, que tuvo una misma virtud y un mismo espíritu con Juan?

Pero mientras nos esforzamos por defender al temeroso Ursicino con el tímido Elías, también se trae a la memoria la enfermedad del sumo pastor de la Iglesia. Pues herido por la voz de una sola mujer, mientras temió morir, negó la vida. Y entonces Pedro en la tierra no presumió dar testimonio sobre el Señor (Matth. XXVII), cuando el ladrón en la cruz no temió confesarlo (Luc. XXIII). En lo cual debemos considerar por qué el Dios omnipotente permitió que aquel a quien dispuso poner al frente de toda la Iglesia,

temiera la voz de una ancila y lo negara. Lo cual ciertamente reconocemos hecho por la dispensación de una gran piedad, para que aquel que habría de ser pastor de la Iglesia aprendiera en su propia culpa cómo debía compadecerse de los demás. Primero, pues, se lo mostró a sí mismo y entonces lo antepuso a los demás, para que por su propia enfermedad reconociera cómo tolerar las enfermedades ajenas. Para esto también la sagrada Escritura indica los lapsos de tales varones, esto es, de Elías y de Pedro, para que la ruina de los mayores sea cautela de los menores. Para esto, en verdad, se insinúa la penitencia y el perdón de los santos, para que haya esperanza para los que perecen, recuperación de los perdidos. Por tanto, nadie se ensoberbezca al caer Pedro de su estado; nadie tampoco desespere al levantarse Pedro de su caída.

Por el contrario, cuán admirablemente la divina Escritura oprime a los soberbios, ella que ensalza a los humildes. Pues relató un solo hecho gestado; y de diverso modo revocó a los soberbios ciertamente al pavor de la humildad, y a los humildes a la confianza de la esperanza. Inestimable es, por cierto, este nuevo género de medicamento, que puesto en un mismo y solo orden, tanto seca lo hinchado oprimiendo, como infunde lo árido levantando. Por el lapso de los mayores nos aterró, pero por su reparación nos robusteció. Así ciertamente siempre, así la misericordia de la divina dispensación tanto reprime a los soberbios, como nos sostiene para que no caigamos en la desesperación.

Gusta considerar dentro del munido seno de la gracia con cuánto favor de misericordia Dios nos contiene. He aquí que quien se ensalza por sus virtudes, vuelve a la humildad por un vicio. Quien se ensalza por la gracia de la virtud recibida, es herido no por la espada, sino, por así decirlo, por un medicamento. ¿Qué es la virtud sino un medicamento? ¿Y qué el vicio sino una herida? Porque nosotros, pues, hacemos una herida del medicamento, Dios hace un medicamento de la herida, para que quienes somos golpeados por la virtud, seamos curados por el vicio. Pues nosotros retorcemos los dones de las virtudes para el uso de los vicios, pero Él asume los males de los vicios en el arte de las virtudes; para que quienes huimos de la humildad del que cura, nos adhiramos inseparablemente al que concede la salud.

Pero entre estas cosas debe saberse que la mayoría de los hombres son ligados más estrechamente en aquello en lo que caen de muchas maneras, y cuando el antiguo enemigo los golpea por un vicio para que caigan, también los liga por otro para que no se levanten. Considere, pues, el hombre contra qué adversario hace la guerra, y si ya considera haber fallado en algo, al menos tema después de la culpa, para que se eviten estudiosamente las heridas por las que frecuentemente es muerto, porque es muy raro que nuestro enemigo cure la enfermedad de los elegidos incluso con las heridas. Pues el Señor a menudo somete a sus elegidos al tentador para que sean instruidos. Como después de los claustros del paraíso, después de los secretos del tercer cielo, para que el apóstol

Pablo no hubiera podido ensalzarse por la magnitud de las revelaciones, le fue dado un ángel de Satán. He aquí que quien antes considera los secretos del paraíso, volviendo a sí mismo, trabaja contra la guerra de la carne, sostiene otra ley en sus miembros, con cuya rebelión enseña que la ley del espíritu se fatiga. Después de la donación del don, pues, Dios prueba al hombre, porque tanto lo eleva con el don conferido, como retirándolo un poco, muestra el hombre a sí mismo. Lo cual sin duda sufrimos hasta que, borrada totalmente la mancha del pecado, seamos reformados a la sustancia de la incorrupción prometida. Pero por esta misma tentación se dispone que quienes, elados, podían perecer, humillados sean preservados de la perdición.

Por un secreto orden de la dispensación, pues, de donde se permite ensañarse a la iniquidad del diablo, de allí se perfecciona piadosamente la benignidad de Dios. Por la cual nuestro adversario obedece a las indicaciones de la gracia superna desde allí de donde ejerce la ira de su nequísima voluntad. Pues mientras el bienaventurado Ursicino sufría tantos tormentos por el amor de Cristo, y permanecía inmóvil entre las manos lacerantes de los verdugos, tal vez la elación hubiera podido sustraerle algo de la constancia de su fortaleza, la cual lo sumergiría mucho más profundamente, si no lo hubiera golpeado un aura más leve de tentación. Pues después de que el Señor robustece nuestras mentes para la perfección, pronto las prueba visitándolas con los aguijones de las tentaciones. Él, que tanto

accediendo previene nuestros corazones hacia las virtudes, como recediendo permite que sean sacudidos por la tentación. Pues si después de los dones de las virtudes ninguna aura de tentación nos sacudiera, el ánimo ya se jactaría de tener esto de sí mismo. Para que, pues, tanto tenga útilmente los dones de la firmeza como reconozca humildemente su propia enfermedad, por el acceso de la gracia es elevado a otras cosas, y por el receso experimenta saludablemente qué es de sí mismo. Lo cual bien se nos insinúa también por la historia de la sagrada lección, en la que se dice que Salomón recibió divinamente la sabiduría, y sin embargo, después de recibir esa misma sabiduría, se recuerda que fue golpeado inmediatamente por la cuestión de las meretrices (III Rey. III). Pues tan pronto como recibió la gracia de tan gran revelación, sufrió el combate de las mujeres torpes, porque sin duda a menudo, cuando la consideración de la claridad íntima ilumina nuestra mente con las virtudes concedidas, también los pensamientos lúbricos la turban, para que aquel a quien la perfección exalta, elevado por el don otorgado, también encuentre qué es, golpeado por la tentación.

Además, el bienaventurado mártir Ursicino veía a todos a su alrededor bramar cruelmente, enloquecer irracionalmente para impugnar el nombre de Cristo, a todos tender al precipicio por los abruptos senderos del error, a todos, perdidos los ojos del corazón, ignorar el camino de la verdad; y por ello tal vez hubiera podido arbitrar con tal pensamiento que nadie restaba que

pudiera igualarse a sus méritos. Por lo cual la divina piedad quiso que cayera por un momento, y pronto excitó divinamente a un hombre de la milicia terrena que lo levantara, para que, mientras viera a uno incluso del orden secular mucho más fuerte y robusto que él, inclinara humildemente la cerviz del corazón para reconocer su propia enfermedad. De aquí es que Elías, de quien se dijo arriba, mientras huía aterrado de Jezabel y se estimaba a sí mismo el único sobreviviente para Dios de entre todos, diciendo: «Señor, mataron a tus profetas, demolieron tus altares, y yo he quedado solo, y buscan mi alma (III Rey. XIX)»; para reprimir la elación de su mente, respondió el Señor diciendo: «Me he reservado siete mil varones que no doblaron sus rodillas ante Baal (Ibíd.)». Cierto es, por lo demás, que extingue los ojos del corazón quien, cuando actúa rectamente, descuida considerar los méritos de los prójimos. Pero, por el contrario, se ilumina a sí mismo con un gran rayo de humildad quien pondera sutilmente los bienes ajenos; porque mientras contempla aquellas cosas que él mismo hizo, hechas fuera y por otros, reprime el tumor de la soberbia en quien intenta irrumpir desde la singularidad interior. «Me he reservado —dijo— siete mil varones que no doblaron sus rodillas ante Baal», para que, mientras reconociera que no solo él había quedado, inclinara la gloria de la elación que le surgía de la singularidad. Era ciertamente profeta, y a menudo había conocido los misterios supernos. ¿Por qué, pues, fue difícil reconocer que en el mundo habían quedado otros fieles siervos

de Dios? Pero aquí debe considerarse solícitamente cuán nequeteramente cierra la elación el ojo del corazón, porque quien humilde conocía lo oculto de Dios, elado no sabía lo manifiesto. Para que, pues, el bienaventurado Ursicino escapara del baratro de la elación, fue digno que cayendo aprendiera que se había mantenido no por su propia virtud, sino por la ajena. Permitió la divina clemencia que el excelso cedro del paraíso fuera levemente sacudido, para que al irrumpir un torbellino más válido no pudiera ser arrancado de raíz. Permitió que su soldado cediera incluso por un momento a las espadas hostiles, para que, arrepentido de la huida, hubiera podido reparar más fervientemente su animoso pecho para los redivivos certámenes de nuevo, a fin de hacer del fugitivo pronto un perseguidor, y del vencido, vuelta la terna, un vencedor. Amando su carne Ursicino quiso desertar de Cristo, pero de nuevo temiendo a Cristo entregó esa misma carne para ser herida por los verdugos. De aquello en lo que pecó, de ello mismo estudió enmendarse pronto. De donde admitió la culpa, de allí sostuvo la penitencia. Consolado, pues, Ursicino, puesta la rodilla en tierra, exhorta al verdugo a que le hiera, haciendo penitencia por haber temido el martirio de Cristo.

Aprended, hermanos, aprended a hacer una penitencia perfecta; aprended a limpiar las manchas de vuestro reato con los llantos de una plena compunción, a saber, para que lamentos perfectos diluyan los males consumados, no sea que estéis más ligados en la deuda de la obra

perpetrada, y paguéis menos en los llantos de la satisfacción. Escrito está, en efecto: «Nos dio de beber en lágrimas con medida (Sal. LXXIX)», para que sin duda la mente de cada uno tanto beba las lágrimas de su propia compunción al arrepentirse, cuanto recuerda haber estado seca de Dios por las culpas. Pues el bienaventurado Ursicino, al temer la muerte, ya desertaba del Autor de la vida, pero cuando recibió las palabras de la saludable exhortación, al punto erigiéndose contra sí mismo entregó su carne espontáneamente a la muerte, por cuyo amor de vivir había pecado. No resistió finalmente, no se alzó en palabras de presuntuosa defensa, no dilató la penitencia, sino que pronto obedeció humildemente al saludable imperio del que le corregía. Pues hay algunos que, cuando oyen de boca de los prójimos palabras de corrección, al punto prorrumpen en ira, se inflan por el vicio de la hinchada elación, y se encienden con las hachas de una enemistad capital: estos sin duda de la medicina de la salud se hacen materia de enfermedad, y del cauterio de la curación, instrumento de herida. Quienes provocan a Dios a ira mucho peor por la audacia de la defensa, que entonces cuando pecaban por la común enfermedad de la carne. Pues más delinque quien defiende el pecado que quien comete el pecado. Pecar ciertamente es humano, pero defender el pecado es diabólico. De donde también el Salmista implora humildemente el auxilio divino diciendo: «No me absorba el profundo, ni el pozo cierre sobre mí su boca (Sal. LXVIII)». Pues por el profundo es absorbido quien cae en

el precipicio de un grave pecado. Pero entonces el pozo cierra sobre él su boca, para que no pueda salir, cuando el pecador se sumerge más profundamente procediendo en la audacia de la defensa. De donde también el primer hombre entonces como que cayó en el profundo, cuando comió la manzana prohibida por inobediencia. Entonces el pozo cerró sobre él su boca, cuando presumió defender audazmente su culpa. Pues dijo: «La mujer que me diste por compañera, ella me dio del leño, y comí (Gén. III)». Quien ciertamente por temor había huido para esconderse, pero sin embargo, requerido, dio a conocer cuánto incluso temiendo se hinchaba. Pues cuando por el pecado se teme la pena presente, y no se ama la faz perdida de Dios, el temor es por hinchazón, no por humildad. Se ensoberbece ciertamente quien no deja el pecado, si se le permitiera no ser castigado, sino que más bien presume defenderlo con hinchada elación.

Estudiemos, pues, ahora, carísimos, a imitar las virtudes de los bienaventurados mártires, para que merezcamos ser después coronados por el Emperador de los mártires con ellos mismos. Mantengamos sus huellas en el camino, de quienes deseamos tener la sociedad en la patria. Ciertamente allí seremos lo que ellos son, si aquí hubiéramos sido lo que aquí fueron. Pues si sufrimos con Él, también reinaremos con Él; si morimos con Él, también viviremos con Él (II Tim. 2). No nos dividamos, pues, en el camino, si queremos estar unidos en la llegada. Enseñe el bienaventurado Vital a tener celo de rectitud,

enseñe el bienaventurado Ursicino a mantener la forma de la humildad; enseñe cada uno a conservar el vínculo de la doble caridad. Pues aquel, encendido por el ardor de la doble caridad, para liberar al prójimo que perecía y devolver a Dios su limpia imagen, se despreció totalmente a sí mismo, y no temió la sentencia del crudelísimo perseguidor. Este, en cambio, obedeció humildemente al prójimo que le corregía, y se apresuró a marchar cuanto antes a la vista de su Creador por la espada.

Pero puesto que propusimos escribir este sermón sobre el triunfo de san Vital, y sin embargo, al ocurrir la materia, hemos hablado más sobre Ursicino, nadie piense que nos hemos desviado de la senda de la intención propuesta. Pues cuando se ensalza el triunfo de san Ursicino, tampoco se calla el elogio del bienaventurado Vital. Pues la salud del enfermo es la alabanza del médico; y la pericia del discípulo es la gloria del preceptor. Grande ciertamente aquel, que aprendió a morir por la vida; pero muy superior este, que enseñó a despreciar la vida momentánea por la eterna. Fuerte aquel, que pudo beber el amargo cáliz de la salud; pero mucho más fuerte este, que lo sacó potentemente de las mismas fauces de la muerte perpetua. Cuando pues se ensalza la virtud triunfal de Ursicino, también se aumenta el glorioso honor del bienaventurado Vital. Más aún, todo lo grande que se dice de ambos, todo pertenece a la gloria del Creador de ambos. «Pues ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento (I Cor. III)».

Entre tanto vosotros, hermanos carísimos, volved a vosotros mismos, discutid vuestros actos con solicita examinación; y los que de buena gana oís las alabanzas de los mártires, procurad también vosotros tener una vida loable. «Pues no es hermosa la alabanza en boca del pecador (Ecli. XV)». Aquellos ciertamente ensalzan dignamente a los santos con alabanzas que viven loablemente, y estos oyen útilmente las virtudes de los fuertes a quienes los elogios oídos encienden al amor de la imitación. «Pues todas las cosas que fueron escritas, para nuestra doctrina fueron escritas (Rom. XV)». Quienquiera que pues te goces de que los mártires de Cristo hayan actuado fuertemente, arrebata tú también las armas entre los soldados de Cristo. Faltan los enemigos exteriores, vuelve tus manos contra ti, y encontrarás muchos ciudadanos sediciosos. Domina la soberbia, degüella la ira, extingue la libido, reprime la avaricia, mata la envidia, y, para compendiarlo todo brevemente con el Apóstol, crucifica tu carne con sus vicios y concupiscencias (Gál. V); esto es actuar fuertemente, esto es luchar varonilmente. ¿Qué aprovecha si en torno al vallado no te asedian las huestes de los perseguidores, y dentro de los muros de la ciudad corre la barbarie de los vicios? Más aún, ¿qué beneficia si los miembros del diablo no combaten contigo exteriormente, y el mismo diablo te posee intrínsecamente por derecho tranquilo? Pues cualesquiera que están sujetos a su voluntad, son poseídos como por derecho tranquilo por él, y el soberbio rey de ellos disfruta de una cierta seguridad mientras domina sus co-

razones con potestad inconmovible. Pero cuando el espíritu de cada uno se recalienta hacia el deseo del Fundador, cuando abandona el torpor de la negligencia, y enciende el frío de la insensibilidad prístina con el fuego del santo amor, cuando se acuerda de la libertad congénita y se avergüenza de ser tenido como siervo por el enemigo, porque el mismo enemigo se considera despreciado, porque ve las vías de Dios ser aprehendidas, le duele que su cautivo se le resista, pronto se enciende en celo, pronto se mueve al certamen, pronto se excita contra la mente rebelde y la instiga con todo arte de laceración, para que retorciendo los dardos de las tentaciones confunda el corazón que hace poco poseía por derecho tranquilo. Casi dormía ciertamente, mientras reposaba sopitado en el depravado corazón, pero se excita en la provocación del combate cuando ha admitido el derecho de la perversa dominación. Escrito está, en efecto: «Hijo, al acceder a la servidumbre de Dios, permanece en la justicia y en el temor, y prepara tu alma para la tentación (Ecli. II)». Pues quienquiera que se apresura a ceñirse en el divino servicio, ¿qué otra cosa hace sino prepararse contra el certamen del antiguo adversario, para que libre reciba los golpes en el certamen, él que tranquilo servía bajo la tiranía en cautividad? En este certamen, hermanos amadísimos, nuestro ánimo se ejercite siempre, para la victoria de esta lucha nuestra mente se encienda con todas sus entrañas. «Pues no será coronado sino el que legítimamente luchare (II Tim. II)»; para que quienes ahora imitando a los bienaventurados

mártires contendemos por luchar legítimamente, percibida la corona de la victoria, exultemos inefablemente por siempre con el mismo rey de los mártires. Quien, Dios trino y uno, vive y se gloría [reina] por los infinitos siglos de los siglos. Amén.

MAYO. III. Sermón sobre la Invención de la santa Cruz. XI. Sermón sobre San Antimo mártir. XIV. Sermón sobre San Bonifacio mártir. XV. Sermón sobre el Espíritu Santo y su gracia.

SERMÓN XVIII.

SOBRE LA INVENCIÓN DE LA SANTA CRUZ. (3 DE MAYO)

Finalmente, este estandarte de la salvación humana no solo lo prefigura la ley a través de ciertas inteligencias típicas y enigmas, sino que también lo veneran los oráculos de todos los profetas y la autoridad de todo el Antiguo Testamento (*veteris instrumenti*). ¿Pues qué página de la sagrada elocuencia hay que no huela al misterio de la cruz, y no tienda a esto, como a cabeza y principio de toda la salvación humana? Por lo cual, ciertamente creemos que no es ocioso si presentamos aquí algunos testimonios que insinúen el misterio de la cruz, para que por medio de aquello que aquí rozamos en un breve sermón, facilitemos el acceso de una inteligencia más clara también a aquellas cosas que se callan. Así pues, salga primero Abraham al medio, quien, mientras quiso inmolar a Dios a su hijo, significó casi todos los sacramentos de la pasión del Señor

por el orden. Pues así como Abraham, que es llamado «padre excelso» (*pater excelsus*), no dudó en ofrecer a Dios a su hijo único y amado, así también el sumo Padre entregó por todos nosotros a su Hijo unigénito y amado. Y así como Isaac mismo portó para sí la leña sobre la cual debía ser puesto, así también Cristo gestó sobre sus hombros el madero de su cruz, en el cual debía padecer por nuestra salvación. Pero aquellos dos siervos despedidos a lo lejos significan a los judíos, quienes, como vivían servilmente y saboreaban carnalmente, no entendieron la altísima humildad [pobreza] de Cristo, y por tanto no ascendieron al monte, a saber, el lugar del sacrificio. ¿Por qué, sin embargo, dos siervos, sino porque, pecando Salomón, de un solo pueblo israelita se hicieron dos pueblos? A los cuales ciertamente se dice a menudo por el profeta: «Adversaria Israel, y prevaricadora Judá (Jer. III)». Pero aquel asno del que entonces usaba Abraham era la insensata estulticia de los judíos. Aquella evidente estulticia bruta portaba todos los sacramentos, la cual sin embargo qué llevaba, como animal irracional, lo ignoraba. Ya en verdad, ¿qué es lo que se les dijo: «Esperad aquí con el asno, pero después que hayamos adorado, volveremos a vosotros»? (Gén. XXII.) Oye al Apóstol: «La ceguera —dice— se ha producido en parte en Israel, para que entrase la plenitud de las naciones, y así todo Israel fuese salvo (Rom. XI)». ¿Pues qué es lo que se dice: «La ceguera se ha producido en parte en Israel»? Esto es a saber: «Esperad aquí con el asno». Para que entrase la plenitud de las naciones, esto es,

después que hayamos adorado, donde a saber el sacrificio de la cruz del Señor, cumplido, haya sido predicado por todas las naciones. Lo que sin embargo sigue: «Y así todo Israel será salvo», esto es: «volveremos a vosotros».

¿Qué es, sin embargo, que un carnero trabado por los cuernos entre los abrojos es encontrado, el cual es ofrecido inmolado por Isaac? La cruz ciertamente tiene cuernos, puesto que dos maderos se componen entre sí, y así devuelven la apariencia de la cruz. Pues de aquí es que de Cristo está escrito: «Cuernos hay en sus manos (Hab. III)». Trabado, pues, por los cuernos el carnero, es Cristo crucificado entre las aguzadas y vulnerantes iniquidades de los judíos, como él mismo se queja por Jeremías, diciendo: «Con las espinas de sus pecados me rodeó este pueblo (Jer. XXX)». Acabado el sacrificio, se dice a Abraham: «En tu descendencia serán bendecidas todas las naciones (Gén. XXII)», y después que el Señor dice: «Taladraron mis manos y mis pies (Sal. XXI)», poco después en el mismo Salmo añade: «Se acordarán y se convertirán al Señor todos los confines de la tierra, y adorarán en su presencia todas las familias de las naciones, porque del Señor es el reino, y él dominará a las naciones (Ibíd.)». Ofrecido, pues, por Abraham el hijo, e inmolado por él el carnero, llamó el nombre de aquel lugar «El Señor ve», porque nuestro Redentor, después que ofrecido en el ara de la cruz pagó la deuda de nuestra muerte, se ofreció en adelante para ser visto por las miradas de sus fieles, para que cier-

tamente todos los redimidos lo vean ya por la fe, quienes hasta entonces no tenían los ojos de la fe.

Pero mientras seguimos a Abraham sacrificando con un sermón algo más largo, nos vemos impedidos por más tiempo de otras cosas que deben ser dichas. Ciertamente, Jacob también expresó figuradamente este misterio de la cruz cuando, entre las demás palabras de bendición, introdujo sobre Cristo, diciendo: «Lavará en vino su estola, y en la sangre de la uva su palio (Gén. XLIX)». La estola de Cristo y el palio es la multitud de las naciones, de las cuales el Señor entonces se vistió, cuando se las unió a sí mismo por la gracia de la redención, como promete por el profeta, diciendo: «Vivo yo, dice el Señor, si no me vistiese de todos estos como de un vestido (Is. XLIX)». Así pues, el Señor lavó su estola en el vino, y su palio en la sangre de la uva, cuando pendió como un racimo (*botrus*) en el madero de la cruz. Pues entonces de su costado manó sangre y agua. Pero el agua nos lavó, la sangre nos redimió, ciertamente para presentarse a sí una esposa que no tuviese mancha ni arruga (Ef. V). El mismo Jacob mostró entonces también patentemente el misterio de la cruz cuando, prefiriendo al menor Efraín al primogénito Manasés, permutó sus brazos en modo de cruz sobre ellos (Gén. XLVIII). Pues por la cruz se hizo que el pueblo de las naciones, como arrebatado el derecho del primogénito, precediera al pueblo de los judíos. Aquello también que se lee en el Éxodo se refiere sin duda alguna al sacramento de la cruz del Señor. Pues dijo el Señor a Moisés: «Arroja a tierra la vara que

llevas en la mano: y la arrojó, y se hizo serpiente.» Moisés al punto se espantó y huyó. Y le dijo el Señor: Atrapa su cola; y la atrapó, y se hizo de nuevo vara (Éx. IV). Todos claramente sabemos que la serpiente persuadió la muerte al hombre (Gén. III). Por tanto, la muerte es de la serpiente. ¿Pero quién es la vara, sino Cristo, de quien el profeta dice: «Porque saldrá una vara de la raíz de Jesé (Is. XI)?» Así pues, la vara en serpiente es Cristo en la muerte. Moisés, sin embargo, se espantó y huyó, porque al estar suspendido en la cruz o muriendo el Señor, todo aquel número de los apóstoles se espantó temblando, y se retiró de la solidez de la esperanza cierta y de la fe firme. Porque en verdad la cola es la parte extrema del cuerpo, ¿qué significa sino el fin de la pasión del Señor? Moisés pues atrapó la cola, y nada más de la forma de serpiente apareció en la vara, porque completado el misterio de la pasión del Señor y de la cruz, cada fiel volvió entonces a la fe, y Cristo, consumada la muerte, reparó en sí aquello mismo que había sido por la gloria de la resurrección.

Ya en verdad, ¿qué es que se manda a la plebe israelita imponer de la sangre del cordero en los postes de las casas (Éx. XII), sino que nos prefigura el llevar la cruz de Cristo, que es el verdadero cordero, en la frente? Pues al atardecer se inmolaba el cordero, y en el atardecer del mundo padeció Cristo. Se ungen ciertamente los postes, para que el ángel exterminador no ose inferir la perdición; y nosotros gestamos el estandarte de la cruz en el corazón y en la frente, para que el enemigo re-

pentino que irrumpe no pueda arrebatar la salud. De donde también cantamos seguros: «Sellada está sobre nosotros la luz de tu rostro, Señor (Sal. IV)». Lo cual sin embargo cantamos más segura y dignamente si, atravesado ya el mar Rojo y sumergido el enemigo, llevamos el tímpano (*tympanum*) con María [Miriam], la hermana de Moisés (Éx. XV). ¿Qué es llevar el tímpano? Oye al Señor diciendo: «El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz cada día, y sígame (Lc. IX)». Pues el que crucifica su carne con sus vicios y concupiscencias (Gál. V), el que mortifica sus miembros que están sobre la tierra absteniéndose (Col. III), aquel verdaderamente lleva el tímpano con María, porque se conserva a sí mismo seco de los nocivos humores de la voluptuosidad terrena. Según pues la consecuencia de la razón, también aquí el tímpano designa no oscuramente el misterio de la cruz.

Además, también ocurre no inconvenientemente aquello de que, a saber, el pueblo israelita en Mara murmura contra Moisés, vociferando es decir que no puede encontrar qué beber. Entonces mostró el Señor a Moisés un madero, el cual habiéndolo él arrojado en las amarguísimas aguas, al punto se convirtieron en dulzura (Éx. XV). ¿Pues qué son aquellas aguas amargas, sino que tienen la apariencia de la letra que mata, y de la ley dura e insípida? Escrito está, en efecto: «Constituyó el Señor a su pueblo ley, y juicios, y lo tentó (Ibíd.)». Y en otra parte: «Yo les di preceptos no buenos, y juicios en los cuales no vivirán (Ez. XX)». A cuya ley, sin embargo, si se acopla

la confesión de la cruz y el misterio de la pasión del Señor, al punto lo que había sido amargo se vuelve en la dulzura de la inteligencia espiritual. Ha de notarse, sin embargo, según la verdad de la historia, que convertida el agua en dulzura, seguidamente el pueblo vino a Elim, donde había doce fuentes de aguas y setenta palmeras. ¿Pues qué son las doce fuentes, sino los doce apóstoles, a quienes el Señor constituyó para esto, para que irrigaran los áridos y escuálidos pechos del género humano con las inundaciones de su predicación? ¿Qué en verdad son los setenta árboles de palmas, sino otros tantos discípulos, a quienes por eso envió ante su faz (Lc. X), para que por ellos el mundo reconociese las palmas de su victoria? Y ciertamente parece dispuesto con bastante congruencia el orden de las cosas subsiguientes, para que primero el pueblo fuese conducido a la letra de la ley, de la cual ciertamente, mientras fue amarga, no pudo pasar. Pero después que fue hecha dulce por el leño de la vida, y comenzó a entenderse espiritualmente, al punto el pueblo de Dios pasó del Antiguo Testamento a las fuentes apostólicas y a los árboles de las palmas, esto es, a la gracia del Evangelio. Y bien, después de recibido el Decálogo, se constituye el septuplo número de predicadores, porque por la septiforme gracia del Espíritu Santo se cumple todo mandato de la ley divina. Ni inmerecidamente por cierto los predicadores de la cruz parecen figurados con el nombre de palmas, mientras que la misma cruz por derecho ha de decirse palma, porque en ella es decir se produjo la victoria sobre el postrado

enemigo del mundo; como de la misma cruz dice el esposo a la esposa: «Dije —dice— subiré a la palma, aprehenderé sus frutos; y serán tus pechos como los racimos de la viña, y tus olores como de manzanas, tu garganta como el mejor vino (Cant. VII)». Ciertamente todos los elegidos son frutos de la cruz.

Subió pues el Señor a la palma, y aprehendió sus frutos, porque tan pronto como pendió en la cruz por nuestra salvación, atrajo a sí mismo a todos los elegidos por el deseo del amor. Y entonces la santa Iglesia comenzó a difundir por los pechos de los dos Testamentos los vinos de la alegría espiritual, y a inspirar el olor de la concupiscencia celestial en las narices de las mentes humanas, para que incitada a obedecer nuestra mente, congratulándose consigo, diga: «Tráeme en pos de ti, correremos al olor de tus ungüentos (Cant. I)». Lo cual ciertamente también denuncia bastante expresamente aquella roca de Horeb en Rafidim, la cual Moisés, por mandato del Señor, hirió con la vara, y sacó las aguas (Éx. XVII). Que esta roca tuvo la figura de Cristo también el Apóstol lo atestigua, cuando dice: «Pero bebían de la roca espiritual que los seguía; la roca sin embargo era Cristo (I Cor. X)». A esta roca pues se acercó el madero de la cruz, y pronto derramó los cuantiosos dones del Espíritu Santo como una inundación de agua que fluye. A cuyas aguas ciertamente invita él mismo a todos los sedientos para que las saquen, cuando dice: «Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba, y de su vientre fluirán aguas vivas (Jn. VII)». Esto sin embargo, dice el

evangelista, «lo decía del Espíritu, que habían de recibir los que creyesen en él (Ibíd.)».

Pero ¿por qué nos demoramos más en lo demás, cuando consta ser perspicuo que incluso las mismas tablas, que fueron escritas por el dedo de Dios, mostraron el sacramento de la cruz del Señor? Pues diez preceptos fueron escritos en ellas, y el número diez se designa por la letra X, que expresa la apariencia de la cruz. En esta letra, ciertamente, que contiene en sí el número diez, un trazo se lleva desde lo alto hasta lo bajo por oblicuo, de modo que otro también no dispar se compagina por una línea transversa, producidos los brazos por ambos lados. Y así la complexión hecha de ambos trazos no solo muestra la imagen exterior de la cruz, sino que también parece indicar una cierta virtud mística de ella. Pues dice el Señor: «No vine a abolir la ley, sino a cumplirla (Mt. V)». Así pues, por el sacramento de la cruz acopló los preceptos del Antiguo Testamento a la gracia evangélica, y, por decirlo así, hizo de los dos Testamentos como el cuerpo de una sola doctrina. Y ciertamente primero fueron dadas las tablas, pero al punto fueron, prevaricando el pueblo, quebradas (Éx. XXXII); en segundo lugar en verdad se dan tablas, pero para permanecer perpetuamente. Evidentemente las primeras tablas tuvieron la figura de la antigua ley, la cual había de cesar [faltar] después del obsequio de su culto. Después en verdad se dan tablas, pero no se rompen; porque la gracia del Nuevo Testamento, que fue solidada por el misterio de la cruz, no conoce tener defecto alguno.

Por lo demás, tampoco aquella arca del Antiguo Testamento ha de creerse que careció de los tesoros de la bienaventurada cruz. Pues ocultaba las incomparables riquezas de la cruz, porque ya militaba para la cruz por todos los misterios de sus figuras y enigmas. De ella ciertamente desde entonces ya era ministra, a saber, imagen de la verdad, y principio de la plenitud. El arca, a saber, era la santa Iglesia. Tres cosas en verdad se contenían en el arca, a saber, dos tablas de piedra, que ciertamente insinúan la perpetua firmeza de los dos Testamentos, las cuales también enseñamos arriba que contienen en sí el misterio de la cruz. También una urna de oro que tenía el maná. Esta ciertamente expresa la carne pura y sincera del Redentor, la cual sin duda alguna incluye la dulzura de la perpetua divinidad. Cuya dulzura supo entonces en el paladar de nuestras mentes, desde que el soldado abrió el costado del Señor que pendía en la cruz (Jn. XIX); cuando a saber se exprimió el racimo (*botrus*), el cual mientras era pisado, solo él pisó el lagar. En tercer lugar en el arca estuvo la vara de Aarón, que floreció tras la aridez (Núm. XVII). La cual ciertamente ¿qué otra cosa significa sino aquel estandarte saludable de nuestro sumo y verdadero pontífice, siempre florido por el verdor de la memoria inmortal, y fecundo por la fertilidad de exuberantes frutos? Pues la cruz siempre reverdece en la esperanza, florece en la fe, fructifica en la caridad. Y después que fue cortada del césped terreno, echa hojas, porque quienquiera que por el amor de la cruz se corta a sí mismo de los deseos terrenos en la

misma raíz de la mente, se fortalece para alcanzar la herencia inmarcesible y los pastos siempre verdes de la vida eterna.

En verdad ¿qué más disertaré sobre la alabanza de la bienaventurada cruz, siendo así que todos aquellos sacrificios que se manda ofrecer bajo el rito de las ceremonias legales se refieren a este único y verdadero sacrificio que fue ofrecido en el ara de la cruz? Pues por el becerro (*vitulus*), que se manda ofrecer de la vacada (Éx. XXIX), nuestro Redentor, que descendió de la progenie de los patriarcas, es figurado. Este ciertamente con el arado de su cruz domó la tierra de nuestra carne, y del germen del Espíritu Santo nos enriqueció con el fruto de las virtudes. Este becerro sin mancha se ofrecía no en el tabernáculo, sino ante su puerta por los hijos de Aarón (Éx. XXIX); porque también el Señor, que no tiene pecado (Is. LIII), bajo Anás y Caifás (Lc. III) fue crucificado fuera de la puerta. Él mismo es el Cordero que borró los pecados del mundo (Jn. I). Él mismo es el cabrito, que degolló al autor del pecado, el diablo, con la espada de la cruz. Él mismo es la paloma, en cuya especie ciertamente el Espíritu Santo descendió sobre él en las corrientes del Jordán (Mt. III). Él mismo es también la tórtola, porque existe como autor de la perpetua castidad, como se le dice por la esposa: «Hermosas son tus mejillas como de tórtola (Cant. I)».

Por lo demás, aquella misma víctima de la cruz vivificante la designaba también aquella vaca roja, la cual se manda que sea de edad íntegra, pero ignorante del yugo (Núm. XIX). Ciertamente la

vaca roja es la carne del Salvador, a saber, rosada por la sangre de la pasión. Ciertamente el Señor llegó a la pasión de edad perfecta, pero el yugo de cualquier pecado no desgastó su cuello. Los que ofrecen la vaca son inmundos, y los que crucifican a Cristo, por quien el mundo es lavado, ellos mismos se manchan de forma condenable. El que en verdad, recogiendo la ceniza, la arroja fuera del campamento, está limpio; porque quienesquiera que predican el misterio de la cruz y de la pasión del Señor por la latitud del mundo, se purgan del contagio de los pecados por el ministerio de la edificación fraterna.

Pero a algunos quizá les disguste que amontonemos tantos ejemplos de la sagrada elocuencia para la alabanza de la cruz, y que mostremos como formada la línea de batalla del Antiguo Testamento para obedecer, totalmente atenta a este estandarte regio. A los cuales ciertamente ¿qué otra cosa ha de decirse, sino lo que el Apóstol declara, diciendo: «La palabra de la cruz, para los que se pierden, ciertamente es estulticia; pero para los que se salvan, esto es, para nosotros, es virtud de Dios (I Cor. I)». Pues todo lo que disertamos sobre la alabanza de la cruz, no se duda que redunda en el elogio de aquel que ilustró el estandarte de la cruz con su propia muerte.

Por estas cosas pues, hermanos míos, que han sido dichas, podemos colegir claramente que este signo de la victoria celestial, por el cual el mundo había de ser absuelto de los vínculos de la antigua cautividad, lo adoran los Padres desde el principio mismo del mundo, lo prenuncian los Profetas,

y todas las páginas de las sagradas Escrituras lo prefiguran. Ciertamente lo que nosotros adoramos en el don, ellos ya lo veneraban en la fe. Lo que entre ellos estaba figurado por ciertos enigmas, nosotros por la gracia del Mediador lo vemos ya cumplido, para que lo que ellos presagiaban por el espíritu, nosotros ya lo percibamos y abracemos por el sentido corporal. ¡Oh admirable piadosa clemencia de nuestro Fundador! ¡Oh predicable singular humildad de nuestro Redentor! Se dignó someterse a la pena de la muerte más atroz, para promovernos a la corona. Eligió por propia voluntad el suplicio más vergonzoso de la cruz, para sublimarnos del yugo de la servidumbre al reino. No rechazó ser maldecido, para absolvernos de la maldición de la ley. Padeció una muerte ignominiosa, para librarnos del oprobio de la muerte eterna. De donde también el Apóstol: «Cristo —dice— nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición, porque escrito está: Maldito todo el que pende en un madero; para que en las naciones la bendición de Abraham se hiciese en Cristo Jesús, para que recibamos la promesa del espíritu por la fe (Gál. III)».

Puesto que pues, hermanos míos, desatados del yugo de la servidumbre, hemos alcanzado ya la bendición de Abraham en Cristo, ¿qué resta sino que conservemos aquellos dones de nuestro Redentor que, por la gracia preveniente, percibimos, también por el mérito de la vida, para que quienes renacemos en Cristo por el bautismo, viviendo de nuevo según el hombre viejo, no seamos revocados a la sentencia de su condena-

ción? Pues hoy también en la iglesia cantamos aquello de David: «Malditos los que se desvían de tus mandamientos (Sal. CXVIII)». Ciertamente ha de considerarse la sentencia, porque no se dice «malditos los que no renacen en tus sacramentos», sino «los que se desvían de tus mandamientos», porque a saber no solo son reos de los vínculos de la maldición aquellos a quienes el agua del bautismo no regenera en Cristo, sino aquellos también cuya depravación se desvía de la rectitud de los mandamientos de Dios por los abruptos de los vicios. ¿Qué pues aprovecha que alguien sea absuelto de los vínculos de la antigua maldición, si por una vida réproba es empujado de nuevo a los mismos vínculos? Pues también el Apóstol dice: «El que no ama a nuestro Señor Jesucristo, sea anatema, maranatha (I Cor. XVI)». Donde igualmente ha de notarse que no dice «el que no renace en nuestro Señor Jesucristo», sino «el que no ama», para que aunque alguien se pruebe por el bautismo haber renacido en Cristo, si no está también muerto con él por la conversación, de ningún modo esté absuelto totalmente de los vínculos de la maldición: «Pues si —según el Apóstol— hemos sido complantados en la semejanza de su muerte, lo seremos también en la de su resurrección (Rom. VI)». Y de nuevo: «Si padecemos con él, también reinaremos con él; si morimos con él, también viviremos con él (II Tim. II)». ¿Pero quién es aquel que no ama a Cristo? ¿Pues quién de nosotros, si se le consulta sobre el amor de Cristo, no confiesa al punto constantemente, más aún prontísimamente, que él ama a

Cristo? Pero aquel no ama a Cristo que no ama la cruz de Cristo. ¿Y quiénes son los que no aman la cruz de Cristo? Oye a Pablo señalándolos con voz manifiesta: «Muchos —dice— andan, de quienes os decía a menudo (y ahora lo digo incluso llorando) que son enemigos de la cruz de Cristo, cuyo fin es la perdición, cuyo Dios es el vientre: y su gloria en su confusión, los que saborean las cosas terrenas (Flp. III)». Hable también Santiago: «El que —dice— es amigo de este siglo, es constituido enemigo de Dios (Sant. IV)».

Quienquiera pues desea ser absuelto de todo vínculo de maldición, y alcanzar la plena bendición de la nueva gracia, ame la cruz, de la cual a saber emana toda plenitud de bendición. Por la cruz se ligue a los mandamientos de Dios. Por la cruz reprima los incentivos de la carne desenfrenada. Pues así como consintiendo a la carne, incurrimos en la sentencia de la maldición, así refrenando la carne, se desmerece la gracia de la bendición. Pues del lagar (*torculari*) de la cruz manó la larguísima onda de la bendición, que borró todo el veneno de la antigua maldición. De ahí ciertamente prorrumpieron las destilaciones de los carismas celestiales, que irrigan salubramente la aridez de las mentes humanas, y las fecundan con el feliz fruto de todas las virtudes. Esta es pues aquella nube que se le apareció a Elías bajo la huella de un hombre en el tiempo de la sequía, y pronto brotó abundantemente la copia de la lluvia inundante. Pues así recuerda la Escritura: «He aquí —dice— una nubecilla pequeña como la huella de un hombre subía del mar

(III Rey. XVIII)». Porque pues se dice que subió no como un hombre, sino como la huella de un hombre, rectamente por esto se designa la cruz, que fue adaptada a los miembros del Señor. Y bien se dice que la cruz es la huella de un hombre, porque por ella el Dios hombre hizo el tránsito, cuando volvió al Padre, como se dice por Juan: «Sabiendo Jesús que venía su hora, para que pase de este mundo al Padre (Jn. XIII)». Pues la Pascua (*Pascha*) se dice tránsito (*transitus*). And este tránsito se hizo por la cruz, como dice el Apóstol: «Nuestra Pascua, Cristo, ha sido inmolado (I Cor. V)». Como pues descendió a lo nuestro por la Virgen, así volvió a lo propio por la cruz. Lo cual expresó congruentemente aquel milagro hecho bajo Eliseo. Pues cuando se cortaba leña junto al Jordán, de repente el hierro de cierto que cortaba la materia cayó al agua. Entonces el profeta arrojó un madero al agua, y pronto el hierro nadó, y volvió al mango (IV Rey. VI). ¿Qué es pues el hacha, sino la sabiduría de Dios operando por el cuerpo? ¿Qué el hierro, sino la divinidad? ¿Qué el madero, sino la humanidad? Y rectamente el cuerpo de Cristo se dice madero, porque pendió del madero. El hacha pues cortaba los árboles junto al Jordán, porque la sabiduría de Dios, junto al fluido decurso de nuestra mortalidad, se dignó corregir a los impíos judíos con la austeridad de su predicación, y talar como árboles infructuosos del estado de la rígida soberbia. De donde también dice Juan: «Ya el hacha está puesta a la raíz de los árboles. Todo árbol que no hace buen fruto, será cortado y arrojado al fuego (Mt. III; Lc. III)».

Así pues mientras se corta la leña, el hierro cayó del mango al agua, porque mientras la Verdad corrige las mentes selváticas de los judíos, la divinidad abandonando la carne descendió a los profundos del infierno. Pero el madero es arrojado al agua, y el hierro vuelve, porque el cuerpo del Señor, que había pendido en el madero, es puesto en el sepulcro, y después de los profundos del infierno, volviendo el espíritu, resucitó.

De donde ha de notarse, hermanos míos, y sopesarse diligentísimamente que nuestro mismo Redentor pasó primero por la cruz, y así sublimó su humanidad a la gloria de la diestra paterna. Nos mostró un ejemplo ciertamente, para que por donde se reconoce que la cabeza ha precedido, por la misma vía caminen también los miembros subsiguientes. Preferimos pues la cruz en la frente, pero guardemos la misma cruz mucho más salubramente en el corazón. Vea el ángel percutor la sangre en ambos postes (Éx. XII), para que excluido evada, no para perecer irrumpa. Ni nadie se aplauda a sí mismo por el solo signo de la cruz, si no muestra la verdad de la cruz en las obras. Ciertamente la cruz en sus costumbres la había expresado significativamente quien decía: «Pues yo llevo los estigmas (*stigmata*) de Jesús en mi cuerpo (Gál. VI)».

Limpiándonos pues a nosotros mismos, carísimos, de toda mancha de la carne y del espíritu, ciñámonos para quebrantar los ímpetus de los vicios adversos, para salir al encuentro de las pasiones de la seducción carnal, para condescender piadosamente a las necesidades de los prójimos,

y para sobrellevar incluso las contumelias inferidas, conservada la caridad. Esté nuestra mente libre de todo peso de cupidez terrena, para que equilibrada por las alas del santo deseo abandone ya lo más bajo, y volviendo a su Autor descanse suavemente en su amor. Séannos fastidio todas las cosas que vemos. Hacia aquellas en verdad que creemos, apresurémonos con la instancia de un continuo trabajo. Esta ciertamente es la cruz que debemos imprimir en nuestras costumbres y actos. Esta es la que se nos manda llevar diariamente en pos del Señor. Quien lleva esta, comunica verdaderamente en la pasión de su Redentor. Este signo segrega las ovejas de los cabritos en el examen final (Mt. XXV). Y el juez, que desconoce a los réprobos, reconoce este carácter en los suyos. A quienes sin embargo considera impreso el estigma de su propia muerte, al punto como remunerador grato los invita a los premios de la vida eterna: «Venid —diciendo—, benditos de mi Padre, recibid el reino (Ibíd.)»; con el cual él mismo vive y reina por todos los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN XIX.

SOBRE SAN ANTIMO MÁRTIR. (11 DE MAYO)

Cuando recordamos las gestas triunfales del bienaventurado Antimo, hermanos carísimos, celebramos las victorias de Cristo triunfando en él. Pues él luchaba en él, él vencía, el cual tanto proporcionaba constancia de fe al ánimo, para que no cediera a los suplicios, como sugería

palabras de vida a los labios, para que revocara a los infieles y perdidos del error de su antigua perfidia. «Pues no sois vosotros —dice— los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre, el que habla en vosotros (Mt. X)». Se apretaba el cuerpo con las correas de las ataduras, pero la palabra de Dios no estaba ligada (II Tim. II). Horrorizaba por sus tinieblas la cárcel estrecha, pero la mente, habitando los atrios de la claridad superna, disfrutaba de la luz bienaventurada: diciendo con Pablo: «El cual nos resucitó, y nos hizo sentar con él en los cielos (Ef. II)». Lívidos estaban los miembros por las plagas de los azotes, pero decía: «Aunque nuestro hombre exterior se corrompa, el interior se renueva de día en día (II Cor. IV)».

Con tales armados nuestro Jesús subió al combate, muerto Moisés y atravesado el Jordán, cesando es decir la observancia de la ley antigua y percibido el sacramento del bautismo. «Pues la ley y los profetas hasta Juan (Lc. XVI)»; para que a saber allí ocurriera el fin de la ley del Antiguo Testamento, de donde el lavacro de la nueva gracia encontrara el origen de su fluir para la salvación de los hombres. Aquel Jesús [Josué] pues, guía de la plebe israelita, prefiguró a nuestro verdadero Jesús, Salvador del género humano, tanto en el vocablo como en el hecho. Aquel es enviado para perder a las naciones de los gentiles; este vino para debelar a las potestades aéreas. Aquel envía a Jericó dos exploradores (Jos. II), este dirige a este mundo bajo el sacramento del mismo número a sus predicadores. «Pues envió —atestiguando el evangelista— a dos antes de su faz a toda ciudad

y lugar a donde él había de venir (Lc. X)». Aquellos eran enviados para que inquirieran los sitios de los lugares con solicita curiosidad; estos han sido enviados para que prepararan al Jesús que viene la vía de la fe en los corazones humanos. Aquellos son recibidos en el hospicio de Rajab la meretriz (Jos. II); estos descansan en la Iglesia de las naciones, que había fornicado con los ídolos. Por lo demás Rajab colgó un cordón de escarlata, a saber, de color sanguíneo, en la ventana de su propia casa; y la santa Iglesia pone en cierto modo el rubor de la sangre en la ventana de su casa, mientras tanto confiesa públicamente la pasión de Cristo con la voz, como porta abiertamente el signo de la cruz en la frente. De donde bien dice el esposo a la esposa en los Cánticos: «Como una cinta de escarlata tus labios, y tu hablar dulce (Cant. IV)». ¿Pues qué se entiende por los labios de la esposa, sino los doctores de la Iglesia? La escarlata sin embargo tiene el rubor de la sangre, o la apariencia del fuego, lo cual significa la caridad. Los labios de la Iglesia pues, esto es, los predicadores santos, son semejantes a la cinta de escarlata, porque predican la muerte de Cristo, y afirman constantemente que él por la caridad del género humano sufrió el patíbulo de la cruz. Y bien se significa por la cinta de escarlata el orden de los predicadores. La cinta ciertamente liga los cabellos, y los constriñe en uno, y los santos doctores con su predicación reúnen la multitud de los fieles en la unidad de la fe y los reducen a una sola hermosura bajo el vínculo de la mutua caridad. Finalmente, quienquiera que

fue encontrado fuera de aquella casa, no evitó las espadas; quienquiera también que estuviere fuera del límite de la Iglesia, que es la fe, sin duda alguna incurre en peligro de muerte.

Fuera de esta casa fue encontrado aquel sacrílego Ceremón, quien recibidos los codicilos de la tiranía imperial, mientras enfurecía contra los cristianos con rabia insana, y hambreaba la muerte de ellos con dientes cruentos, arrebatado de repente por un demonio cayó del vehículo, y largamente vejado, mientras invocaba a los santos que él mismo había despedazado cruelmente, expiró. A esta casa se refugió Piniano, quien tan pronto como oyó por el bienaventurado Antimo la palabra de la salvación, creyendo en Cristo, escapó de toda la molestia de la desesperada languidez que padecía. Y bien hecho tránsfuga (*transfuga*), mientras se aplicó a los campamentos del Jesús victorioso, pasó de peregrino a doméstico, y como alienígena subentró en la herencia israelita. Pues en la boca [obra] del bienaventurado mártir Antimo, como desde la ventana de la casa pendía en cierto modo un cordón de escarlata, porque no cesaba de dar a conocer a todos el trofeo de la cruz de Cristo. Ni parezca maravilla que hayamos descrito al bienaventurado Antimo arriba como habiendo venido armado con el guía Jesús, y ahora declaremos que tiene la figura de la casa de Rajab. Porque, lo que es perspicuo, tanto los predicadores como los oyentes, ovejas y carneros a la vez, se congregan dentro de un solo redil, así como se sabe que tienen un solo Pastor.

Además el bienaventurado Antimo, de cuyas victorias ya la tierra testificaba por muchos combates, para que también en otro elemento su noble palma resplandeciera, fue sumergido en las corrientes del río Tíber. Y para que la rabia artífice de los verdugos nada dejara sin intentar, gestando corazones pétreos, le atan el peso de una piedra, confiando menos en la gravedad corporal. Pero en vano la mole de piedra agrava a quien la pluma de los méritos eleva. La ajena perversidad inútilmente deprime a quien la virtud de su propia santidad, que busca lo sublime (*altipetax*), ensalza. Feliz aquel atado que, mientras es destituido del consuelo humano, para que no se vuelva pusilánime, es visitado por un ángel. Feliz, digo, el náufrago que, para ser devuelto de la vorágine del piélago a la estación de la playa, no disfruta del oficio de un remero terreno, sino que es portado por el vehículo de un mensajero celestial. Pues el ángel del Señor viniendo, como se narra en la misma historia de su pasión, tanto soltó el vínculo de las cadenas, como revocó al bienaventurado mártir a la celda de su oratorio.

Imitemos a este egregio varón, amadísimos, viviendo santamente, frenando los incentivos de la carne, despreciando la gloria del mundo. Los bienaventurados mártires nos precedan en la operación, para que los santos ángeles nos socorren en la tribulación. Ciertamente es un soldado delicado el que quiere triunfar antes que entablar el combate, trillar antes que labrar los campos.

Considerada ciertamente según el orden de las Escrituras, se pondera rectamente la serie de

nuestras acciones. Pues primero la ley, luego el juicio, y finalmente sigue la historia de los reyes. Ahora verdaderamente nos conviene guardar los mandatos de la ley divina que se nos han prescrito; después nos vemos compelidos a dar razón de nuestras obras ante el tribunal del terrible Juez; finalmente se nos dará reinar sin fin en aquella gloria de la claridad suprema. Mantenga, pues, el orden quien quiera evitar a Babilonia. Sin duda confunde el orden de su vida al vivir quien quiere reír antes de llorar, diciendo Salomón: «Tiempo de llorar, y tiempo de reír (Ecl. 3)». También deserta de la línea del recto orden quien pospone al Creador de todas las cosas en el amor a las cosas creadas. Como se dice al hombre perverso por la voz divina: «Me pusiste detrás de tu cuerpo (III Rey. 14)». Pues pone a Dios detrás de su cuerpo quien más estudia consultar la utilidad o el placer de su carne que guardar los preceptos de Dios. De aquí es que la Esposa dice en los Cánticos: «Me introdujo el rey en la bodega, ordenó en mí la caridad (Cant. 2)». No dice: dio, la cual no encontró; sino que ordenó, la cual encontró desordenada. Pues algunos tienen en el lugar principal de su corazón esposas, hijos, predios u honores; pero en segundo lugar ponen en cierto modo a Dios, mientras lo aman menos. Estos ciertamente parecen tener caridad, pero desordenada; ni guardan aquel orden de la caridad que la misma Verdad dispuso cuando dice: «Amar a Dios con todo el corazón, que este es el máximo y primer mandamiento; y el segundo es semejante a este, que ame al prójimo (Mt. 22)». Por tanto, no se

jacte nadie de tener caridad si no está ordenada, así como tampoco fe, si es sin obras y por esto ociosa (St. 2).

Se lee en efecto que Salomón tuvo esposas como reinas, setecientas, y trescientas concubinas (III Rey. 11). ¿Pero qué tengo yo que ver con el Gineceo de Salomón? Pero sacudida la paja de las palabras se encuentra en la médula el misterio. ¿Pues qué por las setecientas, que son mencionadas a la vez esposas y reinas, sino que se entienden aquellas almas que tienen tanto el Espíritu de la gracia septiforme, como obtienen sobre los movimientos de los vicios resultantes como un principado real? ¿Y qué por las trescientas mismas concubinas, sino que se figuran aquellas almas que, por la sola fe de la santa Trinidad, han entrado ciertamente en el tálamo del rey, pero no teniendo la limpieza de la conducta casta y de una suerte de pudicicia matronal, no merecen las tablas dotales de las esposas? Estas ciertamente se unieron a Salomón por el comercio carnal; porque perciben los sacramentos de nuestro Salvador verdadero pacífico, y sin embargo, por el degenerado torpor de una vida de lenocinio, no teniendo el afecto del pudor hacia un solo varón, no se elevan al dotalicio del pacto nupcial. En verdad aquellas almas son dignas del nombre uxorio y real, las cuales descansan en el solo deseo del Esposo celestial, las cuales luchan inconfederablemente contra las tentaciones de los espíritus malignos. Como de aquel mismo Salomón testifica la Escritura: «Porque hizo tributarios a todos los extranjeros; pero de

los hijos de Israel no constituyó el rey que sirviera ninguno, sino que eran varones guerreros, y sus ministros, y príncipes, y duques, y prefectos de los carros y de los caballos (III Rey. 9)». Donde patentemente se muestra qué distancia hay entre las concubinas y las reinas. Qué difiere entre los que como siervos del pecado pagan los tributos de la dura exacción, y los que por las guerras sosegadas de los combates sortean las ínfulas de los principados. Entre estos príncipes ciertamente, y guerreros de la milicia celestial, el bienaventurado Antimo brilló insigne, quien ni cedió a las cruentas manos de los impíos en la persecución, y puesto en paz, truncó los portentos de los vicios insurgentes con el mucrón espiritual de las virtudes. Expuso los miembros de su carne a los tormentos, guardó ilesas las vísceras del hombre interior. No temió someter la cabeza al gladiador que hería, para que mereciera adherirse inseparablemente a Cristo cabeza. Pues había en él fe, no la que estuviera muerta en sí misma, sino la que obraba por la dilección. De algunos la fe es ciertamente vana, flaccida, pretendiendo ciertamente en la superficie la semejanza, pero no teniendo intrínsecamente la verdad.

Además, mantuvieron la figura de aquellos que antiguamente, viniendo del pueblo de Efraín a los vados del Jordán, como no supieran expresar *shibboleth* (Juec. 12), sino que proferían antes *sibboleth* como con lengua extranjera, fueron pasados por las espadas de los galaaditas. ¿Pues qué se entiende por el Jordán, en el cual nuestro Salvador se dignó ser bautizado, sino el bautis-

mo? ¿Y qué por *shibboleth*, que se interpreta como espiga (*spica*), sino que debe entenderse la fe? Pues así como la espiga ofrece alimento a los hombres, así también se dice de la fe: «que el justo vive de la fe (Hab. 2; Rom. 1)». Y así como la espiga esconde muchos granos en sus aristas, así también el símbolo de nuestra confesión recoge en sí muchísimas semillas de la fe. Así pues, los efrateos que vienen al Jordán son consultados por los galaaditas sobre cómo expresan la espiga; también los catecúmenos que vienen al lavacro del bautismo son interrogados por los sacerdotes sobre cómo creen. Y puesto que Galaad se interpreta como «acervo del testimonio», rectamente por los galaaditas se entienden los sacerdotes de la Iglesia, que con sus predicaciones testifican las obras divinas. Por Efraín en verdad, que suena a «fecundidad», se designan aquellos que por eso llegan a la espiga de la fe para que profieran el fruto de la fecundidad por la mies de la buena obra. Por tanto, así como aquellos que vienen al Jordán entienden ciertamente la espiga, pero porque no saben expresarla, mueren; así también los que buscan la fuente del bautismo caen fundadamente de la vida, a menos que procuren proferir esa misma fe que se les enseñó a creer, también por la enunciación de las buenas obras. Así ciertamente lo uno depende de lo otro, de modo que la semilla de la fe debe surgir en espiga de operación. Lo cual también nuestro Salvador mostró evidentemente. Pues cuando mandó a los discípulos diciendo: «Id, enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre,

y del Hijo, y del Espíritu Santo», añadió prontamente: «Enseñándoles a guardar todas las cosas que os he mandado (Mt. 28)». Como si dijera abiertamente: Sembrad la semilla de la fe en los corazones de los hombres, y pronto enseñad cómo deben expresar con la lengua de la operación la espiga de los mandamientos germinantes, para que no cometan solecismo en la espiga de la obra quienes testifican que son del monte Efraín, esto es, de la celsitud de la fecundidad eclesiástica.

Por lo cual, amadísimos, guardémonos de que nuestra fe nos engañe con el color de la sola profesión superpuesto, y como espiga vana, con tallos vacantes, se marchite sin la médula de la caridad. Imitemos la fe de los mártires, por la cual, venciendo los reinos de las tierras, alcanzaron los premios prometidos de los cielos (Heb. 11). Sea, pues, nuestra fe sólida, sea verdadera, sea robusta, para que ahora yendo por la fe, lleguemos a la especie, viendo por el espejo del enigma (1 Cor. 13), y alguna vez seamos conducidos al aspecto de la misma suma verdad, donde ahora el bienaventurado mártir Antimo, depuesta la carga de la carne corruptible, ha alcanzado la estola de la claridad angélica. Pues he aquí que entre las piedras ígneas de la Jerusalén suprema brilla: he aquí que entre las legiones purpúreas de los mártires exulta vencedor y coronado. Consumado en efecto el curso del glorioso certamen, recibió en el premio de la bienaventurada remuneración a ese mismo que fue hecho también precio cuando lo redimió, Jesucristo nuestro Señor, que con Dios

Padre y el Espíritu Santo vive y reina por todos los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN XX.

DE SAN BONIFACIO MÁRTIR (14 DE MAYO).

La gloriosa festividad del bienaventurado Bonifacio, hermanos míos, al tiempo que se hace gozo común para todos los fieles de Cristo, otorga sin embargo especialmente a los pecadores un incremento de esperanza cierta para merecer el perdón. Pues cuando recorremos las gestas de su vida y de su bienaventurada consumación, ¿qué otra cosa encontramos sino que la estopa del tártaro (*tartari*) se convirtió en cedro del paraíso? Y, si así puedo confesarlo, el tizón del infierno se convirtió en espléndida estrella del cielo. De un lupanar (*lupanari*) en efecto salió para luchar en el estadio; del estadio es suspendido para el tormento; del tormento es llevado a la espada; de la espada es elevado vencedor y coronado al cielo. Ciertamente por grados este pecador volvió a la vida, porque también por ciertos grados Aquel que está sin pecado (1 Pe. 2) descendió a lo profundo de nuestra mortalidad. De aquí es que por la persona de la santa Iglesia se dice a través de Salomón: «He aquí que él viene saltando en los montes, y saltando sobre los collados (Cant. 2)». Pues nuestro Salvador exhibió como ciertos saltos cuando vino a redimir al género humano. Pues del cielo vino al útero de la Virgen, del útero vino al pesebre, del pesebre pasa a la circuncisión, de la circuncisión al templo, del templo al bautis-

mo, del bautismo a la cruz, de la cruz a la muerte, de la muerte al sepulcro, finalmente también descendió al infierno para rescatar de allí a sus santos, a quienes revocara a la gloria celestial una vez hollado el imperio de la muerte. Claramente, para hacernos correr tras él, la Verdad manifestada por la carne dispuso estos grados para nosotros descendiendo hacia nosotros, y Cristo, Sol de justicia, distinguió estos momentos inclinándose hacia nosotros, como de un cierto reloj místico. El cual ciertamente exultó como gigante para correr la vía (Sal. 18), para que nosotros le dijéramos de corazón: «Atráeme en pos de ti, correremos al olor de tus ungüentos (Cant. 1)».

Y tal vez estos son los grados de aquel reloj, en el cual el rey Ezequías pidió que la sombra retrocediera diez líneas. Lo cual ciertamente el profeta Isaías, invocando al Señor en señal de la salud que se habría de recuperar, obtuvo prontamente (Is. 38). Pues el sol había descendido recorridos ya los diez grados del reloj, pero por los mismos grados volvió de nuevo. Lo cual ciertamente era una señal por la que el rey Ezequías confiara en que habría de ser restituido a su salud primigenia. En verdad ni el género humano convaleció de la enfermedad de su languidez hacia la salud que había perdido, mientras la luz verdadera, Cristo, recorrió esos diez grados del reloj místico que hemos enumerado, humillándose hacia el ocaso. Aunque por la sombra de los diez grados podemos entender de otro modo el sacramento de la superna dispensación. Pues las diversidades de los tiempos son como ciertas distinciones de

las líneas en el reloj. Pues para Cristo, Sol de justicia, el primer grado de descenso hacia nosotros fue de Dios en ángel. De donde es que también por Isaías es llamado Ángel del gran consejo (Is. 9). Y el Dios que hablaba con Jacob es llamado ángel. De aquí es que por el mismo Jacob se dice: «Dijo el ángel del Señor a mí en sueños: Yo soy el Dios de Betel, donde ungiste la piedra y me hiciste un voto (Gén. 31)». Sin duda para que el mismo que habla se muestre a la vez Dios y ángel. El segundo grado de descenso fue en los patriarcas, por los cuales ciertamente el mismo Señor constituyó el culto de un solo Dios y los fundamentos de la verdadera fe. El tercero en la promulgación de la ley, la cual él mismo primero profirió oyéndolo el pueblo, y después describió en tablas de piedra con su propio dedo esculpiendo. El cuarto en Josué (Jesu Nave), en quien, así en el nombre como en la obra, viviendo introdujo al pueblo en la tierra de promisión. El quinto grado fue en los jueces, por los cuales ciertamente él mismo regía a la plebe israelita. El sexto en los reyes de los judíos, porque en ellos principalmente él mismo reinaba. El séptimo en los profetas, porque por ellos él mismo fue anunciado y habló. El octavo en los pontífices, en los cuales él mismo, que es el sumo Pontífice, figuró el misterio de su verdadero y eterno sacerdocio. El noveno grado fue designado en el hombre. El décimo en la pasión. Por estos diez grados, pues, como por la sombra del Antiguo Testamento, Cristo, Sol de justicia, descendió al ocaso de nuestra mortalidad, y por ellos de nuevo después de su resurrección ascendió

vencedor al cielo, e ilustró toda aquella sombra de la antigua ley con los rayos de su verdad y de la nueva gracia, revelando lo oscuro, abriendo lo cerrado, y denudando todo lo cubierto bajo el velo de la letra. Y así como entonces el sol había procedido línea a línea y morosamente, pero de repente volvió al origen de su orto; así ciertamente, así nuestro Redentor manifestó súbitamente aquellas cosas que sobre el misterio de su encarnación había significado por largos intervalos de tiempo, en la sola gloria de su resurrección y ascensión. No es, pues, maravilla si el bienaventurado Bonifacio mereció llegar por ciertos grados a la corona, dado que también el Autor de la salvación humana, por nuestra caridad, como por ciertas líneas de su dispensación, descendió a la pena. Descendió este al ocaso, para que aquel volviera al orto. Soportó el Señor la víspera de nuestra temporalidad, para que nos redujera a la luz en la perennidad sin ocaso de la suya. Debe considerarse, hermanos míos, cómo entre las mismas tinieblas de la vida réproba el fueguecillo de la santidad no abandonó al bienaventurado Bonifacio, sino que lo fomentó tanto tiempo en lo pequeño, hasta que lo condujo a lo grande. Pues era, como se contiene en la historia de sus gestas, ebrioso y adúltero, y amigo de todos los vicios que Dios odia.

Hemos oído las oscurísimas tinieblas de la depravación, veamos también relucir incluso una tenue centellita de rectitud. Tenía, dice, hospitalidad, largueza y misericordia; las cuales tres cosas sin embargo son una sola, y son miembros

de una sola caridad. Sigue todavía la historia, y lo que brevemente premisó, lo expone: quien si alguna vez, dice, veía a un peregrino, o a quien venía de camino, con toda festinación y alacridad lo exhortaba a entrar en su hospicio, y le ministraba; por las noches en cambio recorría las plazas y barrios de la ciudad, atribuyéndoles lo que les era necesario. He aquí entre los densísimos matorrales de horrendas espinas, aunque raros, sin embargo se han encontrado lirios y flores de virtudes. Y muchas son las plagas que agravan al ave del Señor hacia la tierra; pocas las plumas que la elevan. Pero es fácil para Dios, médico de las almas, componer las heridas patentes con un tenue medicamento, y donde encuentra algo sano, revocar a la salud primigenia lo demás que está pútrido a su alrededor. Por lo demás, así como es posible al mar lavar el cuerpo de un solo hombre, así es facilísimo para Dios purgar de todo escuálido reato el alma de un hombre, por muy caído, por muy pecador que sea. Pero así como uno mientras consiste en un monte no es lavado por los flujos marinos, así el pecador mientras persevera en el tumor de la soberbia, aunque sea grande, no lo expurga la abundancia de la divina piedad. Acceda pues por la penitencia a la fuente de la misericordia quien desea ser lavado de los contagios de la culpa. Y quien pide que se le haga misericordia por Dios, él mismo también impenda clementemente las vísceras de la misericordia sobre los prójimos indigentes. Veis, hermanos carísimos, que al bienaventurado Bonifacio de tantos flagracia que cometió, solo la

obra de la misericordia lo libró. Para que no solo escapara de los nexos de los pecados, sino que también llegara con insignes títulos de victoria a la feliz gloria del martirio. Y ciertamente no era digno de que fuera recibido por Dios, pero dando lo suyo, promeritó darse a sí mismo como sacrificio a Dios, y, quien hasta entonces había vivido carnalmente, ofrecerse como hostia espiritual en olor de suavidad.

Pues algunos primero se ofrecen a sí mismos, después lo suyo. Como está escrito del hijo del primer padre: «Miró el Señor a Abel y a sus dones (Gén. 4)». Pues como Abel se había ofrecido a sí mismo a Dios primero, y después ofrecía los dones, así también se dice que el Señor miró primero hacia él, y después hacia sus dones. Algunos en cambio primero ofrecen las cosas que son suyas, después se superañaden a sí mismos, ayudando los méritos. Como aquel centurión Cornelio, quien siendo todavía gentil insistió en limosnas y oraciones. Con las cuales ciertamente sufragando, llegó después a los sacramentos del bautismo. A quien ciertamente el ángel, no percibida todavía la gracia de la regeneración, dijo: «Tus oraciones y tus limosnas han ascendido en memoria en el acatamiento del Señor; y ahora envía varones a Joppe, y haz venir a Simón Pedro. Él te dirá lo que te conviene hacer (Hech. 10)». Como si dijera perspicuamente: ya ofreciste a Dios lo que es tuyo, por lo demás nada resta, sino que también tú debas ser superañadido como don mucho más excelente a tus dones, y tú te añadas como poseedor a tus facultades, para que de todo

se haga uno solo, no ya sacrificio, sino más bien holocausto (*holocaustum*).

Al ejemplo de este centurión, pues, el bienaventurado Bonifacio primero dio lo suyo, después a sí mismo; porque según el precepto de la ley (Éx. 12), no pudo encontrar el cordero de la inocencia en sus rebaños, procuró ofrecerse a sí mismo como cabrito de la penitencia. Pues el cordero lo ofrecen los inocentes, el cabrito lo ofrecen los pecadores. Ni es maravilla si cualquier santo convertido después de los pecados es llamado cabrito, cuando aquel mismo que vino del cielo por los pecadores se dignó ser figurado por el macho cabrío. De donde es que en el Levítico se manda al pontífice ofrecer el macho cabrío vivo de este modo, que puestas sobre su cabeza ambas manos, confiese todas las iniquidades de los hijos de Israel, y todos los delitos y pecados de ellos, los cuales imprecando sobre su cabeza, lo envíe al desierto (Lev. 26 [16]). ¿Qué es que el macho cabrío sea sometido a ambas manos del pontífice, sino que el Hijo del hombre viniendo en semejanza de carne de pecado (Rom. 8) sea gravado por la persecución de ambos pueblos, a saber, el judaico y el gentil? Claramente quiso subyacer a las manos de ambos quien había venido a librar del yugo del diablo a ambos pueblos. ¿Pero qué es que después de la confesión e imprecación de todas las iniquidades de los hijos de Israel sobre sus cabezas el macho cabrío es enviado al desierto, sino porque aquel que llevó nuestros pecados, que sostuvo las maldiciones de la ley, prontamente en el desierto, donde había dejado a

las noventa y nueve, reportó a la oveja centésima? (Mt. 18.) De donde también el Apóstol: «Para librarnos, dice, de la maldición, él mismo se hizo maldición (Gál. 3)». Por el macho cabrío, pues, fue figurado el Señor, que vino por los pecadores. El cabrito lo ofreció Bonifacio, quien se convirtió a llevar la cruz de él después de los pecados. Y porque en la ley se preceptúa que quien en el primer mes no pudiera hacer la Pascua, la haga en el segundo; pero el primer mes es la primera gracia. Este bienaventurado mártir, porque no había ofrecido el cordero pascual en el primer mes de la vida inocente, ofreció el cabrito en el segundo, a saber, de la penitencia fructuosa. Quien mientras busca honrar a los mártires, es hecho mártir, así como también aquel Abdías no dispar en la hospitalidad, mientras alimenta a los profetas en las cuevas, merece él mismo la gracia de profetizar (III Rey. 17 [18]).

Veis, hermanos carísimos, cuánta es ante Dios la potencia de la limosna; considerad cuánta es la majestad de la emperatriz misericordia. ¿No parece acaso esta sobresalir como una reina prepotente entre las demás virtudes, la cual ciertamente de la plebe común promueve a uno a la gracia de la profecía, y a otro da la corona del martirio? A aquel da que alimente a la Iglesia de Cristo con los manjares del oráculo celestial; a este le presta que, tras la palma de la victoria, acceda felizmente para banquetear al convivio nupcial de la gloria superna. Tengamos, pues, hermanos, misericordia, para que también nosotros consigamos misericordia; cuidemos de insistir en las

limosnas y obras de piedad, en cuanto la facultad lo permita. Deleite deservir con el estudio de la hospitalidad y de la recepción fraterna, para que quienes vemos que los senadores de la corte celestial han merecido la gloria de tan gran dignidad por las obras de piedad, nosotros al menos confiemos sin duda en llegar a la indulgencia de nuestros pecados, prometiéndolo la Verdad, que dice: «Bienaventurados los misericordiosos, porque Dios les dará misericordia (Mt. 5)», quien uno y verdadero en la Trinidad perfecta vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN XXI.

DEL ESPÍRITU SANTO Y DE SU GRACIA (15 DE MAYO).

Primero, por lo tanto, debe notarse, hermanos míos, y encomendarse a la memoria con todo empeño que, a menos que uno merezca ser soplado por la gracia del Espíritu Santo, aunque lo intente, aunque parezca esforzarse por un tiempo, nunca podrá, sin embargo, levantarse para realizar obras buenas, nunca podrá dar los frutos de una obra grata a Dios. Pues el árbol, fijado por sus raíces en el suelo, concibe los jugos de la humedad, los cuales, difundidos por sus partes interiores, lo elevan en el incremento de su vigor y emite el brote. Y nosotros, los fieles, somos árboles dentro del bosque de la santa Iglesia, plantados por la disposición de aquel supremo Agricultor. Pablo indicaba esta plantación a los efesios cuando decía: «Que os conceda, según las riquezas de su gloria, ser fortalecidos con poder

por su Espíritu en el hombre interior, que Cristo habite por la fe en vuestros corazones, arraigados y cimentados en la caridad (Ef 3)».

Pero nuestra tierra, donde se apoya la raíz de nuestra esperanza, es ciertamente aquella de la que se dice por el Salmista: «Mi porción en la tierra de los vivientes (Sal 141)»; o también la humanidad de Cristo, de la cual el mismo profeta atestigua en otro lugar, diciendo: «Etenim afirmó el orbe de la tierra, que no se conmoverá (Sal 91)». Si, pues, no queremos secarnos como árboles infructuosos, si tememos ser cortados por hachas y destinados inútilmente a los fuegos, que la raíz de nuestra esperanza permanezca siempre adherida por el pegamento de la caridad en aquella patria de los ciudadanos superiores, en la humanidad de nuestro Redentor, para que convalezca firmemente en el vigor de la fortaleza para producir los frutos de la buena operación. Pero así como el árbol, si es abandonado por el humor del jugo que lo vegeta, se seca al instante, así también nuestra alma, si no ha sido empapada por el rocío de la gracia del Espíritu Santo, secada por completo, no podrá ser fecunda para el brote de ninguna operación santa. Pues Él infunde luz en las mentes, excita el deseo, infunde las fuerzas. Ilumina, en efecto, para que veamos; provoca para que queramos; fortalece para que podamos cumplir los bienes que queremos. De aquella fecundidad proceden ciertamente nuestras lágrimas, de aquella las compunciones de las mentes, de aquella la confesión de los pecados. Pues así como el alma es la vida del cuerpo, así también

el Espíritu Santo es la vida de nuestra alma. Y así como nuestro cuerpo, al retirarse el alma, se desploma, así también la misma alma, si el Espíritu vivificador se ha retirado, es necesario que muera, sin cuyo don, evidentemente, ni podemos llegar al conocimiento de Dios por cualquier razón, ni podemos penetrar en modo alguno las cosas que son de Dios, como atestigua el Apóstol, que dice: «El Espíritu Santo todo lo escudriña, incluso lo profundo de Dios (1 Cor 2)». A cuya sentencia añade inmediatamente a continuación: «¿Quién de los hombres conoce las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? (Ibíd.)», así también las cosas que son de Dios, nadie las conoció sino el Espíritu de Dios.

Pero, ¿queréis, hermanos carísimos, tal vez inquirir cómo podemos saber si tenemos el Espíritu de Dios? En esto ciertamente consiste: en que tenéis el Espíritu de Dios si verdaderamente conocéis a Dios. Pues si, según las palabras apostólicas, «nadie conoce las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios (Ibíd.)», ¿quién podría conocer a Dios mismo, si no mereciera tener su Espíritu? Pero esto mismo tal vez todavía os viene en duda, si conocéis a Dios. Pero escuchad al apóstol Juan diciendo: «Quien dice que conoce a Dios, y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso (1 Jn 2)». Aquel, pues, verdaderamente conoce a Dios, que guarda sus mandamientos. Por lo cual también aquel perfecto guardián de los mandamientos de Dios decía seguro: «Nosotros no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el Espíritu de Dios, que es de Dios (1 Cor 2)».

Pero, ¿qué es el espíritu del mundo? Es ciertamente aquel que persuade a los hombres a despreciar los preceptos divinos, a sudar deleitablemente en los negocios terrenales, a apetecer la cumbre de la dominación mundana, a estar torpemente sujetos a las pasiones del atractivo carnal, a extender los límites de la posesión transitoria, a ambicionar los derechos de la potestad sobre los prójimos con el hinchado fasto de la soberbia. Al contrario, el Espíritu que es de Dios provoca a las cosas celestiales las mentes que llena, y, expulsado el frío del cuerpo y de la negligencia, inflama al amor divino, reprime los petulantes deseos de la carne, y suspende el corazón libre de todo deleite terrenal. Él vuelve al hombre rígido para despreciar las cosas prósperas, robusto para superar las adversas; él lo exhibe humildemente sumiso a los que viven bien; él lo opone erguido en los derechos de la libre autoridad a los que obran mal; a aquel a quien llena, lo embriaga prudentemente, y lo alinea sabiamente del sentido de la vida presente. ¿No estaban acaso aquellos verdaderamente ebrios de divina sobriedad, de quienes se decía por los malvados dementes: «Porque están llenos de mosto (Hch 2)»? ¿Acaso no es una cierta ebriedad divina despreciar todas las cosas presentes y puestas ante los ojos, y anhelar desde lo más íntimo con todo el deseo de la mente hacia aquellas que no se ven, despreciar todo lo blando y placentero, y sobrellevar de buen grado lo duro y lo áspero por el amor divino? Esta ebriedad, hermanos míos, nos es necesario buscar con la instancia de la oración

continua; por esta, como con las fauces áridas de nuestra mente, debemos tener sed con toda nuestra intención.

Busque, pues, asiduamente nuestra alma este Espíritu, por cuya vegetación viva, por cuya ilustración vea, por cuya enseñanza sea sabia, por cuyo guía, en el curso inofensivo del amor, tienda hacia la patria. Busquemos, pues, de nuestro Dios, no lo que cualesquiera pobres buscan de los ricos de este mundo, a saber, no la moneda, no el alimento digerible, no el vestido para el cuerpo desnudo. Pues sabe aquel que nos prohíbe estar solícitos por estas cosas, que necesitamos todas estas. Exijamos, pues, aquello que nos es necesario por encima de todo, y que él más se deleita en dar a los que lo piden. Eso, digo, busquemos de él sin cesar, a lo cual él mismo nos provoca a buscar, y nos confirma a esperar con una promesa cierta, diciendo: Que si pedimos, si llamamos, «se nos abrirá; y nuestro Padre del cielo dará el buen espíritu a quienes se lo pidan (Mt 7; Lc 11)». Pero nosotros que buscamos la limosna de nuestro Rico, para que se conceda la abundancia de impetrar, tomemos prestada la forma de buscar incluso de los pobres de este mundo. Pues los pobres, cuando ansían recibir algo de quienes viven en lugares más altos, pronto aflojan las bocas de sus saquitos, y así preparados para recibir, claman con las voces en que prevalecen, para que mientras cada uno así preparado es visto por la ventana de la casa, consiga fácilmente misericordia.

Nuestro saquito, ciertamente, es nuestro corazón, en el cual si queremos recibir los nuevos

dones de la gracia celestial, es necesario vaciarlo de toda concupiscencia terrenal, a saber, del viejo fermento. Ciertamente expandimos el seno de este saquito sin duda si anhelamos los dones celestiales con el incendio del amor perfecto. Pablo había aflojado bien las bocas de este saquito cuando decía: «Nuestra boca está abierta para vosotros, oh Corintios, nuestro corazón se ha ensanchado (2 Cor 6)». Los amonestó también a aflojarlo cuando añadió: «No estáis estrechos en nosotros. Y poco después: Como a hijos os digo, ensanchaos también vosotros (Ibíd.)». Consideremos también cómo aquel pobre se había preparado para percibir los dones de lo alto, cuando clamaba, cuando vociferaba, cuando suplicaba, cuando redoblaba las voces del órgano interior, diciendo: «Preparado está mi corazón, Dios, preparado mi corazón (Sal 56, 107)». Como si dijera abiertamente: Preparo mi corazón, Señor, para tomar los dones de tu largueza, yo que purgo esto de todas las suciedades del mal pensamiento, y nada queda en él por lo que el don de tu gracia que viene de arriba se derrame. Yo cuidé de sacar las cosas que se guardaban mal dentro, tú apresúrate a llenarlo dignamente desde la casa de tu piedad. Tengo mi corazón vaciado y preparado para ti, porque, excavados de él los escombros de los vicios, suspiro con toda la intención de la mente por abrazar la gracia de tu Espíritu. He aquí que tienes preparado el corazón del pobre de Dios, tú que lo guardas limpio de los malos pensamientos. Pero a menos que alguien oiga al que clama, a menos que oiga al que vocifera desde

lo más íntimo del cenáculo más elevado, dispuesto a alargar la limosna al pobre, nadie acceda. Después de que dijo, pues: «Preparado está mi corazón, Dios, preparado mi corazón; al instante añadió: Cantaré y diré un salmo al Señor (Ibíd.)»; como si dijera: ciertamente preparo mi corazón, y emito voces de importuna petición, para que tanto la voz oída mueva a la misericordia, como el corazón preparado no derrame aquello que se emite por la largueza del misericordioso.

Estas dos cosas ciertamente, hermanos míos, os son sumamente necesarias a vosotros, que habitáis lo más remoto del eremitorio con el estudio de la singularidad, que sudáis en las especulaciones de la vida contemplativa. Os conviene insistir vigilantemente en la asidua modulación de los salmos y en las frecuentes oraciones, y luchar contra los ímpetus de los pensamientos que acometen con todo el esfuerzo de las virtudes. Eliminemos, pues, todas las suciedades del hospedaje de nuestro corazón, y salpiquémoslo con las diversas flores de las virtudes que podamos. Deleite a Dios entrar en el nítido tabernáculo de nuestro pecho, y banquetear en él con las suaves delicias de las buenas obras. Y así, preparado y compuesto el decoroso ornato de la casa íntima, salmodiemos, oremos, e invitémoslo con cuantas súplicas de mente clamorosa podamos. Y así se cumplirá en nosotros aquella voz profética, por la cual se dice: «Preparado está mi corazón, Dios, preparado mi corazón; cantaré y diré un salmo al Señor». Deprecmos, pues, asiduamente a nuestro Redentor e implorémoslo con todas nuestras en-

trañas, para que se digne visitar clementemente nuestro corazón, y, removida toda tiniebla de los vicios, ilustrarlo con la gracia del Espíritu Santo, para que, en quien creemos que nos regenera, por su inspiración, podamos llegar a él por el recto camino. Quien con Dios Padre y el mismo Espíritu Santo vive y reina por todos los siglos de los siglos. Amén.

JUNIO. III. Sermón de los santos mártires hermanos Laurentino y Pergentino. XXIV. Sermón en la Natividad de S. Juan Bautista. Sermón II de lo mismo. Sermón III de lo mismo. XXIX. Sermón de S. Pedro apóstol. Sermón de los SS. Apóstoles Pedro y Pablo.

SERMÓN XXII.

DE LOS SS. LAURENTINO Y PERGENTINO (3 DE JUNIO).

La festividad de hoy, dilectísimos, como sabéis, se celebra venerablemente en honor de los bienaventurados mártires Laurentino y Pergentino, y como con dos estrellas de oro se ilustra el día de su nacimiento. Si atendemos diligentemente a esta doble estrella, nosotros que navegamos por el piélago de esta vida no podemos errar, sino que tras las medidas de los peligros de las olas y las tormentas llegamos con gozo al seno del puerto tranquilo. Por lo cual, no sin un cierto presagio de la disposición suprema, sortearon tal nombre, que se llamen Pergentino y Laurentino. Pues ambos proceden juntos hacia el laurel, y precediéndonos, si no descuidamos seguirlos,

nos provocan a la corona. Pues todos cuantos no perezosos, sino fervientes y ágiles se apresuran hacia la patria, no fijan sus pasos en el camino, sino que procediendo asiduamente de virtudes en virtudes, contienden de lo bueno a lo mejor. Ni en el camino de esta peregrinación se muestran como ciudadanos o habitantes, sino que pasan siempre como huéspedes y exiliados. Por lo cual también Pedro: «Os ruego», dice, «como a extranjeros y peregrinos, que os abstengáis de los deseos carnales que militan contra el alma (1 Pe 2)». Y Pablo dice: «No tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la futura (Heb 12)». De aquí también aquel Pablo, que progresando desde Egipto entró en la tierra de promisión, fue llamado Hebreo, esto es, tránsfuga o que pasa. Y cuantos entramos en la tierra que mana leche y miel desde el Egipto de la vida carnal, se nos manda no fijar las huellas, sino pasar asiduamente, para que según Juan, «el que es justo, justifíquese todavía, y el que es santo, santifíquese todavía (Ap 22)». Pues la leche mana de la carne, la miel desciende de lo superior a lo ínfimo. ¿Y qué es aquella tierra, regada ciertamente de leche y miel, a la que tanto se nos provoca, sino la única persona del Mediador de Dios y de los hombres? En la cual ciertamente tanto la carne es manifiesta, la cual brotó de la Virgen, como la dulzura interna de la divinidad, la cual procedió de la sustancia paterna.

A cuya tierra ciertamente no se admite sino a un Hebreo, más aún, por decirlo así, a nadie sino a un Pergentino y a un Laurentino; porque

cualquiera que trabaje por llegar a Cristo, es necesario que en modo alguno fije el paso de su mente en este mundo como en una habitación: sino mostrándose siempre Hebreo, tanto proceda con Pergentino pasando por el camino de la justicia, como al mismo tiempo con Laurentino no desee de sus trabajos las comodidades de esta vida, sino solamente la corona de gloria. Pues sobre los habitantes de este mundo, como se dice en el Apocalipsis, los bienaventurados mártires claman: «¿Hasta cuándo, Señor (santo y verdadero), no vengas nuestra sangre de los que habitan en la tierra? (Ap 6)». Pero sobre estos que no habitan, sino que procediendo continuamente pasan, Isaías, después de que premite: «Habitará el lobo con el cordero, y el leopardo se acostará con el cabrito, el becerro, y el león, y la oveja morarán juntos», al instante añadió: «y un niño pequeño los conducirá (Is 11)». ¿Quién es este niño pequeño, sino aquel de quien se dice por el mismo profeta: «Un niño nos ha nacido, y un Hijo nos ha sido dado (Is 9)»? Quien conduce a los que habitan juntos, porque para que nuestros corazones no se adhieran a las cosas terrenales, inflama incesantemente el depredador del deseo celestial. Y esto mismo conducir es encendernos en su amor con la llama de la caridad continua; no sea que cuando nos amamos mutuamente con un amor vicario, olvidados de aquel a quien debíamos volver, permanezcamos con la mente en este exilio. El niño pequeño, pues, conduce a las tropas de diversos animales, porque nuestro Redentor, que funde indisolublemente las multi-

formes mentes de los hombres en una unanimidad fraterna, mientras los enciende al amor de la patria celestial, en este mundo no les permite casi fijar el pie. Pues a Dios no se va por las huellas de los pies, sino por los grados de las buenas obras, ni nadie puede ascender a él por el acceso del esfuerzo corpóreo, sino por el asiduo incremento de la obra santa.

Veamos, pues, también a estos bienaventurados mártires cómo no pudieron descansar, flagrantes con el fuego divino, sino que siempre elaboraron para apresurarse de lo bueno a lo óptimo. Pues mientras ya antes del momento de la persecución eran de tanta santidad que Dios mostraba por ellos signos y virtudes, no contentos con eso son arrastrados ante el juez, y en la guerra declaran cuánta virtud tenían también en la paz. Y primero ciertamente el artífice del antiguo enemigo y su versuta maldad comenzó a actuar con ellos casi más suavemente a través de su vasija, luego, no pudiendo soportar la inamovible constancia de ellos, se aplicó a ensañarse cruelmente contra ellos. Pues con los verdugos ensañándose por todas partes, cada mártir, como una sola mente y una misma carne, es azotado con veras, es sacrificado por la matanza de las llagas, pronto es entregado a la custodia carcelaria, y es atormentado por la penuria del hambre. ¿Acaso faltó a sus guerreros la protección divina, y no mostró con un indicio ciertamente evidente que Dios mismo luchaba en ellos? Pues mientras los verdugos los desgastan con azotes, sus brazos, que se desbocan en los golpes, se secan, para que

los pechos pétreos y ajenos a las entrañas de la piedad aprendan, al menos por el rigor de la carne marchita, a tener la blandura del corazón, y recojan en los nexos de sus miembros cuán temible sea la virtud contra la cual tan furiosamente, tan atrozmente luchaban.

Ahora, pues, ¡cuán sublime mérito de gracia es ese!, ¡cuán grande se reconoce el indicio de familiaridad con Dios!, que, puestos en la cárcel y macerados al mismo tiempo por un ayuno de tres días, son visitados por un ángel y perciben los alimentos de la mesa celestial. Pues en ellos Cristo tenía hambre, en ellos soportaba los suplicios, con ellos era encerrado en la cárcel, con ellos en las cadenas, con ellos era compañero inseparable en los tormentos. Y el que hace poco fue visto como el cuarto entre los niños que caminaban en el horno caldeo, él mismo, sin duda, se hizo el tercero con estos sus invictísimos guerreros. «He aquí —dijo el rey—, veo a cuatro hombres sueltos caminando en medio del fuego, y no hay corrupción en ellos, y la apariencia del cuarto es semejante al Hijo de Dios» (Dan 3). De aquí es que también aquel perseguidor Tiburcio, movido por la hiel de una ira rabiosa, vomitó las llamas que humeaban del horno de su furioso pecho, y mandó que los bienaventurados mártires estuvieran con los pies desnudos sobre las brasas ardientes. Pero al instante, tanto los carbones se extinguieron, como los gloriosos pies de los mártires se deleitaron con un paso suave como sobre blancos lirios o las amarillas flores de las rosas. No cesa aún el feroz espíritu de la maldad. Nada deja sin intentar,

sino que recorre todos los argumentos del versuto fraude, todos los del rabioso furor. Pero por cuantos más dardos ataca a los soldados de Cristo, tanto más los hace ilustres la ciega crueldad. Y cuanto más rugiente les acomete la inmensidad de la batalla, tanto más abundante ocasión de triunfar se les ofrece. Así pues, se erige un ídolo, y la insana rabia del juez manda que sea adorado. Pero mientras no el ídolo, sino Dios omnipotente es adorado, la figura fantasmal reducida a polvo se desploma. Finalmente, quienes se dignaron inclinar sus cervices a los ídolos, someten alegremente al espada sus bienaventurados cuellos, y así purpurados con sangre gloriosa, vuelven a su Emperador habiendo culminado la victoria.

¡Oh bienaventurada hermandad, que ni en la concepción pudo dividirse, ni en el nacimiento discernirse, ni en el género de muerte preciosa pudo separarse, pares en la pena, coiguales en la gloria! Juntos son vertidos en el mundo desde las entrañas maternas, juntos surgen en el cielo, habiendo sido consumados por la agonía del certamen. Este parto ha de llamarse en cierto modo más feliz que el de Rebeca. Pues, con la Escritura como testigo, en su útero colidían los párvulos, porque habrían de vivir bajo una diversa calidad de costumbres y de sucesos. Por lo cual se le dice divinamente: «Dos naciones hay en tu útero, y dos pueblos se dividirán de tu útero, y un pueblo superará al otro, y el mayor servirá al menor» (Gen 25). Pero en estos no hay diversidad alguna, a quienes ciertamente tanto una vida no dispar federa, como la unanimidad de una caridad indi-

vidual los funde. Más feliz también es este parto que el de Tamar, del cual nacieron Fares y Zara (Gen 38). De los cuales uno se interpreta como «división», el otro como «oriente». Y así como la interpretación de los nombres disiente entre sí, así hay una cierta diversidad en las obras de cada uno, pero ni mantienen el mismo misterio en figura. Pero estos bienaventurados mártires no discrepan en la interpretación de sus nombres, porque en cierto modo lo que designan es uno, y el nombre de cualquiera de los dos concuerda con ambos. Pues Pergentino y Laurentino, ambos proceden al laurel, y para quienes hay un solo camino, hay un solo deseo; caminando juntos llegan a la corona. Aunque también en estos, según su historia atestigua, se encuentra que hay una cierta diferencia. Pues mientras la violencia los arrastraba ante el tirano, Pergentino delegó en su hermano el oficio de responder, puesto que lo juzgaba más elocuente, para que aquel hablara como Aarón ante el Faraón, mientras asistían ante el presidente. Esto, pues, dista entre los gemelos de esta bienaventurada hermandad lo que la Escritura conmemora que difiere entre Moisés y Aarón. De los cuales uno se queja de sí mismo, diciendo: «Te ruego, Señor, no soy elocuente desde ayer ni desde antes de ayer, y desde que hablaste a tu siervo, soy de lengua más impedida y lenta» (Ex 4). Pero del otro se dice: «Aarón tu hermano levita, sé que es elocuente; él hablará por ti al pueblo, y será tu boca» (ibid.). He aquí, pues, que los bienaventurados mártires en aquello en que se encuentra que fueron disímiles

entre sí, en cierto modo parecen haber existido iguales a Moisés y Aarón. Y tal vez no incongruentemente. Pues así como por aquellos se dio antaño la ley al pueblo israelita, así por estos la fe cristiana y el Evangelio iluminó a los ciudadanos de Arezzo. Pues cuando el rito todavía erizaba pestilentemente en la gentilidad y el furor de la persecución bullía inmensamente contra el nombre cristiano, entonces ciertamente cuando el B. Donato purpuró con su preciosa sangre la Iglesia aretina, el vigésimo emperador sin embargo es Juliano, bajo el cual el B. Donato brilló como insigne mártir, desde el príncipe Decio, cuya persecución coronó a estos gloriosos mártires. Pero si también recorres estudiosamente el catálogo de los pontífices romanos, encontrarás que desde el B. Sixto, a quien el furor deciano, mientras se ensañaba, obligó a servir, hasta el papa Liberio, que presidió la sede apostólica en el tiempo de Juliano, doce pontífices precedieron.

Puesto que, por lo tanto, se reconoce que estos gloriosos mártires precedieron al B. Donato por tanto tiempo, no inmerecidamente son llamados en estas regiones en las que sufrieron jefes de los creyentes, príncipes de los fieles y, por así decirlo, fundadores de toda la Iglesia aretina. Estos ciertamente son ahora gemas centelleantes y perlas rutilantes, que irradian espléndidamente en la diadema del emperador eterno, y coruscan con un esplendor inextinguible entre las piedras ígneas de la Jerusalén celestial. Además, así como la doble luz de los ojos colocada en la cabeza adorna los miembros del cuerpo sujetos a ella,

así el B. Donato con estas dos estrellas del cielo, como cabeza de santidad y principio de la fe, aventaja a todos los lugares adyacentes y, como he de confesar, baña todo el cuerpo de la Toscana con el brillo de un esplendor eximio. Pues ahora son conspicuos con la claridad de una gloria tanto más eminente cuanto más gravemente habían sido oprimidos por la rabiosa inmensidad del perseguidor. Por lo tanto, de las penas han sido trasladados a la gloria, del certamen a la corona. Él mismo ciertamente se hizo premio para ellos cuando los recibió, quien se había ofrecido como precio por ellos cuando los redimió, Jesucristo nuestro Señor, quien con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN XXIII.

I. EN LA NATIVIDAD DE S. JUAN BAUTISTA. (24 JUN.)

Hoy, amadísimos, ha amanecido un día insigne, tanto más santo que los demás días cuanto más santo fue el hombre que vertió a las tierras. Pues en este día nació aquel esplendor de los santos, gloria de los justos, alegría de los ángeles, hombre excelentísimo, consanguíneo de Cristo, amigo del Esposo, preparador de la Esposa. Es único y no tiene segundo, quien, entretejido con los coros angélicos, trasciende con los títulos de una corona más sublime el ascenso de la universalidad humana. Finalmente, «entre los nacidos de mujeres no surgió uno mayor que Juan Bautista» (Mt 11). ¡Feliz hombre, que recorriendo

felizmente los talleres de los cielos sigue con curso velocísimo al Redentor, ni es excluido por la cumbre de ninguna dignidad aquel a quien la inmensidad de la suma felicidad regó más largamente! Se alegran los ángeles, y la numerosidad de ambas naturalezas admira al hombre que ha entrado así en el abismo de la luz y ha sido absorbido en el piélago de la eterna divinidad, de modo que refleja el origen mismo de la pureza angélica. Elévense todos, y exulten por las prerrogativas de los méritos ante el consistorio de la majestad; no habrá, sin embargo, quien se atreva a aspirar al privilegio de Juan Bautista. ¡Ea!, abordemos ya las insignias de las virtudes que el Dios de la majestad señaló en su amigo con una acumulación gloriosa; pues así conversó con los hombres desde el surgimiento de la vida hasta su ocaso, que su forma de vida se tiene como información de las costumbres. Aunque aquí no rutila la belleza de un discurso áureo, intentaremos sin embargo rozar la verdad de las cosas con cualquier estilo, atendiendo a aquello del Sabio: que a los hombres prudentes no les agradan las cosas emplumadas, sino las fuertes (Eclo 9).

Su primer honor es la gloria en la anunciación. No ha de pasarse con un silencio disimulador cuán solemne fue la glorificación del ingreso de este niño anunciado en este mundo. Está presente el ángel Gabriel, y la fortaleza del Señor descendiendo desde el quicio superior de los cielos, está a la derecha del altar del incienso (Lc 1), ni un ángel cualquiera, sino aquel más sublime que llevó el mensaje singular a la bienaventurada Vir-

gen, y fue elegido para que anunciara al soldado que habría de anunciar al Rey (ibid.). Está en pie el sacerdote revestido de las vestiduras sacerdotales y con una múltiple variedad de ornamentos, prefigurando la imagen de los sacramentos celestiales, y presagia la purgación de los pecados por la aspersión de la sangre mística. Se mantiene ante el arca de la alianza y ante las tablas del testamento, teniendo una urna de oro con el maná, la vara de Aarón, los Querubines y el propiciatorio, solemnemente ínfulado, celebra votos ante el rostro de Dios, la gloria de la majestad, el Señor de todas las cosas. Insta el día solemne, y más célebre que los demás días para la multitud de los judíos, sublime por la atestación del Señor que lo manda, plenamente espectable y festivo, en el cual solo al sumo pontífice le era lícito entrar en el Santo de los Santos, y refrigerar la ira de la suma divinidad con una aspersión multiforme. Se acude de todas partes a la ciudad santa, y la turba más frecuente de los pueblos acumula la materia de los gozos. Consistiendo el arcángel entre estas cosas sagradas, dice: «No temas, Zacarías (ibid.)», porque te nacerá un hijo, alegría de los padres, nobleza de la estirpe, ejemplo del orbe, fin de la ley, principio del Evangelio, expulsión de la muerte, puerta de la vida, decoro de los hombres, esplendor de la conducta, principado de toda justicia. Y para que no confundamos la excelencia de las cosas con un tratado más difuso, la integridad de su nacimiento y de su conducta se asigna más plenamente en los libros evangélicos.

Considera la sublimidad del anunciador, la dignidad del lugar, la reverencia del día, y entonces podrás entender con cuánta superexcelente gloria se predice el nacimiento de Juan Bautista. Salva, pues, la reverencia del Redentor, porque no derogamos al Rey si honramos al soldado del Rey, siendo aquel el Señor y este el siervo; aquel el Creador y este la criatura; Juan es anunciado con una premostración más digna que Cristo. Cristo tal vez en un tálamo, Juan en el templo; y no solo en el templo, sino también ante el Santo de los Santos en el insigne día de su solemnidad. Juan es predicado por el mismo arcángel, en un lugar más digno, en un tiempo más sagrado, con un milagro más manifiesto. Recuerda a Isaac anunciado por los ángeles (Gen 18), a Sansón predicado por medio de un ángel (Jue 13), y observa toda la secta de los Nazareos, y encontrarás que solo el Bautista es más digno tanto en esto como en lo demás.

El segundo honor es la santificación en el vientre de la madre. Quienesquiera que de la masa prevaricadora ingresamos al mundo, arrastramos con nosotros la larga cuerda del pecado original. Solo aquel que no cometió pecado (1 Pe 2) es exceptuado, a quien el tálamo Virginal, ignorando al varón, vertió a las tierras; pues fue concebido de manera muy otra y disímil, inundando y limpiando el Espíritu Santo a la Virgen con toda su majestad, superando el uso de la carne, el orden de la naturaleza, la conmixtión del varón. Pues así convenía, que no conociera el pecado quien quitaba los pecados, para que asumiera la semejanza de la carne de pecado, pero no

la carne de pecado. Puesto que, por lo tanto, todos han sido concebidos en iniquidades (Sal 50), no leemos de nadie de los mortales jamás haber sido santificado dentro de las entrañas maternas, excepto Jeremías y Juan Bautista; aunque sobre la singular Virgen no haya ambigüedad alguna, sino que ella misma, rodeada por las entrañas maternas, fue limpiada por un género más sublime de santificación, como aquel sagrario en el cual Dios, el Hijo de Dios, habría de asumir la carne. Pero fue mucho menor la santificación de Jeremías que la de Juan. Aquel ciertamente fue santificado en el útero de la madre, este se reconoce que fue lleno del Espíritu Santo. Pues es mucho más excelente ser lleno del Espíritu Santo que ser santificado; pues allí la santificación significa limpieza, aquí la plenitud significa inundación. Finalmente también los apóstoles, que trataron con sus manos acerca del Verbo de vida (1 Jn 1), cuando hubieron recibido el Espíritu Santo del aliento del Salvador (Jn 20), apenas en el quincuagésimo día desde el día de la resurrección pudieron llegar a aquel grado que se dijera de ellos: «Fueron llenos todos del Espíritu Santo» (Hch 2). Aunque el Espíritu Santo entonces llenara con un don más generoso los corazones de los creyentes, esto sin embargo se lee que Juan lo alcanzó en el útero, lo que la alteza apostólica al fin mereció obtener por una promesa más generosa.

Observa, te ruego, diligentemente, con qué ordenada disposición aquel Espíritu múltiple santifica a Jeremías, llena a Juan, sobreviene a María. Y ciertamente la santificación de Jeremías

es admirable, porque aunque fue concebido en pecado, nace sin embargo sin pecado. Pues antes de que saliera del vientre fue santificado, ni podía nacer no santo el que en el útero de la madre había sido santificado. Cosa admirable, e inaudita desde los siglos pasados, un hombre concebido en pecados nacer sin pecado. Pero una virtud mucho más gloriosa llenó a Juan, quien tanto fue santificado del pecado, como así fue superfundido por el Espíritu dominante, que tanto sale purificado como lleno. Verdaderamente grande ante el Señor, a quien un ángel anuncia, Dios santifica, el Espíritu Santo llena, la vida encomienda. Pero de modo inefable sobrevino a la Virgen, a quien toda la plenitud de la divinidad sin discreción de medida perfundió, para que tomara todo el que hizo todo; para que no solo lavada de los pecados, llena del Espíritu, sino también se crea haber concebido del Espíritu Santo, porque «lo que en ella ha nacido, es del Espíritu Santo» (Mt 1). De ahí es que con singular prerrogativa la fe católica confiesa al Hijo de Dios nacido de la Virgen, concebido del Espíritu; para que la conexión adunada indivisible de la deidad y de la humanidad sea designada por la indiferencia de los términos. ¿Ves, pues, con qué privilegio más remoto aquel que es «hermoso en su forma antes que los hijos de los hombres» (Sal 44), fue distinguido de los hijos de los hombres al concebir? Aquellos ciertamente fueron concebidos de pecados y en pecados; este es concebido en el Espíritu, y del Espíritu Santo. Estas cosas ciertamente se han dicho sobre la concepción de Juan, no prejuz-

gando nada a quien guste más sanamente. Pero aunque en algo parezcan oponerse a las autoridades de los santos, queremos que sin patrocinio alguno de excusas o defensas sean socavadas.

El tercero es la excelencia en la exultación. Desde el principio del mundo no se ha oído que nadie haya exultado en el vientre de la madre, cuando aquí se lee que exultó en gozo. Condescendencia ciertamente asombrosa, que un niño apenas concebido irrumpa en el movimiento de la exultación, y salga graciosamente al encuentro con un servicio más dulce de aquel que sintió infundido en la sustancia virginal. Bienaventurada alma, que no se detuvo en el camino de los pecadores, sino que saliendo por una senda más secreta de los talleres celestiales, le tocó en suerte la dulzura de una felicitación inaudita. Feliz Isabel, a quien la madre del Redentor se apresura, a quien la emperatriz de los cielos se dirige con obsequios salutatorios. Pero mucho más feliz es el niño, quien, reconociendo la majestad de la que saluda, se alegra de gozo dentro de los tenebrosos volúmenes de las entrañas, porque atiende a la fuerza de tan bienaventurada salutación. «Y sucedió —dice— que cuando oyó Isabel la salutación de María, exultó de gozo el infante en su útero» (Lc 1). La Virgen sube con apresuramiento a la casa de Zacarías para saludar a Isabel, llevando en su útero al Hijo de Dios, al Rey de la gloria, al Señor de la majestad. Sale al encuentro Isabel, y careciendo de los oprobios de su antigua esterilidad, lleva en su felicísimo vientre al amigo del Esposo, al heraldo del Verbo. Se unen los abrazos,

se llega a los besos, se acoplan los felices úteros, y no sino dos tiernísimas paredes separan al Rey y al soldado. ¿Qué maravilla si el niño se maravilla y exulta al contacto de tan próxima ráfaga de divinidad? ¿Podía acaso estar vacío de cualquier milagro aquel a quien asistía la presencia del Rey, la Madre del que reina, el Redentor del mundo? ¿Qué decir de que no una sola vez fue celebrada la conjunción de tan santos abrazos? «Permaneció, pues, María con ella casi tres meses», dice el evangelista (ibid.). Tanto tiempo permanece con Isabel la integridad virginal, y ahora con un coloquio más dulce, ahora con un abrazo más feliz, consagra e insigna al niño Juan. Y tal vez hasta el día de su nacimiento la gloriosa Virgen moró con su parienta, hasta que fomentara al niño nacido en su seno beatísimo, y retirada una sola pared, lo hiciera más cercano a la presencia del Creador. Fácilmente se puede conjeturar esto por el Evangelio, puesto que ya habían transcurrido seis meses desde la concepción de Juan cuando el arcángel fue enviado a la Virgen, quien llevó la renovación del mundo al pudor virginal con una nueva salutación. Desde entonces la Virgen se apresura a Isabel, y durante tres meses dignifica con su presencia el hospicio de su parienta, hasta que, concluido el fin del noveno mes, insta el nacimiento del patriarca. Otros, que han inspeccionado con ojos más diligentes el libro de los justos, atestiguan haber visto allí que la misma madre de Dios levantó primero de la tierra al feliz niño, y prosiguió el parto de su parienta con todo servicio. De cualquier modo que se decida la

verdad de este asunto, aquello es por cierto cierto, porque no poco contribuyó al niño por nacer tan feliz y moroso hospicio de la madre inmaculada.

El cuarto es ciertamente el gozo en el nacimiento. Avergüénzate, Lucifer, que nacías por la mañana (Is 14), y con los impulsos rotos de tus esfuerzos comprende al fin que en el novísimo de los días permanecerás como una perdiz estupidísima. Por tus maquinaciones se hizo que la universalidad del género humano fuera concebida en pecados, naciera en la tristeza (Gen 3). Pero he aquí que este es santificado en el útero, surge en el gozo, y refunde al mundo la alegría con su nacimiento. He aquí el género de armadura que te habías constituido para la victoria, le nace a Juan para la corona. Toma las armas y el escudo, y ensáñate con todo el espíritu de tu malignidad, pero no podrás irrumpir en el privilegio de Juan, que la benigna mano del que escribe consignó con su propio carácter. Muy engañado, muy ilusionado estás. ¿O ignoras que un hombre guerrero surge contra ti desde la adolescencia e incluso desde el útero materno? ¿No sabes que desde los días de este «el reino de los cielos padece violencia, y los violentos lo arrebatan»? (Mt 11). ¿O has olvidado que este es enviado a preparar para el Señor un pueblo perfecto? (Lc 1). Mira el orden de las cosas, y desde los mismos inicios de su concepción encontrarás que este irrumpió en tu fortaleza con un esfuerzo más válido. Tú hiciste que el fratricida Caín, que nació primero (Gen 4), saliera poluto y envuelto, y fuera salpicado por la infamia del pecado original. A este lo recibió

el orbe aterrorizado, y el nacimiento subsiguiente del género humano transmigró al cúmulo de una tristeza infinita. El nacimiento, en cambio, de este hombre es en gozo y en una solemnidad preclara. Se alegra el orbe, y los cuatro climas del mundo resuenan con la instancia de la gloriosa festividad, célebre y famosa incluso para los mismos cielos. «¿Quién piensas que será este niño?». Amigo del Esposo, enemigo tuyo, más potente que tu potestad. Se ha de considerar con cuánta dignidad sobresale la celebranda devoción de este nacimiento, y cuánta gracia pudo encontrar a los ojos de la Iglesia. El nacimiento de ningún hombre, fuera del solo Dios y de su madre, lo recibió la Iglesia en la alcázar de la autoridad, preservada la excepción de este. Pues sabe que mejor es el día de la muerte que el día del nacimiento (Ecl 7), y que el orto de los hombres va acompañado de tristeza. De ahí es que la Iglesia solemniza las muertes de los mártires, no los nacimientos; llamando a su muerte con el nombre de Natalicios, por los cuales se hizo natal de la muerte. Pues entonces empezaron a nacer a la vida, cuando depusieron la vida por la vida. El nacimiento, pues, de este, la esposa de Cristo lo recibió con condescendencia tanto más segura y benevolentísima cuanto más singularmente lo recomienda la irrefragable autoridad de la verdad evangélica.

El quinto es la singularidad en la conversión y en la conducta dentro de la ternura de los años. Pues este niño bienaventurado fue llevado al desierto, conduciéndolo el Espíritu; ni se opuso

la enfermedad de la edad, que la majestad del Señor fecundaba. Pues el Espíritu Santo no atiende a la diferencia de sexos, la fragilidad de los cuerpos, la ancianidad de los tiempos, sino que llena a quienquiera y como quiere con su más dignante benignidad. Deja Juan el mundo, huye de los hombres, desconoce la patria, desprecia a los padres, y fija la mirada de la bienaventurada contemplación en la sola cumbre de la divinidad. Admirable conversión de las cosas, que un hombre apenas ingresado al mundo huya de la gloria del mundo, y no solo olvide los deseos del siglo, sino que incluso los desconozca, y establezca un perpetuo consorcio con la divinidad. Los retiros de los montes, los recovecos de las selvas y la vastedad subyacente de los valles proporcionaron domicilios al niño patriarca. No se me oponga Jeremías, ni la virtud de su predicadora niñez se atreva a encontrársele, porque si aquel es consagrado como profeta (Jer 1) este lo es en más que profeta (Mt 11); y aunque aquel predica cosas futuras al pueblo, no declina sin embargo el aspecto de la conversación humana. Así, así Juan habiendo sobrepasado la infancia de la edad, y olvidado de la generosidad de una estirpe más noble, vaca solo a la divinidad, forma de vida, propósito de los monjes, principio de los anacoretas, aserción de toda la religión. Y esto ciertamente en cuanto a la conversión. Por lo demás, cuánta sublimidad hubo en la conducta, no ha de disertarse con las delicias de una lengua corriente, sino que ha de comprobarse con la elocuencia de la dignidad evangélica. «Juan —dice— tenía un vestido de

pelos de camellos, y una zona de piel alrededor de sus lomos; pero su comida era langostas y miel silvestre (Mt 3). He aquí que los que se visten con ropas blandas están en las casas de los reyes (Mt 11)». Un vestido rígido, y entretejido con las más duras asperezas, afecta con un rigor escuálido el cuerpo del patriarca, y coarta con una inmadura ferocidad de disciplina la carne tiernísima, la longitud de un continuo martirio sacude los tiernos miembros, superfundidos con un espíritu más sagrado. Por lo demás, ¿qué tipo de comida era la suya? No se buscan aves faisanas, ni se discurre por toda la región para que el estómago patriarcal se llene. Sino que «era —dice— su comida langostas y miel silvestre». Se alimenta del rocío del cielo y se sacia con el manjar de un animal vilísimo, y la austeridad del que ayuna no recibe nada cocido. Ciertamente, para el vientre castigado, y distendido por una diuturna maceración, fue desconocida la variedad de manjares, ni entró en su boca lo que pudiera atraer a la gula, bastar al vientre, lisonjear al estómago. Elías comió carnes (3 Re 17), y si algo más se le sirve, lo percibió con acción de gracias, ni leemos de nadie, si no me engaño, en la antigua oficina que haya aspirado a la cumbre de esta ley. El vestido áspero, la comida tenue, la mente devota, consagran a un patriarca perfecto.

El sexto es la novedad en la predicación. Aquí quiero que vuestra atención atienda más atentamente, porque la magnitud de la materia prescribe un comienzo un poco más sutil. Después del pecado de Adán y de la solemne devastación de

aquel diluvio, fue elegida una infinita pluralidad de justos, con los cuales se reconoce que Dios habló cara a cara. Es trasladado Enoc (Gen 5), es elegido Noé (Gen 6), es llamado Abraham (Gen 12), Isaac es amado (Gen 17), Jacob contempla a Dios cara a cara (Gen 33), José es llamado Salvador del mundo (Gen 41); ni sin embargo se hace por Dios a ellos, o por ellos a los hombres, alguna mención sobre la perpetua mansión del reino celestial. Moisés es asumido como jefe del pueblo de los judíos (Ex 3), es constituido como Dios para el Faraón. Hace Dios maravillas en Egipto, y milagros en la tierra de Cam, cosas terribles en el Mar Rojo (Ex 7, 8, etc.). Sube Moisés a la tiniebla en la que estaba Dios. Se da en el monte una múltiple autoridad de preceptos. Habla él con Dios, como un hombre a su vecino. No se ocultó de Moisés lo que hace el Señor en oculto, y el glorioso nombre Adonai, que había estado velado para todos, se revela (Ex 4, etc.). Pero en todo esto, la memoria del reino de los cielos ni se nombra ni se oye. Está presente Aarón, el sumo sacerdote, gestor de la poderosa vara, ungido y deleitado con la unción de los sacramentos celestiales. Sucede Josué, y toda aquella multitud de jueces, ni hay siquiera una tenue mención del Reino celestial (Josué, lib.). Encontró el Señor a David, varón según su corazón (Sal 88), a Salomón su hijo lo colma de una sabiduría singular (3 Re 3), y a todo aquel coro profético el Espíritu Santo lo ordena e infunde, y nada se profetiza sobre la gloria del reino celestial. Cierra Elías el cielo por tres años y seis meses (3 Re 17); Eliseo muerto restituye

a un muerto a la vida (4 Re 4); y por estos ni siquiera una centellita de la bienaventurada mansión brilla. ¿Para qué más? Desde el principio del mundo hasta Juan, recoge la elección de la universalidad humana, ni en el discurso ni en la obra de ninguno podrás encontrar la dulzura de aquel santuario. Ven, pues, a Juan, y oye la voz de la exultación, la voz de la novedad, la voz de la alegría, la palabra de la misericordia, el discurso de la gloria, la largueza de la gracia; lo que Dios había callado, el ángel había silenciado, a los patriarcas se les había ocultado, los profetas no lo habían conocido: «Haced penitencia —dice—; pues se acercará el reino de los cielos» (Mt 3). Palabra de penitencia dulce, y gloriosa palabra del reino de los cielos alegre y adorable, conveniente primariamente a aquel solo que primero puso los fundamentos del Nuevo Testamento. Esta es aquella voz, sobre la cual aquel máximo contemplador de las visiones celestiales prosigue en estas palabras: «Y la primera voz que oí, como de citaristas que citarizan en sus cítaras» (Ap 14). Desde los días de Adán hasta Juan, nuestro órgano se convirtió en voz de los que lloran, porque allí la frecuencia de los pecados, ni lugar para la penitencia, era una doble materia de deplorar. ¿Matas? se te manda ser muerto. ¿Recoges leña en sábado? se te manda ser apedreado (Num 15), y aquel a quien es propio tener siempre misericordia y perdonar, no sabía sino herir. Pues les había dado preceptos no buenos el traidor de los preceptos, y justificaciones en las cuales no pudieran vivir (Ez 20). Esto es lo que el justo se maravilla

diciendo: «¿Dónde están tus misericordias antiguas, Señor?» (Sal 88). Juan nacido mostró el medicamento para la herida, la penitencia para el pecado, el perdón para la iniquidad. Esta es la primera voz que la voz del que clama en el desierto (Mt 3) propuso: «Y la voz de la tórtola se ha oído en nuestra tierra» (Cant 2). Desde entonces puso en nuestra boca un cántico nuevo, un himno a nuestro Dios (Sal 39), y resuena en nuestra boca la acción de gracias y la voz de alabanza; se superexalta la misericordia sobre el juicio, se perdona a los pecadores, reina la piedad, se disimula la justicia, y busca ocasión de tener misericordia, no de herir, el Señor misericordioso y compasivo. Citarizan, pues, en sus cítaras, quienes reverberan la efusión de los placeres con la severidad de la penitencia: y respirando de la profunda vorágine de los pecados, sumergido el Faraón, cantan en los caminos del Señor, «porque grande es la gloria del Señor» (Sal 137).

El séptimo es la dignidad en el bautismo. Humildad ciertamente singular, el Verbo hecho carne, y saliendo como hombre perfecto, dejada la universidad de los hombres, busca a Juan, desea a Juan, va a Juan. Dios terrible en los consejos sobre los hijos de los hombres (Sal 65), y llevando todas las cosas por la palabra de su virtud, haciendo la purgación de los pecados (Heb 1), vino de Galilea al Jordán ante Juan, para ser bautizado por él. Se pasma Juan y se sacude por el temor, y un horror infinito consume a todo el patriarca. «Yo —dice— debo ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí? (Mt 3)». Dice también el Salvador: «Deja

ahora; pues así nos conviene cumplir toda justicia (ibid.)». Se aquiesce por ambas partes a las salutíferas moniciones, y se ciñe Juan para bautizar y para recibir al Señor de los ángeles. Se desnuda de sus vestidos el Rey de la gloria, esplendor de la luz, y la figura de la sustancia de Dios es manoseada por las manos de Juan. Aquella carne tomada de la Virgen, y derivada de una materia más cándida, se desnuda en el río, para ser regada por las felices manos del Bautista. Descienden los ángeles; y las legiones de los cielos corren con toda reverencia hacia el Creador, y las potencias dominantes circundan al que bautiza y al bautizado. Infunde agua sobre la cabeza del Creador una criatura más noble, y la diestra mortal toca y contrecta el vértice de Dios. Teme el cielo, se pasma la tierra, el Jordán sonríe, se maravillan los arcángeles de que el Señor de los ejércitos sea incluido entre las manos del que bautiza. ¿Qué pasa, Juan? ¡Los Querubines y Serafines apenas se atreven a mirar atrás, y tú presumes de sostener al desnudo! Este es aquel a quien los ángeles desean contemplar (1 Pe 1); a quien, Santo, santo, santo, la asamblea de la ciudad bienaventurada ingemina con el sublime órgano de las melodías (Is 6; Ap 4); el que solo habita la luz inaccesible (1 Tim 6), el Señor de las virtudes, el Dios de las ciencias, el padre de las misericordias, ¡y tú no temes! A ti te fue dado, lo que a todos fue negado, bautizar a aquel que bautiza en el Espíritu Santo y en el fuego, y regar con manos virginales al virgen Hijo de la Virgen. Todo me quedo atónito ante el que bautiza, y reverencio al hombre como

maestro de Dios, admiro al que se digna, venero la dignación, y veo a un hombre inferir violencia a los mismos cielos. Por lo demás, ¿qué cosa es esa por la cual en este bautismo se termina la ley, recibe el fin la profecía y toda aquella multitud de sacrificios es propulsada y repelida? Aquí comienza y se establece la purgación perdurable de la nueva regeneración, y en una sola forma de bautismo pasan los gastos de las figuras legales. Pues para la ablución del agua y la invocación del Espíritu Santo, se sepulta la sanguinolenta congerie de machos cabríos y de becerros, y dejamos las reses para las reses judías, atendiendo a aquello davídico: «Holocausto y por el pecado no pediste (Sal 29)».

El octavo es la primera revelación de la Trinidad. Desde la creación del cielo y de la tierra hasta este lugar, nunca la Trinidad se apareció manifiestamente a los hombres, sino que la eternidad de tan gran claridad estuvo envuelta en los velos de las cosas y de las palabras. Finalmente, el Creador de las cosas, recomendando la creación del hombre con la máxima dignidad, dijo: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza (Gén 1)». Privilegio verdaderamente venerable, ni entregado a criatura alguna. Se crea aquella más sublime numerosidad de los ángeles, y se ordena la variada conexión de todos los elementos, pero la presencia del Omnipotente contempla tan gran obra con un profundo silencio. Pero cuando se llega al hombre y se dispone que sea creada la noble criatura, se ciñe la Trinidad para crear, y la Sabiduría toma consejo, para que la dignidad de

la criatura se muestre clara por el privilegio del Creador. Sin embargo, ni siquiera allí brillaron con suficiente claridad los nombres de la divina majestad, ya que algunos refieren el oráculo del sermón divino a los ángeles obedientes, o, si esto es menos cauto, se predica una pluralidad señalada sin diferencia de nombres. Abraham vio a tres, y adoró a uno (Gén 18). Pero también allí la reverencia de la sagrada Escritura cierra el lenguaje ahora mezcladamente, ahora separadamente, de modo que place nombrar ahora al Señor, ahora a los varones. Los judíos, sin embargo, tejen aquí una larga parábola de reprensión, aseverando que tres ángeles fueron enviados por el Señor, uno para predecir el nacimiento de Isaac, dos para subvertir Sodoma: pues a aquel con quien habló el justo, diciendo: «Señor, si he hallado gracia a tus ojos (ibid.)», sueñan con espíritu profético que conoció que había llegado el pregonero del nacimiento de Isaac. A aquel adora, como Betsabé al rey David, y asiste incansable a sus compañeros por la reverencia de él (2 Sam 3). Por lo cual también no sino dos se cuentan en la subversión de las ciudades infelices, habiéndose retirado ya aquel superior, que había completado el nacimiento de Isaac con fiel devoción. Pues tres varones mandan que Sara sea llamada, pero es uno el que manifiesta el arcano de la promesa inesperada. Esto dicen los judíos, y los que eligieron más judaizar que creer. Pero, para que concluyamos brevemente, toda aquella sociedad acoplada, ya de patriarcas o de profetizantes, se encuentra que no hizo mención abierta, ni en las

palabras ni en las cosas, del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Ven, pues, e intuya al hijo de Zacarías sosteniendo con sus propias manos a Dios y al hombre: y mira que los cielos se abren allí, y desciende el Espíritu Santo en especie corporal como paloma sobre Cristo; y se oyó la voz del Padre: «Este es mi Hijo amado (Mt 3)». ¿Ves que para la novedad de los nombres sacratísimos se abren los palacios de los cielos? El Padre es oído en la voz, el Hijo es bautizado en el río, el Espíritu Santo es mostrado en la especie de paloma. Está presente Juan en medio de toda la Trinidad, y los nombres personificados de la sustancia indivisa santifican al glorioso Bautista; y el nombre de la Trinidad, velado en los siglos anteriores, reluce sin el ensombrecimiento de velo alguno. Señor, ¿quién es este, para que te hayas dado a conocer a él?

El noveno es el testimonio de la Sabiduría. Habiendo oído Juan en las prisiones las obras de Cristo, envió a él a sus discípulos, y les fue respondido: «Los ciegos ven, etc. (Mt 11)», lo cual prosigue la copiosa narración de la verdad evangélica. Mas al retirarse los mensajeros, para que tal vez en presencia de ellos no pareciera oler a adulación, comenzó Jesús a decir a las turbas sobre Juan: «¿Qué salisteis a ver al desierto? ¿Una caña agitada por el viento? (ibid.)». ¡Oh mira testificación del Redentor! ¿Quién entró en el mundo, y no conoció al mundo siquiera en algo? ¿Quién es aquel a quien ni la ventosa felicidad, ni la turbia adversidad, ni el aura más tenue de cualquier pecado no haya inclinado? Al final se

subañade lo que excede a la tierra, traspasa el cielo, y alcanza el mismo vértice de la dignidad angélica. «Entre los nacidos —dice— de las mujeres, no surgió uno mayor que Juan el Bautista (ibid.)». ¿Qué quieres más? De ningún otro pudo decirse, dice Agustín, lo que se dijo de Juan. ¿No me opondrás al evangelista más amado entre los demás apóstoles? ¿No al príncipe de los apóstoles antepuesto a todos los apóstoles? ¿No al Vaso de elección trasladado a los secretos del tercer cielo? Ni el esplendor apostólico ose concurrir contra el Precursor, porque ya todos estos habían excedido las metas de la adolescencia, cuando fue proferido por la Verdad: «Entre los nacidos de las mujeres no surgió uno mayor que Juan el Bautista». Considera las mansiones del reino, y recorre todo el orden de la generación humana, y verás que sólo Juan está antepuesto tanto a los nuevos como a los viejos.

El décimo es la aserción de la madre Iglesia. Se teje la orla de la clámide y el ungüento derramado en la cabeza, también inunda abundantemente la extrema franja del vestido. Pues aquella madre y maestra de todas las Iglesias, la Iglesia Romana, a la cual fue dicho: «Yo he rogado por ti, para que no falte tu fe (Lc 22)», fue consagrada y señalada en el honor de Juan el Bautista, después del nombre del Salvador. Pues era digno que la autoridad de la esposa siguiera la sentencia del esposo, y promoviera a su singular amigo allí mismo, donde ella misma ascendió al principado. Elección sin duda singular, reivindicar en aquella misma ciudad el primado de la Iglesia para Juan, a quien

las dos lumbreras del cielo consagraron con una muerte clarísima. Se crucifica Pedro, se decapita Pablo, la dignidad permanece para el Precursor. Se purpura Roma con la multitud de mártires, y toda la sublimidad se refunde al bienaventurado patriarca. Juan es en todas partes mayor, en todos singular, admirable sobre todos. ¿Quién fue así gloriosamente anunciado? ¿Quién se lee que haya sido tan especialmente lleno del Espíritu Santo en el útero de la madre? ¿A quién leísteis haber saltado de júbilo dentro del útero de la madre? (Lc 2). ¿El nacimiento de quién habéis visto celebrar a la Iglesia de Dios? ¿Quién así de niño codició el eremo? ¿Quién se lee que haya conversado tan sublimemente? ¿Quién mostró primero la penitencia y el reino de los cielos? ¿Quién bautizó al Rey de la gloria? ¿A quién se reveló primero la Trinidad? ¿De quién dio Dios tal testimonio? ¿A quién honró así la Iglesia? Mira si no todas estas cosas son aquí tan singularmente singulares, que ninguno de los mortales ose anhelar las predichas dignidades.

Tal vez dispones oponerme que este tiene estas cosas como propias de tal modo que no alcanza las demás cosas comunes de los santos. Oye, pues: Juan es patriarca, más aún, fin y cabeza de los patriarcas; Juan es profeta, más aún, más que profeta: porque a aquel que anuncia que viene, lo muestra con el dedo; Juan es ángel, pero también elegido entre los ángeles, por testimonio del Salvador, que dice: «He aquí que envío a mi ángel, que preparará el camino ante mi faz (Mt 11)». Juan es apóstol, pero también

el primero y el príncipe de los apóstoles; porque «hubo un hombre enviado por Dios (Jn 1)». Juan es evangelista, pero también el primer segador del Evangelio, predicando el Evangelio del reino. Juan es virgen, más aún, insignia de la virginidad, título de la pudicicia, ejemplo de la castidad. Juan es mártir, pero también luz de los mártires, entre el nacimiento y la muerte de Cristo forma del más constante martirio. Paso por alto que es la voz del que clama en el desierto (Is 40), que es pregonero del Verbo, que es precursor del Juez. Dejo también aquello, que hasta Juan llegaron la ley y los profetas, que Juan mismo es Elías, que es lámpara ardiente y luciente, que es amigo del Esposo, preparador de la Esposa. Paso en silencio que fue de tal modo inserto en los nueve órdenes de los ángeles, que incluso es trasladado al ápice de los Serafines. Verdaderamente esto es de un trabajo laborioso, y la pobreza de nuestro sentido no basta. Basten estas cosas que por el presente se han dicho de la alabanza de Juan para la gloria del Redentor, que es Dios bendito por los siglos de los siglos. Amén.

* SERMÓN XXIV. II. EN LA NATIVIDAD DE S. JUAN BAUTISTA. (24 DE JUNIO.)

La festividad de hoy, dilectísimos, conspicua en todo el orbe de la tierra, irradia nuestras mentes tanto más claramente con cierto esplendor de una nueva luz, por la cual también nos invita a que recordemos el principio de nuestra redención y el orto de la verdadera luz. Pues, ¿a quién que medite el nacimiento de Juan no se le

ocurre pronto el nacimiento de Cristo, especialmente cuando para que naciera Juan de un padre anciano y de una madre estéril no existió ninguna otra causa, sino para que nacido admirablemente precediera al que había de nacer singularmente? A saber, para que el amigo precediera al Esposo, el siervo al Señor, la voz al Verbo, la lámpara al Sol, el pregonero al Juez, el salvado al Salvador. Testifica también el mismo Juan que esta es la causa de su venida, no para que simplemente viniera, sino para que precediera al Señor para el indicio de su manifestación. «Después de mí —dice— viene un varón que fue hecho antes que yo; porque era primero que yo: y yo no lo conocía: mas para que fuera manifestado en Israel, por eso vine yo bautizando en agua (Jn 1)». Lo precedió naciendo, predicando, bautizando, muriendo, y finalmente también descendiendo a los infiernos. Precedió por tanto al Señor, y se precedió también a sí mismo. Pues antes de que fuera concebido en el útero, la incredulidad cerró la boca paterna; la cual él mismo, antes de que hablara, abrió admirablemente por la expresión de su nombre. Claramente, cuando todavía no podía proferir palabras a los hombres, pudo anunciando con júbilo al Rey del cielo latente en el útero de la Virgen a las entrañas maternas. Pues el Espíritu Santo, que lo animó, antes de que tomara las auras vitales, llenó también el hospicio del pudor materno en el que moraba. Por lo cual Isabel: «He aquí —dice— que apenas se hizo la voz de tu salutaciun en mis oídos, saltó de gozo el infante en mi útero (Lc 1)».

Donde debe preguntarse cómo pudo ser que el Espíritu Santo infundiera en él sus dones; cuando, según el rito de la condición humana, todavía existía concebido en iniquidades, y todavía no había soltado el vínculo del pecado original, percibida la circuncisión de la observancia legal, cuando por Moisés la divina voz dice: «El varón, la carne de cuyo prepucio no fuere circuncidada, perecerá aquella alma de mi pueblo, porque hizo irrita mi alianza (Gén 17)».

Pero debe notarse que la gracia del Espíritu Santo no está ligada por la ley, no se mantiene por el vínculo de la necesidad; sino que así como sopla donde quiere, así también dispensa gratuitamente sus dones a quienes quiere. Pues también al centurión Cornelio, antes de que recibiera el lavacro del bautismo, lo inspiró (Hech 10): e incluso sobre algunos todavía gentiles, mientras hablaba Pedro, no sólo como testifica la Escritura, cayó, sino que también los instruyó para que hablaran en lenguas (ibid.). ¿Qué maravilla, pues, si el Espíritu Santo llenó al bienaventurado Juan antes de cualquier remedio del mandato legal, a quien la divina providencia constituyó como cierto límite y, por así decirlo, término intransitable de la misma ley, y de los Profetas y de todo el Antiguo Testamento? Pues la Ley y los profetas, como dice la Verdad, llegaron hasta Juan (Mt 11). Pues este Juan, con el Señor, recibió ciertamente la circuncisión en su carne, pero al recibirla la terminó. Y por eso, el que brilló como pregonero y magnífico anunciador de la nueva gracia, no necesitó de la circuncisión para evadir el pecado original, sino

que la elección divina lo promovió sobre la ley, sobre el orden de la condición humana, a quien también le fue conferida la gloria de tan gran honor que la misma Genitriz de Dios estuviera presente en su nacimiento, y el Creador del mundo, latente en el útero, dedicara su principio con su presencia. Testifica esto Lucas el evangelista, cuando dice: «Permaneció María con ella, a saber Isabel, como unos tres meses, y regresó a su casa (Lc 1)». Pues desde la concepción del Señor hasta el nacimiento del bienaventurado Juan hay tres meses. No quería, por tanto, María marcharse, hasta que prestara el ministerio de su solicitud a la anciana y parturienta, y viera preceder al pregonero a aquel que llevaba en el aula de su cuerpo como Rey. ¡Feliz parto, al cual recibe aquella luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo (Jn 1)!

Pero mientras hablamos estas cosas, de repente nos surge una cuestión que no sin causa parece introducir una duda. Pues testifica el Señor que entre los nacidos de las mujeres no ha surgido uno mayor que Juan el Bautista (Mt 11). Excluyó, por tanto, a uno mayor, no negó a un igual. De aquí es que el ángel dice a Zacarías: «Él mismo precederá ante él en el espíritu y la virtud de Elías (Lc 1)». Par a Elías, pues, parece Juan, en cuyo espíritu y virtud se aserta que ha de venir; especialmente cuando también en otro lugar la misma Verdad dice: «Elías ya vino, y no lo conocieron, sino que hicieron en él todo lo que quisieron (Mt 17, 12)»: y si queréis saberlo, Juan mismo es Elías. Pero he aquí que, por el contrario, ocurre aquello

de que Eliseo recibió el doble espíritu de Elías, según el modo de su petición. «Te ruego, Señor, que se haga tu espíritu doble en mí (2 Rey 2)». Que si Eliseo aventaja doblemente a Elías, ¿cómo no supera a Juan, igual a Elías, que el cual entre los nacidos de las mujeres nadie mayor surgió?

Verdaderamente, para que se solucione la cuestión, debe sopesarse el sentido, para que lo que suena duro en las palabras exteriores, la discreción del que percibe sobriamente entienda que procede de una piadosa intención. Pues sonó duro que Eliseo pidiera el doble espíritu de su maestro; cuando no es el discípulo sobre el maestro (Mt 10). Pero de una mente pura procedió esta petición, porque no pidió algo terreno, sino la gracia espiritual. Por lo cual también Elías, como algo indignado, reprendió las incautas palabras del discípulo, cuando dijo: «Cosa difícil has pedido (2 Rey 2)»; mas mirando la simplicidad de la piadosa intención, subañade pronto: «Sin embargo, si me vieres cuando sea quitado de ti, será lo que pediste (ibid.)» No ciertamente la duplicidad, que el habla incauta vierte, sino el don del espíritu, que buscó con una humilde y sincera intención de la mente. De este modo, por tanto, de ninguna manera supera Eliseo a Juan, como tampoco es mayor que Elías. Sin embargo, si inspeccionamos diligentemente el tenor de la sagrada historia, encontramos que Eliseo fue más fecundo o más claro que Elías en las virtudes de los milagros. Aquel, sin duda, viviendo, restituyó a la vida a un niño muerto (1 Rey 17); este, ya muerto, resucitó a un muerto (2 Rey 13). Profetizando

aquel, la tinaja de harina y la vasija de aceite no faltaron (1 Rey 17); este ofreció a la ciudad sitiada y afligida pronto al día siguiente increíbles suministros de los campamentos enemigos (2 Rey 6). Y, para que concluya todo brevemente, Elías brilló con doce milagros; Eliseo, como transmite la verdad de la Escritura, con veinticuatro signos de milagros, los cuales ciertamente, porque evitamos el hastío, posponemos enumerar aquí. ¿Cómo, pues, me libraré de este nudo de la cuestión, para que, proferida la magnitud de Juan, no vacile la sentencia de la Verdad, por la cual se dice que en los nacidos de las mujeres no hay uno mayor que Juan el Bautista? Pues si Eliseo es mayor que Elías, por tanto es también mayor que Juan. Lo cual es imposible que sea.

Pero debe notarse que una cosa es hacer algo grande en los signos de los milagros, y otra cosa es ser grande en la excelencia de los méritos. Pues si se trata de milagros, se encuentra en las páginas de las Escrituras que Juan no hizo ningún milagro. ¿Será por esto el ínfimo de todos los santos, porque se transmite que no hizo ningún signo de virtudes? Eliseo, pues, es mayor que Elías en la exhibición de los signos, a quien sin embargo de ninguna manera supera en el cúmulo de los méritos. Así también Juan es ciertamente par de Elías; porque así como aquel ha de ser el pregonero del juez, así también este fue hecho precursor del Redentor, pero mayor que Elías, porque a quien mostró, también bautizó. Finalmente, en aquel sacramento del bautismo la onda del Jordán fue más lavada que lo que lavó, de la cual además

el agua de todas partes de la tierra concibió la virtud de la santificación. Allí el bienaventurado Juan oyó la voz del Padre, vio al Espíritu Santo descendiendo en especie de paloma, e introdujo en las aguas al Hijo de Dios, temible para los ángeles, inclinado por sus propias manos. Pues aquel fundamento y origen del bautismo mostró con hechos lo que la Verdad después enseñó a los discípulos a hacer con palabras llenas de virtud. «Id —dijo—, enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo (Mt 28)». Allí la cosa es manifiesta y no las palabras; aquí las palabras y la cosa verdadera, pero oculta. Juan, por tanto, es el límite de los méritos humanos. Pues por mucho que exceda la autoridad del senado apostólico, por mucho que la fe de los patriarcas progrese en el reconocimiento divino, o los oráculos de los profetas se fortalezcan para referir los secretos misterios, por mucho que ciertamente se acumule la gloria de los mártires triunfantes, por mucho que florezca la primaveral pudicicia de las vírgenes, o se ejercite la lengua de los doctores en las palabras de vida, todo se contiene más acá de la meta de Juan, y nada de la virtud humana, nada de la religión, nada de la perfección progresa más allá. Cuya incomparable serie de vida no la tejió algún historiógrafo después de su muerte, sino que aquel archángel principal, antes de que fuera concebido en el útero, al igual que del Señor, así también de este narró las obras admirables. El pregón de este, ciertamente, lo aprendimos no por aserción de cualquier hombre verídico, sino de la boca de la

misma suma Verdad. Y él es el asertor y alabador de Juan, que es alabado y bendecido por todas las criaturas celestiales y terrenas. Finalmente, de aquella palabra fueron extraídas las alabanzas de Juan, por la cual fue fundada la tierra seca, se mueven los astros, fueron creados los elementos. En verdad, ¿de cuánta magnificencia es merecer la gloria de la alabanza de aquel ante quien la suma felicidad es impetrar el perdón de la piedad, y ser antepuesto a los hombres por aquel por quien es glorioso ser de cualquier modo aprobado? Pues dijo: «¿Qué salisteis a ver? ¿un profeta? Os digo que también más que un profeta (Mt 11)».

Pero porque un profeta es egregio e insigne entre los demás hombres, el cual no teniendo par en el género común de los hombres, incluso es antepuesto a un profeta, resta que ya no sea llamado hombre, sino ángel. Por lo cual también subañadió: «Pues este es de quien está escrito: He aquí que yo envío a mi ángel, que preparará el camino ante mi faz (ibid.)». Pero también en su suposición se muestra mejor al bienaventurado Juan cuánto es preferido a los demás hombres, sobre el cual dijo el Señor: «Mas el que —dice— es menor en el reino de los cielos, es mayor que él (ibid.)». Porque, a saber, nuestro Redentor, que es menor que Juan en la tierra por el acceso de la edad subsiguiente, es mayor en el cielo por el privilegio de la majestad eterna. ¡Oh feliz aquella deyección, cuando el hombre es supeditado a Dios, la criatura es precedida por el Creador, lo exiguo es superado por la gloria de la inmensidad! Se dice que Cristo es mayor que Juan en el cielo, donde

es adorado por todas las virtudes de la dignidad angélica, ante quien los querubines y serafines se postran humildemente, ante cuyo imperio tiemblan los Principados y las Potestades, cuyo rostro, en fin, los ángeles desean contemplar (1 Pe 1); muestra que él aventaja a Juan en la dignidad celestial, en cuya mirada claramente todas las gentes son como una gota de un cubo, y según el vaticinio del profeta, han sido reputadas como nada y vacío (Is 40); no se digna anteponerse al bienaventurado varón en la comparación, para que se encuentre que el hombre tiene ante Dios como un lugar de comparación por la excelencia de los méritos. Pues el que es autor de la alteza, él mismo se nos hizo maestro de la humildad. A él la gloria y el imperio, tanto ahora como desde ahora, por los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN XXV.

III. EN LA NATIVIDAD DE S. JUAN BAUTISTA. (24 DE JULIO.)

Muchas cosas, dilectísimos, sabemos compuestas con estilo pulido por nuestros padres en alabanza del bienaventurado Juan, y lucidamente expresadas. Por lo cual nosotros, los rudos, nos avergonzamos de introducirnos entre los eruditos, y de balbucir entre los elocuentes. ¿Quién callará en el nacimiento de la voz? ¿Quién enmudecerá ante la alabanza del pregonero, sino tal vez aquel que desconfía de esto que se oye por el ángel? Zacarías, en efecto, mientras no cree al oráculo del ángel que habla, pronto es privado

del oficio de hablar, y al advenimiento de la voz, pierde el elocuente hablar (Lc 1). Pero verdaderamente, una vez nacida la prole, que decoraba la alcurnia del linaje paterno con el título de una nueva gloria, mientras ya no duda, sino que más bien se regocija de imponer el nombre, no sólo se le restituye el órgano de la locución reformado, sino que también se ve colmado por la gracia del espíritu profético; y el que hasta entonces había perdido la facultad de proferir cualquier discurso, ya enriquecido por el oráculo del vaticinio profético, revela los arcanos del misterio salutífero. Juan claramente era la voz, precedía al Verbo y anunciaba al Verbo. De esta voz, o pregonero, también Isaías, el pregonero eximio de los profetas, había sido hecho, cuando clamaba: «Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor (Is 40)». Por Malaquías también dice la voz divina: «He aquí que envío a mi ángel, que preparará tu camino ante ti».

Pensemos, hermanos carísimos, este varón por qué privilegio de tan magnífica sublimidad sobresale, por qué loftiness de méritos incomparable sobresale entre los coros de los santos, el cual a semejanza del Salvador, fue tanto predicho antes por los profetas, como anunciado por el mismo ángel que el Señor: además, por testimonio de la misma Verdad existió glorioso con inmensos pregones de alabanzas. A tal hombre convenía que tuviera el Esposo celestial como amigo; tal era oportuno que fuera el federador de las nupcias celestiales. «El que tiene —dice — a la esposa, es el esposo (Jn 3); mas el amigo

del esposo, que está y lo oye, se alegra con gozo por la voz del esposo». Mas para que la santa Iglesia se purgara de todo cieno de contagio, y no teniendo mancha ni arruga (Ef 5), mereciera entrar en los tálamos del Esposo celestial, se hizo por el misterio de este bienaventurado paraninfo, que tanto sumergió en los flujos jordanos, como lavó al autor de aquel mismo bautismo y de toda limpieza, limpiando los mismos torrentes.

De estas nupcias, en efecto, aquel Judá tuvo la figura, el cual bajó a trasquilar las ovejas en Thamnas con Hiras, a saber, el pastor de su grey (Gén 38). Mas Thamnas se interpreta como «deficiente», por la cual a saber se muestra la Sinagoga, en la que los reyes y los profetas habían faltado, y al mismo tiempo la unción, hasta que viniera aquel a quien estaba reservada. Por lo cual también se dice por el profeta: «Cuando venga el Santo de los santos, cesará la unción (Dan 9)». ¿Qué, pues, se entiende por Judá, que vino a trasquilar las ovejas en Thamnas, sino nuestro Redentor, que se conoce que vino a la Sinagoga para exonerar de sus pecados a las ovejas que habían perecido de la casa de Israel (Lc 15)? Por lo cual también el Esposo a la esposa en los Cánticos: «Tus dientes como grey de trasquiladas, que subieron del lavacro (Cant 4)». Por lo demás, los dientes de la Iglesia se sabe que son los santos doctores, a los cuales primero se dijo: «Mata y come (Hech 10)». Como si dijera: De aquello que son, mata con la espada del espíritu, esto es, con la palabra de la predicación, y traslada al cuerpo de la Iglesia. Los dientes, por

tanto, de la esposa son los santos doctores, los cuales, puesto que son simples por la inocencia, y dejándolo todo, están desnudos de los vellones de sus facultades, y purificados por la onda del sagrado bautismo, son como grey de trasquiladas que subieron del lavacro. Vino, pues, Judá a trasquilar las ovejas, no ciertamente solo, sino con su pastor Odollamita, cuyo nombre era Hiras. ¿A quién entendemos por el Odollamita, sino a Juan? Mas Odollamita se interpreta como «testimonio en el agua». Con este testimonio claramente vino el Señor al agua del bautismo, teniendo ciertamente un testimonio mayor que Juan, pero por las ovejas enfermas, se dignó usar este testimonio en el agua. Por lo cual, cuando lo vio acercarse a las corrientes del Jordán, pronto exclamando, dijo: «He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita los pecados del mundo (Jn 1)». Y el evangelista dice: «Testimonio dio Juan diciendo: Que vi al Espíritu descendiendo como paloma del cielo, y permaneció sobre él, y yo no lo conocía; mas el que me envió a bautizar en agua, él me dijo: Sobre quien vieres al Espíritu descendiendo y permaneciendo sobre él, este es el que bautiza en el Espíritu Santo (ibid.)». A cuya visión, a saber, también el nombre de aquel pastor cuadra muy aptamente. Pues Hiras se interpreta como «visión de mi hermano». Era, en efecto, el Señor hermano de Juan, no sólo según la simiente de Abraham, sino también según el parentesco de María e Isabel.

Pues aquello también que sigue en la historia, que Judá dio a Thamar su báculo, y su anillo, y sus

brazaletes (Gén 38), ¿qué otra cosa significa, sino que nuestro Redentor dio a la Iglesia el cetro del reino, el signo de la fe, y el vínculo de la caridad? Pues por el báculo se expresa el poder real; por el anillo, la integridad de la fe; por los brazaletes, que suelen llevarse en los brazos, se entiende el ejercicio de la buena obra, o el vínculo de la mutua dilección. Y estas cosas ciertamente se las dio como prenda, hasta que enviara el cabrito que había prometido. Mas aquel Cabrito, a saber el Salvador del mundo, que vino en semejanza de carne de pecado (Rom 8), cuando vino la plenitud del tiempo, lo envió a la Iglesia. Mas lo envió, porque vino a este mundo como por las manos de Juan. Juan fue el mediador entre la Ley y la Gracia, entre la Sinagoga y la Iglesia, entre Cristo y el mundo. El cual, aunque ya estaba muerto cuando el Señor padeció, sin embargo rectamente se dice que lo trajo a la Iglesia, porque tanto lo mostró presente, como bautizándolo, como por sus propias manos, lo entregó al mundo. De este cabrito, a saber nuestro Redentor, se dice en la Ley: «Un cabrito sin mancha ofreceréis al Señor (Ex 12)». Pues Él ciertamente es el Cabrito, porque se hizo por nosotros pecado (2 Cor 5); pero sin mancha, porque no hizo pecado, ni se halló dolo en su boca (1 Pe 2). Este cabrito, por tanto, envió Judá a Thamar, cuando por la predicación de Juan, el Redentor del mundo fue manifestado a la Iglesia.

Pero debe notarse que lo envió por su pastor el Odollamita. Pues Juan ciertamente, como hemos dicho, es el Odollamita, esto es, el testimonio en el agua. Por el cual a saber el Señor es enviado

a la Iglesia, porque por su testimonio se hace conocer a los creyentes. El cual, aunque era amigo del Esposo, sin embargo es llamado su pastor, porque era el guía y maestro de aquel pueblo que había reunido por la palabra de la predicación. Por lo cual también tenía discípulos, a los cuales instruía en el camino de la vida. Pero cuando vino el Esposo, no envidió su gloria, sino que más bien se regocijó con su voz. «El que tiene a la esposa —dijo— es el esposo; mas el amigo del esposo, que está y lo oye, se alegra con gozo por la voz del esposo (Jn 3)». ¡Oh gran humildad del Precursor! No busca su propia gloria, sino la gloria de aquel que lo envió. No quiere ser llamado el Esposo, aunque se pensaba que era el Cristo (Lc 3), sino que se confiesa amigo del Esposo. Está en pie, ciertamente, porque no cae por la soberbia; oye, porque obedece a los mandatos divinos. Y se alegra con gozo, no por su propia alabanza, sino por la voz del Esposo, esto es, por la manifestación de la Verdad.

Vio, pues, Juan a su hermano estando aún encerrado en el útero, lo vio en el bautismo, vio al hombre con los ojos de la carne, vio la majestad en el espíritu. Por lo cual la interpretación de ambos nombres, a saber Hiras, que es visión de mi hermano, y Odollamita, que suena como testimonio en el agua, el mismo Juan la comprendió bajo el versículo de una sola sentencia, diciendo: «Y yo vi, y di testimonio de que este es el Hijo de Dios (Jn 1)». Viniendo, pues, Judá a trasquilar las ovejas, Thamar muda el hábito, porque muda el nombre espiritual. Pues Thamar se interpreta

como conmutante. Pues de la Sinagoga se hace la Iglesia. Pero según la letra, permanece el mismo nombre de amargura: no de aquella en la que el soldado ofreció al Señor hiel para beber; sino más bien de aquella en la que Pedro lloró amargamente después de su caída (Mt 27). Mas Judá (Mt 26) se llama confesión. Thamar, por tanto, durmiendo con Judá, concibe al punto; porque cuando la amargura se mezcla con la confesión, la santa Iglesia pronto se fecunda para producir los frutos de la penitencia. Por lo cual también Juan: «Haced —dijo— frutos dignos de penitencia (Mt 3)». El cual fruto de la penitencia ciertamente brotó primero en Jerusalén, y así después germinó por toda la latitud del mundo. De aquí que la Verdad dice: «Convenía que Cristo padeciera, y resucitara de entre los muertos al tercer día, y que se predicara en su nombre la penitencia y la remisión de los pecados a todas las naciones, comenzando desde Jerusalén (Lc 24)». Pues también el mismo hábito meretricio significa la confesión de los pecados; o porque Thamar se compone de dos palabras corrompidas, a saber Thamna, que se dice deficiente; y Mara, que es amargura. Bien desfalleció en ella la amargura cuando, hecha fecunda de estéril, procreó la dulce prole de un nuevo germen. Thamar, por tanto, es fecundada por quien no la conoce; porque la santa Iglesia, en cuanto a la gentilidad, en el principio, mientras concibe la semilla de la nueva fe, es no reconocida. Por lo cual también se canta: «El pueblo que no conocí, me sirvió (Sal 17)». e Isaías: «He aquí —dice— llamarás a una nación que no conocías;

y las naciones que no te conocieron, correrán a ti (Is 55)».

Por lo demás, el que se le envíe el cabrito por el mismo Odollamita, ¿qué otra cosa designa sino el reproche de los pecados hecho por Juan? Pues como si el portador trajera un cabrito a la meretriz, cuando a la multitud que se apresuraba al lavacro del bautismo, decía por medio de una reprensión: «Generación de víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera? (Mt 3)». Requería, pues, Hiras el Odollamita de Thamar el anillo, el brazalete y el báculo. Por el anillo se designa el sello de la fe, por el brazalete el trabajo de la obra, y por el báculo la quietud de la esperanza. Pues requería como el anillo de la fe cuando decía: «El que cree en el Hijo de Dios tiene vida eterna; mas el que es incrédulo al Hijo Cristo, no verá la vida, sino que la ira de Dios permanece sobre él (Jn 3)». ¿O no pertenecía también al anillo cuando decía: «El que tiene a la esposa, es el esposo (Ibid.)»? Y exhibía el brazalete del trabajo cuando decía: «Haced penitencia (Mt 3)». También la quietud del báculo, cuando añadía inmediatamente: «Porque el reino de los cielos se ha acercado (Ibid.)». Como si hablara claramente: No queráis desmayar bajo el trabajo de la penitencia que se os ha impuesto, sino más bien robusteced el ánimo con firme esperanza por la cercanía del reino celestial.

Buscó, pues, Judá a ella en la encrucijada, pero no la pudo hallar; porque la que en público, según el profeta, y bajo todo árbol frondoso había sido prostituida (Jer 2, 3), ya se había recluido en la casa paterna, a saber bajo la disciplina de Cristo:

ni la halló el reproche del pecado, a la que la amargura de la confesión había mudado. Se vistió con los vestidos de la viudez; porque además del Esposo celestial, que murió por ella, no admite a otro. Mas el que aparecieran gemelos en el útero, son dos pueblos generados en el seno de la Iglesia por la gracia del Espíritu Santo. En la misma efusión de los que nacían, uno sacó la mano, y atado el escarlata, pronto la retiró; y así abrió el camino para que el otro naciera antes que él. Porque ciertamente el pueblo judaico, que primero comenzó a nacer a la luz del Espíritu, mostró sus obras manchadas con la sangre de los profetas precedentes y del mismo Señor. Por lo cual también Zara se interpreta como naciente; porque aquel pueblo hebreo nació primero según la letra de la ley, pero se hizo posterior para recibir la gracia del Evangelio. De este modo, por tanto, retiró la mano el pueblo de los judíos que ya había comenzado a nacer por el espíritu; y pronto prorrumpió, y se hizo primogénito, el pueblo de las naciones. A saber para que, según la sentencia de la Verdad, fueran los últimos los que eran primeros; y se hicieran primeros los que eran últimos (Mt 20). Bien, por tanto, Fares recibió el nombre de división. Por lo cual también la partera, al nacer él, clamó: «¿Por qué se ha dividido por ti la pared?» Pues todo el género humano, como brotes de los bosques distorsionados, había hecho una pared contra el Señor que venía en la carne: y para que no entrara a realizar el misterio de la redención, se oponía unánimemente. Por lo cual también Pablo: «Nosotros —dijo— predicamos a Cristo

crucificado, para los judíos ciertamente escándalo, mas para los gentiles necedad (1 Cor 1)». Pero el pueblo gentil dividió esta pared, como al nacer, cuando por el centurión Cornelio, y otras primicias de la fe, recibiendo el lavacro del bautismo, se acogió bajo el título de Cristo (Hech 10). Esta alternancia de nacer consideraba el B. Juan, cuando decía a las turbas de los judíos que confluían de todas partes: «No comencéis a decir: Tenemos por padre a Abraham. Pues os digo que poderoso es Dios para de estas piedras suscitar hijos de Abraham (Mt 3)». Como si dijera claramente: Los pueblos gentiles, que son piedras, porque adoran piedras, se os harán primogénitos para el sacramento de la regeneración y de la nueva gracia, cuyo primado vosotros parecíais haber rehusado por las ceremonias legales.

Estas cosas, hermanos carísimos, no exponiéndolas, sino tocándolas de algún modo, las recorremos sucintamente, para que demostremos al B. Juan como ministro de la nueva gracia, y paraninfo de las nupcias espirituales, incluso desde las antiguas páginas de la sagrada Escritura. Pues a este insigne y egregio varón de todo el género humano, el Salvador lo tomó para sí como compañero de viaje para recorrer, como gigante, el camino de nuestra mortalidad; y lo eligió para realizar el negocio de nuestra redención, para que de algún modo fuera partícipe y colaborador. Por lo cual, cuando se acercaba a él para ser bautizado, el sublime y humilde siervo se excusaba trémulo del ministerio que se le había impuesto, diciendo: «¿Yo debo ser bautizado por ti, y tú vienes

a mí? (Mt 3)». Él respondió: «Déjalo por ahora. Pues así conviene que cumplamos toda justicia». ¡Oh Señor!, tú dijiste: «Hágase la luz, y la luz fue hecha (Gén 1)». Háganse las estrellas del cielo, las bestias del campo, las volátiles del aire, los peces de las aguas. Todas estas cosas fueron fundadas al solo imperio de tu mandato, todas se disponen al único gesto de tu voluntad, ni empleaste para realizar estas cosas el auxilio de cualquier potestad angélica; ¿cómo, pues, dices ahora, como coigualándote a un hombre de condición terrena, y contemperándote a nuestra enfermedad: Déjalo por ahora; pues así conviene que cumplamos toda justicia? Pues he aquí que aquel a quien tú elevas al participio de tu cooperación, a quien de algún modo levantas a la cumbre de tu semejanza, diga qué comparación puede hacerse de ti con él. Dice, pues: «No por medida da Dios el Espíritu (Jn 3)». El Padre ama al Hijo, y todas las cosas dio en su mano; pero porque él declara que tú no tienes ninguna medida del Espíritu, diga qué siente de sí mismo: «Nosotros —dice— todos recibimos de su plenitud (Jn 1)». Como si dijera: Nosotros somos vasos, Él es la fuente. Él dispensa en nosotros según la medida de su moderación, de donde redunda incomparablemente la plenitud de su inmensidad. Mas qué comparación hay entre ti y él, de nuevo lo declara manifiestamente cuando dice: «El que es de la tierra, de la tierra habla; el que viene del cielo, sobre todos es (Jn 3)». Cuánta obediencia de sujeción te deba, lo clama con voces públicas a todo el pueblo: «Viene uno más fuerte que yo, de quien no soy digno

de desatar la correa de su calzado (Lc 3)». ¡Oh excelsa majestad de la bienaventurada humildad, que mientras por su propio juicio se deprime a lo profundo, por la divina clemencia que la promueve, es elevada a lo celestial; y mientras se somete humildemente a Dios, se levanta excelentemente al consorcio de Dios! Pues él ciertamente se declara con los demás hombres ser tierra, y que habla cosas terrenas; mas el Señor testifica que entre los nacidos de mujeres no se ha levantado nadie mayor que él (Mt 11). Él vocifera ser indigno de desatar el vínculo del calzado; el Señor somete todo su cuerpo a sus manos, cuando se acerca para someterse al lavacro del bautismo. Él se niega humildemente como profeta, a quien el Salvador afirma ser más que profeta, e incluso ángel, de quien después dice: «Él era la lámpara ardiente y luciente (Jn 5)».

Considerad, hermanos míos, cuán admirable, más aún, cuán angélica era la vida del bienaventurado Juan, cuán ciertamente magnífica había brillado en la opinión de todos, que aunque no mostraba a nadie signo de virtud, sin embargo todo el pueblo estimaba que él era el Cristo, según atestigua Lucas, quien dice: «Estando, pues, el pueblo en expectativa, y pensando todos en sus corazones acerca de Juan, si acaso él mismo fuera el Cristo (Lc 3)». Pues ¿qué religión, qué perfección, qué virtud finalmente, qué género de santidad se encuentra en alguno de los santos que en Juan no posea el primado como de una cierta prerrogativa? Hay ciertamente santos ermitaños y anacoretas, pero ¿quién se fijó para sí una regla

de vida en la miel silvestre y en el incomestible alimento de las langostas? ¿A quién por lo demás no le bastarían para la aspereza de los vestidos los sayos de cilicio de las cabras? Este, ceñido con una zona de cuero, se viste con los pelos de los camellos. En verdad hay santos renunciantes y que dejan el siglo; mas este, de índole aún pueril, cuando todavía no había aprendido a vivir civilmente, penetrando los desiertos, decretó habitar solitario; ni se dignó suceder al padre en la dignidad sacerdotal, para haber podido predicar con libre voz al verdadero y sumo sacerdote de todos. Los profetas vaticinan el futuro advenimiento del Salvador, los apóstoles y demás doctores atestiguan que se ha cumplido; mas Juan lo muestra presente, a quien sirvió la predicación de todo el siglo, a saber tanto antiguo como moderno.

En esto también este sobrepasa a todos los profetas, puesto que aquellos reciben el Espíritu Santo por los incrementos de las edades; mas este, encerrado aún en las entrañas maternas, concibió la virtud del Espíritu, previniéndole la gracia; y al acercarse el Autor de toda alegría, exultó con los gestos de un cuerpo apenas formado. Otros permanecieron vírgenes no manchando sus vestiduras; mas este, para cortar de raíz en sí todos los halagos de la carne, y custodiar no solo los miembros genitales, sino también los oídos y los ojos en el verdor infalible de una floreciente y florida virginidad, rechazó el trato de la cohabitación humana, y por el fervor del espíritu se sumergió en las guaridas de las fieras. Entre los coros purpúreos de los mártires, el B. Juan presi-

de también en la cátedra del magisterio, porque como esforzado guerrero sucumbió por el testimonio de la verdad, y hecho guía de todos los que combaten por Cristo, introdujo el primero en el cielo el estandarte triunfal del martirio. El bienaventurado Juan, por tanto, se ha hecho partícipe de los coros de todos los santos, porque ninguna virtud de santidad le faltó: más aún, tanto más insignemente brilla entre todos los órdenes de los santos, cuanto más sublimemente se aproxima al Autor de todos por un mérito incomparable. El cual en la Trinidad perfecta vive y reina un solo y verdadero Dios por los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN XXVI.

DE SAN PEDRO APÓSTOL. (29 DE JUN.)

Sobre aquello del Cantar de Salomón: Las jovencitas te han amado en exceso.

Pedro el apóstol, príncipe de los apóstoles y primero de los príncipes, nos ha devuelto el día de hoy más brillante. Día sagrado por cierto, porque consagrado a un hombre sacratísimo, y asignado a las alabanzas de aquel a quien la asamblea angélica reverencia no mediocremente. Pues es el único a quien ennoblecen las insignias de un primado singular, llavero del reino de los cielos, lengua, fundamento de la fe. Se consuma el honor y la dignación gloriosa de que un hombre puesto en la tierra impere en los cielos, y entre los coros de los ángeles ejerza la virtud de la potestad judicial. Se sienta el Señor dominador entre las legiones que brillan con luz más lúcida,

y volando de los Tronos a los Querubines, intercambia los turnos de la sesión. Por lo cual es de admirar ciertamente el cambio de las sesiones, y traído de lejos por encima de las visiones de la razón humana, cuando se lee que se sentó ahora en los Tronos, ahora en los Querubines. Y aunque asistan los ángeles esperando el imperio del que preside, y los espíritus administradores sorteen los ministerios que se les han asignado; sin embargo, ninguno de ellos posee la potestad de atar y de desatar. Está presente Pedro, y a su arbitrio la universalidad del orbe se desata y se ata; y precede la sentencia de Pedro a la sentencia del Redentor, porque no lo que Cristo [ata], esto ata Pedro, sino lo que Pedro [ata], esto ata Cristo. Atándolo él mismo esto mismo: «Todo lo que —dijo— atares sobre la tierra, será atado también en los cielos (Mt 16)».

¡Oh qué poderosa dignidad, qué digna potencia! Juzga Pedro, y los juicios de Pedro los confirma el Omnipotente, y está en la mano de Pedro la mano del Altísimo; y solo aquel se hace familiar de Cristo, que hubiere tenido la familiaridad de Pedro. ¿Qué es aquello por lo cual, excluidas las legiones de ángeles y de hombres, solo Pedro reside en el consorcio de la majestad divina, y con el Señor que preside? Dulce coloquio, santa conversación; concilio especial de Pedro y de Dios, donde la indiferencia de los secretos acopla y une al hombre mortal con Dios. No es, pues, de maravillar si con más ardiente afecto ama al Salvador el apóstol Pedro, cuando un amor singular se ha infundido en él, para que tanto ame singular-

mente como sea amado especialmente. Su alma es una de las jovencitas que lo amaron en exceso. La edad pueril aún no es congruente para el amor, la senil desistió del amor. Es niño el que aún no comenzó a estudiar las cosas eternas; es anciano el que había comenzado, pero lo dejó. A ambos, por tanto, aquel sumo amador los excluye, y los elimina de la majestad de su dilección. Solo la adolescencia, incandescente con los fuegos más ardientes, no recibe un amor eclíptico, sino que reivindica para sí un ardor copioso. Entre las jovencitas, por tanto, a saber las almas de los elegidos, que prometieron al esposo celestial amor y fe, esta sola amó más ardientemente, e impaciente del amor, dijo: «Señor, si eres tú, mándame ir a ti sobre las aguas (Mt 14)». No temió la singular molestia del elemento, y la ondulosidad del mar embravecido no pudo retener el afecto del Apóstol. Pero ¿qué es lo que dice en exceso, cuando no puede ser amado en exceso aquel que se manda amar con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas?

Tres son los grados en el amor de Dios, de los cuales ascender a uno sin el otro, o poco vale, o nada. Corrió a él el Apóstol con pie veloz, hasta que, puesto en la cumbre del tercero, volara al palacio celestial. Pues Dios ha de ser amado dulcemente, sabiamente y fuertemente. Pero veamos ya qué es amar dulcemente a Dios. Pues dulce es, y dulcemente debe ser amado, quien no cesa de suministrar la multitud de su dulzura, tanto a los que lo aman como a los que lo temen. Se le ama en la dulzura cuando se le ama en la

carne; cuando no conocemos sino a Jesucristo, y a este crucificado; cuando toda la frecuencia de su carne se retiene por frecuente memoria; y sacude nuestros huesos hasta la médula la dignación de tanta conmiseración. Pues cuando recordamos que el Rey de la gloria sostuvo las miserias de un niño pequeño que llora, que fue envuelto en la vileza de viles pañales, que se sentó fatigado por el camino, que pasó con oído pacientísimo por los oprobios de los fariseos y las injurias de los judíos; ¿acaso no debemos compungirnos ante la intuición de tanta piedad? Considera al Hijo de la Virgen embadurnado de salivazos, lívido por las llagas, traspasado por los clavos. Atiende al rector del cielo puesto en la cruz, pálido por la muerte, deforme en la carne. No pases de largo ante el Señor de los ángeles, hecho oprobio de los hombres, varón de dolores y que conoce las enfermedades, varón herido por Dios y humillado, varón leproso y expuesto a todos los detrimentos. Este recuerdo enciende el corazón, abrasa el pecho, devora las entrañas. Tal memoria suscita las lágrimas, baña los ojos, humedece el rostro.

En torno a este grado se revuelve casi toda la insistencia de los religiosos, y es ave rara en la tierra la que puede pasar este progreso. Pues asiste a los que oran o la imagen del Dios que nace, o del que pende en la cruz, y retiene el afecto de la mente la encendida afección, y apenas permite discurrir hacia lo ulterior. En este grado consistía Pedro impresionado cuando, amando tiernísimamente la carne y el trato de Jesucristo, retiraba incluso al Salvador de la salvación del género humano,

diciendo: «Seas propicio para ti mismo, Señor, que no suceda esto (Mt 16)». A quien el Señor: «Vete —dijo— detrás de mí, Satanás, porque no sabes lo que es de Dios»; culpando el consejo, no el afecto. Pues amaba dulcemente, mas no sabiamente; ¿pues cómo sabiamente quien intentaba excluir la redención del mundo y la providencia de Dios? Pero lo había encendido su corazón una familiaridad más dulce, y la benignidad del que ama no podía soportar la palabra sobre la ausencia del Redentor. Aquí se ama a Dios con todo el corazón, cuando en el corazón del hombre habita el afecto y la dulzura, y solo el corazón custodia la dulzura del nombre del amor con perseverante estabilidad. De donde también obtuvo el uso común que, cuando vemos que alguien es amado vehementemente por otro, digamos: De corazón lo ama, a quien a saber ama y sigue.

El segundo es amar sabiamente. Este grado es de mucha altura, y promete un ascenso sumamente difícil. Mas no escapa a su cumbre sino una mente más pura, y que por la sabiduría sobrepuje a la sabiduría de los ángeles de este mundo. No se atiende aquí a la acumulada devoción del Dios que nace o que camina, sino al Verbo en el principio junto a Dios (Jn 1). Recuerda al Hijo de Dios fabricando todas las cosas con el Padre, creando a los ángeles, uniendo los elementos, disponiendo el mundo, gobernando todas las cosas; y conoce cuánto más excelsa es esta noticia que aquella. Contempla su inefable generación, y al Engendrado no disímil del Engendrador; ni al Padre anterior al Hijo; y entonces entenderás cuánta

diferencia desjunta a ambos nacimientos; pues una cosa es nacer en la gloria, otra en la miseria; una cosa ser igual a Dios, otra ser menor que los ángeles. Esta es la sabiduría singular: sobrepasar los obstáculos del cuerpo y de los cuerpos, y saltar al esplendor de aquella luz, donde la luz se ve en la luz, y Dios se demuestra no sirviendo, sino imperando. ¡Feliz el alma que, superada la materia de la carne feculenta, descansa en la luz de esta sabiduría! ¿Quieres ver a Pablo, cómo ascendió del primer grado al segundo? Cuando hubo dicho: «¡Lejos de mí gloriarme sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo!» (Gál 6), escribió en otro lugar: «Y si conocimos a Cristo según la carne, mas ahora ya no lo conocemos» (2 Cor 5). Este afecto de la sabiduría se asienta en el alma, que es la única capaz de razón; y contempla al espíritu incorpóreo e incircunscrito con infatigable meditación. Aquí se ama a Dios con toda el alma, esto es, con toda la sabiduría, quien antes era amado con todo el corazón, esto es, con la dulzura.

El tercer grado es amar fuertemente, esto es, con todas las fuerzas. Fuertemente ama quien, cuando fuere necesario, expone el cuerpo y el alma a los tormentos por la fe del Salvador. Este es el fruto de la obra, la consumación del trabajo, la prueba de la dilección. Pues del grado de la dulzura al grado de la sabiduría había ascendido el apóstol Pedro cuando decía: «Pongo mi vida por ti» (Mt 26). Nada más sabio ni más fuerte que: «Pongo mi vida por ti»; nada más insipiente ni más débil que: «Ni sé, ni conozco lo que dices» (Jn 15). Ciertamente ya amaba dulcemente, ya

sabiamente; pero perdió ambos cuando no amó fuertemente; cuando ante la voz de una mujercilla negó rápidamente a su Señor y Maestro. Pero cuando se dispuso a morir por Cristo, amó en exceso; porque «nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos» (Ibid.). Afijado a la cruz, no pudo ser separado de la fe. Ves, pues, cómo estos tres grados convienen a la triple ley del amor. Así, pues, amemos dulcemente, sabiamente y fuertemente, para que podamos llegar al Maestro de Pedro por su intercesión, el cual es bendito por los siglos. Amén.

SERMÓN XXVII.

DE LOS SANTOS APÓSTOLES PEDRO Y PABLO. (29 DE JUN.)

El día de hoy, dilectísimos, es claro y solemne, y santifica e infunde a toda la criatura con su luz. Pues no es una festividad desconocida, o confundida por las tinieblas de alguna oscuridad, sino conocida por todo el mundo desde el oriente del sol hasta el ocaso, reluciendo también ante los mismos cielos con clara luz. Pues los dos príncipes de los apóstoles, luminarias de la Iglesia, sumos mártires, doctores de la ley, amigos del esposo, ojos de la esposa, pastores del rebaño, custodios del mundo, en el día de hoy ascendieron a los reinos celestiales por un feliz martirio; uno príncipe del reino celestial, el otro arrebatado hasta el tercer cielo; uno antepuesto a los judíos, el otro dado a los gentiles; socios en la vida, consortes en la muerte, pares en la corona,

iguales en la gloria; jueces del orbe, confesores del Señor.

La disposición del Redentor es del todo admirable, y los juicios de Dios son un gran abismo (Sal 35), al haber puesto al frente de su Iglesia a aquellos que cayeron tan criminalmente que fueron adelantados en los flujos de los pecados. Cuando contemplo a Pedro, a quien la misma mano del Omnipotente inviste con las llaves del reino celestial, a quien el Padre revela la majestad del Hijo, sobre quien se funda la Iglesia, a quien se concede la potestad de atar y desatar (Mt 16), que cierra y abre los cielos, lo cual no se lee que tengan los querubines ni los serafines, me admiro vehementemente. De nuevo, cuando vuelvo los ojos y veo al mismo Pedro siguiendo de lejos al Salvador, y ante la voz de una sola sirvienta detestando y jurando «que no conozco al hombre», y abandonando con trémula huida a aquel mismo a quien había confesado como Hijo de Dios (Mt 26, Lc 22), me sacude el temor, diciendo conmigo mismo: «¿Quién conoció el sentido del Señor?» (Rom 11). Cuando miro a Pablo respirando amenazas y muertes contra los discípulos del Señor, llevándolos presos, condenándolos a muerte (Hech 9), y ensañándose con todo furor contra el cuerpo de la Iglesia, tiemblo dentro de mí mismo, diciendo: «No sabe el hombre si es digno de amor o de odio» (Ecl 9). Cuando miro desde lo alto y veo al vaso de elección llevar el nombre de Cristo ante las naciones, y los reyes, y los hijos de Israel, ser arrebatado a los secretos del tercer cielo, y oír palabras arcanas que no le es

lícito al hombre hablar (2 Cor 11, 12), y fijar ojos más claros en aquella misma Trinidad, me gozo diciendo: «Este es el varón que no fue desamparado por el Señor» (Sab 10).

¿Qué es lo que hace que así caigan los que son puestos al frente de la Iglesia? La Sabiduría, que dispone suavemente todas las cosas, hizo esto por eso, para que en sí mismos los predichos príncipes aprendieran de qué modo debían compadecerse de los demás.

La virtud de esta misericordia intenta demostrarla el presente capítulo. «Estos son —dice— los dos olivos» (Apoc 11). Digna por cierto es la comparación del olivo con los apóstoles, ni se ha hallado otra más digna. Pues aquel árbol siempre está verde, y derrama aquel excelentísimo licor del aceite, sin el cual no consta ni la autoridad regia ni la sacerdotal. Mas el aceite tiene cuatro cosas: sobrenada a todos los licores, ilumina, alimenta y unge. Pues a cualquier licor sobre el cual pongas aceite, al punto reivindica para sí la potestad del lugar superior; así también la misericordia de Dios se antepone a todas sus obras, según atestigua el Salmista, que dice: «Sus misericordias sobre todas sus obras» (Sal 144). Como compasivo y misericordioso, paciente, tonto de corazón y suave para con todos, se predica al Señor (Sal 85, 114). Pero también es justo (Sal 10), mas nunca se lee en la Escritura que sea mucho justo, como sí mucho misericordioso. ¿Quieres ver cómo los discípulos siguen a su Señor y Maestro? Mira cuánto afecto de piedad se infundió en el príncipe de los apóstoles, cuando lo rodearon

todas las viudas, llorando y mostrando las túnicas y vestidos que les hacía Dorcas (Hech 9). Se ve rodeado por la multitud de los pobres el príncipe de los apóstoles, y es sacudido por las voces lacrimosas de las viudas, y la multitud de la clemencia irrumpe en el pecho apostólico. Ora el Apóstol ante el rostro de la gloria, delante del Señor de la majestad; resucita la mujer, y se devuelve a los míseros la propiciadora de la misericordia. Esta misericordia hace que Pedro corra de Jerusalén a Antioquía (Hech 10), y de Antioquía venga a Roma, predique la palabra de Dios, socorra a los pecadores, perdone los pecados, superexalte la misericordia sobre el juicio.

Mira también a Pablo, y entiende cómo la acumulada benignidad de una misericordia más dulce había encendido toda la mente del apóstol con verdadera compasión. «¿Quién enferma —dijo— y yo no enfermo? Me duelo —dijo— y lloro sobre aquellos que pecaron y no hicieron penitencia» (2 Cor 11). Bienaventurada alma, que había hecho suyas las miserias de todos, para ganarlos a todos. Con este afecto navega el mar, corre a Jerusalén, es apedreado, azotado, afligido; de allí corre a los Efesios, busca a los Corintios, rodea a los Colosenses, visita a los Filipenses, vuelve a los Romanos, esparce la misericordia, por todas partes difunde la piedad, y siembra las semillas de los gozos celestiales. Ves, pues, que así como el aceite aventaja a todos los licores, así también la piedad apostólica se antepone a todas sus virtudes.

El aceite ilumina, y también los apóstoles iluminan. Recuerda los Hechos de los Apóstoles, y mira con cuánta luz brilla el apóstol Pedro. «En las plazas, dice la Escritura, se ponían los enfermos en camillas para que, al venir Pedro, al menos su sombra cubriese a alguno de ellos, y fuesen liberados de sus enfermedades (Hech. 5).» El aceite es una luz infinita y admirable, y más brillante que cualquier sol: ante la sombra del cuerpo apostólico huyen las languideces, se retiran las enfermedades, y toda la insistencia de los males es ahuyentada con inaudita velocidad. ¿Acaso no saltó con más abundancia una copiosa inmensidad de luz de la boca de Pedro, cuando dijo al cojo: «En el nombre de Jesucristo Nazareno, levántate y anda» (Hech. 3)? Mira a Pablo recorriendo todo el Ilírico, resucitando a los muertos, subvirtiendo los templos de los dioses y en el esplendor de este lugar iluminando el circuito de todo el orbe (Rom. 15). Pablo corre, y por la potente virtud de sus palabras ilumina lo que está en tinieblas; claro en el habla, más claro en la obra, clarísimo por el resplandor de sus milagros. «Tened, dice, nuestra forma, y atended no solo a lo que habéis oído, sino también a lo que habéis visto en mí (Fil. 3).» Maestro bueno y perfecto, que da fe con las palabras mediante una obra mejor; en la clarísima serenidad de esta luz, brillaron tus relámpagos, oh Dios, sobre el orbe de la tierra (Sal. 76). Se conmovió y tembló la tierra a la voz de los apóstoles, cuando por toda la tierra salió su sonido (Sal. 18).

El aceite alimenta, y también los apóstoles alimentan. Las Epístolas de Pedro, y aquella sublime doctrina de sus palabras, ¿acaso no alimentan maravillosamente a la Iglesia de Dios? Escucha lo que el Salvador dice de esta misma alimentación a él: «Apacienta, dice por tres veces, mis ovejas (Juan 21).» Apacienta con la palabra, apacienta con el ejemplo, apacienta con la oración. Apacienta con la palabra, para que seas capaz de exhortar en la sana doctrina, y de argüir a los que contradicen; apacienta con el ejemplo, para que lo que predicas con la voz, lo cumplas con la obra; apacienta con la oración, para que intercedas por aquellos cuyas almas te han sido encomendadas. El vaso de elección, el apóstol Pablo, mira cómo alimenta al pueblo de Dios con una variedad de diversos manjares: «Leche,» dice, «os di a beber, no comida (1 Cor. 3);» pero el alimento sólido es de los perfectos, de aquellos que por la ejercitación tienen sus sentidos consumados. Y en otra parte: «Os habéis hecho tales que necesitáis leche, no alimento sólido (Heb. 5).» And again: «Hablamos sabiduría entre los perfectos (1 Cor. 2).» ¿Ves cómo se modera y se conforma, imbuyendo a aquellos con doctrina sublime, y a estos con doctrina tierna?

El aceite unge, y también los apóstoles ungen. ¿Acaso no unge el apóstol Pedro a todos, cuando dice: «Pero vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo de adquisición; para que anunciéis las virtudes de aquel que de las tinieblas os llamó a su luz admirable» (2 Pe. 2)? El mismo Pablo ¿acaso no manda, diciendo:

«Si un hombre fuere sorprendido en algún delito, vosotros, que sois espirituales, instruid a tal persona en espíritu de mansedumbre» (Gál. 6)? El olivo siempre está verde, ni es herido por la inmensidad del frío; y la fe de los apóstoles permanece inconmovible, ni pudo jamás ser vencida por la rabia tiránica. Y si Pedro fue impulsado para que cayese, no cayó sin embargo, porque el Señor lo sostuvo. Estupefacto, en verdad, por un momento vaciló el apóstol, pero enseguida volvió en la virtud de la fe; quien, al mirar el Señor, lloró amargamente (Luc. 22). Y si por un tiempo fue sacudido, no pudo sin embargo ser derribado; porque la sentencia de la Verdad no podía ser anulada, diciendo: «Yo he rogado por ti», Pedro, «para que no falte tu fe» (Ibíd.). Pues en el día de hoy es crucificado Pedro, Pablo es pasado por la espada, y entregan su vida por la fe de Cristo, para que no falte la fe de Cristo. Estos son, pues, los dos hombres olivos, hombres que tienen fe, que iluminan la patria, que alimentan a la Iglesia, que ungen a los pecadores. Lo que, por tanto, dice esta Escritura: «Estos son los dos olivos (Apoc. 11);» en otra parte lo abre más claramente, diciendo: «Estos son hombres de misericordia (Isai. 57).»

Sigue: «Y dos candeleros que lucen ante el Señor.» El candelero se apoya en tres pies, y elevándose a lo alto, sostiene el cirio, para que los que entren vean la luz (Luc. 11); así también los apóstoles, apoyándose en tres virtudes —la obra, la predicación y el resplandor de los milagros— mostraron la verdadera luz, el Señor Jesucristo, con toda claridad a los que entraban en la fe. Y

debe observarse que dice, «ante el Señor.» Pues los hipócritas lucen, no ante el Señor, sino ante el mundo; para ser vistos por los hombres. Pero los apóstoles lucieron ante el Señor, y no ante el mundo; porque habiendo experimentado escarnios y azotes, estudiaron agradar únicamente a la majestad divina. Que ellos mismos sean los dos olivos, y los dos candeleros que lucen, y ante el Señor, el profeta Zacarías lo indica claramente con estas palabras, diciendo: «Estos son los dos hijos del aceite del esplendor, que asisten al Dominador de toda la tierra (Zac. 4).» Pues son hijos del aceite, porque son hombres de misericordia; son también del esplendor, porque son candeleros que lucen; lucen ante el Señor, porque asisten al Dominador de toda la tierra.

Sigue: «Tienen potestad de cerrar el cielo con nubes.» La serenidad del cielo es impedida por las nubes, para que no se vea; la contemplación de la divinidad se cierra por nuestros pecados, para que no se vea a Dios, según testimonio del profeta, que dice: «Has opuesto una nube para que no pase la oración (Lam. 3).» Se opone una nube para que la oración no pase, cuando nuestros pecados nos separan de Dios. Tienen potestad de cerrar el cielo con nubes, esto es, para los pecadores, y abrir sus puertas para los fieles. Cosa admirable, y digna de todo estupor, que a la lengua de los hombres se cierren y se abran los palacios de las mansiones celestiales. Amén.

JULIO.

XVII. Sermón de S. Alejo confesor.

XXII. Sermón de S. María Magdalena.

XXIII. Sermón I de S. Apolinar obispo de Rávena y mártir. Sermón II del mismo. Sermón III del mismo.

XX. Sermón de S. Cristóbal mártir.

XXIX. Sermón I de las SS. Flora y Lucila vírgenes y mártires. Sermón II de las mismas.

XXX. Sermón de S. Rufino mártir.

SERMÓN XXVIII.

DE S. ALEJO CONFESOR. (17 JUL.)

La festividad de hoy, dilectísimos, no solo nos provoca a celebrar con alborozo el triunfo del B. Alejo, de quien tratamos especialmente; sino que también a sus mismos progenitores nos propone como ejemplo de saludable edificación. Pues aunque se refiere que abundaron en tantos recursos e incomparables riquezas, que tres mil criados asistían reverentemente a su vista, los cuales eran adornados con vestidos de seda y se ceñían con cinturones de oro, no cesaban diariamente de preparar suntuosas mesas de comida para viudas, huérfanos y cualquier necesitado, mientras que ellos mismos una vez al día se contentaban la mayoría de las veces solo con pan y agua. Adornados, pues, con estas y otras flores de virtudes espirituales, y conspicuos por la honestidad de su piadosa conducta, eran tales que a ellos también no inmerecidamente cuadra lo que de los padres del bienaventurado Juan Bautista narra la historia evangélica: a saber, que «eran ambos justos ante Dios, caminando en todos

los mandamientos y justificaciones del Señor sin queja (Luc. 1).» Fue digno, por tanto, que de tan casto, tan santo y, finalmente, tan inmaculado tálamo de pudicicia conyugal, naciese tan preclara prole. Como se dice por el Profeta: «La generación de los rectos será bendecida (Sal. 111).» Pues esta es la generación de los que buscan al Señor (Sal. 23).

Por lo cual a vosotros, hermanos míos, a vosotros, digo, me dirijo ahora especialmente, que aún no habiendo atacado la cumbre de la vida espiritual, estáis todavía entregados a los actos seculares, y obligados por los vínculos de la unión conyugal: insistid vigilantemente en los estudios de la piedad y de la misericordia, ministrad los subsidios necesarios a los hermanos que trabajan en la penuria, esforzaos por exhibir una vida casta, sobria y honesta, en cuanto vuestro orden lo dicta, para que para conservar el linaje de vuestra posteridad, podáis procrear una prole digna de Dios. Pues aunque sea verdadera aquella sentencia del profeta, por la cual se dice: «El alma que pecare, esa morirá. El hijo no llevará la iniquidad del padre, ni el padre llevará la iniquidad del hijo. La justicia del justo sobre él será, y la impiedad del impío será sobre él (Ezeq. 18);» sin embargo, según la conducta de los padres, a menudo provienen los méritos de los hijos; para que a progenitores honestos corresponda una prole honesta, y la réproba concurra con los réprobos en la maldad. Por lo cual también dicen estos: «Hijos de santos somos, y esperamos aquella vida que Dios ha de dar a los que nunca mudan su fe de

él (Tob. 2).» Y a aquellos, por el contrario, se les dice: «Generación de víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera?» (Mat. 3.) En verdad, si vivís religiosamente, si conversando disciplinadamente guardáis los mandamientos de Dios, prestáis beneficio tanto a vuestros hijos como a vosotros mismos; pero si al contrario, tanto a ellos dañáis como a vosotros. Ciertamente por el mérito del santo David, cuando por la idolatría su posteridad estaba expuesta al abatimiento, obtuvo por más tiempo el principado real. Por el contrario, Jonatán, siendo piadoso para con Dios y amigo del santo Profeta, sin embargo, por la soberbia de la altivez paterna, sucumbió a la espada de los impíos (3 Rey. 18, 19, 20, 31).

Para volver, pues, al bienaventurado Alejo: merecidamente engendraron tal prole los padres, para que de una raíz santa brotase un germen santo, y la rama de un buen árbol, creciendo por los incrementos de la gracia celestial recibida, ofreciese frutos de buenas obras dignos de su género. Ciertamente no se concede de repente a cualquier hombre santo el mérito de una perfección consumada, sino que llega a esto poco a poco a través del incremento de la piadosa devoción y del ejercicio especial; y mientras la mente, habiendo percibido el fuego del amor divino, es elevada a lo alto a través del deseo celestial, es promovida a la cumbre de la perfección interna, como por ciertos grados de ascensión. Por lo cual aquel santo hombre decía: «Por cada uno de mis pasos lo anunciaré (Job 31).» De estos grados de méritos se dice. «Caminarán de virtud en virtud

(Sal. 83).» De estos mismos el Profeta, mientras contempla a la santa Iglesia, dice: «Dios será conocido en sus grados, mientras la recibe (Sal. 47).» Pues no se llega a lo sumo de repente, como se ha dicho, sino que poco a poco a través del voto de la piadosa devoción y el ejercicio del santo trabajo, la mente humana es elevada a la altura de las virtudes espirituales. De aquí es que por el mismo Profeta se dice: «Me ejercité, y desfalleció por un poco mi espíritu (Sal. 76).» ¿Qué es pues lo que dice: «mi espíritu», sino el espíritu de elación? ¿el espíritu de la carne? Y porque por la gracia oculta progresamos hacia el amor de Dios en una medida templada desde lo alto, cuanto más diariamente crece en nosotros el espíritu divino, tanto más el nuestro, esto es, el del deseo carnal, desfallece. El cual espíritu nocivo y abominable, porque no es amputado de nosotros súbitamente por completo, ni se corta de inmediato como intentamos, rectamente se dice que desfalleció «por un poco», esto es, poco a poco. Pues entonces progresamos plenamente en Dios, cuando verdaderamente sentimos que nosotros mismos hemos desfallecido de nosotros mismos. Este incremento de las virtudes crecientes, además, llega al incremento de la santidad consumada sensiblemente y pausadamente a través del cúmulo del progreso diario. Pues cada elegido comienza primero desde la ternura de su rudimento, y así después se convalece hacia cosas robustas y fuertes. Lo que abiertamente indica la Verdad, mientras dice en el Evangelio: «Así es el reino de Dios, como si un hombre echase

semilla en la tierra, y durmiese, y se levantase de noche y de día; y la semilla germinase, y creciese, mientras él no lo sabe (Mar. 4).» Anunciando los incrementos de esta semilla, añadió diciendo: «Pues de suyo la tierra fructifica, primero la hierba, después la espiga, después el trigo lleno en la espiga;» y pronto subraya: «Y cuando el fruto se hubiere producido, inmediatamente mete la hoz, porque ha venido el tiempo de la cosecha.» He aquí que por la voz de la Verdad, los aumentos de los méritos están distinguidos por las diversidades de los frutos. Pues dice: primero la hierba, después la espiga, después el trigo lleno en la espiga. Veamos pues el ejemplo de esta sentencia dominical, cómo por cada palabra concurre más claro que la luz en el bienaventurado Alejo.

Pues consta que este hombre admirable, como su preclara historia testifica, entre las mismas festivas solemnidades de los goces nupciales, despidió a su esposa, guardada la virginidad de ambos, abandonó a sus padres y cambió la habitación de la ciudad romana por la peregrinación a la ciudad, a saber, el pequeñísimo pueblito de Edesa. Posposo al amor de Cristo a la esposa de estirpe real, y siguiendo su pobreza, despreció las amplísimas facultades de la opulencia principal. Como, pues, en aquella sentencia evangélica son cuatro las cosas que se refieren por el Señor; así no menos cuatro son las admirables que se encuentran en el siervo. Pues allí se dice primero la hierba, después la espiga, después el grano lleno en la espiga; ya en cuarto lugar se mete la hoz, y lo que está maduro se siega. Cuatro son, pues,

como se ha dicho, las cosas que congruentemente se encuentran en el bienaventurado Alejo. La primera es que despreció el mundo y todas las cosas mundanas; la segunda, que como peregrino, y desnudo de toda facultad, durante diecisiete años en la ciudad de Edesa de Mesopotamia padeció la penuria de todas las cosas: ya la tercera es que volviendo a su propia casa por un feliz regreso, y habiendo acometido un duro certamen, entre su esposa y ambos padres, entre los criados nacidos en casa y la diversa familia, para que solo a Dios fuese verdaderamente conocido, engañó la vista de todos. Finalmente la cuarta es que allí, después de las bofetadas y azotes de los criaditos, después de las burlas y contumelias de los que lo escarnecían, después de los golpes de los que se reían y enfurecían, después, finalmente, de las intolerables injurias de la calamidad sufrida pacientísimamente, al fin murió felizmente, y completó los inmensos certámenes de tanto trabajo con un fin bienaventurado.

Cuando, pues, este insigne hombre desertó del mundo, ¿no fue de algún modo entonces hierba? Débil todavía por el rudimento de su novicia conversión, pero ya ardiente por el deseo de la esperanza celestial que había concebido en su mente. Pues si en el campo de sus méritos el mundo no se secase, no lo habría despreciado; y si no tuviese en sí el verdor de la esperanza suprema, no se apresuraría tanto hacia Dios, dejadas todas las cosas. En aquella herencia, a saber, que el bienaventurado Pedro llama «incontaminada, inmarcesible, conservada en los cielos (1 Pe. 1)»,

y el Señor denomina pastos (Juan 10): aquella hierba había fijado su raíz, y por tanto reverdecía con el verdor de la gracia suprema. Pero cuando persistió por largo tiempo en el exilio de una región desconocida, y se fortaleció para sobrellevar las molestias de tan continua penuria y calamidad penosa; ¿qué otra cosa hizo sino que la hierba tierna surgió en espiga? Después, pues, cuando por la infusión del Espíritu Santo, habiendo concebido el vigor de la fortaleza íntima, entró en la casa paterna para tolerar certámenes acérrimos y pesados más allá de las fuerzas humanas; ¿qué otra cosa sino que a grano lleno llegó esta rica espiga? Esta espiga, a saber, había convalecido ya a un estado de tanta fortaleza, que los soplos de las probrosas contumelias de boca de los criaditos fluían y no la abrumaban; los soplos de las tentaciones por la vista cotidiana de la esposa y de los padres golpeaban y no la habían podido derribar. Pues la casa estaba fundada sobre roca firme (Mat. 7). Y ciertamente mientras la pobreza exterior lo hacía indigente, y el hábito andrajoso y la cabellera descuidada lo hacían deforme, parecían como tallos viles y aristas estériles en la paja, pero el grano lleno latía dentro del estuche de la conciencia. Aquel grano, a saber, que de sí mismo decía: «Si el grano de trigo, cayendo en la tierra, no muere, él solo queda (Juan 12)». En cuarto lugar finalmente se metió la hoz, para que la espiga, que había llegado a la plenitud de la madurez, fuese segada, cuando la sentencia de la disposición divina cortó a su elegido de esta vida, y arrojadas las pajas de todas las calamidades,

lo guardó limpio y totalmente purgado en aquel prontuario del granero celestial con feliz consumación. Así pues, disponiendo la medida del agricultor celestial, la semilla surgió en hierba, la hierba creció en espiga, la espiga salió en trigo, el trigo llegó al granero. Pues la plenitud de las virtudes, como se ha dicho, no se concede toda a la vez, sino por incrementos; para que se ascienda a ella por el acceso de una larga promoción, como por ciertos grados de gran moderación.

Esta disposición cuádruple de nuestro progreso, que se describe por el mismo Señor bajo la figura de la semilla, se designa en el profeta Ezequiel a través del vocablo del agua. Pues acerca del hombre a quien había visto en el monte excelso, narra estas cosas por orden: «Midió, dice, mil codos, y me hizo pasar por el agua hasta los tobillos; y de nuevo midió mil, y me hizo pasar por el agua hasta las rodillas; y midió mil, y me hizo pasar por el agua hasta los lomos; y midió mil, un torrente que no pude pasar, porque habían crecido las aguas profundas del torrente, que no se podía vadear (Ezeq. 47).» ¿Qué se designa plenamente en el número de mil, sino la plenitud del don otorgado? ¿Qué es aquí el agua, sino la sabiduría celestial? Por lo cual por Salomón se dice: «Por la sabiduría de Dios brotaron los abismos, y las nubes se espesan con el rocío (Prov. 3).» El hombre, pues, que apareció, mide mil codos, y el profeta es conducido por el agua hasta los tobillos; porque nuestro Redentor, cuando nos concede a nosotros convertidos a él la plenitud del exordio espiritual, por el don de

la sabiduría suprema, infunde como los primeros pasos de nuestra operación. Pues como hasta los tobillos llega el agua, cuando nosotros por la sabiduría recibida fijamos los pasos iniciales de la rectitud deseada. Quien de nuevo mide mil codos, y el profeta es conducido por el agua hasta las rodillas; porque ya para esto el vigor de nuestra sabiduría se aumenta, para que no se incline a perpetrar obras de maldad. Por lo cual por Pablo se dice: «Levantad las manos caídas, y las rodillas flojas, y haced gressus rectos con vuestros pies, para que el que cojea no yerre, sino que más bien sane (Heb. 12).» Pero el agua llega hasta las rodillas, cuando la sabiduría percibida nos liga perfectamente a la rectitud de la buena obra; para que ya nuestro ánimo no vacile ni titubee, sino que confirme los pasos fijos en el bien que había comenzado. El predicho hombre de nuevo midió mil, y el profeta es conducido por el agua hasta los lomos; porque entonces a saber crece en nosotros la plenitud de la santa obra, cuando la sabiduría percibida en nosotros haya extinguido toda deleitación de la carne, cuanto sea posible. Pues si en los lomos no estuviese la deleitación de la carne, el Salmista no diría a Dios: «Quema mis lomos y mi corazón (Sal. 25).» El agua, pues, llega a los lomos, cuando la sabiduría infundida en nosotros extingue los petulantes halagos e incentivos de la carne. El cual hombre todavía midió mil, un torrente que, como se dice, el profeta no pudo pasar; porque habían crecido las aguas profundas del torrente, que no se podía vadear. En lo cual a saber, ¿qué otra cosa se nos indica, sino que

después de nuestros pies ya establecidos en el camino de la buena obra, después de las rodillas del corazón ya no dudosamente vacilantes, sino firmemente robustecidas para caminar por la senda de la justicia, después de las oblectaciones de los lomos y los incentivos de la carne hirviente extinguidos, todo hombre perfecto es elevado a tanta plenitud de contemplación, que mientras no puede comprender tan eximia profundidad claramente, la mente humana no pueda pasar el vado de la onda creciente.

Todas estas cosas, a saber, se ven adaptarse congruentísimamente a los hechos del B. Alejo. Pues cuando alejándose de los lares paternos y de la vanidad de este mundo, buscó el exilio; entonces de algún modo el agua de este torrente llegó para él hasta los tobillos. Esta agua subía hasta los tobillos de Moisés y de Josué entonces, cuando la voz divina les mandaba que soltasen el calzado de sus pies (Éxod. 3; Jos. 5). Esta agua influía después a los pies apostólicos, cuando se les decía: «No llevéis bolsa, ni alforja, ni calzado (Luc. 10)». Convenía, pues, que los anunciadores del Antiguo Testamento y los predicadores de la fe evangélica caminasen por la vía de la verdadera humildad, y no protegiesen sus pasos con cobertura de piel muerta los que habrían de anunciar la vida al pueblo, sino que mostrasen en sí aquella cobertura espiritual de la que dice el Apóstol: «Calzados los pies en la preparación del Evangelio de la paz (Efes. 6)». Por lo cual se dice por Isaías: «Bienaventurados los pies de los

que evangelizan la paz, de los que evangelizan los bienes (Is. 52)».

Pero cuando el S. Alejo por larguísimos espacios de tiempo padeció constante y pacientísimamente la penuria de tanta pobreza en confines desconocidos, entonces hasta sus rodillas subió el agua del torrente, porque extinguida del todo la esperanza del mundo, ya en la vía del Señor fortaleció firmemente e invictísimamente los pasos de su mente. Después, pues, cuando moraba dentro de los atrios de la casa paterna, cuando veía por todas partes los afectos carnales, cuando no podía evitar la necesidad de los padres, ni ciertamente —lo que era más difícil e intolerable — la venusta especie de la esposa por los mutuos y cotidianos encuentros, entonces como hasta sus lomos creció el agua del torrente. Pues así la sabiduría celestial domó y extinguió los incentivos de su carne; así el ardor del Espíritu Santo coció sus lomos y riñones, de modo que mientras infundía su vasito con los cotidianos flujos de la gracia suprema, la materia de la carne extinguida no suministraba ningún fomento a la titilante lujuria. Hasta los lomos del bienaventurado varón llegó entonces el agua, porque el Espíritu Santo hirviendo en él, empapó el incendio de la edad juvenil y los movimientos halagadores de las pasiones titilantes con el oculto frescor de su rocío; y así consumió todo fomento de lujuria, que en sus médulas y vísceras naturalmente podía arder.

Y para que todo el oráculo de esta profecía se adapte convenientemente a este bienaventurado varón, tampoco desuena de él aquello de que

finalmente el ya dicho profeta no pudo pasar el torrente, del cual a saber se dice: «Porque habían crecido las aguas del torrente, que no se podía vadear (Ezeq. 47)». De las aguas pequeñas y llanas se llega a la plenitud intransitable del profundo torrente; porque de la pequeña contemplación, a saber fugaz y rápidamente divisada, de la que cualquier hombre santo disfruta en esta carne todavía corruptible, tan pronto como muera, es elevado a la plenitud de la profunda y perfectísima contemplación, de tal modo que es promovido a contemplar la misma especie de la suma verdad (1 Cor. 13). Entonces, pues, el torrente no puede vadearse, porque la dulzura eterna de la meliflua contemplación no se concluye ya con ningún fin, ni puede terminarse por ninguna prolongación de tiempos. Aquel torrente, pues, de la contemplación eterna, que no se busca entonces por la fe, sino que ya se posee por la especie, porque no sabe pasar, no puede en modo alguno pasarse; y porque no puede expresarse con sermones humanos, no puede, como se dice, ser vadeado por el hombre. Este torrente sediento aquel que bajo esperanza cierta ya regocijado decía: «Pero yo con justicia apareceré ante tu vista; me saciaré cuando se manifieste tu gloria (Sal. 16)». De este de nuevo dice: «Se embriagarán de la abundancia de tu casa, y los abrevarás en el torrente de tu delicia, porque en ti está la fuente de la vida (Sal. 35)». A los profundos flujos de este inmenso torrente llegó el B. Alejo, cuando en la casa paterna, tras el triunfo de la gloriosa victoria, murió felizmente. Triunfo, digo, porque la admirable vida de

este santo varón es verdaderamente un triunfo y una victoria nueva y casi inaudita. Y siendo que, según la voz profética, Dios es admirable en sus santos (Sal. 67), en el reclutamiento del espectáculo de este su invicto soldado se mostró tanto más admirable, cuanto que por este luchó contra los halagos de la carne, contra las tentaciones del fraude diabólico, con un nuevo e insólito género de martirio.

La historia antigua refiere (Eutropio, Hist. Rom. lib. II al final), que los romanos, luchando con los cartagineses en un certamen naval, obtuvieron la victoria; ni ningún triunfo pudo jamás ser más grato para los romanos, como allí se lee, como los que hasta entonces habían sido terribles para sus enemigos en la concertación terrena, ahora fuesen también vencedores entre los flujos marinos. Aquella victoria, por tanto, fue tanto más cara cuanto más rara; tanto más gloriosa cuanto más nueva. Como, pues, aquel triunfo naval, por ser nuevo, fue más grato a Roma; así ciertamente la virtud del bienaventurado Alejo, por su insólita novedad, agrada más a la Iglesia.

David ciertamente, mientras se fingió furioso y demente ante Aquis, rey de Gat, escapó sabiamente de su espada (1 Sam. 21). Nuestro Salvador descendió a los infiernos, no para habitarlo como morador, sino para disipar más bien como destructor y subversor las guaridas de la iniquidad diabólica. Así también el B. Alejo, mientras entra en la casa paterna como un renunciante retrógrado, engañó al príncipe del mundo, y eludió al autor de todo fraude y malicia.

Por lo cual un nuevo género de martirio ofrece un nuevo espectáculo en la admiración. Pues para los mártires la cárcel era la pena, la cadena la presión; pero para este su propia casa decorada con triclinios dorados era materia de tentación. A aquellos los atormentaba la mano armada de los verdugos; a este lo castigaba más gravemente la piedad de los progenitores contemplada diariamente. Contra cualquier mártir bramaba la horrenda rabia del juez; a este lo impugnaba la faz blanda, mansa y venusta de la esposa. A los mártires en el aula de los príncipes se les infligía la pena de los torturadores; aquí, en cambio, en la casa de su propio derecho era atormentado invisiblemente, como en el suelo de un tribunal. Para aquellos el suplicio había sido una pena; para este, por el contrario, los halagos eran un tormento. Lázaro ciertamente, que yacía a la puerta del rico, pasaba hambre contra su voluntad, y deseaba las migajas que caían de la mesa, las cuales sin embargo de ningún modo se le daban (Luc. 16); por lo cual de mejor mérito fue sin duda este pobre que Lázaro. Aquel a saber no solo deseaba recibir algo pequeño, sino incluso saciarse, como refiere la Verdad, a quien sin embargo nadie indulgía misericordiosamente el alimento; este en cambio, teniendo a mano voluntariamente una suntuosa abundancia de todas las riquezas, cuando toda la gloria de este mundo se le dignaba y se le ofrecía gratis, más aún, se le imponía violentamente aun no queriéndolo él, todo lo rechazó, todo lo despreció, y con irrevocabilidad lo arrojó lejos. ¡Oh esforzado soldado de Cristo! ¡Oh guerrero

prorsus invicto y sobremanera insigne de la milicia celestial!

En los Anales de los Romanos ciertamente se lee (Eutropio, Hist. Rom. lib. III al principio), que el cónsul Marcelo, habiendo caído imprudentemente en manos de los enemigos, y rodeándolo una corona de galos, no encontrando ninguna salida por la cual pudiese escapar, de repente se lanzó como un fervorosísimo guerrero en medio de los enemigos, y mató a su rey, de nombre Virdumaro, golpeando a todos con inopinada audacia; y donde parecería haber provenido una gran victoria si tan solo huyese ileso, de allí reportó contra toda esperanza los despojos de las spolia opima. Así ciertamente también este Marcelo nuestro, no ya defensor de Roma, sino soldado de la santa Iglesia, cuando no se dudaba que era una gran victoria si escapaba desnudo de tan amplias y magníficas riquezas, no le pareció bastarle si, volviendo a casa, no provocaba voluntariamente certámenes intolerables contra sí mismo. Pero por el mismo Señor, que es a saber autor de las virtudes y guía de los guerreros espirituales, se nos manda ciertamente dejarlo todo, pero no luchar diariamente contra ello cuerpo a cuerpo, como uniendo las manos alternativamente: al pueblo israelita se le manda la salida de Egipto (Éxod. 3), no se le ordena el regreso. Abraham salió de su tierra al imperio del Señor que lo mandaba (Gén. 12); pero después de ningún modo regresó a los revividos certámenes de los caldeos. Pedro, excitado por el ángel, desertó de la cárcel herodiana (Hech. 12), pero no volvió de nuevo a

Herodes. Basta, pues, si solo dejamos lo poseído, ni resta que volvamos de nuevo a tolerar los certámenes de aquellas cosas.

Por tanto el B. Alejo, cuando dejó todas las cosas terrenas, cuando arrojó todas las riquezas y tesoros del derecho paterno, cumplió los mandatos de la orden suprema (Luc. 18); pero cuando volvió a lo propio, el egregio renunciante excedió sin duda la meta de la ley divina. Y porque una medida buena, y apretada, y remecida reciben en su seno todos los elegidos; y cada uno recibe su propia recompensa según su trabajo (1 Cor. 3); posee aquí una gloria incalculable quien no mantuvo medida en el trabajo. Y quien trascendió la regla evangélica en el certamen de su lucha, recibió un premio supereminente de la mano del justo remunerador. Pues él mismo fue hecho premio de la retribución, quien para sí había sido causa del certamen, y quien había sido el autor de la lucha, fue hecho corona de la victoria, Jesucristo nuestro Señor, que con Dios Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN XXIX.

DE SANTA MARÍA MAGDALENA. (22 JUL.)

Hoy la misericordia y la verdad se encontraron, y la multitud de las miseraciones del Señor se derramó sobre una mujer pecadora (Luc. 7). Pues el Hijo de la Virgen es tocado por las manos de una pecadora, menstruante; y a Dios, y al Hijo de Dios, la mujer enferma lo toca. Toca los pies del mundo

y del que limpia, ella inmunda, y a los pasos del Creador la mujer criminal se postra. Pasa al afecto del corazón la prevaricadora, y vuelve al corazón, y la multitud de las lágrimas condena la magnitud de los crímenes. La piedad disimula el oficio de la que toca, y aquel ojo remunerador de la majestad no mira con feliz desdén la instancia de los obsequios. María besa los pies de Cristo con frecuentes besos, y con ojos inundados empapa los pasos del Redentor, los seca con sus cabellos, los unge con cosas olorosas y los rocía con ungüentos. Ve, y envidia, el amador de la singularidad, y la jactancia del fariseo reprende a ambos, a él de ignorancia, a ella de presunción. Pero la providencia deliberante suspende el juicio, mientras afecta el obsequio, y retiene la invectiva preparada, hasta que el sacrificio de María pase a ser un holocausto. Se alegran los ángeles sobre la pecadora que hace penitencia (Luc. 15), y aquel convento celestial es rociado con la fragancia del olor, y la dulzura de la misericordia rodea a todo el que salva y a la que ha de ser salvada. Where sin abounded, grace superabounds (Rom. 5); and the piedad preponderante intercluye la numerosidad de los crímenes.

¡Cuán grande es la multitud de tu dulzura, Señor (Sal. 30), en la confesión de la pecadora! Cuán justa la reprensión en la soberbia y el abuso del fariseo. Se enumera el obsequio de la obsequiosa, y por oblicuo se toca la iniquidad del indignante, impugnando toda la coherencia literal la envidia de Simón. Y porque donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad (2 Cor. 3); se le perdonan

los pecados a la que mucho ama; más aún, se le imputan al que mucho descuida. No estaba saciado de los pechos de la esposa, ni se había vestido con el afecto de la compasión releyendo la ley, que no conoce la misericordia, conoce la justicia. Ley dura para los duros, y promulgada para los de piedra, dispuesta a herir, ignorante de compadecerse. Ley que excluye el lugar de la penitencia, negando el perdón, ignorante de la enmienda. Ley vino duro, y ácido, destilado de racimos amarguísimos, consagrado a la ferocidad, derivado a Israel, propinado al Salvador. Vino, del cual los dientes de los que beben se embotan, no de la generación de aquella vid, que el Salvador bebe nuevo en el reino de su Padre (Luc. 22). Verdaderamente mejores son los pechos de la esposa que aquel vino (Cant. 1). ¿Pero cuáles son aquellos? Salga al medio el apóstol Pablo, y asígnenos los pechos que manan leche feliz. «Gozarse —dice— con los que se gozan, y llorar con los que lloran (Rom. 12)». ¡Oh, con cuán breve sermoncito pintó la insignia de toda la religión, con tan elegante cláusula propuso la piedad, estableció la equidad, alejó la envidia! Con estos pechos la madre Iglesia amamanta a los que progresan, nutre a los perfectos. «Gozarse —dice— con los que se gozan».

Cese de aquí la locura del aplauso secular, y alájese la alegría mundial; porque no hay gozo para los impíos, dice el Señor (Is. 48). ¿Acaso estimas que se llena de gozo la boca de aquellos que se alegran cuando han hecho el mal, y se regocijan en las cosas peores? (Prov. 2). ¿O han co-

nocido la alegría del júbilo divino aquellos que se dejan arrebatar por las alabanzas del adulador? ¿Acaso obtendrán gozo y alegría quienes se visten de púrpura y lino fino, y banquetean espléndidamente cada día? (Luc. 16). Lejos esté que en la tierra de los que viven suavemente se encuentre materia de goces, cuando por tantas alternancias se muda tanto la faz del mundo; que el que se eleva sea derribado, y el derribado respire. Pero hay un gozo firmísimo en la continua amenidad de sí mismo, que el ánimo perfecto se promete por una conciencia segura. Pues la mente puramente y apretadamente limpiada de la aspersión de este mundo, y fijando todo el afecto de su deseo en la agudeza de la contemplación divina, gozándose, se goza en el Señor, y su alma se regocija en su Dios (Is. 61). Tal alma desprecia las amenazas, no conoce el temor, elude la esperanza falsa, e inmune de todos los escándalos, durmiendo en paz en eso mismo, descansa (Sal. 4). «Mucha paz a los que aman tu ley —dice el justo— y no hay para ellos escándalo» (Sal. 118). Pues sabía que los lictores no persiguen a los mártires, sino que los coronan. Con tales que se gozan se goza el Apóstol (Rom. 12), y para que se gocen más abundantemente, lo promete con toda seguridad. Este gozo es pleno y cierto, y tanto más cierto cuanto más cercanamente se imprime en torno a la identidad. Esta es la teta de la congratulación, de la cual se derrama la leche de la exhortación, con la cual se nutren los perfectos (Is. 66), para que cuando hayan sido apartados de esta leche, banqueteen en la entrada de la gloria de Dios.

La segunda es, llorar con los que lloran. ¿Acaso el Apóstol manda llorar la pérdida de las cosas, la intermisión de los placeres, las muertes de los hijos, la instancia de las enfermedades, la gravedad de la penuria, el poder del más fuerte? Lejos esté. Pues han de ser llorados quienes así lloran. Pues la tristeza religiosa, o llora el pecado ajeno, o el propio. Bienaventurados aquellos cuyo luto se versa en esta intención, porque pueden esperar la dulzura consolatoria. ¡Con qué suave y dulcísimo espíritu está imbuido el espíritu de aquel que sabe instruir a los que pecan en espíritu de mansedumbre, suspender la venganza y con afectuosos oficios entrañar en sí al pecador hasta que sea devuelto a la vida! De esta teta de la compasión se derrama la leche de la consolación, y con esta leche alimenta el Apóstol a aquellos que no pueden alimentarse con comida sólida (1 Cor. 3). El amador de la inocencia, el amigo de la paz, compadeciéndose de los que sufren, y congratulándose con los que se gozan, llega a la meta de la perfección, consumado el curso. Estas son palabras rociadas con líquidos lácteos, mejores que el vino, más dulces que la miel, que suenan a misericordia, que huelen a piedad. «Fragantes —dice— con los mejores ungüentos» (Cant. 1). Pechos verdaderamente dignos, de los cuales se destila una infinidad de ungüentos, con oloroso flujo, rociando por todas partes la ciudad del Dios vivo. Estos son los ungüentos que la reina de Sabá trajo a Jerusalén, de los cuales dice la Escritura: «No se trajeron más aromas tan excelentes como

los que la reina de Sabá dio a Salomón» (3 Rey. 10).

Qué excelentemente ha expuesto las mejores cosas aquel espíritu sutil, que arrebata para sí toda la posesión de este libro. Pues hay un ungüento bueno, que María infundió sobre los pies del Salvador (Luc. 7). Hay también uno mejor, que la misma —si es que fue la misma— derramó sobre la cabeza del que estaba recostado (Juan 12). Y hay uno óptimo, que ella misma preparó para todo el cuerpo de Cristo (Mar. 16). El primer ungüento es el de la contrición, que desciende del recuerdo de los pecados, de un espíritu contrito y atribulado. Con este se infunden los pies de aquel que camina sobre las alas de los vientos (Sal. 17). Aquí adora María en el lugar donde estuvieron sus pies. Estuvieron, digo, porque con poderosísima mano de amor retuvo ambos pies, hasta que ungió ambos y oyó la remisión de sus crímenes, la despedida en paz: «Se te perdonan —dijo— tus pecados, y vete en paz (Luc. 7)». Una gran misericordia, por cierto, lavó y limpió una gran miseria; y esto ciertamente con presteza, porque sin intervalo alguno se conjugan tanto las lágrimas de la pecadora como la indulgencia del Salvador. Se perdonan los pecados, y se la despide en paz, para que no esté solícita por el pasado, sino segura por el futuro.

Estos pies son la misericordia y el juicio, besar a uno de los cuales sin el otro es o una seguridad temeraria, o una desesperación que debe evitarse. Pues, ¿quién, atendiendo incesantemente a la misericordia de Dios, no desearía al punto el

reposo de una vida más tibia? Pues cuando recapacita que el Señor del universo tomó la forma de siervo por los siervos, que durante treinta y tres años obró nuestra salvación en medio de esta tierra, que fue capturado, ligado, alanceado, crucificado y que padeció todo esto por los hijos de los hombres, al punto se lisonjea y se engaña con una esperanza falaz; se alegra de ocuparse en la misericordia y las conmiseraciones, no conoce el juicio, ignora la justicia, y estima que no se ha de castigar lo que debe castigarse. Se engaña quien así besa el pie de la misericordia que no atiende al pie del juicio, quien todo lo presume de la piedad del Misericordioso; creyendo que esto solo basta para la salvación: lo que cree. Por el contrario, cuando retira la boca y toca el pie del juicio con besos más frecuentes, se sacude la sustancia de la carne y del alma, y un aura más vehemente golpea el estado de ambos hombres. Pues es horrendo caer en las manos del Dios vivo (Heb. 10), ofender al Creador, no conocer al Señor, recalcitrar contra el imperio del Dominador, que tiene potestad para enviar el cuerpo y el alma al infierno (Mat. 10). Terrible ciertamente, como dice el Apóstol, es una cierta expectación del juicio (Heb. 10), cuando el fuego arderá en su presencia (Sal. 49), y las virtudes de los cielos se moverán (Luc. 21), y un fuego poderosísimo abrasará la latitud del mundo para las conciencias vacilantes. Nada hay más terrible que ver la oficina del ladrón llena de sangre, colmada de oprobios, rebosante de tormentos. ¿Quién, pensando estas cosas por largo tiempo, no temblará al punto y se

verá envuelto en el abismo de la desesperación? No se debe, pues, insistir morosamente en este pie, para que la ferocidad del que juzga no excluya la mirada de la piedad. Unga, pues, ambos pies el afecto del alma penitente, y ahora abrazando la misericordia, ahora besando el juicio, ofrezca el holocausto del espíritu atribulado.

Mira a María atendiendo fuertemente al pie del juicio, mientras la noble y lasciva mujer no atiende al rostro de los comensales, sino que con el cuerpo extendido se postra a los pies de la majestad, llena de dolor, impaciente de temor, herida por el dardo de la compunción; pero también besa con labios más apretados el pie de la misericordia, en cuya esperanza se aferra firmemente a los pasos del que está recostado, hasta que oye: «Se te perdonan tus pecados (Luc. 7)». Ciertamente un ungüento precioso, con el cual no solo la casa terrena, sino también la celestial es rociada. Pero son vilísimas las especies de las que se compone, y una gran abundancia de ellas podrá encontrarse dentro de nuestros huertos. Nuestros pecados, pues, plantados en nuestras conciencias, cuya numerosidad no puede contarse por su multitud, son sus especies. Estas, pues, machacadas en el mortero de la penitencia con el pistilo de la maceración, y rociadas con el aceite de la discreción, puesto debajo el fuego del dolor, y cocidas en la caldera de la disciplina, exhiben un ungüento precioso y acepto a los pies del Salvador. Lo hemos confeccionado compendiosamente, dejando por completo a los sabios la ocasión de las cosas. Y aunque la materia parezca

más bien indigna, entretanto sin embargo es ese ungüento que llena la casa, penetra los cielos, alegra a los ángeles, y devuelve alegría y gozo a la ciudad bienaventurada. Este es el sacrificio de justicia, porque el espíritu atribulado es un sacrificio para Dios (Sal. 50).

El segundo ungüento es el de la devoción por el recuerdo de los beneficios de Dios. Por cierto dignísima es la composición de este ungüento, y en comparación con este la aspersión del anterior ha de ser menospreciada. Pues sus especies fueron traídas del paraíso celestial, y en la tierra de los hijos de los hombres no pueden encontrarse. Pues las virtudes conferidas divinamente, y trituradas en el mortero del pensamiento con el pistilo de la meditación diligentísima, y regadas con el aceite de la exultación, sufuso el fuego de la justicia, y cocidas en la caldera de la humildad, hacen un ungüento admirable tanto en olor como en virtud, que solo puede ser derramado sobre la cabeza del Señor recostado y exhibido a la reverencia de la majestad. Pero también esto lo hemos recogido brevemente, reservando la multitud de palabras para aquellos que han aprendido a esculpir mucho de poco. Se ha de notar, sin embargo, la diferencia de ambos, y se ha de atender a la sublimidad del segundo; porque aquel es para Dios el sacrificio del espíritu atribulado (Sal. 50), y este el sacrificio de alabanza (Sal. 49), que honra a Dios. Ungimos, pues, los pies del Redentor cuando nos compungimos por los pecados; ungimos la cabeza cuando acumulamos gracias al dador de las virtudes por las virtudes

conferidas. Debe haber, sin embargo, una demora de intervalo entre los pies y la cabeza; porque por cierto es un salto muy difícil y presuntuoso volar de las huellas al vértice del Señor. Pues ni la misma que ungió los pies, ungió la cabeza; siendo que aquella era una meretriz, y de esta se lee que nada de esto hizo, según aquello: «Vuelve a los impíos y no serán (Prov. 12)». Ungió, pues, María el santo vértice de Dios, siendo ya por cierto amada, ya hecha familiar, y desenvuelta lejos de los contagios de aquella pecadora a quien confundía aquel infeliz septenario.

Además, si los dos ungüentos premencionados son de tanta dignidad que uno complace a los pies y el otro a la cabeza del que domina, ¿en qué lugar podremos encontrar ese tercero, que es el óptimo y superexcelente? Pero lejos esté que la esposa de la Verdad disienta de la verdad, y se jacte de tener algo tal que no pueda tener. Hay, pues, un tercer ungüento de piedad, que está sobre todos los aromas, saludable para todas las enfermedades y peligros, y que no se encuentra ineficaz para ninguna peste jamás. Pues de él se lee así: «María Magdalena, y María de Santiago, y Salomé compraron aromas, para que viniendo ungieran a Jesús (Mar. 16)». ¿Ves propuesto en el primer frente del capítulo que no una, o dos, sino tres apenas bastan para comprar un ungüento de tan gran composición? ¿Entiendes que no los pies, o la cabeza, sino todo el cuerpo del Crucificado reclama para sí esta confección? ¿Confección sin duda preciosa, que baste para todo el cuerpo del Creador? Y atiende, porque

el ungüento infundido en los pies lo recibió con tan dignísima lenidad que convenció al fariseo que murmuraba con una prolijidad parabólica, y lo reprendió con el ejemplo retorcido (Luc. 7). Pero también sobre el ungüento derramado sobre su cabeza reprendió a los discípulos indignados, protestando que era una buena obra de la mujer, y contuvo la hinchada animosidad de ellos con palabras moderadas. Este, por cierto, tan salubre y tan admirable quiso que se gastara en su cuerpo muerto, lo cual ciertamente reservaba para el vivo. Pues dos cuerpos tiene Cristo: uno, el que tomó en la Virgen; el otro de la Iglesia, al cual la benignidad del Redentor tiene por más caro. Finalmente, aquel expuso a la muerte por este, y a los tormentos, adicto a la cruz, atado con los malvados, condenado con muerte torpísima. ¿Podremos nosotros confeccionar tan salubre confección? Todas las miserias de los míseros, tanto de las almas como de los cuerpos, miradas con el ojo de la piedad, son sus especies. Estas, pues, en el mortero de la largueza, quebrantadas con el pistilo de la dulzura, y suavizadas con el aceite de la caridad, encendido el fuego de la compasión, y despumadas en la caldera de la perseverancia, hacen un ungüento admirable para los mismos ángeles.

Hay varones de riquezas en la casa del Señor de las virtudes; rastreemos si entre ellos se tienen tales ungüentos. El primero que se me ocurre es Pablo, como suele en todas partes, todo ungido con el presente ungüento. «¿Quién se enferma —dice— y yo no me enfermo?» (2 Cor. 11). Alma

feliz, hecha para sí como un vaso perdido, para ligar las miserias de todos en su propia conciencia. Se había entregado todo al cuerpo entero de Cristo, hecho todo para todos, para ganarlos a todos (1 Cor. 9). Pero también aquel varón sencillo, y recto, y temeroso de Dios, ved cómo caminaba no según el hombre, sino más bien según el hombre; y lo que es más verdadero, sobre el hombre: «Fui ojo —dice— para el ciego, y pie para el cojo; yo era padre de los pobres» (Job 29) y lo demás, que de tal modo lo habían ungido con este ungüento, que salía más largamente rociado del tálamo de la misericordia. Recuerdo a Samuel, que no una vez, sino todos los días de su vida lloraba sobre Saúl; y aunque sabía que aquel estaba muy alejado de los ojos de la divinidad, no cesaba sin embargo la compasión, que se había deslizado en el ánimo del que se dolía, derramando lágrimas, y si no habrían de aprovechar, piadosas sin embargo (1 Sam. 15). David lloraba a su hijo parricida con continua deploración (2 Sam. 18), llorando en él no el parentesco de la carne, sino la destrucción de la fe. Ved cómo José estaba todo untado con esta miel (Gén. 43). Vienen los hermanos, ya no asistiendo ante el hermano, sino ante el señor, conscientes de la traición, reos de homicidio, sucesores del fratricidio. Viendo José a estos, y olvidado de todas las injurias, se inunda con dulcísimos llantos, y el gordo de la piedad, que late dentro, emana fuera por los ojos. Huye el odio, no conoce la ira, no reserva tiempo de indignación, devolviendo bien por mal, dulzura por la credulidad. Casi me olvido de Moisés, tan empapado

con el rocío de este sagrado licor, que todo se desborda de él y fluye. Peca Israel, y Moisés se esfuerza por reconciliar al que peca con el Creador; pero el Señor disimula oír al que ruega. Promite muchísimas cosas a Moisés el Creador de todos, y busca de Moisés licencia para herir, el que hizo a Moisés. «Déjame —dice— que se aire mi furor contra ellos, y te haré una nación grande». Respondió Moisés: «Si perdonas, Señor, perdona; de lo contrario, bórrame del libro que has escrito» (Éxod. 32). Estupenda por cierto dulzura; y rechaza el principado de una nación ajena, y desea ser borrado del libro de los vivientes, si no se perdona la ofensa a los que pecan. Estos son los ungüentos de la propiciación y de la misericordia, que se extraen de los pechos de la esposa, ahuyentando todas las enfermedades, poniendo en fuga las pasiones.

Feliz María ungió los pies de Jesús, más feliz la misma ungió la cabeza del autor, felicísima la que preparó el rocío de ungüento para todo el cuerpo de Cristo. Considerad con qué vehementísimo afecto de dilección amaba esta bienaventurada mujer a Cristo rey. «Señor —dice— si tú te lo has llevado, dime, y yo me lo llevaré» (Juan 20). ¿A quién llamas 'lo', María, si de nadie has hecho mención a quien hagas relación? ¿Piensas que en los corazones de todos se revuelve así la memoria de tu amado, como en el consistorio de tu corazón? «Y yo —dice— me lo llevaré». Cosa admirable. ¿A un hombre de edad perfecta, para cuyo cuerpo apenas bastan cien libras de ungüentos, tú, mujer tiernísima, lo portarás y

te lo llevarás? Ardiente y afectado discurso, que derramado por el amor de la pureza, promete lo que no puede cumplir. Pues nada parece difícil al que ama. ¿Quién debe desesperar, consiguiendo tal pecadora no solo el perdón, sino la gloria? Ella misma interceda hoy por nuestros pecados, y nos devuelva aplacado a nuestro juez, su esposo, que es Dios bendito por los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN XXX.

I. DE SAN APOLINAR OBISPO DE RÁVENA Y MÁRTIR. (23 JUL.)

En el día de hoy, hermanos carísimos, hemos venido a un espectáculo sobremanera agradable y bastante deleitable, y hemos contemplado con los ojos de la fe el certamen de una gloriosa palestra. Pues hemos visto a un ciudadano de la Jerusalén celestial marchar denodadamente a las guerras por su rey, y al innumerable vulgo de Babilonia luchar ferozmente contra una sola cabeza con una conspiración unánime. Hemos visto a este soldado de Cristo llevar contra el mundo el estandarte triunfal de la cruz; hemos visto, por el contrario, a los amantes del mundo oponerse con apretados escuadrones por su amado. Aquellos, en fin, rodeándolo por todas partes, lanzan diversos dardos, emiten saetas, yerguen máquinas; y para que puedan irrumpir el vallado de Cristo, componen todos los argumentos de pelea; este, en cambio, ceñido con la espada de la palabra espiritual, revestido con la loriga de la fe, protegido con el yelmo de la esperanza (Efes. 6), se recoge

bajo el escudo de su paciencia, y gira este con ojo vigilante contra todos los golpes de la tempestad bélica. Aquellos aplican fuego; pero este, encendido por el ardor de una inmensa caridad, no siente los incendios de la llama exterior. Aquellos rocían con aguas hirvientes los miembros lacerados; este es refrescado divinamente por una larga lluvia del Espíritu Santo, cantando con el Profeta: «Pasamos por el fuego y el agua, y nos sacaste al refrigerio» (Sal. 65). Aquellos azotan con varas, quiebran con estacas, suspenden en el ecúleo, envían a la cárcel, finalmente lo dirigen encadenado al exilio; este, empero, constituido en la fortaleza de su mente, mira lo que se hace contra él como si otro lo contemplara de lejos, diciendo con Pablo: «Tenemos este tesoro en vasijas de barro» (2 Cor. 4). Y de nuevo: «Aunque nuestro hombre exterior se corrompa, aquel, sin embargo, que está dentro, se renueva de día en día. Pues aquello que en el presente es momentáneo y leve de nuestra tribulación, obra en nosotros sobremanera un peso de gloria eterna en la sublimidad» (ibíd.).

Todos los dardos de los enemigos, pues, se convirtieron en materia de vencer gloriosamente para el B. Apolinar. And de donde la crueldad de aquellos se esfuerza por derribarlo, de allí la paciencia de este se robustece para estar más firmemente. Pues el santo varón, sorprendido entre las guerras de las persecuciones, cuanto más duramente ve horrorizarse el granizo de los dardos, tanto más cautamente opone por todas partes el escudo de su gravedad. Y cuanto más violentamente ve acometer los ímpetus de la pugna, tanto

más se esmera tanto en recogerse en sus fuerzas como en excitarse para obrar fuertemente. En todas partes asiste preparado, en todas partes atiende vigilante, y sale al encuentro de las espadas que vienen de todas partes sin perturbación.

Porque en verdad, hermanos míos, hemos llamado anteriormente palestra al combate del B. Apolinar, indaguemos un poco más sutilmente, si place, si se ha puesto congruentemente. El palestrita, en efecto, lucha desnudo, y consta que el B. Apolinar estuvo desnudo del indumento de la posesión mundana. En el espectáculo de los ciudadanos se propone una lucha de este género, como el B. Pablo testifica congruentemente de sí y de los otros luchadores de Cristo, diciendo: «Espectáculo hemos sido hechos para los ángeles y para los hombres» (2 Cor. 4). Suele, además, darse a los jóvenes el aceite, que a saber ellos llaman ceroma, por los directores de campo, con el cual deben ungirse todos los miembros de su cuerpo. El santo apóstol Pedro fue del B. Apolinar, no diré director de campo, sino conductor, que lo empapó con la unción del Espíritu Santo cuando lo envió a los combates de las persecuciones. Pues como se narra en la santa historia de sus hechos, dice el B. apóstol Pedro a Apolinar su discípulo: «¿Por qué te sientas con nosotros? He aquí que estás instruido de todas las cosas que hizo Jesús. Levántate, recibe el Espíritu Santo, y al mismo tiempo el pontificado, y marcha a la ciudad que se llama Rávena». Lo que en efecto dice, recibe el Espíritu Santo y marcha, es tal como si dijera: Empapa los miembros con el aceite, y traba la

batalla varonilmente. Pues de este aceite del Espíritu Santo se dice por el profeta: «Se pudrirá el yugo ante la faz del aceite» (Is. 10). De este también se canta por el Salmista: «Encontré a David mi siervo, con mi aceite santo lo ungí» (Sal. 88).

Suele, además, ser costumbre de los directores de campo que primero provean los miembros de los discípulos que van a combatir, a saber, cuán ancho y fuerte sea el pecho, cuán sanos y llenos se hinchen los brazos, cómo el vientre situado debajo ni grave con su mole ni debilite con su flaqueza; y si vieren que todas las cosas son aptas para el uso bélico, al punto corrigen su desidia con dura severidad, y encienden los ánimos todavía ociosos en el amor de la alabanza, exhortan e instigan; y para que no deban temer, loan ante él su propia fortaleza.

Así ciertamente, así el bienaventurado apóstol considera los miembros de su alumno como ante el mismo vestíbulo de la arena; y para que se prepare para entablar el combate, lo inflama con palabras de persuasiva exhortación. Pues ¿qué es decir «¿por qué te sientas con nosotros?» sino «depón ya la desidia, para que tras la victoria alcanzada llegues a la corona»? ¿Y qué es decir «he aquí que estás instruido de todas las cosas que hizo Jesús» sino que todas las coyunturas de tu cuerpo ya vigoran con perfecto robustez, y nada te queda ya sino que, pospuesto el temor, comiences a luchar? Por lo cual aptamente se añade: «Predícales sobre el nombre de Jesús, y no temas»; como si dijera: «Acomete por la autoridad de mi mando, traba los brazos, para

que puedas reportar la victoria común de ambos reyes de los enemigos triunfados». Recorre impávido el estadio, para que merezcas alcanzar el premio propuesto a los vencedores. No dudes en arrebatar la lucha, de la cual reportarás la noble palma de la victoria, siendo Dios el autor. Yo, yo te lo mando, porque tengo la potestad de atar no solo en la tierra, sino también en los cielos; yo te envío a apacentar las ovejas del Señor, yo que custodio el redil de toda la santa Iglesia con el cuidado que me ha sido encomendado. Sea, pues, la prerrogativa del maestro audacia de presumir para el discípulo, y sea la autoridad del que envía confianza del enviado.

¡Oh bienaventurado apóstol, cuán de buena gana, cuán alborozadamente miro el movimiento de tu diversidad: y ahora te contemplo débil, ahora fortísimo con hermosa variedad! Débil, digo, negando al maestro, pero fortísimo enviando al discípulo para la confesión del mismo maestro. No temes asignar al discípulo Rávena, señora de muchas ciudades, tú que te habías espantado ante la criada de un solo sacerdote. No temes enviarlo solo a las procelosas olas de una ciudad turbulentísima, tú que con el mismo Creador de los mares habías temido caminar sobre las ondas marinas. Pues a él se le dijo: «El Aquilón y el mar tú los creaste» (Sal. 88). Pues aunque dijiste: «Señor, mándame ir a ti» (Mat. 14), si no hubieras temido, no habrías comenzado ciertamente a sumergirte; si no hubieras padecido alguna ola de naufragio en la nave de la fe, de ningún modo habrías oído de la boca de la

Verdad: «Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?» (ibíd.). Ni es maravilla que temieras entonces el peligro del mar, tú que por la misma flaqueza de mente no querías que tu maestro y Señor sufriera el patíbulo de la cruz. Pues cuando te decía que había de ser crucificado para la redención del género humano, al punto respondiste: «Lejos de ti, Señor, sé propicio contigo mismo, Señor, no sea esto» (Mat. 16). ¿Qué es esto, bienaventurado apóstol? ¿Acaso quieres cerrar el lugar de donde ha de salir el precio de nuestra redención? ¿Acaso quieres restringir la fuente que desciende a limpiar las manchas de nuestra maldad? He aquí que ya sabes sin duda alguna que él es Dios, y sin embargo le disuades de sufrir la muerte. Pues si no creyeras que es Dios, no habrías dicho «sé propicio contigo mismo, Señor».

Finalmente, la fe del discípulo concuerda con la afirmación del Maestro. «Tengo poder —dice — para poner mi vida, y tengo poder para volverla a tomar (Juan X)». Pero tú, que por la fe estás en pie, por la debilidad yaces; a quien la fe levanta, el temor lo derriba. Tú, pues, que habías temido la muerte de la cruz para el Maestro, y para ti mismo la profundidad del mar, no dudas entonces en enviar al amado discípulo en medio de la rabia de los perseguidores furiosos. ¿Por qué esto, sino porque se ha cumplido en ti lo que se dice por medio de tu coapóstol, que «el temor no está en la caridad, sino que la perfecta caridad echa fuera el temor»? (I Juan IV.) Pues ya habías oído de nuevo del Señor (Juan XXI): «Simón, ¿me amas?». Y respondiendo: «Señor, tú sabes que te amo», al

punto oíste: «Apacienta mis ovejas». Había dicho de nuevo el Señor: «Como me amó el Padre, así os amo yo (Juan XV)». Por tanto, como el Señor te amó cuando te envió entre los escándalos de los perseguidores para apacentar a sus ovejas; así también tú amas al discípulo cuando lo diriges al martirio por las mismas ovejas.

Pero place, hermanos míos, discutir estas palabras apostólicas con sutil indagación, y prever cómo la canónica autoridad de la censura eclesiástica mantiene en todas partes una misma regla al elegir a los prepósitos. Pues se le dice al bienaventurado Apolinar: «¿Por qué te sientas con nosotros? He aquí que estás instruido de todas las cosas que hizo Jesús». De nuevo, cuando el mismo príncipe de los apóstoles quiso subrogar a otro apóstol en lugar de Judas, para reprimir la maldad de los neófitos, dijo: «Conviene, pues, que de estos hombres que han estado congregados con nosotros todo el tiempo en que entró y salió entre nosotros el Señor Jesús, uno de estos sea hecho con nosotros testigo de su resurrección (Hechos I)». De aquí que él mismo, evangelizando a Cristo a las gentes, decía: «A este Dios lo resucitó al tercer día, y le dio que se manifestase, no a todo el pueblo, sino a los testigos preordinados por Dios, a nosotros que comimos y bebimos con él después que resucitó de entre los muertos (Hechos X)». De aquí que el mismo Señor dice en el Evangelio, cuando hablaba a los apóstoles sobre el envío del Espíritu Santo. «Él —dice— dará testimonio de mí, y vosotros daréis testimonio, porque desde el principio estáis conmigo (Juan

XVI)»; como si dijera: Por eso daréis testimonio idóneo de mí, porque lo que sea que enseñéis a otros, vosotros mismos lo aprendisteis antes por la asiduidad de un largo trato.

Oigan los neófitos, oigan los soberbios, e inflados como fuelles por el viento de la arrogancia y el fuego de la codicia, que quieren enseñar antes de saber; y en la escuela de Cristo ansían presidir en la cátedra antes de sentir la férula. Y mientras por un orden desordenado irrumpen en los derechos del régimen, no por la puerta sino por otra parte, muestran patentemente que no son pastores, sino ladrones y mercenarios, que nada cuidan de ser útiles, sino que anhelan mandar con la llama de una codicia perniciosa. Estos ciertamente no son preferidos para que custodien el redil de Cristo, ni para que apacienten la grey del Señor, sino para nutrir blandamente su miserable carne en las lascivias y placeres; y mientras consideran que han sido puestos sobre sus prójimos, exaltan su mente ciega en los cuernos de la soberbia. Oigan, pues, quienes son de tal condición, y o bien cuiden de refrenarse de esta presunción, o bien sepan que yacen ya cortados del cuerpo de la santa Iglesia, si no abiertamente, sí verdaderamente de raíz. He aquí que los bienaventurados apóstoles, sobre los cuales como bases solidísimas se funda la santa Iglesia, no ordenan a un novicio ni a un ignorante, sino a aquel a quien han visto maduro en la doctrina y en el estudio de la santa conducta. Esto busca Pedro en Matías cuando lo elige para el apostolado, esto en Apolinar cuando lo promueve al episcopado. Lo que, por tanto, el

Señor había provisto en los apóstoles, esto los apóstoles consideran en los varones apostólicos.

Tampoco debe pasarse por alto aquello de que el bienaventurado apóstol, besando al discípulo, lo envió de su lado. Aquí se recuerda la costumbre de los antiguos Padres, y en un nuevo siglo se repara la antigüedad de los antiguos patriarcas. He aquí que Isaac besa de nuevo a su hijo. He aquí que Jacob es bendecido de nuevo, y un patriarca es consagrado por un patriarca según el orden de la tradición auténtica. A aquel se le dijo: «Acércate a mí, hijo mío, para que te bendiga mi alma (Gén. XXVII)». A este se le dijo: «Levántate, recibe el Espíritu Santo». A aquel se le dijo: «Dios te dé del rocío del cielo, y de la grosura de la tierra, abundancia de trigo, de vino y de aceite (Ibid.)»; pero a este se le dice: «Nuestro Señor Jesucristo envíe a su ángel, que prepare tu camino, y te conceda lo que pidas». Así también el mismo Jacob dio el beso a Efraín y Manasés, hijos de José, cuando, constituyéndolos entre los demás patriarcas, los bendijo (Gén. XLVIII). De aquí también nació la costumbre eclesiástica de que los pontífices den el beso a aquellos a quienes consagran. De aquí, hermanos, de aquí os ruego que deduzcáis cuánta sea la celsitud del bienaventurado Apolinar, que como apóstol es elegido para la cumbre del pontificado, y como patriarca es solemnemente ordenado. El cual es promovido por aquel, y no de modo diverso a como son promovidos los apóstoles.

Se ve, pues, en él tanto la dignidad apostólica como la sublimidad patriarcal; porque es promo-

vido por boca apostólica y consagrado con solemnidad patriarcal. De donde resulta que, mientras los otros, que han sufrido suplicios por el testimonio de la verdad, son llamados mártires; este, que no solo sufrió, sino que también fue tan noblemente elegido para el martirio por el apóstol, es llamado con derecho mártir apostólico.

Entre tanto, hermanos carísimos, volved a vosotros mismos, discutid vuestros actos con solicita examinación; y vosotros que escucháis de buena gana las alabanzas del mártir, cuidad de tener una vida laudable. Pues no es hermosa la alabanza en la boca del pecador (Ecli. XV). Porque dignamente ensalzan con santas alabanzas aquellos que viven laudablemente. Y estos escuchan con utilidad las virtudes de los fuertes, a quienes los pregones oídos encienden en el amor de la imitación. Por lo demás, ¿qué aprovecha si ves a otros constituidos en las alturas, mientras tú mismo desciendes de cabeza a lo profundo? ¿Qué aprovecha ensalzar los triunfos de los fuertes guerreros, si tú mismo no te avergüenzas de dar la espalda a los enemigos cada día? Quienquiera, pues, que te alegres de que los mártires de Cristo hayan obrado con fortaleza, toma tú también las armas entre los soldados de Cristo. ¿Faltan enemigos al exterior? Vuelve las manos hacia ti, y encontrarás muchos ciudadanos sediciosos. Doma la soberbia, degüella la ira, extingue la libido, reprime la avaricia, mata la envidia; y, para comprenderlo todo brevemente con el Apóstol: «Crucifica tu carne con sus vicios (Gál. V)». Esto es obrar con fortaleza, esto es luchar

varonilmente. Pues, ¿qué ayuda si no te sitian las filas de los perseguidores alrededor de la valla, y dentro de los muros de la ciudad ruge la barbarie de los vicios? ¿Quieres además aprender aún más claramente de qué manera puedas encontrar el martirio en la paz de la santa Iglesia? Escucha atentamente, entiende diligentemente. Vigile el corazón, no duerma el ojo. Pues lo que digo es brevísimo. Sube, pues, al tribunal de la mente, y arrástrate a ti mismo al juicio del interrogatorio. Acuse el pensamiento, juzgue el ánimo, hiera la conciencia penitente como un verdugo, brote el río de las lágrimas como una herida. Así, así, por la semejanza del martirio, llegarás a la verdadera dignidad de los mártires, con la ayuda de nuestro Señor Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y se gloría por los infinitos siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN XXXI.

II. SOBRE SAN APOLINAR, OBISPO Y MÁRTIR. (23 DE JULIO)

La gloriosa solemnidad del mártir apostólico, hermanos carísimos, ha hecho que el convento de vuestra devoción asista con alborozo. Por lo cual es digno que nos regocijemos igualmente con una alegría común con vosotros, y empleemos todo este día en salmos, himnos y cánticos espirituales. Con razón hoy el mundo entero por todas partes se regocija con profusas alegrías. Con razón la santa Iglesia, dispuestos los coros de los fieles, alterna las dulces voces de las melodías.

Alégrese Antioquía, que mereció engendrar a tal hijo; exulte Roma, que pudo tener a tal discípulo; pero especialmente jubile la ciudad de Rávena, que mereció tener a tal patrono. Pues la que antes era un santuario de demonios, por medio de este se ha convertido en capitolio de los senadores celestiales. Pues allí ya descansan los cuerpos de los mártires, allí se guardan los patrocinios de muchos santos. Aquella, pues, que antes, mal fecunda en sus hijos, germinaba muchas estopas para el infierno, ahora por la gracia de Dios pare muchos ciudadanos para el cielo; de modo que ya no sin razón se dice a su pueblo: «¡Ya no sois huéspedes y advenedizos; sino que sois conciudadanos de los santos y domésticos de Dios! (Efes. II)». Y por Pedro: «Vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo de adquisición (I Ped. II)». Pues somos reyes porque llevamos el estandarte de la cruz en la frente. Y somos llamados sacerdotes con derecho porque somos ungidos con la unción del crisma.

Justamente, pues, aquella egregia metrópoli se alegra especialmente de la festividad del bienaventurado Apolinar, por quien, antes profana y rústica, se ha hecho ahora sacerdotal y regia. Cuya dignidad es tan común con las fortalezas romanas que aquella sea llamada madre y esta, congruentemente, hija. Pues todo lo que aquella posee en el llavero celestial, todo eso posee esta en el discípulo; y lo que el apóstol otorga a aquella, eso añade a esta el mártir apostólico. Pues si la ciudad de Constantinopla, porque trasladó a sí a los ciudadanos romanos, fue llamada segunda

Roma; ¡cuánto más esta, que recibió de Roma a tan gran príncipe, debe ser llamada segunda Roma! ¿Es acaso más glorioso recibir quirites de la curia romana que tener un mártir de la Iglesia romana? Por aquella parte, pues, por la que Roma es carnal, engendró carnales; pero por aquella por la que es espiritual, procreó de sí un hijo espiritual. «Pues lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del espíritu, espíritu es (Juan III)». Pero lo que tanto atribuimos a aquella ciudad, hasta decir que es semejante a Roma, lo referimos a la alabanza de Dios, no buscamos los favores de los hombres. Pues el ornato de la habitación es el decoro del habitante; y el honor del soldado es la gloria del emperador.

Place, dilectísimos, considerar estudiosamente el hermoso orden de la dispensación divina; e indagar cómo maravillosamente Dios omnipotente decretó ilustrar las tinieblas de aquella región. Pues así como el lucero matutino, surgiendo del oriente, precede al sol, así el bienaventuradísimo mártir, partiendo de la región oriental, introdujo primero en los confines de Rávena el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que es verdaderamente el sol de Justicia. ¡Y qué bien le cuadra el nombre de Lucifer (lucero), él que hizo de la luz el primer milagro de su llegada! Pues tan pronto como fue recibido en un hospedaje suburbano, devolvió la luz al hijo ciego del soldado Ireneo, y así ahuyentó de los corazones de los padres las tinieblas de la infidelidad; y mientras a aquel le devolvió los ojos de la frente, a estos les abrió con mucha más felicidad la luz del corazón.

Con razón se dice, pues, que así como el Lucero es traído al mundo, así el bienaventuradísimo varón fue traído a su ciudad. Pero cuántos suplicios sostuvo allí, cuántos tormentos de muertes recorrió, él ciertamente pudo soportarlos maravillosamente, mas nosotros no valemos para referirlos con cuanta elocuencia tenga nuestra lengua. Es azotado, es quemado, es herido, torturado en el ecúleo es despedazado por todos sus miembros; pero cuanto más se sacude la carne por los tormentos, tanto más firmemente se robustece la mente fija en Dios; y como materia encendida por el fuego, cuanto más es impulsada por los vientos de las adversidades, tanto más ardientemente se inflama en el amor de Dios. El varón santo, por cierto, mientras tolera por fuera el torbellino de la persecución, por dentro recurre a la fortaleza de la mente; y desde allí desprecia que todas las cosas pasen por debajo de él, entre las cuales ve que incluso él mismo pasa corporalmente. No teme las amenazas, desprecia los tormentos sufriéndolos con alborozo. Pues de aquí se dice por Salomón: «El justo, como un león confiado, estará sin terror (Prov. XXVIII)». De aquí de nuevo fue escrito por él: «No entristecerá al justo lo que quiera que le suceda (Prov. XII)». Pues ya el Espíritu suspendido en lo alto se goza inefablemente en esto, mientras ve que se le acumulan los gozos por los tormentos. Se fomenta con las penas, se refrigera con el incendio, se restaura con el hambre, se dilata con la penuria; y reputa por máxima ganancia si porta una pesada carga de la pasión

del Señor, y tanto teme que se le disminuya del premio cuanto ve que se le sustrae del tormento.

¿Qué más? De nuevo es azotado, de nuevo es torturado, al final también es obligado a estar con las plantas desnudas sobre brasas ardientes; pero mientras cada pie se consume por el fuego puesto debajo, la lengua se relaja más libremente en la confesión de Cristo. Por cierto, más lento había sido el fuego que incendiaba por fuera que el que inflamaba por dentro; como si uno se cociera y el otro hablara; uno emitiera palabras, el otro sostuviera golpes. Y en verdad era otro, atestiguándolo la Verdad, que dice: «No sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre el que habla en vosotros (Mat. X)». Y, para que los mismos elementos contrarios sirvan concordemente al triunfo del bienaventuradísimo mártir, mientras el fuego es despreciado por un fuego más potente, la carne, que había sido chamuscada, es cocida en aguas hirvientes; y así en olor de suavidad se hacen para el Señor dos sacrificios de una sola víctima.

¡Ea, ea! respóndeme, turba frenética, y por esos mismos furiosos merecidamente ridiculizada. ¿Por qué deliras? ¿Por qué te ensañas? ¿Por qué te desenfrenas con dientes cruentos y rabia de lobo? ¿Acaso esperas que el soldado de Cristo ceda a los suplicios y pueda cambiar su mente del santo propósito? No es de esta condición la mente fija en Dios, ignora la milicia cristiana perder en la guerra. No sabe nuestro combatiente ablandarse del rigor, no sabe temer las espadas; antes bien, cuanto más es acometido, tanto más robusto es

hallado. ¡Ea! golpea, incendia, cuece, gira, vuelve a girar, arranca de las vísceras las vísceras, imprime en las heridas las heridas. Nuestro Apolinar, si es examinado, es hallado el mismo que había sido; no puede ya la lengua negar en el hablar a Cristo, a quien los demás miembros han confesado en el sufrir. Pues si permitió que la vasija de barro de su cuerpo, mientras aún estaba sana, fuera lacerada para conservar el tesoro de la fe, ¡cuánto más temerá entonces perder tan precioso tesoro por lo que ya está sacudido y roto! Tú pues, tú miserable turba, mientras te afanas por derribar al director del certamen de Cristo, lo ensalzas; mientras te esfuerzas por superarlo, lo vuelves insuperable. Tú haces que él desprecie su propio cuerpo, y contienda por salir de él con toda la alegría del ánimo; y mientras con nuevos y exquisitos suplicios lo torturas maravillosamente para hacer de él un mártir admirable, te afanas. Pues tu estúpida sabiduría hizo que hoy el nombre del bienaventurado Apolinar corra tan claro y célebre por las bocas de los fieles. Serviste, ciertamente, mientras te ensañaste; e incrementaste la palma mientras exageras la pena. Pues ¿qué no halló tu loco ingenio para la gloria del vencedor, cuando en el honor del triunfo pasaron incluso los mismos instrumentos del suplicio?

Pero examina todavía con más diligencia el cuerpo lacerado, retrae todavía esos mismos miembros que han sido atravesados, cuece, despedaza los golpes, azota, hiere, golpea; ya de todo el cuerpo del mártir invictísimo, ¿qué otra cosa podrás herir sino heridas? Hierva el oro, no se

disminuye; sea golpeado el diamante, no se corta. Ya finalmente él anhela la cumbre del cielo, ya en su mente habita en lo sublime; nada le duele, nada teme, sino solo, oh perseguidores, vuestra piedad, la cual si se le concede, es reputada por él como la más cruel impiedad; y si queréis que vuestros dardos lleguen hasta sus partes interiores, heridle solo con piedad. Pues entonces os indignáis gravemente, si os compadecéis; entonces lo laceráis inmensamente, si lo perdonáis; y, por así decirlo, entonces lo castigáis, si entonces no lo castigáis.

¡Oh pecho robustísimo, que ningún arma puede atravesar, que ningún dardo puede penetrar! ¡Oh munitísima valla de Cristo, que no derriban los arietes impulsados, ni conmueven ningún aparato de máquinas! ¡Cuánta gloria de retribución lo ensalza ahora en lo sumo, a quien tanta adversidad de tribulación oprimió en lo ínfimo! Por el contrario, ahora resplandece con las ígneas cohortes de los espíritus bienaventurados, se regocija con los trabeados senadores de la corte celestial, entronizado en lo alto en un solio de oro con los patriarcas, maravillosamente coronado con los purpurados mártires. Con todos estos, vestido con la estola de la gloria, resplandece inefablemente, y ante su Emperador jubila perennemente el melodioso aleluya. Por lo cual te suplicamos, mártir bienaventuradísimo, que la mano de tu oración nos levante, a quienes el peso de nuestro reato nos oprime abajo; para que quienes aquí nos alegramos de referir los pregones de tu virtud, allí sintamos alguna parte de

tu bienaventuranza. Por nuestro Señor Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por todos los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN XXXII.

III. SOBRE SAN APOLINAR, OBISPO DE RÁVENA Y MÁRTIR. (23 DE JULIO)

Hemos oído hoy, hermanos carísimos, la insuperable fortaleza del soldado de Cristo, hemos oído la triunfal pasión del mártir apostólico. Admirable lucha en los perseguidores, admirable victoria en el perseguido. Pues aquellos, para expulsar al esforzado combatiente de la milicia cristiana, no solo arrebatan armas de hierro, sino que hacen de los fuegos, las aguas, los maderos, las piedras y llanamente de todos los elementos la materia de las armas, y los convierten en argumentos de combate. Pero este, cuanto más acremente es acometido, tanto más robusto es hallado; y cuanto más se distiende el cuerpo por los tormentos, tanto más se aumenta la fe. Es, en fin, un soldado insuperable, a quien la virtud le crece de las heridas, y de los terrores de las amenazas le surge la animosidad. Es una lucha nueva e inaudita, donde un extranjero expugna la urbe, un habitante la ciudad, uno solo al pueblo, uno sin fuerzas a un batallón, uno inerme a una fila, una persona derriba a una legión. Es una victoria admirable y estupenda, donde vive quien es matado; surge quien es derribado; vence quien es superado; y después que hubiere muerto, convierte a toda la fila de la parte adversa a los

estandartes de su Emperador. Donde se evade la muerte cuando se sufre; la vida comienza cuando se acaba. Un nuevo litigio, donde el pueblo preside el juicio, y uno solo es llevado para ser juzgado; donde un inocente es acusado, y se depone la censura de muchos condenables; donde el justo es azotado, y el reo condena.

Pero entre todos los, no diré jueces, sino verdugos del bienaventurado Apolinar, no gobernantes, sino torturadores, tu crueldad, Mesalino, excede la rabia de los lobos, supera la ferocidad de los leones. Pues después de la carnicería de los cruentos azotes, después de la multitud de las heridas abiertas, después de la suspensión en el ecúleo, después de la quemadura de las aguas hirvientes, mandas que su boca sea contundida con una piedra y con un nuevo género de tormento castigas las palabras con golpes. He aquí que tu saña artificiosa, por la efundida amargura de la hiel, te hizo autor de un nuevo suplicio. Y el ojo de tu mente, cegado por la ira del ánimo, al excogitar aquello, prevé con un nuevo castigo lo que con sano consejo apenas podría divisar. And en verdad, ¿qué te habían hecho los demás miembros, cuando los laniabas, cuando los torturabas, cuando los atormentabas, cuando devorabas todo immanemente con mordiscos de lobo? Con la boca te había ofendido, con la boca te había increpado, con la boca confutaba la desvergüenza de tu rostro. Los miembros mudos nada habían hecho.

¿Por qué, pues, lo que no admitió culpa, sostiene la pena? Lo que no dañó, ¿por qué es dañado?

Lo que no delinquió, ¿por qué es castigado? Si quieres, pues, proferir contra el reo el vigor de tu estricta sentencia, que la palabra sea examinada, que la palabra sea juzgada, que la palabra sea atormentada con azotes. ¿Y qué más diré? Que el alma de la lengua, que haya pecado, ella misma muera. Pero ¿de qué aprovecha, si ejerces la venganza en aquel en quien no puedes reprimir la causa de la venganza? Pues si contundes la boca carnal, hay quien interiormente fabrica otra, la cual ciertamente podrías oír, pero que no podrías castigar con ninguna animadversión; aquel, a saber, que dice a sus discípulos: «Yo os daré boca y sabiduría, a la cual no podrán resistir ni contradecir todos vuestros adversarios (Lc 21).» Aquel, digo, que dice: «No sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros (Mt 10).»

Pero de nuevo es encerrado en una horripilante cárcel, es impedido por un pesadísimo peso de cadenas, es extendido en el madero, es privado de todo sustento de alimentos. Para constreñirlo ciertamente bastaría del todo la cárcel, aunque faltara la cadena; pero para castigarlo bastaría la pena del fuego, aunque cesara la penuria del hambre. Pero aquel a quien se le sustrae el cebo terrenal, es alimentado con banquetes celestiales. Y el sustento que la impiedad del juez niega, la largueza de Dios lo administra. Lo que no tributó el carcelero, lo exhibe un ángel hecho servidor del hombre. Pues el ángel del Señor, viniendo a él de noche, lo alimentó y confortó a la vista de los custodios. Con qué deliciosa hambre es afligido

aquel que es saciado con los manjares de la despensa celestial, para quien el cielo se convierte en bodega, y el despensero celestial exhibe su ministerio. Qué felizmente miserable es aquel que, mientras carece de los estipendios terrenales, es sostenido por los obsequios angélicos; a quien se le envía un presente divinamente, se le ministra uno angélico.

Pero ¡oh, qué hermoso espectáculo, y cuánto más digno de la admiración de los espectadores! cuando tan denodadamente el jefe sigue al Emperador, el mártir imita al Rey. ¿Quién podría apartarse saciado de la visión de aquel espectáculo, si hubiera podido tener el ojo claro de la mente para ver lo que no se veía, al divisar al invictísimo combatiente de Cristo, encerrado en el horror de la cárcel, a quien tan alegremente esperaba el esplendidísimo aula del reino de los cielos? ¿Al ver a un ciudadano del cielo ser revocado con tanto triunfo del exilio a la patria? ¿Al ver al soldado de Cristo, habiendo vencido tan poderosamente al mundo, penetrando los reinos sidéreos? Sin embargo, todavía se difiere, todavía es retenido en el exilio; para que se aumente más y más el deseo de volver a la patria. Pues no cesa todavía el diablo de rugir immanemente a través de su vasija, no cesa todavía la bestia cruenta de ensañarse con todas las fuerzas de su malicia en torno al mártir de Cristo. Pues he aquí que de nuevo encadenado, tal como es arrastrado de la cárcel, es puesto en una nave, enviado al exilio; luego surge la tempestad, la nave se rompe, todos los nautas mueren en el naufragio: el bienaventu-

rado mártir con tres de sus clérigos y dos soldados es liberado.

¿Qué es esto, Mesalino? ¿Por qué de nuevo te ensañas? ¿Por qué de nuevo pierdes el juicio? Y perdido el consejo de la razón, ¿no atiendes a lo que haces irracionalmente? Ea, ruego, dime, ¿quién puede enviar a un exiliado al exilio?, ¿quién destinar a un peregrino al extranjero? ¿Puede un antioqueno ser dirigido de Rávena al exilio? ¿Un oriental ser deportado de los confines occidentales? Pero mientras lo haces exiliado, lo significas ciudadano. Y cuando hubiere regresado por el derecho de postliminio, retornará por las leyes a los títulos de la condición urbana de los cuales había sido deportado. Y ciertamente, si el varón santo hubiera temido el exilio, no habría venido desde Antioquía hasta Rávena. Finalmente, a quien compeles a ir más lejos, ¿por qué no lo absuelves de los nexos de las cadenas? Si quieres retenerlo, ¿por qué es enviado? Si quieres enviarlo, ¿por qué es atado? especialmente cuando tus cadenas no atan más por los nexos que lo que gravan por los pesos. Por el contrario, donde el mar se desinfla, tú te inflas; donde el viento templa su fuerza, tú soplas; donde el Euro cesa, tú resoplas; a quien la procela temió sumergir, tú no dudas en levantarlo en el ecúleo; a quien la fría onda apenas osa bañar, tú no temes cocerlo en aguas hirvientes. Tu furor excede la saña de todas las fieras. Tu estolidez supera la misma ignorancia de las cosas insensibles. Interroga a tus nautas, aprende tus furores.

He aquí que donde ellos mismos apenas al fin, trabajando con los brazos sueltos, perecen, los nuestros, atados, yaciendo y sin ninguna molestia de su trabajo, escapan. Pero los soldados, aunque no perezcan, para ti sin embargo perecen totalmente. Pues, llamados por derecho fieles tránsfugas, como quienes vienen a la fe, habiendo abjurado de las armas del gobernador, siguen la milicia del exiliado. Pues dicen los soldados a él: Señor Padre, ¿a dónde iremos? ¿Qué haremos? A los cuales dijo: Bautizaos en el nombre de Jesús, y viviréis. Quienes, renunciando inmediatamente a los ídolos, fueron bautizados en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Pero nosotros, hermanos amadísimos, que hemos conocido de nuevo la verdad, siendo Dios el autor; que tenemos tantas insignias de virtudes puestas ante los ojos para ejemplo de imitación, estudiemos tender con todo deseo hacia aquella bienaventuranza en la que ya sabemos que los triunfadores del mundo se gozan por la remuneración de sus trabajos. Sigamos sus huellas en el camino, de quienes deseamos tener la compañía en la patria. Ciertamente allí seremos lo que son, si aquí hubiéramos sido lo que fueron. Pues si padecemos con él, también reinaremos con él; si morimos con él, también viviremos con él (2 Tim 2). «Y si hemos sido plantados juntamente en la semejanza de la muerte del Señor, también lo seremos en la de su resurrección (Rom 6).»

No nos dividamos, pues, en el camino, si queremos ser unidos en la llegada. No aborrezca beber la amargura de la poción momentánea

quien desea llegar a la dulzura de la perpetua incolumidad. Quien quiera ser adscrito entre los soldados de Cristo, cíñase ahora varonilmente para el conflicto, para que después de cumplida la milicia reciba el municipio del descanso bienaventurado; prepárese ahora para combatir, para que merecidamente pueda ser coronado después de la victoria: «Pues no será coronado sino el que hubiere luchado legítimamente (2 Tim 2).» Pues es un soldado delicado el que quiere vencer antes de que comience a pelear; el que quiere la victoria sin lucha, o sin victoria anhela la palma. Necio es el agricultor que quiere arrancar dulcemente de la vid los turgentes racimos de uvas, y descuida plantar con trabajo los sarmientos de las estacas; desea llenar el granero con frutos, sin cuidar de cultivar el campo erizado de zarzas. Así, hermanos míos amadísimos, nos conviene recorrer con los santos en este siglo el camino estrecho y de áspero trabajo, si después queremos llegar a la latitud de su gozo. Pues quien dice que permanece en Cristo, debe él mismo caminar como él caminó (1 Jn 2). Pero sin duda alguna se desvía de las huellas de Cristo quien, huyendo de la vía estrecha, pisa el camino de la latitud: «Pues por muchas tribulaciones nos conviene entrar en el reino de Dios (Hch 14).» He aquí que el bienaventurado Apolinar, cuyo día festivo nos ha iluminado hoy, no quiso honores terrenales, no congregó falaces riquezas, no buscó la gloria del mundo, no dilató los predios de la posesión transitoria; despreció a los parientes, abandonó la patria, se negó también a sí mismo totalmente;

al fin también a través del hierro, de las espadas, de los dardos, de los fuegos, a través de morosas e inundables muertes, penetró los reinos sidéreos. Así se manifiesta en los santos más claro que la luz lo que se dice por la Verdad en el Evangelio: «Que el reino de los cielos padece violencia, y los violentos lo arrebatan (Mt 11).»

Ni tampoco decimos esto para que solo aquellos sean tenidos por dignos de los premios celestiales que son heridos por las espadas de los perseguidores. Pues a menudo muchos varones de vida perfecta y laudable quisieron con todo el deseo de su mente llegar a la cumbre del martirio; pero porque la divina providencia lo sintió de otro modo, se vieron obligados a permanecer en su grado; los cuales, aunque de ningún modo hayan sido consumados por el martirio, no son sin embargo de ningún modo ajenos a la gloria del martirio. Pues también los santos discípulos del bienaventurado Apolinar, a saber, Adherito y Calocero, Marciano y Eleucadio, aunque de ningún modo hayan sido heridos por la espada de los verdugos, se cree que de ninguna manera fueron extraños al deseo del martirio, sino que Dios omnipotente, que los eligió clementemente antes de los siglos, los constituyó en el orden que quiso, por la profunda dispensación de su consejo; el cual, aunque sea oculto para nosotros, de ningún modo sin embargo debe creerse injusto; aunque sea incomprensible, de ningún modo sin embargo debe ser juzgado reprensible. Así el arquitecto, cuando edifica la pared de una casa, construye unos ladrillos igualmente en lo ínfimo,

y otros los compone en lo sumo con artificiosa sublimidad. Pero mientras aquellos sobresalen arriba, estos yacen abajo, y con concorde diversidad completan juntos una sola pared. Así el perito artífice, cuando compone vasos de oro o de plata, imprime en unos diversas esculturas e imágenes, y otros los deja solamente pulidos por estudio; para que mientras en estos, esto es, en los simples, el color natural brilla más claramente; en aquellos, en cambio, esto es, en los anaglifos, el arte estudioso encomienda el ingenio del escultor de anaglifos, y la hermosa variedad de las cosas atraiga hacia sí los ojos de los espectadores. También de las vestiduras reales, unas se ven teñidas con el rubor sanguíneo del conquilio o del múrice, y otras resplandecientes con el brillo de un color nivio.

Pero mientras difieren mucho entre sí por su propia calidad, sin embargo derivan una sola dignidad de aquel cuerpo del rey que comúnmente cubren. Así ciertamente, así Dios omnipotente, mientras promueve a sus elegidos al grado de una sola felicidad, distingue el cuerpo de su Iglesia por diversos lineamientos de los miembros. De aquí es, pues, lo que se dice por el Apóstol: «Él mismo dio a unos ciertamente como apóstoles, a otros como profetas, a otros como evangelistas, a otros como pastores y doctores, para la consumación de los santos, para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo (Ef 4).» Pero aunque sea varia la diversidad de los que pasan, una sola sin embargo es la vía por la que se pasa: aquella ciertamente que la Verdad

preparaba para quienes lo seguían, cuando decía: «Estrecha es la vía que conduce a la vida; y pocos son los que entran por ella (Mt 7).» Esta vía la mantuvo el mismo Señor; por esta mandó caminar a cualquiera que quisiera seguirlo. Esta vía la mantuvieron los santos mártires con todo estudio, antes de que hubieran merecido llegar al martirio. Pues mantener perfectamente la vía estrecha es quebrantar las propias voluntades en todo, y obedecer humildemente al imperio del mayor. Pero cualquiera que se desliza por la latitud de su propio arbitrio, desvió el pie de la mente de la senda de la vía estrecha. Pero tanto más plenamente dirige por esta su camino, cuanto más estrechamente se crucifica en el madero del corazón con los clavos de la obediencia.

Pero porque para nuestra edificación, amadísimos, queremos poner el ejemplo de esta tan excelente virtud, porque de ninguno ocurre más pronto, presentemos aquí al medio al bienaventurado Apolinar, de quien se trata. Pues como ya habéis oído, en el mismo exordio de sus gestas se narra que el bienaventurado Pedro apóstol dijo a Apolinar su discípulo: ¿Por qué te sientas con nosotros? He aquí que estás instruido de todas las cosas que hizo Jesús. Surge, recibe el Espíritu Santo, y juntamente el pontificado, y marcha a la ciudad que se llama Rávena. Pues una multitud de pueblo habita allí; predícales sobre el nombre de Jesús, y no temas. Y poco después se subraya: Y besándolo, lo envió de sí. Considerad, hermanos míos, cuán libre la autoridad de mandar en el maestro, cuán devota la humildad de obedecer

en el discípulo: cuán pronto estuvo aquel para imponer el yugo del mando, cuán preparado se mostró este para someter el cuello de la obediencia. Aquel no templa la severidad de su mandato con halagos, este no rehúsa subir la carga de tanto trabajo.

Suelen los eruditos en la elocuencia mundana componer su locución con la suavidad del color retórico, y demostrar como leves cualesquiera cosas difíciles, cuando quieren, con palabras blandas y exquisitas, para que, si alguna vez mandan algo grave, conviertan al oyente a sus deseos. Pero el bienaventurado apóstol no compuso palabras blandas, no reprometió un evento próspero de la cosa, sino que mandó simplemente una cosa difícil. Entre estas cosas vuelve también a la mente lo que el Señor mandó a Abraham, de manera ciertamente disímil, pero no disimilmente: «Toma —dijo— a tu hijo Isaac, a quien amas, y ofrécemelo en holocausto (Gén 21).» Pues le bastaría al Señor decir, toma a tu hijo; pero añade, a quien amas, Isaac, para que, reducida a los oídos del padre la dilección del hijo, se probara en el ánimo cuánto amor de Dios vivía; para que, oída la dilección del hijo, encendiera el pecho paterno; pero de nuevo, sobrepujando la llama del amor divino, inmolándose a sí mismo con la espada de la obediencia, lo inmolara más verdaderamente en el ara del corazón. De este modo también el bienaventurado apóstol, cuando decía a su discípulo: Marcha a Rávena, como si quisiera infundirle terror, añadió al punto: Pues una multitud de pueblo habita allí.

Pero el bienaventurado Apolinar podría haber respondido a su maestro con palabras de este tipo: Dices una multitud de pueblo, y diriges a uno solo contra la multitud. Tú mismo no niegas que son muchas las filas de los enemigos; ¿y no temes enviar a un hombre inerme contra ellos? ¿Cómo luchará la nuda lengua de un solo hombre contra las manos armadas de una multitud adversaria? ¿Qué podrá la persona de un extranjero sin fuerzas contra tantas filas de ciudadanos furiosos? No se iguala bien la lucha donde de una sola lengua se lanzan palabras, y de innumerables manos se incuten golpes: donde de aquí se emiten sermones, y de allá vuelan varales. Al menos me darías un compañero, consuelo de tan irremediable peregrinación, o incluso me asignarías un ayudante para esa misma predicación. Pues también tu mismo maestro, el Señor Jesucristo, cuando os enviaba a predicar, siempre, según era necesario, os proporcionaba consuelo. También el Evangelista, que narra que él destinó a setenta y dos para predicar, pronuncia que los envió no de uno en uno, sino de dos en dos ante su faz (Lc 10).

Estas y muchas palabras de excusa de este tipo podría haber pretendido el bienaventurado mártir, si con indómita cerviz de la mente hubiera querido rechazar el yugo de la obediencia. Sin embargo, no resistió, no contradijo; sino que pronto, como recibió el imperio del que mandaba, creyó del todo necesario lo que conoció que le era mandado por la boca del maestro por el mismo Señor. Y para que en todo el bienaventurado Apolinar parezca semejante a Abraham en la

virtud de la obediencia, tal como Dios le mandó, diciendo: «Sal de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, y ven a la tierra que te mostraré (Gén 12)», quien sin dudar nada obedeció; así también este, pronto, como recibió las palabras de la jussión apostólica, al punto robusteció su ánimo con esperanza cierta para obedecer. Y lo que iba a enseñar con la palabra, lo demostró antes con el ejemplo de la obra. Esto, en fin, estudió exhibir humildemente a los súbditos, lo que justamente iba a recibir él mismo como prelado. Y, como se lee del Señor que «empezó primero a hacer y después a enseñar (Hch 1).»; para que, habiéndolo experimentado en sí mismo, aprendiera de qué manera, recibida la autoridad de la potestad, mandara a otros.

Pero cuán hermoso orden de la divina dispensación se reconoce, si la dignidad de esta cosa es pesada estudiosamente según su mérito. Pues nosotros, que mal instruidos aprendimos de Adán el primer vicio de la desobediencia, hemos sido enseñados en la primera virtud de la obediencia por este bienaventuradísimo mártir. Y así como aquel, entre los demás gérmenes de los vicios, enseñó a su prole carnal la primera desobediencia, no hablando, sino prevaricando; así este, entre otros documentos de las virtudes, instruyó a sus hijos espirituales principalmente en la obediencia, no hablando, sino haciendo. Nosotros, pues, que desobedeciendo caímos de la sublimidad de la patria superna, volvemos a ella con los pasos vueltos por la obediencia desde la deyección del exilio. De aquí es, pues,

lo que se dice por la Verdad: «Todo lo que me da el Padre vendrá a mí; y al que viene a mí, no lo echaré fuera (Jn 6).» Pues los que vienen al primer Adán aprenden a salir de lo íntimo por la desobediencia. Pero el segundo Adán, «hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (Flp 2)», en aquello que otorga ejemplo de obediencia a quienes vienen a él, no los expulsa de los gozos del paraíso.

A estos gozos, amadísimos, apresurémonos a volver, no con los pasos de los pies, sino con los progresos de las buenas obras. Quizá aún no hemos dejado el mundo, aún no hemos elegido, al modo de los que han renunciado, a uno sobre todos a quien debamos obedecer: sin embargo, esta virtud por la que principalmente se vuelve al cielo, digo la obediencia, podemos tenerla con el auxilio de Dios. Pues Saúl no había sido de los que habían renunciado, quien oía de Samuel airado contra él: «¿Acaso quiere el Señor holocaustos y víctimas, y no antes que se obedezca a la voz del Señor? Pues mejor es la obediencia que las víctimas (1 Sam 15).»

Quienquiera, pues, que desees tener perfectamente esta virtud, sé obediente a Dios, y sin embargo no seas desobediente al prójimo. ¿Quieres oír de qué manera obedezcas a Dios? Evita lo que prohíbe; cumple lo que manda. Pues ni lo uno sin lo otro puede ser perfecto. ¿Quieres también oír de qué manera obedezcas al prójimo? Cuando tu hermano te ve deslizándote en algún vicio, y te corrige como tibio en la buena obra, y te enciende al fervor con palabras de caritativa exhortación,

si no resistes, si no contradices, sino que humildemente escuchas, y te ciñes para aquello a lo que eres llamado, pronto reformarás tu regreso a la patria, de donde como desobediente habías sido arrojado, por la virtud de la obediencia. De este modo, pues, aunque no puedas sufrir la muerte por Dios, puedes sin embargo llevar una vida aplacable a Dios. Pues grande es ciertamente morir por Cristo, pero no es inferior vivir para Cristo. Ambas cosas, en efecto, pesaba Pablo con balanza igual cuando decía: «Pues si vivimos, para el Señor vivimos; si morimos, para el Señor morimos. Sea que vivamos, sea que muramos, del Señor somos (Rom 14).» Me dices: que no puedo hallar el martirio; muéstrate digno del martirio, y conseguirás sin duda alguna el premio del martirio. No puedes derramar la sangre, puedes herirte a ti mismo con el dardo de la penitencia, e inmolarte en la contrición del corazón. Prepárese la garganta para ser herida, no faltará el remunerador, aunque falte la espada. Falta el verdugo que hiera la cerviz exteriormente; está presente el Juez que dé el premio a la buena voluntad. «Pues gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad (Lc 2).» Amén.

SERMÓN XXXIII.

DE SAN CRISTÓBAL MÁRTIR (25 DE JULIO).

Mientras deseamos, amadísimos, disputar sobre la victoria triunfal del bienaventurado mártir Cristóbal, primero nos ocurre su nombre: el cual si lo discutimos con solícita indagación, como

es digno, encontramos que no al final, por la dispensación de un presagio divino, le fue entonces impuesto. De Cristo ciertamente se deriva Cristóbal. Por lo cual la esposa dice a su amado en los Cánticos. «Óleo efundido es tu nombre (Cant 1)»; a saber, el Crisma, de donde Cristo es llamado unción. Pues por el óleo se designa místicamente al Espíritu Santo. Con este óleo fue ungido principalmente nuestro Salvador cuando recibió los sacramentos del bautismo, y pronto descendió sobre él el Espíritu Santo en figura de paloma (Mt 3). Por lo cual se dice por el Profeta: «Te ungió Dios, el Dios tuyo, con óleo de alegría (Sal 44).» Este óleo fue efundido con la gracia del Espíritu Santo, la cual Cristo recibió singularmente, y la concedió a todos los elegidos por una participación dispensativa de sí mismo. Por lo cual dice el Apóstol: «A cada uno de nosotros le ha sido dada la gracia según la medida de la donación de Cristo (Ef 4).» De donde también por Cristo somos llamados cristianos, puesto que hemos sido ungidos con el mismo óleo, otorgándolo él mismo. Este ungüento también lo prometía David cuando decía: «Como el ungüento en la cabeza, que desciende a la barba, la barba de Aarón; que desciende a la orla de su vestidura (Sal 132).» A saber, el ungüento en la cabeza es el Espíritu Santo en el Salvador, quien ciertamente es designado místicamente por Aarón, que es llamado monte de fortaleza. Siendo pues Aarón monte de fortaleza, la barba también es signo de virilidad. La barba de este Aarón, pues, son los santos apóstoles, quienes por el robur de su virilidad,

que habían concebido de la unción del Espíritu Santo, vencieron todas las guerras de los furiosos perseguidores, y triunfaron con gloria sobre el príncipe del mundo como sobre un león que ruge immanemente contra las ovejas de Cristo. Por lo cual Pedro dice: «Al cual resistid fuertes en la fe (1 Pe 5).» Pablo también dice: «Las armas de nuestra milicia no son carnales, sino potentes en Dios para la destrucción de las municiones, destruyendo los consejos del cuerpo, y toda altura que se ensalza contra la ciencia de Dios, y reduciendo a cautiverio todo intelecto en obsequio de Cristo (2 Cor 10).»

De esta barba, pues, del sumo pontífice Aarón, el ungüento instila en la orla de su vestidura; porque después de los santos apóstoles, consecuentemente riega tanto a los santos mártires, como después a toda la Iglesia juntamente, con el fluido del Espíritu Santo. En cuya orla ciertamente del místico y sacerdotal indumento el bienaventurado Cristóbal, esto es, el que lleva a Cristo, mereció ser llamado. Pues llevaba a Cristo en el corazón, profería a Cristo en la voz. Delibado ciertamente con el óleo de la gracia celestial, y desnudado de la onerosa vestidura de la concupiscencia terrenal, como un luchador admirable salta a la arena y arrebata la lucha del certamen. Soldado nuevo todavía, arrebata la espada del espíritu, que es la palabra de Dios (Ef 6), y al punto entra en las guerras, y así lucha contra el enemigo del género humano en un certamen inconfederable. Vibra la espada de dos filos que procede de la boca del Salvador, y el fervoroso guerrero acomete al

enemigo, combate de cerca con las armas trabadas, y cada mente trunca las soberbias cervices de los enemigos que se oponen. Munido ciertamente con la loriga de la fe, y apoyado en la excelsa fortaleza no del monte sino de la mente, aunque por todas partes ruja y cruja la fila de los enemigos, no sabe el atleta fortísimo temer el ímpetu de las guerras; y ciertamente expone el cuerpo a los suplicios exteriores, pero el hombre que late interiormente no admite el dardo de la persecución inferida. Se apresura a entrar en la tierra de la promesa, pero a este, en la saña de los perseguidores, le ocurren las falanges del antiguo enemigo, las cuales sin embargo, mientras se esfuerzan por impedir su camino, lo agilizan. Pues mientras se preparan para abrumarlo, caen; mientras intentan matarlo, perecen; mientras retuercen los dardos, son traspasados por dardos más acres.

De estos, por tanto, que hablan o llevan a la amargura, Seón es el rey, de quien se afirma que es «elevado», porque el diablo, autor de la soberbia, impera sobre los amantes de este mundo vanilocuos y amargos. Por lo cual también él mismo es llamado príncipe del mundo, a saber, de aquel de quien dice Juan: «El mundo está puesto en el maligno» (Juan 12, 14). Y el Señor promete que ha de ser enviado a los discípulos aquel Espíritu (1 Juan 5), que este mundo no puede recibir (Juan 14). Dice, pues, Israel a Seón: «Permítenos pasar por tu tierra, no nos desviaremos a los campos ni a las viñas» (Núm. 21). Nosotros claramente, nosotros somos los que deseamos pasar por este

mundo hacia la tierra de los vivientes. Nosotros, digo, queremos caminar humildemente por los términos del rey soberbio hacia la patria de la divina promesa. Y puesto que «Hebreo» se interpreta como «el que pasa», nosotros que somos discípulos de aquel que no habitó, sino que pasó haciendo el bien y sanando a todos los oprimidos por el diablo (Hechos 10), porque Dios estaba con Él; prometemos que nunca habitaremos con el rey Seón, sino que empeñamos nuestra palabra de que procederemos solo por la vía regia. ¿Pero cuándo prometimos nosotros tales cosas al rey Seón? Cuando dimos el repudio a su cohabitación, cuando pactamos con él el pacto de la división eterna.

Recordemos, pues, el día del sagrado bautismo, reduzcamos a la memoria el comienzo mismo de la nueva regeneración; y allí encontraremos sin duda alguna que renunciamos al diablo y a todas sus pompas y obras. Conmemore cada uno de los fieles cuándo accedió por primera vez a la fuente del lavacro saludable, cuándo recibió los primeros signos de la fe. ¿Acaso no usó, por el catecismo del oficio sacerdotal, de estas palabras con las que significaba que arrojaba de sí los deseos mortíferos de este mundo, y profesaba que abdicaba totalmente de sí el contubernio de la sociedad diabólica? Y esto es lo que se prefigura en las palabras de la historia, porque Israel no se desvía ni al campo del rey Seón, ni a la viña, ni promete que ha de beber de ningún modo de su cisterna. Por el campo, ciertamente, se entiende el ejercicio de la obra; por la viña y la cisterna, el

cáliz de las artes vanas; a saber, de la astrología, la magia, la necromancia, y todo lo que dogmatiza algo vano o sacrílego contra la piedad de la fe católica. De cuyos cálices pestilentes ciertamente se queja el Señor contra el pueblo perverso por medio de Jeremías, diciendo: «Dos males hizo mi pueblo: me abandonaron a mí, fuente de agua viva, y se cavaron para sí cisternas, cisternas rotas, que no pueden contener las aguas» (Jer. 2). De las cuales también se dice por Salomón: «Las aguas furtivas son más dulces» (Prov. 8). Pero Israel tiene sus fuentes. «En las Iglesias —dice— bendecid a Dios el Señor desde las fuentes de Israel» (Sal. 67). Rechace, pues, las aguas del soberbio rey Seón, desprecie las corrientes de los dogmas heréticos; y saque aguas con gozo de las fuentes del Salvador (Isa. 12). Pues el que rompió las fuentes y los torrentes (Sal. 73), este dice en el Evangelio: «El que beba el agua que yo doy, ríos de agua viva fluirán de su vientre» (Juan 7). Pero camine también por la vía regia, como lo ha prometido. «Caminemos —dice— por la vía regia». ¿And cuál es la vía regia, sino aquella que dice: «Yo soy el camino» (Juan 14)? Quien también en el artículo mismo de su pasión se muestra como rey, cuando dice: «Tú dices que yo soy rey» (Juan 18). Prometimos, por tanto, al soberbio rey Seón no beber sus corrientes, no desviarnos a campos ni viñas, que caminaríamos por la vía regia, esto es, apresurándonos hacia Cristo por Él mismo, abstenernos de todas las pompas y obras del diablo. Pero aquel elevado Seón reúne el ejército, e Israel no permite tener tránsito por sus términos.

¿Pero quién es aquel pueblo que Seón congrega contra Israel, sino todos los réprobos que persiguen a la Iglesia? De estos son los tiranos, duques y príncipes del mundo, que o bien oponen a los varones católicos obstáculos de contradicción mediante la herética pravidad, o bien se esfuerzan por inferir tormentos a los santos mártires. ¿Pero qué hace Israel ante esto? Interroguemos a la historia. «Vino —dice— a Jasa (Isaar), y peleó contra él. Por quien fue herido Seón a filo de espada: y fue poseída su tierra desde el Arnón hasta el Jaboc» (Núm. 21). He aquí que el soberbio, he aquí que el elevado entabló combate, pero quebrantado combatió y perdió; saltó a las armas y sucumbió. El que no quiso dar el camino, perdió la vida; y mientras despreció conceder el tránsito por la vía pública, perdió el propio principado de la gloria real. Israel, en cambio, que no obtuvo el tránsito, llegó a los derechos de la posesión hereditaria; y aquel a quien no le fue lícito pasar, de la vía hizo patria.

¿Pero dónde, os ruego, hermanos míos, dónde se llevó a cabo esta victoria? ¡Feliz ciertamente el lugar que mereció ver el triunfo de tan gran gloria! ¿Dónde, digo, Israel venció al soberbio rey? En Jasa. Pero Jasa (Isaar) se interpreta como «cumplimiento del mandato». Y nosotros, si llegamos a este lugar bajo la guía de Dios, sin duda alguna superamos al diablo, que es cabeza y origen de la soberbia. Pues entonces vencemos al diablo, cuando cumplimos los mandatos de nuestro Redentor. Aunque lo que es vencer al diablo, eso mismo sea cumplir los mandatos divinos.

Pues mientras rompemos los halagos de la carne; mientras luchamos contra las perversas pasiones de las entrañas, mientras nos sometemos al imperio de la divina orden, y no guardamos nuestros deseos, sino sus órdenes, entonces sin duda debelamos al príncipe del mundo y autor de toda la maldad. Entonces se cumple en nosotros aquella oración apostólica por la que se dice: «El Dios de la paz quebrante a Satanás bajo vuestros pies» (Rom. 16). Y el Señor nos imparte aquello que prometió: «He aquí que os he dado potestad de pisar sobre serpientes y escorpiones, y sobre toda la fuerza del enemigo, y nada os dañará» (Luc. 10). Pero siendo que Seón expresa al antiguo enemigo, y su pueblo a todos los réprobos o perseguidores de la Iglesia, que fueron postrados por las armas por Israel, esto es, por los santos predicadores, ¿con qué filo fueron atravesados, con qué espada finalmente fueron aniquilados? Escucha al Apóstol, guía ciertamente de la milicia espiritual, y esforzado guerrero de la batalla interna: «Viva es —dice— la palabra de Dios, y eficaz, y más penetrante que toda espada de dos filos, que llega hasta la división del alma y del espíritu, de las coyunturas también y de las médulas, y discernidora de los pensamientos y de las intenciones del corazón» (Heb. 4). Esta espada de la división desenvainaba aquel guía y autor de los certámenes, y señor de los guerreros, cuando decía: «No penséis que he venido a poner paz en la tierra. Pues no he venido a poner paz, sino espada» (Mat. 10).

Has oído de la espada que divide, oye consecuentemente también la división misma: «He venido —dice— a separar al hombre contra su padre, y a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra, y los enemigos del hombre serán sus propios domésticos» (Mat. 10). Por esta espada, por tanto, tanto Seón fue aniquilado, como todo su ejército postrado en una común matanza. Porque sin duda por la espada del espíritu, que es la palabra de Dios (Ef. 6), tanto el diablo cayó, como el pueblo a él sujeto desfalleció de la vida de su infidelidad. Siendo pues que la Escritura afirma que aquellos fueron aniquilados a filo de espada; de estos no congruentemente puede decirse que fueron muertos por la espada de la boca. Y cuando el Señor dice: «Porque el príncipe del mundo será echado fuera» (Juan 12), tan pronto como Seón es echado fuera, al punto por toda la latitud del mundo Israel, esto es, la santa Iglesia, se propaga. Pues tan pronto como con su príncipe la infidelidad cae extinguida, la fe de la Iglesia triunfante se dilata. Y los que habían sido hasta entonces exiliados, se convierten tras la victoria en poseedores. Por lo cual también a la misma Iglesia se le dice por Isaías: «Tu pueblo, en cambio, todos los justos, heredarán la tierra para siempre» (Is. 65). De cuyo pueblo también dice después: «Y habitarán, y plantarán viñas, y comerán los frutos de ellas» (Ibíd.). Todavía además el mismo profeta, que la santa Iglesia debe dilatarse por los confines de las gentes, manifiesta claramente: «Dilata —dice— el lugar de tu tienda, y extiende las pieles de tus tabernáculos;

no escatimes; alarga tus cuerdas y consolida tus clavos» (Is. 54). Pero por qué debe hacer estas cosas, lo descubre cuando añade: «Pues penetrarás a la derecha y a la izquierda, y tu simiente heredará las gentes» (Ibíd.). Toda la tierra de Seón, por tanto, cayó en la herencia de Israel; porque, mientras el príncipe de este mundo sale traspasado por la espada de la divina palabra, la santa Iglesia universal se dilata por los términos del mismo mundo.

Y no pienso que deba pasarse por alto lo que se dice: Que fue poseída su tierra desde el Arnón hasta el Jaboc. El Arnón ciertamente, que es el inicio del reino de Seón, se interpreta como «las maldiciones de ellos». Pues todo el mundo, que antes del advenimiento del Salvador estaba oprimido bajo el imperio del diablo, tenía el origen de la maldición, porque ignoraba al autor de la bendición; de quien ciertamente se dice por el Profeta: «Dará la bendición el que dio la ley» (Sal. 83). Por lo cual también dice el Apóstol: «Pues todos los que son de las obras de la ley, están bajo maldición». ¿Acaso no teníamos el inicio de la maldición nosotros, de quienes se dice: «Éramos —dice— por naturaleza hijos de ira, como los demás» (Ef. 2)? Pero el fin de aquel reino es el Jaboc, que se interpreta como «lucha». Pues es necesario que todos los que quieren salir del reino del diablo y escapar de sus términos, toleren los combates de las tentaciones que acometen. Lo cual si alguien luchare legítimamente, y luchando varonilmente venciere, ya no será el Jaboc ciudad de Seón, sino ciudad de Israel; no cierta-

mente aquel que sea Israel en la carne; ni en lo manifiesto judío; sino el que sea Israel en Cristo, circuncidado de corazón, no de carne.

Estas cosas os hemos dicho, hermanos carísimos, como por digresión, para que enseñemos el combate espiritual en el que el bienaventurado Cristóbal brilló como insigne triunfador, incluso a través del misterio de la sagrada historia. Ni debe parecer admirable si describimos el orden de la sagrada lucha, nosotros que deseamos alabar a un esforzado luchador. Él ciertamente, como verdadero y fuerte israelita, despreció a Egipto y las leyes de la férrea servidumbre; y por las guerras, por los fuegos, por el hierro, las saetas y las espadas, entró en la tierra de la promesa. Quien ciertamente, como rosa purpúrea, floreció de las espinas de los cananeos, y como aceituna pingüe procedió de los acebuches silvestres, buscó el tirocinio de la milicia cristiana, y recibiendo los rudimentos de la nueva fe, como ferviente guerrero se sumergió en medio de los ardores de los combates. Unas veces ciertamente se esfuerza por doblegar al soldado de Dios mediante los halagos seductores de las meretrices, otras veces por aterrarlo con la aspereza de las amenazas atronadoras, ya prepara coserlo con saetas, ya licuarlo con los flujos de aceite hirviente. Pero el invictísimo soldado de Cristo e impertérrito combatiente, ni pudo ser seducido por los halagos, ni ser quebrantado por los exquisitos suplicios de las penas, ni ser revocado de su santo propósito por la furibunda saña de los verdugos.

Diversos géneros de tormentos exagera el tirano en torno al soldado de Cristo, pero el fundamento inmóvil de la fe invicta persevera. Los ríos hinchados braman en derredor, los espumosos cúmulos de las tormentas se precipitan, por todas partes los vientos furiosos embisten, pero la excelsa fábrica de la casa, que surge de la solidez de la firme roca, no sabe vacilar ante el ímpetu de cualquier violencia. Estuvo la columna de Dios inmóvil entre los torbellinos de los perseguidores que por doquier ensañaban, persistió entre las tempestades de los granizos que imponentemente acometían. Pues el soldado de Cristo, sorprendido entre las filas hostiles, no solo no pudo ser doblegado por el golpeo, sino que también retorció valientemente los dardos de la santa predicación; y, como guerrero instruido, convirtió en usos propios las armas ajenas. Pues el perseguidor sirvió ensañándose, y, mientras quiso dañar, ministró sin saberlo; porque cuanto más lo encontró sufriendo ecuánimemente la locura de su furor, tanto más devolvió más clara la apariencia del oro acrisolado.

A quien el tirano, cuando lo vio como soldado de Dios ceñido, bramó, e intentó impugnarlo con diversos modos de dardos, con muchas máquinas de guerra.

Por tanto, hermanos míos, imitemos el ejemplo de tan egregio luchador, mantengamos su forma, mantengamos su custodia en nuestra tentación. Contra este el tirano movió casi todos los elementos, y no pudo vencerlo. Nosotros al menos resistamos a los halagos de nuestra carne, re-

primamos la ira, estudiemos domar la soberbia, y pisoteemos los monstruos de todos los vicios por la virtud de la fe; y nosotros que sabemos que este glorioso varón no cedió a los tormentos de los verdugos, nosotros al menos no consintamos a los halagos titilantes de los placeres, aunque todavía no seamos capaces de amar a Dios perfectamente según el ejemplo de este bienaventurado mártir, estudiemos entretanto temerle amándole, y temiéndole insistir en sus mandatos, y así poco a poco seremos capaces de ascender a la cumbre de su amor. Pues si atendemos diligentemente, encontramos este orden de disposición incluso en las palabras del mismo Señor. Pues en el Deuteronomio se lee: «Y ahora, Israel, ¿qué pide de ti el Señor tu Dios, sino que temas al Señor tu Dios, y camines por sus vías, y le ames? (Deut. 10)». Para que, a saber, la mente humana empiece primero a temer a su Creador, luego se ejercite en sus mandatos, y así finalmente convalezca para concebir la dulzura del divino amor. Este orden ciertamente de la íntima dilección busca la esposa en los Cánticos: «Ordenad —dice— en mí la caridad (Cant. 2)». Hacia la caridad, pues, dilectísimos, se encienda el fervor de nuestra mente, por la cual tanto rechace las máquinas de la astucia hostil, como desprecie los lúbricos deleites de este mundo. Demos el repudio al mundo, ofrezcamos en nuestras entrañas habitación a Dios; para que si, según el nombre del bienaventurado mártir, llevamos ahora a Cristo en nuestro pecho, seamos después llevados hacia Él por el remo de los ángeles. Pues es Él quien tanto ofrece la gloria

a los santos mártires, como otorga el perdón de la ofensa a los pecadores convertidos. Él es quien tanto vence en la victoria de los que luchan, como triunfa por la conversión de los penitentes, Jesucristo nuestro Señor, que con Dios Padre y el Espíritu Santo vive y es glorificado por los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN XXXIV.

I. SOBRE LAS SANTAS FLORA Y LUCILLA, VIRGEN Y MÁRTIR (29 DE JULIO).

Nos alegramos, hermanos carísimos, de celebrar el triunfo de las vírgenes, nosotros que no dudamos que el parto virginal es el inicio de nuestra redención. Ciertamente el Autor de la virginidad, que se dignó acceder al campo de este mundo a través de una virgen para luchar, quiso también reparar las insignias de su victoria a través de muchas vírgenes. Entre las cuales ciertamente estas vírgenes brillaron como lámparas gemelas, las cuales, según el presagio de ambos nombres, una ciertamente huele a flor, la otra brilla con la luz. Estas, por tanto, como se encuentra en la historia de los antiguos hechos, capturadas por cierto rey bárbaro, fueron retenidas bajo honesta custodia durante ciclos duplicados de una década. Pero el rey, al principio ciertamente, hirvió encendido por el fuego de la libido, pero vehementemente quebrantado por la constancia de ellas, finalmente asintió saludablemente al consejo de la castidad. Finalmente también, el que las había llevado cautivas, hecho concautivo,

depuso los cetros reales, y junto con ellas a través de la palma del martirio cambió el reino terrenal por la gloria del imperio celestial. Depuso la púrpura volátil, y alcanzó la estola de la inmortalidad. En lugar de los triclinios del palacio ruinoso, mereció una casa no hecha por manos, eterna en los cielos. Y qué hermosa apariencia de las cosas, que el que antes había sido como un León rugiente entre las guaridas de las fieras, ya dentro de los rediles de la Iglesia, convertido en manso corderito, chupara las ubres de las ovejas.

Perpendimos, por tanto, que a estas dos santas vírgenes se les concedió manifiestamente lo que el esposo promete místicamente a la esposa en los Cánticos: «Serás coronada —dice— desde la cumbre del Sanir, desde la cabeza del Amaná y del Hermón, desde las guaridas de los leones, desde los montes de los leopardos (Cant. 4)». El Amaná ciertamente se dice que es un monte de Cilicia, que por muchos es llamado también Tauro. El Sanir verdaderamente y el Hermón son montes de la tierra de Judea, en los cuales se cree que habitan leones y leopardos. Por estos montes, por tanto, han de entenderse los reyes y príncipes y las diversas potestades de este mundo, que como montes se levantan hacia la cima de la soberbia, y ofrecen habitación a los espíritus malignos como a leopardos y leones. Ciertamente los espíritus perversos son llamados leones por la crueldad; y leopardos, porque este animal es de color variado, por la multiforme variedad del engaño y del fraude.

Desde estos montes, por tanto, o bien cada alma fiel o la santa Iglesia es coronada, cuando convierte a los príncipes del siglo a la fe, o los dirige hacia la rectitud de la santa conducta. Y es coronada, porque o bien es remunerada por Cristo por el lucro aportado de ellos, o es honrada en el siglo por aquellos mismos por quienes antes era oprimida. Es coronada, digo, desde las guaridas de los leones y los montes de los leopardos, cuando convierte a todos los soberbios y falaces de su pravidad, y recibe premios eternos por sus costumbres corregidas. Lo cual de hecho se prueba que les sucedió a estas santas vírgenes, si es que se ha de dar fe a lo que se dice, las cuales consiguieron tanto la palma de la victoria sobre el rey antes inicuo, como después la gloria por él convertido y felizmente consumado. Digan, pues, al celestial Esposo las bienaventuradas vírgenes lo que se dice en los mismos cánticos: «Nos exultaremos y nos alegraremos en ti (Cant. 1)». No en nosotras, sino en ti; porque tú que hace poco nos sacaste de las tinieblas a la luz de tu verdad, a través de nosotras también provocaste a otros desde la calima de la ignorancia al conocimiento de tu nombre, para que se haga lo que se dice: «El que se gloría, gloríese en el Señor (1 Cor. 1)». Ya verdaderamente, lo que transmite el estilo de la historia, a saber, que el Señor les había hablado en el silencio nocturno, y las había provocado a consumar en Roma el martirio. ¿Acaso no parece congruir manifiestamente con esto lo que se entreteje entre los mismos esposo y esposa a través del sacramento del coloquio típico? «Yo

duermo, y mi corazón vigila. La voz de mi amado que pulsa: Ábreme, hermana mía, amiga mía, paloma mía, inmaculada mía; porque mi cabeza está llena de rocío, y mis guedejas de las gotas de las noches (Cant. 5)». Dice, pues, cada bienaventurada virgen, de las cuales ciertamente había un solo corazón y una sola alma: «Yo duermo, y mi corazón vigila»; porque sin duda cuanto más la santa mente se comprime del estrépito de la concupiscencia temporal, tanto más verdaderamente conoce lo interno; y tanto más vigila hacia lo íntimo, cuanto más solícitamente se oculta de la inquietud exterior.

Dormían, pues, estas santas vírgenes de los negocios y de la concupiscencia del siglo, pero mantenían los ojos abiertos y muy vigilantes en el ardor del amor de Dios. Pero porque este no es el tiempo del pleno descanso, sino más bien del trabajo y del combate, de repente el amado pulsa la puerta, y las excita a la disposición de entablar la batalla con sus exhortaciones: «La voz —dice — de mi amado que pulsa (Cant. 5)». Pulsa el amado cuando Cristo provoca a sus fieles o bien a los incrementos de sus virtudes, o ciertamente a ganar las almas de los prójimos. «Ábreme, hermana mía». Hermana ciertamente, porque has sido hecha coheredera mía de mi reino, y admitida en la necesidad de la adopción fraterna. «Amiga mía», porque arrebatada del yugo de la servidumbre, conociste los arcanos de mi verdad. «Paloma mía», porque vacía de la amargura de la hiel, y enriquecida con el don de mi espíritu que descendió en paloma. «Inmaculada mía»,

porque por la efusión de mi sangre has sido purificada de toda mancha de tus pecados. Ábreme, pues, a mí, esto es, sal del descanso y del ocio de la contemplación amada para ti, y empéñate fervorosísima y constantemente para dar testimonio a mi verdad: «Porque mi cabeza está llena de rocío, y mis guedejas de las gotas de las noches (Cant. 5)».

LA CABEZA DE CRISTO ES DIOS, COMO DICE EL APÓSTOL (1 COR. 11).

Pero las guedejas son los íntimos pensamientos de los santos, que no fluyen sueltos y disueltos, sino que están ligados por el vínculo del temor y del amor de Dios. En verdad, ¿qué entendemos por el rocío y las gotas de las noches, sino las tenebrosas y frías mentes de ciertos réprobos?

Por lo tanto, la cabeza del esposo en los réprobos está llena de rocío, ya que los mundanos ciertamente se entumecen del amor de Dios y se desvían por la lascivia de sus placeres. Según lo que dice el Señor: «Abundará la iniquidad, y se enfriará la caridad de muchos (Mat. 24)». Claramente, cuando tales personas persiguen y odian a los santos de Dios, en sus corazones las guedejas del esposo están, como si fuera, llenas de las gotas de las noches. Y cuando tales personas se multiplican y agravan a la Iglesia con persecuciones, entonces el esposo exhorta a la esposa a que se levante e insista valientemente en el celo de la predicación. De aquí es que las bienaventuradas vírgenes Flora y Lucila son amonestadas divinamente durante la noche para que regresen a Ro-

ma, y de ningún modo teman acceder al combate del martirio. Pues donde el Dios omnipotente vio hervir con más fervor el ardor de la persecución, allí decretó triunfar más gloriosamente a través del sexo frágil.

Pero para volver al Cantar, cada una de estas venerables vírgenes expresa como con la elocuencia única de una sola boca: «Me he despojado, dice, de mi túnica, ¿cómo me la he de poner?» (Cant. 5). Como si dijera: Me despojé de los cuidados y ocupaciones del siglo, y me estreché solo en el amor de tu contemplación. ¿Cómo, pues, emprenderé ahora el camino de la discursión? ¿Cómo soportaré el estruendo y la lucha de los que hablan en contra? El Señor muestra que por las túnicas significa los cuidados y las solicitudes, cuando dice: «El que esté en el terrado, no baje a tomar su túnica (Mat. 24)». Lo cual es decir abiertamente: el que se apoya en la sublime fortaleza de la contemplación, de ningún modo descienda para implicarse de nuevo en las ocupaciones del negocio secular. «He lavado mis pies, ¿cómo los he de manchar? (Cant. 5)», es decir, lavé los pasos de mi obra de la aspersión del polvo terrenal con dignas lágrimas de penitencia; ¿de qué modo podré ya, sino meditar las cosas celestiales a las que estoy acostumbrada? No obstante, estas bienaventuradas vírgenes, a saber, Flora y Lucila, posponen el descanso de la contemplación, con la cual habían vivido hasta entonces en el aula del reino como en un desierto; y, procediendo al mandato del Salvador, recompensan el daño del descanso perdido con la gloria de sufrir

el martirio. Pues el que les daba las palabras por fuera, él mismo también encendía sus mentes por dentro al fervor de la obediencia. Por lo cual ambas bienaventuradas vírgenes declaran como con voz de un solo hablar, diciendo: «Mi amado metió su mano por la ventanilla, y mi vientre tembló a su tacto (Ibíd.)». El amado claramente mete la mano por la ventanilla y toca el vientre, cuando el Creador visita el corazón con oculta inspiración e inflama al agon del combate y del santo trabajo. Pues que el vientre signifique el corazón, lo muestra el profeta cuando dice: «Me duele el vientre». Lo que ciertamente era esto, lo abre cuando añade: «Los sentidos de mi corazón están disipados (Jer. 4)». El vientre, pues, de las bienaventuradas vírgenes, a saber, Flora y Lucila, tembló cuando el amado metió la mano y tocó. Porque pronto también su corazón concibió los mandatos de la divina orden, negándose a sí mismo, nada reservó en adelante a su propio arbitrio. Por lo cual cada una dice todavía como singularmente: «Me levanté para abrir a mi amado (Cant. 5)». Se levantaron las santas vírgenes para abrir pronto al amado; porque con prontísimo ánimo decretaron obedecer humildemente. Abrieron ciertamente al amado cuando, inclinando la cerviz del corazón a su imperio, pisotearon la propia voluntad y cumplieron con todas sus fuerzas la divina.

Pero quizás alguien nos arguya por qué, dejados los campos abiertos de las Escrituras, recogemos los aromas de las flores de solo el rincón de los cánticos, para componer a las sagradas vírge-

nes una guirnalda de gloria. Lo cual ciertamente, hermanos míos, lo confieso, lo hacemos de industria, porque juzgamos que a nadie le conviene mejor el cántico nupcial que a estas sagradas vírgenes, que ascendieron a los tálamos del esposo celestial por la insigne victoria del martirio; ahora descansan en los abrazos de aquel esposo, por cuyo amor sudaron bajo el duro peso de los trabajos y las presiones; en cuyo pacto nupcial, ciertamente, la corrupción no encontró lugar, sino que la integridad virginal creció.

Sigamos, pues, amadísimos, a las sacratísimas vírgenes en la vía de los trabajos y de los combates; para que merezcamos unirnos a ellas al menos como los últimos en las retribuciones de los méritos. Avergüéncense los hombres de servir a los atractivos carnales, nosotros que vemos al sexo frágil penetrar los reinos celestiales a través de diversos tormentos, por el hierro, por las espadas. Enrojezca el hombre de entumecerse bajo la sombra de un ocio degenerado, quien vea a las niñas luchar varonilmente bajo el ardor de la persecución en el estadio del combate (*agonis stadio*). Así, pues, imitemos ahora el ejemplo de las sagradas vírgenes, en cuanto podemos, para que con ellas seamos conducidos alguna vez al autor de la virginidad, el Hijo de la Virgen; quien con Dios Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN XXXV.

II. DE LAS SANTAS FLORA Y LUCILA, VÍRGENES Y MÁRTIRES. (31 DE JULIO).

Todavía, amadísimos, germina el parto virginal, todavía aquella fecundidad virginal acumula los frutos de las mieses celestiales, cuando la flaqueza mujeril no solo supera al sexo, sino que además triunfa sobre el príncipe de este mundo con insuperable magnanimidad de mente. Para esto, en efecto, el Hijo de Dios fue concebido de la flor de una matriz primaveral, para convertir el viejo fermento en ázimo (*azymam*), y por la carne, que había sido vencida, reportar la victoria al género humano. En verdad, compuso para sí una loriga de nuestra fragilidad, en la cual exultando como gigante (Sal. 18), y potente y fuerte en la batalla, debeló a las potestades aéreas.

Así, pues, de la flaqueza se procuró la constancia, de la cautividad la victoria, de la ruina la ascensión. De aquí, ciertamente, se ha hecho que el antiguo enemigo, que se aplaudía de que le había provenido la victoria por la necedad de una sola mujer, ahora se avergüence de verse vencido y confuso por muchas mujeres. De aquí es también lo que ahora se trata, porque a saber, estas sacratísimas vírgenes, Flora y Lucila, primero despreciaron los atractivos de los placeres, y después las espadas de los torturadores. Y las que durante muchísimo tiempo habían sido primero mártires en lo oculto, brillaron después victoriosas en público. A las cuales, ciertamente, les cuadra muy aptamente lo que la esposa dice en el Cantar de los Cantares: «Un manojo de mirra es mi amado para mí, morará entre mis pechos (Cant. 1)». La mirra es claramente una especie aromática de demasiada amargura, con la

que se condimentan los cadáveres de los muertos para que no se pudran fácilmente. De aquí es que también el cuerpo del mismo esposo, bajado de la cruz por Nicodemo y José, es condimentado con mirra y áloe, y entregado a la sepultura envuelto en lienzos (Juan 19).

¿Qué se designa, pues, por el manojo de mirra, sino la múltiple mortificación? Pues no dice: un brote de mirra, o una ramita de mirra, sino un manojo, dice, de mirra es mi amado para mí. Como si dijera que porque en toda mi conducta me mortifico, y ya no vivo por ninguna obra de mi propia voluntad, mi amado no se ha hecho para mí una simple rama, sino un manojo de mirra. Por lo cual también el eximio predicador dice: «Yo llevo los estigmas (*stigmata*) de Jesús en mi cuerpo (Gál. 6)». A cuya múltiple mortificación, ciertamente, también él nos exhorta consigo, diciendo: «Llevando siempre la mortificación de Jesús en nuestro cuerpo, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal (2 Cor. 4)». Pues de aquello que llevamos en nuestro cuerpo, no reservamos ninguna parte del cuerpo vacía. Aquel, pues, lleva la mortificación de Jesús en su cuerpo, que no se deja nada de sí mismo para sí, que no vive para sí sino para Cristo en todo; que ciertamente se crucifica por todas partes a sus propias voluntades. Aquí, pues, el amado se hace manojo de mirra, porque en todas sus acciones mostrándose como extinguido, recoge de algún modo un múltiple manípulo de la mortificación de Cristo. Canten, pues, juntas las bienaventuradas vírgenes, que, teniendo un solo

esposo, no conocieron los celos, y así como por el pegamento de la caridad funden una sola alma de las dos, así como con una sola boca digan singularmente: «Un manojo de mirra es mi amado para mí». Donde también se añade aptamente: «Morará entre mis pechos». Nadie duda que entre los pechos del pecho está el lugar del corazón.

El amado, pues, mora entre los pechos de cada una de las vírgenes, porque su infalible amor y deseo no se borra de su memoria. «Morará entre mis pechos», como si dijera: El que se me hizo manojo de mirra por la amargura de la pasión, mora continuamente entre mis pechos por la dulzura del corazón; y el que me exaspera por fuera por el ejemplo de la muerte recibida, me endulza por dentro por la gracia infundida de íntima suavidad; como de él mismo dice otra vez la esposa: «Mi amado es blanco y rubicundo, elegido entre millares (Cant. 5)». Blanco ciertamente por la gloria de la divinidad, pero rubicundo por la sangre de la pasión. Pero se dice elegido entre millares, porque de toda la multitud de los santos él solo es el que fue digno de oír: «Este es mi Hijo amado, en quien me he complacido (Mat. 3, 17)».

Si estas venerables vírgenes no miraran incesantemente esta belleza del amado con los ojos de la fe, de ningún modo habrían soportado tantas penalidades y presiones como un amargo y múltiple manojo de mirra. Claramente, si no se encendieran en los abrazos de aquella suma belleza, de ningún modo harían del aula del rey un desierto, y, entre hombres carnales y resbaladizos, truncarían todos los atractivos de la carne

durante casi tres semanas de años con el cuchillo de una continua continencia. Pues para ellas había, como se dice: «la garganta del esposo suavísima, y todo él deseable (Cant. 5)». La suavísima garganta del esposo es la dulzura interior de las palabras. Pues en las palabras de Cristo muchísimos entienden fácilmente la superficie, pero a pocos les es dado penetrar la dulzura interior, de la cual se dice por el Profeta: «Gustad y ved que el Señor es suave (Sal. 33)». Pero el que es suave en la garganta, sabe amargo en la boca. Por lo cual está escrito: «Sus labios son labios que destilan la primera mirra (Cant. 5)».

Los labios del esposo, por lo tanto, son las palabras del Redentor. Las cuales ciertamente destilan mirra, porque enseñan que por la mortificación y amargura de la carne se ha de llegar a la suavidad de la dulzura interna.

Por este camino de amargura, hermanos carísimos, estudiemos ahora caminar con las bienaventuradas vírgenes, para que con ellas mismas después merezcamos entrar a las reales bodas del esposo eterno con la bendición de la dulzura. De la avidez de este convite eterno no nos acaricie una falsa dulzura de la carne, no nos rompa la aspereza de los trabajos que nos acometen, no nos agrave la carga de las cosas temporales, no nos retenga el afecto de los hijos, o la necesidad de cualesquiera seres queridos, no nos impida la ira implacable contra el prójimo, no nos restrinja la solicitud de la cosa por adquirir o adquirida. Amputemos de nosotros todas las espinas de los vicios que brotan malamente, alejemos de los

ojos del corazón las tinieblas de la concupiscencia terrenal, para que con las bienaventuradas vírgenes, a saber, Flora y Lucila, nos esforcemos por florecer en virtudes, y vivamos en la luz de las buenas obras, a fin de que caminando por sus huellas, mientras no nos adherimos a las cosas transitorias, seamos introducidos en las eternas: y mientras despreciamos el mundo, lleguemos a Cristo. Quien con Dios Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN XXXVI.

DE SAN RUFINO MÁRTIR. (30 DE JUNIO).

Sabéis, hermanos carísimos, según habéis aprendido por el magisterio de la fe católica, que en el examen de la última discusión, todos juntos, tanto los pecadores como los justos, han de ser presentados ante el tribunal del eterno Juez con sus cuerpos, testificando el Apóstol, quien dice: «Es necesario que todos nosotros nos manifestemos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba lo propio del cuerpo, según lo que hizo, sea bueno o malo (2 Cor. 5)». Y los réprobos ciertamente para esto, para que, porque aquí pisotearon junto con la carne y el alma los preceptos de su Creador, allí con ambas sustancias reciban la sentencia de la justa condenación, y en adelante sientan en ambas partes la amargura de los suplicios, ellos que, mientras vivían, servían a sus depravadas deleitaciones desde ambas. Los elegidos, en cambio, para que, porque no desisten ahora de crucificar su carne con sus vicios y con-

cupiscencias (Gál. 5), con esos mismos cuerpos suyos, de los cuales a saber usaron como tabernáculos en la milicia divina, sean promovidos a la gloria de la claridad superna; para que, suelto el cíngulo de la milicia, el hombre interior y el exterior obtengan entonces un solo municipio (*municipium*) de descanso perpetuo, ellos que llegaron a un solo triunfo por medio de guerras comunes. Y para quienes hubo una sola lucha, sea no obstante la misma también la corona. Aquel será claramente nuestro Sábado, aquel séptimo año de la ley, aquel verdaderamente el Jubileo (Deut. 15; Lev. 25). En efecto, se manda que el Sábado sea feriado, para que por él se figure el descanso eterno. Bajo el misterio también de designar ese mismo descanso eterno o resurrección, en el séptimo año se restituye la libertad. Pero en el Jubileo se suena con trompetas para que cada uno vuelva a su propia posesión. «Sonará, en efecto, la trompeta», como dice el Apóstol, «y los muertos que están en Cristo resucitarán (1 Cor. 15)». A sus propias posesiones, por lo tanto, vuelven todos entonces, porque en aquel día de la última resurrección cada uno recibe su propio cuerpo, en el que habitó mientras llevaba la vida presente.

A sus propias posesiones, por lo tanto, vuelven todos entonces, porque en aquel día de la última resurrección cada uno recibe su propio cuerpo, en el que habitó mientras llevaba la vida presente. Entonces Adán, entonces Noé, entonces todos los antiguos Padres, más aún todas las almas de los mortales vuelven a la tierra perdida de su

carne; ellos poseerán para siempre sus cuerpos recibidos y, conducidos a la libertad de los hijos de Dios, todos se alegrarán ya seguros, soltados del vínculo servil de la corrupción humana.

Siendo, pues, que los cuerpos de los santos han de ser de tanta dignidad que han de recibir comúnmente con sus almas tanto la corona de la vida perpetua como la estola de la inmortalidad; ¿qué maravilla si ahora el Dios omnipotente les provee de lugares aptos, y dispone que sus sepulcros no se hagan en cualquier parte o por azar, sino por elección de su voluntad? En efecto, también aquello se pregunta a menudo no ociosamente: ¿por qué Abraham, que confiesa por parte del cuerpo ser polvo y ceniza (Gén. 18), tuvo una providencia tan ambiciosa para su sepultura, que de toda la latitud de su peregrinación eligiera solo Hebrón, a saber, de la región cananea, en la que también por una suma no pequeña comprara para sí una cueva doble? (Gén. 23). Jacob también a sus hijos, y José a sus hermanos, los conjuran protestando que trasladen sus huesos a la misma cueva después de su muerte (Gén. 49). ¿Qué es, pues, lo que hombres santos, que desde la sublime fortaleza de la mente habían despreciado tanto la vida presente como toda la gloria del mundo, litigaban tan codiciosamente, tan ansiosamente, tan estudiosamente sobre el lugar donde se guardarían sus cenizas, sino porque por el espíritu del profeta sabían que el Salvador del mundo nacería allí de su simiente, y que la sangre que lavaría los pecados del mundo se dermaría especialmente en aquella región? Como se dice

por el Salmista: «Porque nuestro Dios antes de los siglos obró la salvación en medio de la tierra (Sal. 73)». Lo cual, ciertamente, aunque puede entenderse especialmente del mismo cuerpo del Señor, sin embargo de aquella región también donde se dignó padecer, que ciertamente es el centro (*meditullium*) del mundo, parece decirse no incongruentemente.

En la tierra de Canaán, por lo tanto, nuestros santos Padres eligieron sepulcros, para que de allí merecieran resurgir alguna vez, donde el mismo autor de la resurrección, a saber, el Primogénito de los vivos y de los muertos, se dignó declarar en sí mismo la gloria de la resurrección. ¿Y qué más diré del honor que Dios, remunerador de los buenos, exhibe a los cuerpos de sus santos? Puesto que el mismo Dios omnipotente se dignó sepultar el cuerpo de Moisés (Deut. 34), y se lee que el cadáver de Eliseo resucitó a un muerto (4 Rey. 13). Más aún, para confesar la verdad, lo que de ningún modo concedió a los santos que vivían en la carne, esto lo otorgó a menudo la divina dispensación a los muertos. Lo cual se pondera claramente en Abdo, el hombre de Dios, a quien ciertamente viviendo pudo un león invadir para matarlo, pero su cadáver de ningún modo se permitió que fuera violado en lo más mínimo (3 Rey. 13). «Preciosa es, ciertamente, a los ojos del Señor la muerte de sus santos (Sal. 115)». No es, pues, maravilla si la divina dispensación distribuye lugares congruos a los cuerpos de los santos, y ahora los encomienda a la tierra como un cierto depósito, para restituirlos después para

ser trasladados a los reinos celestiales. Pero ya, por causa de lo cual hemos premiso estas cosas, toquemos brevemente algunos de los milagros del bienaventurado Rufino.

El cuerpo, pues, de este bienaventurado mártir fue trasladado después desde el Suburbio de la ciudad de Asís, donde había sido colocado antiguamente, dentro de los muros por el terror de una incursión de paganos (*gentilis*). Pero el labro (*labrum*) de piedra, en el que antes había yacido el predicho cuerpo, había sido dejado fuera de los muros durante mucho tiempo. Sobre el cual, ciertamente, se originó una grave sedición entre el pueblo y Hugo, entonces obispo de la misma sede. El obispo, en efecto, juzgaba que debía ser llevado a la iglesia de la bienaventurada María siempre virgen, que es la primera sede de aquel lugar, ciertamente con el propósito de que, ya que la iglesia madre no tenía el cuerpo del mártir, se compensara al menos con algún consuelo de un sepulcro vacío. Por el contrario, el pueblo afirmaba que no debía hacerse división entre las sagradas reliquias y el propio túmulo, ni debía cambiarse ahora por invenciones humanas lo que parecía instituido divinamente desde el consumado triunfo del mismo glorioso mártir. Contendiendo, pues, de tal modo unos y otros, el labro es introducido en los muros de la ciudad, y por ambas partes juntas se llega a la encrucijada de un cierto camino.

Allí, pues, cuando los partidarios del obispo se esforzaban por arrastrar el sagrado recipiente hacia Santa María, y la otra parte del pueblo hacia

la basílica de San Rufino; pugnando unos y otros en sentidos opuestos, creciendo la disputa, se llegó a tal punto que, furiosos, tomaron las armas y mezclaron golpes mutuos entre sí, perdida la razón de sus mentes confusas. Blandidas, pues, las espadas, se concurre de cerca por ambas partes, y acres con los ánimos ardientes se enfurecen para infligirse mutuamente heridas. ¡Pero, oh clemencia divina que debe ser pregonada, que se compadece de los errores humanos, y a menudo sale al paso de nuestras depravadas voluntades, para que ella misma conduzca a buenos fines incluso lo mal comenzado! ¿Para qué detenerme en muchas palabras? Nadie es herido allí, finalmente ni siquiera una tenue gota de sangre se derrama, y, para que a las maravillas sucedan todavía más maravillas, unos sesenta hombres por parte del obispo intentaban atraer el predicho recipiente hacia la iglesia de Santa María, pero por ningún esfuerzo pudieron moverlo de la estación fija de su lugar. Ellos, pues, cuando ya por el cansancio desfallecían del todo, y desesperaban fundadamente del vehículo de la piedra, entonces por la otra parte apenas siete hombres, tomando la urna, se les permitió trasladarla a la basílica de San Rufino con tanta celeridad, como si no parecieran haber traído una piedra, sino más bien un manojo de paja. Al punto se levanta el clamor del pueblo que exulta, se rinde una alegre acción de gracias a Dios protector, y todos divulgan alacremente que el piadoso Dios ha sentido lo mismo que su pueblo. Entonces, finalmente, se probó ser

verdad lo que se dice: La voz del pueblo, la voz de Dios.

Se añadió además a la certidumbre del hecho también un cierto presbítero, enviado a saber por el mismo bienaventurado Rufino al obispo. Pues como el predicho obispo estuviera no poco conmovido contra los que le habían resistido, y ellos se prepararan para darle digna satisfacción y aplacarlo con devota humildad, el bienaventurado mártir se apareció en sueños al presbítero que dijimos, y le dijo: Ve, y di al obispo que, si no quiere ofenderme, no reciba satisfacción alguna del pueblo, sino que le devuelva gratuitamente la pura gracia de su amor y bendición. Pues esto se ha hecho por voluntad mía, para que aquel recipiente fuera llevado a mi iglesia; a fin de que mi cuerpecillo (*corpusculum*) sea de nuevo guardado en él. Sepa también que, si yo no hubiera intervenido entre aquellos que alborotaban y no me hubiera opuesto a sus dardos, yacería allí derramada una gran matanza de hombres. Pero como el obispo todavía dudando, ni siquiera a estas palabras del presbítero dispusiera dar crédito, he aquí que uno que había estado contraído (*contractus*), confesaba gozoso y exultante haber sido enderezado el mismo día por el bienaventurado Rufino, y afirmaba que le había sido impuesto este mandato por el mismo bienaventurado mártir: que él también, no obstante, anunciara al obispo todas estas mismas cosas por su orden, las que el presbítero aseguraba. Finalmente el obispo, quitado todo escrúpulo de duda, ejecuta sin tardanza lo que se le ha mandado, y

se une en gracia con su pueblo perdonadas las ofensas.

Pero, para que quizás el obispo no incurra ante nadie en la mancha de la reprensión porque, disintiendo de su iglesia por una hora, sentía contra el juicio de Dios, debe traerse a la memoria a Isaac, que bendijo no a Esaú, elegido a saber por él, sino más bien a Jacob, suplantado por su mujer (Gén. 27). Y allí, pues, la mujer carnal, y aquí la esposa espiritual prevaleció sobre sus maridos en la diversidad de la propia sentencia, porque Dios, que eligió lo débil del mundo para confundir lo fuerte (1 Cor. 1), consintió a ambas. También el profeta David quiso construir un templo (2 Rey. 7), pero la disposición suprema no se lo permitió. Entre Pablo también y Bernabé leemos que intervino un cierto desacuerdo por causa de Juan (Hech. 15), por lo cual, sin embargo, no solo no disminuyó el mérito de ambos apóstoles, sino que el mismo discípulo tampoco erró de la línea de la disciplina apostólica. No es, pues, maravilla si ahora el hombre a veces, ignorante, disiente de la verdad, cuando la autoridad de las Escrituras prueba que algo de humanidad les sucedió a los mismos apóstoles y a los profetas. Pero esto en otro lugar, ahora volvamos a lo propuesto.

Además, el mismo día dos ciegos fueron iluminados ante el altar del bienaventurado mártir. Pero también otro debilitado de sus miembros y jorobado fue enderezado y restituido por completo a la salud. De los cuales milagros, por lo demás, bástenos referir solamente lo que se hizo; no sea que, si pretendemos referir cada hecho

por el orden de la hazaña realizada, ¡lo que no suceda!, cansemos a los oyentes con la prolijidad de un estilo verboso. Al enumerar también los milagros mismos, descuidamos proseguir todo, sino que como quien saca un pequeño vaso de un gran río, lo traemos para brindárselo saludablemente a los que conviven sobre la mesa de Cristo, para que el estómago de la mente no se grave con la ingurgitación, sino que solo con una bebida sobria pueda quitarse la sed. Pasemos, pues, a narrar todavía otros milagros que fueron mostrados divinamente por medio del mismo bienaventuradísimo mártir.

Transcurridas estas cosas, comenzó a hacerse una no pequeña indagación sobre qué día debía celebrarse el martirio de Rufino, el invictísimo triunfador de Cristo. Pues no existiendo entre ellos ningún monumento de historia, estaban hasta entonces contentos solo con la solemnidad anual de la dedicación. Finalmente, por autoría de Dios, hallada la historia de la pasión, el venerable pontífice estableció, a saber según el tenor que las letras atestiguaban, que se celebrara la festividad del mismo glorioso mártir el tres de las Calendas de agosto. Pero algunos, encendidos contra el obispo con las antorchas de la envidia e instigados de manera inextricable por un espíritu de locura, alborotaban, diciendo que era gravoso que el pueblo holgara por las solemnidades duplicadas de un solo santo, y que era supersticioso introducir de nuevo festividades inventadas por afanes domésticos; en suma, que esto no había sido fabricado por amor a la religión, sino por

el ardor del dinero. Pero especialmente ciertos hombres atrevidos que, por el nombre del lugar que habitan, son llamados Islanos (*Insulani*), abusando de manera irreverente del mismo día de la preclara festividad, comenzaron no solo a insistir audazmente en las obras de tejido, sino incluso a sudar más libremente en los ejercicios rurales. Pero al punto la sentencia de la animadversión divina se venga en ellos, y educados por los azotes vuelven al corazón quienes no quisieron tener corazón en la prosperidad. De modo que parece cuadrarles muy aptamente lo que se dice por el profeta: «Volved, prevaricadores, al corazón» (Is. 46). También aquello: «Y ahora el fuego consume al adversario». Pues la llama arrebató de repente sus casas y quemó con un incendio inextinguible no solo todo lo doméstico, sino lo que estaba en los campos; hasta tal punto que aquellos infelices, constituidos ya en los extremos peligrosos, confluían al río por una y otra parte y lanzaban al mismo cauce del abismo todo lo encendido. Pero para que se probara claramente que esto no era azar, sino indicio del furor divino, lo que se sumergía no podía extinguirse.

De modo admirable, pues, aquel elemento mantenía en parte las fuerzas de su derecho y en parte las había perdido. Pues el agua era líquida, para recibir en su ola abierta todo lo sumergido, y en cierto modo no era húmeda, para poder extinguir lo que ardía. ¿Pero por qué me detengo en lo mínimo, cuando la llama saltando ocupó incluso los mismos miembros de los hombres, y no valían para encontrar el remedio de la extin-

ción hacia dondequiera que se volvieran? Finalmente, chamuscados, humeantes y quemados a modo de tizón, se refugian con grandes estridencias de alaridos ante el altar del bienaventurado Rufino, piden perdón y prometen para adelante la enmienda del pecado cometido mediante la penitencia. Liberados, pues, por las preces del bienaventuradísimo mártir de los dolores del incendio, regresaron incólumes a sus propias casas. Desde aquel tiempo, pues, sin ningún obstáculo de duda se celebra el martirio del bienaventurado Rufino, y el día que predijimos, se acude desde todas partes a su iglesia con la instancia de una gran devoción.

No juzgo tampoco que deba pasarse por alto que ciertos hombres intentaban transportar a la iglesia del bienaventurado Rufino una viga del bosque, pulida por laboriosos ejercicios; a los cuales algunos de los perusinos, haciendo violencia, arrebataron hostilmente el madero. Pero cuando los rapaces arrastraban el árbol con la ansiedad de un esfuerzo intensísimo, y ya se aproximaban a los muros perusinos interponiéndose apenas una milla, de repente el vehículo se detuvo y no pudo ser impulsado más allá por ningún esfuerzo de fuerzas. Entre tanto, todos los hombres contiguos confluyen al auxilio, se añaden no pocos bueyes de yunta. Ordenan con más diligencia la máquina, se exhortan mutuamente, se reúnen en su robustez, oponen los hombros, empujan vociferando; sin embargo, el madero permanece inmóvil, como si se mantuviera fijo por las raíces. Finalmente, la maestra

necesidad enseñó lo que la ciega depravación de los hombres ignoraba. Pues su mente, consciente del crimen perpetrado, aunque tarde, conoció claramente que, por haber cometido rapiña de la sustancia del bienaventurado mártir, merecidamente la virtud divina se les oponía. Cambiado, pues, de repente el consejo, dirigen al punto el vehículo hacia Asís y, percibida la facultad de acelerar, devuelven humildemente al bienaventuradísimo mártir lo que soberbiamente habían arrebatado.

Demos, pues, gracias a Cristo nuestro Salvador, y refiramos dignas alabanzas de pregón, quien, mientras nos otorga tales beneficios por medio de los ciudadanos de la Jerusalén celestial, nos invita como por medio de pequeñas y delgadas migajas al pleno convite de la mesa celestial; y mientras sacia abundantemente en la patria a aquellos que ya descansan después del trabajo, a nosotros también en el camino de esta peregrinación nos sustenta de algún modo como con ciertas sobras de alimentos; más aún, aquel que los recrea a ellos con el sólido alimento de su visión, a nosotros nos nutre con una cierta leche de sus signos como a pequeñuelos, hasta que todos nos encontremos en el varón perfecto, en la medida de la edad de la plenitud de Cristo (Ef. 4), que con Dios Padre y el Espíritu Santo vive y reina Dios por los siglos de los siglos. Amén.

AGOSTO.

II. Sermón sobre S. Esteban, papa y mártir.

VI. Sermón sobre los SS. Donato e Hilariano, mártires.

XIII. Sermón sobre S. Casiano, mártir.

XV. Sermón sobre la Asunción de la Bienaventurada Virgen María.

XXIV. Sermón I sobre S. Bartolomé apóstol. Sermón II sobre el mismo.

SERMÓN XXXVII.

SOBRE SAN ESTEBAN, PAPA Y MÁRTIR (2 DE AGOSTO)

Habéis oído hoy, hermanos carísimos, al soldado de Cristo luchando varonilmente contra los miembros del diablo; habéis oído al egregio jefe del pueblo cristiano exhortando constante y fielmente a sus compañeros de armas al apronto del glorioso certamen. Pues por ley tiránica se había decretado entonces que quienquiera que delatara a cualquier cristiano oculto, no solo recibiría todos sus bienes, sino que una sacrílega remuneración lo encumbraría también al honor de la milicia que eligiera. Entonces el bienaventurado Esteban, como primipilo (*primipilus*) de la milicia cristiana y portaestandarte del Emperador eterno, congregó los batallones de los guerreros y comenzó a armarlos con dardos, exhortando y persuadiendo a la virtud para que despreciaran los lucros perecederos de la hacienda terrena y no temieran la infinita rabia de los perseguidores. Ahuyentaba de la mente de los pávidos el temor e inflamaba los rudos ánimos de los novicios para el combate (*agon*) del divino certamen. Lo cual también fue mandado por Moisés en la ley:

«Al acercarse —dice— ya la batalla, se pondrá el sacerdote ante la línea de combate y hablará así al pueblo: Escucha, Israel, vosotros trabáis hoy combate contra vuestros enemigos, no desmaye vuestro corazón, no temáis, no cedáis ni los tengáis miedo, porque el Señor Dios vuestro está en medio de vosotros y luchará por vosotros contra vuestros adversarios, para libraros del peligro» (Deut. 20).

Y debe notarse que el sacerdote que, ante la guerra ya inminente, arenga, se le manda ponerse no en otro lugar sino ante la línea de combate, para que a saber él mismo también preceda como guía a aquellos a quienes provoca a la lucha con sus exhortaciones, no sea que mientras se esfuerza por impulsar a otros a la guerra, él mismo se disuelva por negligencia en el degenerado ocio del cuerpo, como se dice por el Profeta sobre ciertos que predican grandes cosas pero viven perezosamente: «Los hijos de Efraín, que tensan el arco y lanzan sus saetas, se volvieron atrás en el día de la batalla» (Sal. 77). Pues quienes provocan a otros al conflicto contra las tentaciones de los vicios, pero ellos mismos rehúsan combatir bajo el innoble lánguido de la desidia, estos sin duda dirigen ciertamente saetas, pero vueltos de espaldas no merecen los títulos de la victoria consumada: Ni les aprovecha el haber comenzado bien, porque no perseveran magnánimamente hasta el fin. Por lo cual también sobre ellos sigue inmediatamente: «No guardaron el testamento de Dios, y en su ley no quisieron caminar» (Ibíd.). Como si dijera: Recibieron ciertamente el testamento, pero no lo

guardaron: Pusieron el pie en la ley por el inicio, pero no mantuvieron el paso de la perseverancia.

Quienquiera, pues, que provoca a otros al certamen espiritual, quienquiera que instiga los ánimos de los prójimos a actuar con fortaleza, debe por todos los medios concordar la vida con la lengua, no sea que, mientras propone a otros cosas excelsas, él mismo, contento con lo ínfimo, sea oprimido por la inercia. De aquí es que se manda en la ley: «No tendrás —dice— en el saco diversos pesos, mayor y menor, ni habrá en tu casa modio mayor y menor. Tendrás un peso justo, y el modio será igual y verdadero para ti» (Deut. 25). En verdad, entonces no tenemos diversos pesos en el saco si, dentro del secreto de nuestra conciencia, no juzgando de un modo para nosotros y de otro para los demás, aprehendemos a saber las mismas medidas de los preceptos legales; de suerte que, no indicando a otros la regla de una estricta severidad, procuremos tratarnos a nosotros mismos por la ley de una más remisa indulgencia. Sobre el cual fraude también dice Salomón: «Abominación es al Señor el peso doble y la balanza dolosa» (Prov. 20). Es necesario, pues, medir los frutos de la palabra de ningún modo con pesos diversos, sino con los mismos; para que lo que mandamos a otros que hagan, nosotros mismos también lo cumplamos eficazmente con obras vivas. Lo cual ciertamente hizo laudablemente el bienaventurado mártir Esteban, porque mientras exhorta a otros a la lucha, él mismo tomó primero las armas y se sumergió, protegido por la loriga de la fe, en la

misma línea de combate de la apretada legión; y mientras ofrece a otros ejemplo de combatir, él obtiene el triunfo sobre el enemigo vencido; y, por así decirlo, mientras allana a los que le siguen el camino hacia la lucha, él mismo, acabada pronto la victoria, es conducido a la corona. Y porque Esteban se traduce como «coronado», y el Pontífice se dice como «haciendo puente» (*pontem faciens*), y por esto «camino de los que siguen», bien mostró a la vez ambas cosas: la etimología de su nombre y el cumplimiento del oficio del pontificado, porque a saber, mientras abre el camino a los que siguen hacia el estadio del santo combate, el feliz triunfador recibió de Dios, justo remunerador, la corona de la gloria.

Sin embargo, quién fuera este bienaventurado Esteban por linaje, o qué número, o por cuántos años en la sucesión del régimen apostólico, no juzgamos superfluo si, según se encuentra en el Catálogo de los sumos Pontífices, lo exponemos brevemente a vuestra caridad. Este bienaventurado Esteban, pues, de nación romano, de su padre Jobio [Julio], sucedió al bienaventurado príncipe de los apóstoles Pedro como el vigésimo cuarto en la dignidad de la sede romana. Ocupó la sede siete años, cinco meses, dos días. Él estableció que los sacerdotes y levitas de ningún modo usaran las vestiduras sagradas para el uso cotidiano, sino solo en la iglesia. Ordenó además tres obispos, seis presbíteros y cinco diáconos. A quien sucedió en el pontificado el bienaventurado Sixto, igualmente para ser coronado después con la gloria del feliz martirio.

¡Oh bienaventurada madre Iglesia, para quien la muerte milita para la vida, y la crueldad de los perseguidores, ignorante, le sirve; para quien a saber tanto la muerte pare a los que han de vivir en la eternidad, como la opresión penal engendra a los que han de reinar perpetuamente! ¡Bienaventurada, digo, y verdaderamente feliz Iglesia, para quien tanto la confusión de la ignominy pare la gloria, como los tormentos la victoria, y las cadenas o cárceles la libertad sempiterna! Este es por cierto aquel campo del Señor en el que los granos de trigo caen ciertamente para morir, pero nacen revividos con frutos después multiplicados (Juan 12). Esta es aquella era de Arauna el jebuseo, en la cual a saber David ofreció hostias pacíficas y aplacó el furor del Señor, reprimida la matanza de la espada vengadora de Israel (2 Rey. 24). En esta era o lagar Gedeón limpiaba los trigos sacudiéndolos cuando mereció ver al ángel, y por su oráculo conoció que él mismo habría de librar a Israel de la mano de Madián (Juec. 6). En esta era Abel ofreció de los primogénitos de su grey y de sus grasas, las cuales ciertamente la gracia divina, porque las recibió gratamente, al punto, como atestigua la antigua versión, las inflamó desde el cielo (Gén. 4). En esta también Caín ofreció dones de los frutos de la tierra, que el Señor despreció y por tanto no miró (Ibíd.). Pues en esta era, así como hay algunas cosas de la trilla que se deben a los fuegos, así también hay algunos de los mismos trilladores que tienden a la vez al fuego. Pues sea sobre los justos o sobre los pecadores,

verdadera es la sentencia de Juan que dice: «Pues sus obras los siguen» (Apoc. 14).

Atended, mis hermanos amadísimos, considerad, sopesad que toda la Iglesia universal, difundida por todo el orbe de la tierra, es una sola era tan llena de buenos y malos, de justos y perversos, como de cizaña (*zizania*) y trigo, como de paja y de granos. Pero hasta que el cultivador de la tierra comience a trillar, la era contiene todo indiferentemente, tanto lo que ha de guardarse en los graneros como lo que ha de entregarse a las llamas. Pero ¿qué es en la era lo que está expuesto a las llamas, qué lo que ha de reservarse para los graneros, sino lo que Juan el Bautista en el Evangelio discierne manifiestamente cuando, hablando del Señor, dice: «Cuyo bieldo (*ventilabrum*) está en su mano, y limpiará su era, y congregará el trigo en su granero, pero la paja la quemará con fuego inextinguible» (Mt. 3)? Pero ¿por qué discernimos si somos paja o trigo? Por la gravedad ciertamente de las costumbres o por la inconstancia, por el peso o por la ligereza. Pues quienquiera que es arrebatado por el aura de los placeres, quienquiera que es impulsado por el torbellino de la furia, a quien ahora el espíritu de soberbia levanta vanamente, ahora la tristeza o la injuria inferida lo precipita, este por cierto ha de llamarse paja o caña. Lo cual precisamente se niega que sea Juan, cuando se dice de él por boca de la Verdad: «¿Qué salisteis a ver al desierto? ¿una caña agitada por el viento?» (Mt. 11). Lo que por el contrario está escrito de los réprobos: «No así los impíos, no así, sino como el polvo

que proyecta el viento de nuestra faz» (Sal. 1). No seamos, hermanos míos, no seamos paja, no seamos cizaña, que el bieldo de la última discusión sacuda y pronto el fuego de la eterna combustión abrase. Temamos siempre aquella sentencia de la conminación evangélica por la que se dice: «Dejad —dice— que ambos crezcan hasta la cosecha, y en el tiempo de la cosecha decid a los segadores: Recoged primero la cizaña y atad manojos para quemar, pero el trigo congregadlo en mi granero» (Mt. 13). Considerad diligentemente las palabras de la Verdad, sopesad con temor lo que se dice: «atad manojos para quemar»; pues la cizaña se ata en manojos porque en aquel incendio de la perpetua condenación los homicidas con los homicidas, los adúlteros con los adúlteros, los perjuros con los perjuros, los incestuosos con los incestuosos, son constreñidos por no diverso género de tormentos penales. Allí los devora el abismo abierto de la gehenna de pena infinita, a los que aquí arrogantemente se ensalzaban en los cuernos de la soberbia; allí la llama crepitante devorará sus carnes y médulas regadas de grosuras, los que aquí ardieron en delicias y cumplieron los halagos de la hirviente voluptuosidad.

Bien, pues, se dice que son atados en manojos, porque de ningún modo los separa entonces la diversidad de la venganza a los que aquí había asociado la similitud de la maldad, y los que ahora son reos de los mismos crímenes, son después mantenidos constreñidos por la animadversión del mismo suplicio. Sobre todos los cuales se dice en otro lugar bajo la especie de una sola persona:

«Atado de pies y manos, echadlo a las tinieblas exteriores» (Mt. 22). Allí se atan los miembros para la pena, los que aquí se llevaban sueltos y libres para la culpa. O bien, entonces han de ser dignamente constreñidos en los suplicios los que ahora están mal ligados para dejar de realizar las obras de la piedad. Allí las almas de los réprobos son torturadas junto con sus cuerpos en incendio inextinguible, tal como aquí se unían en la ejecución de la obra malvada. Por lo cual también se dice por el Profeta: «Descendieron al infierno con sus armas» (Ezeq. 32). Las armas ciertamente de los pecadores son los miembros del cuerpo, con los que los hombres réprobos militan para el diablo y sirven a su imperio viviendo perversamente. A la vez, pues, con las almas también los cuerpos son condenados a la muerte eterna, los cuales vivieron a la vez en la perpetración de la obra malvada. De los cuales dice el Profeta: «Allí está Asur y sus sepulcros» (Ibíd.). Pues ¿qué se entiende por Asur, el rey soberbio por cierto, sino el diablo, que según lo que está escrito: «¿Él mismo es rey sobre todos los hijos de la soberbia?» (Job 41). ¿Qué los sepulcros sino los habitáculos de los muertos? Pero entonces el diablo cayó en la muerte cuando se apartó del autor de la vida por su soberbia. Quienquiera, pues, que permite al espíritu de la iniquidad, que está verdaderamente muerto, habitar en el hospedaje de su corazón por una voluntad perversa, sin duda hace de sí mismo un sepulcro. Y es necesario que soporte allí junto con él los suplicios de los tormentos, a quien aquí

se ofrecía como habitáculo por la iniquidad de la obra perversa.

Ya que, pues, en la era se contienen a la vez la cizaña y el trigo, veamos, hermanos, si somos trigo; veamos si somos reservados para el granero del Señor. Pero porque dice el Apóstol: «Pues lo que el hombre sembrare, eso también cosechará» (Gál. 6); consideremos atentamente qué sembramos diariamente, y así ya podemos conjeturar qué habremos de cosechar necesariamente después. ¿Acaso, hermanos míos, quien este año hubiera sembrado avena o cizaña (*lolium*), espera llenar ahora su granero con trigo? ¿Acaso a quien plugo plantar una vid estéril, podrá redundar en ella con el provecho de las legumbres? Y por cierto estos desechos que hemos puesto, de algún modo mienten las especies alimenticias. Pues tienen ciertamente la semejanza de las cosechas alimenticias. Así, claramente hay algunos que simulan la imagen de la religión en la superficie, mientras desprecian tener la verdadera religión interiormente en su vivir. Estos sin duda pretenden el esquema de los granos en las pajas y las hojas, pero en la sequedad de la médula ocultan desechos.

Es necesario, pues, hermanos, sembrar ahora los verdaderos gérmenes de las virtudes, de donde después podamos recoger los goces eternos de los frutos celestiales. Consideremos lo que dice el Apóstol: «El que siembra con mezquindad, con mezquindad también cosechará» (2 Cor. 9). Con mezquindad siembra, ciertamente, quien hace pocos bienes, quien tiene en poco el abundar en

virtudes, quien descuida el progresar en el celo de la misericordia y la humanidad que se debe erogar, quien no se extiende en exhibir los oficios de la caridad fraterna. Por otra parte, aquel siembra no con mezquindad sino con abundancia, que guarda la sentencia del mismo egregio predicador: «Haciendo el bien —dice— no desfallezcamos: pues a su tiempo cosecharemos sin desfallecer» (Gál. 6). No siembra con mezquindad el que se esmera en cumplir lo que él mismo dice en otra parte: «Todo lo que hagáis, hermanos, sea de palabra, sea de hecho, hacedlo todo para gloria del Señor» (1 Cor. 10). Claramente quien recibe la vida eterna, cosecha no con mezquindad, sino mucho. ¿Qué es, pues, lo que dice, el que siembra con mezquindad, con mezquindad también cosechará; sino como si denunciara manifiestamente que quien se contenta con sembrar con mezquindad en las buenas obras, de ningún modo merece recibir el premio de la vida eterna? Así pues, hermanos míos, quienquiera que según el orden de esta vida transitoria quiere vivir aptamente, no se contenta con un solo género de cualquier cosecha, sino que procura abundar en géneros de diversas mieses; así ciertamente quienquiera que se apresura a la tierra de los vivientes, quienquiera que se apresura a aquel depósito celestial, es necesario que se ejercite a través de muchos trabajos de buenas obras, y se esfuerce por congregar los gémenes de todas las virtudes dentro del depósito de su conciencia.

Esmeraos, pues, hermanos, para que tengáis la verdadera humildad, la caridad no fingida, la

longanimidad de la paciencia, la castidad de la carne y del corazón, la verdadera obediencia, las entrañas de la piedad y los dones de la sincera misericordia y de las demás virtudes, en cuanto os sea posible, por la generosidad de Dios, y así guardéis como una abundante y múltiple copia de mieses espirituales en el depósito de vuestro pecho.

Ni penséis que una sola virtud baste a cualquiera para la perfecta salvación, si acontece que las restantes faltan. Pues ni siquiera es cada una una virtud, si no está mezclada con las otras virtudes. Que la loriga de la paciencia proteja siempre vuestro pecho, y contra todos los dardos de las adversidades, contra los azotes de las tribulaciones, contra las injurias inferidas, os vuelva insuperables. Pues así el trigo es primero trillado en la era, pisoteado, desgastado, para que, arrojadas las pajas, sea guardado después limpio en el depósito.

Así ciertamente es necesario que nuestras almas soporten muchos azotes de golpes y de verdugazos, para que, depuestas las estopas de las iniquidades, lleguen purgadas al granero celestial.

Por esto es lo que dice el bienaventurado Santiago: «Sed pacientes hasta la venida del Señor. Ved cómo el agricultor espera el precioso fruto de la tierra, soportando pacientemente, hasta que reciba lo temprano y lo tardío» (Sant. 5).

Finalmente, no esperéis en el provecho de las cosas temporales. Y para hablar con el Profeta:

«Si las riquezas afluyen, no queráis poner el corazón» (Sal. 61).

En estos éxitos, pues, que os vuelva a la memoria aquel que decía: «Destruiré mis graneros, y los haré mayores, y allí congregaré todo lo que me ha nacido y mis bienes, y diré a mi alma: Alma, tienes muchos bienes guardados para muchísimos años, descansa, come, bebe, banquetea» (Lc. 12). A quien inmediatamente se le respondió con la voz divina: «Necio, esta noche te reclamarán tu alma: pero lo que preparaste, ¿de quién será?» (Ibíd.).

¡Oh, cuántos hoy trillando los frutos de los campos los recogen en los depósitos, los cuales no verán las mieses de otro año en este siglo! A los cuales ciertamente el mundo les sonríe ahora, pero la muerte cercana acecha en las emboscadas. Los cuales, ciertamente, si conocieran tan cercano el término de su vocación, trasladarían a otra parte su apetito de las sustancias terrenas.

Por tanto, hermanos míos, cuanto más inciertos estáis del fin de vuestra vida, tanto más temerosos estad siempre en sospecha. No retengáis entre vosotros los diezmos de vuestras cosas, no sea que allí el terrible juez los exija de vosotros mediante un ajuste de cuentas, donde nadie podrá tener qué devolver. Sopesad lo que el Señor dice por Malaquías. Pues cuando la voz divina disputaba sobre el retorno de Israel, añadió enseguida: «Y dijisteis: ¿En qué te hemos herido? En los diezmos y en las primicias: y en la penuria estáis malditos, y vosotros me herís, gente toda, para introducir todo el diezmo en el granero, para

que haya alimento en mi casa» (Mal. 3). Dice el Apóstol: «Pagad a todos lo que debéis». Y poco después: «A nadie —dice— debáis nada, sino el que os améis unos a otros» (Rom. 13). Si, pues, se nos prohíbe retener las deudas humanas, considerad cuán peligroso es no devolver a Dios lo que es de Dios (Lc. 20). Exhibid reverencia a los Sacerdotes, y obedeced humildemente sus mandatos. «Obedeced —dice el Apóstol— a vuestros superiores y someteos a ellos; pues ellos vigilan como quienes han de rendir cuenta por vuestras almas, para que hagan esto con gozo y no gimiendo; pues esto no os conviene» (Heb. 13). Pues si nuestro Redentor, por el mérito de la Cananea, expulsó al demonio de su hija (Mt. 15), si por la fe de quienes lo ofrecían mandó al paralítico cargar su camilla (Mc. 2), si por las súplicas del centurión devolvió incólume al muchacho que estaba mal atormentado (Mt. 8); ¡cuán necesariamente necesitamos nosotros las oraciones de los sacerdotes, que nos ofrecen a Dios enfermos por diversos languidecimientos de los vicios, e insisten incesantemente con oraciones cotidianas ante la divina clemencia por nosotros! Por cuyos méritos sin duda somos aliviados, aunque todavía seamos deprimidos por el languidecimiento de nuestra negligencia.

Entretanto, claramente también vuelve a la mente lo que le sucedió a este bienaventurado mártir Esteban, a quien ha servido el presente sermón. Pues, como se narra en la auténtica historia de su pasión, tan pronto como bautizó a Nemesio, que le había rogado por la ceguera de

su hija, la misma Lucila, aunque todavía no había sido lavada por el lavacro de la sagrada fuente, recibió la luz. Y cuando —dice— Nemesio era levantado del agua, comenzó a clamar su hija diciendo: He aquí que veo a un hombre que tocó mis ojos, y una luz espléndida a su alrededor, e inmediatamente se añade: Entonces bautizó a su hija. ¡Oh laudable virtud divina! ¡Oh clemencia de nuestra redención que debe ser predicada! Uno es bautizado para la luz, y a la otra se le devuelve la luz. El padre recibió la del corazón, y la hija abrió enseguida los ojos de la cara. Ambos, sin embargo, llegan a la una y verdadera luz, mientras rechazan toda ceguera de su antiguo error. Así ciertamente el bienaventurado Esteban, quien, según la voz de la Verdad, era la luz de este mundo (Jn. 1), infundía luz en los corazones, y ofrecía el sacrificio de las almas a las divinas miradas. Este sacrificio, hermanos míos, con el bienaventurado Esteban procuremos también nosotros ofrecerlo siempre a Dios según nuestra medida, para que no solo estemos solícitos de nuestra salvación, sino que estemos también solícitamente atentos para ganar las almas de nuestros prójimos; a fin de que, mientras la hostia de la caridad se quema en el ara de nuestro pecho, nuestro sacrificio merezca ser recibido en olor de suavidad por Aquel que en el ara de la cruz se dignó ser inmolado por nuestra salvación, Jesucristo nuestro Señor, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN XXXVIII.

SOBRE LOS SANTOS MÁRTIRES DONATO E HILARIANO. (7 DE AGOSTO)

Se hace presente, carísimos, la preclara solemnidad de los bienaventurados mártires Donato e Hilariano, la cual, mientras convoca la concurrencia de vuestra devoción desde diversas partes en una sola, nos invita también a no callar su insigne alabanza según nuestra medida. Pues este es el día en que, abandonando este triste siglo, depusieron la carga de la carne y alcanzaron la estola de la claridad angélica. Hoy, triunfado el diablo, reportaron la palma del glorioso certamen al emperador de la milicia celestial. Hoy, purpurados con su propia sangre, alternando por doquier los coros de los ángeles que cantan himnos, introdujeron el estandarte de la victoria consumada en los reinos celestiales. Caminando paso a paso, consecuentemente a través de la lucha hacia la palma, por la palma fueron promovidos a la corona. Ciertamente parecían combatir con un enemigo visible, pero en él merecieron superar a un adversario invisible. Oponían ciertamente el óbice de sus cuerpos a los dardos hostiles, pero su fe, apoyada en la muy fortificada ciudadela de la mente, sobresalía inexpugnable.

Pero cuando recorremos las gestas comunes de ambos mártires, encontramos que hubo alguna distancia de conducta entre ellos. Y ciertamente alguien podría conjeturar no absurdamente que aquel Hilariano fue aquel Hilarión cuya vida es descrita por el bienaventurado Jerónimo, si no lo prohibiera el dispar fin de cada uno. Pues quien recorre con ojo vigilante la serie de

sus vidas, los milagros también con que brillaron, y asimismo los lugares que ilustraron con sus habitaciones, según declaran los monumentos, descubre una no mínima similitud en las mismas colaciones de las cosas. Pero como uno llegó a la palma del martirio y el otro descansó en paz de esta vida, consta sin duda que son diversos en su persona, a quienes ciertamente sabemos consumados por un diverso género de migración. Los cuales, ciertamente, según la similitud de sus nombres, aunque concuerdan en las partes anteriores, discuerdan en el fin.

Pero el bienaventurado Donato, a quien especialmente ha de servir el presente sermón, como atestigua su verídica historia, fue compañero de Juliano César no solo en los estudios de las artes liberales, sino que también junto con él recibió los primeros rudimentos del grado eclesiástico. Donde hay que notar y pensar con más temor cuán profundos son los divinos juicios (Sal. 35), y cuán terrible es Dios en sus consejos sobre los hijos de los hombres (Sal. 65). Pues he aquí que en el campo del Señor crecen a la par dos vástagos, de los cuales uno por la gracia oculta es cedro del paraíso, el otro es preparado como fomento para incendios que nunca han de acabar. Aquel de las escuelas al reino, del reino es empujado desnudo al tártaro; este, hecho sacerdote, es arrebatado de la cátedra al suplicio, y del suplicio, purpurado y coronado, es elevado al cielo. A aquel el mundo le sonrió, pero el aula celestial no se le abrió; este, después que sufrió el naufragio de la tempestad

mundana, llegó al puerto del reposo eterno con feliz seguridad.

Pues en estos se prueba aquella verdadera sentencia evangélica en la que se dice: «Porque estarán dos en el campo; uno será tomado y el otro será dejado» (Lc. 17). Ambos, sin embargo, tal como el ángel y el diablo, sirvieron a Dios bajo la mirada de una intención diversa. Aquel coaccionado, este indudablemente voluntario. Pues ¿acaso Juliano el Apóstata no es convencido también de haber obedecido las leyes divinas, cuando su sangrienta rabia hervía contra los mártires de Cristo e introducía en el granero del Señor tantas mieses como maduras de los elegidos, segadas por la hoz de su persecución? Pues para esto fue aplicada la potestad tiránica a una voluntad réproba, y divinamente fueron exaltados los cuernos del toro gordo, para que aventara la era del sumo padre de familia y separara los granos limpios de las pajas que están expuestas a los fuegos. De aquí es que las Historias transmiten que a este Juliano, estando dentro de cierta basílica de las Galias, la corona que colgaba sobre él cayó repentinamente sobre su coronilla, y así portendió en la opinión del pueblo el signo de que él debía llegar a ser emperador. Pero mejor dejamos nosotros el tizón ardiente en su fuego, para que cojamos las manzanas suavemente olorosas del árbol que florece.

Así pues, esta flor de harina ofreció a Dios el bienaventurado sacerdote y mártir Donato, y la quemó en memoria de suavísimo olor, cuando convirtió al pueblo de los gentiles en la unidad del

espíritu a los sacramentos de la fe. Pues el fruto de las almas huele más fragantemente a la vista de Dios que cualquier suavidad de sacrificios. Este sacrificio, hermanos míos, procuremos siempre nosotros también ofrecerlo a Dios según nuestra pequeña medida junto con el bienaventurado Donato, para que no solo estemos solícitos por nuestra salvación, sino que estemos hábilmente atentos también a ganar las almas de nuestros prójimos; a fin de que, mientras la hostia de la caridad se quema en el ara de nuestro pecho, nuestro sacrificio merezca ser aceptado en olor de suavidad por aquel que en el ara de la cruz se dignó ser inmolado por nuestra salvación.

Tanto además hervía el santo varón de celo por la fe respecto a los suyos, que sus padres gentiles todavía lo rechazaban y abdicaban de sus afectos a la dulce prenda; pero después los condujo también a los sacramentos de la fe cristiana, y además los envió delante de sí al martirio por una congrua ordenación. Por lo cual este ínclito debe ser rectamente censado entre los bienaventurados mártires, pues es a la vez hijo y padre de mártires. Hijo ciertamente por naturaleza; padre por la gracia de la fe conferida, y engendró para Dios por una grata vicisitud a aquellos por quienes había sido engendrado para el mundo. Bienaventurados los padres que en la herencia terrenal engendraron a tal hijo, por quien evidentemente en la tierra de los vivientes se hacen coherederos de los ciudadanos celestiales. Alégrate también tú, feliz Arezzo (Aritium), que mereciste tal patrono por la divina liberalidad. Alégrate, di-

go, y felicítate con todas tus entrañas en el Señor; porque, mientras fomentas en tu regazo los restos (glebam) del sagrado cuerpo, contienes la margarita que ha de ser solemnemente impresa de la diadema del rey supremo. Guardas un tesoro al cual el oro no puede ser dignamente comparado, ni suma alguna de cualesquiera riquezas puede igualarse. Por lo cual ya no te llames Arezzo (Aritium) según la costumbre, pues te consta que el nombre te fue impuesto por la aridez de la tierra, sino más bien Auritium por el preciosísimo oro (auro) del sagrado cadáver, que se prueba oculto en tus entrañas.

Bienaventurada, pues, y rica vena de la tierra, que como hecha depositaria para el rey supremo, esconde aquel talento confiado a sus términos, el cual en el día de la restitución ha de ser introducido en los tesoros celestiales, donde las piedras vivas e ígneas brillan perpetuamente, donde los triclinios que radian con oro son adornados lucidamente por margaritas florecientes. Lo cual sin duda se cumplirá entonces indubitablemente, cuando llegue nuestro jubileo, cuando aquella trompeta final, ya no legal sino judicial, comience a sonar. Pues así como el séptimo día, así también el año del jubileo se manda que sea feriado, por el cual evidentemente se figura el reposo de la vida eterna.

Al llegar, pues, el Jubileo, la trompeta suena, y pronto cada uno vuelve a sus antiguas posesiones; porque, al acercarse el juicio: En la voz del Arcángel, en la novísima trompeta (I Tes. 5), se repara para todos los mortales la posesión de sus

propios cuerpos. Pues testifica Pablo: «Sonará la trompeta y los muertos resucitarán incorruptos» (I Cor. 15). Bienaventuradas aquellas almas, hermanos míos, que entonces, mientras se visten de sus propios cuerpos, obtienen la participación de los santos mártires. Bienaventurados los que así ahora vigilan ante las memorias de los santos, que se proponen siempre sus ejemplos para imitarlos; los que así frecuentan sus solemnidades alabando, que sin embargo no se apartan de su senda viviendo. Pues seguimos a los santos mártires si, mientras ellos despreciaron las pasiones de sus cuerpos, nosotros también procuramos quebrantar las voluntades de nuestra carne.

Veneremos, pues, hermanos, y con votos y dignos obsequios honremos a estos bienaventurados mártires, a saber, Donato y Hilariano: por quienes, como por dos ojos de luz suprema, Dios omnipotente quiso ilustrar el cuerpo de toda la Toscana; para que, mientras seguimos ahora a los gloriosos mártires amándolos e imitándolos, merezcamos llegar al emperador de los mártires, intercediendo ellos, nuestro Señor Jesucristo, que con Dios Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN XXXIX.

SOBRE SAN CASIANO MÁRTIR (13 DE AGOSTO).

La admirable y gloriosa dispensación de nuestro Creador, hermanos carísimos, instituyó de tal modo el curso de nuestra mortalidad que, a través de las vicisitudes de los tiempos que se

suceden, nos ocurren diversas festividades de los victoriosos soldados de Cristo, las cuales encienden nuestros ánimos hacia el amor de aquella suprema y continua solemnidad. Claramente, cuando el Dios omnipotente varía el círculo de todo el año, ya con los títulos triunfales de los mártires, ya con los de los confesores, ¿qué otra cosa hace sino como construir una guirnalda de gloria, la cual ciertamente se representa con la decorosa variedad de lirios y rosas? Entre cuyas festividades, por supuesto, la de hoy no es innoble, a saber, la de los mártires Hipólito y Casiano, la cual rutila como la doble luz de dos astros. Estos valiosísimos guerreros del rey eterno, en verdad, estuvieron sujetos a diversos suplicios en diversos lugares; pero una sola era para ambos la causa del combate, porque una no dispar profesión de la verdad los había animado a ambos. En efecto, Casiano, a quien el presente sermón ha de servir especialmente, durante mucho tiempo estuvo oculto, pero cuando se llegó al combate, abrió qué de acritud, qué de sabor, qué de fortaleza ocultaba el grano de mostaza. Más aún, según el presagio de su nombre, cuando en el mortero (pila) de la pasión comenzó a ser machacado y desgastado por las manos de los perseguidores, pronto esparció la fragancia de la suavidad odorífera que en sí ocultaba. Pues la casia es una especie aromática que, entera, ciertamente parece no tener ningún olor; pero triturada emite la fuerza de su natural suavidad.

El bienaventurado Casiano, pues, como atestigua la historia de sus gestas, mientras era

maestro de escuelas e instruía a los niños a comprender las palabras mediante breves notas (taquigrafía), fue llevado a interrogatorio por la fe de Cristo. Y como, encendido en el celo de la fe, despreciara los decretos de los jueces y hollara los sacrificios profanos, fue entregado a las manos de sus discípulos para ser torturado; para que, por un giro inverso, pagara las penas a aquellos a quienes él mismo poco antes había aterrorizado bajo la férula de la disciplina. Pronto, pues, despojado de sus vestiduras, se le atan las manos tras la espalda y es rodeado por una tropa de niños furiosos armados con estilos y tablillas; el cual, punzado y desgarrado por todas partes, es lacerado en todo su cuerpo. Claramente un nuevo e inusitado género de martirio consagró al insigne mártir para Dios. Parece, además, que esta especie de martirio no puede convenir mejor a nadie, para establecer una similitud, que al mismo rey de los mártires, el Señor Salvador. Pues también él fue muerto por sus propios fieles, a saber, los judíos, a quienes él había entregado los preceptos del Decálogo descritos con su propio dedo, a quienes había instruido con sus ceremonias y ritos de sacrificios; a quienes ciertamente había formado para toda rectitud de vida, como a niños tiernos bajo disciplina. Como él mismo dice por medio de Isaías: «Crié hijos y los engrandecí, pero ellos me despreciaron» (Is. 1). Pues también aquellos carnales israelitas habían sido dignos del nombre de niños, los cuales no ponderaban los mandatos de la ley y los misterios de los profetas con gravedad senil, sino que lo entendían todo

superficial y puerilmente; lo cual, pudiendo confirmarse por diversa autoridad de las Escrituras, baste aquí añadir solamente lo que se lee que le sucedió al profeta Eliseo. Pues cuando subía por el camino que lleva a Betel, unos niños pequeños que salían de la ciudad se burlaban de él diciendo: «Sube, calvo; sube, calvo». El cual, habiendo mirado atrás, los vio y los maldijo en el nombre del Señor. Y pronto la Escritura añade: «Porque salieron dos osos del bosque y despedazaron de entre ellos a cuarenta y dos niños» (IV Rey. 2). Ciertamente ¿quién ha de ser entendido por Eliseo, sino el Mediador entre Dios y los hombres? ¿Y qué se expresa por Betel, que se interpreta casa de Dios, sino la bienaventuranza celestial? Por el camino, pues, que lleva a Betel, subía nuestro Redentor cuando se aproximaba a la pasión; tal como ya en aquella sacrosanta y mística cena dice a sus discípulos: «Voy al que me envió» (Jn. 16). Pero mientras sube a Betel, es decir, mientras por el misterio de su sacratísima Pasión se apresura a volver al Padre, unos niños pequeños que salen de la ciudad se burlan de él diciendo: «Sube calvo, sube calvo». Porque los judíos, vacíos de todo peso de gravedad y sabiduría, y pequeños en aquella puerilidad de la cual se dice: «Maldito el niño de cien años» (Is. 65), lo arrastran al lugar que se llama Calvario, y se encienden contra él con las vipéreas furias de las burlas y los oprobios; además, aquel lugar de Calvario se llamaba así por las calvas amputadas, porque allí solían ser decapitados los condenados.

Y hay que notar que se dice que los niños salieron de la ciudad: porque, como dice el Apóstol: «Para santificar al pueblo por su propia sangre, el Señor padeció fuera de la puerta» (Heb. 13). Por lo demás, lo que sigue, que «salieron dos osos del bosque y despedazaron a cuarenta y dos niños de entre ellos», por el número de los niños se significa el número de los años. Pues en el cuadragésimo segundo año después de la pasión del Señor, según transmiten las historias, Tito y Vespasiano, dos reyes de las selvas de las naciones, como dos feroces osos, despedazaron a los niños saliendo del bosque; porque, viniendo para el exterminio de Jerusalén, combatieron con furor a los judíos. Por los niños, pues, se significaron aquellos que crucificaron al Señor; niños son también los que mataron al bienaventurado mártir Casiano. Ambas, ciertamente, no una infancia inocente, sino una malicia artífice y venenosa. Cristo fue muerto por Casiano, Casiano fue muerto por Cristo: el Señor por el siervo, y el siervo por el Señor; pues decía: «¿Qué pagaré al Señor por todas las cosas que él me ha pagado? Tomaré el cáliz de la salvación e invocaré el nombre del Señor» (Sal. 115). Pero aquel se dignó morir para sacar a este de debajo del yugo de la férrea servidumbre; a este se le concedió morir para que llegara con gloria a la herencia de los hijos a la cual había sido adscrito. Aquel asumió la muerte para destruir la muerte en su propia carne; este no temió morir para reportar al autor de la vida las insignias del vencedor por su triunfo. Aquel tuvo perseguidores a los cuales él había creado; este sufrió a

aquellos verdugos a los cuales él enseñaba. Pero Cristo luchaba en su mártir, pues él administraba las fuerzas para luchar; en él vencía solo él mismo, que lo fortalecía entre los combates. Pues también toda la Iglesia universal, ceñida con las armas de las virtudes, lucha contra el diablo durante todo el transcurso de esta vida mortal en Cristo, y en Cristo triunfa siempre, no por su propia virtud, sino por la de él. Esta victoria, claramente, sobre el antiguo enemigo, porque la Sinagoga no la quiso, la asumió la Iglesia.

Lo cual os mostramos mejor, hermanos carísimos, si recordamos a la memoria la victoria del viejo testamento que se realizó por medio de una mujer. Pues, para que la sagrada historia se comprenda en pocas palabras, Débora la profetisa, esposa de Lapidot, juzgaba al pueblo en aquel tiempo, y se sentaba bajo una palmera entre Ramá y Betel, en el monte Efraín, y los hijos de Israel subían a ella para todo juicio (Juec. 4). Pero así se llega más rápido al final si, mientras se teje la historia, se explica entretanto por partes. Por Débora ciertamente, que se interpreta lenguaje o abeja, no inconvenientemente se entiende la profecía. Pues la abeja hace miel, y de la profecía dice el Salmista: «¡Cuán dulces son tus palabras a mi paladar, Señor, más que la miel y el panal a mi boca!» (Sal. 118). Entre tanto, no quiero que se os oculte, amadísimos, que esta historia, que hemos emprendido tratar por ocasión, necesita de más palabras, porque está llena de muchos misterios: pero por eso la contraemos bajo brevedad, para que no carguemos a vuestra caridad

con el tedio de la prolijidad. Consideremos, pues, dónde se describe que tiene su sede la profecía, a saber, bajo una palmera, porque a quienes la doctrina profética instruye con sus enseñanzas, los conduce a la palma de la vocación suprema, y mientras por ella los hombres aprenden el orden de vivir, se hacen vencedores de los vicios rebeldes. Ni ha de pasarse por alto que se dice que se sentó entre Ramá y Betel. Ramá ciertamente se interpreta excelsa, Betel casa de Dios, como ya dijimos. Rectamente, pues, la profecía se describe habitando entre Ramá y Betel; porque todo el que se esfuerza en vigilar en las doctrinas proféticas, todo el que sinceramente se dedica a las palabras de las sagradas Escrituras, de tal modo habita en la casa de Dios por el deseo de su mente que no busca las cosas enfermas y momentáneas, sino más bien las excelsas y celestiales.

Esta [profecía] llamó a sí a Barac. Por lo demás, Barac se interpreta relámpago (coruscatio). Pues el relámpago ciertamente tiene luz, pero no permanente por mucho tiempo. Pues tan pronto como empieza a brillar, al punto desfallece. Este Barac, pues, tiene la figura del pueblo israelita, el cual, el primero de todos instruido por los oráculos proféticos, brilló un poco en la ley recibida, pero relampagueó por breve tiempo. En la ley, ciertamente, de la cual se dijo: «Lámpara es a mis pies tu palabra, Señor, y luz a mis sendas» (Sal. 118), aquel antiguo pueblo empezó a brillar, pero cesó. Produjo como un relámpago de vida clara, pero no permaneció en las obras lúcidas. Pues mientras decían: «Todas las cosas que nos mande

el Señor, las oiremos y las haremos», he aquí que surgió como la luz de un relámpago; pero mientras repentinamente doblaban las rodillas ante Baal, he aquí que el relámpago se veía extinguido. Dijo, pues, Débora a Barac: «Te ha mandado el Señor Dios de Israel: Toma contigo diez mil combatientes y ve al monte Tabor. Yo, por mi parte, atraeré hacia ti, al lugar del torrente Cisón, a Sísara, príncipe del ejército de Jabín, y sus carros y toda su multitud, y los entregaré en tu mano» (Juec. 4). Como si por medio de la doctrina profética el Dios omnipotente dijera al primer pueblo: Asume los diez preceptos de la ley y asciende a la cumbre de las virtudes, y así postra al príncipe de los réprobos y autor de toda iniquidad, administrándote yo las fuerzas.

Ni ha de pasarse por alto que aquel príncipe de la milicia, Sísara, que estaba expuesto a una perdición próxima, se prometía antes que sería conducido al torrente Cisón. Pues ¿qué ha de entenderse por el torrente Cisón sino el bautismo? Pues cuando el catecúmeno es sumergido en el lavacro de la sagrada fuente, tal como Sísara con su ejército, así es necesario que el espíritu nequísimo perezca con todos los vicios que militan para él. Respondió, pues, Barac a Débora: Si vienes conmigo, iré; si no quisieres venir, no partiré. Como si aquel Israel carnal respondiera a la profecía: Si no te tuviere siempre conmigo según la letra, y como según un entendimiento mujeril, no presumo emprender el combate espiritual. A quien Débora [responde]: Yo ciertamente iré contigo, pero la victoria no se te reputará

a ti, porque en mano de mujer será entregado Sísara. Como si aquel antiguo pueblo oyera: Contigo estará ciertamente la profecía exterior, como pides; pero el triunfo espiritual sobre el antiguo enemigo, no tú, sino más bien la santa Iglesia lo obtendrá. A ella ciertamente, a ella le provendrá por derecho la victoria, la cual en los misterios de la Escritura, mientras busca la médula de la inteligencia espiritual, no atiende grandemente a las pajas de la letra que mata. Trabado, pues, el combate, finalmente huyó Sísara a la casa de Jael, a saber, de una mujer extranjera. La cual ciertamente abrió un odre de leche para el sediento y le dio de beber; luego fijó un clavo en su cerebro a través de ambas sienes, y así, bajo la especie de un hombre, mató al diablo, cabeza de todos los perversos. ¿Qué designa Jael, que se interpreta ascension, sino a la santa Iglesia, por la cual evidentemente solo se muestra la bienaventuranza celestial? Por lo cual también la Sinagoga dice de la misma Iglesia en el Cantar de los Cantares: «¿Quién es esta que asciende del desierto fluyendo delicias, apoyada sobre su amado?» (Cant. 8). Esta mujer fue extranjera, porque la santa Iglesia procedió de la gentilidad. Esta dio primero de beber leche al enemigo de los israelitas, después le clavó un pilar en la cabeza; porque al enemigo del género humano, a quien la santa Iglesia primero alimentó con leche viviendo carnalmente, después, conversando espiritualmente, lo extinguió con cierta agudeza y virtud de la cruz. Pues si el insaciable homicida no tuviera sed de la perdición del género humano con una avidez del todo

inexorable, ciertamente la Escritura no diría de él: «Absorberá un río y no se maravillará, y tiene confianza de que el Jordán influya en su boca» (Job 40). La leche, empero, es fruto de la carne, y significa los halagos de la voluntad carnal.

Por tanto, mientras el pueblo gentil vivió voluptuosamente según la ley de la carne, como leche, así propinó nuestra muerte al diablo, la molicie de su vida al sediento. Pero después que se constriñó bajo la disciplina del espíritu, arrebató pronto las armas de la invicta cruz, y al enemigo de la salvación humana, a quien poco antes había dado de beber con la leche del placer, ahora, protegida por el auxilio de la penitencia, lo traspasó con el leño. Así, pues, a quien el pueblo israelita no pudo superar, una mujer extranjera, esto es, la Iglesia gentil, lo postró solo con el leño de la cruz.

De aquí es que también aquí este invictísimo soldado de Cristo, el bienaventurado Casiano, no pudo ser superado entre los gravísimos tormentos de sus penas, porque no lo rodeó una lorica de hierro, no lo protegió un casco con cimera, sino que solo el leño de la cruz lo armó. Pues quien está protegido por el estandarte de este leño, emprende seguro el combate de la maldad espiritual. Este signo, el sacrílego filisteo que salía a la guerra contra David, lo ignoraba, y por eso pronto murió herido en la frente (1 Rey. 17), donde evidentemente no se imprimió el sello de la vida. Este signo de salvación se pinta en la frente, donde ciertamente el sumo sacerdote en la ley era mandado a poner una lámina de oro para gloria y

decoro (Éxod. 28), en la cual lámina se veía esculpido aquel glorioso e inefable nombre del Señor, el tetragrámaton. El cual, sin duda, ¿qué otra cosa parecía expresar sino la cruz del Salvador? Pues así como la cruz tiene cuatro cuernos, así aquel nombre consta de cuatro letras.

La cruz, pues, decoro y gloria del oficio sacerdotal, se pone en la frente, para que, rociado el dintel de la casa con la sangre del cordero, se evite la espada del ángel que pasa (Éxod. 12). Por el contrario, en esta parte del cuerpo aquel rey Ozías fue herido de lepra (2 Par. 26), según la voz del Profeta que dice: «Llena sus caras de ignominia» (Sal. 82), el cual, mientras se hinchó arrogantemente en la cumbre real, usurpó para sí la licencia de sacrificar, que se debía solo a los sacerdotes.

Viendo este signo en el espíritu, David decía jubiloso: «Sellada está sobre nosotros la luz de tu rostro, Señor»; y por eso añade: «Diste alegría en mi corazón» (Sal. 4). ¡Cuán precioso y cuán admirable es el signo de la cruz, hermanos míos, que destruyó a todos los soberbios con el mismo autor de la soberbia, y eleva a los que combaten por Cristo al progreso de la gloria triunfal! «He aquí —dice Simeón— que este ha sido puesto para ruina y para resurrección de muchos en Israel» (Luc. 2). Precioso signo, digo, el de la cruz, pero, así como lo llevamos en la frente, ojalá lo llevemos en el corazón. Pues aquel tiene verdaderamente impreso en su corazón el signo de la cruz que ama a Cristo, que estuvo suspendido en la cruz, que lo abraza con todo el amor del corazón, que ciertamente se deleita en él con todas sus

entrañas, que rechaza cualquier cosa prohibida por él, y custodia con amor las que han sido mandadas. Pues hay enemigos de la cruz de Cristo cuyo fin, como dice el Apóstol, «es la perdición, y su gloria en su confusión, los cuales gustan las cosas terrenas» (Fil. 3). Hay también amigos de la cruz de Cristo, cuya conversación evidentemente está en los cielos. Ciertamente en el tremendo juicio estará entre los de la izquierda quienquiera que no tenga el carácter de este signo vital. Ni recibirá el premio de aquel que es el Juez, que fue crucificado, quien no muestre impreso en sí la insignia de la cruz. Pues en el libro de Ezequiel el Señor manda imprimir este signo en las frentes de los que gimen y se duelen; luego manda matar a todos los demás que han sido hallados sin este signo (Ezeq. 9).

Pues si miramos diligentemente, sentimos que los mismos mandamientos del antiguo instrumento también huelen al sacramento de la cruz. Pues cuando la ley dada por Dios se entrega bajo el número denario, el cual número se designa por la letra X, ¿qué otra cosa se expresa en esto sino la figura de la cruz? Pues esta letra tiene la apariencia de la cruz, la cual, mientras comprende en sí el número denario, muestra evidentemente que todos los mandatos de la ley militan para la cruz.

Amemos, pues, carísimos, a Cristo, amemos la cruz, y cada uno de nosotros vigile solícitamente para reprimir en sí la voluntad depravada. No expresemos este signo de vida solo en la frente de la carne, sino que guardémoslo además en las

entrañas íntimas de una voluntad casta y sobria, cumpliendo aquello que el esposo manda a la esposa en el Cantar de los Cantares: «Ponme —dice— como sello sobre tu corazón, como sello sobre tu brazo» (Cant. 8). Está claro que lo que el corazón piensa, el brazo lo ejecuta. Pone, pues, a Cristo sobre su corazón como sello aquel que lo ama desde la médula, que anhela fervientemente tras él, que lo pide ansiosamente, que persevera continuamente en su deseo. Pero pone a Cristo sobre su brazo aquel que, insistiendo también exteriormente en sus mandamientos, demuestra también en la obra a quien oculta en las entrañas del corazón. Pues también nosotros ponemos una señal en cualquiera de nuestros miembros para no perder la memoria de la cosa que nos es querida. Téngase, pues, a Cristo en el corazón, y téngase como sello en la obra, para que su memoria, siempre viva en nosotros, reprima los pensamientos depravados que se deslizan, y en las cosas que hacemos exteriormente, exhiba evidentemente el carácter del Crucificado. Ciertamente, si Cristo fuera para nosotros un sello, él mismo nos pone como sello para sí en una grata reciprocidad. Según lo que se promete a Zorobabel, jefe de Judea, diciendo: «En aquel día te tomaré, Zorobabel, siervo mío, y te pondré como sello en mi presencia» (Ageo 2). Pues en la presencia de Dios el justo es puesto como sello, porque por la gracia del amor continuo es tenido siempre en su memoria. Por el contrario, del impío rey Jeconías, el cual, porque era olvidadizo de Dios omnipotente, tampoco él merecía estar en

su memoria: «Si Jeconías fuera —dice— el anillo derecho en mi mano, de allí lo arrancaré» (Jer. 22).

¡Qué inviolable y firme sello, Cristo, había puesto el bienaventurado mártir Casiano en su pecho, el cual permanecía inmóvil en la constancia de tan gran fe! Se asestan los golpes de los azotes, se infligen las heridas de las punciones, se retuercen los dardos de las burlas, se atan cadenas a sus manos. Se añade también la desnudez del cuerpo, y también el espectáculo de los burladores ladrando por todas partes. Entre estos torbellinos de tormentas enfurecidas, entre estas tempestades de granizos frecuentes, la firme columna de Dios permanece del todo inmóvil. No se sacude, no se quebranta; sino que se apoya siempre recta y firmemente constante sobre la piedra sobre la cual está fundada. Pues decía: «¿Quién me separará de la caridad de Cristo? ¿La tribulación? ¿O la angustia? ¿O la persecución? ¿O el hambre? ¿O la desnudez? ¿O el peligro? ¿O la espada?» (Rom. 8). Aquellos rechinaban los dientes; este pensaba en la paciencia del manso Cordero que quita los pecados del mundo. Los verdugos, infligiendo suplicios, saciaban la rabia sangrienta de su pecho; este, ya seguro en su mente, consideraba la dignidad de la gloria celestial.

Y, por así decirlo, ¡qué felices mercados contrataba este cauto y prudente negociador, hermanos míos, con Cristo, remunerador de los que combaten! Dejaba ciertamente la carga de la carne, y se apresuraba a la estola de la claridad

angélica. Llevaba la férula de los niños crueles, para hacerse compañero de los santos ángeles. Posponía el magisterio de enseñar las letras, y se apresuraba alegremente a aquella única Palabra, para la cual militan todos los volúmenes de letras por el mundo, Cristo nuestro Señor, que con Dios Padre en la unidad del Espíritu Santo, vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

* SERMÓN XL. EN LA ASUNCIÓN DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA. (15 DE AGOSTO)

Aquí discurra todo el ingenio, y el áureo discurso resplandezca con toda su majestad. Haga para sí la Madre de Dios, la señora del mundo, la reina del cielo, los beneplácitos voluntarios de nuestra boca (Sal. 118). Que ella misma aguce el sentido, dirija el estilo y rocíe la lengua del pobre con una elocuencia más hermosa. Que ilustre esta luz con una luz más clara, y se digne donar su presencia a su asamblea. Sublime es este día, y refulgente con un sol más espléndido, en el cual la Virgen real es elevada al trono de Dios Padre, y colocada en la sede de la misma Trinidad, solicita incluso a la naturaleza angélica a verla. Se congrega toda la multitud de los ángeles para ver a la reina sentada a la derecha del Señor de las virtudes, con vestido dorado (Sal. 44), en un cuerpo siempre inmaculado, rodeada de variedad, distinguida por la multiplicidad de las virtudes.

Este es aquel día que colmó los talleres de los cielos con un gozo más sublime, anual para

el mundo, continuo para los ángeles, que une a los hombres con los ángeles y a los ángeles con los hombres en una feliz federación. Contempla con los ojos mentales al Hijo ascendiendo y a la Madre asunta, y verás que algo más excelente se exhibe en la Ascensión del Hijo, y algo más glorioso se demuestra en la Asunción de la Virgen. Pues el Salvador ascendió al cielo por el imperio de su virtud potestativa, como Señor y Creador, acompañado por el obsequio de los ángeles, no apoyado en su auxilio. María fue asunta al cielo, pero por el juicio de la gracia que la elevaba, con los ángeles acompañándola y auxiliándola, a la cual elevaba la gracia, no la naturaleza. Por eso este día se llama Asunción, y aquella Ascensión; siendo una cosa la potencia y otra la misericordia, y siendo privilegio solo del Creador sobrepasar la naturaleza de las cosas por su propia potestad. Esto es aquello más excelente que el Creador reclama para sí sobre la criatura, donde incluso la gracia superabundante y singular no se atreve a aspirar.

Pero si atendemos diligentemente a la Ascensión del Hijo y a la Asunción de la Madre, encontraremos ciertamente algo que nos alegraremos de haber encontrado. Pues al encuentro del Señor que ascendía salió toda aquella gloriosa sociedad de los espíritus bienaventurados, cuando antepuso la naturaleza inferior a la superior, y en la identidad misma de la divinidad encerró al hombre asumido por un sacramento inconvertible. Al encuentro de los ángeles, unió las almas de los elegidos, que sacaba consigo, y así, conducido

al Padre por la pompa triunfal de unos y otros, se sienta a la derecha de la majestad. Levanta ya los ojos a la Asunción de la Virgen y, salva la majestad del Hijo, encontrarás el encuentro de esta pompa no poco más digno. Pues solo los ángeles pudieron salir al encuentro del Redentor; pero a la Madre que penetrabas los palacios de los cielos, el mismo Hijo, saliendo solemnemente al encuentro con toda la corte tanto de los ángeles como de los justos, la elevó al consistorio de la sesión bienaventurada, y dijo: «Tota hermosa eres, amiga mía, y no hay mancha en ti» (Cant. 4). Toda hermosa, porque toda deificada; no hay mancha en ti, porque el Espíritu Santo vino sobre ti, el cual te purificó. Pero también la Virgen, colmada de graciosos dones, responde con tanta benignidad con palabras de David, admirando la claridad de la suma dignidad: «Sostuviste mi mano derecha, y en tu voluntad me condujiste, y con gloria me recibiste» (Sal. 72). Nota la posición de las palabras señalada con una diferente distinción de grados. «Sostuviste —dice— mi mano derecha», porque si bien tu izquierda está bajo mi cabeza, tu derecha ya me abraza. «Y en tu voluntad me condujiste», no en mi sublimidad, porque todo es obra de la gracia, no de la naturaleza. «Y con gloria me recibiste»; gloria ciertamente gloriosa, que no conoce sino quien la dio, y a quien se dignó dársela.

Observa, además, la diligencia y la consecuencia de las Escrituras. Pues el Espíritu Santo, en cuyo taller fue fabricada la estructura tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, recorrien-

do con estilo similar la Ascensión del Hijo y la Asunción de la Madre, pregunta tres veces: «¿Quién es este?» (Sal. 23). Y tres veces repite: «¿Quién es esta?» (Cant. 3). Veamos primero lo relativo al Hijo, después lo relativo a la Madre. En el espíritu de fortaleza, el Salvador descendiendo a los infiernos, trituró las puertas de bronce y rompió los cerrojos de hierro, y disipados los fragmentos de la olla de la gehena, sacudió toda aquella infeliz habitación con una ruinosa concusión, clamando los ángeles: «Alzad, príncipes, vuestras puertas» (Sal. 23); aquellos que cayeron por un lapso irremediable de soberbia, retuercen con ignorancia desdeñosa: «¿Quién es este rey de la gloria?» (Ibíd.). Este es aquel insensato que dijo en su corazón: «No hay Dios» (Sal. 13). Y: «No conozco al Señor, y no dejaré ir a Israel» (Éxod. 5). Los ángeles de la paz confiesan con confianza: «El Señor fuerte y poderoso, el Señor poderoso en la batalla» (Sal. 23); fuerte para debilitar vuestra fortaleza; poderoso para vaciar vuestro poder; en aquella batalla ciertamente saludable, por la cual venció singularmente a las potestades del aire. Resurgiendo de los infiernos, y trayendo los estandartes de la victoria solemne, resucitó al hombre unido a sí, al cual nunca dejó, y llevado a los cielos con la palma triunfadora, representando al Padre la centésima oveja que había perdido (Luc. 15), oye de los ángeles: «¿Quién es este rey de la gloria?», pero también clamando ellos mismos: «El Señor de las virtudes, él es el rey de la gloria» (Sal. 23); resonaron en el palacio de los cielos, y toda la casa sobrecelestial se inundó de

gozos más profusos. Verdaderamente el Señor de las virtudes haciendo virtud en la Resurrección, que antes no había hecho, redimiendo al siervo y haciendo hijo en lugar del siervo. En el clarísimo día de la Ascensión, cuando, viéndolo los discípulos, fue elevado al cielo (Marc. 16), aquel sumo y venerable colegio salió al encuentro del Redentor, y toda aquella autoridad de los ángeles tanto asistentes como ministrantes corrió hacia el Hijo, y admirándolo mientras ascendía dice: «¿Quién es este que viene de Edom, con las vestiduras teñidas de Bosra?» (Is. 63). Pues viéndolo empapado en una onda de rojez sanguínea, admiran su paciencia y la saña de los judíos, que no temieron condenar al Hijo de Dios con la ignominia de la cruz. «Caminando —dicen— en la multitud de su fortaleza» (Ibíd.): no solo en la fortaleza, sino también en la multitud de la fortaleza; porque ninguna fortaleza fue más fuerte que redimir al siervo y colocarlo perpetuamente a la derecha de la divinidad.

Estas son aquellas voces que acompañan al que desciende a los infiernos, al que resurge de los infiernos, al que asciende a los cielos, con una multiforme alabanza. Pero ya el estilo debe volverse a la santa de los santos, y debe explicarse la propiedad de aquellas palabras que están especialmente dedicadas a la Virgen madre. Pero para que propongamos el título del dintel en la frente del futuro edificio, digamos brevemente que la primera interrogación conviene a su Natividad, la segunda a su conversación, la tercera a la Asunción. «¿Quién es esta —dice el Espíritu Santo de

su Natividad— que progresa como la aurora naciente, hermosa como la luna, elegida como el sol, terrible como un ejército en orden de batalla?» (Cant. 6). Esta es «la que no conoció lecho en el delito» (Sab. 3). Virgen singularmente consagrada al Hijo de Dios, especialmente desposada con el Espíritu Santo. «Que progresa —dice— como la aurora naciente». ¡Qué elegante y clara similitud, y que desciende de la disciplina de aquel que incluyó afluente la suma fuente de la sabiduría en el Cantar de los Cantares!

En la luz meridiana fue creado aquel primer padre, hecho a imagen y semejanza del Fundador. Pues ¿qué hay más claro que el que lo creado no sea disímil al Creador? «Hagamos —dice— al hombre a nuestra imagen y semejanza» (Gén. 1). Le dio la imagen en la eternidad, la semejanza en las costumbres; para que sea semejante al Creador, si no por identidad, al menos por semejanza. Pero él, rechazada la dignidad de tan gran privilegio, ablandado por la falsa promesa del espíritu apóstata, se adhirió a él, y se destinó con su posteridad a la muerte perpetua y a las tinieblas. Desde aquella hora se hicieron tinieblas sobre toda la tierra hasta la Virgen; ni se halló a nadie que o bien saliera de las tinieblas, o bien las disipara; sino que, creciendo el mundo, creció también el tenebroso vorágine, hasta que, congregado en la más densa negrura, sepultó al género humano en una noche terrible. Esta es aquella noche solitaria, ni digna de alabanza, de la cual está escrito: «Pusiste las tinieblas, y se hizo la noche» (Sal. 103). En ella habían permanecido todas las

bestias de la selva, porque los espíritus crueles e indómitos, movidos los cerrojos, trituraron al género humano con todas sus fuerzas. Pero nacida la Virgen, surgió la aurora; porque María, precursora de la verdadera luz, con su natividad serenó la mañana clarísima. Esta es la estrella matutina en medio de la niebla, la cual, relampagueando con sumo esplendor en el quicio del cielo, colorea el orbe con rayos más espléndidos. Esta es la aurora, a la cual sigue, mejor dicho, de la cual nace el Sol de justicia, sucumbiendo a la claridad de él solo. Esta es la aurora, la cual no vio aquel que vio todo lo sublime; y el bienaventurado Job ora para que se le cierre con mucha supresión, diciendo: «Que no vea el orto de la aurora naciente» (Job 3). Tuyo es el día, Señor, en el cual Adán fue fundado; tuya es la noche, en la cual Adán fue arrojado del día; tú fabricaste la aurora, esto es, a la Virgen madre: y al sol, a saber, al Sol de justicia, que surgió del tálamo virginal. Pues así como la aurora atestigua que el fin de la noche y el principio del día están presentes, así también la Virgen expulsó la noche sempiterna, y del día infundió el día a las tierras, surgido de la tierra de su virginidad.

«Progresa», dice, como si saliera desde lejos, porque «desde lejos y desde los últimos confines es su precio» (Prov. 31). Aurora, porque es el fin de la noche y el comienzo de la luz; naciente, porque surge sobre la materia que cae. Hermosa como la luna. ¿Qué hay más hermoso que la luna, cuando con las estrellas relampagueantes en el límite zodiacal excede el esplendor de los demás astros? Considera cómo tanto la serena vibración de las

estrellas como el luminoso fulgor inundan el orbe circular de tan gran astro, de modo que ofusca no mediocremente la claridad de las otras luces. Así también la Virgen, supereminente y elevada entre las almas de los santos y los coros de los ángeles, antecede los méritos de cada uno y los títulos de todos. Por mucho que reluzcan las otras estrellas, la luna sin embargo descuella tanto en magnitud como en esplendor. Así la Virgen singular supera ambas naturalezas tanto por la inmensidad de la gracia como por el fulgor de las virtudes. Elegida como el sol. Atiende a esta similitud, de la cual nada en las cosas del mundo puede ser más sublime. Pues nada tuvo el Espíritu en las criaturas visibles más excelente a lo cual comparara la excelencia de la Virgen. Pues la claridad del sol tiene algo mucho más alto que la de la luna; porque aunque ella oscurece a las estrellas menores, no las oculta sin embargo del todo; este, en cambio, incandesciendo más lúcidamente, arrebata para sí de tal modo la posición de los astros y de la luna, que son como si no fueran, y no pueden ser vistos.

Del mismo modo, también la vara de Jesé, precursora de la verdadera luz, reluciendo en aquella luz inaccesible, de tal modo embota la dignidad de ambos espíritus, que en comparación con la Virgen ni pueden ni deben aparecer. ¿O piensas que no se estremece toda la criatura racional ante la contemplación de tan gran dignidad? Considera tanto las cosas de los cielos como las de la tierra refabricadas en la Virgen. Dios, que mide el cielo con la palma, encerrado en la brevedad del

vientre virginal; la redención de los hombres, la restauración de los ángeles; en fin, todo lo que es, fue y será renovado por el útero de la Virgen; y entonces el pensamiento te sugerirá lo que el lenguaje no puede demostrar. «Elegida», dice, pero también «preelegida». «Como el sol», porque así como solo el sol ilumina el mundo, así esta sola ilustra con una luz más sólida tanto a los ángeles como a los hombres. «Terrible como un ejército en orden de batalla», terrible para los demonios, ordenada en las virtudes, temor singular de los espíritus malignos, amor especial de los ciudadanos bienaventurados.

Sigue sobre su conversación: «¿Quién es esta que asciende por el desierto, como una varita de humo de los aromas de mirra e incienso y de todo polvo de perfumista? Esta es la hermosa entre las hijas de Jerusalén» (Cant. 3). El desierto es la vastedad de este mundo, en el cual las bestias del campo juegan con frecuencia, donde aquel príncipe nequísimo domina con toda su fortaleza. Se llama desierto, además, como si estuviera abandonado por la administración de las virtudes, cuando la asamblea de estas, al abundar la iniquidad, ha volado de regreso a sus propios orígenes. «Que asciende», dice. En las vanidades de este siglo se sabe que todos o bien descienden o bien caen, y es raro el que no descienda o caiga en el océano de esta profundidad turbulentísima. Solo aquella madre e hija del Creador ni descendió ni cayó, sino que ascendiendo de virtud en virtud, fue vestida con la consumación de las virtudes. ¿Cómo ascendió? «Como una varita —dice— de

humo». Recoge con qué significativa similitud está señalada esta operación. La varita de humo es recta, sutil, olorosa, y cuanto más se extiende en el aire, tanto más se dilata. Así también la reina de los ángeles es recta en la sublimidad de su conversación, porque es vara de dirección, vara del reino del Señor (Sal. 44). Sutil en la contemplación de la deidad, porque ella es la que «conservaba todas estas palabras, confiriéndolas en su corazón» (Luc. 2). Olorosa en la opinión de las virtudes, porque «corremos al olor de sus ungüentos» (Cant. 1). Estrecha en lo temporal, porque «no había lugar para ella en la posada» (Luc. 2). Dilatada en lo espiritual, porque «estuvo la reina a la derecha del Señor» (Sal. 44). Esta es aquella vara con la que se rechazan los ímpetus de los demonios adversarios: la vara de Aarón, por la cual se hacen signos y maravillas. Entiende, además, el báculo de la cruz, con el cual no solo fue golpeado, sino también muerto aquel homicida incurable [o insaciable], que se alimenta y se nutre de las muertes de los hombres. En la Virgen vara y en el báculo cruz se contiene la esperanza y el consuelo de los míseros. Como declara el sublime Profeta con clara voz: «Tu vara —dice— y tu báculo, ellos mismos me consolaron» (Sal. 22).

Sigue: «De los aromas de mirra e incienso». Se nombran las especies de las que se eleva la varita aromática: mirra e incienso. La mirra consolida los cuerpos disueltos y reclama para sí el cadáver exánime para que no se pudra. El incienso, en cambio, se enciende para Dios en la oración, como se nos enseña por múltiples testimonios de

las Escrituras. Entiende en la mirra la continencia, en el incienso la devoción. Pues la carne de la Virgen asumida de Adán no admitió las manchas de Adán, sino que la pureza de su singular continencia se convirtió en el candor de la luz eterna. Por lo demás, ¿quién podrá igualar su devoción con alabanzas votivas, al recordar al arcángel enviado, al Espíritu que vino sobre ella, al Hijo concebido, al Dios nacido, la nueva estrella, la gloria de los magos, la gracia de los dones y, sobre todo esto, el testimonio de su propia conciencia? Estas son las dos cosas que rodearon la sustancia virginal con toda virtud: la continencia y la devoción, de las cuales una poseyó de tal modo la carne y la otra la mente, que la carne purísima y la mente purísima consagraron de manera singular a la madre del Señor.

Pero para que no pienses que la señora del orbe y reina de los cielos estaba distinguida solo por estas dos virtudes, sigue la autoridad de las Escrituras: «Y todo polvo de perfumista». Aquí se ha expresado todo lo que pudo expresarse. Las especias íntegras, ciertamente, desprenden olor, pero no tanto como cuando están trituradas. Pues, desmenuzadas por frecuentes golpes, difunden una olorosa aspersión incluso a un lugar más remoto. Así también las virtudes ciertamente huelen fuertemente en la paz, pero más fuertemente en la tribulación, porque la virtud se adquiere en la paz, se prueba en la persecución, se aprueba en la victoria. Todo el polvo de perfumista, pues, fue arrojado en la Virgen, porque en ella la asamblea de las virtudes consagró para sí

un venerable tálamo, y si a los demás el Espíritu afluye por partes. Sobre María, en cambio, vino toda la plenitud de la gracia. Ni estuvieron en ella las especias íntegras, sino desmenuzadas en lo más sutil, porque ella es la que, sobrepasada por los más fuertes martillos de las tribulaciones, vio a su Hijo y de Dios ser fijado en la cruz, ser herido por la lanza militar y expirar puesto entre dos ladrones (Juan 19).

Sigue sobre su Asunción: «¿Quién es esta que asciende del desierto, fluyendo delicias, apoyada sobre su amado?». Esta es aquella reina a la que viendo las hijas de Sión, «la proclamaron bienaventurada, y las reinas la alabaron» (Cant. 6). Asciende, además, hoy del desierto, esto es, del mundo, sublimada a la celsitud del trono real. «Fluyendo —dice— delicias». Verdaderamente fluyendo, porque «muchas hijas reunieron riquezas, esta sobrepasó a todas» (Prov. 31 [citado como XXIX]). De sus delicias, además, no hay número, porque, mientras recibe al Espíritu Santo, concibe al Hijo de Dios, genera al Rey de la gloria, penetra los cielos, colmada de riquezas, y fluyendo delicias vuela hacia su reino sempiterno. «Apoyada sobre su amado». El Rey de las virtudes es el Padre del amado, en el cual se complació (Mat. 3, 17). Sobre este se apoya aquella Madre más feliz, e inclinándose en el áureo reclinatorio de la divina majestad, descansa entre los brazos de su esposo, mejor dicho, de su Hijo. ¡Oh, cuánta dignidad, qué especial potencia, apoyarse sobre aquel a quien las potestades angélicas temen mirar!

Estas son, pues, las cosas que bajo sombras e imágenes aluden dignamente a la presente festividad, y veladas con un tegumento más sagrado lucen más graciosamente cuando pudieron ser reveladas. Amén.

SERMÓN XLI.

I. DE SAN BARTOLOMÉ APÓSTOL. (24 DE AGOSTO)

La festividad de hoy, amadísimos, en la que recordamos las gestas triunfales del bienaventurado Bartolomé, no es propia de ninguna ciudad o patria, sino que es común a toda la Iglesia católica. Ni sin mérito es cultivado y venerado por todos aquel que, como noble arquitecto, con sus bienaventurados coapóstoles puso el fundamento de la fe, sobre el cual se levantó la estructura de la Iglesia naciente. A esto se añade que, como el senado apostólico reivindica para sí el trono del juicio y obtiene el principado de egregia dignidad entre todos los órdenes de los bienaventurados, este, en el catálogo de ellos no medianamente insigne y conspicuo, ocupa el sexto lugar. Pues dice el evangelista Mateo: «Los nombres de los doce apóstoles son estos: primero Simón, llamado Pedro, y su hermano Andrés; Santiago el de Zebedeo, y su hermano Juan; Felipe y Bartolomé; Tomás y Mateo el publicano; Santiago el de Alfeo y Tadeo; Simón el Cananeo y Judas Iscariote, el mismo que lo entregó (Mat. 10)». Así pues, convocados estos, como el evangelista antepone, les dio el Señor potestad sobre los espíritus inmundos para que los expulsaran, y curaran

toda dolencia y toda enfermedad (ibíd.). Marcos también lo constituyó en ese mismo sexto lugar (Mar. 3). De donde podemos colegir cuánta prerrogativa de méritos brilló en el bienaventurado Bartolomé, que en la dignidad apostólica aventaja a varones tan sublimes y de tanta gloria. Pues es preferido a Mateo, quien en la mística cuadriga de los evangelistas posee el lugar principal, y como el Fisón entre los demás ríos brota el primero de la fuente del paraíso (Gén. 2), e inunda toda la latitud del mundo con las corrientes de la doctrina evangélica. Es antepuesto igualmente al bienaventurado Tomás, cuyo dedo se convirtió en maestro del mundo, quien por cierta dignidad principal debe ser llamado verdaderamente índice, porque indicó la verdad de la carne del Señor a los que la ignoraban. Pues este bienaventurado apóstol nos proporcionó certidumbre con su duda, y mientras escruta las llagas del Salvador, subvierte los errores y las astucias de la perversidad herética. Palpa, en efecto, la verdad de la carne, y comprende la omnipotencia de la deidad. «Señor mío —dice— y Dios mío (Juan 20)».

Aunque, por tanto, nada propio o singular se lea sobre el bienaventurado Bartolomé en los libros auténticos más allá de la historia común, sin embargo, todo lo que se encuentra digerido por el estilo de las Escrituras sobre aquellos a quienes él es antepuesto, no se duda que redunde también en su elogio; aunque se compruebe que todos los santos apóstoles tienen la dignidad de un solo privilegio, la celsitud de una sola cumbre, y una virtud no dispar de la gracia celestial. Pues el que

el Señor quisiera encomendar las llaves del reino de los cielos al bienaventurado Pedro por una cierta tradición especial (Mat. 18), se hizo para esto: para encomendar la unidad de la Iglesia. Por lo demás, lo que dio a uno especialmente, lo confirió a todos en común. Pues a todos les dice: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes perdonéis los pecados, les son perdonados, y a quienes se los retengáis, les son retenidos (Juan 20)». Y Lucas dice: que convocados los doce apóstoles, les dio virtud y potestad sobre todos los demonios, y para que curaran las dolencias (Luc. 10). De donde también el mismo Señor dice: «He aquí que os he dado potestad de pisar sobre serpientes y escorpiones, y sobre toda la fuerza del enemigo, y nada os dañará (ibíd.)». Y un poco más arriba: «El que os oye a vosotros, me oye a mí, y el que os desprecia a vosotros, me desprecia a mí (ibíd.)». Aquello también dijo a todos: «El que cree en mí, las obras que yo hago, él también las hará; y mayores que estas hará, porque yo voy al Padre (Juan 14)».

Por lo demás, en cuanto a que nuestro Salvador, para perfeccionar el orden apostólico, quiso elegir la cantidad del número doce, esta es la causa: Puesto que tres veces cuatro hacen doce, y el orden de la razón exigía que se eligieran doce apóstoles que esparcieran la fe de la santa Trinidad por las cuatro partes del mundo. Este número claramente místico se reconoce que conviene entonces indudablemente a los santos apóstoles, cuando se narra que el pueblo israelita puso su campamento en Elim; donde evidentemente había doce fuentes y setenta palmeras (Éx. 15). ¿Qué

se designa por las doce fuentes, sino los santos apóstoles, que no cesan de irrigar la aridez del corazón humano con las corrientes de la santa predicación? ¿Qué, en verdad, por las setenta palmeras, sino que deben entenderse los sacerdotes de grado inferior, que han sido constituidos por el mundo para narrar las victorias de Cristo? Pues la palma suele honrar a la mano victoriosa. El mismo nombre Elim parece convenir muy aptamente a los apóstoles. Pues Elim se traduce como carneros. Ellos son, sin duda, los guías de la grey, los pastores de las ovejas, los maestros de las naciones, los príncipes de los pueblos. Ellos mismos, apoyados en la autoridad de los dos Testamentos como armados con sendos cuernos, aventan la rabia lupina de los heréticos y de los que resisten a Dios, para conducir a las tropas de ovejas que los siguen a los pastos de la verdura eterna sin lesión alguna.

Y hay que notar que así como el bienaventurado Bartolomé es el sexto dentro del orden apostólico, así también Elim ocupa el sexto lugar dentro de las mansiones del pueblo israelita, para que a este le convenga muy aptamente el nombre de carnero espiritual, de quien aquel mismo lugar, que tiene las fuentes apostólicas, no discrepa por el misterio del nombre y del orden. No obstante, Isacar ocupó el sexto lugar entre los hermanos cuando el patriarca Jacob lo bendijo con los demás hermanos. Cuya bendición también conviene perspicuamente al bienaventurado Bartolomé, quien recibió la India, un pueblo gentil por cierto, en la suerte de su predicación. Pues

cuando, distribuidas diversas bendiciones por medio de cinco hijos, se llegó a Isacar, dijo Jacob: «Isacar, asno fuerte que se echa en los términos, vio el descanso, que era bueno, y la tierra, que era óptima, y sometió su hombro para cargar (Gén. 49)». Echarse en los términos es descansar esperando el fin del mundo, y no buscar nada de estas cosas que ahora se versan en medio, sino desear las últimas. Y el asno fuerte vio el descanso óptimo cuando la simple gentilidad se yergue por ello a la fortaleza de la buena obra, porque tiende hacia la patria de la vida eterna. La cual también somete el hombro para cargar, porque visto el descanso superno, se sujeta también a los preceptos pesados en la operación, y todo lo que la pusilanimidad afirma ser intolerable, la esperanza de la remuneración se lo muestra leve y fácil.

La bendición de Isacar, por tanto, conviene al bienaventurado Bartolomé por el pueblo gentil, al cual, mientras asociaba a la fe cristiana alejándolo del culto de los demonios, hizo en cierto modo su propio cuerpo en la unidad del espíritu. Uno somos también nosotros con los santos apóstoles si imitamos no solo el mérito de la fe, sino también el ejemplo de su conducta, como se dice por medio de Pablo: «Pues en un mismo espíritu todos nosotros fuimos bautizados en un solo cuerpo, ya judíos, ya gentiles, ya esclavos, ya libres, y a todos se nos dio a beber de un mismo espíritu (1 Cor. 12)». Por lo cual es necesario que siempre nos propongamos los ejemplos de ellos, para que no parezcamos discretos por

una cualidad de vida disonante de aquellos por quienes nos reconocemos engendrados en la fe. De donde es que, tras el tránsito del Jordán, dijo el Señor a Josué: «Elige doce varones, uno por cada tribu, y mándales que tomen de en medio del cauce del Jordán, donde estuvieron los pies de los sacerdotes, doce piedras durísimas, las cuales pondréis en el lugar del campamento donde fijéis esta noche las tiendas (Jos. 4)». ¿Qué se insinúa, pues, por el tránsito del Jordán sino el sacramento del bautismo? ¿Por qué se dice que pusieron doce piedras durísimas como testimonio, sino para que nos instruyan a fin de que, tan pronto como resurgimos de la fuente del sagrado lavacro, nos propongamos los fortísimos ejemplos de la virtud apostólica? Para que esas piedras nos sirvan de testimonio mientras tendemos a los incrementos de las virtudes. De donde al punto se manda a Josué que pase con el pueblo a Gálgala, y allí los circuncide con cuchillos de piedra. La Piedra, como dice el Apóstol, era Cristo (1 Cor. 10). Por los cuchillos de piedra, por tanto, somos circuncidados cuando por Cristo amputamos de nosotros todos los halagos de la carne y del espíritu. Y con esta circuncisión, como allí se dice, propulsamos el oprobio de los egipcios, puesto que elidimos la petulancia de los vicios que nos deluden: «Hoy —dice el Señor a Josué— he quitado de vosotros el oprobio de Egipto (Jos. 5)». Ni hay que pasar por alto que Gálgala se interpreta como revelación. Pues la vida carnal ciega los ojos de la mente, la espiritual los ilumina. «Revela —dice— mis ojos, y consideraré las maravillas de tu

ley (Sal. 118)». Pues cuando el hombre es circuncidado de sus vicios, la agudeza de la mente se eleva para considerar los misterios de la divina ley, en cuyo lugar precisamente se celebra la Pascua por el pueblo israelita, y se come típicamente aquel Cordero que quita los pecados del mundo (Juan 1).

Y nota el orden de las cosas, y pondera el misterio de la salvación humana. Después que salimos del bautismo como del remolino del Jordán, constituimos para nosotros las piedras de la virtud y constancia apostólica como testimonio de ejemplo, las cuales, contemplando con el estudio de la emulación, somos circuncidados del prepucio de nuestra pravidad; y así, alejada lejos y limpiada la calígine de los vicios, revelada la faz de la alegría espiritual, celebramos la Pascua en la luz de las virtudes. Allí primero el pueblo comió panes ázimos de los frutos de la tierra; y el maná, con el cual hasta entonces solían alimentarse, no apareció más. Porque después que aquel pan vivo que descendió del cielo (Juan 6) salió del campo del vientre virginal; después que el grano de trigo cayendo en la tierra murió y trajo muchísimos frutos (Juan 12), al punto desfalleció el maná de la ley típica. Pues la tierra de la promesa es el vientre de la Virgen. De cuya tierra se dice por medio de Isaías: «Destilad, cielos, desde arriba, y las nubes lluevan al Justo; ábrase la tierra y germine al Salvador (Isa. 45)». Cuando, por tanto, se llega a este pan, ya no se busca más el maná de la ley vieja. Luego Jericó, sitiada por siete días, es destruida (Jos. 6), por la cual evidentemente se designa

este mundo. Pues así como aquella ciudad no es subvertida por dardos ni por cuñas atacantes de guerreros, sino solo por las trompetas resonantes de los sacerdotes; así este mundo no fue superado por armas terrenas, sino por una suerte de trompetas y resonancias de la predicación apostólica. Los sacerdotes resuenan con las trompetas y los muros de Jericó se derrumban; porque, predicando los apóstoles, los amantes de este mundo se doblegan humildemente del rigor de la hinchada soberbia.

Y nosotros, hermanos carísimos, humillémonos siempre ante los imperios apostólicos, para que procuremos subyugar la rígida cerviz de nuestro corazón a sus doctrinas. Ciertamente ellos son nuestros jueces, por ellos hemos de ser discutidos en el tremendo examen del sumo Juez. He aquí que por todo el mundo entonan con resonancias de trompetas, he aquí que su doctrina rodea a la Jericó todavía rebelde como con el arca de la alianza. Excitémonos ante el trueno de tanta predicación, ni nos oprima el sopor de la muerte mientras nos deleita la sombra de la vida carnal. Oigamos a Pablo entonando terriblemente como un vehemente toque de guerra: «Despierta —dice— tú que duermes, y levántate de entre los muertos, y te iluminará Cristo (Ef. 5)». Por lo demás, si las piedras de Jericó obedecieron a las trompetas sacerdotales, y aquella materia insensible, derruida y subvertida la ciudad desde sus cimientos, se derrumbó; ¿cómo dormiremos nosotros ante el imperio de la predicación apostólica como insensibles, nosotros que por la gracia de

Cristo, que es la piedra angular, somos también piedras vivas? Oigamos lo que dice el apóstol Pedro: «Acercándoos a él —dice—, piedra viva, reprobada por los hombres, pero elegida y honrada por Dios; vosotros también, como piedras vivas, sed sobreedificados como casa espiritual (1 Ped. 2)». Caiga, pues, ya en nosotros la soberbia Jericó, habitación no de cananeos, sino de vicios; y surja la nueva Jerusalén, edificada con las piedras de las virtudes, para que según el Apóstol: «Muertos al pecado, vivamos para la justicia; y: Los que hemos muerto con Cristo, vivamos también junto con él (2 Tim. 2)». Quien con Dios Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN XLII.

II. DE SAN BARTOLOMÉ APÓSTOL. (24 DE AGOSTO)

Nos alegramos y gloriamos en el Señor, amadísimos, por el santo afecto de vuestra devoción, porque cuanto más abundantemente bebéis el cáliz de la palabra divina, tanto más ardéis con las fauces de un deseo más ferviente por lo mismo. Ni sin mérito: pues de tal modo está conjunta toda la bienaventuranza de la cumbre apostólica, y se prueba unida por tal trabazón o pegamento de gracias, que cuando se cultiva la festividad de uno de ellos, al punto se ofrece a las miradas interiores la no diversa sublimidad de todos los apóstoles. A saber, hay entre ellos una misma excelencia de la potestad judicial, la misma dignidad de orden, ni se tiene una autoridad de virtud diversa en

el ligar o en el desatar. Pues estas son aquellas preciosas margaritas que el bienaventurado Juan declara haber visto en el Apocalipsis, de las cuales también refiere que están construidas las puertas de la Jerusalén celestial: «Cada una de las puertas —dice— era de una sola margarita (Apoc. 21)». Ellos sin duda son las puertas, ellos son asimismo las margaritas, porque, mientras emiten algunos rayos del esplendor divino mediante signos y prodigios, abren el acceso a la gloria de la Jerusalén superna a las gentes convertidas a la fe. Y todo el que se salva por medio de ellos, entra como viajero hacia la vida como por las puertas. Cuya figura mística tuvieron también aquellas piedras que, por mandato de Dios a Moisés, se mantienen impresas en el racional del sumo sacerdote (Éx. 28). Este racional, pues, llevaba el sacerdote en el pecho cuando entraba en el Santo de los Santos. Se mandó, por tanto, que en él se pusieran doce piedras, de tres en tres por los cuatro ángulos, engastadas en oro; porque sin duda los santos apóstoles predicaron la verdad de la fe católica por el mundo cuadriforme acerca de la Trinidad, que es Dios. Piedras que también se refieren engastadas en oro, porque también los bienaventurados apóstoles perseveran inviolablemente confirmados en el arcano de la sabiduría celestial.

Es legítimo, por tanto, que el sacerdote, cuando entra en el santuario, lleve doce piedras preciosas en el racional de su pecho; a fin de que todo el que se acerque a los sagrados altares se proponga a sí mismo los ejemplos de la rectitud apostólica; para que imite, en cuanto prevalezca,

la vida de aquellos cuyo ministerio ejerce; y de quienes ostenta el oficio, en ellos fije el interés de su mente con el estudio de la santa emulación. Y ¿qué tiene de extraño si nosotros, imbéciles y párvulos, recibimos el mandato de imitar la norma y mantener la santa doctrina de los bienaventurados apóstoles, que son las basas y columnas de la santa Iglesia, cuando también los mismos apóstoles fueron confirmados por la autoridad de sus predecesores, a saber, de los antiguos Padres? De donde también en la construcción del tabernáculo, para que las columnas de plata estuvieran en el interior, se mandó clavar por el circuito exterior estacas de bronce (Éx. 38), en las cuales se mantuviera atado el tabernáculo. Columnas de plata, pues, en el interior, pero estacas de bronce se clavan en el circuito, y en ellas están ligados los funes para que el tabernáculo permaneciera fijo; porque evidentemente para que los santos apóstoles estuvieran sólidos en la luz de su sermón, y para que todo el tabernáculo, esto es, la santa Iglesia, consistiera en la integridad de la fe, como estacas de bronce en el circuito fueron fijados exteriormente los padres del Antiguo Testamento y los profetas; quienes con los funes de sus palabras constriñeran en la solidez las mentes de los predicadores, y ligaran este habitáculo de Dios con la estabilidad de la fe.

Fuera, pues, están las estacas, que fueron antes del tiempo de esta santa Iglesia. Pero, no obstante, ligan a los que están en ella; porque mientras predican los misterios celestiales que han de venir, hicieron creíbles todas estas cosas

después que fueron mostradas. Para que, por tanto, las columnas estén inmóviles en el interior, fuera las estacas contienen los funes; porque para que los santos apóstoles creyeran el misterio de la perfecta encarnación del Señor, lo obtuvo la predicación de aquellos; quienes pudieron tanto ver como predicar esto antes de que se hiciera. De donde rectamente también aquel primero de los apóstoles, a saber, la gran columna del verdadero tabernáculo, habla diciendo: «Tenemos el sermón profético más firme, al cual hacéis bien en atender, como a una lámpara que luce en un lugar tenebroso (2 Ped. 1)». En cuyas palabras indica (aunque se elevó a lo alto) desde la cumbre, donde persista ligado en la fe. Lámpara del sermón profético que ya en verdad luce para los que entienden, pero para los que todavía no entienden permanece cubierta por las obscuridades de las alegorías. De donde también por medio del Salmista se dice sobre los mismos dichos de los profetas: «Agua tenebrosa en las nubes del aire (Sal. 17)», porque evidentemente la sabiduría está oculta en los profetas.

Ni sin razón se hicieron columnas de plata y estacas de bronce; porque lo que los apóstoles ya predican claramente, los profetas lo hablaron obscuramente bajo un entendimiento místico. Rectamente fueron significados por el metal del bronce los que no fueron claros en sus predicaciones; los santos apóstoles, en cambio, porque tuvieron la luz de la predicación sobre el misterio de nuestro Redentor, fueron expresados por columnas de plata. Y hay que notar que la plata

suena y luce; el bronce, en cambio, suena y no luce; porque los predicadores del Nuevo Testamento hablaron abiertamente cosas que también pudieron mostrar. Los predicadores del Antiguo Testamento, en cambio, porque profirieron dichos obscuros sobre el misterio celestial a través de las sombras de las alegorías, emitieron un sonido como sin luz; aunque a veces se encuentre que el bronce conviene también a los santos apóstoles. De los cuales se dice bajo la especie de Aser por medio de Moisés en el Deuteronomio: «Hierro y bronce su calzado (Deut. 33)». El calzado, en efecto, se toma en la sagrada Escritura como el munimento de la predicación, como está escrito: «Calzados los pies en la predicación del Evangelio de la paz (Ef. 6)». Porque, por tanto, por el hierro se expresa la virtud, y por el bronce la perseverancia de la longanimidad; se dice que el hierro y el bronce son el calzado de los apóstoles, y también de cualesquiera santos predicadores. Por el hierro toleran pacientemente los males adversos; por el bronce, en cambio, conservan longánimamente los buenos propósitos. De los cuales apóstoles, o varones apostólicos, a saber, santos predicadores, habiendo antepuesto a ese mismo Aser: «El ascensor del cielo es tu auxiliador»; añadió al punto: «Por su magnificencia discurren las nubes». ¿Pues quién es el ascensor del cielo sino nuestro Salvador, quien, después que muriendo perdió el imperio de la muerte, penetró en el cielo acompañándolo los ángeles y mirándolo los discípulos? Por su magnificencia discurren las nubes, porque por su autoridad los

santos doctores llueven por el mundo la lluvia de la predicación saludable. De los cuales también dice el profeta: «¿Quiénes son —dice— estos que vuelan como nubes? (Isa. 60)». Estas nubes se resuelven en agua cuando embriagan la tierra de nuestro corazón con las corrientes de su doctrina, para hacerla fértil para producir los gérmenes de la obra piadosa.

De donde también Bartolomé (que es un nombre sirio, por cierto, no hebreo) se interpreta hijo del que suspende las aguas: Hijo de Dios, sin duda, que suspende las mentes de sus predicadores para contemplar las cosas celestiales; para que cuanto más libremente se equilibren con las alas de las virtudes para entender a su Creador, tanto más feraz y abundantemente puedan infundir en nuestros corazones la lluvia de la elocuencia celestial, y beban suspendidos de aquella fuente lo que después nos transfundan dándonoslo a beber. De donde bien dice Moisés místicamente sobre la santa Iglesia: «No es —dice— la tierra a la que entráis para poseerla semejante a la tierra de Egipto de la que salís, donde echada la semilla se conducen aguas de riego al modo de los huertos»; sino: «que espera las lluvias del cielo, la cual su Dios visita en todo tiempo (Deut. 11)». Pues la prudencia secular serpentea por el suelo como una culebra, y declina aquí y allá con lubricidad varia; la sabiduría divina, en cambio, truena desde los cielos. También este huerto tiene una significación siniestra. Pues parece designar la lascivia de la ciencia carnal. Como también allí, donde Acab pidió la viña de Nabot: «Dame —dice

— tu viña para hacerme un huerto de hortalizas (1 Rey. 21)». Aquel en efecto intenta convertir la viña en huerto, quien quiere mudar el rigor de la virtud por la amena amenidad del halago carnal. Y el Salmista compara a los réprobos con las hortalizas, diciendo: «Como el heno se secarán velozmente, y como las hortalizas de las hierbas pronto caerán (Sal. 36)».

La tierra de la promesa, por tanto, esto es la santa Iglesia, espera también las lluvias del cielo, porque es inundada por la lluvia de la sabiduría celestial, y sus nubes, a saber, los santos doctores, extraen invisiblemente de la única fuente celestial lo que después nos transfunden eructándolo suavemente. De donde el Profeta: «Eructarán — dice— la memoria de la abundancia de tu suavidad, y en tu justicia exultarán (Sal. 144)». ¿Acaso no volvió a aquella fuente Pablo, nube grande sin duda, cuando, arrebatado por encima del tercer cielo, oyó palabras que no era lícito hablar (2 Cor. 12)? ¿Acaso no volvió a la misma fuente Pedro cuando es arrebatado de pronto al éxtasis, y se le manda no solo matar y comer diversos géneros de seres vivientes, sino también de reptiles (Hech. 10)? Y esta nube por cierto no estaba entonces plenamente grávida del agua de la sabiduría, porque ignoraba la común vocación de todas las naciones. Pero se acercó a la fuente, y extrajo la limpísima y perspicua pureza sobre la salvación de las gentes. ¿Acaso no percibió también este bienaventurado Bartolomé de la plenitud de esta fuente un trago de la gracia celestial cuando sobre él, con todos sus coapóstoles, vino el Espíritu

Santo en la diversidad de lenguas de fuego (Hech. 2)? Pero tú que oyes fuego, ¿acaso no entiendes agua? Oye cómo el Señor llamó agua al mismo Espíritu Santo que vino sobre los apóstoles en fuego. «Si alguno tiene sed —dice—, venga a mí y beba». Y al punto añadió: «El que cree en mí», como dice la Escritura, «de su vientre fluirán ríos de agua viva». Esto empero, dice el evangelista, lo dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyeran en él (Juan 7)». Sobre los cuales creyentes se dice por medio del Profeta: «Se embriagarán de la abundancia de tu casa, y los abrevarás en el torrente de tu delicia, porque en ti está la fuente de la vida (Sal. 35)». Dicen los filósofos que el espacio de la densidad aérea no se extiende más que diez estadios desde la tierra, la cual a veces nos sustrae el esplendor del sol y vierte lluvias. Estas nubes, en cambio, de las que ahora hablamos, trascienden las alturas de los cielos, y no quitan la luz del verdadero Sol, sino que la muestran. De las cuales también se dice bajo el nombre de los ríos por medio de Salomón: «Todos los ríos entran en el mar, y el mar no rebosa; al lugar de donde salen, vuelven los ríos para fluir de nuevo (Ecl. 1)».

Entre los cuales ríos sin duda el bienaventurado Bartolomé es insigne y conspicuo, quien por un cierto presagio de las cosas futuras se ve distinguido por el título de este nombre místico. Pues cuando se dice hijo del que suspende las aguas, se dice sin duda Hijo de Dios, no por cierto por el origen de la generación natural, sino por la dignidad de una gracia más propensa. Era en efecto verdaderamente templo de Dios, santuario

de la gracia celestial, arca de la alianza, tabernáculo del testimonio. Pues así como aquella arca legal había sido compuesta de maderas de Setim imputrescibles por arte místico, y también resplandecía por el oro purísimo, dorada por dentro y por fuera (Éx. 25); así este varón admirable, que había puesto su esperanza en la eternidad, tanto radiaba exteriormente por el esplendor de una vida que imitar, como prelucía intrínsecamente por la claridad de la divina sabiduría. En aquella arca también estaba la urna de oro en la que se guardaba el maná, asimismo las tablas del Testamento y la vara de Aarón que había florecido. ¿Y qué es la urna de oro sino la carne de Cristo, limpia, nítida, sincera y purísima de todo contagio de reato? La cual tiene el maná escondido, a saber, el pan angélico, esto es, la dulcedumbre de la divinidad eterna. Las dos tablas de piedra, en cambio, significan la inviolable firmeza de ambos Testamentos. ¿Y qué expresa la vara de Aarón sino el estandarte saludable de nuestro sumo y verdadero Pontífice, y el sacramento de la cruz vivificante? La cual también en el hecho de que se refiere que germinó, prefiguró la bienaventurada cruz floreciente con la verdura de la memoria inmortal.

Estos son los sacramentos de la Iglesia universal, esta es también la instrucción saludable de cualquier alma fiel cristiana. Pues lo que el arca pretendía a través de una imagen sombreada, esto lo posee ahora la Iglesia, o cualquier mente de un justo, por la verdad más eficaz y abierta. Estos alimentos de mística refección portaban

los bienaventurados apóstoles, estos los partían exponiéndolos como pan a los pequeños. Pues después de que brotó aquel sermón evangélico, puesto que les abrió el sentido para que entendieran las Escrituras (Luc. 24), cesó la querella profética por la que se dice: «Los pequeños pidieron pan, y no había quien se lo partiera (Lam. 4)». Este es aquel pan cotidiano, hermanos míos, que la Verdad nos enseñó a pedir con ansia; este el pasto de la sabiduría celestial, de la que debemos estar continuamente hambrientos.

Oigamos, pues, por la boca de Salomón a la Sabiduría invitándonos a la mesa del alimento espiritual con claras voces: «La Sabiduría —dice — inmoló sus víctimas, mezcló el vino y propuso su mesa; envió a sus criadas para que llamaran a la ciudadela y a los muros de la ciudad: si alguno es pequeño, venga a mí; venid, comed mi pan y bebed el vino que os he mezclado (Prov. 9)». Cristo, en efecto, que es la sabiduría del Padre, inmoló víctimas cuando permitió que los bienaventurados mártires fueran muertos para ejemplo de nuestra imitación. Mezcló el vino, porque dio a beber a los creyentes el Espíritu Santo. Propuso la mesa, porque preparó para los hombres la gloria celestial. Envió a sus criadas, esto es, a los santos ministros de la Palabra, que se declaran a sí mismos enfermos y frágiles. ¿Qué resta, pues, ya, sino que, dejada el hambre del siglo, nos apresuremos a la mesa de Dios? Pero no podemos encontrar el acceso para entrar a esta sino por los santos apóstoles, a quienes les fueron encomendadas las llaves del reino de los cielos

(Juan 20). Por lo cual está escrito: «La sabiduría predica fuera, en las plazas da su voz, en la cumbre de las turbas clama, en los umbrales de las puertas (Prov. 1)». Ellos, por cierto, son la cumbre de las turbas y los umbrales de las puertas, porque ellos son los príncipes de los pueblos y, por el privilegio de una más sublime excelencia, los porteros de la Jerusalén celestial. Ellos son aquellas sedes reales de las que se dice en el libro de la Sabiduría: «Mientras todas las cosas guardaban un silencio medio, y la noche en su curso tenía el camino medio, tu palabra omnipotente, Señor, vino del cielo desde las sedes reales (Sab. 18)». En el advenimiento del Señor, por cierto, todas las cosas contenían un silencio medio, porque ya también los profetas habían cesado, y todavía los apóstoles no venían a predicar la gracia de la nueva fe. El mundo consistía claramente en un cierto punto medio, mientras ya de ningún modo restaban los oráculos de los profetas, y todavía no coruscaba la predicación apostólica. ¿Y qué se entiende aquí por noche, sino el diablo, que es el autor de las tinieblas? quien sin duda camina en cierto modo entonces, cuando no puede fácilmente cumplir lo que desea; pero entonces corre, cuando perfecciona los votos de su malicia sin ningún obstáculo de contradicción; y ya no ocupa el margen de la vida, sino el camino medio, mientras ve que nada le sale al paso que pueda retardar el ímpetu de su curso.

Como, por lo tanto, bajo un silencio tan nocivo el mundo callara, y esta ocasión provocara al diablo para perder a los hombres, él no solo

tenía el camino medio, sino que también corría, porque todo lo que de iniquidad había concebido en su mente, lo cumplía eficazmente. Pues ya todo lo ocupaba el imperio romano, y era necesario que aquellos que hasta entonces al menos habían guardado de cualquier modo la ley de Dios, estuvieran ya sometidos a las leyes de los paganos. Bajo el silencio, pues, del mundo que perecía, la palabra del Señor vino desde las sedes reales, porque de los pechos apostólicos, que son verdaderamente las sedes del rey eterno, brotó la palabra de la predicación evangélica. Ellos, por cierto, son las sedes reales que Dios habita, ellos mismos reyes y Padres de la Iglesia, como se dice: «Toda la gloria de la hija de los reyes está en el interior (Sal. 44)». Estos reyes, ciertamente, armados con la espada del espíritu, que es la palabra de Dios (Ef. 6), derrotaron al príncipe del mundo. De cuya espada de los apóstoles sin duda se lee: «El duro guerrero saltó a la mitad de la tierra del exterminio, espada aguda portando tu mandato no fingido, y estando en pie llenó todo de muerte, y hasta el cielo alcanzaba estando en la tierra (Sab. 18)».

Sometámonos, pues, amadísimos, a los imperios de estos reyes, esmerémonos en ser instruidos por sus magisterios, en ser absueltos por sus patrocinios; para que, absueltos por la autoridad concedida a los bienaventurados apóstoles, seamos introducidos ante el mismo autor de la dignidad apostólica, nuestro Señor Jesucristo, que con Dios Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

SEPTIEMBRE.

I. Sermón sobre San Víctor confesor.

VIII. Sermón I sobre la Natividad de la Bienaventurada Virgen María. Sermón II sobre la misma. Homilía sobre la misma.

XIV. Sermón I sobre la exaltación de la Santa Cruz. Sermón II sobre la misma.

XXI. Sermón sobre San Mateo, apóstol y evangelista. Sermón II sobre el mismo. Homilía sobre el mismo.

XXIX. Sermón sobre San Miguel arcángel.

* SERMÓN XLIII. SOBRE SAN VÍCTOR CONFESOR. (1 DE SEPT.)

Aquí aquel gran ojo de la Providencia afligió y atravesó con un azote más dulce la carne que caminaba carnalmente. Pues yo, que con ánimo irreverente y desenfrenado había despreciado la paciencia de Dios, la pena del infierno, la gloria del reino, estoy preparado, y no me he turbado, para guardar los mandatos del Señor (Sal. 118). Por dentro estaba una conciencia ardiente envuelta en muchos crímenes, y un silencio detestable que amaba un velo artificioso había preferido más morir que hablar, perecer que volver. Así, oprimida por las leyes de su obduración, había determinado inclinar sus ojos a la tierra. Pero aquel que no duerme ni dormita, acordándose de la pobre alma, se aprestó a vencer con azotes a quien no podía vencer con beneficios. Se presenta aquella máxima fiebre, que los médicos llaman aguda, y difundida más profusamente por

todos los miembros se asentó en el miserable cuerpo. Se exagera el calor, y en la misma sede del alma irrumpe un fuego furioso. Ya la sustancia del pecador se inflama con llamas vengadoras, y siente los preludios de los tormentos eternos. Entendiendo, por tanto, que «es horrendo caer en manos del Dios vivo (Heb. 10)», recojo la multiplicidad de mis delitos, confesado a aquel a quien la elección hizo padre, la amistad fiel, la familiaridad consorte. Si respondió de tal modo como yo clamé, juzgué que debía dejarse a su discreción. Está en mi propósito tanto llorar mis cosas pasadas como precaver las futuras. Conceda la perseverancia aquel que excitó la negligencia. En su misericordia, y no en su justicia, confía su siervo, para que sea memorioso de sus mandatos no solo para escribirlos, sino para hacerlos. Esta, pues, fue la causa de la obra interrumpida. Esta la ocasión de tan gran silencio; ahora, por tanto, escribiremos tanto más alegremente cuanto más seguramente, puesto que es un sumo peligro enseñar y no hacer; ni se atienda aquí al excurso de un estilo lisonjero, siendo propio de la verdadera religión haber carecido de sermones aventados, ni oler a la gloria de las palabras.

Está a la mano la solemnidad de nuestro padre Víctor, ante cuyo sacratísimo cuerpo, si es verdadera la fe de la antigüedad, residimos diariamente. Este es el varón que en la virtud del Señor resplandeció glorioso con signos y prodigios de virtudes, comparable por la gloria de los milagros a los apóstoles y a los varones apostólicos. Cuáles y cuántos sean, y con cuánta

sublimidad fulguran, basta indicarlo el librito sobre su vida y origen escrito con más extensión. A él significativamente se le puede asignar aquello que se escribe en aquella solemne visión al ángel de la Iglesia de Éfeso: «Al que venza le daré a comer del árbol de la vida, que está en el paraíso de mi Dios (Apoc. 2)». Él mismo, en efecto, habiendo obtenido el nombre por su obra, venció antes de que supiera vencer; y no a cualquier enemigo, sino a aquel de quien la victoria es rara y nunca segura. El árbol de la vida es la sabiduría, de cuyo fruto come tanto aquí en la esperanza como allá en la realidad, fruto por cierto hermoso y precioso; hermoso por su apariencia, precioso por su utilidad. Este es aquel sublime árbol cuya sombra cubrió los montes, y sus vástagos los cedros de Dios (Sal. 79). El cedro del Líbano, que con su ramosa densidad sombrea las estaciones angélicas. Bajo la sombra de este árbol se sienta la esposa, y su fruto es dulce a su garganta (Cant. 2). A este decimos: En tu sombra viviremos entre las gentes. El sombreado de este árbol protege del calor del día hacia la seguridad, y es un escondite contra el torbellino y contra la lluvia (Is. 4). Este es aquel grano de mostaza que, sembrado por las manos de Dios Padre en el vientre de la Virgen, fue menor que todas las hortalizas de la tierra, pero se alzó a tanta altura que vienen las aves del cielo y habitan en sus ramas (Mt. 13); árbol que está plantado junto a las corrientes de las aguas (Sal. 1), árbol de la vida en medio del paraíso (Gén. 3).

Y atiende al gran sacramento. El Hijo de Dios, todo e íntegro, fue brotado del corazón

del Padre al vientre de María, del vientre de la Madre al seno de la Iglesia. Cuán grande en el Padre, tan grande en la Virgen; cuán grande en la Virgen, tan grande en la unidad de la Iglesia. En el Padre inefablemente, en la Madre admirablemente, singularmente en la Iglesia. Con el Padre de la misma e igual sustancia; con la Madre de la misma, y dividida; con la Iglesia de la misma, pero oculta. Así destilaron los cielos la misericordia, así el Verbo de Dios fue transfundido y efundido por todas partes todo, sin el cual nada es todo. Feliz efusión, que invita a las jovencitas que corren al olor de la suavidad, recrea por la vista, sacia por el gusto, pero está por todas partes en medio. Pues también en aquella esencia de la deidad, la persona es media entre el Padre y el Espíritu por una benignidad familiar al género humano, más familiar por la identidad, puesto que solo él ha asumido la pobreza de nuestra carne. Por lo cual también David, sumergido en el abismo de esa misma divinidad, dice: «Bendíganos Dios, Dios nuestro, bendíganos Dios (Sal. 66)»; tanto protestando que él está en medio de la majestad, como afirmando que es especialmente nuestro aquel que se vistió con el vestido de nuestra mortalidad. Pues el Padre y el Espíritu llenaron ciertamente a la Virgen, pero por la majestad, no por la asunción. Y está sustancialmente deslizado en medio del mismo vientre de la Virgen aquel que comprendió el medio de la balanza humana. Pues nuestro Dios Rey antes de los siglos obró la salvación en medio de la tierra (Sal. 73). De aquella tierra, por cierto, de la que está escrito:

«No había nadie que labrara la tierra (Gén. 2)». Está también en medio de la Iglesia, diciendo el Salmista: «Santificó el Altísimo su tabernáculo: Dios en medio de ella no será conmovido (Sal. 43)».

Recojamos unas pocas cosas de muchas, de cómo el Salvador es medio, y siempre se ve en medio. «Las zorras tienen madrigueras, y las aves del cielo nidos (Luc. 9)»; él mismo no tiene nido, ignora la madriguera, no conoce el rincón; eligió aquel lugar desde donde fuera patente a todos, excluida la acepción de personas. Finalmente, también al nacer, fue puesto en medio de dos animales, y buscado se encuentra en medio de los doctores (Luc. 2); y está en medio de los judíos, a quien ellos mismos no conocen. Habla también a los discípulos: «Donde dos o tres estuvieren congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos (Mt. 18)». Y: «Yo estoy en medio de vosotros como quien sirve (Luc. 22)». Fue crucificado también en medio de dos ladrones: resucitando estuvo en medio de sus discípulos (Juan 19, 20); y fue visto por Juan en medio de siete candeleros de oro (Apoc. 1). Medio, pues, sigue al medio, y no te deleites ni con las suciedades de los rincones ni con las tinieblas de las madrigueras; sino di con el justo: «En medio de la Iglesia te alabaré (Sal. 21)». Este es, por tanto, el árbol de la vida plantado en medio del paraíso (Gén. 2), árbol aromático, purísimo, que destila mieles de bálsamos. De la sustancia de este árbol brota una corona de ramas septuplicadas, en cuya cumbre penden aquellos

frutos que aquella flauta celestial, el apóstol Pablo, explicó con elegantes palabras.

La primera rama es la encarnación del Hijo de Dios. Esta por cierto es sutil y necesaria; puesto que instaura lo celestial, restaura lo terrestre y vivifica ambas naturalezas con su propia verdura. «Si en el leño verde —dice— hacen esto, ¿en el seco qué se hará? (Luc. 23)». Llamándose a sí mismo leño verde, brotado del verdor virginal; siendo verdad que nosotros perdimos tanto la limpieza del nacimiento como el verdor de la fe en el primer padre. Este verdor fue tan sabiamente pensado por la misma Sabiduría, que trasciende la facultad tanto del corazón como de la boca. Convenía, en efecto, para la redención del hombre, que el hombre vencido venciera al diablo vencedor. Pero de dónde se hiciera esto, no lo tenía. Pues todos en aquel estábamos proscritos, y por él deprimidos por la gravedad del pecado original. Dios, empero, no debió, pues más bien parecería potencia, si él desatara al siervo que se alejaba de él, que lo había subyugado. Lo que, por tanto, el hombre por sí no pudo, Dios por sí no debió, la Sabiduría artífice colocó a Dios y al hombre, para que por parte del hombre satisficiera por los hombres, y por parte de Dios humillara al soberbio como a un herido. Cerrada estuvo para el príncipe de las tinieblas esta conjunción tan gloriosa, ni la astuta sagacidad pudo conjeturar el consejo de Dios. Se asume semilla pura de la pureza virginal, y la Sabiduría de Dios repura aquella fuente de propiciación con una novedad

más secreta. Así pues, la primera rama es su encarnación; su fruto, el Espíritu de sabiduría.

La segunda rama es el bautismo de Cristo. Intuye que el Hijo de la Virgen fue bautizado no para la ablución de sus miembros, que habían salido de miembros virginales, sino para que el privilegio de tan gran limpieza fuera sancionado en la sustancia de las aguas. Ten por el entendimiento lo que por la vista no puedes: que al agua desciende, cuando alguno es bautizado, un hijo del diablo, y asciende un hijo de Dios; los vasos de ira se convierten en vasos de misericordia (Rom. 9), se trastorna el pecado original, se subvierte el edificio del ladrón, se prepara el domicilio de la divinidad. Asiste el Espíritu Santo y, descendiendo de la suma ciudadela de los cielos, santifica el elemento, deifica al bautizado, clarifica la dignidad del ministerio. Se apiñan las virtudes angélicas aludiendo a los institutos sacramentales, y la onda purificadora es coronada por las criaturas celestiales. Los ojos del corazón, no de la carne, desea la trascendencia del sacramento, porque es inteligible. Por lo tanto, la segunda rama es el bautismo de Cristo; su fruto, el Espíritu de entendimiento.

La tercera es la pasión del Redentor. Mira el consejo de Dios que había estado cerrado desde la eternidad en el abismo de sus juicios. Tu antiguo consejo, Señor, hágase verdadero, dice uno de aquellos que había sido admitido al arcano de la divina Providencia. ¿Acaso no consultó por ti, que no tenías ayudante, cuando añadió aquella santísima carne a los oprobios, la expuso a

los tormentos y, «inclinada la cabeza, emitió el espíritu»? (Juan 19.) ¡Oh, qué indebida conmiseración, qué gratuita: y así una probada dilección, qué inesperada dignación, qué estupenda dulcedumbre, que el Hijo de Dios fuera así afligido, que el Rey de la gloria fuera crucificado en el lago de la miseria! Finalmente, nada mejor tuvo para redimirte que el que se anonadara a sí mismo, ni encontró un modo más excelente la sabiduría de Dios en toda su sabiduría. Esa pasión es el consejo de tu redención. Rama necesaria y admirable, cuyo fruto es el Espíritu de consejo.

La cuarta es su descenso a los infiernos. En fortaleza singular descendió a los infiernos, como un poderoso embriagado por el vino, y conturbó al varón que conturbó la tierra, que puso el orbe desierto, quebrando el martillo de toda la tierra y sacudiendo aquel horrendo palacio con una fortísima subversión. Fuerte ciertamente era aquel, pero uno más fuerte sobrevino, que arrebatara los vasos, quitara las armas, ligara al enemigo (Luc. 12). Y esta rama por cierto es recta y sutil, cuyo fruto es el Espíritu de fortaleza.

La quinta es la resurrección de Cristo. Aquí nos mostró con el ejemplo lo que había prometido en el premio, y nos hizo saber que con su carne resucitando nosotros resucitaríamos: la cual, aunque de disímil gloria, sin embargo había sido fabricada de la misma naturaleza en el vientre de la Virgen. Excluida queda la ofensa de toda ambigüedad. Vieron los apóstoles las manos, sostuvieron los pies, palparon el costado (Juan 20) y contemplaron con ojos bienaventurados todas

las insignias de la muerte. Y esta rama, por tanto, es grande y sublime; su fruto, empero, el Espíritu de ciencia.

La sexta es la ascensión a los cielos. ¡Oh singular piedad, suavidad especial, cuando llevó la luz de nuestra carne a los sublimes talleres y la colocó a la diestra del Padre en la gloria! Ven y admiran las huestes de las legiones celestiales, y ante la largueza de tan gran gracia se estupefacen incesantemente. Excede, en efecto, a todo sentido el intuitu de tan gran dignación, solo accesible para la misma Trinidad. Pero también esta rama es espectable y admirable; su fruto, empero, el Espíritu de piedad.

La séptima es el día del juicio, cuando vendrá con gran potestad y majestad (Luc. 21) para dar venganza en la ira y vastación en la llama del fuego. Entonces será aquel temor temible cuando, ardiendo los cielos, combatiendo los elementos, encendida la tierra, envueltas las conciencias, acusando los demonios, temblando los ángeles, con un juez furibundo y que no conoce la misericordia, se haga aquella discusión que, ojalá, nos encuentre preparados (2 Tes. 1). Rama esta grande y temible; su fruto, el Espíritu del temor del Señor. Amemos, pues, el árbol de la vida y comamos de su fruto asiduamente, porque este fruto es el Hijo de María, que es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

* SERMÓN XLIV. I. SOBRE LA NATIVIDAD DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA. (8 DE SEPT.)

De los gozos nos apresuramos a los gozos, y la gloriosa materia hace más ferviente el estilo ferviente. De una Virgen venimos a una Virgen, y de María recurrimos a María. Es bueno que estemos aquí, mejor demorarnos, óptimo permanecer. ¡Felices los espíritus angélicos, que tienen la presencia de la bienaventurada Virgen! Nosotros, entretanto, eructamos la memoria de la abundancia de tu suavidad. Ellos la presencia, nosotros la memoria. Así, si dulce es la memoria, ¿qué es la presencia? Y ellos, ciertamente, infundidos con un más abundante rocío de la divinidad, contemplan al Engendrado y a la Generatriz con visión admirable, colmados de la gloria del rey y de la reina. Nosotros, empero, a quienes la penalidad de la carcelaria mortalidad atormenta, nos alimentamos de la memoria, somos aliviados por las Escrituras: y lo que ellos ven, nosotros lo leemos. ¡Ojalá venga quien nos reponga en la luz, el día donde no se nos permita leer, sino ver! Entretanto consolémonos con la suavidad de la memoria, hasta que nos saciemos con la dulzura de la presencia. Hoy ha nacido aquella por la cual todos renacemos, cuya belleza codició el Omnipotente, y en la cual Dios puso su trono (Sal. 44). Ella misma es aquel trono admirable del cual se lee en la historia de los Reyes en estas palabras: «Hizo el rey Salomón un trono de marfil grande, y lo vistió de oro fulvo en demasía. Por seis gradas se ascendía a él. Redondo era en las partes posteriores. Doce leoncillos estaban sobre las gradas, mirando hacia el trono. Además, dos manos sostenían de aquí y de allá el asiento. Dos

leones estaban junto a los bracillos. No se hizo obra semejante en todos los reinos (1 Rey. 10)».

Pero ya produzcamos a la luz las palabras propuestas y saquemos agua de la piedra, hablando ella misma en nosotros, de quien nos proponemos hablaros. «Hizo», dice la Escritura, «Salomón rey un trono de marfil grande». Leemos que Salomón fue llamado con tres nombres en las Escrituras, y en todas partes titulado con nombre regio, a saber, Salomón, Eclesiastés, Idida. Hijo de rey, incluso rey, y no solo Hijo de Dios, sino también Dios, Salomón, esto es, pacífico, es para nosotros en este exilio; Eclesiastés, esto es, concionador, será en el juicio; Idida, esto es, glorioso, será en el reino; en el exilio amable, en el juicio terrible, en el reino admirable; en el exilio piadoso, en el juicio justo, en el reino glorioso. Mira, empero, si no es en todas partes rey. En el exilio rector de las costumbres, en el juicio discretor de los méritos, en el reino distribuidor de los premios; y al mismo tiempo considera que no Eclesiastés, no Idida, sino Salomón es prenotado como hacedor de tan gloriosa obra. Aparta tus ojos de las delicias de aquel rey terreno, quien, aunque fuera de sabiduría singular, de gloria sublime, afluente en bienes, seguro en la paz, no pudo, sin embargo, hacer tal obra que no se hiciera en todos los reinos. ¿Acaso el escritor de la sagrada historia había contemplado con mirada diligente todas las obras del mundo y la gloria de ellas, para anteponer esta inmediatamente con toda deliberación, no a una, sino a todas? Vanas son estas cosas si no recurrimos a los íntimos

recesos de la celestial disciplina, si no nos desviamos de la vía de la cualidad literaria. Nuestro Salomón, no solo sabio, sino también sabiduría del Padre; no solo pacífico, sino también nuestra paz, que hizo de ambos uno solo, hizo un trono, a saber, el vientre de la Virgen inmaculada, en el cual se sentó aquella majestad que con un gesto sacude el orbe.

Esta sesión del Hijo la aprobó y la conoció el Padre, diciendo él mismo: «Tú conociste mi sesión (Sal. 138)»; y: «Tu trono, oh Dios, por el siglo del siglo (Sal. 44)»; y: «Este trono como el sol en tu presencia (Sal. 88)». «Te sientas», dice la Escritura, «sobre el trono, tú que juzgas la equidad (Sal. 9)». Pues ¿qué hay más justo que asignar a los fuegos perpetuos al siervo vil y tránsfuga, y sedulo deceptor de su consiervo, y reintegrar a su principio a aquel a quien había engañado? Dice aquel otro hijo de la Virgen: «Y una voz salió del trono diciendo: Decid alabanza a nuestro Dios, todos sus santos (Apoc. 5)». De este trono prorrumpe la alabanza de los ángeles y de los hombres, porque mientras este es restituido y aquel es resarcido, ambos deben la devoción de las gracias. ¿Sabes qué dice el que se sienta en el trono? «He aquí», dice, «que hago nuevas todas las cosas (Apoc. 21)». ¡Feliz trono, en el cual se sienta el dominador Señor; en el cual, y por el cual, no solo todos, sino todas las cosas son renovadas! Escatimo las palabras, porque siento que algunos de vosotros voláis por delante y os anticipáis a la pobreza del estilo que corre. Meritoriamente, pues, tal obra se escribe asignada no al

elocuente, no al glorioso, sino al pacífico; porque vino Jesús a instaurar tanto las cosas que están en los cielos como las que están en la tierra, y a reformar la paz y la concordia entre los hombres y los ángeles, mediante la Virgen.

«De marfil», dice. ¿Por qué se antepone la gloria del oro, y de la plata, y de las piedras preciosas, y finalmente de toda materia más preciosa? Sola la sustancia del marfil es capaz de tanta composición, y se fabrica en ella lo que se antepone a todas las obras. Pues el marfil tanto reluce con admirable blancura, como preemina por su mucha fortaleza, y sortea el auspicio de una naturaleza más fría. ¿Y qué hay más blanco que aquella virginidad, que por la gracia de su singular aspecto atrae a la curia celestial a verla? ¿Qué hay más fuerte que aquella fortaleza por la cual la fortaleza del Señor arrebató los vasos del más fuerte? ¿Qué hay más frío que aquella sustancia a la cual sombreó la virtud del Altísimo, y defendió del ardor del pecado la plenitud del Espíritu sobreviniente? De este marfil, si no me engaño, se hacen aquellas casas marfíleas de las cuales dice el Salmista: «Mirra, y estacte, y casia desde tus vestiduras, desde las casas marfíleas (Sal. 44)».

Sigue: «Grande». ¿Qué hay más grande que la Virgen María, que concluye la magnitud de la suma divinidad dentro del arcano de su vientre? Atiende a los serafines y sobrevuela la dignidad de aquella naturaleza superior, y verás que todo lo que es mayor es menor que la Virgen, y que solo el Artífice sobrepasa esta obra. «Y lo vistió de oro

fulvo en demasía». El oro, más precioso que todos los metales, entiéndelo como la divinidad de Dios, preeminente sobre todo el mundo, gobernando todas las cosas. Con este fue vestida, más aún, sobrevestida la Madre del Altísimo, y toda aquella naturaleza indivisible infundió a toda la Virgen con más larga gracia. ¿Qué es, empero, lo que dice: fulvo en demasía? Aquí algo dejó para que buscáramos aquel Espíritu múltiple, y ojalá pueda explicar lo que siento. De cuatro modos está Dios en todas las criaturas. De un primer modo, esencialmente tanto en los buenos como en los malos, y nada excluye la esencia de la deidad, por la cual todas las cosas recibieron el ser. De ahí es que se lee que está en ninguna parte y en todo lugar, puesto que asiste presencialmente a todas las cosas y por nadie es comprendido. Tienen también los malos la presencia de Dios, pero no gozan, cuando cualquier cosa inanimada puede gloriarse de este privilegio. De un segundo modo está en los buenos por la operación, pues actúa en ellos la virtud operativa, para que obren las obras de Dios; ni ociosamente han sido creados entre las criaturas, como también los malos, que eligieron secarse para suministrar alimentos a los fuegos sempiternos. Está también en muchísimos buenos por la iluminación, a quienes ennoblece con el conocimiento de las cosas futuras y hace partícipes de sus secretos. De un cuarto modo está en una sola criatura, a saber, la Virgen María, por identidad, porque es lo mismo que ella.

Aquí calle y contiemble toda criatura, y apenas ose mirar la inmensidad de tan gran dignidad y dignación. «El Señor es contigo (Luc. 1)», dice el arcángel. Habita Dios en los ángeles, pero no con los ángeles, porque con ellos no es de la misma esencia. Habita Dios en la Virgen, habita con ella, con la cual tiene la identidad de una sola naturaleza. Este es, pues, el oro fulvo en demasía con que el trono está vestido, porque de tal modo Dios vistió a la Virgen y fue vestido en la Virgen, que no podría de mejor modo.

Sigue: «Por seis gradas se ascendía a él». Elige meditar las cosas que son santas, porque «los pensamientos perversos separan de Dios (Sab. 1)»; y has ascendido la primera grada. Acostumbra tu lengua a hablar bien, y has saltado a la segunda. Obra justamente lo que es justo, y has merecido ascender la tercera. Enseña a los inicuos las vías del Señor y consuela a todos los que lutosos, y has sido arrebatado a la sublimidad de la cuarta. Deja el mundo y las cosas que están en el mundo, y has volado a la cumbre de la quinta. Te sostenga la perseverancia en el movimiento, no dejes la perseverancia, y has alcanzado varonilmente la sexta grada. Desde aquí se puede saltar al cielo, aspirar a aquella gloria en la cual la Reina más gloriosa reverbera la dignidad angélica.

Sigue: «Redondo era en las partes posteriores». Las partes posteriores de la Virgen entiéndelas como su asunción, en la cual recibió el fin de la vida mortal aquella que devolvió la vida al orbe. Y nota con cuánto sacramento compara la Escritura el tránsito de la Virgen a la redondez.

En lo redondo no podrás encontrar ni principio ni fin; así también la gloria, que la recibió pasando de este mundo, ignora el principio, no conoce el fin; de la cual nada más podemos decir, sino que cosas gloriosas se han dicho de ti (Sal. 86), gloria de Dios.

Sigue: «Doce leoncillos estaban sobre las gradas». Los doce leoncillos son los doce apóstoles, quienes, insistiendo más válidamente sobre las gradas prefijadas, admiran a la Reina del cielo no sin el máximo estupor, y dicen: «¿Quién es esta que asciende como la aurora naciente, hermosa como la luna, elegida como el sol, terrible como un ejército en orden de batalla (Cant. 6)?». Además, las dos manos que sostenían de aquí y de allá el asiento significan la vida activa y la contemplativa, que rodearon a la madre Virgen con propensa diligencia, de tal modo que ni la acción disminuyera la contemplación, ni la contemplación desertara la acción. Recuerda, porque no había lugar para él en el mesón (Luc. 2), cómo amamantó a su hijo con sus propios pechos y, finalmente, sostuvo todas las acciones del pequeño que lloraba, y entonces entenderás que ministró muchísimo. Considera que ella misma es la que, sobrellevada a la dulzura de la dignidad contemplativa, fijó en la misma sustancia de Dios más lúcidas miradas. «Su izquierda», dice, «bajo mi cabeza, y su derecha me abrazará (Cant. 2)».

«Dos leones estaban junto a los bracillos». Los dos leones son el arcángel Gabriel y Juan el evangelista, de los cuales uno fue diputado como custodio de la derecha de la Virgen, y el otro de la

izquierda. Pues Gabriel guardó la mente, y Juan la carne con pervigil solicitud. Quienes bien son llamados leones, por el rugido de su voz altisonante; pues anunciaron al orbe de la tierra dos palabras tales cuales ni se han dicho ni se dirán, y en cuya comparación todas las cosas deben aparecer mudas. «Ave, María, llena de gracia, el Señor es contigo (Luc. 1)», dice el arcángel. ¿Oyes en esta palabra la encarnación de Dios, la redención de los hombres, la renovación del mundo? «En el principio era el Verbo (Juan 1)», dijo el evangelista. ¿Adviertes aquí la divinidad del Verbo, la fe de la Iglesia, el silencio de los herejes, el lugar del descanso, el secreto de la soledad, el arcano de la luz, el habitáculo de la paz? Por esta causa tal vez llamó a Jacobo y a Juan Boanerges, esto es, hijos del trueno (Mar. 1).

«No se hizo obra semejante en todos los reinos». Nada más verdadero, nada más sublime, nada más dulce para la mísera mortalidad y la mortal miseria. Pues aunque muchas cosas grandes se han hecho en las criaturas del mundo, nada, sin embargo, tan excelente, tan magnífico hicieron las obras de los dedos de Dios. Virgen Madre de Dios, cuya belleza admiran el sol y la luna, socorre, señora, a los que claman a ti continuamente: «Vuélvete, vuélvete, Sunamita, vuélvete, vuélvete para que te contemplemos (Cant. 6)». Tú bendita, y sobre bendita, vuélvete, primero por la naturaleza. ¿Acaso porque estás así deificada, por eso te has olvidado de nuestra humanidad? De ningún modo, señora. Sabes en qué peligro nos dejaste, dónde yacen, cuánto de-

linquen tus siervos; pues no conviene a tanta misericordia olvidar tanta miseria, porque, aunque la gloria te sustraiga, la naturaleza te reclama: pues no te acuerdas de la justicia de Dios solo, de modo que no tengas misericordia; ni eres tan impasible, que seas incompasible. Nuestra naturaleza tienes, no otra; y es justo que del rocío de tanta piedad seamos más difusamente infundidos.

«Vuélvete», segundo por la potencia. Hizo en ti cosas grandes quien es poderoso, y te ha sido dada toda potestad en el cielo y en la tierra. ¿Qué se te negará a ti, a quien no se le negó el revocar a Teófilo de las mismas fauces de la perdición? Una infeliz almita, que negaba con su propio carácter todo aquello que se hizo en ti, la levantaste del lodo de la hez y de la miseria. Nada hay para ti imposible, para quien es posible aliviar a los desesperados en la esperanza de la bienaventuranza. ¿Cómo podrá aquella potestad oponerse a tu potencia, la cual de tu carne recibió el origen de su carne? Te acercas, pues, ante aquel altar de oro de la reconciliación humana, no solo rogando, sino imperando, como señora, no como esclava. Te mueva la naturaleza, la potencia te exhorte, porque cuanto más poderosa, tanto más misericordiosa deberás ser. Pues a la potestad le cede para gloria el no querer vengar las injurias cuando puede.

«Vuélvete», tercero por el amor. Sé, señora, que eres benignísima, y que nos amas con amor invencible, a quienes en ti y por ti tu Hijo y tu Dios amó con suma dilección. ¿Quién sabe cuántas

veces refrigeras la ira del Juez, cuando la virtud de la justicia sale de la presencia de la deidad?

«Vuélvete», cuarto por la singularidad. En tus manos están los tesoros de las conmiseraciones del Señor, y sola tú eres la elegida a quien se le concede tanta gracia. ¡Lejos esté que cese tu mano, cuando buscas ocasión de salvar a los míseros y de efundir la misericordia! pues ni tu gloria se disminuye, sino que se aumenta, cuando los penitentes son asumidos al perdón, y los justificados a la gloria. Vuélvete, pues, Sunamita, esto es, despreciada, cuya alma atravesó la espada (Luc. 2), que fuiste llamada mujer de un carpintero. ¿Para qué? Para que te contemplemos. La suma gloria es después de Dios verte a ti, adherirse a ti y demorarse en el baluarte de tu protección. Óyenos. Pues también el Hijo, nada negándote, te honra, quien es Dios bendito por los siglos de los siglos. Amén. SERMÓN XLV. II. SOBRE LA NATIVIDAD DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA. (8 DE SEPT.)

La natividad de la bienaventurada e inmaculada Madre de Dios, carísimos hermanos, ofrece meritoriamente un especial y singular gozo a los hombres, ella que fue el exordio de toda la salvación humana. Pues así como el Dios omnipotente, por el inefable intuitu de su providencia, antes de que el hombre fuera hecho, previó que el hombre habría de perecer por la maquinalidad diabólica, así también tuvo el consejo de la redención humana antes de los siglos en las entrañas de su inmensa piedad. Y no solo constituyó el modo y el orden en la profundísima razón de su sabiduría

sobre cómo redimiría, sino que también predefinió un cierto artículo de tiempo sobre cuándo redimiría. Así como, pues, era imposible que se hiciera la redención del género humano si el Hijo de Dios no nacía de la Virgen, así también había sido necesario que naciera la Virgen, de la cual el Verbo se haría carne. Convenía, en efecto, que primero se edificara la casa en la cual el Rey celestial, descendiendo, se dignara tener hospicio. Aquella, a saber, de la cual se dice por Salomón: «La Sabiduría se edificó una casa, labró siete columnas (Prov. 9)». Pues siete columnas sostuvieron esta casa virginal, porque la venerable Madre del Señor fue dotada con los siete dones del Espíritu Santo, esto es, de sabiduría y entendimiento, de consejo y fortaleza, de ciencia y piedad, y de temor de Dios (Is. 11). La cual ciertamente la eterna Sabiduría, que alcanza de fin a fin fuertemente y dispone todas las cosas suavemente (Sab. 8), la construyó tal que se hiciera digna de recibirlo a él y de procrearlo de las entrañas de su inmaculada carne. Era necesario que primero se erigiera el tálamo que recibiera al Esposo que venía a las nupcias de la santa Iglesia, al cual David, exultando en espíritu, le canta el epitalamio diciendo: «Como esposo el Señor procediendo de su tálamo (Sal. 18)».

Meritoriamente, pues, hoy con profusos gozos todo el orbe de la tierra por doquier exulta; meritoriamente la Iglesia entera, al nacer la Generatriz de su Esposo, para que así lo diga por el gozo, alterna las alabanzas del canto fescenino. Exultemos, pues, en este día, carísimos, en el cual, mien-

tras veneramos el parto de la bienaventurada Virgen, celebramos también el inicio de todas las festividades del Nuevo Testamento. Exultemos, digo, en este día especial, y deleitémonos con todas las entrañas en el Señor: en el cual, mientras recordamos a la Madre de nuestro Redentor, celebramos el origen de las demás festividades. Pues la que es más antigua en el tiempo que todas las solemnidades, de ningún modo debe ser inferior en dignidad. Pues si Salomón con el pueblo israelítico, en la dedicación del templo hecho de piedras, celebró solemnemente un sacrificio tan copioso y magnífico (1 Rey. 8), ¿qué y cuánto gozo debe traer al pueblo cristiano la natividad de la bienaventurada María, en cuyo vientre, como en un templo en verdad sacratísimo, descendiendo Dios mismo, se dignó tanto recibir de ella la naturaleza humana como habitar visiblemente con los hombres? Pues aunque ha de creerse que Dios descendió también a aquel templo de Salomón, sin embargo, en este santuario racional, esto es, en el vientre de la bienaventurada Virgen, se dignó permanecer mucho más admirable y mucho más felizmente por nosotros, en quien el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros (Juan 1). De aquel, por cierto, antiguo templo se escribió: «Sucedió que, cuando hubieron salido los sacerdotes del santuario, una nube llenó la casa del Señor, y no podían los sacerdotes estar cerca a causa de la nube. Pues la gloria del Señor había llenado la casa del Señor (1 Rey. 8)».

Todas estas cosas, como dice el egregio predicador, les sucedían a ellos en figura (1 Cor. 10).

Pues por gloria del Señor se entiende Cristo, de cuya fe está lleno el mundo. De la cual gloria, cuando Moisés deprecaba al Señor por el pueblo pecador por haber adorado el becerro, para que perdonara al pueblo pecador, respondió el Señor: «Le seré propicio (Núm. 14)». Sin embargo vivo yo, y vive mi nombre, porque «se llenará de mi gloria toda la tierra (Ibíd.)». Y el Salmista: «Se llenará», dice, «de su gloria toda la tierra (Sal. 71)». Pero el que la nube llenara la casa de Dios, y no pudieran los sacerdotes ministrar a causa de la nube, esa sentencia insinúa a los soberbios pontífices y doctores de los judíos, quienes, mientras desprecian investigar los sacramentos de la Encarnación de Cristo, pierden el debido ministerio de su fe por la nube del error. Así, en efecto, la calígine de la infidelidad llenó sus mentes que, exigiéndolo sus propios méritos, no reconocen el culto de la credulidad. A aquel templo, pues, el Señor descendió en la nube, para designar la ciega calígine de la infidelidad judaica; en este, como está escrito, puso en el sol su tabernáculo (Sal. 18), para iluminar a los que se sientan en las tinieblas y en la sombra de la muerte. Finalmente, Dios omnipotente ciertamente confirió a aquel templo la gloria de su advenimiento, pero nada de él recibió en su naturaleza; pero en el vientre de la bienaventurada Virgen no solo se dignó descender, sino también unir de él a sí la perfecta sustancia de nuestra mortalidad. Cuanto, pues, mayor es la dignidad de nuestro templo, tanto más gloriosa debe ser su solemnidad.

Pero ¿de qué modo la enfermedad de los hombres vale para celebrar dignamente su festividad, la cual mereció parir el gozo de los ángeles? ¿De qué manera podrá la transitoria palabra del hombre mortal alabar a aquella que produjo de sí a aquel Verbo que permanece eternamente? ¿Qué lengua se encuentra idónea para su alabanza, la cual engendró a aquel a quien todas las cosas bendicen y a quien obedecen con temblor los elementos? Pues mientras deseamos ensalzar los fuertes hechos de cualquier mártir, mientras predicamos las insignias de sus virtudes para la gloria de nuestro Redentor, aunque el sentido más tardo para pensar lo impida, o la lengua balbuciente para hablar no baste, sin embargo la materia de la misma cosa suministra copia de palabras. Pero cuando queremos escribir las alabanzas de la bienaventurada Madre de Dios, porque son nuevas e inauditas las cosas que aceptamos tratar, no encontramos ningunas palabras con las cuales seamos suficientes para expresar estas cosas dignamente. Pues quita la facultad del sermón la materia singular. ¿Qué lengua, en efecto, bastaría para explicar, o qué razón humana no se estupefacería cuando empezara a pensar que el Creador nace de la criatura, que el hacedor se hace de la hechura? ¿Que en la virginal vulva de una muchacha se concibe quien por la vastísima amplitud de todo el mundo no es contenido? ¿Yace dentro de las entrañas maternas el párvulo que con el coeterno Padre gobierna inmenso los derechos de todas las cosas? ¡Oh bienaventurados pechos, que mientras infunden el tenue

espíritu a los labios pueriles, alimentan el pan de los ángeles y de los hombres! Exprimen un exiguo licor y refician al Creador del mundo. El que por el imperio de su virtud mitiga las tormentas de los mares, el que suministra a los ríos el indeficiente ímpetu de las aguas, el que irriga la árida tierra con innumerables fuentes por doquier, espera raras gotas de leche del virginal pecho. Mana el licor de los pechos de la Virgen y se convierte en la carne del Salvador.

Aquí, dilectísimos hermanos míos, aquí ruego, considerad cuán deudores somos a esta bienaventurada Madre de Dios, y cuántas gracias debemos darle después de Dios por nuestra redención. Aquel, por cierto, cuerpo de Cristo que la bienaventurada Virgen engendró, que en su regazo fomentó, que en fajas ciñó, que con materna cura nutrió: aquel, digo, sin ninguna duda, no otro, percibimos ahora del sagrado altar, y su sangre bebemos en sacramento de nuestra redención. Esto tiene la fe católica, esto la santa Iglesia fielmente enseña.

Ningún sermón humano mío se encuentra idóneo en su alabanza, de la cual se conoce encarnado el mediador de Dios y de los hombres. Impares para ella todo el pregón de la lengua humana, la cual de las entrañas de su inmaculada carne nos produjo el pan de las almas: aquel, a saber, que de sí mismo afirma diciendo: «Yo soy el pan vivo que descendí del cielo: si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente (Juan 6)». Pues por la comida fuimos arrojados de la amenidad del paraíso, por la comida también fuimos reparados

para los gozos del paraíso. Comida comió Eva, por la cual nos multó con el hambre de un ayuno eterno; comida produjo María, la cual nos abrió el acceso al convivio celestial. Aquí también, obsecro, dilectísimos hermanos, aquí considerad diligentemente la línea de nuestra redención, y cuán atentas hacia nosotros estuvieron las entrañas de la divina piedad, sopesadlo con el oído del corazón. Hizo Dios al hombre, para que así lo diga, mortalmente inmortal, a saber, para que si quería custodiar el precepto de la obediencia, viviera eternamente; si, empero, lo despreciaba, al punto subyaciera al imperio de la muerte. ¿Qué más? Pecó el hombre, suadiéndolo el diablo (Gén. 3), y todo el árbol del género humano fue envenenado en la raíz. Cayó el infeliz padre por la gula, y toda su progenie fue hecha rea por naturaleza, diciendo el Apóstol: «Éramos por naturaleza hijos de ira, como también los demás (Ef. 2)».

Fue hecho, pues, Adán fermento, y corrompió a toda la muchedumbre de los hijos; porque mientras él es viciado por el pestífero veneno de la serpiente, toda la masa del género humano en él se corrompe. Por lo cual, irradiando ya el esplendor de la nueva gracia, se nos dice por el egregio predicador: «Expurgad el viejo fermento, para que seáis nueva masa (1 Cor. 5)». Pero el piadoso y misericordioso Dios no quiso que pereciera del todo su criatura, a la cual había formado a su imagen y semejanza. De toda la muchedumbre de las naciones, pues, eligió para sí a una sola, a saber, al pueblo israelítico, al cual dio la ley y mandó que le ofreciera sacrificios

de diversos animales. Pero aquella ley, para que el hombre por ella se salvara perfectamente, de ningún modo era idónea. Pues como se dice por Pablo: «Nada llevó a lo perfecto la ley (Heb. 7)». Porque, en efecto, rudo era todavía aquel pueblo, soberbio y rígido, no podía humillar la cerviz del corazón para llevar el yugo de la ley perfecta. De cuyo pueblo, por cierto, el Señor dice a Moisés: «Veo que este pueblo es de dura cerviz (Éx. 32)». Debía dársele, pues, una ley de tal clase que ni permitiera ir totalmente libre de los divinos obsequios, ni, empero, prescribiendo cosas sumas y graves, lo disuadiera. Los sacrificios, empero, que entonces se ofrecían, para la emundación de la carne podían en algo aprovechar, pero para conferir la salud a las almas no valían para suficir, diciendo el Apóstol: «Pues si la sangre de los toros o de los becerros, o la ceniza de la vaca aspergida, santifica a los inquinados para la emundación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, que por el Espíritu Santo se ofreció inmaculado a Dios, emundará nuestra conciencia para servir al Dios vivo? (Heb. 9)». Pues cuando denuncia que aquellos sacrificios aprovechan para la emundación de la carne, designa que la purgación a las almas de ningún modo pudo conferirla. Ni, en efecto, la criatura irracional podía ser válida para santificar a la racional. Pero ni los mismos sacerdotes podían santificar al pueblo, porque también ellos mismos para sus reatos necesitaban ofrecer hostias. Ni, obnoxios a los delitos, valían para soltar los vínculos de los delitos, o los pecadores para justificar al pecador.

Era necesario, pues, que se encontrara tal sacerdote que, mientras en otros lavara las suciedades de los pecados, él mismo en sí no sintiera algo que lavar; y mientras limpiara los contagios del reato ajeno, no tuviera en sí mismo alguna mancha de lepra. Pero hombre de esta clase no podía encontrarse en el género humano, porque cada uno con el Profeta cantaba verazmente este versículo: «Pues he aquí que en iniquidades fui concebido, y en delitos me parió mi madre (Sal. 50)»; y, como se dice por el Apóstol: «Todos pecaron y necesitan la gloria de Dios (Rom. 3)».

Os ruego, mis amadísimos hermanos, atended diligentemente a esta historia de vuestra, o mejor de nuestra salvación, y ordenad el orden de la restauración humana también en vuestros corazones. Vigilen los corazones, no duerman los ojos. Como, por lo tanto, no podía encontrarse un hombre de tal clase en el género humano, para que el hombre no pereciera en su pecado, el Creador de los hombres, tomando carne de la santísima Virgen, se hizo hombre sin pecado, concebido sin pecado en el útero de la Virgen, conversó sin pecado en el mundo. ¡Eia!, hermanos, atended, atended, digo, y oíd vigilantes el inefable misterio de nuestra redención. He aquí ya al sacerdote, hermanos, no teniendo él mismo pecados, y por lo tanto digno y potente para que, ofreciendo el sacrificio, mundara los pecados ajenos. Aquel, a saber, al cual se dice por el Profeta: «Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec (Sal. 109)». Pero como se dice por Pablo: «Es necesario que el sacerdote tenga

algo que ofrecer (Heb. 8)». No obstante, como arriba se ha dicho, era imposible que las carnes de los animales brutos santificaran las almas de los hombres, y una hostia irracional suficiera para abolir los pecados de los que usan la razón. Por lo cual de la persona del Hijo al Padre se dice por el Salmista: «Sacrificio y oblación no quisiste, holocaustos también por el delito no postulaste; entonces dije: He aquí que vengo (Sal. 39)». Convenía, pues, que se hiciera una hostia racional que expiara a la criatura racional. Pero algún hombre pecador, así como era indigno de ofrecer el sacrificio, así también no obstante de que él mismo se hiciera sacrificio. ¿Qué haría, pues, nuestro sacerdote? ¿Hacia dónde se volvería? ¿Qué consejo de nuestra redención encontraría? ¿De dónde el mediador de Dios y de los hombres tomaría la hostia de aplacamiento, por la cual reformara la paz entre Dios y el hombre? Pues toda criatura terrena, si era racional, había contraído el virus del pecado de la raíz del primer padre; si irracional, no podía justificar a la racional.

¿Qué haría, pues, el mediador de la paz, y él mismo la paz? Pues él mismo es nuestra paz, quien hizo de ambos uno, y soltando la pared media de la cerca, las enemistades en su carne: evacuando la ley de los mandatos en decretos, para fundar a los dos en sí mismo en un solo hombre nuevo, haciendo la paz; para reconciliar a ambos en un solo cuerpo con Dios por la cruz, matando las enemistades en sí mismo: y viniendo evangelizó la paz a los que estaban lejos, y la paz a los que estaban cerca (Ef. 2). ¿Qué, digo, haría?

Considerad, hermanos míos, considerad diligentemente las entrañas de la inefable piedad, sopesad el inmenso e inestimable peso de la divina caridad. Porque, en efecto, en las cosas no podía encontrarse el precio de nuestra redención, nuestro Redentor se ofreció a sí mismo al Padre por nosotros como hostia en olor de suavidad. Así él mismo fue hecho sacerdote y sacrificio, él mismo redentor y precio. Por lo cual rectamente se dice por Pablo: «Pues tal convenía que fuera para nosotros el pontífice: santo, inocente, impoluto, segregado de los pecadores y hecho más excelso que los cielos; que no tiene necesidad diaria, a la manera de los sacerdotes, de ofrecer primero hostias por sus propios delitos, después por el pueblo: pues esto lo hizo una vez, ofreciéndose a sí mismo (Heb. 7)». Nuestro Señor Jesucristo.

Habéis oído, pues, ahora, amadísimos, brevemente el admirable sacramento de nuestra reparación, oíd también el consejo muy oportuno de nuestra salvación. Entregó Cristo a sí mismo por nosotros a la muerte, mortifiquemos también nosotros por su amor toda la voluntad de la concupiscencia terrena en nosotros. Pues porque quiso sufrir el patíbulo de la cruz, nos preparó el camino por el cual valiéramos para volver a la patria; para que quienes apartados deleitados por los placeres, volvamos amargados por los llantos; y quienes cayendo al fluir por lo ilícito, nos levantemos restringiéndonos incluso de lo lícito; y a los que había derribado la elación de la soberbia, los erija la deyección de la vida humilde. Por lo cual también el pastor de la Iglesia clama di-

ciendo: «Cristo padeció por nosotros, dejándoos ejemplo para que sigáis sus huellas (1 Pe. 2)»; y Pablo: «Sed, dice, imitadores de Dios, y caminad en la dilección, como también Cristo nos amó y entregó a sí mismo por nosotros como oblación y hostia a Dios en olor de suavidad (Ef. 5)».

Gustemos, pues, ahora, amadísimos, con Cristo la amargura temporal de la muerte momentánea, para que después merezcamos llegar a la dulzura eterna de su resurrección. Pues lo que hizo por nosotros, esto también busca que se haga por nosotros, testificándolo el Profeta, que dice: «¿Qué, dice, retribuiré al Señor por todo lo que me ha retribuido? El cáliz de la salvación recibiré e invocaré el nombre del Señor (Sal. 115)». Pues para nuestra redención no dio oro, no pesó plata, no contó dinero; sino que se entregó a sí mismo, derramó la preciosa sangre de su cuerpo, puso su propia vida por nosotros. Por lo cual también Pedro dice: «No con oro o plata corruptibles fuisteis redimidos de vuestra vana conversación de la tradición paterna; sino con la preciosa sangre, como de Cordero inmaculado e incontaminado, Cristo (1 Pe. 1)».

Conviene, pues, que a su Redentor se ofrezca a sí mismo cualquiera que se apresura a llegar a su consorcio. Imite sus huellas en el camino el que anhela gozar con él en la patria. Haga de él su guía en el itinerario el que desea ser su partícipe en la llegada. «Pues si padecemos con él, también reinaremos con él; si morimos con él, también viviremos con él (Rom. 8)». Y de nuevo dice el mismo Apóstol: «Si hemos sido plantados junta-

mente a la semejanza de su muerte, juntamente lo seremos de la resurrección (Rom. 6)». Nadie se seduzca a sí mismo, hermanos míos, inútilmente; nadie se engañe con la seguridad de una vana esperanza. Pues no podemos aquí gozar del siglo y allá reinar con Cristo. He aquí la inmaculada y gloriosa virgo María, por cuya esplendidísima natividad hoy se ilustra en todo el orbe la santa Iglesia, prefigurada en la ley, prenunciada en los oráculos de los patriarcas y profetas, saludada por el ángel con un singular privilegio de honorificencia, trono de Dios, solio de la divinidad, palacio del rey eterno, gasofilaquio del tesoro por el cual fuimos comprados del servicio del cruento ladrón, se nos propone como ejemplo. Esta tan singular, tan incomparable Virgen, si no siguiera la humildad de Cristo, nunca llegaría a la celsitud de Cristo: si despreciara los mandatos impuestos, de ningún modo llegaría a los premios prometidos. Pues mientras él predicaba, al elevar una cierta mujer la voz de entre la turba diciendo: «Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que mamaste», respondió: «Antes bien, bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la custodian (Lc. 11)». En otra parte también, cuando alguien le anunció en el templo que sus parientes según la carne estaban presentes, diciendo: «He aquí que tu madre y tus hermanos están fuera, buscándote», respondió: «¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?». Y extendiendo las manos hacia sus discípulos dijo: «He aquí mi madre y mis hermanos. Pues cualquiera que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en

los cielos, ese mismo es mi hermano, hermana y madre (Mt. 12)».

Notad, hermanos, notad vuestra dignidad, si cumpliendo la voluntad de Dios rompéis vuestra propia voluntad. He aquí que la bienaventurada y venerable virgen María fue ciertamente madre de Cristo según la carne, no fue hermano, no fue hermana. Y cualquiera que sea algo de esto para alguno según las leyes del parentesco carnal, no podrá serle en absoluto otra cosa, de modo que ciertamente si fuera madre, no podría ser hermano o hermana; pero si fuera hermano o hermana, no sería madre. Nosotros, empero, somos todas estas cosas juntas para Cristo por el Espíritu, si nos esmeramos en cumplir la voluntad de Cristo, la cual le es siempre común con el Padre. Pero lo que ha nacido de la carne, carne es; y lo que ha nacido del espíritu, espíritu es (Juan 3), porque Dios es Espíritu. De aquella parte, pues, por la cual nuestro Redentor es Dios, somos tan múltiplemente parientes suyos cuanto la bienaventurada Virgen, de la cual se dignó nacer, no pudo ser según la carne. Propio y singular fue para aquella bienaventuradísima Virgen concebir a Cristo en la vulva; pero común y universal es para todos los elegidos llevarlo en la devoción del corazón. Feliz ella, y mujer demasiado bienaventurada, que lo gestó por nueve meses en el vientre; felices también nosotros, si nos esmeramos en llevarlo asiduamente en la mente. Más admirable ciertamente fue que Cristo fuera concebido en la vulva de la carne; pero no es inferior si es llevado en la cárcel del pecho. Por lo cual

también por Juan testifica diciendo: «Yo estoy a la puerta y llamo; si alguno me abriere, entraré a él y cenaré con él, y él conmigo (Apoc. 3)».

Es de notar, empero, que primero relata que él cenará, después pronuncia que dará la cena en grata correspondencia. Porque de cuyas buenas obras ahora se apacienta, con él juntamente después se banquetea en los manjares del convivio eterno. De aquí también, amadísimos, ha de considerarse cuánta es nuestra dignidad y cuánta nuestra proporción con María. Concibió María a Cristo en la vulva de la carne, lo llevamos también nosotros en las entrañas de la mente. Refeccionaba María a Cristo cuando con tiernos labios él extraía la leche de los pechos; lo refeccionamos también nosotros con las varias delicias de las buenas obras.

Es grato ahora, amadísimos, para nuestra edificación, fijar por un momento los rayos de la mente en la regla de la divina justicia, e indagar de qué manera Dios omnipotente permite que sus elegidos sean deprimidos temporalmente, a los cuales decretó ensalzar eternamente. Pues para callar ahora sobre los demás, esta misma bienaventuradísima Virgen, cuya natividad de hoy veneramos con los debidos obsequios, elegida y preelecta antes de la constitución del mundo en el consejo de la sabiduría eterna, aunque fue de estirpe real engendrada, ninguna empero altura de dignidad humana floreció, en ninguna riqueza de cosas temporales abundó. El pesebre de la parturienta lo indica, pues no tenía posada en la que parir (Lc. 2). Suelen, empero, los hombres, al

nacer los niños, prometer alegres sucesos futuros, y por sus auspicios anunciar cosas prósperas a las madres. La bienaventurada María, empero, al llevar al hijo al templo y recibirlo Simeón en sus brazos, oyó: «Y a tu propia alma la traspasará una espada (Ibíd.)». Como si dijera abiertamente: Mientras tu hijo sienta la pasión de la cruz en el cuerpo, a ti también te transfixionará la espada de la compasión en la mente.

Esmerémonos también nosotros, amadísimos, en despreciar los halagos de este siglo, evitar la afluencia de las cosas terrenas, reprimir los incentivos de la carne, llevar asiduamente la cruz de Cristo en la mente; para que mientras ahora nuestra alma es transfixionada por la espada de María, con ella después sea saciada por la dulzura de la eterna felicidad. Lo cual se digne prestar él mismo, que engendrado del Padre antes de los siglos se dignó nacer de ella al fin de los siglos. Amén.

XLVI. HOMILÍA EN LA NATIVIDAD DE LA BIENAVENTURADÍSIMA VIRGEN MARÍA. (8 DE SEPT.) Inicio del santo Evangelio según Mateo: Libro de la generación de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham. Abraham engendró a Isaac, Isaac empero engendró a Jacob, Jacob empero engendró a Judá y a sus hermanos. Y lo demás. (Mt. 1).

Habéis oído, hermanos carísimos, el inefable sacramento de la encarnación del Señor: habéis oído en la genealogía de la bienaventuradísima madre de Dios el misterio de la reparación; habéis oído que el Creador de los ángeles se dignó ser

propagado de la estirpe de los mortales; habéis oído que se dignó tener antepasados en las tierras el que, fuente y origen de todas las cosas, gobierna las leyes en los cielos. Dice, en efecto, el bienaventurado evangelista: «Libro de la generación de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham (Mt. 1)».

Pero parece que aquí ha de preguntarse ¿por qué se intermitte la numerosa serie de tantos padres, para que solo de estos dos, a saber, David y Abraham, se diga que nuestro Redentor es hijo? ¿Por qué, pues, hijo de David, y luego hijo de Abraham, y no más bien hijo de Jesé, o hijo de Obed, o de los demás sucesivamente puestos en medio?

Pero esta cuestión se resuelve fácilmente si se recuerda la promesa hecha divinamente a ambos. A Abraham, por cierto, se dijo por la divina voz: «En tu descendencia serán bendecidas todas las tribus de la tierra (Gén. 22)». Lo cual exponiendo el Apóstol dice: «No dijo en las descendencias, como en muchas; sino en tu descendencia como en una, la cual es Cristo (Gál. 3)». Porque como Abraham creyó todavía puesto en el prepucio, es padre de las naciones; porque, empero, después recibió el signo de la circuncisión, mereció ser padre de los judíos; y porque de su estirpe salió aquel por quien se devuelve la bendición a la tierra antaño maldecida, por eso en su descendencia son bendecidas todas las tribus de la tierra. A David empero se dijo: «Del fruto de tu vientre pondré sobre mi sede (Sal. 131)». Como, por lo tanto, a estos dos fue especialmente prometido,

no sin mérito se dice que Cristo es principalmente hijo de ambos.

Pero también aquello ha de inquirirse ¿por qué David es antepuesto a Abraham en la generación de Cristo, cuando no se duda que Abraham fue mucho tiempo antes que él?

Pero, si sopesamos estudiosamente el modo de la promesa hecha a cada uno, encontramos que no sin causa David fue antepuesto. Pues lo que se lee que fue prometido una vez a Abraham, esto fue afirmado a David con frecuente pollicitación. A Abraham, en efecto, solamente se dijo: «En tu descendencia serán bendecidas todas las gentes». David empero mereció ser llamado padre de Cristo por un cierto privilegio especial, el cual recibió más promesas sobre él; como es aquello en el salmo: «Del fruto de tu vientre pondré sobre mi sede». Y de nuevo: «Una vez juré en mi santo, si miento a David, su descendencia permanecerá para siempre (Sal. 88)». Y en el libro de los Reyes, Natán el profeta en el Espíritu Santo habla a David diciendo: «Cuando duermas con tus padres, suscitaré tu descendencia, la cual saldrá de tus lomos, y él me será por hijo y yo le seré por padre (2 Rey. 7)». Por derecho, pues, David es preferido a Abraham en la generación de Cristo, al cual se le otorga como prerrogativa una promesa más múltiple y, por esto mismo, totalmente inmóvil.

Aquello empero puede mover a algunos no irracionalmente, ¿por qué el santo evangelista se esmeró en interponer solamente mujeres reprensibles en la genealogía de Cristo, mientras que a

las santas y sin ninguna contradicción laudables las pasó por alto en silencio?

Congruamente, empero, por el número setenta se designa la remisión de los pecados, el cual nace del undenario y del septenario.

Pero esto se hizo por esto, para que, mientras se describe que nuestro Redentor nació de pecadores, se crea que descendió del cielo a la tierra por los pecadores. Descendió, por cierto, para que él mismo llevara nuestros pecados; ascendió, empero, para hacernos partícipes de su divinidad, como se dice por el Apóstol: «Quien murió por nuestros pecados y resucitó por nuestra justificación (Rom. 4)». De aquí es, en efecto, que Mateo descendiendo por Salomón, por cuya madre deseándola David pecó, enumera cuarenta generaciones, mientras Lucas ascendiendo por Natán, por el profeta de cuyo nombre el Señor expió el pecado de David, describe setenta y siete generaciones. Por Mateo, por cierto, se significa que por eso el Hijo de Dios descendió a nosotros los pecadores, para hacerse partícipe de nuestra mortalidad; por Lucas, empero, se insinúa que por eso después de la resurrección ascendió al Padre, para hacernos consortes de su divinidad. Como se dice por el egregio predicador: «Pero el que ascendió, ¿qué es, sino porque primero descendió a las partes inferiores de la tierra? El que descendió es el mismo, y el que ascendió sobre todos los cielos, para que cumpliera todas las cosas (Ef. 4)». Pues por el número que Mateo ordena, se expresa la asunción de nuestra mortalidad; por aquel, empero, que Lucas puso, la abolición de

la depravación humana. Pues el número cuarenta nace del cuaternario y del denario; el mismo denario también se deriva del cuaternario. Pues uno, y dos, y tres, y cuatro, aumentadas siempre las mónadas, crecen hasta el diez.

Por el número cuarenta, pues, se designa este presente siglo, porque tanto este año que temporalmente pasamos se revuelve por cuatro estaciones, como el mundo en que vivimos se termina por cuatro partes de aquí y de allá. Esto, en fin, Moisés lo previó, esto Elías lo entendió: ambos, en efecto, ayunaron por cuarenta días continuos (Éx. 34; 1 Rey. 19). También nuestro Redentor consagró este mismo ayuno por otros tantos días (Mt. 4). De aquí es que los hijos de Israel, que por el desierto soportaron el trabajo de tan gran camino, después de cuarenta años entraron en la tierra de la promesa (Deut. 1; Jos. 11). Nosotros, en fin, hermanos, nosotros somos los hijos de Israel, que primero soportamos el trabajo de esta calamitosa vida, y así finalmente entramos en la tierra de la promesa, esto es, en la estabilidad del reino celestial. De aquí es también que Jonás, que por mandato divino es enviado a Nínive, amenaza que les inminía el exterminio después de cuarenta días. «Todavía cuarenta días —dice— y Nínive será subvertida (Jon. 3)». Lo cual, porque no se lee que entonces se hiciera historialmente, se espera todavía que se cumpla espiritualmente. Por Nínive, por cierto, se designa este mundo; por cuarenta días, pues, se insinúa todo el estado de la vida presente. Después de cuarenta días, pues, Nínive será subvertida, porque después del

decurso de esta vida mortal, completado a saber el número de los elegidos, este mundo será destruido.

Por el número setenta, empero, que Lucas puso, se expresa la remisión de los pecados. Como el mismo Señor testifica en el Evangelio. Pues cuando Pedro preguntaba diciendo: «Señor, ¿cuántas veces pecare contra mí mi hermano y le perdonaré? ¿Hasta siete veces?» respondió: «No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete (Mt. 18)». Pues once, si se multiplican siete veces, hacen el número setenta y siete. El número diez, empero, se reconoce como perfecto, por el cual también se designa el Decálogo. Pero si el diez es perfecto, resta necesariamente que el undenario sea imperfecto.

¿Qué es, además, el pecado, sino la transgresión de la ley? Si, por lo tanto, por el diez se entiende la ley, rectamente por el once se figura la transgresión de la ley. En el número siete, empero, se contiene toda la universalidad de este siglo, porque en siete días se desarrolla todo el decurso de la vida presente. Por el undenario, pues, multiplicado siete veces, todos nuestros pecados son conducidos al número septuagésimo séptimo, en el cual verdaderamente se hace la remisión de todos los pecados. Por lo cual elegantemente esta serie según Lucas se comienza desde el bautismo de Cristo y se termina en la persona de Dios Padre (Lc. 3). Pues en el bautismo de Cristo la remisión de todos nuestros pecados nos proviene por el Espíritu Santo, que descendió sobre el Señor bautizado en especie de paloma (Mt. 3).

Así, así redimidos por Cristo, y lavados por la gracia del Espíritu Santo, somos reconciliados con Dios Padre. Cuyo sentido de ambos evangelistas San Pablo lo comprende en una sola sentencia diciendo: «Envió Dios a su Hijo en semejanza de carne de pecado, y del pecado condenó al pecado en la carne (Rom. 8, 3)». Pues cuando dice: «Envió Dios a su Hijo en semejanza de carne de pecado», declara manifiestamente la asunción de nuestros pecados; la cual muestra Mateo cuando descendiendo enumera cuarenta generaciones. Cuando empero sigue: «Y del pecado condenó al pecado en la carne», indica la expiación de todos nuestros crímenes; la cual expresa Lucas cuando ascendiendo describe setenta y siete generaciones.

Muchísimas cosas por cierto a vuestra dilección, hermanos carísimos, sobre la lección evangélica, la cual está grávida de muchos sacramentos de misterios, podríamos exponer; pero la recorremos por eso sucintamente, para no parecer que repetimos superfluamente aquellas cosas que por nuestros mayores han sido dichas más largamente sobre ella. Aquello empero uno en ella no tanto agrada exponerlo cuanto admirarlo, porque la persona de nuestro Redentor así se pone al fin de esta progenie, como si se subconectara un anzuelo en la extremidad de la línea: así ordenadamente se añade a la genealogía, como se inserta el anzuelo en la línea prolongada. Pues cuando se dice: «Abraham engendró a Isaac, Isaac empero engendró a Jacob», y los demás progenitores se cuentan dos veces, como si se

insertara lirio en lirio, para que una sola línea de muchos se prolongue a lo largo. Cuando empero se subjunta: «Jacob empero engendró a José el varón de María, de la cual nació Jesús, el cual es llamado Cristo (Mt. 1)»; no ya directamente, sino como de soslayo se aplica el anzuelo que se clave en las fauces de aquel antiguo Leviatán. De aquí es que al bienaventurado Job habla el Señor diciendo: «¿Acaso capturarás a Leviatán con el anzuelo?» (Job 40). Por Leviatán, por cierto, que se dice «aditamento de ellos», se designa aquel cetáceo devorador del género humano, quien mientras prometió añadir la divinidad al hombre, le quitó la inmortalidad (Gén. 3); quien también la culpa de la prevaricación, que dio a beber al primer hombre, mientras la multiplica en los siguientes por su pésima persuasión, les amontona penas sin cesar. En el anzuelo empero se muestra el cebo, se oculta el aguijón.

A este, pues, el Padre omnipotente lo capturó con el anzuelo, porque envió a la muerte a su Hijo unigénito encarnado, en el cual tanto la carne pasible pudiera verse, como la divinidad impasible no pudiera verse. Y cuando en él esta serpiente por las manos de los perseguidores mordió el cebo del cuerpo, el aguijón de la divinidad lo perforó. Antes empero lo había conocido como Dios en los milagros, pero del conocimiento cayó a la duda cuando lo vio pasible. Como anzuelo, pues, sujetó las fauces del que devoraba, mientras en él apareció el cebo de la carne que el devorador apeteciera, y la divinidad en el tiempo de la pasión se ocultó para que matara. En el anzuelo de su

encarnación fue capturado, porque mientras en él apeteció el cebo del cuerpo, fue traspasado por el aguijón de la divinidad. Allí por cierto estaba la humanidad que atrajera hacia sí al devorador; allí la divinidad que perforara; allí la abierta enfermedad que provocara; allí la oculta virtud que transfixionara las fauces del raptor. En el anzuelo, pues, fue capturado, porque de allí pereció de donde mordió, y perdió a los mortales que por derecho poseía, porque presumió apetecer en la muerte a aquellos sobre los que no tuvo el derecho de la muerte.

De aquí, hermanos, de aquí, ruego, considerad con qué alabanzas sea digna la bienaventurada y gloriosa virgen María, que nos engendró de sus castísimas entrañas a aquel que nos arrebató de tan profunda garganta del avidísimo dragón. Pues para ensalzar dignamente sus pregones no se encuentra apta la disertada elocuencia de los retóricos, ni los sutiles argumentos de los dialécticos, ni los agudísimos ingenios de los filósofos. ¿Y qué maravilla si esta inefable Virgen en sus alabanzas sobrepasa el modo de la voz humana, cuando trasciende incluso la naturaleza misma del género humano por la dignidad de sus excelentes méritos? Finalmente, ni aquel excelentísimo coro de los patriarcas, ni el próvido número de los profetas, ni el senado juez de los apóstoles, ni el ejército vencedor de los mártires, ni alguno de los antiguos, ni cualquiera de los Padres siguientes podrá ser comparado con esta bienaventuradísima Virgen. Pues ¿qué de santidad, qué de justicia, qué de religión, qué de perfección pudo

faltarle a esta singular Virgen, que estuvo llena del carisma de toda la gracia divina? Pues así oyó del ángel, mientras era saludada: «Ave, llena de gracia, el el Señor es contigo (Lc. 1)». ¿Qué vicio, ruego, pudo vindicar para sí un lugar en su mente o en su cuerpo, ella que, a semejanza del cielo, mereció ser el sagrario de la plenitud de toda la divinidad? Pues «en Cristo», como se dice por Pablo, «habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad (Col. 2, 9)». Ni es maravilla si trasciende los méritos de todos los mortales, ella que sobrepasa incluso la celsitud de los ángeles.

Pues por esta bienaventuradísima Virgen, no solo se devuelve a los hombres la vida antaño perdida, sino que también se aumenta la bienaventuranza de la sublimidad angélica, porque, mientras una casa es conducida a lo superno, se repara el número de aquellos que había sido disminuido. Esto por cierto había signado aquella multitud de ángeles que clamaba a los oídos de los pastores en la natividad de nuestro Redentor: «Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad (Lc. 2)». Pues cuando primero se dice que hay gloria a Dios en las alturas, y luego se añade «y en la tierra paz», se muestra patentemente que el inefable parto de la Virgen intemerata no solo para las tierras, sino no menos para los mismos cielos generaba gozo. Esto también lo aseveraba aquella índole de los bienaventurados niños que, viniendo el Señor a la pasión, cantaban con voz concorde: «Hosanna en las alturas. Bendito el que viene en el nombre del Señor (Mt. 21)».

¡Oh virginal fecundidad maravillosamente fecunda, que por un nuevo e inaudito milagro puede llamarse tanto madre como virgen! Quien no es contenido por todo el mundo, se infunde en los miembros de una doncella no casada. Sentía por cierto los pesos del vientre la que no había perdido el pudor de la castidad. Se maravillaba de las insignias del parto la que no había conocido contagios de varón. Había esperanza en el parto, cuando no había habido voluptuosidad en el coito. Concibió al inmenso, engendró al eterno, dio a luz al engendrado antes de los siglos. El concepto que le trajo el don de la fecundidad, y el nacido no le quitó el decoro de la virginidad. El cual antes de que naciera, la creó tal, que él mismo dignamente hubiera podido nacer de ella, de la cual el profeta David mucho antes había predicho: «La Madre Sion dirá: Hombre, y el hombre fue hecho en ella, y el Altísimo mismo la fundó (Sal. 86)». Fue creado de ella a quien creó, fue llevado por las manos que formó, mamó los pechos que llenó, era fomentado en el regazo de la muchacha aquel a quien la vastísima latitud del cielo no recibe, era ceñido con pañales infantiles quien abraza la inmensidad del orbe de la tierra en su puño, obedecía al arbitrio de la madre quien gobernaba las leyes de todas las cosas con su imperio, lloraba en la cuna quien era el gozo de los ángeles en los cielos, era cubierto con viles sonajeros quien viste a sus elegidos con la estola de la inmortalidad, le mandaba la muchacha a aquel a quien todos los elementos obedecen y sirven. Pues así está escrito

en el Evangelio: «Porque vino con sus padres a Nazaret, y estaba sujeto a ellos (Lc. 2)».

Meritamente, por lo tanto, la bienaventurada María es llamada progenitora del que engendra, oriente del que nace, fuente de la fuente viva, origen del principio, porque de ella salió por la materia de la carne aquel que es cabeza y principio de todas las cosas por la esencia de la deidad. Esta es finalmente aquella puerta de la que Ezequiel testifica diciendo: «Me convirtió, dijo, al camino de la puerta del santuario exterior, la cual miraba hacia el oriente, y esta estaba cerrada. Y dijo el Señor a mí: Esta puerta que ves estará cerrada, y no se abrirá, y varón no pasará por ella, y siempre estará cerrada (Ez. 44, 1-2)». Verdaderamente siempre cerrada, porque siempre incorrupta. Incorrupta antes del parto, incorrupta después del parto, concibiendo a un varón, sin conocer varón, como se dice por Jeremías: «Hará el Señor algo nuevo sobre la tierra, y he aquí que una mujer rodeará a un varón (Jer. 31, 22)».

Gocémonos por lo tanto, dilectísimos, y exultemos en la natividad de la bienaventuradísima madre de Dios, María, la cual anunció al mundo un nuevo gozo, y existió como el exordio de toda la salvación humana. Exultemos, digo, y así como solemos gozarnos en la natividad de Cristo, así también no menos gocémonos en la natividad de la madre de Cristo. Hoy nació la reina del mundo, la ventana del cielo, la puerta del paraíso, el tabernáculo de Dios, la estrella del mar, la escala celestial, por la cual el Rey superno humillado descendió a lo profundo; y el hombre, que yacía

postrado, ascendió exaltado a lo superno. Hoy apareció la estrella al mundo, por la cual el Sol de justicia iluminó al mundo. Aquella a saber de la cual por el profeta se dice: «Nacerá una estrella de Jacob, y se levantará un hombre de Israel (Núm. 24, 17)». Hoy nació aquella esplendidísima Virgen, de la cual procedió el hermoso en forma sobre los hijos de los hombres como un esposo de su tálamo (Sal. 44, 3). Hoy salió del útero de su madre la que mereció ser hecha templo de la divinidad. Hoy se cumplió aquella profecía que el eximio de los profetas, Isaías, como hecho pregón para el advenimiento de la reina del mundo, aclamaba con gran voz diciendo: «Saldrá una vara de la raíz de Jesé, y una flor de su raíz ascenderá (Is. 11, 1)». Y bien esta incomparable Virgen es llamada vara, la cual tanto por la intención del deseo brilló hacia lo superno, como por la sinceridad de la buena obra no incurrió en el vicio de la distorsionada nudosidad. De la cual vara nuestro Redentor como flor ascendió, el cual decoró para sus mártires y confesores los campos de todo el orbe como con rosas y lirios. Pues la flor singular de la santa Iglesia es él mismo, como de sí mismo en el Cantar de los cantares habla diciendo: «Yo soy la flor del campo y el lirio de los valles (Cant. 2, 1)». Este lirio no en los montes, sino en los valles nace, porque Dios, resistiendo a los soberbios, en los corazones de los humildes es encontrado. Lirio es llamado Cristo, lirio se dice también la madre de Cristo, como en el mismo Cantar se subañade: «Como el lirio entre las espinas, así mi amiga entre las hijas (Cant. 2, 2)».

Como el lirio entre las espinas, así la bienaventuradísima virgen María brilló entre las hijas; la cual nacida de la espinosa progenie de los judíos, blanqueaba por la limpieza de la castidad virginal en el cuerpo, llameaba empero por el ardor de la doble caridad en la mente, fraguaba por doquier con el olor de la buena obra, y tendía hacia lo sublime por la continua intención del corazón.

Algunos empero, mientras ansían saber más de lo que conviene saber, inquieren con el estudio de una superflua curiosidad quién fue el padre, o quién la madre de la bienaventurada María. Pero algún lector busca demasiado inútilmente lo que el evangelista juzgó superfluo narrar. Pues si conociera que en esta noticia había utilidad, de ninguna manera el noble historiador pasaría por alto una cosa necesaria en silencio. Debe saberse por cierto que esta es la costumbre de los escritores de la sacra elocuencia, que así como estudian siempre silenciar lo que daña, así también desprecian referir lo que no aprovecha saber. Algunas veces empero en la sagrada Escritura por causa de un cierto misterio se omite algo, para que por su silencio, como clamando, se sienta algo grande. Como es el caso de que Melquisedec en la narración de la antigua historia, es introducido por Moisés sin padre, sin madre, sin genealogía (Gén. 14; Heb. 7), para que a saber Cristo, que es sacerdote según el orden de Melquisedec (Sal. 109), sea significado por él, de quien el profeta dice: «¿Pues quién declarará su generación?» (Is. 53, 8). En la generación de Cristo empero debieron ordenarse justamente aquellas personas por las cuales se

hiciera el descenso hasta José, y no declinara hacia María, la cual había sido de una sola tribu con él. Pues la costumbre de los antiguos había sido que en la genealogía de los varones apenas alguna vez pusieran los nombres de las mujeres. Si empero hubiera querido describir el género de las mujeres, procuraban algunas veces propagarlo por las mujeres. Atestigua nuestra aserción el evangelista Lucas, quien procuró mostrar a Zacarías el padre de Juan por el género viril, pero designar a Isabel por el sexo mujeril. «Hubo, dice, en los días de Herodes rey de Judea, un cierto sacerdote, de nombre Zacarías, de la suerte de Abías, y su mujer era de las hijas de Aarón (Lc. 1, 5)». Para que por cierto congruentemente el varón se viera propagarse de los varones, la mujer de las mujeres.

Mateo por lo tanto, que se había propuesto describir el género del varón, a saber de aquel de quien se dice por el profeta: «He aquí el varón cuyo nombre es Oriente (Zac. 6, 12)», quiso doctamente descender por José; empero juzgó superfluo poner los padres de María.

Quien por lo tanto desea tener noticia de los padres de María, sepa que ella descendió de la semilla de Abrahán, de la tribu de Judá, de la estirpe regia de David. Sepa también que ella tuvo proximidad de parentesco con el género sacerdotal de Aarón. Por lo cual se le dice por el ángel: «Y he aquí Isabel tu parienta, y ella misma ha concebido un hijo en su vejez (Lc. 1, 36)». Y justamente nuestro Redentor quiso de la generación sacerdotal y al mismo tiempo regia recibir

la carne, el cual existiendo como Rey antes de los siglos, como verdadero sacerdote, se inmoló a sí mismo al Padre por nosotros como hostia de suavidad. Pues también el rey David cuando comió los panes de la proposición, los cuales no era lícito comer sino solo a los sacerdotes (1 Sam. 21), figuró que en una sola y misma persona de Jesucristo nuestro Señor habría de ser lo uno y lo otro, esto es, el reino y el sacerdocio. Y no solo el Mediador de Dios y de los hombres, el hombre Cristo, es llamado congruentemente Rey y Sacerdote, sino que también cualquiera que se une a aquel con perfecto amor, merece el vocablo de ambas dignidades. Por lo cual también se dice por Pedro: «Vosotros sois género elegido, real sacerdocio, nación santa, pueblo de adquisición (1 Pe. 2, 9)». Y en el Apocalipsis de Juan: «Digno eres, Señor Dios, de recibir el libro y de abrir sus sellos; porque fuiste muerto, y nos redimiste para Dios en tu sangre de toda tribu, y lengua, y pueblo, y nación, y nos hiciste para nuestro Dios reino, sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra (Apoc. 5, 9-10)». Pues reyes somos por la gracia de Cristo, porque llevamos el estandarte de la cruz en la frente. Sacerdotes empero somos llamados justamente, porque con el óleo del Espíritu Santo y con la unción del crisma somos ungidos.

Entre todos empero los insignias de esta venerable solemnidad, hermanos carísimos, aquello también se cree haber acontecido no sin causa de un profundo misterio: que la Madre del Señor naciera bajo el mismo tiempo casi de las vendimias. Ahora por cierto los sarmientos de las viñas car-

gados con el provecho de los frutos fluyen hacia lo profundo; ahora los racimos de las uvas se hinchan por la grávida madurez; ahora la esperanza de los agricultores, que por todo el círculo del año había estado suspensa, exulta de que cosecha los ubérrimos frutos del trabajo pasado; ahora los árboles huelen por la saporífera suavidad de los frutos, de modo que las manzanas, que por su acritud habían exasperado el gusto de los hombres, los acarician con grata madurez. Pero por estas cosas que exteriormente discernimos, debemos reflejar los ojos a las cosas interiores. Pues la viña era la sinagoga, que había recibido los dichos de la ley y de los profetas, como plantíos para proferir frutos. Por lo cual también se dice por el profeta: «La viña empero de los ejércitos, la casa de Israel es (Is. 5, 7)». Y el Salmista: «Una viña, dijo, de Egipto trasladaste (Sal. 79, 9)». Así como empero el fruto de las viñas se espera por todo el año, empero en solo el otoño se recoge; así por cierto, así nuestro Redentor, a quien la ley había presignado, a quien los profetas habían predicho, a quien todos los santos desde Adán hasta la pasada quinta edad habían esperado con sumo deseo, vino en solo el tiempo de María; y entonces como vino de las uvas espirituales expresó, porque abrió los entendimientos místicos latentes en los hollejos de la letra. Por lo cual también se dice por el Apóstol: «Cuando empero vino la plenitud del tiempo, envió Dios a su Hijo hecho de mujer, hecho bajo la ley (Gál. 4, 4)».

¡Oh cuántos esta vendimia con las secas fauces de las mentes sedientos estaban, cuántos al mos-

to de la gracia evangélica llegar con inenarrable deseo flagitaban! Por lo cual también a los discípulos la Verdad dice: «Amén os digo que muchos profetas y reyes quisieron ver las cosas que vosotros veis, y no las vieron, y oír las cosas que oís, y no las oyeron (Lc. 10, 24)». De esta viña el esposo en el Cantar de los cantares habla diciendo: «Descendí al huerto de los nogales, para ver las manzanas de los valles, e inspeccionar si había florecido la viña, y si habían germinado las granadas (Cant. 6, 10)». Pues la granada por cierto se cubre con una amarga corteza, pero una dulce suavidad se oculta en sus granos. Hay empero algunos que, mientras por la amargura de la aflicción sufren asiduamente la cruz de Cristo en el cuerpo, por el deseo del amor son recreados con la dulzura de la contemplación íntima en la mente. Las granadas, pues, la viña del esposo germina, porque tales de parir la santa Iglesia nunca cesa. De esta misma viña en los mismos Cantares la esposa al esposo habla diciendo: «Madruguemos a la viña, veamos si floreció la viña, si las flores los frutos parten; si florecieron las granadas (Cant. 7, 12)». De esta viña aquel vendimiador existió, quien en el lagar de su pasión prensado, nos abrió los místicos sentidos de la divina elocuencia, y nos dio a beber el vino de la gracia evangélica. De cuyo vino a saber en los mismos Cantares por la voz de la esposa al esposo otra vez se dice: «Tu garganta como el mejor vino, digno para mi amado para beber (Cant. 7, 9)».

A este vendimiador cruento por la sangre de la pasión en la cruz mucho antes Isaías lo había

previsto, cuando lleno del espíritu profético, bajo interrogación clamaba: «¿Quién es este que viene de Edom, con las vestiduras teñidas de Bosra?». Y poco después: «¿Por qué empero está rojo tu indumento, y tu vestidura como de los que pisan en el lagar?» (Is. 63, 1-2). Pues el indumento de Cristo no es otra cosa sino el cuerpo que tomó de la señora y virgen María. Ni empero es otra cosa su vestidura, sino aquello mismo él. Pues nuestra carne también es llamada vestidura, pero empero nosotros mismos somos la carne con la que nos vestimos. De esta vestidura por Juan se dice: «Tenía en su vestidura y en su muslo escrito: Rey de reyes y Señor de señores (Apoc. 19, 16)». Por el muslo por cierto se hace la propagación de la carne. El que por lo tanto por la progenie del género humano vino a este mundo de la Virgen, y por el misterio de su Encarnación, porque era Rey y Señor, lo indicó a todas las gentes, en la vestidura y en el muslo tuvo escrito: Rey de reyes y Señor de señores. Pues de donde se dio a conocer al mundo, allí inscribió la ciencia de su majestad. Este indumento empero apareció rojo al profeta, porque nuestro Redentor derramó su propia sangre por nuestra redención. Al cual él mismo respondió: «El lagar pisé yo solo, y de las gentes no hay varón conmigo (Is. 63, 3)». Pues solo el lagar en el que fue pisado, pisó; porque con su potencia venció la pasión que sostuvo. Pues quien hasta la muerte el patíbulo de la cruz sobrellevó, de la muerte misma con gloria resucitó. Bien empero se dice: «y de las gentes no hay varón conmigo»; porque aquellos por los cuales había venido a

padecer debían ser partícipes de su pasión. Quien por aquello de que aún no habían creído, de ellos mismos en la resurrección se queja, cuya vida en su muerte se buscaba. Él mismo también es llamado vid, como por sí mismo en el Evangelio testifica: «Yo, dijo, soy la vid verdadera, y mi Padre es el agricultor (Jn. 15, 1)».

Esta finalmente sacratísima vid por todo el orbe extendió sus sarmientos, porque dilatada por todas partes fructificando, envió casi tantos pampinos cuantos dentro de la santa Iglesia eligió como santos por la gracia de su vocación. Por lo cual lo mismo también inculcando subañade: «Yo soy, dijo, la vid, vosotros empero los pampinos; el que permanece en mí, y yo en él, este lleva mucho fruto (Jn. 15, 5)». A este mismo mediador de Dios y de los hombres, el hombre Cristo Jesús, aquel racimo lo había significado, el cual de la tierra de la promesa los exploradores en una palanca llevaban a los hijos de Israel (Núm. 13, 24). Con dos empero portadores puestos debajo de aquí y de allá, uno a saber precediendo, el otro siguiendo, el racimo se llevaba en medio, porque nuestro Redentor, mientras por los padres del Antiguo Testamento se predice que ha de venir, empero por los predicadores del Nuevo ya se anuncia que ha venido, como racimo en palanca se lleva, para que para alcanzar la tierra de la promesa superna la mente de los fieles se encienda. La palanca por cierto llevada sobre los hombros de los portadores, es la ley divina impuesta a las cervices de los hombres. Cuyas partes aquel racimo medio continuó, porque nuestro Salvador, que hizo de

ambos uno, con la doctrina evangélica los mandatos de la ley y de los profetas conjuntó. Pero el que precedía, lo que en los hombros llevaba, con los ojos no lo veía; el que empero seguía, su carga siempre intuía. Por aquel por lo tanto que precedía, el pueblo de los judíos; por aquel empero que seguía, no incongruentemente se designa la multitud de las gentes. Aquel pues por las páginas de la sagrada Escritura como en los hombros llevó a Cristo; pero porque no lo conoció presente en la carne, impidiéndolo la calina de su infidelidad, le puso en cierto modo la espalda ante la cara. Este empero que sigue, mira; porque el pueblo gentil conoce manifiestamente a su Redentor, en quien cree fielmente.

Puede también por la tierra de la promesa no incongruentemente entenderse el mismo cuerpo de la beatísima Madre de Dios, del cual nuestro Redentor como racimo singular quiso ser germinado humanamente. Según aquello que está escrito: «La verdad de la tierra ha brotado (Sal. 84, 12)». Y bien la carne de la beatísima Virgen es llamada tierra de la promesa, la cual mucho antes habiendo de parir al Salvador del mundo fue por los profetas de muchas maneras prometida. La cual verdaderamente manó leche y miel; mientras produjo a Dios y al hombre en su integridad virginal. Por lo cual también por Isaías se dice: «He aquí que una virgen concebirá en el seno, y parirá un hijo, y será llamado su nombre Emmanuel; manteca y miel comerá, para que sepa reprobar el mal y elegir el bien (Is. 7, 14-15)». Merecidamente por lo tanto la bienaventurada

virgen María nace bajo el mismo tiempo de las vendimias, para que ya el mosto de la nueva gracia sea así de las varias sentencias de la sagrada Escritura, como de los diversos hollejos de las uvas, expresado. Merecidamente en el tiempo otoñal nace, para que ya, como en el otoño de todo el siglo, el fruto de los árboles espirituales sea comido. En la plenitud del tiempo vino, la que de gracia plena fue: «Ave», dijo el ángel, «gracia plena, el Señor contigo, bendita tú entre las mujeres (Lc. 1, 28)».

¡Oh dulce, oh admirable anuncio, oh nuevo e inaudito obsequio de la salutación angélica! La llama llena de gracia, porque él mismo descendía en ella, por quien a todo el mundo fue conferida la gracia. «El Señor», dice, «contigo»; porque aquel está en ti, que tal te hizo, para que él mismo se hiciera de ti. «Bendita tú entre las mujeres». Por una mujer fue infundida la maldición a la tierra, por una mujer se devuelve la bendición a la tierra. Por cuya mano la bebida de la muerte amarga es alargada, por ella también el cáliz de la dulce vida es exhibido. El larguísimo raudal de la nueva bendición borró todo el contagio de la antigua maldición. ¿Pero qué a estas cosas María? ¿Acaso por el anuncio llevado a ella desde el cielo, se soltó en la risa de una alegría inmoderada? ¿Acaso en el fasto de la soberbia levantó la cerviz de su mente? ¿Acaso no, antes de que respondiera, el mismo peso de la salutación angélica pensó en la equilibrada balanza de su mente? Dice pues el evangelista: «La cual cuando hubo oído, se turbó en su palabra, y pensaba qué tal fuera esta saluta-

ción (Lc. 1, 29)». ¿Dónde están aquellas que dicen: yo soy virgen, yo soy virgen? ¿Verbosas, contenciosas, sospechosas, superfluas, compuestas en el vestido, disipadas en las costumbres? Yo soy virgen; pues no conozco varón, ignoro el matrimonio. ¡Oh virgen, cuán feliz fueras, si lo que tienes en la carne, lo conservaras en la mente, lo custodiaras en la acción! ¿Pues de qué aprovecha, de la sola carne la integridad conservar, y con los estupros de los espíritus malignos lo interior de la mente corromper? ¿De qué ayuda ser virgen, y por los exigentes méritos de las acciones de ningún modo al premio virginal llegar? Virgen en la carne, no en el ánimo, del premio de la virginidad no se posesiona. Pues una cosa es a los halagos de las tentaciones fuertemente oponerse, otra a los mismos blandamente reptantes, y si no en el cuerpo, empero en la mente enervadamente ceder.

No por lo tanto a cualquiera le basta para alcanzar los premios el solo pudor virginal, si no también de otras virtudes fuera enriquecido. Pues a Juan en el Apocalipsis por el ángel se dice: «Estos son los que con mujeres no fueron coinquinados. Pues vírgenes son, y siguen al Cordero por dondequiera que fuere (Apoc. 14, 4)». Pues nuestro Cordero, aquel a saber que quita los pecados del mundo, la caridad tuvo, porque por la salud de los hombres su propia sangre derramó. La gracia de la humildad brilló, porque se humilló a sí mismo hasta la muerte, y muerte de cruz. La paciencia guardó, porque cuando se le maldecía, no maldecía; cuando padecía, no amenazaba.

La altura de la dignidad mundana despreció, porque, como por Juan se dice, cuando querían a aquel constituir rey, el escondrijo del monte buscó (Jn. 6, 15). A los enemigos amó, por los cuales también en la cruz puesto oró, diciendo: «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen (Lc. 23, 34)». Aquel por lo tanto al Cordero por dondequiera que fuere sigue, quien no por sola la virginidad sus vestigios, sino por todas también las sendas de las virtudes, en cuanto prevalece, imita. Aquel al Cordero sigue en el descanso de la llegada, quien a aquel imitar procuró en la adversidad del camino.

Pero frecuentemente por la conducta de los casados la vida de las vírgenes se confunde, cuando tanto aquellos toman obras más allá de su hábito, como estas según su propio orden no excitan sus corazones. Por lo cual también por el profeta se dice: «Avergüénzate, Sidón, dice el mar (Is. 23, 4)». Pues como por la voz del mar Sidón es conducida a la vergüenza, cuando por la comparación de la vida de los seglares, y de los que en este mundo fluctúan, la vida de aquel que se ve fortalecido y como estable, es reprobada. Pues a menudo algunos volviendo al Señor tras los pecados de la carne, tanto más ardientemente en las buenas obras se exhiben, cuanto más condenables se ven por las malas. Y a menudo algunos en la integridad de la carne perdurando, mientras menos ven que tienen de qué llorar, plenamente les basta para sí la inocencia de su vida piensan, y con ningún estímulo de ardor al fervor del espíritu se inflaman. Y se hace frecuentemente

más grata a Dios la vida ardiendo en amor tras la culpa, que la inocencia de la virgen torpe en la seguridad. Por lo cual también por la voz del Juez se dice: «Se le perdonan muchos pecados, porque amó mucho (Lc. 7, 47)». Y de nuevo: «Hay gozo para los ángeles de Dios sobre un pecador haciendo penitencia, que sobre noventa y nueve justos que no necesitan penitencia (Lc. 15, 7)».

Aquella por lo tanto virginidad es perfecta, que de las restantes virtudes se ciñe, la que con la verdadera humildad de la mente se sazona. La cual no solo ilibada se guarda en la carne, sino también púdica se custodia en la boca. Por lo cual también la bienaventurada virgen María, oído el misterio de la legación angélica, el acostumbrado rigor del modesto silencio mantuvo; y si ella pues dentro de sí discutir no pudiera qué tal fuera aquella salutación, con palabras empero inquirir superfluo reputó. Pero pronto callando mereció oír lo que interrogando inquirir no presintió. Pues el ángel le dijo a ella: «No temas, María; pues has hallado gracia ante el Señor; he aquí concebirás en el seno, y parirá un hijo, y llamarás su nombre Jesús (Lc. 1, 30-31)». Lo que el profeta mucho antes que había de venir predijo, esto presente que estaba con las mismas palabras el ángel anunció. Pues dice, como se premisó, Isaías: «He aquí que una virgen concebirá en el seno; y parirá un hijo, y será llamado su nombre Emmanuel (Is. 7, 14)». Allí Jesús, que Salvador se dice; aquí Emmanuel, que con nosotros Dios se interpreta.

¿Con qué alegría, con qué júbilo, hermanos míos, la mente de María haber sido llenada

pudiera, cuando estas proféticas y evangélicas palabras entre sí mutuamente confería? «María pues», dice el evangelista, «conservaba todas estas palabras, confiriéndolas en su corazón (Lc. 2, 19)». ¿En cuánta excelencia se contempló sublimada sobre todo el género humano, la que oía que se hacía madre de su Creador? ¿Pero la que tanto ante Dios con tal cumbre mereció crecer, con cuánta deyección de humildad se postró ante sí misma? Pues dijo: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra (Lc. 1, 38)». Madre de Dios por el ángel era llamada, y ella misma se confesaba esclava del Señor. Y verdaderamente madre, a la vez y esclava. Esclava por cierto por la común naturaleza de la condición humana, madre empero por la inefable gracia del divino don. Madre en lo que engendró; esclava en lo que fue engendrada. Aún no el Evangelio estaba escrito, y ya los evangélicos preceptos guardaba. Manda pues el Señor: «Cuanto mayor eres, humíllate en todo (Mt. 23, 12; Eclo. 3, 20)». ¿Pues qué mayor que la madre del Señor? ¿Qué más humilde que la esclava del Señor? «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra». Por lo cual bien en el Cantar de los cantares esta esposa, y madre del Señor, por la voz de su esposo es alabada, cuando se dice: «¿Quién es esta que asciende por el desierto como varita de humo, de los aromas de la mirra, y del incienso, y de todo polvo de perfumista? (Cant. 3, 6)». La bienaventurada María por cierto como varita de humo de los aromas ascendió, porque de las virtudes de su vida en la rectitud del incienso interno siempre procuró

aprovechar; ni se derramó dispersa por los pensamientos, sino que se constriñó dentro de lo arcano del corazón en la vara del rigor. La cual aquellas cosas que hizo, mientras siempre recogitar y retractar no cesó, mirra por cierto e incienso tenía en la obra, pero polvo en el pensamiento. And bien varita de humo esta se dice que por la vara también de Aarón místicamente se figura. Aquella pues las nueces almendrinas sin ningún humor del terrón terreno produjo; esta empero sin ninguna semilla viril al Hijo de Dios engendró. También el fruto de aquella vara misma, si estudiosamente se discute, se encuentra que tiene alguna similitud con Cristo. Pues como la nuez almendrina consta de núcleo, hueso y corteza; así nuestro Redentor consta de divinidad, y a la vez de alma y de carne.

Porque sin ninguna semilla viril de la Virgen había de nacer, él mismo mucho antes por el Profeta había dicho: «Yo empero soy gusano y no hombre (Sal. 21, 7)». Pues como el gusano de la madera sin semilla ajena nace; así también Cristo sin ninguna concupiscencia de la carne de la bienaventurada Virgen nació. De aquí es pues, que por otro profeta se dice: «He aquí que el Señor ascenderá sobre una nube leve (Is. 19, 1)». Pues el sol cuando con la nube se cubre, de las humanas visiones se oculta. Así sin duda, así nuestro Salvador, sumpta de la Virgen la carne se vistió, en la cual la divinidad latente por la humana intuición verse no pudo. Cuya nube por eso leve se dice, porque la beatísima Virgen por ninguna semilla de varón grávida, sola por la gracia del Espíritu

santo se fecunda. La cual y la dignidad de Madre obtuvo, y la virginal pudicicia no perdió. La cual sin contaminación concibió, y sin dolor al hijo procreó. No siguió el dolor al parto, porque no precedió la libido al concepto. Pues dicho había sido a Eva: «En dolor parirás al hijo (Gén. 3, 16)». Cuya sentencia en las otras madres rigió, en María empero el modo de su propio derecho perdió. En las mujeres fija persistió, en la Virgen prevalecer no pudo. Pues la que Virgen permaneció concibiendo, dolor sentir no pudo padeciendo. Aquel por cierto que de ella inefablemente salió, el claustro de la virginal pudicicia no corrompió. Virgen finalmente viniendo, entró; Virgen no obstante saliendo, dejó. Esta pues es huerto cerrado, fuente sellada (Cant. 4, 12), que y el fruto de la fecundidad editó, y el mérito de la virginidad no disminuyó.

¡Oh admirable, oh singularmente noble carne de la beatísima Virgen, en la cual la naturaleza mujeril se cambia, la humana condición no se retiene! Por el coito por cierto fue engendrada, pero por la eficacia del coito no dio a luz. Editada por el común derecho de los nacientes, editó por la novedad de la singular gracia. Finalmente en el género humano aquel noble se dice, que por los claros títulos de los mayores se distingue; la bienaventurada María empero, aunque de la generosa stirpe de los padres fuera engendrada, de aquel empero trae el excelentísimo género de nobleza, que de ella por el nuevo género de nacer fue procreado, y por la clarísima prole toda la nobleza del linaje humano excede. Clara por los títulos de los

proavocados, pero incomparablemente más clara por la generosidad de la prole. Hija por cierto de reyes; pero Madre del Rey de los reyes: «Gloriosas cosas se han dicho de ti, ciudad de Dios (Sal. 86, 3)». Pero cualquier cosa que de ti por un hombre mortal se diga, a los méritos de tu celsitud no se iguala. Pues cuán excelente gracia sobre los ángeles te eleva, a sus dignamente proferir pregones la humana fragilidad no aspira. Te rogamos, clementísima, madre de la misma piedad y misericordia, que los que de tu alabanza las insignias frecuentar gozamos en la tierra, de tu intercesión el auxilio tener merezcamos en los cielos; para que así como por ti el Hijo de Dios se dignó a las nuestras descender, así también nosotros por ti a su consorcio valgamos llegar. Quien con el Padre y el Espíritu santo vive y se gloría por los infinitos siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN XLVII.

I. DE LA EXALTACIÓN DE LA SANTA CRUZ. (14 SEPT.)

De la vara de Jesé hemos venido a la vara de la cruz, y el principio de la redención con el fin concluimos. De aquella Jesucristo Virgen de la vara virgen admirablemente fue generado; en esta el mártir de los mártires cabeza, y del martirio forma torpemente fue colgado. Aquella vara de dirección, vara de tu reino (Sal. 44, 7), dice aquel familiar órgano del Espíritu santo, porque nada más recto que la Virgen, nada más sutil. Oye también de la otra: «La vara de tu virtud enviará el Señor desde Sion (Sal. 109, 2)». Por cierto la

cruz fue la vara de virtud, en la cual el Señor de las virtudes virilmente luchó, y venció. «Asumí para mí dos varas», dice el profeta; «a una llamé decoro, y a la otra cordel (Zac. 11, 7)». Vara de la hermosura, el útero de la Virgen. «Hermosa», dice, «como la luna (Cant. 6, 9)»; vara del cordel, el madero del patíbulo, deslindando ambos el reino de Dios y del diablo, imponiendo el freno a la malicia de aquel, y su ancha pervagación con validísima potestad coercitando. En esta fue traspasado el lado inocuo, y por una hora fue crucificado el inocente de manos, y de mundo corazón. El terrible aquel ladrón, cuyas manos están llenas de sangre, en esta igualmente fue traspasado, y consumido. Pero Cristo de un modo, de otro él. Cristo al monumento, aquel a lo eterno. Debeló a las aéreas potestades, dice el Apóstol (Col. 2, 15), y las afijó a su cruz. De una parte fue crucificado nuestro Redentor, de la otra aquel sumo prevaricador.

El rey de Hai, como narra la historia (Jos. 8, 29 según LXX), fue colgado en un gemelo patíbulo; así el rey de la muerte en un doble patíbulo es colgado, porque mientras mata a Cristo, en la misma cruz es crucificado, la cual encontró ser el gran sacramento de la cruz, ni hay algo más sagrado que este sacramento. Mira la cruz en pie, y ve con cuán recta elevación de las tierras se erige al cielo, y la verdad de la cosa por la misma imagen proteste. ¿No te parece que su figura el cielo y la tierra con sublime continuación conjunte? Este es el firmísimo e indisoluble pegamento, con el que se conglutinan las racionales criaturas, para que de

ambas se haga aquella ciudad, cuya participación de ella es en lo mismo (Sal. 121, 3). Ve también cómo de cuatro maneras comprende los cuatro climas del mundo, y a toda criatura atrae hacia sí. Asiste Jesús en medio, en cuatro partes de su cuerpo distendido, y con las manos expandidas a todos los que de toda parte vienen a él muestra el amplísimo seno de la misericordia. Pues «en el Señor la misericordia, y copiosa en él la redención (Sal. 129, 7)». Verdaderamente copiosa, no estrecha; porque largamente la onda de sangre del cuerpo de Cristo por cinco partes emanó. Bastaría para la redención del orbe, incluso una sola gota de preciosísima sangre; pero se dio copia, para que la virtud del que ama en la redundancia del beneficio resplandezca.

Pero para que no tal vez te ocurriera, que corriendo por todas partes de las tierras, a tu Redentor encontrar no pudieras, desde cualquier parte del mundo que procedas, sea desde el Oriente, sea desde el Occidente, o desde el Mediodía, o desde el Septentrión, preparado está él mismo para recibir al que viene, y para acariciarlo con blanda dulzura. Pero atiende lo que se te expresa del corazón del Altísimo. ¿Vienes a un hombre crucificado? Crucificado vengas, o para ser crucificado. Pues los que son de Cristo, crucificaron su carne con los vicios y concupiscencias (Gál. 5, 24). Así el madero a Cristo, necesario a ti. Pero ya asciende a las más altas cumbres de esta palabra, y ve qué sea lo que sale. Escrito está en la historia de los Reyes, que aquella bienaventurada madre dijo a Elías: «He aquí que recojo dos leños (3 Rey.

17, 10)». Dos leños, los dos brazos de la cruz son. En estos dos la humana y la angélica naturaleza entiende. Y aquel leño por cierto, que con recta sublimidad tiende a los cielos, toma la superior naturaleza, que estuvo en rectitud, y con oficiosísima devoción a la voluntad del Dominante se adhirió. Aquel empero, que es transverso, la humana designa, que transversa, mejor dicho, para que más verdaderamente queremos decir, eversa, de su estado perdió la equidad. Intuye con cuánto sacramento se junten. En ambos leños se hace escisión, y por la ocasión de las heridas la unión de la juntura se compone. Los espíritus supercelestiales no mediocre herida recibieron, cuando Dios en sus ángeles encontró maldad (Job 4, 18); ni es despreciable la plaga, puesto que convenga que ella sea resarcida, porque no restituido el social número, la numerosidad cayendo parece hecha en vano. La inferior empero naturaleza desde la planta del pie hasta el vértice de tal modo con venenosa fermentación infectada está, que no sabe de dónde venga, o a dónde vaya.

Por lo tanto de ambos espíritus de ambas heridas no mediocremente bostezando, la impresión hecha es juntural, la cual con Cristo conjuntando de tal modo es resarcida, que nada vulnerante parece estar dentro. Pues Cristo en ambos y por ambos confijado, a ambos con el varal de su cuerpo válido anuda, y el cuerpo propio a las junturas opone, para que no valgan resilir. La cruz por lo tanto junta el cielo y la tierra; Cristo en la cruz atrae todas las cosas; el león rugiente allí es ligado; el ángel es confederado y el hombre; y

todo por ella se rehace, cuanto hizo la mano del Altísimo.

Excede pues por un poco los sentidos de la carne, y los irruentes fantasmas de las corpóreas voluptuosidades, e intuye de la divina naturaleza la bondad, suavidad, dignación. Medita la posición del crucificado cuerpo. Ve si hay algo en él, que no perore por ti ante el Padre. Aquella divina cabeza con la múltiple densidad de las espinas densada, hasta la ternura del cerebro confijada está mientras se confija la espina. «Con las espinas de sus pecados», dice el Señor por el Profeta, «me circundó este pueblo (Sal. 21, 7)». ¿Para qué esto? Para que no doliera tu cabeza, para que no se vulnerara tu intención. Se cegaron en la muerte sus ojos, y aquellas luminarias, que iluminan el orbe, por una hora extinguidas están. ¿Acaso con aquellas oscureciéndose, las tinieblas hechas están por la universal tierra, y aquellas dos grandes luminarias con aquellas luminarias submotas están? Esto empero todo hecho está para que se apartaran tus ojos para que no vieran la vanidad, y si vieran, no se adhirieran. Los oídos aquellos, que en los cielos oyen: «Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los Ejércitos (Is. 6, 3)»; oyeron en las tierras: «Demonio tienes (Jn. 7, 20)», y: «Crucíficale, crucíficale (Lc. 23, 21)». ¿Para qué esto? Para que tus oídos no ensordecieran al clamor del pobre, para que no recibieran el auditado vano, para que de la detracción el virus con abiertos y propicios oídos no suscipieran. La hermosa aquella faz hermosa de forma sobre los hijos de los hombres con salivas ungida está, afligida con

bofetadas, adicta a las delusiones; pues así escrito está: «Empezaron a escupir en él, y a herir su faz y a iludirle diciendo: Profetiza quién es el que te hirió (Mt. 26, 67-68)». ¿Por qué esto? Para que tu faz fuera iluminada, iluminada fuera confirmada, y se dijera de ti: «Su rostro no fue más en diversas cosas mudado (1 Rey. 1, 18)». El os aquel que enseña a los ángeles, a los hombres instruye, que dijo, y hecho fue, por un poco enmudeció, para que la verdad y el juicio hablara tu boca y confesara al Señor Dios su Dios. Las manos aquellas, que fundaron los cielos, extendidas están en la cruz y con clavos traspasadas durísimos, para que tus manos se extendieran al inope y decir pudieras: «Mi alma en mis manos siempre (Sal. 118, 109)». Lo que tenemos en las manos, no fácilmente olvidamos, así también quien su alma a la buena operación imprime no la entrega al olvido. El pecho aquel, en el que están todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios escondidos (Col. 2, 3), por la lanza militar traspasado está, para que tu pecho de los pravos pensamientos se limpiara, limpiado se santificara, se conservara santificado. Los pies aquellos, cuyo escabel adorar debemos, porque santo es (Sal. 98, 5), con dura transfixión confijados están, para que tus pies no festinaran al mal, sino que corrieran la vía de los mandatos del Señor. ¿Qué más? «Fodieron sus manos y sus pies, y dinumeraron todos sus huesos (Sal. 21, 17-18)». Por ti su carne y su alma puso, para que tu cuerpo y tu espíritu para sí vindicara. Todo se todo te comparó. ¿Qué más debió hacer y no hizo? Absolvió al vincto, iluminó al

ciego, porque «el Señor suelta a los compeditos, el Señor ilumina a los ciegos (Sal. 145, 7-8)». Redujo al erróneo, reconcilió al reo, quien te portó en sus hombros, quien por ti a su propio Padre con su propia sangre satisfizo.

Atiende por lo tanto al consejo de tu Dios, no solo con el Padre reinante, sino también de tu dulcísimo amigo en la cruz pendiente; pues ni puede ser engañado, porque es sabiduría, ni quiere engañarte, por quien sostiene la ignominiosa pena: «Si alguno», dice, «quiere venir tras de mí, abnéguese a sí mismo, y tome su cruz y sígame (Lc. 9, 23)». Oye el consejo, no el precepto. Pues si fuera precepto, cualesquiera que al efecto no lo manciparan, tormentos pudieran esperar perpetuos; pero cuando dice: «Si alguno quiere», en nuestra puso voluntad, si de igual a igual con él correr festinamos. Grande por cierto el trabajo, pero el premio incomparable. «Tras de mí», dice. Tras de él ha de irse, porque él es la verdad, para que no seamos engañados; por él, porque él mismo la vía, para que no erremos; a él, porque él mismo es la vida, para que no muramos: «Yo soy», dijo, «la vía, la verdad y la vida (Jn. 14, 6)». Sigue: «abnéguese a sí mismo». Aquel primer padre, prefijadas las leyes de la obediencia coartado, al campo de la mala libertad salió. Había recibido en precepto, que la voluntad del Creador antepusiera a la suya, pero usando, mejor dicho, abusando de la propia voluntad, cuando quiso hacerse bienaventurado, se perdió a sí mismo. Depulsado por lo tanto de aquella feliz heredad el exilio sorteó por la patria, la muerte por la vida, por la gloria la ignominia.

Si quieres por lo tanto a tu heredad volver, tu abniega voluntad.

En esta abnegación dos solamente son, contra las cuales luchar y expugnar convenga; la elación en la mente, la voluptuosidad en el cuerpo. Huye del rey y del ejército del rey, de la soberbia y de la prole de la soberbia, y a aquel seguido a aquel has alcanzado quien dijo: «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón (Mt. 11, 29)». La preciosa vestidura, los banquetes más lautos y la voluptuosidad más secreta lejos estén de ti, y tus carnes con el temor del Señor has confijado. La abnegación por lo tanto de la voluntad, de la heredad es la recuperación.

Sigue: «Tome su cruz». Si no hubiera caído Adán y en aquella de su estado dignidad hubiera permanecido, fuera empero en otra parte evocable y al orden promovible angélico; pues por doble causa hecho había sido, y para resarcir el número disminuido, y para aquel llenar que faltaba, si el ángel no hubiera caído.

Teniendo, pues, Moisés la vara en la mano, añadió a esto además que expandiera sus brazos en modo de cruz, y así ya se hizo, para que a las filas de las multitudes adversarias por el leño y por este signo lleno del misterio de la cruz superara. Esto, en efecto, atestigua la sagrada historia, cuando dice: «Mientras levantaba las manos Moisés, vencía Israel; mas si un poquito las remitía, superaba Amalec (Exod. XVII)». Este hecho llanamente, hermanos míos, no solo de espiritual inteligencia sacramento, sino también de virtud nos saludable ejemplo conlleva. Pues mientras

la cruz tras el Señor llevamos, mientras nuestros corazones con las manos a Dios levantamos, los rectores de las tinieblas al punto caen, prostrados en lo profundo con las fuerzas rotas se quebrantan. Mas si las manos remitimos, y olvidados de lo celestial, lo terreno seguimos, al punto el enemigo vencedor sigue, y nosotros perdida la victoria por las espadas de los perseguidores somos degollados. En todo ciertamente espiritual combate debemos la bandera de la cruz anteponer, la cual ciertamente si varonilmente actuando alzamos, sin duda alguna vencedores existimos; de lo contrario si perezosamente viviendo la deponemos, ante los primeros ímpetus de los perseguidores es necesario que débilmente caigamos. De donde también aquel insigne instructor de la milicia espiritual Pablo dice: «Las manos remisas, y las rodillas disueltas erigid, y haced pasos rectos con vuestros pies, para que no cojeando alguien yerre (Hebr. XII)».

Esta misma bandera también Gedeón para sí y para sus compañeros de armas típicamente antepuso, quien contra las armas, las armas desertó, inerme a los armados invadió, y para debelar la multitud de los madianitas habiendo despedido la multitud con pocos vino (Jud. VII). Pues por divina admonición se le prescribió que viniendo al río, a todos los que con rodillas dobladas aguas sorbiendo viera de los encuentros de las guerras apartara. Y se hizo, y trescientos varones solamente, que estando en pie con las manos las aguas habían sorbido, permanecieron. ¿Qué es, pues, que Gedeón contento con trescientos

soldados a las guerras progresa, sino porque este número en la letra Tau, que evidentemente expresa la especie de la cruz, se contiene? A la cual letra ciertamente si sobre la línea transversa aquello se añadiera, lo que en la cruz en lo alto sobresale, no ya especie de cruz, sino más bien la misma cruz fuera. Porque pues el número trecentenario la letra Tau contiene, que la figura de la cruz exhibe, no inmerecidamente en estos trescientos siguiendo a Gedeón, todos aquellos fueron designados, a los cuales se dice: «Si alguno quiere venir tras de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz cada día, y sígame (Luc. IX)». Quienes ciertamente siguiendo al Señor tanto más verdaderamente la cruz toman, cuanto más ellos mismos acremente son afligidos, y hacia los delincuentes prójimos, o necesitados por el incendio de la piadosa compasión son inflamados. De donde por Ezequiel se dice: «Signa Tau sobre las frentes de los varones que gimen y duelen sobre todas las abominaciones que se hacen en medio de Jerusalén (Ezech. IX)». O ciertamente en estos trescientos, que en la letra Tau se contienen, esto se expresa, que el hierro de los enemigos por el leño de la cruz es superado. En el mismo también misterio de la cruz, Abraham el triunfo vencedor obtuvo, que cinco reyes con trescientos diez y ocho vernáculos debeló (Gen. XIV). El misterio de la cruz también aquella en sí arca del diluvio contuvo, cuya longitud de trescientos haber sido codos la Escritura define (Gen. VI).

Además, así como Noé con los suyos por el agua y el leño es salvado, así también la familia de

Cristo por el agua es salvada y por el leño, mientras y por el bautismo de salud es lavada, y por la impresión de la vivificante cruz es signada. La cual arca ciertamente para que en el sacramento del humano cuerpo de Cristo se vea equiparar la medida, trescientos haber tenido codos en longitud, cincuenta en latitud, treinta en verdad en altitud se dice. Pues trescientos el número cincuentenario seis veces, y el trecenario en sí diez veces incluyen. Y la longitud del cuerpo humano, desde el vértice ciertamente hasta los pies, seis veces tanto tiene como la latitud, que es desde la derecha hasta la izquierda, y diez veces tanto como la altitud, que es delante y detrás. Así ciertamente el arca tanto en el trecentenario número de su longitud la especie de la cruz, como en la proporción de toda su dimensión la figura tiene del cuerpo Dominical. Y así como siete almas se donan a Noé, para que por el leño sean salvadas en las ondas, así siete Iglesias del septiforme Espíritu repletas son salvadas en Cristo por el leño de la cruz y el agua del bautismo. Por el leño ciertamente a la servidumbre el príncipe de la soberbia nos sometió, por el leño el autor de la humildad en los títulos de la libertad nos revocó. Por el leño el tirano perpetuo nos relegó al exilio, por el leño el mitisimo Rey herederos nos decretó en el reino. Por el leño somos a la custodia de los puercos y a la indigencia de las algarrobas devueltos; por el leño también a los paternos somos abrazos restituidos, y percibida la estola con el anillo en el consorcio de la prístina heredad somos admitidos. El leño nos al improbo exactor

censados nos rindió, el leño todas a la vez las tributos de nuestro inagotable crédito pagó. Por el leño además por el sorbo de la perenne fuente nos secamos, por el leño por el rocío de la celestial gracia más copiosamente somos inundados.

Esta plenamente inundación de los celestiales carismas Moisés típicamente figuró, cuando en Cades, que es en el desierto de Zin de la divina promesa dudando larguísimas aguas el sílice golpeando, produjo (Num. XX). Por los pecados a saber del pueblo, lo que y él ya había hecho de nuevo se poder hacer desconfió, y por ello en la tierra de la repromisión a ese mismo pueblo prohibiéndolo el Señor de ningún modo introdujo. La cual ciertamente duda, y las palabras del mismo Moisés atestiguan, cuando dice: «Oíd, rebeldes e incrédulos, ¿acaso de esta piedra para vosotros agua podremos extraer?» (Ibid.) Como si dijera, nosotros no valemos lo que sobre las fuerzas de la humanidad es, hacer, porque vosotros no aceptáis lo que humano es cumplir; ni signo podemos por la virtud de la divinidad mostrar, porque vosotros nunca desistís de a Dios por la contumacia de la rebelión contrariar. Pero la piedra aquella, según el Apóstol, Cristo era (I Cor. X).

Se acerca, pues, la vara al sílice, y el agua que ha de ser sorbida por los pueblos es producida; se aplica la cruz a Cristo, y los corazones de todos los creyentes por la gracia del Espíritu Santo son irrigados. Pues esta es la piedra de la que por Zacarías se dice: «Sobre la piedra, dice, una siete ojos hay (Zach. III)». El cual sacramento se

reconoce que ni el mismo Moisés por el espíritu ignoró, si de él sutilmente las palabras se sopesan: «Abre, dice, Señor, tu tesoro la fuente de agua viva, para que saciados, cese la murmuración de ellos (Num. XX)». Pues ni con tan magníficas y divinas palabras el elemento describiría de las cavernas ciertamente de la tierra profluo, y de ahí en adelante en los conductos de los sucesos a ser vertido. ¿Acaso fue digno, a las viles aguas llamar tesoro de Dios? Pero el tesoro de Dios aquel sin duda alguna nombra, del cual el Apóstol dice: Que en el pecho de Jesús están todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia escondidos (Col. II). También la fuente de agua viva a aquella la presenta, de la que se dice: «El que beba del agua que yo le daré, se hará en él una fuente de agua que salte a la vida eterna (Joan. IV)». De lo contrario, ¿por qué consecuencia de razón diría: «para que saciados, 252 cese la murmuración de ellos?», cuando después el mismo pueblo murmurando, dice: ¿Por qué nos sacaste de Egipto, para que muriéramos en la soledad? (Num. XXI) Falta el pan, no hay aguas, y otras muchas cosas que la prodigiosa demencia tumultuado vomitó. Mas afectado por el tedio Moisés de tan dura, y sediciosa multitud, el advenimiento ansiosamente suplica del Salvador. Así como también entonces había pedido, cuando decía: «Te ruego, Señor, envía a quien has de enviar (Exod. IV)». Lo que empero la piedra no creyendo golpeó, y por ello a la prometida tierra con el pueblo no llegó, al pueblo significa de los judíos, que ciertamente no creyendo que Cristo era la virtud de Dios, en

el leño lo suspendió, y por ello en la tierra de los vivientes entrar no mereció.

Pero, ¿en qué modo intentamos aquellas cosas que en las divinas letras se contienen de la cruz en uno los ejemplos recoger, cuando vemos toda la serie de la sagrada elocuencia a este terrible signo por cierta intención del espíritu servir? Pues este es el propiciatorio, que los dos querubines con los rostros vueltos entre sí mutuamente miran, porque en aquel que en la cruz está suspendido, los dos Testamentos, el Nuevo a saber y el Viejo, concorde e indiferentemente atienden. Dice, pues, Juan: Que «él mismo es la propiciación por nuestros pecados (I Joan. II)». Y Pedro de los Padres hablando, dice: «Por la gracia de Cristo creemos salvarnos, al modo que también ellos (Act. XV)». La cruz por tanto es la concordia de las Escrituras, y un límite cierto y confluencia de lo viejo y de lo nuevo. La cruz lo celestial y lo terreno confedera; la cruz a los hombres a la vez y a los ángeles en la unanimidad de la antigua concordia reforma. La cruz finalmente es la muerte de los vicios, y de todas fuente y vida de las virtudes. La cruz para los insipientes es senda, para los que corren vía, para los que llegan descanso es seguro. La cruz es para los novicios donativo, para los que militan vigor, para los eméritos ciudadanía. La cruz es de los que fuertemente actúan, virtud, recuperación de los que caen, corona de los vencedores. La cruz la muerte inflige momentánea, y la vida compensa eterna. La cruz nos de lo terreno despoja, para que de lo celestial nos enriquezca; a tener hambre enseña, para que sacie; la humildad prescribe,

para que exalte; la paciencia adhiere, para que corone. La cruz es en los que viven en Cristo regla, expresa norma de justicia, y disciplina para todas las probas costumbres. La cruz al diablo aterra, para que huya; a los ángeles, para que a nosotros entren, invita; de los pensamientos los fantasmas reprime, y al Espíritu Santo en los castos y limpios pechos introduce. Finalmente la cruz a los cansados recrea, a los enfermos fortalece, y los vacilantes secretos de la desesperada mente conforta.

¿Y qué más diré? Puesto que por la cruz el Rey de la gloria tanto de la cadena del cruento depredador nos arrebató, como de los tártaros claustros violento invasor irrumpió. A todos además los elegidos de los vínculos de la antigua condenación absolvió, a los cuales también consigo por la gloria de la resurrección resucitó. ¿Qué, digo, del pregón de la bienaventurada cruz referiré? cuando tanto al ladrón al cielo, como a la verdad primicias de su fruto, introdujo, y por este las puertas del paraíso, que de ahí en adelante los elegidos todos subirían, abrió. En verdad aquel querubín, que la espada de la exclusión había recibido, el signo en él de la cruz miró, al cual de ningún modo contradictor se opuso; ni de aquella cruz ciertamente, que llevó, sino de aquella más bien, cuyo misterio creyó, en cuya virtud esperó, diciendo: 253 «Acuérdate de mí, Señor, cuando vengas en tu reino (Luc. XXIII)» ¡Y oh tal del condenado mira libertad! ¡oh de tu justificador inmensa potencia! Juzgado juzga, y adicto al crimen, el crimen por la potestad relaja. A la misma

además cruz, en la que pende, y en cierto modo trono de la dictante censura hace, y entre ladrón y ladrón, como ya entre corderos y cabritos, los derechos de la equidad discierne. Había dicho el Señor: «Yo si fuere exaltado de la tierra, todo lo atraeré a mí mismo (Joan. XII)».

De aquellos por tanto, que debían ser atraídos, el ladrón previo fue, al cual pronto dice: «Hoy conmigo estarás en el paraíso (Luc. XXIII)». A quien pues del lazo de la perpetua muerte primero atrajo, a este a la vida primariamente introdujo. Por la cruz por tanto, más bien por aquel, que suspenderse en la cruz se dignó, todas las cosas han sido instauradas, todas bendecidas, todas por el rocío de la celestial gracia infundidas. Especialmente la humana mente, que estéril era, amarga, e insípida, al advenimiento del Salvador fértil, y dulce hecha, de la divina además sabiduría con la sal fue condimentada. Lo cual ciertamente bastante expresamente figuró aquel del profeta Eliseo milagro. Pues cuando los varones de Jericó se quejaban de que las aguas eran pésimas y la tierra estéril: «Traedme, dijo, una vasija nueva, y echad en ella sal (IV Reg. II)». Después a la fuente de las aguas la sal aquella sumergió, y así las aguas de toda muerte y esterilidad sanó. Lo cual ciertamente, para que todo en breve sermón concluya, nada otro insinúa, sino que el Verbo carne se hiciera, y habitara entre nosotros. ¿Qué pues las aguas, sino los mundanos pueblos son? ¿Qué la vasija nueva, sino el cuerpo Dominical, por ninguna mancha de la prevaricación antigua ennegrecido, por ninguna abusión del viejo hom-

bre gastado? ¿Qué además la sal, sino la celestial sabiduría?

La sabiduría por tanto del Padre al cuerpo descendió humano, y así a la fertilidad y de la vital inteligencia dulzura todas de los fieles convirtió las mentes. La cual dulzura ciertamente tanto tiempo yació oculta, hasta que la sal se sumergiera en el agua, esto es, hasta que aquel pendiera en la cruz, que dijo: «Sálvame, Dios, porque han entrado las aguas hasta mi alma (Psal. LXVIII)». Desde entonces pues el hombre aprendió qué debía apetecer, qué evitar.

Entretanto, hermanos míos, no os pese del sacramento de la Dominical pasión, o de la encarnación algo sutil conocer, y brevemente dicho más estrechamente a la memoria encomendar. En seis días ciertamente Dios omnipotente todas sus obras fundó, y al sexto día al hombre a su imagen, y semejanza formó (Gen. I, II). En la sexta también edad del siglo el Hijo de Dios fue hecho Hijo del hombre, para que nos reformara a la imagen de Dios. En el sexto además día el mismo Señor padeció, para que en aquel día ciertamente el hombre fuera por su muerte redimido, en el que antes por su operación había sido plasmado. En el mismo además día de la costilla del varón fue formada Eva, en el que del lado de Cristo por el agua y la sangre salió la Iglesia.

Veamos por tanto cómo por el mismo número senario el templo del cuerpo Dominical por el arte de la divina providencia haya sido construido. Aquel templo de Jerusalén, ciertamente, por los cursos de cuarenta y seis años había sido

fabricado; de donde también se dice al Señor por los judíos: «Cuarenta y 254 seis años fue edificado este templo, ¿y tú en tres días lo reedificas?» (Joan. VIII.) El cual número ciertamente si por el senario se multiplica, todo el tiempo en que el Señor en el útero de su madre permaneció, se cumple. Pues cuarenta y seis veces seis, doscientos setenta y seis días se hacen. El cual número de días completa nueve meses y seis días, los cuales ciertamente como diez meses a las mujeres que paren se imputan. No porque todas las mujeres al sexto día después del noveno mes para parir lleguen, sino porque en tantos días, al parto conducida la misma perfección del cuerpo Dominical se comprueba, según se transmite de los mayores, y por la firme autoridad de la Iglesia se custodia. Pues en el octavo de las calendas de abril se cree que fue concebido, en el cual día también padeció. En aquel día ciertamente fue sepultado en un monumento nuevo, donde ni antes, ni después alguien de los muertos fue puesto, en el que fue concebido en el útero de la Virgen, donde consta que ningún semen de los mortales fue sembrado. Mas se transmite que nació en el octavo de las calendas de enero.

Desde el mismo por tanto día de la concepción hasta el día de la Natividad, doscientos setenta y seis días se encuentran, que contienen el número senario cuarenta y seis veces. Por el cual número por tanto aquel templo de piedra antiguamente fue edificado, por el mismo también número el templo del cuerpo Dominical por el senario fue perfeccionado. Guardada solamente esta discre-

ción, que en la construcción del templo el número de los años se pone, pero en la edificación del cuerpo del Señor el cálculo de los días se computa.

El número de los años por tanto de aquel templo antiguo si por el senario se multiplica, todos los días en que permaneció el Señor en el vientre virginal se completan. Conjunto por tanto el número por el cual Dios sus obras hizo, con aquel por el cual el templo fue fundado, el cuerpo del Señor se efectúa, para que se nos dé a entender que por aquel templo de la divinidad, que en el útero de la Virgen fue construido, todas las obras de Dios han sido restauradas. Como dice el Apóstol: «Porque propuso Dios en la dispensación de la plenitud de los tiempos instaurar todas las cosas en Cristo, las que están en los cielos y en la tierra en él (Ephes. I)». Pero este templo del cuerpo, que la divina providencia quiso que por el número senario se hiciera, disuelto en tres horas por la impiedad judaica, en tres días lo reedificó, como él mismo dice: «Disolved este templo, y después de tres días lo reedificaré. Esto, dice el evangelista, decía del templo de su cuerpo (Joan. II)». Ni es maravilla, si lo que por el senario fue hecho, por el ternario sea disuelto, por el ternario también de nuevo edificado, pues el mismo senario, así como crece del ternario, así no obstante en el ternario se resuelve. Pues uno, y dos, y tres, seis se hacen: y recíprocamente la mitad del senario son tres, la tercera parte dos, la sexta parte uno. El cual número ciertamente por ello perfecto se dice, porque así de sus partes consta. Un día ple-

namente íntegro, y dos noches en el sepulcro el Señor yació; porque por una muerte de su cuerpo de dos nos libró, de la muerte a saber del alma y del cuerpo. Y rectamente por el día la muerte del Señor se designa, por la cual somos reducidos a la luz. Mas nuestra muerte, ambas por la noche, la cual ciertamente a nosotros por el pecado se debe. Todo empero este triduo en el sacramento de la humana salud se expende evidentísimamente. Pues en el sexto día 255 padeció, en el sábado en el sepulcro descansó, el día del Señor resucitó. Mas toda esta vida es para nosotros el sexto día; porque ciertamente se nos manda llevar la cruz tras el Señor. Mas desde el día de nuestra salida hasta el juicio casi como un sábado se conduce, porque mientras tanto las santas almas disfrutan de bienaventurado descanso. Mas en la resurrección de los cuerpos nos nace el día pascual, que por ningún fin se concluye, sino que por la jovialidad de la perpetua alegría se celebra.

Para que, por tanto, podamos llegar a este día del Señor a través del Sábado de manera congruente, es necesario que nosotros, llevando ahora la cruz tras Jesús, celebremos continuamente el sexto día. De lo contrario, si en un orden invertido, viviendo ahora bajo la ley de la carne, pasamos como si fuera el día del Señor, sin duda alguna después cambiaremos no el gozo por el gozo, sino por la tribulación. Pues de aquí es que el Señor, así como vivió cuarenta días en el desierto, y estuvo con los discípulos otros tantos después de la resurrección; así también desde el mismo momento de su muerte, hasta el amane-

cer de la resurrección, tuvo cuarenta horas. Así como, por tanto, por el número de aquellos días, así no obstante también por el de las horas que hemos dicho, se expresa el tiempo de toda nuestra vida, para que así como él permaneció muerto por el número cuadragenario de horas, así también nosotros, muriendo con él mientras vivimos aquí, vivamos siempre en la mortificación de la carne.

Para vencer, por tanto, al diablo, nuestro emperador nos exhibió la insignia de la cruz; y para que no nos pareciera pesada, él mismo la llevó primero. Finalmente, este sello de nuestra salvación no solo lo imprimimos en las cosas sagradas o que han de ser consagradas, sino que también lo aplicamos a los alimentos o a cualesquiera cosas domésticas; para que evidentemente aparezca que tanto el hombre, como todas las cosas que son necesarias para el uso humano, por la virtud de este signo son absueltas del derecho de los demonios. Pues también en el mismo patíbulo de nuestro Redentor, con tanto magisterio no de arte humana, sino divina, fue equilibrada la bienaventurada cruz; que la cabeza del Señor tendía hacia el oriente, los pies hacia el occidente, la derecha hacia el norte, la izquierda hacia el mediodía; para que excluyera al príncipe del mundo de todas las regiones por todas partes, mientras ocupaba los climas del mundo cuadrifinio por la forma cuadrada de la cruz. De donde también él mismo dice: «Ahora es el juicio del mundo, ahora el príncipe de este mundo será echado fuera (Juan XII)». Así, así ciertamente convino que el

invasor de todos fuera echado por todos a la vez; tal hostia debió ser inmolada por la salvación de todo el mundo, la cual tanto por el sacramento mirara a todas las cosas, como por la virtud liberara a todas. Entonces claramente estaba la cruz humillada con el Señor, he aquí que vendrá exaltada con el Señor.

No quiero que se os oculte, hermanos míos, que en el día del tremendo examen la bienaventurada cruz es traída en los brazos de los ángeles, y es puesta ante los rostros de todos los mortales. No adornada ya con oro o gemas, sino que será más radiante que el sol o las estrellas por la virtud divina. Ciertamente será propuesta entonces para la gloria de aquellos que, amándola, la abrazaron por caridad, y por el contrario para el oprobio de aquellos que no quisieron llevarla tras su Redentor. Pues, por callar entre tanto de estos que lo traspasaron, y porque se lamentarán sobre sí todas las tribus de la tierra, todo aquel en quien entonces no se vea la figura de este signo salutífero, como extraño y desconocido entre los réprobos, dictándolo la justicia, es rechazado: mas los que son encontrados marcados con la impresión de este título divino, porque se han hecho imitadores de su Redentor en la pena, entonces serán hechos partícipes con el mismo Juez en la gloria.

Entonces, por tanto, se hará lo que dice el Apóstol: «Porque cuando haya entregado el reino a Dios Padre, cuando haya evacuado todo principado, y toda potestad, y virtud, la crudelísima muerte será destruida (I Cor. XV)». Mas entregar el reino al Padre no es ciertamente otra cosa, que

conducir a los que creen en él a los arcanos de la divina contemplación. Entonces se cumple aquella visión del profeta Zacarías (Zac. III), por la cual ciertamente contempló a Jesús, gran sacerdote con hábito sucio; y vencido y reprendido el diablo, que estaba para su acusación, pronto Jesús es despojado de la sucia vestidura, y es vestido con el indumento de honor y de gloria. Pues el cuerpo de Jesús se llama Iglesia, la cual ciertamente ahora en la herrumbre de esta peregrinación se ensucia como con una sucia vestidura de tribulaciones y presiones. Pero entonces, condenado y reprobado el diablo, la santa Iglesia, despojada de lo sucio, es vestida con la estola de la bienaventurada inmortalidad, y del luto de la peregrinación es trasladada a la patria del descanso eterno. Como en el salmo de la dedicación se canta perspicuamente: «Convertiste —dice— mi llanto en gozo para mí; rasgaste mi saco, y me ceñiste de alegría (Sal. XXIX)». De los réprobos también se cumple entonces aquello que se dice por Ezequiel: «Pasad por la ciudad, y herid; no perdone vuestro ojo, ni tengáis misericordia; al anciano y al adolescente, y a la virgen, a los párvulos y a las mujeres matad hasta la exterminación; mas a todo aquel sobre el cual viereis la Thau, no matéis (Ez. IX)». Acabado, por tanto, el juicio, con la misma cruz todos los justos a la vez son promovidos al reino, cuyo suplicio antaño, ya en paz, ya en persecución, sobrellevaron. En aquella, por tanto, gloria de inmortalidad, siempre miran la cruz espléndidísima, y se felicitan inefablemente de tener ante sus ojos el signo de la victoria, por

el cual fueron redimidos y vencieron al mundo. Por eso también alternan continuamente las alabanzas de su Salvador, y dándole siempre gracias, saltan de gozo en aquella amenidad de perpetua jovialidad.

Así pues, también a nosotros nos place exclamar en alabanza de la bienaventurada cruz: ¡Oh bienaventurada cruz, que mereciste suspender en nuevo equilibrio a aquel a quien el cielo y la tierra no pueden sostener! ¡Oh cruz más pura que el vidrio, más rutilante que el oro, que como con gemas y margaritas florecientes, estás adornada con los miembros del Salvador! ¡Oh cruz más brillante que la luna, más espléndida que el sol, que ante la magnitud de la divina luz, precedes al resplandor de las estrellas y a todos los astros del cielo! Tú sola entre todos los leños de las selvas fuiste elegida para el oficio de la humana redención. Tú mereciste sostener aquel peso, por cuya virtud el cielo es volteado, la tierra es suspendida, y toda la máquina del mundo se equilibra para no caer nunca. A ti los tártaros temen, los ángeles veneran, y toda criatura de las cosas admira.

¡Oh árbol verdaderamente noble, que procedes habiendo nacido de la tierra terrena, pero expandes tus felices ramas sobre las estrellas del cielo! Antaño, ciertamente, tu fruto era deudor de la gehenna, entonces germinas cedros para el paraíso; y piedras vivas salen de ti, con las cuales se construyen los edificios de la Jerusalén suprema. ¡Oh bienaventurada cruz, porque cuando el sol escondió sus rayos, para no ver el sacrilegio; cuando la tierra tembló, cuando

los elementos vacilantes palpitaron de temor; tú mereciste asistir como compañera inseparable al Señor moribundo, extender tus brazos devotos debajo de él, y además acariciarlo en tu suave regazo! ¡Oh bienaventurada cruz, que eres conspicua por la fijación del Redentor del mundo, y te pones roja purpúrea con la preciosa sangre del Cordero inmaculado! Tú eres la salud del mundo perdido, tú la luz del que está constituido en tinieblas, tú la medicina de los lánguidos, tú la virtud de los que convalecen, tú el puerto para los que peligran, tú el refugio para los que escapan de la fauce de la muerte. Por ti los extranjeros pasan a ser domésticos, y a los que hace poco habían sido huéspedes, los devuelves ciudadanos de los apóstoles. En ti la muerte cruenta, mientras mata, es matada, el autor de la muerte es él mismo extinguido, la vida perdida para los hombres es reparada. Tú armaste la mano de Jael con el clavo, con el cual ciertamente traspasó a Sísara por ambos lados de la cabeza (Juec. IV), y en tipo de la Iglesia degolló al diablo. Tú llenaste la honda de David con la piedra, con la cual golpeó al filisteo Goliat, marcado en la frente, donde ciertamente el profano no tenía tu sello (I Rey. XVII). ¡Oh bienaventurada cruz, a ti la fe de los patriarcas, a ti los vaticinios de los profetas, a ti el senado juez de los apóstoles, a ti el ejército vencedor de los mártires, y las filas de todos los santos te veneran, predican y honran! El olor de tu fragancia vence todos los aromas, tu néctar precede a todas las especies de perfumes y a todas las mieles. ¡Oh bienaventurada cruz, título de gloria, insignia de

victoria, sello de la redención eterna! A ti deben las cosas terrenas que vivan; y además las celestiales que vuelvan a la plenitud de su integridad. Pues por ti el hombre exiliado vuelve a la patria, y el número de los ángeles, que había sido disminuido, se restaura. Tú haces que los siervos de los demonios se hagan hijos de Dios por adopción, y los que antaño eran cultores de ídolos, ahora sean coherederos de Cristo. ¡Oh cruz gloriosa, oh cruz admirable, ante la cual caen los imperios de todo el orbe, a la cual obedecen todos los cetros de los principados, y a la cual se someten las leyes de todos los reinos!

¿Mas por qué nos esforzamos en aplicar exteriormente ornamentos de oro puro o de carbunclo, a los cuales ciertamente cualquier cosa que se les añada, se encuentra inferior y más descolorida? Pues no, ¡oh bienaventurada cruz!, cualquier lengua humana prevalece para igualar tus pregones, en la cual ciertamente la vida eterna pendió, la cual la salud del mundo con su propia sangre regó, y el Verbo del sumo Padre con el singular contubernio de su cuerpo decoró. Solo él, por tanto, es tu alabanza, el que pendió en ti. Pues tú engañaste con nueva arte al diablo, y lo devolviste cautivo de vencedor. Pues tú solías ofrecerle escogidos cebos, y destinar a su insaciable garganta todo lo que te fuera deudor. Mas últimamente tal alimento, oh bienaventurada cruz, ofreciste al que abría la boca y deseaba devorar, que tanto traspasara sus fauces con el anzuelo de la oculta virtud, como vaciara el vientre de la inveterada malicia de estos que ya habían sido absorbidos.

¡Oh cruz gloriosa, que todo lo bendices! ¡Oh cruz bendita, que por todos eres bendecida! Pues tu bendición todo lo santifica, y la bendición de todas las cosas en ti copiosamente redunda. ¡Oh cruz venerable, oh cruz adorable, forma admirable, figura terrible! Pues como fluye la cera ante la faz del fuego, así perecen los pecadores ante tu faz; ni encuentran los fantasmas lugar de demora o de cesión, donde han visto tu sello. ¡Oh cruz amable y dilecta, suave ciertamente y decorosa; con la llama de tu amor todo corazón sano y sabio hierve, después de que la mente fiel se enciende con el fuego de tu caridad, pronto al amor de lo celestial inefablemente se inflama. ¿Quién, por tanto, ¡oh bienaventurada cruz!, te ensalzará con dignas alabanzas, en la cual ciertamente el autor de la vida muriendo perdió a la muerte, y deglutiéndola a nosotros muertos a la gloria de su inmortalidad nos resucitó? Salva, te ruego, bendice y protege, oh figura bendita, al pueblo suplicante, que en tus alabanzas hoy comúnmente se regocija; para que el que quiso que fueras instrumento de nuestra redención, por ti también se digne trasladarnos al consorcio de su gloria: y a los que por ti arrebató del vínculo de la servidumbre, por ti también, según la promesa santa, los constituya herederos en el reino. Salud a él y acción de gracias, alabanza, honor, virtud e imperio, con el Padre y el Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN XLIX.

I. SOBRE SAN MATEO APÓSTOL Y EVANGELISTA. (21 DE SEPTIEMBRE)

La alegría de la solemnidad de hoy, amadísimos, corta todo aguijón de desesperación de nuestras mentes, confirma los corazones vacilantes para presumir de la divina misericordia, e invita a que nos acerquemos con confianza al trono de la gracia, como también el Apóstol exhorta (Heb. IV). Pues ¿quién, oyendo que un publicano fue por el Señor no solo elegido para la clientela del discipulado, sino que además ascendió a la cumbre del senado apostólico, no se animará de inmediato a conseguir el perdón de sus pecados? De la oficina de recaudación, ciertamente, de acumular dinero es trasladado a la cátedra de la Iglesia, y el que antes desempeñaba el oficio de exigir el tributo, fue constituido para ministrar los tesoros de la fe y de las riquezas celestiales (Luc. V; Marc. II): pues entonces con el lucro de una ganancia torpe se afanaba en llenar la bolsa, ahora por la latitud del mundo esparce el sacramento del elocuio celestial.

Entre todos los santos, claramente, que han aportado títulos de victoria sobre el mundo triunfado a la gloria celestial, el bienaventurado Mateo me parece insigne y conspicuo, y que obtiene entre ellos una cierta primacía de dignidad; y, para que lo diga audazmente, no hay nadie después de Cristo a quien más deba la santa Iglesia universal. Pues el que el mundo viva, esta es la causa: porque la luz evangélica nos ha resplandecido. Consta además que Mateo fue el primero de todos en escribir el Evangelio en estilo hebreo;

y así procuró una especie de espejo de la nueva fe para los fieles que eran de la circuncisión. Puesto que, por tanto, este fue el primero en irrumpir para describir el santo Evangelio, como predecesor abrió el camino de escribir a los demás evangelistas, y como guía presentó el estandarte a los que le seguían, y con su ejemplo los incitó a que escribieran. A él, por tanto, le debemos el Evangelio, de quien consta que introdujo el principio de la narración evangélica; y a quien conocemos como primero entre los demás, no dudamos que tiene entre ellos la primacía de un cierto privilegio. Cada uno de los tres evangelistas, sin duda, conoció el libro del bienaventurado Mateo antes de empezar el suyo; y según les fue divinamente inspirado, añadió una no superflua cooperación de su trabajo. Pues de ellos había sido preparar fielmente los ánimos para escribir; mas de Dios era dirigir el estilo hacia aquello que quisiera.

Claramente, así como Moisés es no absurdamente antepuesto incluso a los profetas, y a todos cuantos escribieron algo en el Antiguo Testamento; así el bienaventurado evangelista Mateo por derecho sobresale a todos los que se encuentran que escribieron en el Nuevo. Pues así como aquel tejió el origen del mundo naciente, así este describe la novedad naciente de la Iglesia, como de un cierto mundo espiritual. De donde, templando el Espíritu Santo la pluma, se previó que cada uno antepusiera a sus libros no un inicio diverso, sino uno solo y el mismo, diciendo: «Libro de la generación (Mat. I)». Pero aquella generación produjo hijos de la ira, esta pare hijos de la gracia. Aquella

generación sorteó el paraíso de la tierra, verdeante ciertamente con el decoro de fértiles árboles y hierbas; mas esta mereció el paraíso celestial, afluente con copias de incomparables delicias. De aquel paraíso, sin embargo, el primer hombre por el madero expulsó a la posteridad de su género, el segundo hombre por la cruz nos introdujo en los pastos celestiales. Aquel, mientras narra que Dios dijo: Hágase la luz (Gén. I), muestra la luz creada; este, presentando a Cristo nacido de la Virgen, insinúa al Creador de la luz nacido. Moisés, por tanto, digiere al viejo Adán, y terrenal, al viejo mundo, al viejo Testamento: Mateo empero por lo viejo introduce lo nuevo, por lo terrenal o carnal lo espiritual, por lo temporal lo eterno. Por Adán ciertamente describe a Cristo, por la ley vieja el Evangelio, por el mundo o la tierra floreciente con hierbas y árboles describe la santa Iglesia, germinando diversos víveres de frutos espirituales. «Pues el primer hombre, como dice el Apóstol, de la tierra terrenal, el segundo del cielo celestial (I Cor. XV)»; cual el terrenal, tales también los terrenales; cual el celestial, tales también los celestiales. Hecho fue el primer Adán en alma viviente, el novísimo Adán en espíritu vivificante. Mas no primero lo que es espiritual, sino lo que es animal, después lo que es espiritual.

Moisés, por tanto, describe cómo todas las cosas visibles fueron originalmente fundadas; pero Mateo enseña que no solo las terrenas, sino también las celestiales fueron nuevamente restauradas por la gracia del Mediador de Dios y de los hombres; como dice el mismo Apóstol: «Para

hacernos conocer el sacramento de su voluntad, según su beneplácito, que propuso en él, en la dispensación de la plenitud de los tiempos, de instaurar todas las cosas en Cristo, las que están en los cielos y las que están en la tierra en él (Ef. I)».

Esta renovación del mundo la preveía David, cuando en alguna ocasión constituido ante el Señor oraba. Pues cuando por el profeta Natán la clemencia divina le prometía que de su simiente nacería quien construiría un templo a su santo nombre, y anunciando manifiestamente a Cristo, había añadido: «Yo seré para él un padre, y él será para mí un hijo (II Rey. VII)»; y pronto expresara cómo sería en el futuro la Iglesia, que es el cuerpo de Cristo, diciendo: «Y será fiel tu casa, y tu reino hasta la eternidad ante mi faz, y tu trono será firme continuamente». Él, dando gracias, entre las demás palabras de su oración dijo así: «Pero también esto ha parecido poco en tu presencia, Señor Dios mío», porque me has amado, «si no hablaras también de la casa de tu siervo para lo lejano»; y pronto subvirtió: «Esta es, pues, la ley de Adán, Señor Dios». Como si perpetuamente dijera: Así como en el exordio de este mundo terrenal constituiste a Adán padre de la posteridad que había de seguir, y de esta raíz decretaste que brotara la progenie de todo el género humano; así ahora, cuando dispones renovar el mundo, me haces como un nuevo Adán, mientras prometes que de mi simiente nacerá Cristo, que es el autor y cabeza de la Iglesia. «Esta es —dice— la ley de Adán», porque así como aquel había de poseer

este mundo visible en sus hijos; así también yo soy hecho padre de un pueblo espiritual en Cristo, para reinar perpetuamente con aquel que está en los cielos. Pues así como de su costilla fue formada Eva madre de los vivientes (Gén. II); así del costado de Cristo, que de mí ha de nacer, saldrá la Iglesia que ha de vivir perennemente. De este nuevo y espiritual mundo está escrito: «Del Señor son los quicios de la tierra, y puso sobre ellos el orbe (I Rey. II)». Pues el orbe se pone sobre los quicios de la tierra, cuando la santa Iglesia se consolida sobre las doctrinas evangélicas como sobre bases. De la cual también en otro lugar se dice: «Sus fundamentos en los montes santos (Sal. LXXXVI)». Pues los que allí eran quicios, aquí son llamados montes.

Con el número de los evangelistas concuerda claramente tanto la situación del mundo como el curso de los tiempos; porque tanto hay cuatro partes del mundo, como otras tantas son las diversidades de los tiempos. No es, por tanto, maravilla si el mundo espiritual se compara con este visible, mientras se reconoce que ambos tienen entre sí algunas similitudes.

Y hay que notar que el sumo arquitecto, a saber, Dios omnipotente, mientras construye la fábrica de este mundo espiritual, esto es, de la santa Iglesia universal, sobre los cuatro evangelistas como sobre otras tantas columnas, ordena dos más potentes y egregias a ambos lados, sobre las cuales recaiga todo el peso de la máquina naciente; mas situó dos menores en medio, y así distingue la belleza de la fábrica celestial con

alterna variedad, para que la pluralidad pertenezca al fundamento, y la diversidad al ornato, y la obra divina así permanezca inconmovible en su fortaleza, que sea también conspicua por su variedad. Estas son, finalmente, las cuatro columnas de las que se dice a Moisés, cuando se fijaba el tabernáculo en tipo de la Iglesia: «Harás cuatro columnas, y sus bases vestidas de plata (Éx. XXVII)». Pues en la plata, ¿qué otra cosa sino la claridad del sermón divino se entiende? Como está escrito: «Las palabras del Señor, palabras castas, plata examinada por el fuego, probada de la tierra (Sal. XI)». Las bases, por tanto, vestidas de plata sostienen las cuatro columnas del tabernáculo, porque los predicadores de la Iglesia, decorados con el elocuio divino, para que en todo se ofrezcan como ejemplo, llevan los dichos de los cuatro evangelistas tanto en la boca como en las obras.

Por estas sentencias, y otras de este tipo que brillan en la descripción evangélica, queda claro que el bienaventurado Mateo estuvo más tenazmente ocupado que los demás en seguir la estirpe real del Señor. Pues cada uno de los santos evangelistas guarda su propio y especial orden, y persevera en la custodia de la intención con la que comenzó. Pues Juan se ocupa más plenamente en declarar la esencia de la divinidad en Cristo. Mateo, en cambio, como se ha dicho, muestra la dignidad real. Marcos, por su parte, parece ser su acompañante o abreviador, mientras camina siguiendo sus huellas, y así concuerda con él en casi todo, ya sea con las mismas palabras o con

el mismo sentido, de modo que no se aparta de la senda del que le precede. Lucas también mantiene su propio modo y orden, mientras describe la estirpe sacerdotal y la persona del Señor; y así, a través de toda la serie de su estilo, persiste en esta intención, de modo que no deja de ocuparse del templo o de los sacerdotes hasta el final del Evangelio. Pues, ¿qué otra cosa reúne el comienzo mismo de su narración sino los nombres de diversos sacerdotes? «Hubo», dice, «en los días de Herodes, rey de Judea, un sacerdote llamado Zacarías, del turno de Abías, y su mujer era de las hijas de Aarón (Lc 1)». Poco después sitúa al mismo Zacarías en el templo ante el altar, e introduce a la Virgen María en la casa del sacerdote. En el cuadragésimo día de la Natividad lleva al niño al templo con ofrendas (Lc 1), y también lo entrona a los doce años en el templo, oyendo e interrogando entre los doctores. Luego narra que los padres del Señor subían todos los años a Jerusalén al templo en el día de la solemnidad de la Pascua.

Finalmente concluyó su Evangelio con este fin, diciendo: «Ellos, adorando, regresaron a Jerusalén, y estaban diariamente en el templo alabando a Dios y bendiciendo al Señor (Lc 24)». Pues el mediador de Dios y de los hombres, según la naturaleza humana, quiso ser uno y el mismo rey y sacerdote, para que nos rigiera por los poderes de la cumbre real, y nos expiara por el oficio del sacerdote. Estas dos personas, en efecto, fueron especialmente encomendadas por los Padres bajo la figura de Cristo, a quien Dios dio,

por principal y singular prerrogativa, el trono de David su padre, para que su reino no tuviera fin, y para que fuera sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec (Sal 109).

Mateo y Lucas dividen, pues, la dignidad de cada ministerio entre sí de tal manera que uno indica el reino de Cristo y el otro el sacerdocio. Pues el Espíritu Santo dispensa los derechos de su propio poder a través de sus instrumentos de tal modo que, mientras uno habla a través de dos, se expresa una cierta diversidad de palabras por parte de quienes sienten lo mismo. De ahí que cuando Mateo, que había asumido la descripción de la persona real del Señor, enumera reyes en el contexto de la genealogía; Lucas ascendió hasta el mismo David no siguiendo el esquema real, sino que, a través de los que no habían sido reyes, salió hacia Natán, hijo de David, que tampoco fue rey. Por lo cual se dispuso divinamente que no tuviera un compañero subsiguiente que mantuviera la serie de su estilo, ya que el sacerdote entraba solo en el Santo de los Santos, y por tanto este está aquí sin compañero, porque se ocupa especialmente del sacerdocio del Señor; Mateo, en cambio, como se dijo antes, tuvo a Marcos como abreviador y seguidor, porque describió la dignidad real de Cristo enumerando a los reyes. Pues es propio de la sublimidad real no caminar sin el obsequio de los compañeros.

Sigamos también nosotros a este líder, mis amadísimos hermanos, no abreviando el Evangelio, sino guardando los preceptos evangélicos. Sigámoslo como guía del camino hacia la vida.

Imitemos su saludable ejemplo, quien tan pronto como oyó el mandato del Salvador que lo llamaba (Mt 9), no vaciló, no buscó dilaciones para disponer de sus asuntos, ni los consejos compartidos de los amigos, sino que al punto despreció las riquezas, renunció a sus parientes, rompió los vínculos de los afectos carnales, y así, desatado, se apresuró alegre y diligente tras las huellas de Cristo, como si tras un naufragio hubiera llegado a puerto, cantó aquel estribillo divino: «Rompiste, Señor, mis cadenas, te sacrificaré hostia de alabanza (Sal 115)». O aquello que la esposa modula en el Cantar de los Cantares: «Apenas los hube pasado, encontré al que ama mi alma, lo retuve y no lo soltaré (Cant 3)», el cual es bendito por los siglos. Amén.

SERMÓN L.

SOBRE SAN MATEO APÓSTOL Y EVANGELISTA. (21 SEPT.)

¡Oh, cuán dulce, cuán agradable, cuán deleitable es esta festividad, hermanos míos, en la que ciertamente el pecador se enciende en el amor de Dios; se aumenta la fe; la mente, que desconfiaba, se yergue; se colma la gracia de la esperanza cierta! Pues lo que en otras partes se nos instruye con palabras, aquí lo experimentamos con obras vivas. Leemos, en efecto: «Haced penitencia (poenitentiam); porque se acercará el reino de los cielos (Mt 3)». Entre la penitencia, por cierto, y el reino de los cielos no hay nada en medio. Esta ínclita festividad no sólo da a los penitentes espe-

ranza del reino de los cielos, sino que también narra al penitente el principado de la excelencia celestial que le ha sido otorgado. Pues ¿quién no sabe que el bienaventurado Mateo fue recaudador de impuestos (telonarium), y por tanto pecador? (Mt 9, 10; Mc 1). Lo cual ciertamente él mismo no calla, mientras se declara a sí mismo publicano (publicanum) en el mismo catálogo de los apóstoles: «Tomás», dice, «y Mateo el publicano (Lc 5)»; mientras que los otros evangelistas lo llaman más bien Leví, para no hacer notable a su compañero, o más bien al primado de la obra evangélica. Pero él mismo afirma que es publicano por esta razón: para mantener en sí la regla de la humildad e inflamar nuestras mentes para esperar el perdón de los pecados. Como si con su coapóstol él mismo dijera también: «Cristo vino a este mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero; pero por eso alcancé misericordia, para que en mí primero mostrara Cristo Jesús toda paciencia como ejemplo de los que han de creer en él para la vida eterna (1 Tim 1)».

Nos provoca, pues, ahora a esperar el perdón con la palabra, como antaño incitó con el ejemplo a los que estaban presentes. Pues él mismo dice: «Porque sucedió que, estando Jesús sentado a la mesa en la casa, he aquí que muchos publicanos y pecadores, viniendo, se sentaron a la mesa con Jesús y sus discípulos (Mt 9)»; donde ciertamente estaba también Mateo. Pues si este no estuviera presente con los discípulos del Señor, los pecadores no se atreverían a acercarse al Señor con tanta

familiaridad. Si no vieran a un pecador adherido a la compañía (contubernio) del Salvador, aquellos a quienes la enormidad de sus crímenes acusaba, a quienes la conciencia remordía, no habrían presumido en modo alguno de acercarse.

Pero cuando este se ocupa en diligente servicio al Señor, e incluso participa de la mesa, hecho colega en el convite, exhorta a los pecadores a la fuente de la piedad con su ejemplo. ¿Cuánto más confiadamente somos ahora provocados por él a esperar la misericordia, a quien vemos ciertamente elevado a la cumbre de tan gran sublimidad? Quien al mismo tiempo fue llamado al orden apostólico y obtuvo la dignidad angélica. ¿Quién no sabe que la palabra evangelista deriva del vocablo angélico? No sólo, por tanto, es apóstol, sino también evangelista. Y, si se me permite decir así, no sin razón es llamado el evangelista de los evangelistas, quien es hallado como líder, predecesor y primero de todos. Por lo cual, también de aquella cuadriga (quadrigae) celestial que Juan afirmó haber visto en el Apocalipsis (Apoc 4), o Ezequiel contempló en visión profética (Ez 10), este puede ser llamado con propiedad no sólo parte, sino incluso auriga. Quien, al irrumpir el primero a escribir el Evangelio, tendió como una cierta línea precediendo; y designó la senda de rectitud por donde los demás corrieran; de modo que, como se dice de Elías (2 Re 2), este también sea merecidamente llamado el carro y el auriga de aquel místico sacramento.

A ninguno de los mortales claramente ha concedido Dios omnipotente esto: que estas dos

cumbres de preeminentes dignidades concurran al mismo tiempo en una sola persona, a saber, que alguien sea apóstol y evangelista, excepto a Mateo y a Juan; de los cuales, ciertamente, uno fue publicano y el otro es virgen. Y esto por la profunda dispensación del consejo divino. A saber, para que aquel se mostrara como guía ante los pecadores hacia la fuente de la misericordia, y este fuera ejemplo para los custodiados e inocentes; a fin de que la magnitud del crimen cometido no sea obstáculo para los caídos, y la puerta abierta de la gracia celestial invite a los limpios y a los que no están abrumados por ningún crimen.

Además, así como se lee que el Fisón (Phison) es el primero entre los ríos del paraíso (Gén 2), así este es hallado el primero entre los santos evangelistas. Y bien se adapta a sí misma esta comparación; Fisón, en efecto, se interpreta como «cambio de boca» (oris mutatio). Pues él mismo cambió su boca, la cual ciertamente trasladó de las palabras seculares a la predicación del Evangelio; y lo que antes había sido suyo carnalmente, hizo que fuera de Dios. Diciendo el Señor por el profeta: «Si separares lo precioso de lo vil, serás como mi boca (Jer 15)». Sucedió, pues, en el bienaventurado Mateo lo que está escrito: «Porque donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia (Rom 5)». Pues así como es verdadera aquella sentencia de la Escritura por la cual se dice: «Que no hay diferencia para la virtud divina, sea en muchos o en pocos, para vencer (1 Re 25)»; así también para la piedad divina nada difiere perdonar los pecados más pequeños o los graves. En

este hombre egregio, por tanto, abundó maravillosamente la gracia divina, a quien ciertamente concedió una doble prerrogativa: no sólo predicar el Evangelio con los apóstoles, sino también escribirlo con los evangelistas; y para que sobresalga aún más excelentemente, obtiene el primer lugar en el orden de aquellos que, entre los demás santos, son insignes y admirables.

En verdad, estos son aquellos santos animales que por todas partes se describen llenos de ojos (Ez 1), en los cuales, como en verdad en los Querubines (Cherubin), exhuberó la plenitud de la ciencia; su aspecto es como carbones de fuego ardiente, y representan la apariencia de lámparas como si irradiaran. Siempre caminan ante su faz, hacia donde ciertamente son impulsados por el ímpetu del espíritu. Estas, además, son aquellas cuadrigas (quadrigae) que el profeta Zacarías designa cuando dice: «Y me volví, y vi, y he aquí cuatro cuadrigas que salían de entre dos montes, y eran montes de bronce (Zac 6)». De las cuales también se dice poco después: «Estos son los cuatro vientos del cielo, que salen para estar ante el dominador de toda la tierra (dominatore omnis terrae) (Ibíd.)». Y ha de notarse que no se dice una sola cuadriga de los cuatro evangelistas, sino que cada uno de ellos es llamado cuadriga, porque tanto uno está en los cuatro, como los cuatro están en uno, mientras que por la intención de la misma fe lo que se escribe por cada uno se encuentra en todos, y lo que se dice por todos se halla en cada uno.

Los dos montes de bronce, de cuyo medio se dice que salieron, son los dos Testamentos, que a semejanza del bronce son duraderos y sonoros. Porque hasta el fin del siglo no encuentran término, y por todos los espacios del mundo dan su tañido. «Por toda la tierra salió su sonido, y hasta los confines del orbe de la tierra sus palabras (Sal 18)». Los cuales también se relata que son vientos; porque de estos está escrito: «Hacia donde era el ímpetu del espíritu, hacia allí caminaban (Ez 1)». Los cuales también salen para estar ante el dominador de toda la tierra, porque lo que los santos predicadores aprovechan de la fructificación de los fieles, no se lo atribuyen a sí mismos, sino al autor, de quien proceden todas sus ganancias. De los cuales se dice al bienaventurado Job: «¿Acaso enviarás los relámpagos, e irán, y al volver te dirán: Aquí estamos? (Job 38)». Estas son aquellas cuatro hidrias (hydriae) que Elías, al ir a sacrificar, mandó llenar, y derramar tres veces sobre el holocausto (holocaustum) (3 Re 17). Este es aquel cuadrifido curso de ríos que de Cristo, como de la fuente del paraíso (paradisi fonte), progresa y riega los campos resecos del orbe cuadrado (Gén 2). De quien aquel varón sabio dice: «Moisés mandó la ley en los preceptos de las justicias, y la herencia de la casa de Jacob, y las promesas a Israel (Ecli 34)».

Pero para que no nos detengamos más en estas palabras, esta ley, que se llama herencia de la promesa, es el santo Evangelio, que ciertamente fue prometido a los antiguos Padres, pero que nos fue conferido por derecho hereditario al venir

Cristo, donde enseguida se añade: «Puso a David su siervo para suscitar de él un rey fortísimo, para sentarse en el trono de los honores por siempre. Que colma de sabiduría como el Fisón (Phison), y como el Tigris en los días de lo nuevo. Que completa el sentido como el Éufrates, que multiplica como el Jordán (Jordanis) en el tiempo de la cosecha. Que envía la disciplina como la luz, y asistiendo como el Guijón (Gehon) en el día de la vendimia (vindemiae) (Ibíd.)».

Estas cosas, pues, hermanos míos, tan lúcidamente, tan claramente se han dicho de Cristo y de los santos evangelistas, que no necesitan ser expuestas para insinuar esto. Pero mientras oís en las santas y místicas palabras el nombre de vendimia (vindemiae), vosotros que por la ocasión del tiempo tenéis entre manos las vendimias terrenas, debéis recurrir de lo circunstante a lo interior, y pensar con vuestra santa prudencia en la vendimia espiritual. Dice, en efecto, al final de la sentencia: «Que envía la disciplina como la luz, y asistiendo como el Guijón en el día de la vendimia». ¿Quién es aquel que envía la disciplina como la luz, sino aquel que tras el rostro velado de Moisés, cuando el mundo estaba poseído por las tinieblas, introduce la claridad radiante de su Evangelio? Asiste, pues, como el Guijón, de quien también se dice por el profeta: «Nuestro Señor Dios es un río glorioso que salta hacia una tierra sedienta». ¿Cuál es, pues, la viña (vinea) a la que asiste como el Guijón, y no cesa de regar con los humores de su predicación, sino aquella de la que se dice por el profeta: «¿Pero la viña del Señor de

los ejércitos (vinea Domini Sabaoth) es la casa de Israel? (Is 5)». El Señor trasladó esta viña del Egipto (Aegypto) de la antigua ley, y la introdujo en la tierra del Evangelio (terram Evangelii), que mana leche y miel.

Pero de esta viña trajo las primicias aquel racimo (botrus) que dos varones pusieron en un varal (vecte) y llevaron al pueblo israelita (Núm 13). Ciertamente, los dos varones son los dos pueblos, el judío y el gentil. Estos pusieron el racimo en el varal, porque suspendieron al Salvador en la cruz. Pero el que precedía no veía lo que llevaba; el que seguía, lo contemplaba. Y el pueblo de los judíos, que nos antecedió en el tiempo, mientras siempre apartó el rostro de la obediencia, no pudo ver al Señor a quien había llevado en los profetas y en la ley; pero el gentil que sigue lo contempla asiduamente como puesto ante sus ojos. Gedeón figuró este racimo cuando respondió a los efraimitas (Ephrataeis) que lo calumniaban bajo una excusa: «¿Acaso no es mejor el racimo (racemus) de Efraín que las vendimias de Abiezer? (Jue 8)». Pues porque Efraín, que suena como «fecundidad», expresa a la Iglesia, ¿qué se entiende por el racimo de Efraín sino a Cristo? ¿Qué por las vendimias de Abiezer sino la multitud de los sacerdotes judíos? O también por el racimo debe entenderse el pequeño número de fieles de la Iglesia primitiva, pero por la vendimia la multitud de la Sinagoga (Synagogae).

Mejor es, pues, el racimo de Efraín que las vendimias de Abiezer, porque más bienaventurada fue la Iglesia primitiva, que hasta el fin del siglo

se fecunda con la prole de los que renacen, que la Sinagoga, que poco a poco cada día va disminuyendo hasta faltar; por lo cual también se dice a través de Isaías: «Alaba, estéril, la que no pares; decanta alabanzas e himnos, la que no dabas a luz, porque muchos son los hijos de la desierta más que de la que tiene marido; dilata el lugar de tu tienda, y extiende las pieles de tus tabernáculos, no escatimes, alarga tus cuerdas y consolida tus clavos; pues penetrarás a la derecha y a la izquierda, y tu simiente heredará las naciones (Is 54)».

HOMILÍA LI.

SOBRE SAN MATEO APÓSTOL Y EVANGELISTA. (21 SEPT.)

En aquel tiempo: «Cuando pasaba Jesús por su ciudad, vio a un hombre sentado en el telonio (telonio), llamado Mateo (Matthaeum) (Mt 9)». Y lo demás.

Esta ciertamente, cuya simiente hereda las naciones, es la Iglesia, que cada día llama al género humano a través de sus hijos a la unidad de la fe. Esta es de la que se dice en los Salmos, «por la que consigue la herencia (Sal 3, en el tít.)». Esta es la viña a la que se manda cantar alabanzas: como también se encuentra en otra parte en el mismo profeta: «En aquel día la viña de vino puro le cantará; yo, el Señor, que la guardo (Is 27)».

De esta viña también el bienaventurado Mateo conmemora que el Señor dijo: «Porque era un hombre, padre de familia, que plantó una viña,

y le puso una cerca (sepem), y cavó en ella un lagar (torcular), y edificó una torre, y la arrendó a unos labradores, y se fue lejos (Mt 21)». Esta viña salió de aquel racimo (botro) que fue pisado en el lagar de la cruz por los pies de los judíos y de los gentiles, del cual brotó la onda de sangre preciosa, que embriagó saludablemente las mentes mal sobrias de los hombres con el vino de la gracia espiritual. De aquel vino, ciertamente, cuando los apóstoles hablaban en diversas lenguas por el Espíritu Santo, se dijo: «Llenos de mosto (musto) están estos (Hech 2)». ¡Ay de aquel que ayuna totalmente de este mosto, y eructa la resaca (crapulam) del vino terreno, con el que hierve, ingurgitado! «¡Ay de vosotros», dice el profeta, «que sois poderosos para beber vino, y varones fuertes para mezclar la embriaguez (ebrietatem) (Is 5)!» Infeliz claramente quien se mantiene abstemio del vino del Espíritu Santo, y lleva el pulmón hirviendo con los ácidos del vino carnal, cuyo vientre se hincha con banquetes y bebidas, y no esconde el vino de la gracia espiritual en el sótano de su corazón.

Vosotros, en cambio, amadísimos, insistid de tal modo en recoger los frutos de la tierra, que os acordéis también de envasar (convasare) el vino del carisma divino en los recipientes (tunnulis) de vuestras mentes. Pues quienquiera que se divide del prójimo por el fomento de la discordia (discordiae fomitem), no es ave del Señor, sino animal terreno que ignora el vino de la gracia celestial. De ahí que Abraham, cuando sacrificaba, dividiendo los demás animales por medio,

puso ambas partes una frente a la otra, pero a las aves no las dividió (Gén 15): insinuando esto, que quienquiera que por la escisión del odio se divide del hermano, camina terreno por la tierra, y no vuela como ave hacia el cielo; pero quien se eleva a lo alto con las plumas de las virtudes, no conoce la división. Que si temes ser dañado por tus enemigos, a menos que tomes las armas contra ellos, ponte de acuerdo con Dios, y sin duda alguna, apaciguado, no serás dañado por el prójimo: «Pues el Señor», dice, «es mi ayudador, no temeré lo que me haga el hombre (Sal 117)». Lo cual también enseñó el patriarca Jacob, cuando enterró los dioses ajenos. Pues, como atestigua la Escritura (Scriptura) (Gén 35), le dieron todos sus domésticos los dioses ajenos que tenían, y los pendientes que estaban en sus oídos. Y él los enterró bajo la encina que está detrás de la ciudad de Siquem (Sichem). Donde enseguida se añade: «Y habiendo partido, el terror del Señor invadió todas las ciudades de alrededor, y no se atrevieron a perseguir a los que se retiraban (Ibíd.)». Consta, pues, que tan pronto como aplacó al Señor, no temió las armas del furor terreno. Compuesta, pues, la paz entre la casa de Jacob y Dios, toda controversia por doquier es reprimida, sedada por el terror divino.

Por tanto, amadísimos, echad de los vasos de vuestras mentes todas las pestes de la rencilla y del odio; domad como el ímpetu de las bestias feroces los halagos de la carne, extinguid las llamas de la concupiscencia terrena, y preparad vuestras almas sedientas para agotar los caudales del Es-

píritu Santo. Diciendo cada uno: «Preparado está mi corazón, Dios, preparado está mi corazón (Sal 56)».

Dios omnipotente, que a través del bienaventurado Mateo invita a sí a los pecadores, os abra clementemente la puerta de su misericordia, y difunda en vuestras mentes los dones de la gracia celestial. Que vive y reina en Trinidad perfecta, un solo y verdadero Dios por los siglos de los siglos. Amén.

La lectura evangélica que acaba de resonar en vuestros oídos, amadísimos, como un oráculo insigne entre las demás enseñanzas del Señor, recrea la conciencia doliente de los pecadores, yergue las almas que desfallecen, excluye el frío de la pusilanimidad y de la desconfianza, y suspende en lo alto el corazón abatido para que conciba la esperanza del perdón. Pues, ¿quién desconfiará por la enormidad de sus crímenes, por inmensos que sean, cuando oye que el bienaventurado Mateo, que jadeaba tras las ganancias del lucro venal, no solo fue llamado de repente, sino admitido para obtener los dos principales ministerios de la corte celestial? A saber, para que ascendiera a la cima del senado apostólico y recibiera entre los santos evangelistas la dignidad en aquel privilegio que es el primero. Ambos dones no fueron concedidos a absolutamente nadie más, sino solo a Mateo y a Juan. Y porque Juan significa «gracia de Dios» (Dei gratia), y Mateo también se interpreta como «donado» (donatus), mientras que ambos merecieron los dones de una doble dignidad, ciertamente la gracia del don celestial brilló

en ambos. Pero, para que se cumpliera aquella sentencia que dice: «Donde abundó la iniquidad, sobreabundó la gracia (Rom 5)»; Mateo, porque dio inicio a la escritura en la verdad evangélica, posee la claridad de guía y maestro entre los demás evangelistas. A él, sin duda, le cuadra muy aptamente aquella sentencia que dice: «Palabra fiel y digna de toda aceptación, que Cristo Jesús vino a este mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero; para que en mí el primero mostrara toda su paciencia para información de los que han de creer en él para la vida eterna (1 Tim 1)».

De donde resultó, como ahora ha narrado la historia evangélica, que estando él a la mesa en la casa del mismo Mateo, muchos publicanos y pecadores que venían se sentaron a la mesa con Jesús y sus discípulos (Mt 9). Pues a aquellos a quienes la mordaz conciencia de sus crímenes podía retraer del acceso al Redentor, el familiar trato de Mateo con el Señor los provocaba a acercarse; y mientras ven que el publicano se aproxima a la fuente de la piedad, presumiendo ya con feliz audacia, no dudan en ir a la fuente misma, ya publicada con los demás pecadores. Sobre cuya publicación de la fuente eterna se dice por el profeta: «En aquel día habrá una fuente abierta para la casa de David para los habitantes de Jerusalén para la ablución del pecador y de la impura (Zac 13)». Pues la fuente oculta es el Unigénito del Padre, el Dios invisible; pero la fuente abierta es el mismo Dios encarnado. Cuya fuente abierta se llama rectamente casa de David, por-

que no se dudará que nuestro Redentor ha venido a nosotros del linaje de David.

Esta fuente de misericordia, oh soberbia farisaica, te esfuerzas por obstruir, mientras intentas con ceño altanero prohibir el acceso a ella a los sedientos y a los áridos. Este trago se te prometía por boca de Isaías, cuando decía: «Derramaré agua sobre el sediento, y arroyos sobre la tierra seca; derramaré mi espíritu sobre tu descendencia, y mi bendición sobre tu estirpe, y brotarán entre las hierbas como sauces junto a las aguas que fluyen (Is 44)». Esto se te prometía de nuevo, cuando decía en otro lugar: «Y serás como huerto regado, y como fuente de aguas cuyas aguas no faltan (Is 58)». Pero tú, impúdicamente erguida en el fasto de tu hinchada elación, y seductoramente inflada por la singularidad de una falsa justicia, desprecias contumazmente la fuente de la salud eterna expuesta gratuitamente, y te asqueas de las vivificantes corrientes de la fuente suprema. Pues acercándote a los discípulos del Señor, hinchado y arrogante, fariseo, derramas el pestífero virus de la soberbia que bullía en tu pecho; y el viento de la elación, que habías concebido en tu mente tumefacta, lo exhalas por el soplido de una boca lívida y que malamente espuma: «¿Por qué —dices— come vuestro maestro con publicanos y pecadores? (Mt 9)». Come claramente con tales personas para esto: para que de publicanos haga justos, de pecadores santos, de criminales apóstoles. Pues llama a los pecadores para que, justificándolos por su propia virtud, los haga inocentes. Así ciertamente, así

en otro lugar mientras tú, fariseo, constituido en el templo, enumeras arrogantemente tus bienes, y condenas al otro publicano prefiriéndote a ti mismo, aquel ascendió justificado desde el abismo de su reato para merecer el perdón, y tú caíste infelizmente desde la cumbre de tu falsa justicia ante los ojos de Dios omnipotente.

De este modo, por tanto, mientras presumís del fingido brillo de vuestra vacía justicia, y mordéis a los demás como juzgables por sus excesos, vuestra justicia se convierte en pecado por la elación, y la maldad perpetrada por aquellos se repara para obtener el perdón por la gracia de la humildad. Por lo cual también se dice por el profeta: «Y el desierto se convertirá en Carmelo (Charmel), y el Carmelo será reputado como selva (Is 29)». ¿Qué se entiende por el desierto, sino los que viven según las leyes de su carne, los que sirven a los halagos de sus placeres, y mientras ningún arado de la divina palabra surca su corazón, como campo racional, no germinan mieses de buenas obras; de donde, por cierto, ¿podrían recoger trigo en los graneros celestiales? ¿Qué, en cambio, por Carmelo, que se traduce como «ciencia de la verdadera circuncisión», sino los que deben ser entendidos como aquellos que por el brillo de la justicia exterior parecen circuncidados de las obras carnales, y no cesan de gloriarse de esa misma circuncisión como de una ciencia singular, y mientras se arrogan la ciencia no de una circuncisión cualquiera, sino de la verdadera, condenan en cierto modo a los otros por la falsedad de una circuncisión no verdadera?

El desierto, pues, se convierte en Carmelo, y el Carmelo, por el contrario, es reputado como selva, cuando los pecadores ascienden a participar de los méritos de los justos, y aquellos que parecían justos caen precipitadamente a las obras de un germen agreste e infructuoso. A esto es semejante lo que dice el Apóstol: «La circuncisión, en verdad, aprovecha si observas la ley; pero si eres prevaricador de la ley, tu circuncisión se ha hecho prepucio (Rom 2)». ¿De qué aprovecha, pues, fariseo, que te jactes por la arrogancia, que te usurpes la ciencia de la verdadera circuncisión, mientras una vida evidentemente réproba te convence como prevaricador de la ley? Por lo cual el Señor, inspector de las mentes, te despreció a ti que te gloriabas de la singularidad de una falsa justicia, y que por esto tolerabas una mancha blanca (albuginem) en el ojo, y eligió a este publicano, al que desprecias y despreciando contemnas, para la compañía de su propio séquito: «Sígueme —dijo—; y levantándose, lo siguió (Mt 9)».

¡Cuán fuerte y válida es la mano de este agricultor celestial! Al árbol, por cierto, que estaba aferrado a la tierra por sus raíces, y que se incubaba tenazmente sobre la concupiscencia mundana, tan pronto como lo sacudió, lo arrancó, lo transportó y lo trasplantó en la tierra de los vivientes. Donde, por cierto, «el justo florecerá como la palma y se multiplicará como el cedro del Líbano (Sal 91)». A quien, sin duda, por la mudanza de la diestra del Altísimo, le fue concedido por una disposición congruente que obtuviera el ofi-

cio no solo de predicar, sino también de escribir, y así mereciera administrar al género humano el tesoro celestial. A fin de que quien había despreciado las ganancias del lucro terrenal, existiera como dispensador de los talentos celestiales, y erogara fielmente los tesoros de la elocuencia celestial que había recibido para ser impartidos. Para que, así como nuestro Redentor había dicho ya antes a sus pescadores: «Venid en pos de mí, y os haré ser pescadores de hombres (Mt 4)», así dijera en cierto modo a este: Tú, que jadeas tras las ganancias temporales, que ciertamente anhelas impacientemente enriquecerte con oro o plata, sígueme cuanto antes, y pronto te haré dispensar las riquezas inmortales del reino supremo por toda la latitud del mundo. Tú, por cierto, buscas el oro que ha de pasar con el mundo, y yo te daré el tesoro del Evangelio que sin duda alguna ha de permanecer por todos los siglos.

De aquí es quizá que sobre aquel río del paraíso, que en el Génesis se llama Fisón, se lee así: «Porque rodea toda la tierra de Evilat, donde nace el oro; y el oro de aquella tierra es óptimo (Gén 2)». Pues como el Fisón es el primero de los ríos que proceden de la fuente del paraíso, así el bienaventurado Mateo obtiene el primer lugar entre los demás evangelistas. Es, pues, bastante conveniente, y cuadra muy aptamente con la razón íntima, que así como junto al Fisón se encuentra el oro óptimo, así también en este beatísimo primicerio del orden evangélico entendamos que reside el incomprensible sacramento del tesoro celestial. A quien ciertamente se aplica lo que se

dice por Salomón: «El tesoro deseable descansa en la boca del sabio (Prov 14)». Donde, por cierto, no irradia a los ojos carnales una veta de metal vibrante, sino que el entendimiento místico centellea con el esplendor del espíritu vivificante. Ni el comprador pesa este oro con balanzas vacilantes, sino que el oyente más bien lo equilibra sutilmente guardado en el arca de su propio pecho.

Este oro designaba claramente también Moisés, cuando decía de sí mismo como de otro en el Deuteronomio: «Estas son las palabras que habló a todo Israel al otro lado del Jordán, en la soledad de la llanura, frente al mar Rojo, entre Farán, y Tofel, y Labán, y Hazerot, donde hay muchísimo oro (Dt 1)». En el lugar, ciertamente, donde la ley divina había sido promulgada, según se dice, había muchísimo oro, porque bajo aquel montón de polvo de la locución superpuesta, se escondían muchos y pesados tesoros de la sabiduría celestial y se conservaban ocultos como granos bajo el tallo triguero de la letra. Y bien conviene el oro por igual a los santos doctores, a saber, a Moisés y a Mateo, de los cuales uno dio inicio a la escritura en la Ley antigua, el otro en el Evangelio, para que por estos príncipes de ambos Testamentos se muestre que en las cosas que escribieron residen riquezas espirituales. Aunque también este oro, que se dice en el Deuteronomio, parece convenir especialmente al bienaventurado Mateo. Pues el Deuteronomio se llama la segunda ley, por la cual ciertamente se designa el Evangelio. El oro, pues, que se dice en el Deuteronomio, no sin mérito conviene al evangelista Mateo, que fue el primero

de todos en escribir la segunda ley, esto es, el Evangelio.

Ni debe ignorarse que por aquellos cuatro lugares, esto es, Farán, y Tofel, Labán, y Hazerot, entre los cuales se da ciertamente la ley divina y se dice que hay muchísimo oro, se designa el número de los cuatro evangelistas. Entre los cuales, sin duda, como entre cuatro lugares espirituales, el tesoro de la sabiduría celestial se sitúa en medio, mientras por ellos se promulga la ley evangélica. Cuyas interpretaciones de los nombres tocamos brevemente, para expresar cómo cada uno conviene especialmente a cualquiera de los Evangelistas. Farán se traduce claramente como «fiero de ellos» (ferus eorum), o «ferocidad», o también «fructífero». Lo cual no se duda que conviene al bienaventurado Mateo, quien, al recibir en su propia suerte a los feroces pueblos de los etíopes para predicarles, los condujo como pastor precursor, cual mansas ovejas, a los trigos de la pastura celestial. Tofel, en cambio, o Tobel, se interpreta como «ofrecer», o «conducido al luto». Lo cual concuerda con san Lucas por manifiesta razón, quien bajo la especie del becerro significa la víctima. Porque ciertamente, mientras a lo largo de toda la serie de su Evangelio se ocupa con frecuencia en el templo, muestra tanto el luto de los apóstoles por la pasión del Señor, como al mismo Señor Salvador ofrecido ya en el templo, ya en el madero. Hazerot, en cambio, suena a «vestíbulos», o «atrios», o «bienaventuranza». Lo cual ciertamente no discrepa del bienaventurado Marcos, ya que por eso clama en el desierto

como voz de león que ruge, para prepararnos los vestíbulos, o los atrios, o también —lo que es sumamente deseable— la bienaventuranza en el cielo.

Y debe notarse el orden, porque primero somos conducidos al vestíbulo de la fe cristiana, luego al atrio de la gloria suprema, para disfrutar pronto de la eterna bienaventuranza. Labán, por último, que se traduce como «blanqueamiento» (candidatio), a nadie conviene mejor que a Juan, quien ciertamente despreciando todas las oscuridades de la tiniebla mundana, mientras fijó los rayos de su corazón en aquel que es el «brillo de la luz eterna (Sab 7)», nos abrió las riquezas del tesoro inagotable. Y se dice que estos lugares están frente al mar Rojo, porque toda la cuadriga (quadriga) del santo Evangelio lucha contra el mundo cruento.

Pero habiendo oído estas cosas que habían brotado de la boca frenética de los fariseos, oigamos qué les respondió la Sabiduría celestial: «No tienen necesidad —dijo— de médico los sanos, sino los que están mal (Mt 9)». Y los fariseos claramente estaban mal, pero por la demasiada enfermedad y la pesadez de su languidez ignoraban que estaban lánguidos, y porque se juzgaban totalmente sanos, y no oprimidos por ninguna molestia de languideces, no merecían ser curados por la virtud del médico celestial ofrecida. Pues ciertamente, según afirman aquellos que después de haberlo experimentado pudieron revivir de aquel peligro, los que son alcanzados por rayos no sienten absolutamente nada, mientras que los

que son heridos, o incluso más levemente afligidos, no carecen del sentido de la amargura y de la molestia; así estos, oprimidos por un inmenso sueño de letargo, ignoraban la enfermedad por la que estaban oprimidos. A aquellos claramente juzgaba dignos de su curación el médico de las almas, que se ven débiles y enfermos, que gimen verdaderamente por estar oprimidos y lánguidos por una calamidad cierta. ¡Y oh médico de singular e incomparable clemencia, que amontona sobre sí mismo las debilidades y enfermedades de todos, para que de su debilidad el lánguido convalezca! «Verdaderamente», pues, «él llevó nuestros dolores; fue herido ciertamente por nuestros pecados, fue quebrantado por nuestros crímenes (Is 53)». Quien ciertamente, para que las cicatrices de las heridas del hombre llagado pudieran cerrarse, permitió que se le infligieran voluntariamente graves heridas; es más, no solo nos exhibió el cuidado de sanar, sino que él mismo se nos hizo medicina. Dentro del mortero de la cruz fue triturado el pigmento celestial, del cual por cierto produjo el antídoto de la salud eterna, por el cual el género humano vomitó el virus de la antigua serpiente. Cinco son ciertamente las llagas del cuerpo del Señor, y por los cinco sentidos del cuerpo, como por otras tantas ventanas, la muerte había entrado pestilencialmente en el hombre. Por lo cual también se dice por el profeta: «La muerte entró por nuestras ventanas (Jer 9)». Aquellas cinco llagas, pues, se hicieron medicina de nuestros cinco sentidos repartidos. Sobre cuyas llagas dice el esposo con nombre mudado en

el Cantar de los Cantares: «Levántate, amiga mía, esposa mía, y ven, paloma mía, en los agujeros de la piedra, en las cavernas de la cerca (Cant 2)».

Llama amiga el esposo, esto es, a la alma amada de cada fiel, a quien Cristo dice estas cosas: «Levántate, amiga mía, esposa mía, y ven». No quieras, dice, esposa mía, entumecerte con ocio torpe, sino «levántate y ven», esto es, ofrece ejemplos de virtudes a los prójimos exteriormente. Lo que añade después: «paloma mía en los agujeros de la piedra».

La piedra, como dice el Apóstol, es Cristo (1 Cor 10).

Y los agujeros de la piedra, por tanto, son las llagas del Redentor. En estos agujeros habita cada alma fiel, porque pone toda la suma de su salvación en la pasión de su Salvador, y colocando en ella su esperanza, confía con fiel seguridad en la gloria eterna.

Y de este modo tal vez puede entenderse lo que dice el Apóstol: «Quiero —dijo— hablar en la Iglesia cinco palabras con mi sentido, para que también instruya a otros, más que diez mil en lengua (1 Cor 14)». Es decir, juzgo más útil conocer con el corazón y enseñar a otros la pasión del Señor, la cual ciertamente fue procurada con cinco llagas, que predicar la ley antigua, que fue dada por el Decálogo, con múltiples palabras para vanas ostentaciones. Estas son seguramente las cinco palabras que había hablado a aquellos a quienes después decía: «Nada juzgué saber entre vosotros, sino a Jesucristo, y a este crucificado (1 Cor 2)». Por lo demás, así como en el paraíso

hay cuatro ríos que proceden de una sola fuente, hay cinco corrientes que riegan la latitud de todo el mundo, así del paraíso del cuerpo del Señor resplandeció la sangre repartida en cinco, la cual por cierto purgó las manchas del género humano. Aunque por aquellos torbellinos del paraíso, que brotan del origen de una sola fuente, se significan más claramente que la luz los bienaventurados evangelistas, que por cierto fluyeron de la plenitud de Cristo. En aquella fuente además fueron lavados todos cuantos han conseguido el perdón de sus pecados cometidos. Él mismo, como dice Juan, es la propiciación por nuestros pecados; donde también sigue: «No solo por los nuestros, sino también por los de todo el mundo (1 Jn 2)». De aquí es que dice a los fariseos, que ignoran las entrañas de la misericordia: «Id, pues, y aprended qué es: Misericordia quiero, y no sacrificio (Mt 9)».

Ved, hermanos carísimos, ved al pontífice de la redención humana, ved al autor de nuestra salvación estar de nuestra parte, y luchar fuertemente contra los miembros del diablo. De él claramente dice el Apóstol: «Puesto que asiste ante el rostro del Padre e interpela por nosotros (Rom 8)». Allí ciertamente, por el misterio de la humanidad asumida, interviene por nosotros; aquí, con su misericordia, cierra las bocas de los que acusan y ladran inmensamente. Y porque, como dice el mismo Juan: «Abogado tenemos, a Jesucristo el justo (1 Jn 2)», litiga como abogado por nosotros en el examen, y con sus propias alegaciones condena los argumentos de los que

nos contradicen. Por lo cual, después de que hubiera destinado a aprender la misericordia a los que la ignoraban, diciendo: «Id y aprended qué es: Misericordia quiero, y no sacrificio (Mt 9)»; pronto, para defensa de la justicia y auxilio de nuestra parte, introdujo también otro argumento de invicta razón. Pues dijo: «Porque no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores (Ibíd.)». Como si dijera: No he venido a llamar a los justos que por cierto no están en nuestro número, sino a los pecadores que son todos comúnmente. «Pues todos —como dice el Apóstol— pecaron, y necesitan la gloria de Dios (Rom 2)».

Por lo demás, para dar firme esperanza a los pecadores, no eligió para la cumbre del apostolado a aquellos que eran creídos justos entre los hombres y parecían insignes por alguna santidad, sino a los ignorantes de la justicia, o incluso a los pecadores. De aquí es que no elevó a la cumbre de la dignidad apostólica a Zacarías, que caminaba en todos los mandamientos y justificaciones del Señor sin queja (Lc 1); ni finalmente a Natanael, en quien no había dolo y a quien se mostraba verdadero israelita (Jn 1); ni ciertamente a Simeón, en quien estaba el Espíritu Santo, a quien también había prometido que vería al Cristo del Señor antes de morir (Lc 2); no elevó a ninguno de estos o de tales como estos a la cumbre de la dignidad apostólica, sino que juzgó que los sencillos y pecadores debían ser sublimados por esta cumbre; para que cada uno de ellos diga verdaderamente: «Por la gracia de Dios soy lo que soy (1 Cor 15)», a fin de que lo que han sido

promovidos por lo sumo, no lo adscriban a sus propios méritos, sino que lo atribuyan más bien a la gracia del clementísimo dador; a quien sea la gloria, el honor y el imperio por todos los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN LII.

SOBRE SAN MIGUEL ARCÁNGEL. (29 SEPT.)

Versamos sobre el quicio de las cosas, y proseguimos la magnificencia de las obras del Señor con un estilo inculto; y no es presunción, sino devoción, porque no nos acercamos como escrutadores temerarios, sino como piadosos que llaman. La majestad de la Virgen y la dignidad de la cruz han honrado por cierto nuestro estilo, y nos hemos atrevido con ambos por haber sido salvados por ambos. Ahora convertimos nuestro discurso a los ángeles, y contemplamos el origen de aquella naturaleza más pura, y esto ciertamente de manera conveniente. Pues en los primeros lugares pusimos aquellas dos primeras cosas que se reivindican para sí el primado entre las criaturas de las cosas. Pero el tercer lugar lo sortean los ángeles, así en el cielo como en el escrito, y siente el alma lo que contiene la página, y la autoridad se fortifica con la razón. Bienaventurada aquella región de las virtudes supernas, en la cual los espíritus felices vuelan alrededor del Señor de Sabaoth, y con un sublime aplauso de alas en las plazas de la Jerusalén superna decantan con clara voz: Santo, santo, santo. «Vi —dice el profeta— al Señor sentado sobre un solio excelso y elevado, y

llena estaba toda la tierra de su majestad, y aquellas cosas que estaban bajo él llenaban el templo. Los serafines estaban sobre él, seis alas para uno, y seis alas para el otro (Is 6)». Cada una de estas palabras están pesadas por su propio peso, y buscan una diligentísima exposición, de la cual nos hizo inmunes nuestra insapiencia e inelouencia; no obstante, intentaremos esculpir algo, si no tan solemnemente, al menos verdaderamente.

Esta visión no es corporal, o envuelta en prestigios fantásticos, sino espiritual y pura, que desea la santidad de una inteligencia más pura. ¿Acaso ven esto sino los que ven, y los que, habiendo sobrepasado la oscuridad del mundo, reciben el esplendor de la divinidad con mente lucidísima? Y, para definirla brevemente, el Espíritu de Dios aplicado dulcemente a nuestro espíritu efectúa esta visión, cuando nos colma de la presciencia de las cosas futuras. De este modo, pues, aquella gloria de toda la elocuencia profética vio al Señor y sentado. El Hijo de Dios fue siervo durante treinta y tres años, no Señor; ministro, no maestro; vil, no glorioso; y aunque dijo a los discípulos: «Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y bien decís; pues lo soy (Jn 13)»: y: «Yo soy la luz del mundo (Jn 8)»: sin embargo, pocos notaron la altura de las palabras, mientras los fariseos envidiaban, los judíos no creían y le acusaban de presunción. Pero después de que resucitó de entre los muertos y fue recibido en el asiento triunfal, se promulgaron decretos imperiales a la ciudad, y el Crucificado fijó en toda la latitud del mundo la insignia de su dominación. Ya aquel pobre y único

es rodeado por nombres majestuosos, y apartada la vileza de los nombres serviles, el Rey de reyes y Señor de los señores resplandece con mucha luz. Vio, pues, al hijo de Amós a aquel, no humilde, sino sublime; no juzgado, sino juez; no oprobio de los hombres, sino gloria de los ángeles.

«Sentado», dice. Leemos de una triple sesión del Creador: una después de la creación del mundo, cuando descansó de toda obra que había hecho (Gén 2); otra después de la ascensión, cuando fue asumido al cielo y se sienta a la diestra de Dios (Mc 16); la tercera después de la resurrección, cuando se sentará en el solio de su majestad, y nosotros nos sentaremos con él (Mt 19). Suele el trabajo preceder al descanso, el estar de pie a la sesión. Pero ¿cuándo trabajó aquella majestad, que ni es afectada por la pasión, ni es distraída por el trabajo? Oye cómo un grandísimo trabajo le incumbió, cuando arrojó a aquel pésimo presuntuoso de los cielos a los infiernos, y envió al hombre, atrapado en un pecado casi semejante, del paraíso del placer a un penoso exilio. ¿Cuánto tumulto piensas que hirvió en los palacios celestiales, cuando aquel mortífero devastador fabricó una disensión irreparable en aquella corte celestial, desgarró la asamblea angélica y arrastró consigo a los nombres estelares a la muerte? Se enfureció entonces la indignación del Omnipotente, y con toda la diestra de la divinidad fue herido el enemigo, y fue despeñado al abismo de la perdición.

A esta pérdida tan grave, tan gravemente vindicada, sucedió también otra. Pues pecó aquel

que había sido subrogado para reparar esta ruina, por quien todas las cosas subcelestiales habían sido constituidas. Pero al pecar él, mucho del esplendor fue quitado a las lumbreras estelares y una infección deplorable confundió toda la materia de los elementos. Aún no se había apartado el furor del Señor, sino que todavía estaba su mano extendida, y la frágil y lodoza sustancia provocó contra sí su diestra fatigada por una singular herida, y el miserable hombrecillo sintió las reliquias del furor fulmíneo, y el delito personal proscribió a todos. Se perturba, pues, por los tumultos frecuentes de las criaturas racionales, el Señor de la majestad, y vindicado sobre sus enemigos, condenó a los ángeles caídos con desesperación, y castigó al hombre en la esperanza, previendo cuánto bien habría de hacer de su pecado. Y por esto tal vez el pecado angélico no se encuentra expresado en las Escrituras, para que no se mandara a la Escritura lo que no podía ser enmendado. Descansó, pues, Dios, impuesto un fin racional a tantos males; pero de nuevo tocado por el dolor del corazón intrínsecamente, y gravado por la enormidad de los hombres pecadores, borró al hombre que había creado, e hizo habitar el diluvio (Gén 7); ni contento con esto, llovió sobre Sodoma y Gomorra fuego y azufre (Gén 19); sumergió a los egipcios en las olas (Éx 14), postró los cadáveres de los israelitas en el desierto, representando por doquier la imagen de un Señor más turbulento; al extremo vino él mismo abyecto en la nube de nuestra carne (Lc 2), y partícipe de los dolores y de los trabajos,

aprendió la obediencia de las cosas que padeció (Heb 5).

Consumada, pues, la asunción de la carne, fue elevado al cielo y se sienta a la diestra de Dios (Mc 16); sin embargo, no se sienta plenamente, porque asiste todavía ante el rostro de Dios por nosotros. Pero habrá para él una tercera sesión gloriosa, cuando haya incluido a los buenos y a los malos con diverso fin y en diversos encierros (Mt 25). Se sentará en el solio de su majestad, cuando nos haya atraído hacia sí, «y sea Dios todo en todas las cosas (1 Cor 15)». La primera sesión es de la gracia, por la cual hizo todas las cosas gratuitamente; la segunda de la misericordia, por la cual nos redimió misericordiosamente; la tercera de la gloria, cuando nos glorificará. Atiende, pues, a la gloria del que se sienta y a la excelencia de la sesión, donde ninguna criatura presume sentarse al lado. «Los serafines —dice— estaban de pie (Is 6)», no se sentaban. «Vi al Señor, y a toda la milicia del cielo asistiéndole (Ibíd.)», dice el profeta: dice asistiéndole, no sentándose. «Miles de miles le ministraban, y diez mil veces cien mil le asistían (Dan 7)», testificando Daniel. «Todos los ángeles estaban de pie en el circuito del trono (Apoc 7)», dice el evangelista. Y en otra parte: «Vi una gran turba, que nadie podía numerar de todos los pueblos y lenguas, de pie ante el trono (Ibíd.)». Pero también la Virgen singular asiste a la diestra con vestido dorado (Sal 45). Moisés, para ver al Señor que pasa, está de pie sobre la piedra (Éx 33), y Elías está de pie en presencia del Señor, y toda criatura asiste a la majestad

imperial. Solo aquel espíritu tránsfuga, principio de la disensión, príncipe de la malicia, suma de los males, quiso sentarse al lado. Me sentaré —dice— en el monte del testamento (Is 14). ¿Todos están de pie, todos ministran, y tú, enemigo de la paz, presumes sentarte? El mismo Hijo, lo mismo que el Padre, no sabe sentarse hasta que le diga el Padre: «Siéntate a mi diestra (Sal 110)». Tal le vio Isaías, y Dominador de toda la tierra y sentado en el trono de oro de su divinidad, en aquella segunda sesión, por la que llevó nuestra carne a los cielos.

Sigue: «Sobre un solio excelso». Por solio excelso entiende la naturaleza angélica, la primera creación del Omnipotente, y la potestad dotada de primaria dignidad. Sobre esta se sienta, y sobre ella es transportado el hijo de la Virgen; promueve al hombre asumido a los órdenes de los ángeles, porque aunque la naturaleza es mejor, la gracia es más fuerte; si la dignidad es grande, mayor es la voluntad de Dios, la cual aquel sumo de los filósofos afirma que es más alta que todo vínculo de naturaleza. Fue elevada, pues, la magnificencia de Dios no solo sobre los cielos (Sal 8), sino también sobre los ángeles, porque se hizo tanto mejor que los ángeles, cuanto más diferente nombre que ellos heredó (Heb 1). Y llena estaba toda la tierra de su majestad. El mismo Señor Dios nuestro, en toda la tierra sus juicios (Sal 104), dice el Salmista. ¿Y cómo ahora, después de esta su elevación, afirma el Profeta que toda la tierra está llena de su majestad? (Sal 71). Pero cuando dice llena de majestad, entiende decir

del conocimiento de la majestad, el cual antes de su encarnación o ninguno mereció, o pocos. Pero ahora, desde la salida del sol hasta el ocaso, el nombre de Dios es predicado grande entre las gentes (Sal 112), y todos son enseñables por Dios (Jn 6), a quienes su unción enseña de todas las cosas (1 Jn 2). Pues aunque en Israel su nombre fuera grande, no solo ya en un rincón, sino en todo el mundo se infundió la noticia de la divinidad.

Sigue: «Y aquellas cosas que estaban bajo él llenaban el templo». Por templo entiende la ciudad de Dios vivo, su esposa, que no tiene mancha ni arruga (Ef 5). Bajo él están la encarnación, la pasión, la muerte y toda aquella molestia de la dispensación horaria, porque resucitando de entre los muertos ya no muere (Rom 6). Estas son las cosas que llenan la Iglesia, cuyo recuerdo nos produce solemnidades anuales. Se llenará con los bienes de tu casa (Sal 64), santo es tu templo, el cual entonces por cierto es admirable en la equidad, cuando la Iglesia no acepta personas, rechaza los dones, elige la verdad, ama la razón.

Sigue: «Los serafines estaban sobre él, seis alas para uno y seis alas para el otro». Por los dos serafines entiende al ángel y al hombre: los cuales son llamados incendiarios o ardientes, ya que aquel arde por la presencia, este por la memoria.

Veamos primero lo de las alas de los ángeles, y con qué clase de vuelo son transportados; y porque es conocida aquella sentencia, de cómo velan la cabeza y los pies, y solo se ven las cosas medias, esto es, lo que fue antes del mundo y lo que será

después de él, apareciendo un poco aquellas cosas que están en el presente, traigamos a Ezequiel al medio, quien distingue las alas de los animales de este modo, diciendo: «Con dos alas volaban, y dos alas de cada uno se juntaban, y dos cubrían sus cuerpos (Ez 1)». La primera ala de ellos es la dignidad de su producción. Pasa por un momento al arcano de esta inteligencia y considera la dignidad de esta criatura. Ella es el principio de los caminos de Dios, dice la Escritura (Job 40). Cuán gran privilegio que aquel pensamiento del Altísimo brotara en esta primera obra. Convenía ciertamente que resplandeciera con singular gloria lo que procedió de las manos del Dominador en la creación primitiva. «Tú, sello de la semejanza, lleno de sabiduría y perfecto en hermosura, estuviste en las delicias del paraíso de Dios, dice el profeta (Ez 28)». No solo semejanza, sino también sello de la semejanza, para que tanto más sutilmente se insinúe expresada la imagen de Dios cuanto más diferentemente el sello precede a la semejanza. Pero donde se nombran la plenitud de la sabiduría, la perfección de la hermosura, las delicias del paraíso, se junta toda la bienaventuranza a la vez. Añade, sin embargo, la Escritura lo que sobrepasa y lo que supera la facultad de toda elocuencia. A quien Dios hizo más precioso. Aquí se dijo todo lo que pudo decirse.

La segunda ala es la gracia de la confirmación. Esta ala, con un velo más feliz, no conoce el cansancio, semejante en todo a la anterior, ni inferior. Pues al caer los presuntuosos, y al durar estos en la humildad, aquel Espíritu incircuns-

crito prosiguió a los que quedaban con suma largueza, dándoles como don el que no pudieran ya ser corrompidos por ningún resbalón. Confirmados, pues, y seguros de la estabilidad de su estado, subieron a la cumbre de una gracia más lúcida. Sirven, pues, a aquel a quien servir es reinar, tanto con feliz seguridad como con segura felicidad. Con estas dos alas vuelan los ángeles con un vuelo ciertamente infatigable, creados dignamente y confirmados fuertemente.

La tercera ala es el amor singular de su Creador; y esta por cierto felicísima y entretejida con sutiles plumillas. Pues aman, y arden, y desean mirar a aquel de cuyo amor son felizmente inflamados. Pues cuanto más cercanos, tanto más fervientes; y absorbidos en la luz de la majestad de modo inefable, siempre arden y siempre se sacian.

La cuarta es la visión asidua de la divinidad. Pero también esta entretejida con plumas más floridas. ¿De cuánta dignidad es ver asiduamente a Dios? Y aquellos espíritus ciertamente, incluso cuando son enviados, no son defraudados de la gloria de la visión, porque por doquier ocurre la esencia de la divinidad, que está dentro, conteniéndolo todo, y gobernándolo exteriormente. De estas dos está escrito: «Dos alas de cada uno se juntaban (Ez 1)»; ya que el amor singular nace de la visión asidua, y el amor singular efectúa la visión asidua.

La quinta es el gozo de nuestra Redención, y ella misma está pintada con múltiple variedad. ¿Quién comprendería con abundancia de pala-

bras cuánto gozo Dios hombre engendró en las virtudes angélicas, cuando quebrantó a su colega, que había salido de ellos pero no era de ellos, con el estandarte de la cruz irrumpiendo, y llamó al hombre perdido a los reinos celestiales? No es de extrañar, porque veían la materia purificada de la cual aquella ciudad superna es reedificada, cuya participación está en sí misma (Sal 121).

La sexta es la restitución de la ciudad superna. Pero también esta coloreada con pinturas más bellas. ¿Qué será cuando, realizado aquel terrible juicio, el Señor de las virtudes asocie a los hombres con los ángeles, reparando la pérdida, reintegrando el número, y devuelva cada orden desde los méritos de los hombres a la suma numérica? Entonces, como será la habitación de todos los que se alegran en la ciudad de Dios (Sal 86), porque ordenada la variedad de las partes, nada habría ya que repugne, o que pueda ser movido de los lugares establecidos. De estas dos se dice: «Dos cubrían sus cuerpos»; porque el gozo de nuestra redención y la restitución de la ciudad superna cubren y reparan los cuerpos de los espíritus bienaventurados, para que no se conozca tan ruinosa disminución en aquella gloria superior. Y hay que atender cuánta benignidad de la gracia amontona al género humano en estos espíritus administradores, porque luchan por nosotros, como aquello: «Se hizo una gran batalla en el cielo (Apoc 12)». Vencen por nosotros, como se añade allí mismo: «Ahora se ha hecho la victoria (Ibíd.)». Se alegran por nosotros, porque hay «gozo para los ángeles de Dios sobre un solo

pecador que hace penitencia (Lc 15)»; Lloran por nosotros, como está escrito: «Los ángeles de la paz lloraban amargamente (Is 33)». Estas son las felices plumas con las que aquel numeroso orden sobrevuela, estando de pie sin irritación, volando con alborozo, y hacia la eternidad.

Pero ya debemos volver a nosotros, y el estilo debe ser retornado a nuestra humanidad, a quienes los placeres corpóreos y las voluntades inicuas dividen y separan del consorcio angélico. Y aunque hemos degenerado en esta vanidad, llevamos sin embargo la imagen del Creador, la cual, aunque puede oscurecerse, no puede sin embargo ser borrada. «Toda vanidad es todo hombre que vive» (Sal 38), dice el justo, pero también «el hombre pasa en una imagen».

Asignemos, pues, seis alas al hombre, y si no tales [como las de los ángeles], al menos de cualquier clase que sean. La primera ala del hombre que vuelve a Dios es la amargura de corazón. «En muchas cosas ofendemos todos» (Sant 3), y no tiene número el de nuestras ofensas. Pero cuando, acercándose e inflamando nuestro corazón la gracia de Dios, recordamos todos nuestros años en la amargura de nuestra alma, declaramos la imagen oscurecida y somos reformados hacia nuestro principio.

Pero porque «con el corazón se cree para la justicia, mas con la boca se hace la confesión para la salvación» (Rom 10), sigue la segunda pluma, a saber, la confesión de la boca. «Antes de todas las cosas, la confesión», dice la Escritura, y nada es más grato a Dios que confesar y acusar lo que

has hecho. Llena está toda la sagrada Escritura del testimonio de tan gran virtud, a la cual sirve toda la autoridad tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento; pues estas son las dos virtudes que esconden ante los ojos de Dios el múltiple cúmulo de nuestros crímenes. De estas se dice: «Dos cubrían sus cuerpos». Pues «bienaventurados aquellos a quienes les son perdonadas sus iniquidades, y cuyos pecados son cubiertos. Bienaventurado el varón a quien el Señor no imputó pecado» (Sal 31). Dijo «imputó», no «hizo». Pues quien no hizo pecado, no existe sino uno solo, y este es el Hijo de Dios. Pero todo lo que él mismo haya decretado no imputarnos, así es como si no hubiera sido.

La tercera ala es la esperanza. Esta es la que levanta las almas frágiles hacia lo superno, la que alivia el tedio de la espera, la que presume de la misericordia del juez y mora en el palacio de la piedad divina. La cuarta es el temor. Este es el que socorre nuestro vestido carnal, penetrando los huesos e infundiéndose en las mismas médulas. Ofrece por un momento a los ojos del corazón la imagen del Señor, y de aquel Señor que hizo el cielo y la tierra, que tiene potestad para enviar el cuerpo y el alma al infierno (Mt 10); cuya paciencia has provocado, atesorando para ti ira en el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios (Rom 2).

Cuando hayas contemplado estas cosas con una mirada más diligente, el temor y el temblor vendrán sobre ti, y el pavor de la muerte trastornará con más fuerza al hombre interior (Sal 54).

Puesto que, por tanto, la esperanza presume mucho y el temor desconfía demasiado, no tardes en unir ambos, para que en común hagan lo que divididos no pueden. Aprende a esperar de tal modo que temas; a temer de tal modo que esperes. De estos está escrito: «Dos alas de cada uno se unían».

La quinta es la humildad. «Cerca está el Señor de aquellos que obtuvieron el corazón», dice la Escritura. La humildad es la madre de las virtudes, la soberbia la reina de los vicios; esta es la única virtud nodriza de las virtudes, la cual sola respetó el Altísimo en la Virgen madre; de la cual, mientras el Hijo de Dios conversó en la tierra, fue ejecutor y maestro: «Aprended de mí —dijo—, que soy manso y humilde de corazón» (Mt 11).

La sexta es la caridad. Esta es el principio y el fin, el cierre de los bienes, la hija singular del sumo Rey. Es superfluo recomendarla con palabras más prolijas, a la cual alude toda la elocuencia tanto de las letras seculares como de las divinas. De estas se dice: «Con dos alas volaban». Con estas alas gemelas aquellos alados vuelan hacia lo superno, de quienes se dice: «En vano se echa la red ante los ojos de los alados» (Prov 1). Pero si voláramos con estas, and no desfalleciéramos, alguna vez también volaremos con las alas de los ángeles y veremos en su hermosura a aquel que es Dios bendito por los siglos de los siglos. Amén.

OCTUBRE. XVIII. Sermón de S. Lucas Evangelista. XXVIII. Sermón de S. Fidel mártir.

SERMÓN LIII.

DE S. LUCAS EVANGELISTA. (28 OCT.)

Porque por el Evangelio, amadísimos, el mundo ha sido conducido de las tinieblas a la luz, merecidamente el pueblo cristiano celebra la gloria de los evangelistas. Pero entre los otros, el bienaventurado Lucas, a quien ha de servir el presente sermón, mientras una doble especie de estilo teje la historia tanto evangélica como apostólica, enriquece como con diversos frutos el campo de la Iglesia, de donde a saber el pueblo hambriento viva, de donde la grey de Cristo recoja los verdes alimentos de la salvación. Estos son claramente los frutos que José entregó a sus hermanos (Gén 42); este el dinero que mandó poner en la boca del saco (Gén 44). Este dinero se propone ahora en la mesa de la Iglesia, para que después se pida usura a los negociadores. Pero a Benjamín se le añade esto incluso sobre los demás: que en su saco se ponga también la copa con el dinero (Gén 44). ¿A quién indica José por misterio, sino a nuestro Redentor, a quien ya entonces prefiguraba con su propio misterio? Pues dice la Escritura: «Porque Faraón cambió su nombre, y le llamó en lengua egipcia Salvador del mundo» (Gén 41). ¿Qué por los hermanos, sino que se designan los santos apóstoles? ¿Qué por Benjamín, sino Pablo, que de la tribu de Benjamín tuvo su origen?

Todos los hermanos, pues, reciben los frutos de la predicación, que deben sembrar por el mundo, y el dinero, que propongan para el lucro de la usura en la mesa de la fe. Pero solo a Benjamín se le añade también la copa, para que por Pablo,

a quien aquel significaba, no se ofrezca a las gentes el pequeño vaso del tabernáculo, sino que se propine la amplia y abierta copa de la palabra. De aquí es, en efecto, lo que dice: «Nuestra boca está abierta hacia vosotros, oh Corintios, nuestro corazón se ha ensanchado, no estáis estrechos en nosotros» (2 Cor 6). Como si dijera: Porque veis que os infundo largamente la bebida de la palabra por la abundante copa, relajad también vosotros la boca de un corazón sediento para beber, para que la onda que baja no fluya en vano, sino que encuentre vasos capaces en los cuales se transfunda. De cuya bebida a saber dice el Señor por Isaías: «Me glorificará la bestia del campo, los dragones y las avestruces, porque he dado aguas en el desierto, ríos en lo inaccesible, para dar bebida a mi pueblo, a mi elegido» (Is 43). ¿Pues qué designa la bestia del campo, sino la gentilidad ciertamente carente de razón? ¿Qué por los dragones, sino los maliciosos? ¿Qué en verdad por las avestruces, que tienen plumas pero no pueden volar, sino que se figuran los hipócritas? Estas bestias, pues, glorifican a Dios, mientras Cristo propina al pueblo gentil, que estaba desierto e inaccesible, las palabras del exuberante Evangelio.

Así pues, la copa de la predicación evangélica fue dada en Benjamín a Pablo, para que él mismo cultive especialmente el desierto de la gentilidad, y bañe su aridez con la abundante lluvia de la santa predicación: de cuya lluvia a saber está escrito: «El cual cubre el cielo de nubes, y prepara la lluvia para la tierra» (Sal 146). De donde tam-

bién el mismo Pablo, que testifica ser apóstol y maestro de las gentes (2 Tim 1), dice a los Gálatas: «Viendo que me ha sido confiado el Evangelio del prepucio, como a Pedro el de la circuncisión. Pues el que obró en Pedro para el apostolado de la circuncisión, obró también en mí entre las gentes» (Gál 2). Donde hay que notar cuán grande es la dignidad del bienaventurado Pablo, cuán grande su gloria. Sin duda el mismo que enseñó al bienaventurado Pedro y a los demás apóstoles cuando aún era pasible y mortal, instruyó a Pablo ya glorificado y exaltado sobre los ángeles.

Cristo se presentó como el maestro de los apóstoles cuando estaba sujeto a las injurias de los hombres; no se dignó menos a enseñar a Pablo cuando ya estaba rodeado por los servicios de las virtudes celestiales. Vivía con los otros apóstoles mientras aún soportaba las flaquezas de nuestra mortalidad; se hizo familiar a Pablo cuando, pisoteado y poderosamente derribado el imperio de la muerte, presidía en el solio de la majestad paterna. De aquí es lo que dice: «Os hago saber, hermanos, el Evangelio que ha sido evangelizado por mí, porque no es según el hombre, ni yo lo recibí del hombre, ni lo aprendí, sino por revelación de Jesucristo» (Gál 1). Y por tanto, aunque los santos apóstoles percibieron todos los hechos de nuestro Salvador por la vista corporal, sin embargo en nada precedieron la noticia del bienaventurado Pablo, mientras el mismo maestro que antes habitó con ellos corporalmente en la tierra, instruyó a este desde el cielo. De donde es lo que dice a los Corintios mediante una interrogación: «¿No

soy apóstol? ¿No he visto a Jesús nuestro Señor? ¿No sois vosotros mi obra en el Señor?» (1 Cor 9). Así pues, revelándolo Dios, llegó a tal plenitud de ciencia, y de tal modo fue conducido a toda la verdad de la regla evangélica que, aunque todos le sobrevivieran, no necesitaba del magisterio de los apóstoles. De aquí es lo que dice a los Gálatas: «Pero cuando le plació a aquel que me segregó desde el útero de mi madre, y me llamó por su gracia, revelar a su Hijo en mí, para que lo evangelizara entre las gentes, al punto no asentí a la carne y a la sangre, ni vine a Jerusalén a los apóstoles antecesores míos» (Gál 1). Mas cuándo fue, lo aclara cuando añade: «Después, pasados tres años, vine a Jerusalén para ver a Pedro» (Ibíd.). Para verlo, no para aprender.

Pero alguien dirá: Este sermón no habla de Lucas el evangelista, como había prometido, sino que se versa en la disputa sobre el apóstol Pablo. Cierto es, y no podemos negarlo. Pero como el bienaventurado Lucas fue compañero inseparable del mismo apóstol y aprendió de él todo lo que escribió, donde expresamos la dignidad del preceptor, no callamos tampoco el elogio del alumno. Y la alabanza del doctor redunda en el discípulo, mientras la historia de la verdad evangélica, que aquel aprendió divinamente, este, percibiéndola de su boca, la puso fielmente por escrito. De cuánta dignidad y de cuánta excelencia sea el bienaventurado Lucas, en esto se deprende claramente, porque mientras Marcos, instruido por el bienaventurado Pedro, y Mateo y Juan, que describieron el Evangelio, conocieron

los hechos de nuestro Redentor en la tierra, este solo, por decirlo así, mereció escribir este Evangelio que descendió del cielo, por cuanto a saber el Espíritu Santo reveló esto a Pablo desde el cielo, y después por el mismo Pablo, como por su propio órgano, Cristo se dio a conocer al bienaventurado Lucas. De aquí es lo que el mismo Pablo dice: «Buscáis una prueba de aquel que habla en mí, Cristo» (2 Cor 13).

Del cielo, pues, Cristo derramó en Pablo los sacramentos de sus hechos, y transfudió los mismos por medio de Pablo a Lucas, como mediando una fístula de oro, de modo que a este varón bienaventurado parece que no inmerecidamente le cuadra lo que se dice por Isaías: «El primero dice a Sion: He aquí que estoy presente; y daré a Jerusalén un evangelista» (Is 41). Y por tanto, no por azar, sino por el magisterio del Espíritu Santo se hizo que el bienaventurado Mateo, que aprendió el Evangelio del Señor mientras conversaba en la tierra, descienda enumerando cuarenta generaciones (Mt 1); mas Lucas describa setenta y siete grados de parentesco ascendiendo (Lc 3). Pues por el número cuarenta se expresa el trabajo con el cual a saber Cristo se fatiga en su cuerpo, que es la Iglesia, a través de los diversos tiempos de esta vida. De aquí es que Moisés (Éx 24) y Elías continuaron el ayuno por cuarenta días (3 Rey 19). Pero también el mismo Señor se abstuvo de la percepción de alimentos bajo el mismo número (Mt 4). Por Moisés, pues, se entiende la ley, por Elías la profecía, pero por Cristo se entiende patentemente la gracia del Nuevo Testamento. Por

la aflicción, pues, de la ley, de la profecía y, al mismo tiempo, de la gracia, se insinúa el trabajo de la Iglesia universal, fatigada por todos los siglos de esta vida mortal. De aquí es que los hijos de Israel, desgastados por las penurias y trabajos de una larga peregrinación, entraron en la tierra de la promesa después de cuarenta años (Jos 5), porque a saber todos los elegidos, tras haber recorrido el curso de esta peregrinación, pronto poseerán por derecho hereditario la tierra de los vivientes.

Por el número, pues, que ordena Mateo, [se significa] la asunción de nuestra laboriosa mortalidad; mas por aquel que puso Lucas, se expresa indudablemente el misterio de nuestra redención. Igualmente por aquel número somos instruidos de que Cristo, según la profecía, portó él mismo nuestros pecados (Is 53); por este otro, en cambio, aprendemos consecuentemente que, según el Apóstol, nos perdonó todos los delitos (Col 2). Él mismo es, en efecto, el Cordero que fue ofrecido porque él mismo quiso (Is 53); él es quien también quitó los pecados del mundo (Jn 1). Pues el número setenta y siete que puso Lucas significa la remisión de los pecados, como el mismo Señor insinuó cuando respondió a Pedro, que preguntaba cuántas veces se debían perdonar los pecados al hermano: «Te digo que no solo siete veces, sino hasta setenta veces siete» (Mt 18). Y no es de extrañar si por este número, que nace del once y del diez, se designa la abolición de la maldad humana. Pues el número once, si se multiplica siete veces, ciertamente se completa la

suma de setenta y siete. Pero el número diez, que es perfecto, significa el Decálogo. En cambio, por el once, que transgrede a este, ¿qué se figura sino la transgresión legal?

Puesto que, por tanto, en toda aquella suma de la ley, y al mismo tiempo de la transgresión, se comprenden ambos números, ¿qué tiene de extraño si por ella se designa la remisión de los crímenes? Claramente el número septenario, que descendió sobre el Señor en una paloma, abolió el undenario de nuestra maldad. De cuyo número a saber de carismas se dice por Isaías: «Repasará sobre él el Espíritu de sabiduría y de entendimiento; el Espíritu de consejo y de fortaleza; el Espíritu de ciencia y de piedad; y lo llenará del Espíritu del temor del Señor» (Is 11). De donde el bienaventurado Lucas, para mostrar que somos expiados de nuestros crímenes por el advenimiento de nuestro Salvador, comienza el orden del parentesco de Cristo no desde el exordio de la narración evangélica, sino únicamente desde el bautismo. Lo cual también se muestra evidentemente en el libro del Génesis, donde se narra que Lamec dijo a sus mujeres: «Siete veces se dará venganza de Caín, mas de Lamec setenta veces siete» (Gén 4). En efecto, se dice que la venganza de Lamec se dará setenta veces siete porque se refiere que setenta y siete hombres salieron de sus lomos y, devorándolos después el diluvio, se refiere que fueron absorbidos. Pero porque Lamec se expresa como quien golpea o es golpeado, ¿qué se figura por este sino el primer padre del género humano, quien sin duda infligió

el dardo del pecado, por el cual él mismo golpeado primero pereció, también a todo el género de la posteridad sucesiva? Por este Lamec, pues, se dio la venganza setenta veces siete, porque el pecado que el primer hombre contrajo tuvo vigencia a través de setenta y siete generaciones en el género humano. En efecto, el pecado original permaneció hasta Cristo, el cual él mismo borró por los sacramentos de su bautismo (de donde Lucas comienza). Donde a saber se dice de él: «He aquí el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo» (Jn 1).

La materia, pues, de nuestra redención ambos santos evangelistas se la dividen así mutuamente, y cada uno toma para sí la parte congruente de la narración, de modo que Mateo, descendiendo por la línea de las generaciones, refiera que Cristo vino de los cielos a nosotros pecadores; mas Lucas, ascendiendo desde el sacramento del bautismo hasta el Padre, muestre que nos ha arrastrado consigo a la gloria celestial, lavados de las suciedades de los pecados. Aquel ciertamente afirma que Cristo descendió misericordiosamente a la tierra; este confiesa que él nos eleva a lo celestial. Aquel muestra al pastor que deja las noventa y nueve ovejas en los pastos desiertos; este enseña que devuelve al redil propio la oveja que había perdido, puesta sobre sus hombros (Mt 18; Lc 15). Aquel refiere que el médico descendió a los enfermos; confiesa este que nos ha reconducido sanados consigo a los gozos de la incolumidad eterna. Aquel muestra solo al Unigénito enviado

del Padre a nosotros; este enseña que trasladó a la patria celestial a la multitud de los elegidos.

Además, el bienaventurado Apóstol comprende la intención de ambos evangelistas en una sola sentencia, diciendo: «Envió Dios a su Hijo en semejanza de carne de pecado, para que del pecado condenara al pecado en la carne» (Rom 8). Pues cuando dice: «Envió Dios a su Hijo en semejanza de carne de pecado», muestra la asunción de nuestra mortalidad, que Mateo declara abiertamente cuando, descendiendo hasta Abraham, enumera cuarenta generaciones. Mas cuando añade: «Y del pecado condenó al pecado en la carne», refiere la abolición de los pecados, que Lucas expresa indudablemente cuando teje la línea de los setenta y siete parentescos. Cuya doble sentencia a saber el mismo Pablo en otra parte la comprendió en un solo versículo, diciendo: «Jesucristo fue entregado por nuestros delitos, y resucitó por nuestra justificación» (Rom 4). Bajó, en efecto, Cristo para arrebatarnos de los pecados; mas resucitó para exhibirnos nítidos con el resplandor de la justicia.

Cuya diversidad de ambos bienaventurados evangelistas sin duda se muestra también evidentemente en esto: que Mateo, a través de Salomón, en cuya madre David cayó por adulterio, produce la línea de la generación del Señor descendiendo; mas Lucas asciende por Natán, por cuyo profeta homónimo a saber el Señor expió este mismo pecado del mismo David, y así, como compadecido del caído, lo levantó. Aquel, por tanto, enseña al Hijo de Dios inclinado humil-

demente hacia nosotros; este proclama que Él ha sido exaltado desde el cielo junto con nosotros con gloria triunfal. Pues Cristo descendió hacia los que yacían, para llevarlos consigo como vencedores a los astros. De donde se cree que no se hizo sin un presagio divino el que este bienaventurado evangelista sea llamado con tal nombre. Pues Lucas en hebreo se traduce al latín como él mismo surgiendo o elevando.

Esto, por tanto, antepuso en su propio nombre lo que él mismo después escribió sobre el Salvador. Pues nuestro Redentor mismo también resucitó de la muerte, y nos elevó, vivientes, de entre los muertos a las cosas celestiales. De donde también se dice por el Apóstol: «Quien nos resucitó con él, y nos hizo sentar con él en los cielos» (Ef 2). Él, pues, es llamado principalmente «surgiendo» o «elevando», ya que para esto resucitó de la muerte, para erigirnos a nosotros postrados en la muerte: para esto ascendió al cielo, para elevarnos consigo a lo celestial. Lo que, por tanto, el bienaventurado Lucas refirió al escribir sobre Cristo, esto lo designó como proféticamente con su propio nombre. Y es este ciertamente un gran misterio, que el bienaventurado Lucas comience desde el bautismo del Salvador, y produzca la línea de las generaciones ascendiendo hasta Dios Padre. Pues por el lavacro del sagrado bautismo somos lavados de los pecados, y así somos reconciliados con Dios Padre por el Mediador de Dios y de los hombres. En el bautismo, pues, está el inicio de nuestra ascensión, y así se llega a Dios

desde los vivientes por el incremento de la buena obra.

Ni debe pasarse por alto que, puesto que nuestro Redentor es verdaderamente tanto rey como sacerdote, así como el bienaventurado Mateo tejió su realeza describiendo su progenie; así, por el contrario, Lucas indica la dignidad sacerdotal por todo el texto de su volumen. En efecto, se ocupa la mayor parte del tiempo en el oficio sacerdotal, y mientras recorre las diversas gestas de la obra del Señor, no se aparta, sin embargo, de aquellas cosas que pertenecen al sacerdocio. Pues ora narra el oficio delegado al sacerdote, ora la progenie, ora el turno, ora el sacrificio, ora menciona el templo, y aunque comprende muchísimas cosas dentro de la serie de la historia sagrada, persevera, sin embargo, en la intención de proseguir el sacerdocio que había comenzado. Pues desde el mismo inicio de su narración así comenzó, diciendo: «Hubo en los días de Herodes, rey de Judea, un cierto sacerdote, de nombre Zacarías, del turno de Abías, y su mujer de las hijas de Aarón» (Lc 1). Después colocó al mismo sacerdote ante el altar para ofrecer el sacrificio. Posteriormente también dirige a la virgen María a la casa del mismo sacerdote. Describe también tres cánticos que han de cantarse en la Iglesia, lo cual no se encuentra que haya hecho ninguno de los evangelistas fuera de él: uno a saber de Zacarías, el segundo de María, el tercero de Simeón (Lc 1 y 2). En el cuadragésimo día, en verdad, después de que nació, narra que el Señor fue ofrecido en el templo con las mujeres. Después lo

constituye a los doce años sentado en el mismo templo entre los doctores. Narra también que los padres del Señor solían subir a Jerusalén cada año en la solemnidad pascual por causa de la oración. Finalmente, concluye así su Evangelio, diciendo: «Ellos, adorando, regresaron a Jerusalén con gran gozo, y estaban siempre en el templo alabando y bendiciendo a Dios» (Lc 24).

De donde resulta que el bienaventurado Lucas tiene la apariencia de un novillo, tal como tanto el profeta Ezequiel (Ez 1) como Juan el Evangelista (Ap 4) declaran haber visto. Pues el novillo solía ofrecerse en el templo. Y bien un novillo, porque surca los campos de nuestro corazón con el arado de la lengua sagrada, y los fecunda con el fruto vital mediante el lanzamiento de la semilla evangélica. O ciertamente por esta razón el bienaventurado Lucas presenta la imagen del novillo, porque mientras describe la historia evangélica y apostólica, bielda a los enemigos de Cristo y a los adversarios de la verdadera fe como con dos cuernos, y los expulsa para que no depreden la era de la Iglesia católica. Con estos cuernos, pues, está fortalecido, con los cuales hiera a los judíos incrédulos y encierre por todas partes a los herejes que se desvían de la regla de la verdadera fe.

Escribió, pues, el bienaventurado Lucas los trabajos de los apóstoles y sus actas, en los cuales él mismo intervino como colaborador. Escribió también el Evangelio, que recibió del cielo como un peso sellado de un gran tesoro. Al cual sin duda se adapta congruentemente aquel vaticinio de Isaías, por el cual se dice: «Y será para vosotros

la visión de todas las cosas como las palabras de un libro sellado, el cual cuando lo den a quien sabe letras, dirán: Lee este, y responderá: No puedo, pues está sellado» (Is 29). ¿Qué es aquel libro sellado, sino el santo Evangelio, figurado por sentencias místicas, envuelto y alejado de la inteligencia de la mente humana por cierta profundidad arcana? Este es por cierto aquel libro del que dice Juan: «Vi en la diestra del que se sentaba sobre el trono un libro escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos» (Ap 5). Mas ¿cuáles son los sellos con los que se dice que el libro evangélico está sellado, sino aquellos siete sacramentos por los que sin duda se cumple todo el orden de la dispensación del Señor? a saber: la encarnación del Señor, su nacimiento, su pasión, su resurrección, su ascensión a los cielos, luego el juicio y finalmente el reino. Con estos sellos, pues, el libro evangélico está tan sellado que, si Cristo no lo hubiera abierto, no podría estar patente para nadie en absoluto. De donde se añade: «He aquí que el león de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido para abrir el libro y soltar sus siete sellos» (Ap 5). Mas en los Hechos de los apóstoles, mientras narra como una historia desnuda, amamanta en cierto modo la tierna infancia de la Iglesia naciente.

Pero si atendemos diligentemente porque es un médico el que escribe, no encontramos nada más en aquella historia sino únicamente la medicina de las almas languidecientes. Pues a la humana conversación, extiende como cierta línea de rectitud, y por ella nos dirige como por una

senda; para que así como consideramos que vivió la Iglesia primitiva, en cuanto la facultad lo permita, también nosotros nos esmeremos en vivir, a fin de que la misma pureza que emana del origen de la fuente, también corra no obstante por los declives posteriores, y tal cual progresa al nacer, tal se conserve al final. Uno mismo es, en efecto, de los cuatro ríos del paraíso, el cual sin duda con los pechos de su doctrina irrigó toda la latitud del mundo con sus aguas fluyentes. De cuyas aguas a saber se dice por Isaías: «Se han roto las aguas en el desierto, y los torrentes en la soledad, y la que era árida se ha convertido en estanque, y la sedienta en fuentes de aguas» (Is 35).

Recurramos, pues, amadísimos, a la inocencia de la Iglesia primitiva, para que aprendamos tanto a dejar lo poseído como a gozar en la simplicidad de la pobreza regia. No nos deprima hacia lo profundo el peso de la sustancia terrena, a quien el Rey celestial invita a la gloria de la Jerusalén superna. No nos retraiga de esto temerariamente el halago de la carnal seducción, a quienes sin duda por la entrada de nuestro Redentor precedente nos está abierta la corte de los cielos. Pues mientras el orden de su generación se prolonga desde la humildad del bautismo hasta el Padre, consta sin duda alguna que promete el ingreso de la patria celestial a quienes le siguen, y por donde él entró primero, allanó el camino a quienes le sirven. «Quiero, dice el Padre, que donde yo estoy, allí esté también mi ministro» (Jn 12); para que sin duda los miembros se recojan hacia la cabeza y (como se promete por el mismo que lo empeña)

donde estuviere el cuerpo, allí se congreguen también las águilas (Mt 24).

SERMÓN LIV.

SOBRE SAN FIDEL MÁRTIR. (28 DE OCTUBRE)

Sabéis, hermanos carísimos, que por eso nos reunimos frecuentemente por institución eclesiástica para oír las victorias de los mártires de Cristo, para que mientras somos instruidos por sus gestas, nos encendamos más fervientemente al amor de la patria celestial, la cual alcanzaron luchando varonilmente; y mientras oímos que aquellos, despreciando los edictos de los reyes, las amenazas de los príncipes, los tribunales de los jueces, recorrieron tantos géneros de suplicios, avergüence a los ánimos ingenuos de los fieles al menos no resistir a los vicios de su carne. Pues es vergonzoso mirar así las victorias de los guerreros de Cristo, de modo que mientras vemos a otros distinguidos con títulos triunfales reportar despojos de los enemigos, nosotros mismos en la paz doméstica sucumbamos débilmente ante los vicios que se deslizan o como ante adversarios que nos acechan. Por lo demás, los bienaventurados mártires, aun antes de que derramaran su sangre en el combate, florecieron con diversas virtudes. Para nosotros, empero, porque no podemos morir por la defensa de la fe, la victoria está consumada si nos esmeramos en vivir en la práctica de las santas virtudes, para que de allí seamos trasladados enseguida al reino, de donde ellos merecieron el martirio. Pues

de los méritos de la vida, por los cuales ellos merecieron obtener la palma de su combate, de allí nosotros, sin ningún obstáculo de persecución, somos conducidos a la corona.

Una cosa, pues, en los santos mártires debemos solo venerar y admirar, y otra también imitar. Admiremos a saber a los que mueren constante e ingenuamente; imitemos a los que viven en honesta conversación de costumbres. Veneremos en ellos que entregaron su cuerpo por la fe a diversos suplicios; mas imitemos que antes crucificaron su carne con sus vicios y concupiscencias. Admiremos a aquellos que mueren varonilmente para no negar ellos mismos la vida, pero imitemos también insistiendo con celo de caridad en santas exhortaciones, para que atrajeran también a otros a la vida. Y para concluir en un sermón más breve lo que deseo, entonces la memoria de los mártires se recuerda dignamente si, mientras su muerte oída infunde milagro, la vida precedente también se toma como ejemplo.

He aquí a este bienaventurado mártir Fidel, cuya festividad celebramos hoy, como lo atestigua la historia de sus gestas, se conoce que llevó una vida digna del martirio aun antes de que se presentara la ocasión del martirio. Pues estando apoyado por claros títulos de nacimiento, y sonriéndole la abundancia de las cosas, pudiendo emprender no sin gloria el camino del mundo, despreciado el patrocinio de cualesquiera magnates, prefirió adherirse devotamente a un obispo religioso, para mostrarse patentemente que no anhelaba el favor o las riquezas de un

potente, sino que elegía más bien la bendición de un sacerdote. Con el cual sin duda no juzgó digno concurrir a las riñas de los litigios forenses, ni a los prestigiosos fingimientos de las escenas, ni a los espectáculos teatrales, sino que visitaba más bien las cárceles de los mártires. Y porque fue devoto de los mártires, mereció él mismo también llegar a ser mártir alguna vez.

Así antiguamente aquel administrador de la casa real, Abdías, porque alimentó a cien profetas escondidos en cuevas, recibió él mismo después dignamente remunerada la gracia profética (III Rey 18). Y el que entonces alimentó a la turba de los profetas con pan y agua simultáneamente por el ministerio de su piadosa solicitud, ahora recrea y alimenta a toda la Iglesia con los oráculos de su profecía, a saber, con alimentos celestiales. Así Josué, que prestó obsequio de servidumbre a Moses, a saber, al guía del pueblo israelita, después presidió laudablemente a ese mismo pueblo y triunfó sobre sus adversarios con gran gloria (Jos 1). ¿Para qué mencionar a Eliseo, quien mientras no permite ser separado de Elías ni por un momento, merece después su espíritu doble? (IV Rey 2). Como si ya entonces el Señor entonara aquello evangélico: «El que recibe a un profeta en nombre de profeta, recibirá recompensa de profeta» (Mt 10).

En verdad, ni solo a los santos mártires exhibió este bienaventurado Fidel el oficio de su piadosa humildad, sino que extendió su diligencia también a ganar a aquellos que estaban retenidos por los errores de los ídolos. And as he himself

is seen to assert in his own words, while he was engaged in secular warfare, he obeyed the divine command more than the earthly one, to such an extent that he restrained some from the profane culture of idolatry, and called them to the knowledge of the true God with salutary admonitions. Estaba ciertamente entre los campamentos de los armados, pero llevaba las insignias de la milicia celestial. Finalmente, parecía mezclarse con las cuñas de los armados, pero por los campamentos celestiales se esmeraba en asociar a sí soldados de profesión ajena. A los cuales sin duda no prometía el cinturón de la milicia terrena, ni el donativo del estipendio temporal, sino la ciudadanía de la corte celestial.

Bajo la clámide, pues, de la milicia terrena, estaba a favor de los campamentos celestiales, para hacer tránsfugas de la terrena, con quienes aumentara el número de la milicia celestial. Conocemos que David hizo algo semejante a esto, a saber, cuando moraba con Aquis, rey de Gat, huyendo de Saúl. A menudo se llevaba ricos despojos de aquellas regiones sobre las que mandaba el predicho Aquis; y según lo que atestigua la Escritura, para hablar con sus mismas palabras: «Hería David toda la tierra, y no dejaba vivo hombre ni mujer, y tomando ovejas y bueyes, y asnos, y camellos, y vestidos, regresaba y venía a Aquis». Al cual cuando Aquis preguntaba: «¿Contra quién has arremetido hoy?» (I Rey 27), confesaba aquel que había arremetido contra el sur de Judá o contra las regiones de Israel. David, pues, se había ofrecido al rey extranjero como si

le fuera devoto por una necesidad urgente; pero acumulaba muchísimas matanzas de su pueblo profano. El bienaventurado Fidel, en verdad, bajo la profesión de la milicia secular, se afanaba en el apronto de los campamentos celestiales. Por eso, burlándose del mundo, o mejor dicho del príncipe de este mundo, al que parecía servir en apariencia, se esmeraba en sustraer seguidores cuanto podía y agregarlos a las asambleas de una milicia más potente.

Aquel, por tanto, degollaba con el hierro a las naciones bárbaras; este, con la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios (Ef 6), mataba para la vida carnal a hombres de rito desordenado y verdaderamente bárbaro. Aquel arrebató manadas de diversos animales; este condujo a hombres brutos al establo de la Iglesia y al pasto vital de la razón que se ha de alcanzar. Aquel, consultado, atestiguaba haber sido contrario al pueblo de Dios; este también refería en cierto modo oponerse a la parte de los fieles, mientras parecía sobrellevar la milicia secular con los infieles. Pues por la profesión militar parecía afirmar superficialmente que impugnaba la herencia de Dios, de la cual él mismo era parte, con diversas costumbres como con algunas espadas. Así sin duda, así el santo fraude procedía más libremente, mientras aquel sobre quien no recaía sospecha insistía en adquirir fieles para Cristo. Veremos, pues, que el bienaventurado Fidel perteneció a la corona del martirio por un mérito precedente, él que sudó en el estudio de la verdadera caridad para ganar almas aun antes del martirio. Pues como tierra

buena y fértil, primero brotó el germen de la santa obra, y así luego recibió la luz de la gloria triunfal. De aquí es, en efecto, que en el primordio de este mundo primero se manda a la tierra germinar, y al día siguiente se hacen las lumbreras en el cielo (Gén 1); porque es necesario que nosotros primero aportemos los frutos vitales de la santa operación, para que podamos después llegar a contemplar la luz de la suma verdad. Sin duda había fundado su casa sobre roca firme en la paz, de donde después, mientras rugían los vientos de las amenazas, mientras los diversos flujos de los suplicios embestían, permanecía inmóvil (Mt 7). Y como la raíz de un tronco excelso, primero había concebido el vigor en lo oculto, con el cual apoyada después la mies adulta no caía ante los aires que la empujaban. En la paz, pues, por la buena operación mereció lo que invicto e impávido mantuvo en el estadio de la persecución. Elaboró en el ocio lo que superó en la guerra. Dentro de los muros de la paz conquistó lo que en el campo obtuvo como vencedor.

Entre las demás insignias de sus méritos, empero, ¿de cuánta gloria es el que este bienaventurado e invictísimo mártir, tan pronto como fue herido en la cabeza, se dice que surgió una turbulenta tempestad y un excesivo relámpago? Esto ciertamente fue juicio de la divina equidad, para que por esto se hiciera manifiesta la claridad de que quien recibía a su mártir en la gloria, aterrorizaba dignamente a sus torturadores en la ira.

Para aterrorizar, pues, a los réprobos, estalló el relámpago y la tempestad; acompañando a los

cuales el árbitro superno vendrá al juicio, como se dice por el profeta: «El fuego irá ante él, y en su circuito una tempestad válida» (Sal 96; Mt 27). Además, en la muerte del Señor se lee que los elementos se turbaron. ¿De cuánta dignidad es, pues, y cuán noble insignia de triunfo, que a semejanza de la muerte del Señor, también en la decapitación del mártir los elementos se hayan conmovido? para que por alguna parte tuviera al morir la forma de la muerte de aquel cuya doctrina imitó al vivir.

Aquello también no debe ser menospreciado, que se refiere que uno de los perseguidores fue arrebatado por un demonio, el cual sin duda, cuando prometió que entregaría el cuerpo del mártir a la sepultura con gran reverencia si por su intervención merecía ser librado del demonio, tan pronto como tocó el cadáver del mártir, el demonio se retiró. En esto también se ve claramente el ejemplo de nuestro mismo Redentor. Puesto que de los mismos perseguidores del Señor, quienesquiera que merecieron tocar el misterio de su sacrosanto cuerpo, fueron desatados del yugo de los demonios, redimidos por aquel mismo sangre que derramaron. Y para que en su martirio el siervo pareciera imitar la pasión de su Señor como un seguidor, mientras los verdugos anunciaban a su príncipe los milagros que se habían mostrado por el bienaventurado mártir, prohibió totalmente referir tales cosas a nadie y, aterrado, mandó ocultarlas perpetuamente. Pues ¿quién, al oír esto, no recordaría inmediatamente aquello que los príncipes de los sacerdotes dijeron a los

guardias: «Decid, dijo, que sus discípulos vinieron de noche y lo robaron mientras dormíais; y si esto fuera oído por el gobernador, nosotros le persuadiremos y os haremos seguros» (Mt 28)? Aquellos ciertamente enseñaron a los guardias a fingir la mentira; este mandó a los oficiales suprimir la verdad con el silencio. Ambos sin duda son enemigos de la verdad, mientras o fabrican inicuamente los comentarios de la falacia o bien ocultan la verdad con el silencio de la malignidad.

Nosotros, empero, hermanos carísimos, que hemos oído la constancia de tan excelso combatiente, que contemplamos las insignias de tanta virtud como puestas ante los ojos, esmerémonos también nosotros en tener virtudes con el auxilio de Dios omnipotente. Avergüence languidecer bajo el torpor de la desidia, porque vemos a otros penetrar con tanta gloria al cielo. Enardézcase nuestra mente para el combate de la lucha; y si no teme enfrentarse audazmente con el enemigo, no dude que, bajo la guía de Cristo, le resultará una fácil victoria. Y ciertamente para nosotros el trabajo es menor, siendo no obstante común el premio. ¿Quién no sabe que es incomparablemente más difícil someter el cuello a la espada que refrenar los halagos de la gula? ¿Quién no preferiría afanarse en los trabajos o tiritar de desnudez que sostener los incendios de las llamas enfurecidas? ¿Quién no juzgaría más liviano tener hambre y sed que ser raspado con uñas o ser entregado a las mordeduras de las fieras? ¿Acaso no es más peligroso despreciar en público los mandatos fulgurantes de los reyes bramantes

que oponerse ocultamente en la mente a los depravados pensamientos? ¿Entregarse uno mismo voluntariamente a la muerte que refrenar las voluntades propias y los deseos de la carne? Puesto que, por tanto, tendemos a la misma bienaventuranza trabajando menos, ¿por qué descuidamos imitar a los que luchan en el estadio, para que podamos ser consortes de los vencedores en la patria?

Luchemos, pues, hermanos míos, y cuidemos de amputar los halagos de los vicios que nos asedian; pues no podemos, según la voz de Pablo, gozar aquí del siglo y allí reinar con Cristo (2 Tim 2). Y ciertamente conocemos que los bienaventurados mártires lucharon con los miembros del diablo; nosotros, empero, tenemos el certamen de una lucha irreconciliable con la cabeza misma de los inicuos. Ellos lo vencieron cuando arreciaba inmensamente a través de sus miembros; nosotros se nos manda superarlo cuando se oculta bajo los fraudes de las asechanzas. De ambos modos obtuvo el triunfo sobre él el glorioso mártir Fidel, quien tanto en la paz arrebató a algunos de su vínculo por la gracia de la edificación, como, ofrecido el momento de la persecución, despreció a quien le halagaba y aterrorizaba igualmente a través de sus miembros. Vencido venció, derribado ascendió, sometió su propia cabeza a la espada y holló el cuello del diablo con el pie de la victoria perpetua. Ahora, sin duda alguna, brilla entre las piedras ígneas de la Jerusalén superna y con sus purpurados conmilitones alterna el canto de la armonía celestial ante su emperador. Por

un feliz comercio, ciertamente, se despojó de la frágil túnica del cuerpo y alcanzó la blanca estola de la inmilitaridad. Perdió la cabeza decapitado y ahora camina coronado con una piedra preciosa. Aquel, en efecto, lo remunera ahora como vencedor en el descanso eterno, el mismo que entre las batallas lo había protegido hace poco mientras luchaba, Jesucristo nuestro Señor, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

NOVIEMBRE. I. Homilía de todos los santos.

XI. Sermón de S. Martín obispo y confesor. (11 NOV.) XXX. Sermón I de S. Andrés apóstol. Sermón II sobre el mismo.

LV. HOMILÍA EN LA FIESTA DE TODOS LOS SANTOS. En aquel tiempo: «Viendo Jesús a las turbas, subió al monte; y habiéndose sentado, se acercaron a él sus discípulos». Y lo demás. Hoy nos ha sonreído un día más sereno, y el sol ha lucido sobre la tierra más radiante de lo habitual. Pues no uno solo, sino todos los santos lo santifican y lo irradian con esplendores luminosos. Espectacular es aquella solemnidad de los cielos que resplandece no con gozos anuales, sino continuos; donde la luz se ve en la luz, y la sustancia de la Trinidad se abre ante los ojos bienaventurados, de ojo a ojo. Allí se conoce la razón eterna del que engendra, del engendrado y del que procede, la cual aquí puede creerse, pero no comprenderse. Allí la reina de las vírgenes, acompañada de innumerables vírgenes, recorre las mansiones de los ángeles, y ante ambas naturalezas que admiran su gloria, dice: ¿Por qué me admiráis? Divino es

este misterio que contempláis, divino por cierto, no humano, ni jamás comprendido por razones humanas. Allí el numeroso ejército de los ángeles brilla en sus sagradas divisiones, deleitado por su obsequio volandero, no vela, sino que revela la majestad del Señor. Allí la primitiva elección de los patriarcas, la reverenda sociedad de los profetas, el glorioso coro de los apóstoles, la purpúrea multitud de los mártires, la florida congregación de los confesores, la blanca turba de las vírgenes, el número infinito de los monjes. Se sienta en medio el Señor de las virtudes y, con la efusión de su gloria, embriaga a los que le contemplan: «Se embriagarán, en efecto, dice el Profeta, de la abundancia de tu casa» (Sal 35). Allí hay paz segura, descanso voluptuoso, vida perpetua, sabiduría de la mente, agilidad del cuerpo, iluminación del corazón. «Bienaventurados los que habitan en tu casa, Señor» (Sal 83). Como la habitación de todos los que se alegran está en ti (Sal 86), ciudad de Dios; y en tus plazas la voz de la exultación se entona con más dulces melodías. «¿Por qué estás triste, alma mía, y por qué me turbas? Espera en Dios, porque todavía le confesaré» (Sal 41, 42). Le confesaré allí; pues aquí está el estadio y allí el premio; aquí la lucha y allí la corona. Vano es levantarse antes de la luz. Se ha de endurecer el ánimo y abstraerse lejos de los halagos de los placeres, y se ha de purificar la materia de ambas sustancias si queremos volar hacia nuestros propios orígenes. Se ha de amar entre tanto la estrechez de la pobreza, suspender el habla amarga, huir de la soberbia, sostener

los trabajos, luchar con los vicios y eliminar las riquezas seculares.

Esto es lo que aquel pobre y único (Sal 24), en la lectura del santo Evangelio de hoy, dice a los pobres, a quienes había llamado de la pobreza del mundo: «Bienaventurados los pobres de espíritu» (Mt 5). Estas son las ocho, o mejor dicho siete bienaventuranzas, porque la octava es la misma que la primera. Felicísimos peldaños por los que se va al Señor, todos los cuales ascendió primero en su persona aquel que subió al monte y abrió su boca para enseñar a sus discípulos. Finalmente, ¿quién fue más pobre que él, que no tuvo donde reclinar su cabeza (Lc 9)? ¿Quién más manso que él, que es manso y humilde de corazón (Mt 11)? Quien al ver la ciudad lloró sobre ella (Lc 19), lloró a Lázaro (Jn 11), enseñó la justicia, hizo la justicia, en cuya boca no se halló engaño (Is 53). ¿Quién más misericordioso que él, que libró a la mujer adúltera? Sanó a la mujer pecadora cargada con siete demonios. ¿Quién más limpio que él, que no cometió pecado (1 Pe 2)? Vino a pacificar tanto lo que está en los cielos como lo que está en la tierra; dejó la paz a sus discípulos (Jn 14), padeció persecución por la justicia, fue azotado en la carne, colgado en la cruz y deshonrado por la muerte (Lc 23). Quien dice que permanece en Cristo debe caminar él mismo tal como caminó aquel (1 Jn 2). Canta, pues, el cántico de las subidas y asciende paso a paso, sin saltarte ninguno con salto apresurado; porque el que ofende en uno, se hace reo de todos (Sant 2).

Sé, pues, pobre de espíritu, y no pienses que este primer peldaño se alcanza ligeramente, siendo de mucha solicitud dejar el mundo y las cosas mundanas, y retirar del curso acostumbrado el corazón, el cuerpo y el interés. Pues quien es pobre de espíritu se goza en la vileza, abraza la humildad y pisotea los deseos terrenales; pero porque es execrable aquella pobreza que, hinchándose con espíritu regio, siembra discordias, sirve a los pleitos y se deleita en los discursos detractores, se ha de volar a la sublimidad del segundo peldaño para ser manso. Manso es el que a nadie devuelve mal por mal. Herido, pide perdón y hace el bien a los que le hieren. Ni jacte nadie de victoria plena si acaso ha subido este peldaño, siendo de lamentar con toda fuente de lágrimas el que hayamos servido tanto tiempo al lodo y al ladrillo bajo el poder de Faraón; y por eso bienaventurados los que lloran. El llanto de los santos, empero, no es por la disminución de las cosas, por la enfermedad de los cuerpos o por la ferocidad de un poder más sublime; pues lloran los pecados, propios o ajenos, la ruina del mundo, el detrimento de la fe, el desprecio de la justicia, la abundancia de la iniquidad y la dilación del reino.

Ni ha de imponerse aquí el término de la consumación, siendo justicia perfecta amar al prójimo como a sí mismo y reprender sus excesos con libre discreción y discreta libertad. Pues quien por la persona que ostenta no resiste a los que pecan, sepa que ha de ser condenado por su propio silencio. Hambrea, pues, y tiene sed de justicia el que destruye los vicios y construye

las virtudes; sobrio para sí, justo para el prójimo, piadoso para con Dios. Cuya alma quema el celo de la casa de Dios, que canta con el justo: «Tu celo me ha hecho desfallecer, porque mis enemigos olvidaron tus palabras».

Pero porque según la voz del orador, muchísimas veces el sumo derecho es malicia y la justicia inconsiderada pare un precipicio, por eso sigue: «Bienaventurados los misericordiosos». La misericordia es un hermoso ornamento de la naturaleza humana, de la cual quien carece degenera malamente y reniega de lo humano. Es, empero, verdadera misericordia cuando la misericordia se sobreexalta al juicio, cuando sea por la largueza de la sustancia, o por la buena voluntad, o por la doctrina de la palabra, o por el ejemplo del hecho, confortamos el cuerpo y el alma del prójimo. Mas cuando ya hayamos comenzado así a caminar de claridad en claridad, de la claridad de nuestro corazón a la clarificación del corazón del prójimo, hemos de ser limpiados de toda mancha de la carne y del espíritu, de toda aspersión de este mundo, habiendo de ser limpiados pura y estrechamente, como se añade: «Bienaventurados los limpios de corazón». ¿Quién se jactará de tener un corazón casto (Prov 20)? Depravado es el corazón del hombre e inescrutable. ¿Quién lo conocerá (Jer 17)? Difícil es limpiar aquello cuando, escondiéndose en sus recónditos lugares, recibe legiones de pensamientos que irrumpen, aun resistiéndonos nosotros muchísimo, pero no pudiendo de ningún modo oponernos. Aquel, pues, tiene el corazón limpio que, mitigados los movi-

mientos de ambos hombres, no solo reprime las pasiones, sino que las ignora, fortalecido por el curso natural de las buenas obras, crucificado para el mundo y para quien el mundo está crucificado (Gál 2). Pocos son, empero, en quienes se haya infundido la plenitud de tanta gracia. Quienesquiera que sean esos, están ya cerca de la palma de la vocación superna si por la paz con que han sido recreados se esmeran en pacificar a los que disienten y decir con el Profeta: «Con los que odiaban la paz era yo pacífico» (Sal 119). Por eso se añade: «Bienaventurados los pacíficos», no solo pacificados, sino pacíficos, haciendo la paz, sembrando las semillas de la concordia.

Mas porque muy a menudo, o por la adulación de los potentes o por el amor de lo temporal, o dejamos la justicia o no la defendemos una vez dejada, se ha de extender la diestra hacia la meta de la carrera, para que por la justicia padezcamos persecución no solo por la nuestra, sino también por la de otro, y resistamos hasta la sangre o hasta la muerte. Y esto es lo que sigue: «Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia». Mas ¿qué después de esto? Aquí nos adherimos al Señor y nos hacemos un solo espíritu con él. Aquí se rompe la nube y pasa la oración. Aquí, con la cara revelada, contemplamos la gloria del Señor. Aquí está la dulzura del espíritu, la suavidad del corazón, el júbilo de la mente. Bienaventurado el pueblo que conoce el júbilo (Sal 88).

Primero, pues, veamos en nosotros la abundancia de los pecados. «Por tu nombre, Señor, te

propiciarás por mi pecado, porque es mucho (Sal 24)», dice aquel único confidente del rey eterno. Hemos pecado más que el número de la arena del mar, y se han multiplicado nuestros pecados. ¿Pretendes tú contar lo innumerable y poner en una suma lo que supera la suma? He aquí un gran montón, un torrente impetuoso, ni puede discutirse tanta miseria, ya que nuestras iniquidades han sobrepasado nuestra cabeza (Sal 37). Hemos caminado con el cuello erguido, nuestros ojos están llenos de vanidad, nuestros oídos de detracción. Olamos no el olor de los ungüentos, en el cual la esposa se gloría de correr, sino el olor de muerte para muerte, cuya boca se describe llena de maldición y de amargura. Nuestras manos están llenas de sangre, los pies veloces para derramar sangre; la contrición y la infelicidad en nuestros caminos, y el camino de la paz desechado; no hay temor de Dios ante nuestros ojos (Sal 13). ¿Qué, pues, ha de hacerse, en qué se ha de esperar o a dónde se ha de huir? Se ha de estar en este montón, no de frutos nuevos, sino de viejos (Ez 3), y ha de verse una visión temible, y pongámonos ante nuestros propios ojos, no sea que el juez alguna vez nos reprenda y nos ponga ante nuestra propia cara. En esta visión de Dios se ve por nosotros un viento de torbellino, porque según el varón justo, aquí están enredadas las sendas de sus pasos (Job 6). Mas no pienses que esta visión ha de contarse entre las pequeñas, siendo así que esta conduce a la visión de los querubines y de los animales alados, e introduce al aspecto del mismo que domina.

Vista, pues, la abundancia de nuestros pecados, veamos en segundo lugar nuestra negligencia. Hemos arrastrado nuestros pecados como una soga larga, y la sangre tocó a la sangre, y disimulamos; la herida, el cardenal y la llaga hinchada, y no miramos (Is 1). El celo de Dios se apartó de nosotros y nosotros lo despreciamos. Así, acumulando la negligencia a la multitud de los pecados, nos obstruimos el camino de la confesión, evitamos las sendas de la justicia, no solo negligentes, sino gloriándonos de la negligencia, según aquello del varón sapientísimo: «Los que cuando han obrado mal se alegran y saltan de gozo en las cosas peores (Prov 2)». ¿Quieres saber que de la abundancia de los pecados se engendra la negligencia, hija pésima? «El pecador, cuando llega al profundo de los males, desprecia (Prov 18)». Por el contrario, el que teme a Dios nada descuida, porque «el que desprecia lo poco, poco a poco caerá». La multitud de los pecados amenaza con la negligencia, la negligencia con el desprecio, el desprecio con la muerte eterna.

Mira también en tercer lugar la paciencia y la longanimidad de nuestro Dios. «Esto hiciste y callé (Sal 49)». Todo lo ve y todo lo oye, y nada está retirado de sus ojos, de quien se dice: «Los ojos del Señor contemplan en todo lugar a los buenos y a los malos (Prov 15)». ¿Temiste los ojos de los hombres y no te espantaste de los ojos del Altísimo? He aquí que él mismo conoció todas las cosas postreras y antiguas, y ni por el Oriente, ni por el Occidente, ni por los montes desiertos hay lugar de huida, porque Dios es el juez. Vio tus

obras, los regresos y excursos de tus crímenes, y contuvo su ira. El cielo no fulminó rayos, el agua no sumergió, la tierra no tragó; y estando toda la tierra llena de la gloria del Señor, en su gloria vomitaste tu miseria, ni reverenciaste al Señor presente ni te dio vergüenza ejercer tus inmundicias ante tanta limpieza. ¿Mas qué hizo él? «Yo —dice —, como si no viera». ¿Acaso reveló tu ignominia a alguno de sus ministros, que son vengadores de su ira, constituidos para esto mismo? He aquí que ve y calla; ve y no manifiesta; ve y no juzga; ve y no reivindica; ve y disimula ver; llama y no oyes; promete y desprecias; amenaza y no temes, y atesoras para ti ira en el día de la ira. Siendo, pues, juez justo y fuerte, es muy paciente y no se irrita todos los días (Sal 7). He aquí que contiene la ira, reprime el furor, aparta los ojos, perdona a los que pecan; y ellos congregan todas estas cosas para su propio juicio, reos de todo. ¿Acaso el que así calló y guardó silencio, siempre callará así? ¿O no has leído que vendrá al juicio, desechando la paciencia, desconociendo la humildad, ignorando la misericordia?

Atendiste pacientemente al que callaba, atiende también al que habla impacientemente: «Como la que pare —dice— hablaré (Is 42)». Viste al que disimulaba, ve también al que cuenta cada una de las cosas más pequeñas. «Los pasos —dice— de mis pies has contado (Job 13)». ¿Qué lugar habrá para la esperanza cuando venga el juez, que estuvo bajo el juez, precediendo las trompetas, clamando los ángeles, ardiendo los elementos? ¿Al auxilio de quién huiremos cuan-

do, con los vientos rugiendo de través, se desgarre la máquina mundial y el fuego incandescente mezcle el cielo y la tierra en incendios finales? Vendrá él mismo con gran poder y majestad, no con dulzura y humildad, porque allí la justicia está llena en su diestra, la cual aquí sembró y esparció la misericordia. Entonces aquel ojo misericordioso no perdonará y no se compadecerá, sino que herirá y matará, vestido de ira, repleto de furor, lleno de crueldad. Mas ¿qué de los pecadores? Viéndolo, se turbarán con temor horrible, pero incorregible, oyendo aquel horrendo trueno: «Id, malditos, al fuego eterno (Mt 25)». ¿De cuánto dolor crees que será verse excluido de la faz de Dios, ver y perder a Dios, cuando el rey de gloria entre en la ciudad sublime, quedando para los miserables pecadores toda esperanza de misericordia sellada para siempre? Quienquiera que seas, pues, que desprecias las riquezas de la bondad y la paciencia de Dios, vuelve a leer el texto de la Epístola a los Romanos (Rom 2), y ella te dirá más plenamente que no has escapado al juicio de Dios.

Mira también en cuarto lugar su misericordia; aunque hayas pecado, aunque hayas descuidado y provocado la paciencia de Dios, está, sin embargo, dispuesto a apiadarse cuando quieras, y a volver al que vuelve, a olvidar y cubrir tus pecados, y a arrojarlos al profundo del mar. Ni habrá demora entre el que confiesa y el que perdona; entre el que gime y el que escucha los gemidos, porque es benigno y misericordioso. Los hombres del mundo son fáciles para la ira, difíciles para

la misericordia; Dios, en cambio, es difícil para airarse y fácil para apiadarse. Aquellos vuelven a los oprobios que perdonaron; este, cuando ha perdonado, es como si no hubiera sido. Con mayor frecuencia velamos a los umbrales de los potentes, no teniendo libre acceso para hablar, y si en algo delinquimos, con ojos suplicantes, con cara atribulada, con palabras humildes lo enmendamos. Ellos, empero, muchísimas veces con ojo soberbio y hombro desdeñoso, ni siquiera quieren mirar a los que están postrados a sus pies.

No así el Señor Jesús, que más de buena gana habla conmigo que yo con él; a quien encuentro cuantas veces busco; que sale al encuentro con panes al que huye, que me muestra un rostro alegre, que abraza mi penitencia como la inocencia, en todas partes alegre, en todas partes bueno, en todas partes piadoso, en todas partes dulce con la gran muchedumbre de su dulzura. No frunce el ceño, no tuerce los ojos, no desvía la cara, ni resuena palabras ampulosas, sino que sale al encuentro del que vuelve y corre a abrazarlo, llorando sobre mi cuello, y manda sacar la primera estola, dar el anillo de la inteligencia (Lc 15) y calzar los pies para la preparación del Evangelio (Ef 6), para ser en coro y sinfonía devuelto a los gozos supernos, y matar el ternero cebado para la remisión de mis pecados. Ves, pues, cuán larga es la paciencia en Dios, cuán veloz la misericordia. «Longánime —dice el santo— y muy misericordioso (Sal 102)». De buena gana, pues, me refugio en ti, Señor Jesús, que durante mucho tiempo sufres y rápidamente te apiadas, porque tú eres

Dios y no hombre, como dice el profeta (Os 11), que guarde la ira, esconda la malicia, busque la venganza.

A esto también se ha de considerar en la misericordia del que se apiada, que los hombres del siglo perdonan una, o dos, o a lo sumo siete veces, o diez; este, en cambio, perdona mil veces al día, si fuese posible, lo que cometemos, y esto mientras vivamos, mientras peregrinemos lejos de él. Vistas, pues, estas cosas que hemos enumerado, levanta los ojos también para ver la largueza o la familiaridad del Señor. Si a algún hombre muy potente le hiciéramos algo que le desagradara, ¿acaso se dignaría hablar más con nosotros, por no decir otorgarnos algo o sernos familiar? Somos gravosos para él incluso de ver, y cuenta como un gran beneficio si al menos desiste de hacernos daño; y aunque con múltiples y devotos servicios defendamos la ofensa, siempre, sin embargo, la memoria de la injuria revolotea ante sus ojos, ni puede borrarse ni por el beneficio, ni por el servicio, ni por la misma antigüedad. ¿Acaso mi Dios, mi misericordia, es así? Lejos de ello. Pues acostumbra honrar a los penitentes más que a los inocentes; a los que vuelven, más que a los que permanecen, porque más devoto es el penitente fervoroso que el inocente tibio, ya que aquel tiene materia de fervor, este de tibieza.

Quizá se me acuse de presunción, yo que, contra el precepto del Apóstol, introduzco novedades de palabras, pero tengo a mano testimonios, ni pequeños ni pocos, que ellos mismos se han hecho sumamente creíbles y que pueden satisfacer

al que murmura. El apóstol Pedro, no un apóstol cualquiera, sino el príncipe de los apóstoles, a quien le fue entregado el principado del cielo y de la tierra (Mt 16), ¿acaso no es del coro de los penitentes y de la suerte de los gravemente injustos? ¿No es él mismo quien negó a Dios, dejó al maestro, desertó al amigo, faltó a la promesa? ¿Quien comenzó a detestar y jurar que no conocía al hombre (Mt 26), añadiendo perjurio a la negación, añadiendo crimen al crimen? Cayó, pero no se estrelló, porque el Señor puso su mano debajo. Mira lo que dice la Escritura: «Miró —dice— el Señor a Pedro (Ibíd.)».

A la mirada de Cristo sigue el llanto de Pedro, y la amargura de las lágrimas instaura la dulzura de la antigua dignidad. Felices, santo apóstol, tus lágrimas, que lavan la culpa, restituyen el grado, perdonan las deudas, encomiendan cosas mayores. Miró la piedad y la impiedad cesó, y se acercó la antigua familiaridad. Finalmente: «Simón de Juan, ¿me amas más que estos? Apacienta mis ovejas (Jn 21)», y cosas semejantes a estas, ¿qué son sino grandes documentos de familiaridad?

Aquel singular órgano del Espíritu Santo también, a quien el Señor encontró según su corazón, a quien le fueron reveladas las incertidumbres y los secretos de la sabiduría de Dios, ¿acaso no fue marcado con la nota y el nombre de traidor por el homicidio y el adulterio? Pero mira con qué veloz salto de penitencia rebrotó a la fortaleza de la inocencia y así ligó las grandes heridas que no solo no quedaron rastros de la herida, sino ni siquiera de la cicatriz. Pues reprendido por el

profeta y aguijoneado por la retorsión parabólica, dijo: «Pequé (2 Sam 12)». Y aquel, del tesoro de la divina misericordia, inmediatamente añadió: «Trasladó el Señor el pecado de ti y no morirás (Ibíd.)». Trasladado fue el pecado y quitado, lo cual dividía entre David y Dios; y una vez quitado, David fue el mismo que antes.

Pero también aquel Vaso de elección, que voló sobre las alas de los vientos, que trabajó más que todos, a quien le fueron confiados los oráculos de Dios, ¿acaso no se dice que primero ardió más ardientemente que los demás contra la Iglesia primitiva? (1 Cor 15). Los Hechos Apostólicos sirven de testimonio de cuántos males hizo a los santos de Dios en Jerusalén. Este, empero, que tantos males hizo, tantos padeció después por el nombre de Cristo, y brilla en el firmamento del cielo, ni hay alguna gema más preciosa en la corona del Rey eterno. Acérquese también aquella mujer que estuvo colmada de siete demonios, esto es, de todos los vicios, a quien, amando mucho, mucho se le perdona, que es la primera en ver al Señor resucitando de entre los muertos, apóstol de los apóstoles, amada propiamente del Salvador (Mc 16).

Venga ahora todo el coro de los inocentes y únase toda la pureza virginal, ¿quién habrá que se atreva a aspirar a la gloria de estos, por no decir a trascenderla? Por eso te confesaré, Señor Jesús, y daré alabanza a tu nombre, porque en ti hay propiciación y por tu ley te he esperado (Sal 129), Señor. ¿Cuál es esa ley, cuál esa propiciación? Que aun ofendido, te prometes clemente; admites la

penitencia; dejas de castigar. Grande es, pues, la virtud de la penitencia verdadera, pues dice Ambrosio: Más fácilmente encontré a los que guardaron la inocencia que a los que hicieron la penitencia congrua.

Mira también en sexto lugar su custodia, porque si él mismo no nos guardare, en vano vigilamos. Recorridas, pues, estas seis visiones, pasemos a la segunda voz del Salvador que dice: «Vigilad». Se ha de vigilar por completo y se ha de quitar el sueño de los ojos, porque muchos ladrones asedian nuestro camino, temibles por sus dardos envenenados, no aguantando dejar pasar nada en absoluto sin haberlo intentado. Tres enemigos principales tenemos, que nos persuaden al precipicio: la carne, el diablo y el mundo; de los cuales dos, aunque de vez en cuando interrumpen, nunca empero perdonan; el tercero, empero, a saber, el diablo, ejerce un odio tan inexorable contra nosotros que nunca hemos podido arrancarle una tregua ni en un abrir y cerrar de ojos. Mas para poner las palabras de aquel orador, que en todo huele a Cicerón: con este hay un encuentro diario e incierto, de este una herida innumerable que no promete fácilmente una cicatriz; bajo este una caída frecuente y una respiración difícil; de este una victoria rara y nunca segura; para este la voluntad siempre inicua y el principado del engaño. ¿Quién podrá vigilar contra este si aquel guardián de la noche no viniera en nuestro auxilio? Pues por nosotros no somos suficientes, antes bien desfallecemos si confiamos en nosotros mismos.

Atiende, empero, respecto a este enemigo invisible, cuán grande entra al combate singular, qué clase de armas porta, cuán fuertes, con qué torbellino lanza la lanza. Recuerda el libro de Job y la historia de los Reyes, y considera tanto al armado como a las armas, porque el que es Goliat en el libro de los Reyes, es el mismo diablo en el reino de los cristianos. Pues tiene la lanza del deleite, el escudo de la obduración, la loriga de la desesperación, la espada de la matanza, el escudero que es la soberbia, que lo precede e insulta a las huestes del Dios viviente, y dice el enemigo: «Perseguiré y alcanzaré, repartiré los despojos, se saciará mi alma (Éx 15)». ¿Mas tú qué? Toma la armadura apostólica, el escudo de la fe, la loriga de la justicia, la espada del espíritu, la lanza de la circunspección; y que te preceda la humildad y di: «Perseguiré a mis enemigos y los alcanzaré, y no me volveré hasta que desfallezcan (Sal 17)». Oh Señor Jesús, ¿acaso es un combate igual el del hombre y el del demonio, el del doble y el del simple, el del fuerte y el del débil? Invócame en el día de la tribulación, dice el Señor, y te libraré y me honrarás (Sal 49). Te invoco, Salvador, toma las armas y el escudo (Sal 34), para que vea contra el fuerte armado a uno más fuerte armado y quebrantes al asirio en tu tierra. Hecha, pues, la batalla, desmenuzará a tus enemigos como el polvo ante la faz del viento y como el lodo de las calles los borrará (Sal 17).

Mas así se ha de vigilar contra este que siempre temas un combate renovado y no desesperes de la victoria.

La carne, empero, bajo apariencia de necesidad vela la imagen de su furioso tumulto, y ahora llena con variedad de manjares, ahora alternando preciosos vinos, comienza a lasciviarse y, soltadas las riendas, se precipita por completo. Al punto recrudecen los afectos, los pensamientos se rebelan, se proponen imágenes vistas y pintamos en nuestros corazones lo que en muchos días no puede borrarse. Pues estamos atiborrados, no confortados; llenos, no nutridos, y nos distendemos tanto en el cuerpo como en el corazón, y se cumple aquel dicho satírico: Ninguna distinción se tiene entre la ingle y la cabeza.

Ahorro palabras, porque una sentencia torpe no puede explicarse sino con palabras torpes, y para cada uno de nosotros es todo lo que callamos o lo que queremos pasar por alto. Pero una mesa exigua, un alimento más áspero, una bebida más simple, fortalecen el cuerpo, confirman el ánimo y vuelven más alegre el estado de ambos hombres.

¿Mas qué hace el mundo? Nos ofrece todo lo que es bello a la vista, y la concupiscencia de la carne y de los ojos, y la ambición del siglo, para enredar a los míseros, estrangular a los enredados y envolver a los estrangulados en incendios eternos. Nos tienta con trampas multiformes: por arriba por la soberbia, por abajo por la lujuria; por la derecha por la prosperidad, por la izquierda por la adversidad; por delante por la concupiscencia del mundo, por detrás por el recuerdo de los vicios pasados, en un movimiento circular por la envoltura de los sentidos.

Es necesario, pues, vigilar contra esta clase de ladronzuelos y la mano de un asesino, y decir con Isaías: «Sobre la atalaya del Señor estoy yo, permaneciendo continuamente de día; y sobre mi guarda estoy yo, permaneciendo todas las noches (Is 21)». Ni solo conviene estar, sino estar armado con aquella armadura que el Apóstol menciona: «Vestios la armadura de Dios (Ef 6)». Otro Tulio de nuestros tiempos, de quien hice mención arriba, floreciendo en todas partes con la flor de los sermones, ha dorado la armadura de este modo con capítulos luminosísimos. Si los espíritus fabulosos y los movimientos encantadores de la carne resonaran en torno a ti, confía y di: «Apartaos de mí, malignos, y escudriñaré los mandamientos de mi Dios (Sal 118)». Si sintieras que la carne se enciende y quiere volver a sus ineptitudes, sé constante y di: «Atraviesa mi carne con tu temor, Señor (Ibíd.)». Si comenzaras a odiar la pobreza y empezaras a ser despertado por el deseo de riquezas, despierta y di: «¡Ay de vosotros, ricos, que tenéis aquí vuestra consolación! (Mt 6)». Si un adulador te acariciara y el ánimo se alegrara por las alabanzas del populacho, confórtate y di: «El aceite del pecador no engorde mi cabeza (Sal 140)». Si se te sugiriera diferir para un tiempo futuro el buen propósito, levántate y di: «El día del Señor vendrá como ladrón en la noche (2 Pe 3)». Si la gula desenfrenada te recomendara preparativos más exquisitos, recházalo y di: «No es el reino de Dios comida y bebida (Rom 14)». Por estas cosas, como por ciertos reproches, huyen los enemigos, se desliza

el recuerdo de las voluptuosidades, el rugido de la carne se silencia, los inicios de la santa conducta se fortalecen, el mundo es despreciado, el antiguo enemigo es superado.

Así, pues, viendo y vigilando, haz un cordel triple, que difícilmente se rompe, y pasa a las oraciones, entrando en lo interior del velo con nuestro sumo pontífice, el Señor Jesucristo, que se propicia por todas tus iniquidades y que asiste ante el rostro de Dios por ti. Pero una vez admitido, no te presentes ante los ojos de la majestad tan audaz y descarado, sino sacudido por una humildísima trepidación, admira al menos cómo pudiste ser admitido a tan grandes milagros.

Sea, pues, la oración vergonzante, para que nos avergoncemos de nuestros pecados y prestemos tanta reverencia; pura, para que nada busquemos de él fuera de él mismo; devota, para que en la gordura del espíritu la prolonguemos; amplia, para que la extendamos hasta los enemigos; sea continua, para que por la intermisión no se vuelva más remisa; sea pacífica, para que no sea sumergida por las turbulentas olas de los pensamientos. Confieso que me he excedido del límite y no temí cargar vuestros oídos más de lo acostumbrado mientras el estilo se extiende a lo largo. Pero sé que me habéis oído pacientemente disputar sobre la paciencia de aquel que es Dios bendito por los siglos. Amén.

Hoy, hermanos carísimos, ha resplandecido para nosotros la festividad votiva del bienaventurado Andrés, la cual, entre la misma niebla del invierno glacial, ha introducido en nuestras mentes

una agradable serenidad de alegría; y mientras la inclemencia del aire se endurece exteriormente, la victoria oída de tan gran combatiente incita a los corazones piadosos al apresto del certamen espiritual, e inflama los insignes ánimos de los guerreros de Cristo con el fuego del amor divino. Entre todos los géneros de martirio ciertamente aquel se juzga ser más noble, aquel no sin mérito ser principal, que se reconoce haber sido dedicado en el mismo Redentor nuestro, cabeza a saber de los mártires. Por lo cual, habiendo querido la divina dispensación que Pedro y Andrés fueran consumados por el suplicio de la cruz, entre los demás apóstoles, aunque todos sean de una misma potestad y dignidad, los hizo en cierto modo egregios y conspicuos. Pues la cruz, que envió delante al rey y al cetro, la misma elevó subsiguientemente a ambos soldados al premio.

¡Oh bienaventurada hermandad! A la cual, así como una sola consanguinidad la dio al mundo, así la misma muerte triunfal transmitió como vencedores a los astros; y a quienes la naturaleza produjo en esta vida consortes de un mismo género, la cruz los parió iguales en aquella bienaventuranza eterna. De la misma nobleza en la tierra, obtienen la misma celsitud de linaje en el cielo. Pues los que aquí son hijos de Juan, allí son hijos de la cruz. Estos son, en efecto, los hijos de Coré, que se anotan antes en los títulos de algunos salmos. Pues la cruz, que al morir los sustrajo de esta vida, los introdujo como nuevos ciudadanos renaciendo con gloria triunfal en la Jerusalén celestial. Andrés, ciertamente, es pues-

to segundo en el catálogo del senado apostólico, quien, sin embargo, se encuentra el primero en el reconocimiento del Señor, según la fe evangélica. Dice, pues, Juan el evangelista: «Que estando Juan, y dos de sus discípulos, y mirando a Jesús que caminaba, dijo: He aquí el Cordero de Dios. Y oyéndole hablar los dos discípulos, siguieron a Jesús». Y poco después: «Era, empero, Andrés —dice—, hermano de Simón Pedro, uno de los dos que habían oído de Juan y le habían seguido». Después sigue: «Encontró este primero a su hermano Simeón y le dice: Hemos encontrado al Mesías, que interpretado es el Cristo, y lo llevó a Jesús (Jn 1)».

He aquí que Andrés fructifica entre los mismos rudimentos de su nuevo noviciado, y ya se convierte en predicador de la verdad, de la cual apenas era todavía oyente. Hecho nuevo discípulo, no está contento con su propia salvación, busca condiscípulos, el amor fraterno se extiende para ganar a otros. Encuentra un tesoro, se alegra de revelarlo a otros, considera un hurto poseerlo sin consortes. En fin, el nuevo recluta presenta señales faustas y preclaras de su futura índole, quien en el mismo comienzo de su novicia conversión, pronto enseñó lo que había aprendido y fielmente distribuyó lo que había recibido. Un nuevo y admirable relato trajo una gran noticia, para mostrar visiblemente que se prometía a aquel que los oráculos de tantos profetas habían anunciado que vendría.

Ciertamente Andrés fue portador de un gran misterio para su hermano, quien sin duda atesti-

guó que él había encontrado a aquel que desde el origen del mundo todos los santos aguardaron con gran deseo, y sin embargo no pudieron ver. No se le concedió esto al patriarca Jacob, que decía: «Tu salvación esperaré, Señor (Gén 49)». Ni a Abraham, a quien se le hizo la promesa divina de que en su descendencia heredaría a todas las gentes (Gén 22). ¡Oh, en cuánto habría estimado esto aquel insigne profeta Isaías, si le hubiera sido lícito aspirar a este espectáculo! Sin duda cuando, encendido con el ardor de tan gran deseo, reclamaba el advenimiento del Mediador y, como impaciente por la morosa dilación, clamaba hirviente: «¡Ojalá rompieras los cielos y descendieras! Ante tu faz los montes se derretirían, como por el ardor del fuego se desharían, las aguas arderían por el fuego; para que se hiciera conocido tu nombre a tus enemigos (Is 64)». Cuán terrible y vehemente trompeta resonó esta voz en el corazón de Pedro y, como un rayo repentino que brilla inesperadamente, lo dejó atónito: «Hemos encontrado —dijo— al Mesías, que se llama Cristo (Jn 1)».

El Rey de la gloria había venido claramente solo para la batalla y, por ello, ya estaba adquiriendo gradualmente soldados para el apronto de la guerra. Pues había venido para que, cayendo sobre el hombre fuerte armado, lo venciera y le arrebatara todas las armas en las que confiaba (Lc 11). Había venido para rescatar al hombre cautivo, que estaba oprimido bajo el yugo de la tiranía diabólica, y para devolverlo a los títulos de su antigua nobleza. Había venido para liberar a su

Israel del vínculo del antiguo Faraón y, como guía conductor, introducirlo con mano fuerte y robusta en la tierra que mana leche y miel. Sin embargo, no eligió para su ayuda a hombres insignes por títulos triunfales, ni a esforzados guerreros, ni a jinetes de caballos relinchantes, ni finalmente a filósofos y elocuentes, sino a portadores de redes y remeros de una barquilla minúscula, para que la victoria se atribuyera únicamente al poder divino, no a las fuerzas humanas.

Además, aquella antigua subversión de la ciudad de Jericó prefiguró esta victoria, cuando sus muros fortisímos se derrumbaron no por proyectiles de lanzas, ni por catapultas, ni ciertamente por cualquier máquina de guerra, sino por el estrépito del pueblo que gritaba y por el clamor de las trompetas (Jos 6). Pues el Señor había mandado a Josué que los hombres guerreros armados precedieran al arca de la alianza, y que siete sacerdotes tocaran siete trompetas, y que así rodearan los muros de Jericó durante no menos de siete días. El séptimo día, por tanto, mientras el griterío del pueblo se mezclaba con el clamor de las trompetas, Jericó se derrumbó inmediatamente desde sus cimientos y fue subvertida.

Pero, ¿por qué para capturar la ciudad no se desenvaina la espada, no se vibran las lanzas, no se arroja la jabalina, ni se apretan las filas militares para el ímpetu de la irrupción, sino que solo se clama con las trompetas sacerdotales, y así la victoria sobre los enemigos vencidos se obtiene no ya por el derecho de la guerra, sino más bien por la virtud del sacramento? Ciertamente parecería

una necedad propia del delirio si no hubiera seguido una victoria evidente. Pero por Jericó, que significa luna, se insinúa no incongruentemente el mundo, que así termina por los momentos fugitivos del tiempo, como por detrimentos mensuales. Además, el arca santa era la Iglesia; pero las trompetas son los apóstoles, o los cinco santos doctores de la Iglesia, por cuyas amonestaciones, mientras se intenta luchar siempre contra los halagos de la carne y las insidias del antiguo enemigo, somos incitados como al frente de combate y a entablar batalla por los clamores de las trompetas; las cuales se dice que fueron siete porque los santos predicadores están llenos de la gracia del Espíritu septiforme. También por la sucesión de siete días se desarrolla todo el tiempo de nuestra mortalidad.

Por tanto, los sacerdotes que llevan el arca y claman durante siete días rodean la ciudad de Jericó, y sus muros caen por la presencia del arca y el sonido de las trompetas, porque en el transcurso de esta vida mortal, mientras la santa Iglesia se mueve y se dilata por todo el orbe de la tierra, por la instancia de la santa predicación se rompe toda la soberbia del mundo exaltado y se derriban todos los obstáculos de la infidelidad.

Y debe notarse que se ordena a los soldados armados ir con los sacerdotes: sin duda para que aquellos a quienes no se ha encomendado el oficio de emitir el clamor no se entiendan de ningún modo apartados de la contienda de las guerras, a fin de que incluso aquellos que no predican caminen, no obstante, siempre armados

y circunspectos contra las insidias del enemigo oculto. Los jefes y príncipes de esta guerra son los santos apóstoles, que llevan el arca de la alianza alrededor de los muros de Jericó con el clamor de las trompetas; porque por todo el círculo del mundo, difunden los sacramentos de la Iglesia mediante el oficio de la santa predicación. «Por toda la tierra salió su sonido, y hasta los confines del orbe de la tierra sus palabras (Sal 18)». Transcurridos seis días, finalmente el séptimo día, el rey de Jericó con todo el pueblo es consumido por la espada devoradora, porque en el último día el diablo, que es el rey de la soberbia, con todos sus seguidores, es condenado a la muerte perpetua como por una cierta espada de la sentencia divina. Entonces sucederá lo que dice el Apóstol: «Cuando haya evacuado todo principado y toda potestad y virtud, últimamente será destruida la muerte enemiga (1 Cor 15)». Pero solo escapó la casa de Rahab la meretriz, a la cual distinguió un cordón de escarlata en la ventana. Aquella casa prefigura a la única Iglesia, que fue purificada de la torpeza de la fornicación a través de la ventana de la confesión, en la remisión de la sangre. Esta casa es claramente librada del común exterminio del mundo que perece, porque en la ventana de su casa ata el cordón de escarlata, mientras no cesa de llevar en la boca de su cuerpo el sacramento de la pasión del Señor. «Con el corazón se cree para la justicia, pero con la boca se hace la confesión para la salud (Rm 10)». Además, aquel cordón estaba atado a la casa, pero se veía por fuera, porque la fe de la cruz del Señor se retiene en

el corazón, la cual se manifiesta por la confesión de la boca. Pereciendo los demás, todos los que fueron hallados en aquella casa escaparon del peligro de la muerte; porque así como dentro de la Iglesia se salvan todos los elegidos, así fuera de la Iglesia nadie podrá ser hallado salvo.

Pero tal vez se pregunta cómo tanto el arca, que rodeando la ciudad la sitiaba, como la casa de Rahab, que estaba adherida a sus muros, designan ambas a la única Iglesia, siendo que el arca sitia y expugna, y la casa parece sitiada. Pero esta cuestión se resuelve fácilmente si se atiende sutilmente a la diversidad que hay en los miembros de la Iglesia. Pues la Iglesia expugna a la Iglesia cuando los predicadores, maestros y discípulos presidentes, y los que obedecen, proceden de una sola fuente de regeneración divina, y finalmente parecen completar el único cuerpo de la Iglesia como diversos miembros. A la cual Iglesia ciertamente se dice por el Salmista: «En lugar de tus padres, te han nacido hijos»; los mismos apóstoles, que para la captura de la Jericó de la soberbia humana lanzaron tan válidos, tan robustos rayos de sus predicaciones.

De una misma Iglesia parecen ser en cierto modo padres e hijos; hijos, por supuesto, de los patriarcas y profetas; pero padres de todos los elegidos subsiguientes. De aquí es que se ordena a Moisés por voz divina que funda basas de plata y erija tablas doradas encima (Éx 26). ¿Qué se significa por las basas de plata sino el orden de los profetas, a quienes, por haber hablado los primeros del sacramento de la Iglesia, los vemos surgir

del fundamento como ciertas basas y sostener los pesos de la fábrica superpuestos?

¿Y qué se significa por las tablas sino los santos apóstoles, que por la predicación extendida por el mundo fueron amplísimamente dilatados? Pues la doctrina de los apóstoles se apoya, como en ciertas basas, en la predicación profética y por la autoridad de estos se consolida firmemente para el vigor de su estado. Por lo cual también se colocan dos basas conjuntas bajo cada tabla, porque mientras los santos profetas concuerdan entre sí en sus palabras sobre el sacramento de la futura Iglesia, también edifican a los apóstoles subsiguientes que están edificando; y como en nada disienten de sí mismos, los fijan en sí con más robustez. Y no sin razón se ordena que las basas, por las cuales se significan los profetas, deban fundirse en plata. Pues la claridad de la plata se conserva con el uso, pero sin el uso se convierte en negrura. También los dichos de los profetas, antes de que se aclararan por la predicación apostólica, como no estaban en el uso de la inteligencia espiritual, mientras no podían ser vistos por la oscuridad, permanecían como negros; pero después de que la mano de la predicación apostólica limpió los vaticinios oscuros, brilló todo lo que de luz latía en ellos, y entregó al uso sus sentidos místicos, porque anunció claramente que las palabras ya estaban expuestas por los hechos. Con derecho, por tanto, se ordena hacer tanto basas de plata como tablas doradas, porque los preceptos apostólicos son mucho más claros que los oráculos de los profetas.

Para volver, pues, a lo anterior, no es incongruo si tanto el arca como la casa de la meretriz que es sitiada parecen expresar una misma Iglesia, siendo que de la misma Iglesia, como se ha dicho, son diversos los miembros: unos ciertamente sitiando por el ámbito de la santa predicación, otros debiendo ser derribados de la fortificación de su infidelidad o de su maldad por los dardos de la doctrina de la salvación, unos ya domésticos, otros todavía ajenos por la aversión de la obra mala. Este conflicto en testimonio de la lucha espiritual ya lo había olido Isaías cuando, después de haber descrito claramente el advenimiento del Salvador, añadió inmediatamente: «Y el corazón de Egipto desfallecerá en medio de él, y haré concurrir a los egipcios contra los egipcios, y luchará el hombre contra su hermano, y el hombre contra su amigo, ciudad contra ciudad, reino contra reino, y se romperá el espíritu de Egipto en sus entrañas (Is 19)».

Puesto que, por tanto, a través del sitio de la predicación apostólica, hermanos carísimos, hemos sido arrancados de las muertes de la Jericó que perece, o más bien liberados divinamente del exterminio de la gentilidad subvertida, no nos pese seguir a nuestros guías a donde nos preceden; no parezca oneroso lo que nos ordenan para nuestra salvación.

He aquí que los bienaventurados apóstoles Pedro y Andrés, ante el único mandato del Señor que les ordenaba, no dudaron en abandonar todas las cosas que poseían, para merecer permutar lo terreno por lo celestual. Dejan lo que está

ante sus ojos, para recibir los bienes invisibles. Posponen lo que tienen, alcanzan lo esperado, pasan al reino a través del suplicio, son elevados a los gozos de la vida eterna a través del momentáneo patíbulo de la cruz. Nada se reservan en su peregrinación, para que al llegar a la patria lo encuentren todo a la vez. Por lo cual, con ellos se hizo esto por el cambio de la diestra del Altísimo, de modo que los que entonces parecían abyectos y humildes, ahora son jueces de las almas y senadores de la corte celestial. Entonces poseedores de viles redes, ahora en los reinos celestiales obtienen el principado de la gloria. Y a quienes, puestos en la tierra, la misma abundancia de las cosas terrenas había destituido, ahora poseen la monarquía de todo el orbe y presiden solos la potestad judicial en aquella Jerusalén celestial. Y los que habían sido casi los últimos de los hombres, ahora son conciudadanos y partícipes de los ángeles. Ciertamente se adhirieron a las huellas de un buen maestro y de un grato remunerador, que les devolvió oro por lodo, todo por nada, luz por tinieblas, la verdad por un sueño. Para quienes ciertamente él mismo es el premio en el cielo, y en la tierra también somete los derechos de todos los reinos.

Por este camino, pues, hermanos míos, por el cual nos precedieron, sigamos, si queremos llegar a donde ellos están. Caminando en pos de ellos por la vía recta, abandonemos de tal modo a Jericó, sumergida [subvertida] y destruida por el sitio de ellos, que de ningún modo usurparemos nada de su anatema. Pues aquel Josué prohíbe que al-

guien codicie algo de las riquezas de Jericó (Jos 6). Y nuestro Jesús, el antiguo Salvador ciertamente, prohíbe que nadie ame las cosas que son del mundo. «No queráis —dijo— amontonar tesoros en la tierra (Mt 6)». Y por su apóstol: «No queráis amar al mundo, ni las cosas que están en el mundo (1 Jn 2)». No defraudemos, pues, a ejemplo del infeliz Acán, nada del anatema de Jericó (Jos 7), para que, a saber, no insertemos nada de las costumbres disolutas de la conducta mundana en las disciplinas eclesiásticas. No nos llevemos el manto, para que tras el vestido de la fe, no nos pongamos de ningún modo el culto de las conductas seculares. Ni los siclos de plata, para que nosotros, que guardamos el tesoro eterno en el cielo, no depositemos ningún dinero temporal en un sudario por ambición. Ni finalmente la regla de oro, para que no introduzcamos en la Iglesia de Cristo los dogmas rebuscados de los heréticos, los estudios no sopesados de los filósofos que disputan con agudeza, o las elaboradas ficciones de los poetas. Pues esta es aquella regla de oro, dirigida ciertamente por un discurso pulido y refinado, y vestida como con el áureo brillo de una luciente facundia. Esta regla la robaron Arrio, Marción y Apeles, y otras pestes de hombres perversos, quienes al intentar introducir las sectas de los filósofos en la Iglesia, parecieron en cierto modo provocar la ira de Dios sobre el campamento de Israel. Pero estos fueron aplastados con Acán bajo un montón de piedras, porque fueron oprimidos por el peso inmenso de sus pecados.

Nosotros, hermanos carísimos, porque nuestra filosofía es Cristo y este crucificado, y por eso tenemos por maestros no a oradores, sino a pescadores, no a astutos y elocuentes, sino a mansos y sencillos, despreciemos la sabiduría que ciega; busquemos la estulticia que ilumina a los que aprenden. «Porque, como dice el Apóstol, no conoció el mundo a Dios por la sabiduría, plugo a Dios salvar a los creyentes por la estulticia de la predicación (1 Cor 1)».

Mantengamos, pues, la doctrina en su pureza, y apliquemos a la fe recta la eficacia de la obra. Salgamos a nado de la tormentosa ola de la perturbación mundana. Plazca ser incluidos en las redes de tan grandes pescadores. Incalézcase nuestro corazón ante el ejemplo de tan pronta obediencia, de tan fervorosísima devoción, y lo que sabemos que nuestros maestros hicieron entonces, esforcémonos también nosotros en cumplirlo con el auxilio de la divina clemencia. He aquí que a los bienaventurados hermanos, a saber, Pedro y Andrés, nunca leemos que tras la conversión se adhirieran entre sí más familiarmente por una cierta necesidad carnal que a los demás, ni que estuvieran más estrechamente confederados entre sí por el afecto mutuo, ni que compartieran las mismas provincias por causa de la predicación; y, para que más te asombres, Andrés no llevó a mal que quien fue el primero en la fe, fuera hecho el segundo en la dignidad del orden; ni se dejó llevar por el celo porque Pedro, que creyó después por su guía, y de cuya fe él mismo fue precursor, recibiera sin embargo

los derechos del priorato entre todos los apóstoles. Ciertamente el maestro celestial puso ante nuestros ojos esta regla de la mortificación, y nos exhibió esta norma de la verdadera humildad por la cual lo siguiéramos por el camino recto. Pues en aquellos primeros discípulos, a quienes también instituyó como maestros del mundo, expresó señaladamente la forma de todas las virtudes para que hasta la consumación del siglo cada uno de los fieles dirija hacia ellos los ojos de la imitación, y camine por su sendero sin desviarse a ningún lado, a fin de que, reteniendo los ríos de la vital afluencia, lleguemos a la fuente, y siguiendo a los soldados por el itinerario recto seamos conducidos al rey, Jesucristo nuestro Señor, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por todos los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN LVIII.

II. DE S. ANDRÉS APÓSTOL. (30 NOV.)

Tanto el estudio tranquilo, como el atento silencio y tan gran festividad de tan gran varón aconsejan, más aún, compelen a decir algo para mostrar la gloria de la deidad, la gloria de la dignidad apostólica y la virtud de la confesión. Démosle gloria de alabanza (Sal 65) a aquel a quien alaban todas las gentes, que tanto alaba a sus ministros como los hace loables. Él es a quien asisten los ángeles para oír la voz de sus sermones (Sal 102); quien llama a las estrellas, y ellas dicen: «Aquí estamos» (Bar 3); cuya mano extendió los cielos; quien fundó la tierra sobre su

estabilidad (Sal 103), quien camina sobre las olas del mar; quien solo hace maravillas (Sal 71); a quien los ángeles desean contemplar. Él es quien hizo todas las cosas, y en todas las cosas que hizo, hizo cuanto quiso. Servirle a él es reinar; él, que sirvió por nosotros bajo una dura y pesada necesidad, y cubriendo la púrpura de su divinidad con el cilicio de nuestra mortalidad, vino pobre y mendigo a nuestra región. ¿Acaso no os parece un juego, judíos, paganos, herejes y toda esa turba de burladores, más bien de locos, cuando decimos que el Hijo de Dios toleró la carne, la cruz, la muerte, los clavos y la lanza? Es ciertamente un juego, por el cual se juega ante nosotros de modo que se burla de vosotros:

Aquel único Sabio, no ignorante de este misterio, preludió este juego con elegante discurso. «Me deleitaba —dijo— cada día, jugando ante él en el orbe de la tierra (Prov 8)». Jugó ciertamente ante Dios cuando por su mandato asumió la carne, y en el orbe de la tierra porque para la redención del orbe de la tierra, deleitado cada día, se regocijó en cada uno de los apóstoles, mientras a uno entregó el reino de los cielos (Mt 16) y para otro hizo de su pecho un reclinatorio (Jn 13). «Y mis delicias eran estar con los hijos de los hombres (Prov 8)». Pensaba yo, Señor Jesús, que tus delicias no eran con los hijos de los hombres, sino con los coros de los ángeles, donde admirable por la gloria de la divinidad ante los tronos y las potestades, haces reverberar los ojos de las naturalezas superiores. Allí habitas una luz inaccesible (1 Tim 6) y cubres la circunstancia de las luces

clarísimas con la majestad de tu luz. Pero esa tu clementísima piedad y adorable benignidad dice que sus delicias son con los hijos de los hombres. Estos son los hijos de los hombres que esperaron bajo el amparo (Sal 35), a quienes elegiste del pueblo, cuyos pies lavaste, a quienes infundiste tu Espíritu, quienes portaron la fe de tu nombre por el mundo cuadrifinio en las cuadrigas evangélicas.

Nota sin embargo que dice no con los hombres, sino con los hijos de los hombres. Yo pienso que los hombres pertenecen al viejo hombre, pero los hijos de los hombres al Hijo del Hombre, según cuya inteligencia el joven citharista así entona: «¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, o el hijo del hombre para que lo visites? (Sal 8)». ¿Ves que confirma que Dios se acuerda del hombre, pero que visita al hijo del hombre? Presumimos y suspiramos, porque nos hará su misericordia a la vista de los hijos de los hombres, si entretanto nos protege en lo escondido de su rostro de la conturbación de los hombres (Sal 30).

El cuarto grado, por tanto, es la confesión de boca. Esta debe hacerse puramente, porque no se ha de decir una parte de los pecados y retener la otra, ni confesar las cosas leves y negar las graves, ni acusar a otro y excusarse a sí mismo, sino decir con el justo: «No inclines mi corazón a palabras de malicia para buscar excusas en los pecados (Sal 140)». Pues estas son palabras de malicia, y de una malicia grave, que apenas podría ser mayor o peor. Se debe confesar, y humildemente, para que sea lo mismo en el corazón que lo que

sonará en la boca. Pues hay algunos que suelen narrar en las confesiones lo que hicieron ya sea en conflicto literario o en fuerte combate gladiatorio, ¡ay del dolor!, introduciendo la soberbia bajo la capa de la humildad y pensando que pueden evitar los ojos del juez que todo lo discierne. ¿Acaso no dijeron ambos reyes, Saúl y David, reprendidos por los profetas Samuel y Natán: «Pequé»? Y sin embargo Saúl oyó: «El Señor ha trasladado el reino de ti, y lo dará a tu rival (1 Sam 15)»; y David: «El Señor ha trasladado tu pecado de ti, y no morirás (2 Sam 12)». ¿Qué es esto, sino que lo que Saúl tenía en la boca no estaba en el corazón; y la humildad que existió en la boca de David también radió en su corazón?

Se debe decir también fielmente, para que en la fe de la Iglesia crea que se le perdonan los pecados, porque Caín y Judas confesaron pura y humildemente, pero de ningún modo fielmente; pues uno de ellos, desesperado, corrió al lazo (Mt 27), el otro vomitó aquel gran crimen: «Mayor es mi iniquidad que lo que merezca el perdón (Gén 4)». Mientes, ladrón, porque mayor es la piedad de Dios que cualquier iniquidad, porque «sus misericordias están sobre todas sus obras (Sal 144)».

Sigue el quinto grado, la maceración de la carne (maceratio carnis), que debe ser atenuada con ayunos y vigilias, para que no vuelva a volar a la depravación voluptuosa por un nuevo prurito. Pero esto debe hacerse con licencia, porque lo que se hace sin licencia se imputará a la vanagloria, no a la recompensa; ocultamente, para que «no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha (Mt

6)»; discretamente, por la debilidad del cuerpo y las multiformes enfermedades. Pues hemos visto a muchos al principio de su conversión romper de tal modo los cerrojos de la discreción que se volvieron inútiles para las solemnidades de las alabanzas, y necesitaron después ser fomentados durante largos tiempos con un aparato más refinado.

Ya así iluminado, proceda al sexto, que es la corrección de la obra. Prohíbe, pues, a tu lengua el mal (Sal 33), obra lo que es bueno, y frena tus movimientos sensuales con los frenos de la continencia, y así habrá paz en la tierra de tu carne. Y no permitas que la justicia sea sepultada por los malos, por la persona que ostentas y estando tú presente.

Ven al séptimo grado, que es la perseverancia de la bondad, y en este séptimo te llamará el Señor con Moisés de en medio de la calígine (Éx 24), y clavarás los ojos interiores en la misma substancia de la divinidad. La perseverancia, además, la hacen la expectativa de los premios, el recuerdo de las penas, las primicias del espíritu y el don celestial, de los que habla el Apóstol (Heb 6), que ni el experimentado ignora, ni el inexperimentado entiende. Pues es una necedad para él (1 Cor 2), y no puede entender el que se examina espiritualmente.

Oíd también brevemente quién debe ser ordenado para la dispensación de este ministerio; pues conviene que no sea menos letrado que religioso, para que tenga celo de Dios, y según la ciencia, ya que la religión indiscreta suele dañar

más que aprovechar. Letrado, además, para que sepa qué imponer, a quién perdonar, cuándo debe perdonar, qué consolación proferir de las Escrituras. Religioso, por tanto, para que levante manos puras a Dios e interceda fielmente por los pecadores. Vea, además, que nunca haga mención alguna de lo que recibió bajo el sigilo de la confesión (signaculo confessionis), ni consienta a nadie que hable de ello. Evite también envilecerse a la vista de aquel que le mostró su propia vileza, ni sea sospechoso, ni estime la vida futura del pecador por la pasada.

Pero si por casualidad se ventilara ante él una causa sobre aquellas cosas que recibió en la confesión, no se incline a una parte como quien es consciente, sino que, como si lo ignorara, permita que el orden judicial siga su curso. Tenga además en su voluntad el compadecerse y liberarlo, y niéguense a añadir algo a la severidad, imitando la dulzura de mi Señor, de quien dice el santo: «Puesto que has hecho mi juicio y mi causa (Sal 9)». Pero, ¡ay del dolor!, en nuestros tiempos por todo el mundo ha crecido una enfermedad pestilencial (pestilentialis morbus), de modo que se anteponen a las Iglesias a quienes ni la ciencia ni la vida recomiendan, como guías de ciegos, tanto ellos mismos precipitados como llevando a otros al precipicio.

Hemos oído sobre el que confiesa y sobre el que recibe la confesión; oigamos ahora cuáles son las cosas que impiden la confesión. Por lo que puedo colegir, ocurren principalmente cuatro: el pudor, el temor, la esperanza y la desesperación.

Nada hay más fuerte para impugnar la gracia de Dios que el temor humano, porque, mientras nos avergonzamos de confesar lo que hemos cometido, reverenciamos a Dios menos que a los hombres. «Esta es la confusión que atrae el pecado (Eclo 4)». Opongamos, pues, a ello la consideración de la razón, la reverencia de Dios que mira, la comparación de una confusión mayor. Pues la razón advierte que confesemos, y Dios, que ve, nos obliga; y si nos avergonzamos de decir aquí, ¿qué será en aquella gran confusión, donde todas las cosas estarán patentes para todos? El temor, además, oprime a muchos, no sea que sean heridos por una grave penitencia y no puedan soportarla. Verdaderamente, «el que teme la escarcha, caerá sobre él la nieve (Job 6)».

Aquí se debe considerar cuán grave es la pena de la gehena, cuán larga, cuán infructuosa. Por el contrario, la penitencia presente es leve, breve y fructuosa. La esperanza, además, abruma a muchos, quienes mientras desean los bienes presentes, no quieren abrir sus conciencias, para que, si aparecen ante los hombres tales cuales son, no asciendan a ningún bien de la vida presente. A los cuales hay que inculcarles que los bienes de este siglo son pequeños, inciertos y momentáneos, y aquellos de aquella vida son máximos, certísimos y eternos. A muchísimos los mata la desesperación, que temen solo esto: no poder contenerse. Pues es verdad que «el pecador, cuando llega al profundo de los males, los desprecia (Prov 12)». Esta debemos triturarla con el vigor de la confe-

sión, la gracia de la humildad y la compasión de aquel a quien abrimos nuestra conciencia.

Se debe saber, además, que una es la confesión que llora el pecado, y otra la que canta la alabanza. Buen ornamento del alma es la confesión, que purifica al pecador y vuelve más purificado al justo.

Sigue: «El que creyere en él no será confundido». Creer a Dios es dar fe a sus palabras. Creer a Dios es confesar que Dios está en todas partes. Creer en Dios es dirigir toda su esperanza hacia él. Los demonios creen a Dios y que hay Dios, pero no creen en él, en quien el que creyere no será confundido, porque no ponen su esperanza en él.

He aquí que cuanto pude, si no cuanto quise, he disertado sobre el sacramento de la confesión. Pero porque hemos prolongado el sermón largamente, oigamos paritariamente el fin del hablar. Denos creer de corazón para la justicia, confesar con la boca para la salvación (Rom 10), y creer en sí mismo el esposo de la Iglesia, Hijo de María, que es Dios bendito por los siglos. Amén.

DICIEMBRE.

6. Sermón de San Nicolás obispo y confesor.

24. Sermón en la Vigilia de Navidad.

25. Sermón en la Natividad del Señor. Otro sermón de la misma.

26. Sermón de San Esteban protomártir.

27. Sermón I de San Juan apóstol y evangelista. Sermón II del mismo.

30. Sermón de San Barbatiano presbítero y confesor.

31. Sermón de Santa Columba virgen y mártir.

SERMÓN LIX.

DE SAN NICOLÁS OBISPO DE MIRA Y CONFESOR. (6 DIC.)

Este Nicolás mío, e incluso vuestro, elegido desde el útero, santo desde niño, gloria de los jóvenes, reverencia de los ancianos, honor de los sacerdotes, esplendor de los pontífices, alegra vuestra asamblea con su festividad. Este es Nicolás, cuyos milagros se difunden por toda la latitud del mundo, a quien alaba el orbe de la tierra y los que habitan en él. Pues tantos y tan grandes milagros se acumulan que todas las agudezas de los literatos apenas bastarían para escribirlos, ni las nuestras para leerlos. Y aunque el número de los escolares, en el yunque retórico (incude rhetorica) bajo los martillos de Quintiliano o de Cicerón, extienda láminas finísimas de oraciones, supera sin embargo la gloria del confesor a la voz, la mente, la lengua y la conciencia. Pues arrecian diariamente sus maravillas, ni descansa el Espíritu de Dios en continuar sus milagros para memoria de su soldado. Es glorificado en el mar, es alabado en la tierra, es invocado en todos los peligros. Finalmente, «los que descienden al mar en naves haciendo su negocio en muchas aguas, ellos mismos vieron las obras del Señor, y sus maravillas en el profundo (Sal 106)». Ellos mismos vieron las obras del Señor, y los milagros de Nicolás por medio de Dios en el profundo.

¿Acaso no es cierto que después de la memoria de la Virgen, tan dulce piedad o piadosa dulzura se presenta en los corazones de los fieles que en el día de la tribulación el nombre de Nicolás se tiene en la boca y descansa en el corazón? Si brillan los relámpagos y desde lo alto procede la venganza con tronantes tormentas, Nicolás es tomado como patrono, Nicolás es dulcemente invocado. Si una tempestad sañuda y la crueldad del mar intentan la muerte a los que navegan. Nicolás es llorosamente implorado para que oiga; es suplicantemente invocado para que venga; es misericordiosamente aclamado para que rescate. Si somos golpeados por los inconvenientes o nos dolemos por los obstáculos, inmediatamente el santo nombre salta a nuestra boca, Nicolás es redoblado, se busca el patrocinio de Nicolás.

No penséis, sin embargo, que hablo declamatoriamente o que amontono el esplendor de las palabras con hermosura retórica, cuando todo el mundo siente los beneficios del confesor, ni hay quien se esconda de su amor. En testimonio están las peregrinaciones a su santo cuerpo emprendidas desde los confines de la tierra, para que se vean las maravillas que se hacen por él. No solo para los cristianos, sino también para los paganos, voló la autoridad del santo nombre con tanta reverencia que a porfía confluyen para alabar y glorificar su santo nombre. Especialmente la turba de sacerdotes y clérigos es afectada con tanta devoción en torno a su culto que en todo el orbe de la tierra quienesquiera y de dondequiera se entregan para servir a tan gran solemnidad. Se

alegran los niños, los jóvenes felicitan, las vírgenes se adornan, los ancianos se regocijan y toda edad ruidosamente juega. Cada uno, además, tiene materia de gozos; para que los niños alaben al niño que ayuna, los jóvenes al joven que libera, las vírgenes al que redime la infamia de las vírgenes, los ancianos al que se compadece de la penuria del anciano. Jóvenes y vírgenes, los ancianos con los menores, alaban el nombre de este Señor (Sal 148).

Pero ahora, después de sus actas, insignemente difundidas por las lenguas excelentes de los griegos, ¿qué se atreverá a balbucir este sermo pobrecillo? Sin embargo, para no parecer que induzco tergiversaciones excusatorias, recurro a la lectura evangélica; y lo que recibí de lo común, lo ofrezco a lo común. Dice, pues: «Cierto hombre noble se fue a una región lejana, y dijo a sus siervos: Negociad hasta que venga (Lc 19)». Negociaré con seguridad, mandándolo mi Señor, no temeré al Salmista que dice: «Porque no conocí la negociación, entraré en las potencias del Señor (Sal 70)». Pues no poca fuerza de confianza me presta que aquel sumo emperador se hizo mi negociador, y realizó mi negocio sin ocio mientras estuvo en la tierra, y portando los fardos de preciosas mercancías al Padre, mostró al mismo rostro de Dios tanto lo que compró como lo que redimió, y de dónde lo redimió. ¿Tú, pues, dispones estar ocioso mientras él negocia?, ¿descansar mientras él trabaja? Él mismo vino a negociar a una región lejana, ¿y tú desprecias caminar a las regiones próximas? Ataca e ingresa en la región

de la desemejanza (regionem dissimilitudinis), a saber, este mundo, y mira cuán frecuentes son allí las ferias, cuántas vanidades germinan y regerminan, ciertamente de la desemejanza porque consta que nosotros hemos perdido la región de la semejanza, donde fuimos hechos a semejanza de Dios. ¿Acaso no hay una gran desemejanza del paraíso al infierno, del ángel al jumento, a diablo desde Dios? Ve, pues, por los tumultos forenses y observa aquí a los que contienden. Por lo que colijo, toda voluntad nada en tres causas. Unos se apoyan en las riquezas, otros en los honores, otros en la gloria.

Corres a la India, rodeas Etiopía, cruzas los mares y te abres otro orbe navegando para congregar riquezas; huyes de la patria, ignoras a los hijos, te arrancas de la esposa y, olvidado de todos los vínculos, buscas adquirir, adquieres para perecer, pierdes para dolerte, atesoras e ignoras para quién se dijo: «Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo con el corazón pesado?, ¿por qué amáis la vanidad y buscáis la mentira? (Sal 4)». Y esto ciertamente por las riquezas. Oye también brevemente sobre los honores: Te constituyeron jefe, y se te dio la facultad para que seas miserable y no descanses más. Se acumula la materia de las solicitudes, y entre las tribulaciones que corroen el corazón mismo, es necesario fingir un rostro de alegrías. ¿Acaso alguien puede estar en el honor sin dolor, en la prelatura sin tribulación, en la sublimidad sin vanidad? Miserables, según el filósofo, amamos la recompensa de las miserias, pero las execramos. Nos inducimos ánimos de

reyes, y todo lo que no os responde según la voluntad, inmediatamente la evoca, ni se recapacita en la común humanidad, y sin embargo hay un gusano que corroe y que tortura continuamente la conciencia: el temor de una potencia superior.

Esta es la ley justísima: que vivas con el inferior del modo en que quieres que el superior viva contigo. Oye también de la gloria. Si buscas la gloria, has ofrecido a todos semillas de envidia. Inflado y lleno de espíritu ventilatorio te rompes, ni atiendes a cuántos te siguen, sino a cuántos te preceden. Se conglomeran todos para detraer de ti, aguzan las lenguas para maldecir, y eres agudísimo si puedes evadir o la lengua o la mano de los envidiosos. He aquí que de donde querías ser glorioso, te convences de ser inglorioso. Pues la multitud no persigue a nadie más inexorablemente que a aquel que se arroga para sí el principado de la multitud. Une a estos tres la potencia y la voluptuosidad, que ellas mismas son arrebatadas con un gozo tenue y superficial, y verás que la abundancia es pobre, el honor humilde, la gracia vil, la potencia débil y la voluptuosidad laboriosa, para que, según el Apóstol, reduzcamos todo intelecto al obsequio de Cristo (2 Cor 10). Relee a aquel máximo de los filósofos latinos, y en sus palabras encontrarás que está mi sentencia. Desprecia, por tanto, todas estas cosas, porque todas son despreciables, y de todas ellas haz tu fardo: el desprecio del mundo.

Recorrida esta región, y habiendo quitado de ella lo que es más precioso, pasa a la segunda, que es el paraíso claustral (paradisus claustralis).

Verdaderamente el claustro es un paraíso. Aquí están los prados verdes de las Escrituras, la abundancia de lágrimas que aquel amor celestial destila de los más puros afectos. Aquí están los árboles erguidos de los coros de los santos, y no hay ninguno que no goce de mucha ubre de frutos. Esta es aquella mesa sublime, en la cual Dios es tanto el que alimenta como el alimento, el que premia como el premio, el que ofrece como lo ofrecido, el comensal y el banquete. Aquí se han amontonado las riquezas del Omnipotente, aquí se ha difundido la gloria de los ángeles. ¿Piensas que no hay aquí ferias, y que están ociosos los que habitan unánimes en la casa? (Sal 67). Podrías ver a este atento a las sagradas lecturas, a aquel entregado a las oraciones, a este llorando por sus excesos, a aquel exultando en las alabanzas de Dios, a este vigilando, ayunando, y a aquel envidiándose mutuamente en el oficio de la piedad. De noche se levantan para confesar a Dios; a la tarde, a la mañana y al mediodía narran y anuncian su alabanza, y toda su asiduidad gira en el orbe del obsequio divino. Corre, pues, por todos, corre por cada uno, y de todos y cada uno haz tu fardo: la forma de vivir.

Dejado, pues, el mundo y tomado el modo de vivir, pasa a la tercera, que es la región de la expiación (regio expiationis). En esta región el Padre benigno examina a los hijos herrumbrosos, como se examina la plata; los lleva por el fuego y el agua, para llevarlos al refrigerio (Sal 65). Tres son las distinciones de los lugares que las almas obtienen según la diversidad de los méritos. Pues

al cielo vuelan inmediatamente los que usaron el domicilio del cuerpo como una cárcel, que conservaron purificada y pura la substancia de ambos hombres. Por el contrario, los que hicieron hasta la muerte lo que es digno de muerte, son destinados a los lugares gehennales sin misericordia. Pero los que no son ni lo uno ni lo otro, sino que están entre ambos, que cometieron ciertamente pecados mortales, pero se arrepintieron cerca de la muerte, no cumpliendo la penitencia, indignos de gozar inmediatamente, ni dignos de arder siempre, obtienen los lugares purgatorios, en los cuales son azotados, pero no para su insensatez, para que habiendo sido purificados sean trasladados al reino. Por estos que están en el cielo no hay que orar, porque a ellos, no por ellos, debemos orar. Por estos que están en el infierno se deben suspender las preces, a quienes está cerrada la puerta de la misericordia y excluida toda esperanza de salvación. Solo por aquellos se debe vigilar en las oraciones, se debe socorrer con el sacrificio singular, que son purificados en los lugares purgables, para que el Padre benigno convierta pronto su penitencia en satisfacción, y la satisfacción en glorificación. Corre de nuevo por estos con el instinto de la piedad, y haz tu fardo: el afecto de compadecerse.

La cuarta región es la región gehennal (regio gehennalis), región dura, región temible, tierra de aflicción, tierra de olvido, tierra de miserias, tierra de tinieblas, tierra de torbellino y de calígine, tierra de maldición y de muerte, en la cual no habita orden alguno, sino el horror sempiterno.

Todo yo tiemblo y me horrorizo al recuerdo de esta región, y se han conmovido todos mis huesos. Allí está el fuego que no se enciende, el gusano que no muere (Is 66), un frío horrendo. Allí surge un hedor intolerable, los martillos que golpean resuenan incesantemente, las tinieblas difundidas se espesan más acumuladamente. Allí está la confusión de los pecados, la horrible faz de los demonios, la multitud fértil de vínculos inextricables. Allí el llanto y el crujir de dientes (Mt 13; Lc 13), el lamento y el gemido, y males alternantes desgarran a los impíos sin piedad. Nada vale tanto para extirpar las raíces de las voluptuosidades como la memoria de estos y el recuerdo de las llagas de mi Señor, que estuvo ante el juez, que recibió bofetadas, que fue azotado, que fue escupido, que fue coronado de espinas, que fue herido con golpes, que fue colgado en el madero, a quien se insultó mientras colgaba, que murió en la cruz, que fue herido con la lanza, que fue sepultado, que resucitó, que ascendió a los cielos, que nos hizo reino y sacerdotes para Dios y el Padre. Corre por estas ferias tumultuosas, para que viviendo desciendas al infierno, y haz tu fardo: el odio al pecado.

La quinta región es el paraíso supracelestial (paradisus supercoelestis), región bienaventurada y gloriosa, llena de deleite y de gloria, de suavidad y de alegría, de gracia y de benignidad. Allí hay descanso del trabajo, jovialidad por la novedad, seguridad por la eternidad. Allí está la ciudad del gran Rey, cuyas plazas están pavimentadas con oro purísimo, que es fecunda en zafiros,

en la cual preverdecen los baluartes de jaspe, y las piedras se colocan por orden. Pues piedras preciosas son todos sus muros (Ap 21). Allí todos viven, ninguno muere; todos exultan con voz de exultación. David había entrado en su santuario, y en su mente se había salido hacia Dios, y sin embargo no pudo traerse otra cosa sino que «cosas gloriosas se han dicho de ti, ciudad de Dios (Sal 86)»; y aquello: «Bienaventurados los que habitan en tu casa, Señor, por los siglos de los siglos te alabarán (Sal 83)». No sé qué gran cosa se promete: ver a Dios y alabarlo. «Me alegré» y yo también «en las cosas que se me han dicho, iremos a la casa del Señor (Sal 121)». Ya estamos en los atrios de Jerusalén, ya desde el vestíbulo de la gran ciudad soñamos los gozos. Corre, por tanto, también por esta región, y haz tu fardo: el amor de Dios.

«Negociad, pues, hasta que venga aquel hombre noble que se fue a una región lejana para recibir para sí un reino y volver (Lc 19)». Volverá claramente, y entonces exigirá con usuras el dinero que nos entregó. Nada pierde, nada olvida, nada deja impune. Supliquemos, por tanto, al confesor que se digne suplicar hoy por nosotros a nuestro Redentor, su amigo, que es Dios bendito por los siglos. Amén.

LX. HOMILÍA EN LA VIGILIA DE NAVIDAD. (24 DIC.)

Al fin del mar al puerto, de lo prometido al premio, del trabajo al descanso, de la desesperación a la esperanza, del camino a la patria

hemos llegado. Nos había escrito ciertamente con frecuentes epístolas el «cálamo del escriba que escribe velozmente (Sal 44)». Espera, reespera; pero nosotros podíamos decir lo que se añade: «Un poco allí, y un poco allí (Is 28)». Habían precedido corredores ricos en promesas, pero paupérrimos en la exhibición. Decía uno: «Pórtate varonilmente, y confórtese tu corazón, y sustenta al Señor (Sal 26)»; el otro: «Si hiciere demora, espéralo, porque viniendo vendrá (Hab 2)». Con igual consejo habían salido del santuario de Dios, no reportando nada consigo sino una multitud de promesas. De donde también nuestro citarista ya había dormitado por el tedio, y contra Dios mismo con tácitas alegaciones retorcía toda la culpa en modos llorosos. «Tú, por el contrario —dice —, rechazaste y despreciaste, dilataste a tu Cristo (Sal 88)». De lo lloroso también se convirtió a lo intemperante, aguijoneándole la impaciencia, que es madre de la impudencia y de la testarudez. «Tú que te sientas —dijo— sobre los querubines, manifiéstate (Sal 79)». ¿Por qué sentándote tanto tiempo en la cátedra dominadora, circundándote y amurallándote los ángeles, no miras sobre los hijos de los hombres, a quienes absorbió y reabsorbió la iniquidad, cometida ciertamente por Adán, pero permitida por ti? Recuerda cuál sea mi substancia, fabricada a semejanza de tu substancia, porque aunque todo hombre vivo es vanidad, sin embargo pasando en tu imagen (Sal 38), no puede ser vanidad. ¿Acaso tan vanamente constituiste a todos los hijos de los hombres, de los cuales dices: «Y mis delicias son con los hijos de

los hombres (Prov 8)», para que los golpee y los azote con arte aquel deceptor malignísimo, que no pudo engañar sino permitiéndolo tú? Inclina tus cielos y desciende, e inclina aquellos ojos misericordiosos a los míseros suplicantes, ni al menos nos olvides para siempre.

Esto ciertamente decía aquel, pero retorcido por los gemidos y las penurias abjuraba de la sentencia de tan gran presunción. «Dije —dice—: Custodiaré mis caminos para no delinquir con mi lengua (Sal 38)». Pero aquel varón noble, y preclaro por la urbanidad de su profundo discurso, encendiéndose en afectuosos excesos: «Por Sion —dice— no callaré, y por Jerusalén no descansaré hasta que egrese como un esplendor su justo (Is 62)». ¡Ojalá —dijo— irrumpieras los cielos y descendieras! (Is 64) y otras muchas cosas que la fastidiosa prolixidad veta insertar. Aquí también, suspenso por la lejanía de una gracia más morosa, y excediéndose por la demasía del dolor, ladra impacientemente diciendo: «He aquí las gentes, como si no fueran, así son ante él: como nada y vacío le son reputadas (Is 40)». Jeremías, prorrumpiendo en voz de gratulatoria alabanza con un adverbio demostrativo: «He aquí —dice — que hará el Señor algo nuevo sobre la tierra, y una mujer rodeará a un varón (Jer 31)». Pero sin embargo es enseñado por las lágrimas de la repentina subversión, de modo que recibiendo antes el lamento que el advenimiento, calla totalmente. A Daniel se le dice: «La visión es para días y para tiempos largos (Dan 10)». Y Ezequiel es envuelto en tan grandes calígines que apenas

puede discernirse de dónde viene o a dónde va. Finalmente, toda aquella asamblea profética, hastiada por la larga morosidad de la gracia que tarda, ahora rogando, ahora quejándose, varía su oración, y la mayoría de las veces entremezcla palabras indignadas con discursos exorativos. Nosotros también los hemos oído suficientemente, y se nos releen hasta el hastío. Ya huya Moisés (Éx 6); puesto que se nos ha vuelto de lengua más impedida: los labios de Isaías están sucios (Is 6); Jeremías no sabe hablar porque es un niño (Jer 1); Ezequiel se alimenta de pan polucionado (Ez 4); Oseas toma por esposa a una fornicaria y adúltera (Os 1); Daniel enferma gravemente por la visión (Dan 8). Todos los profetas están sin lengua y mudos. Ya no podemos alegrarnos y exultar, a no ser que nos bese con el beso de su boca; habéis sido oídos y atendidos. Está presente la benignidad y la humanidad de Dios nuestro Salvador (Tit 3), que no permita que se dilate o se quite por más tiempo el amor de los que languidecen.

¿Qué habéis oído, pues? «Santificaos, hijos de Israel, y estad preparados, porque mañana descenderá el Señor». Lo que queda de este día y el progreso apenas mediable de la noche que va a venir nos separan del rostro de la gloria, del niño Dios, del parto singular. Corred, veloces horas, y con paso más rápido terminad vuestras metas, para que sea lícito ver al Hijo de Dios llorando en la cuna, y preparar cualesquiera obsequios para la salvadora natividad. Creo que vosotros sois hijos de Israel santificados de toda inmundicia de carne y de espíritu, preparados para los sacramentos

del día de mañana, tanto con solícita devoción como con devota solicitud. ¿Pues qué otra cosa habéis hecho en estos días sagrados dedicados a su advenimiento?

Yo mismo vi a ancianos, olvidados de la ancianidad, asistir a las vigilias sagradas con juvenil alacridad, y a jóvenes, sepultada la juventud, asistir con la gravedad senil de la reverencia a la divinidad. Llenos estaban los escaños de continentes y con armonía paritaria las voces resonaban en lo sublime, de modo que con feliz envidia os veía jubilar a Dios en voz de exultación. Los salterios estaban en las manos, los salmos en los labios, en el corazón la devoción; la alegría del rostro, el discurrir del cuerpo, la solicitud de la obra indicaban la solemnidad del ánimo. Inspeccioné a los sacerdotes indagar sutilmente con ojos vigilantes los primeros ortos del día, revestirse con las vestiduras sacramentales, entrar al altar de Dios para sacrificar el cuerpo y la sangre del Redentor. Vi a la turba de los asistentes, con devota ministerialidad ahora doblar las rodillas, ahora besar las manos, y al signo de los que mandan obedecer más rápido que un signo. Pero también observé a niños, que no saben qué hay entre la derecha y la izquierda, envidiarse mutuamente los salterios y llevárselos a sus lechos, hurtar el sueño a sus ojos y en su lecho buscar por las noches a quien amaba su alma. Lo cual, aunque se haya presumido contra la costumbre, no sin embargo contra la devoción.

Lo confieso, entre todas estas cosas pensaba: estos son los campamentos de Dios; «No es esto

otra cosa sino la casa de Dios y la puerta del cielo (Gén 28)». Quisiera o no, era arrastrado por vuestra devoción, y mientras vosotros negociabais, yo no podía estar ocioso. Os seguía, pero de lejos, o errando el camino, o cojeando en mis sendas, gimiendo y entristecido, porque no podía igualar a los que corrían. Sabe aquel único, con quien empecé a ser uno solo en el Señor, con qué frecuentes quejas llené sus oídos, de que vosotros estuvierais al mediodía con el esposo, y yo permaneciera en el frío vespertino. ¡Ea!, hermanos, si algún humor fluido del río de esta mortalidad rocía todavía vuestros afectos, limpiadlo y cubridlo con el níveo amanto de la confesión, y calzaos con la preparación del Evangelio de la paz (Ef 6), para que seáis de aquellos de quienes dice el santo: «En el río pasarán a pie (Sal 65)». ¿Qué hay, pues, después de esto? «Allí nos alegraremos en él». De este río, mejor dicho, de estos ríos, el profeta Isaías en las lecturas nocturnas disputó más largamente. «Herirá —dice— el Señor el río de Egipto en siete brazos, de modo que pasen por él calzados (Is 11)». Quiero conversar un poco con vosotros sobre el río y sus ruinas, cómo y de qué manera son heridos, y qué es pasar por él calzados.

Que por Egipto se expresa figuradamente este mundo, lo afirman los escrutadores de los elocuentes oráculos divinos, el cual está puesto en el maligno, el cual está lleno de tinieblas y confusiones. El río es el flujo del género humano, que brotando de los primeros padres por una vena infeliz, inundó un impetuoso torrente por toda

la latitud del mundo, el cual, derivado en siete torrentes, se asentó en los valles y llanuras profundas con un vorágine profundo, amenazando también a las mismas cumbres de los montes con esa misma inundación, de donde uno de los más altos clama: «Los torrentes de la iniquidad me conturbaron (Sal 17)»; e: «Entraron las aguas hasta mi alma (Sal 68)».

El primer brazo de este río es el mal pensamiento, río desbordante y que por ningún obstáculo es repelido. Tiene frecuencia de lluvias, las ventanas de los sentidos corporales, que le suministran más infusamante lluvias mortíferas desde las cataratas mundanas. Se presenta al aspecto de la mente lo que vio y oyó, lo que olió y gustó, lo que palpó y tocó, y la mayoría de las veces lo que observamos con ojo simple, el versátil torcedor lo retuerce hacia el tropiezo y el escándalo. Finge semejanzas, pinta imágenes, adapta colores y en el tálamo de la mente lo envuelve todo, por si acaso logra el consentimiento e infecta el afecto. Ofrece cosas horribles sobre la divinidad, cosas terribles sobre la fe, maravillas sobre la institución de la fe, e ingiere pociones venenosas en el alveolo de la mente, que el pecador cargado aborrece vomitar incluso en la confesión. Viene al oratorio, ocupa el dormitorio, se sienta en el refectorio, circunda el claustro, revisita las oficinas, no omite arte alguno de dañar, sino que en todas partes asigna las sutilezas de su astucia, y en el coro ciertamente, entre el orar y el salmodiar, arrastra la mente hacia diversas cosas,

envolviendo la pureza del intelecto con la rememoración de las cosas pasadas.

En el lecho envuelve multiformes sentidos de la libido, acechando nuestra soledad y combatiendo con dardos más fuertes; ¡ojalá no nos expugne, que punce, no que vulnere! En el refectorio, además, atrae la gula para ver qué cosas se traen, y con ingente avidez carga el vientre distendido, de modo que necesita mayor obra para evacuar que para ingerir. En el claustro arrebata los libros de las manos, corta la memoria de las Escrituras, y ahora de aquel se transvierte a este con signos y escurrilidad. Por la multitud de las oficinas te hace correr y se hace compañero del vagabundo, hasta que el portal de la taciturnidad o bien lo abre, o bien lo rompe. ¿Qué más? En el coro la devoción, en el lecho la castidad, en el refectorio la parquedad, en el claustro la lectura, en las oficinas la virtud del silencio, el enemigo de la virtud la extirpa. Ni basta en la vigilia taladrar los muros del corazón con sutiles dardos, sino que al dormir se mueve y se revuelve con singular astucia; cosas que dejo mejor a vuestra conciencia que a la ciencia de mi estilo.

Pero incluso hasta el altar del Señor de las virtudes os siguen estos espíritus, volando hacia los mismos ojos de la mente, y apenas por alguna memoria, ya sea del Dios que nace o del que pende en la cruz, pueden ser expulsados. Aquel gran patriarca apenas alejaba de sus sacrificios a las aves de este tipo. ¿Qué somos nosotros, que presumimos ponerlas en fuga? ¿Quién en este brazo negará que está o bien sumergido o bien rebosan-

te? Ya ves cuán turbio torrente, y que regurgita con limosa suciedad, el cual apenas o nunca es llevado a esto, a que sea totalmente desecado. No creo que aquel que cerró el cielo con la oración (1 Re 17), cerrara el ánimo al pensamiento, de modo que sea más fácil atrancar el cielo que el ánimo.

El segundo brazo es la locución perversa. La lengua ningún hombre puede domarla, dice el Apóstol: miembro inquieto, miembro mortífero, fácil para hablar, más proclive para el servilismo (Sant 3). Y hay que notar que uno nace del otro, ya que al mal pensamiento se le abre la puerta de la depravada locución. Y hay una palabra que es falsa, de donde se dice: «Perderás a todos los que hablan mentira (Sal 5)»; otra vana, de la que está escrito: «Cosas vanas habló cada uno a su prójimo (Sal 11)»; otra maledicente, de la que el Apóstol escribe: «Ni los maledicientes poseerán el reino de Dios (1 Cor 6)»; otra impúdica, de la que el mismo dice: «Ningún discurso torpe proceda de vuestra boca (Ef 4)»; otra excusatoria, de donde el Salmista: «No inclines mi corazón a palabras de malicia, para excusar excusas en los pecados (Sal 140)»; otra dolosa, de la que el Profeta: «Disperse el Señor todos los labios dolosos (Sal 11)»; otra ociosa, de la que el mismo Señor: «De toda palabra ociosa que hablaren los hombres, rendirán cuenta de ella en el día del juicio (Mt 12)»; y si hay algunos otros géneros de esta peste, que nosotros no podemos saltar con un breve salto.

El tercero es la acción depravada. Después del pensamiento y la locución se viene a las obras,

cuando exhibimos nuestros miembros como armas de iniquidad al pecado, y afectamos nuestros cuerpos con contumelias. ¿Pues qué hay más torpe que manchar con ardores libidinosos los miembros de Cristo consagrados con su sangre y sepultados con él en el bautismo, y no atender a la reverencia del Dios presente, que amenaza con la pena y promete la gloria? Lejos de nosotros que alguno de vosotros se someta a este ídolo, de modo que reciba al Hijo de la Virgen en el templo de Venus, que coloque el arca de Dios junto a Dagón, para que el nutrido en granas no abrace los estiércoles. ¿Qué tiene que ver Pedro con el mago? ¿Qué Cristo con el Anticristo? ¿Qué lo virginal con la libido? ¿Qué la pureza con la impureza? Lejos de nosotros que cualquiera de vosotros camine en la pasión del deseo, como también las gentes que ignoran a Dios, vosotros que o bien consagráis el cuerpo de Cristo, o bien ministráis al cuerpo de Cristo, elegidos para servir al emperador, para que os sentéis con el emperador cuando se siente en la sede de su majestad. ¿Con qué cara, con qué ojos nos vería, viviría con nosotros, quien sirviera a tan grandes obscenidades entre nosotros? ¿Con qué mente, con qué conciencia accedería al Santo de los Santos para inmolar al Santo de los Santos, cuya fama fuera tenida por despreciable, su vida notable y su discurso reprensible?

Pero si acaso, hablo humanamente por la enfermedad de nuestra carne, alguno de nosotros complicó algo semejante en el cubículo de su conciencia, duplíquelo por la confesión y la penitencia, y yo le prometo de la misericordia del niño

que nace que, si se hubiere confesado y arrepentido, nacerá en él la luz del mundo, para que, apartadas las falaces tinieblas, reciba el esplendor de la verdadera luz. ¿Pues cómo se negará la misericordia a los miserables en esta noche, en la cual misericordiosamente nace el misericordioso y compasivo Señor? Está presente Dios y hombre, madre y virgen, carne y Verbo, luz e iluminante, bueno y bondad, misericordia y verdad, fecunda virginidad, virginal fecundidad, eterna novedad, nueva eternidad, divina humanidad, humana divinidad, humilde sublimidad, y en todas estas cosas se fabrica la misericordia. Cohibid, pues, la altivez de los ojos, la locuacidad de la lengua, la crueldad de las manos, la voluptuosidad de los lomos, los pies del camino no trillado, y venid y argüidle, si esta noche no irrumpe los cielos, si no desciende a vosotros y arroja en lo profundo del mar todos vuestros pecados. ¿Pues quién es el que no esté sumergido y vuelto a sumergir por la instancia de este tercer arroyuelo?

El cuarto brazo es la defensa de los pecados. En verdad os digo que nada exaspera tanto la ira de la divinidad como la defensa de la iniquidad. Pues con combate parejo luchamos con el Señor, cuando defendemos lo que él odia, cuando nos place lo que a él le displace. Pues gran diferencia hay entre el pecador soberbio y el humilde, ya que a aquel lo desprecia, a este lo mira: porque «mira las cosas humildes y las altas las conoce desde lejos (Sal 137)». ¿Cuándo podrá ser sanado quien desprecia al médico, conculca la medicina y enciende su enferma sustancia por la recepción de

cosas contrarias? Tú dices que lo malo es bueno, lo amargo dulce, las tinieblas luz, y refundes las injurias en el Creador, para que tú vituperes lo que él alabó, y tú alabes lo que él vituperó. No hay que callar esto con disimulo caritativo, pues he visto a algunos de vosotros ser agitados por tantos estímulos de impaciencia que ante las primeras voces de la corrección no solo exhiben la excusa, sino la defensa, y si el vigor disciplinar no se opone, se prorrumpe en tumultos y altercados. Esta es la impiedad máxima contra Dios (Job 31), el delito máximo, que el varón simple y recto, y niño del Señor, evita con suma circunspección.

Una elegantísima comparación introduce sobre esto el profeta, la cual transportó desde el sagrario del Espíritu Santo: «Allí —dice— tuvo su madriguera el erizo (Is 34)». El erizo, si siente que lo atrapan o lo tocan, de tal modo se espesa con densísima espinosidad que por todas partes se viste de compunciones y aguijones; pero cuando piensa que ha alcanzado la soledad, abre la cabeza, saca los pies y demuestra movimientos vivificantes en un plano deambular. Si alguien sobreviene, al instante con celérrima velocidad la cabeza con los pies es retirada hacia lo interior escondido, de modo que si quieres sostenerlo, veas antes tu sangre que su cuerpo. Así también la cabeza del pecador con los pies, la intención con la acción, es observada por la solicitud de los pastores, y lo que es vicio de casi todos los que pecan, aunque sea visto por todos, por nadie estima que es visto. Si estudias recortar el vicio, y aprehender con manos correctivas el ingreso de la intención

con los egresos de las acciones, al instante se renueva la elocuencia de Cicerón, se excusa y se defiende lo que opones, eres acusado y ofendido tú que lo propones. Interroga sobre el lugar, sobre el tiempo, cuándo se hizo, y un nuevo dialéctico prorrumpe con la lengua afuera, convoca a los padres al medio, busca patrocinadores, juzga que se le grava, indica que ha de irse y que prefiere morir antes que padecer tales cosas, y negando lo que viste, y retorciendo en ti los improperios que no vio. Así sientes la espina y pierdes la culpa, incurres en el odio y no corriges, y a quien pensabas sostener entero, lo pierdes entero. Ves con qué múltiple abundancia este brazo se infunde en todo hombre y especialmente en nuestro orden.

El quinto es la exultación en los pecados. ¡Oh detestable alegría y que ha de ser mudada en la tristeza del dolor sempiterno!, exultar en los pecados como en las virtudes. ¿Acaso no todos los ladrones y facinerosos, cuando consiguen la plenitud de sus deseos, no caben en sí de gozo, de modo que se atreven a musitar gracias a la misma divinidad? «Los cuales, cuando hubieren hecho el mal, se alegran y exultan en las cosas pésimas (Prov 2). Caerán sobre ellos carbones, y en el fuego serán arrojados (Sal 139)». Pero también este brazo, con cuánta undosa reflujo inunda a los miserables seres animados, mejor lo comprende la conciencia que la elocuencia.

El sexto es enseñar a otros el mal. Esta doctrina se deriva de la cátedra de la pestilencia, la cual detesta y reprueba quien enseña al hombre la ciencia (Sal 93). ¡Oh, cuán en vano recibe

su alma quien caza las almas de otros para la muerte, quien arrastra los pecados como una larga soga, quien mezcla sangre con sangre, a quien no le basta perecer por los siglos de los siglos, si no arrastra también a otros al exterminio sempiterno! Pues sabéis que muchos vicios se imprimen en las edades más tiernas, que después en un cuerpo grande apenas se pueden mitigar, y mucho menos alguien pueda extirparlos. ¡Infelices maestros, que plantaron planteles de este tipo, los cuales son arrancados de aquella celestial plantación que plantó aquel Padre celestial! ¿Quién se gloriará de no haber sido rodeado por los torrentes de este brazo?

El séptimo es perseverar en todas estas cosas. Aquí el pecador está sumergido y absorbido, y el pozo cerró su boca sobre él. Pues cuando no levanta los ojos al cielo, ni se acuerda de los juicios justos, muerto y sepultado está en el sepulcro de su conciencia. Entonces del muerto, como quien no es, perece la confesión (Eccli 17). Entonces «el pecador, cuando llegare al profundo de los males, desprecia (Prov 18)». Este está en el extremo de los ríos de Egipto. Aquí la multitud de las miseraciones del Señor es quitada de sus ojos. Oh río malo, brazos pésimos, brazos exterminadores: esta noche el Señor los pasó calzado, cuando en la sustancia virginal tomó carne pura e inmune de la pre-tasación de todas las pestes, calzado con aquel calzado que extendió hasta Idumea (Sal 59), cuya correa no pudo desatar aquel gran Bautista (Lc 3). Envió de lo alto a su Hijo y me recibió en el útero de la Virgen, y así finalmente

me asumió de las muchas aguas que brevemente os hemos saboreado antes. «Líbrame —dice— de los que me odian y de lo profundo de las aguas (Sal 68)».

Los heriremos, si pensamos en nuestro pecado, si prohibimos a nuestra lengua el dolo, si declinamos del mal y hacemos el bien, si confesamos contra nosotros nuestra injusticia al Señor, si nuestro dolor está siempre en nuestro acatamiento, si enseñamos a los inicuos los caminos del Señor y siempre la alabanza de Dios está en nuestra boca. Y, para que de la técnica del zapatero cosamos algo para nuestras costumbres, tengamos calzados densos y sutilmente cosidos, que puedan excluir las aguas que se oponen. Hagamos nuestra carne firme y clavada por el temor del Señor, que excluya el humor de la libido y, cocida por las tribulaciones y densificada, se haga odre nuevo para conservar el vino nuevo, de lo cual se dice: «Porque me he vuelto como un odre en la escarcha (Sal 118)».

Pero ya preparemos nuestros corazones y cuerpos para recibir al Hijo de la Virgen, dejémoslos en paz, y todos en común abracemos con brazos inocentes la luz para la revelación de las gentes, que es Dios bendito por los siglos. Amén.

A vuestra caridad, hermanos carísimos, deseo dirigir una palabra de edificación; pero como, según sabéis, hace poco fui promovido por autoría de Dios a la cumbre del episcopado, mientras la conciencia teme, la lengua también, todavía no acostumbrada, balbucea al hablar ante vuestra prudencia. ¿Acaso quien entra inexperto en

el remo a una nave no teme recibir el timón? ¿Y quien, recluta rudo, entra nuevamente en la milicia, no teme llevar adelante el estandarte de los príncipes? Pero yo, que desconfío de mi propia debilidad, creo que he de ser ayudado por vuestras oraciones mediante la misericordia de Dios. De otro modo, ¿cómo podemos nosotros desesperar totalmente de nuestra propia imperfección, nosotros que celebramos la infancia del Salvador nacido? Pues aquel que se dignó crecer por los incrementos de las edades, vale también para promovernos de lo mínimo a lo mayor y para robustecer la tierna infancia de nuestro sentido con la gracia de su perfección. El cual ciertamente por eso se dignó hacerse pequeño en nuestras cosas, para hacernos grandes en las suyas; por eso sobrellevó nuestra debilidad, para consolidarnos con la plenitud de su virtud.

No temamos, pues, que nos falte la palabra transitoria, nosotros que buscamos la gloria de aquella Palabra que permanece eternamente, de la cual ciertamente oísteis recién en la lectura del santo Evangelio, mientras se leía: «Porque en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios (Jn 1)». Pero esto se dijo de aquella natividad que es del Padre, por la cual ciertamente Dios existió junto a Dios antes de los siglos y creó todas las cosas de la nada por su propia virtud. De donde no inmerecidamente se dijo: «Porque todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada fue hecho (Ibíd.)». Pero aquel que según aquella natividad hizo todas las cosas, según esta que es la de hoy se dignó hacerse él mismo.

Lo cual el mismo bienaventurado evangelista dio a conocer patentemente, cuando después de algunas cosas subyugó: «El Verbo —dijo— se hizo carne y habitó entre nosotros». Donde inmediatamente se añade: «Y vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre (Ibíd.)».

En ambas naturalezas, pues, el mismo es el Hijo de Dios, asumiendo las nuestras y no perdiendo las propias. El cual, mientras en el hombre renueva al hombre, persevera inmutable en sí mismo. Pues Dios, que para erigirnos se inclinó misericordiosamente, nos trasladó ciertamente a su gloria, pero no obstante él mismo permaneció en su divinidad. A nosotros nos confirió, para sí nada disminuyó. Tan grande en la forma de Dios, tan breve en la forma de siervo, que ni por esta brevedad se disminuía aquella magnitud, ni por aquella magnitud se oprimía esta brevedad. Pues ni cuando asumió los miembros humanos, desertó de las obras divinas. Pues lo que oís, hermanos míos, que el Verbo se hizo carne, de ningún modo debéis entender que la naturaleza de Dios se haya mutado en carne, sino que la carne fue asumida por el Verbo en la unidad de la persona. Por el nombre de carne, además, se acepta al hombre, con el cual dentro de las entrañas de la Virgen fecundadas por el Espíritu Santo, tan inseparablemente está unido el Hijo de Dios, que el que era sin tiempo engendrado de la esencia del Padre, él mismo nació temporalmente del útero de la Virgen. Pero este inefable sacramento de la natividad del Señor, ¿qué mente podrá comprenderlo, qué lengua podrá explicarlo plenamente?

Pues no por causa alguna dijo el profeta: «¿Su generación quién la narrará? (Is 53)».

Habiendo dejado de lado, por lo tanto, aquellas cosas que han sido discutidas más ampliamente por nuestros Padres acerca de la sacratísima natividad, agrada, carísimos hermanos, volver por un poco de tiempo el punto de nuestro discurso a la humildad de nuestro Redentor, y sopesar en común discusión con vosotros lo que Él soportó para nuestra salvación ya en su misma natividad. ¿Quién podrá maravillarse dignamente? ¿Quién no se asombrará de que aquel que no cabe en la inmensidad del cielo, sea reclinado en un estrecho pesebre? Aquel que viste a sus elegidos con la estola de la inmortalidad, no despreció ser cubierto con viles harapos. Se acostó sobre la paja de los animales aquel que es el alimento de los ángeles. Aquel que mitiga las tormentas de los mares, que suministra la abundancia de aguas a los ríos, espera raras gotas de leche de un pecho virginal. Se extrae leche de los pechos de la Virgen y se convierte en la carne del Salvador. Feliz es aquella mujer en el parto, que tanto se alegra de la fecundidad de su prole, que en nada se duele por la pérdida de su virginidad; la que acariciaba a aquel por quien era acariciada; la que llevaba en sus brazos a aquel por quien es contenida la máquina de todo el mundo. El infante es atado por su madre con pañales infantiles, aquel que, inmenso, gobierna las leyes de todas las cosas con el Padre.

¡Oh cuántos eran entonces los palacios torreados de los reyes del mundo, cuántos comedores

adornados con piedras maravillosas! y sin embargo despreció todas aquellas cosas el que eligió un pesebre para la cuna de su natividad. No buscó lechos cubiertos con vestiduras doradas, ni adornados con púrpura o tapices pintados; sino que se acostó en el establo de los animales aquel que es rodeado por innumerables escuadrones de ángeles; quiso ser humillado para elevarnos a lo sumo; se hizo pobre en este mundo para mostrarnos partícipes de sus riquezas.

Esta humildad de nuestro Redentor, carísimos hermanos, consideradla con toda la ponderación de vuestra alma; procurad poseerla con esmero, despreciad la gloria del mundo, considerad que ser pobres con Cristo son las verdaderas riquezas. Esmeraos en ofrecer a Dios el sacrificio de la buena voluntad, si queréis aparecer como verdaderos ricos ante su vista. Pues habéis oído que hoy, al nacer el Señor, los santos ángeles cantaron: «Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad (Lc 2)». Hoy ciertamente se ha hecho la paz de Dios con los hombres, pero no con los hombres de muchas riquezas, o de sabiduría terrena, o de nobleza generosa, sino con los hombres de buena voluntad.

Gocémonos, por tanto, amadísimos, y deleitémonos con todo el corazón en el Señor, porque Cristo nuestra paz, que hizo de ambos uno (Ef 2), por eso se dignó visitar el mundo hoy para conducir a los hombres de buena voluntad al consorcio de la deidad. El cual ciertamente hizo de ambos uno, porque unió a los hombres con los ángeles en la común cohabitación de la Jerusalén celes-

tial. Hizo de ambos uno, porque llevó sobre sus propios hombros a la oveja que se había perdido de vuelta al rebaño (Mt 18), Jesucristo nuestro Señor, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina bendito por los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN D

E UN AUTOR ANÓNIMO SOBRE LA NATIVIDAD DEL SALVADOR Y LOS INSIGNES MILAGROS REALIZADOS EN ELLA. (25 DE DIC.)

No podrá explicarse con el discurso lo que he concebido en la mente, pues el estupor de los milagros me oprime, y mientras lo despliego todo, todo se pliega: «¿Quién podrá pensar en el día de su venida?» (Mal 3). Por eso la lengua se vuelve sin habla, la memoria desmemoriada, el sentido insensible. En la inusual natividad todo brilla, y todo obedece al parto de la Virgen. Se realizan maravillas en el cielo arriba y en la tierra abajo, y el universo juró obediencia al Dios naciente. Se distinguen las bóvedas de los cielos con una estrella más brillante, y los lugares llameantes son alcanzados por mucha luz. Se difunden por el cuadriforme mundo rayos más rojizos, y un nuevo fuego atenúa la pluralidad de los fuegos estelares. El mundo se maravilla de que los cielos hayan dado a luz un nuevo esplendor, y que su estado inconvertible haya sido convertido en signos y prodigios. Ven los caldeos en los cielos lo que Balaam dejó en sus escritos: «Surgirá —dijo— una estrella de Jacob, y se levantará un hombre de Israel, y toda la tierra será su posesión

(Nm 24)». Nace una estrella en las alturas, y Dios en la tierra, cuya posesión es de mar a mar. Se preparan los reyes de Tarsis para que, con la novedad de los dones, vean a la nueva madre, los hijos la nueva natividad. Una fuente de aceite brota de la tierra. El templo de Roma, que era llamado eterno, se derrumbó, maravillosamente consumado con todos los gastos de la Urbe y del mundo. Pues cuando los romanos, en memoria de la victoriosa antigüedad, habían decretado hacer un templo con un diseño singular, preguntaron a toda aquella multitud de dioses, o mejor dicho demonios, cuánto tiempo podría durar la laboriosa construcción de una obra tan excelente. Se respondió: Hasta que una Virgen de a luz. Ellos, retorciendo el oráculo hacia la imposibilidad, llamaron templo eterno a aquella solemne máquina. Pero en esta noche, cuando el virginal flor de María salió del virginal tálamo, de tal modo cayó y se rompió aquella obra mural y columnada, que apenas aparecen vestigios de las ruinas.

¡Oh Belén! ciudad del Dios altísimo, tanto en ti como en tus suburbios se han visto maravillas hoy. Dios pende de los pechos, es puesto en un pesebre, es atado en una cuna, es envuelto en pañales, y con las fajas aflojadas, extiende sus felices manos y sus santos bracitos por la pequeñez de la cuna. Juega con la virgen, sonríe a su madre, y vuelve sus ojos halagadores hacia María. Permanece aterrada por tan grandes milagros la reina de los cielos, medita en su corazón la salutación del arcángel, la concepción de Dios, la natividad

del niño; y se maravilla de que aquel que así pudo venir a nosotros, así quiso socorrernos.

Está presente también José; pero alejado de ambos, y en un éxtasis de la mente se maravilla, y no puede maravillarse lo suficiente, de cómo fue admitido al arcano de tan gran dignación. Está presente la multitud del ejército celestial y con voces gloriosas se oye «Gloria a Dios en las alturas» (Lc 2). Vienen los pastores y encuentran al niño y a la doncella. Avanza la estrella, se acercan los reyes, adoran al Hijo, veneran a la madre, ofrecen dones, rinden homenaje a su majestad (Mt 2). Se tortura Herodes, Jerusalén se turba, se buscan los escribas, se predice el lugar; se introduce la simulación, el simulador es reducido a la nada, se descubren los comentarios de los fraudes. Los magos regresan por otro camino, reina una paz inaudita desde hace un siglo, el mundo entero es empadronado para el censo, un río de aceite destila de la tierra, y en una rica vena burbujea el licor santificado.

¿Qué es esto, sino porque la verdadera paz apareció en la tierra, sino porque los ciudadanos son inscritos para el reino superno, sino porque la fuente de la misericordia emana de la Virgen, «aceite derramado es tu nombre» (Cant 1)? El Espíritu Santo, único y singular fabricador de esta Escritura, dejó alguna dulzura de su pingüedad bajo este capítulo. Pero vosotros estáis tan fatigados por las vigilias nocturnas, que apenas podéis quitar el sueño de vuestros ojos. Despertad, sin embargo, por un momento, y sacudid el torpor del sueño. Estará presente aquel de cuya

natividad hablamos, para que ilumine nuestros ojos, para que no nos durmamos. Pero todo el sentido de la sentencia será tomado del cofre de aquel cuyo consejo es como el consejo de Dios. Él mismo es aquel Señor, a saber, el de Claraval, cuya religión y discreción, sabiduría y elocuencia, vida y fama corren no inmerecidamente por toda la latinidad; pues voluntariamente adoro sus cargas. Pero volvamos a lo propuesto.

Aquel Espíritu benigno, de cuyo fuente más secreto emana el río de los cánticos, nos dejó en estas tres palabras tres cosas que buscar: a saber, el nombre del esposo, por qué se compare con el aceite, y cómo se derrame; pues calla el nombre, nada dice de la comparación, nada habla de la efusión. Veamos primero lo referente al nombre. Muchos vocablos del esposo, según pienso, se leen dispersos por la divina Escritura, pero en dos palabras lo comprendo todo. Ciertamente no encontraréis ninguno que no suene o a la potencia de la majestad, o a la gracia de la piedad. El niño del Señor, de quien hago mención con más frecuencia, introducido en la alcoba del rey, oyó como dos cosas más sublimes de la misma boca de la divinidad: «La potestad es de Dios —dice — y para ti, Señor, la misericordia (Is 61)». Pero el mismo Salvador, atestiguando la verdad profética, dice: «Vosotros me llamáis maestro y Señor, y decís bien; porque lo soy (Jn 13)». Señor es el nombre de la majestad, maestro de la piedad. Pues si es piadoso ofrecer alimento al cuerpo, mucho más misericordioso es impartir el alimento del alma, lo cual es propio de los maestros, que

contienen las mentes indisciplinadas bajo el rigor de la disciplina.

Veamos cuál de estos nombres se derrame: si el nombre de la potencia en el nombre de la gracia, o el nombre de la piedad en el vocablo de la majestad. Lejos esté que la misericordia se incluya en la potencia, porque «sus misericordias están sobre todas sus obras (Sal 144)». Es cierto, por tanto, que la potestad de Dios se ha derramado hoy en una piedad mayor, cuando los cielos destilaron ante la faz de Dios, y de los virginales miembros surge el Anciano de los días. No hay quien se esconda de este calor; porque una más abundante efusión de aceite desciende de la cabeza a la barba, la cual también regó más largamente la orilla extrema de la vestidura. Tanta es la abundancia del Misericordioso, que no solo bajo el nombre de efusión, sino también de exinanición se considere: «Se anonadó a sí mismo —dice el Apóstol—, tomando la forma de siervo» en el día de hoy (Flp 2), y con toda la multitud de sus misericordias saltó del tálamo virginal; pues aquel abismo de los consejos de Dios no tuvo modo más dulce para redimirnos, porque todo lo que de la divinidad se encontró en el tesoro de la piedad, todo fue acumulado en el útero de la Virgen.

No me quepo en mí de alegría, porque aquella majestad, anonadando su propia naturaleza, venga sobre la naturaleza de mi carne y de mi sangre, y me incluya a mí, miserable, en las riquezas de su gloria, no por una hora, sino para siempre. Se hace mi hermano, mi Señor; el afecto del

hermano vence al temor del Señor. Señor Jesús, con gusto te oigo reinando en los cielos, con más gusto naciendo en la tierra, con el máximo gusto sosteniendo la cruz, los clavos y la lanza; pues esta efusión arrebata mi afecto, y la memoria de estas cosas fortalece mi corazón, purgado por la aspereza de la poción viviente y vívida. Viviente es esta palabra y eficaz, y más penetrante que toda espada de doble filo, llegando hasta la división del alma y del espíritu, escrutadora también de las coyunturas y de las médulas (Heb 4).

Uno de aquellos que es o el maestro o está entre los maestros del coro profético, bajo la partición senaria de los nombres divinos, profetizó sobre esta efusión maravillosamente ciertamente, pero sutilmente: «Se llamará —dice— su nombre Admirable, Consejero, Dios, fuerte, Padre del siglo futuro, Príncipe de la paz (Is 9)». Era ciertamente admirable mi Señor entre los órdenes angélicos, oyendo el himno de su gloria, admirable para aquella admirable criatura, haciendo maravillas en el cielo y en la tierra, en el mar y en todos los abismos. Yo, sin embargo, envuelto en el lodo de la hez y de la miseria, miserable y digno de lástima, había perdido toda esperanza de emerger. Él en la gloria, yo en la miseria; él admirable, yo miserable. «Santo y terrible es su nombre (Sal 110)», que apenas se atrevería a nombrar aquella naturaleza más digna. Este nombre cerrado e íntegro, ¿cómo podía captarlo yo, a quien apenas el ojo angélico puede mirar, cuánto menos percibir?

Pero mira la efusión. Aquel que era admirable para las huestes de los ángeles, inclina los cielos y se hace consejero de los hombres. El nombre majestuoso se derrama en el piadoso; y el que es admirable en los cielos, viene a aconsejar en la tierra; esconde la púrpura bajo los vestidos de la miseria, e inclinado hacia el lodo donde yo yacía, no se sumerge. Él, me atrevo a decir, fijo en el cieno del abismo, extiende su diestra a la obra de sus manos, la extrae de lo profundo de las aguas, la lava una vez extraída, la viste una vez lavada, la devuelve una vez vestida, la confirma una vez devuelta. Extiende su diestra cuando nace, extrae cuando habla, lava cuando muere, viste cuando resucita, devuelve cuando asciende, confirma cuando envía el Espíritu desde los cielos. Buen consejero ciertamente, que defiende con la muerte el consejo que dio con la voz. Pues enseñaba —dice el evangelista— como quien tiene potestad, no como sus escribas y fariseos (Mt 7); Dios y Fuerte; son nombres de potestad, pero Dios se derrama en el Padre del siglo futuro, Fuerte en el príncipe de la paz. Corro brevemente, porque hablo tanto a fatigados como a conocedores de la ley.

¿Qué te importa a ti, susurrante Lucifer, en tan gran efusión? Te está cerrado todo el itinerario de Dios, y tu ojo maligno se cegó aquí demasiado. Mi Señor fue admirable en su natividad, consejero en su predicación, Dios en la coruscación de los milagros, fuerte en su pasión, padre del siglo futuro en su resurrección, príncipe de la paz en aquella eterna bienaventuranza. No os aterréis

por la novedad de las palabras, porque nada nuevo se introduce. Así también antiguamente los nombres fueron cambiados y derramados, Abram en Abraham, Saray en Sara (Gén 17), y cualesquiera otros cambios que recordéis haber leído en aquel antiguo taller. Pero incluso desde casi los principios del mundo, en un lugar arcano de las Escrituras, recuerdo haber encontrado la efusión del nombre divino. Habla Dios a Moisés sobre la liberación de Israel, y tras mucha confabulación de Dios y Moisés, el profeta inquiere sutilmente su nombre, y el Señor dice: «Yo soy el que soy: este es mi nombre para siempre. Esto dirás a los hijos de Israel: El que es, me envió a vosotros (Éx 3)». Moisés, aterrado por la autoridad del vocablo inextricable, como si dijera: Esto excede mi intelecto, no puedo captarlo a menos que se derrame; oye de la majestad: «Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob». ¿Ves la efusión? He aquí que el Dios de los ángeles se llama a sí mismo el Dios de los hombres.

Corramos, pues, hermanos, al olor de estos ungüentos. Corramos al aceite de la oliva hermosa expresado en los campos, no infectado por ninguna amurca, por ninguna amargura de las sustancias, el aceite que alegra el rostro del hombre (Sal 103), que sana las heridas, quita el dolor, devuelve la suavidad. ¿Acaso nuestro samaritano no nos trajo, a nosotros heridos por el pésimo ladrón, aceite y vino para purgar y mitigar la magnitud de la herida? Pero mucho aceite, poco vino; mucha misericordia, poca justicia. Así convenía ciertamente al que se compadece, así expedía al

miserable. «No entres en juicio con tu siervo, Señor —dice el justo—, porque no se justificará en tu presencia ningún viviente (Sal 142)»; sino coróname en la misericordia y en las compasiones (Sal 102). Viniendo hoy ciertamente, trajo cinco vasijas de aceite, no sino dos de vino. Pues el Espíritu de sabiduría y de entendimiento, de consejo, de ciencia y de piedad (Is 11), ¿no suena a dulzura, fragancia de misericordia, eructa abundancia de suavidad? La fortaleza y el temor son vino. Pero con este vino se embriagó aquel poderoso, cuando Cristo en espíritu de fortaleza descendió a los infiernos, no temeroso, sino temible.

Veamos ahora por qué el aceite se compare con el aceite. Si no tenéis nada mejor: alumbra, alimenta y unge. Lo mismo hace el nombre de Cristo, y en todo concuerda con la comparación. Predicado, alumbra; meditado, alimenta; invocado, suaviza y unge. Ved cuando aquellas preclaras lumbreras llevaron la luz de este nombre sobre el candelero de la elocuencia, si no iluminaron las coruscaciones de Dios al orbe de la tierra, si no se conmovió y tembló la tierra ante el esplendor del relámpago. «En el nombre de Jesucristo surge y camina (Hch 3)», dice el príncipe de los apóstoles al cojo. ¿Acaso no saltó como un relámpago de la boca de Pedro, cuando fue nombrado el nombre que la boca del Señor nombró? «Y al instante —dice— fueron consolidadas sus basas y sus plantas». El vocablo de Jesús, como definió la lengua más noble de Orígenes, dulce y glorioso, dignísimo de todo aroma y culto, que no convino que fuera traído al mundo primero por

los hombres, sino por una cierta naturaleza más sublime y excelente. Pues todos los profetas o no conocieron este nombre, o callaron totalmente sobre él, y fue reservada la dignidad de la prerrogativa al arcángel Gabriel, quien con boca santa lo reveló primero a la santísima Virgen (Lc 1). ¿Acaso Isaías, arrebatado en éxtasis de la mente, no consiente con esas mismas palabras arcangélicas en casi las mismas sílabas hasta la novedad del santo nombre? (Is 7).

Alimenta en verdad, ni hay pasto más feliz en el lugar de los pastos donde el Señor nos colocó (Sal 22). ¿Qué iguala en pingüedad a la mente del que medita? El nombre de Jesús es miel en la boca, melodía en el oído, júbilo en el corazón. Todo alimento que no se condimenta con esto es insípido. La Escritura que no haya sido untada con el aceite de tan gran devoción, o es insulsa o es amarga. Antaño me era dulce Tulio, me halagaban los cantos de los poetas, los filósofos brillaban con palabras de oro y las sirenas encantaban mi intelecto hasta mi perdición. La Ley, los profetas, el Evangelio, las Epístolas y toda la gloria de las sentencias de mi Señor y de sus siervos me parecían o pequeñas o nada. No sé cómo ahora me murmura más dulcemente el hijo de Jesé, quien con el variado concierto de sermones y sentencias vuelve sin habla y mudos a todos aquellos que solía amar.

Suaviza y unge, porque nada recrea así en la tribulación. Finalmente se puede probar: «Invócame —dice— en el día de la tribulación; te libraré y me honrarás (Sal 49)». Este es el nombre,

este es el aceite, esta la efusión del aceite. Amén os digo, no faltará esta vasija de aceite, ni se disminuirá hasta que instile más difusamente la lluvia voluntaria (1 Re 17), que fue apartada para su heredad, hasta que haga un cielo nuevo y una tierra nueva (Sal 67), porque su misericordia es desde la eternidad y hasta la eternidad sobre los que le temen (Sal 102).

Pero levantémonos ya y preparémonos para la jubilación de la misa más solemne, no perdonando ni corazones ni voces para el honor del niño que nos ha nacido, que es Dios bendito por los siglos. Amén.

* SERMÓN LXII. SOBRE SAN ESTEBAN PROTOMÁRTIR. (26 DE DICIEMBRE)

Todavía tenemos al Hijo de la Virgen en las manos y honramos con obediente definición la infancia del Dios que llora. La Virgen nos conduce a la venerable cuna, y ella, hermosa entre las hijas de los hombres, nos conduce al hermoso en forma entre los hijos de los hombres (Sal 44); la bendita entre las mujeres nos conduce al bendito entre los hombres. Nos susurra al oído, no sea que tal vez la casa exasperante oiga y se concite, que han sido revelados los velos de los profetas, y completado el consejo de Dios. Ved el milagro de la madre del Señor, porque ella era una criatura, y el Creador es creado. Centellea el astro, el mago adora, el polo salta de júbilo, la tierra resuena; se glorían los ángeles, los pastores se regocijan; la Virgen da a luz, Dios nace, y las lumbreras de los cielos siguen con luz más clara la luz surgida en las tinieblas.

En estos bienes nos ocupamos. «Bienaventurado el varón que llenó su deseo con ellos (Sal 126)». Sé que os es dulce: «En el principio era el Verbo»; más dulce: «El Verbo se hizo carne (Jn 1)»; lo más dulce: el Verbo suspendido en la cruz. De tan gran parto, ¿qué insensato presumiría apartar sus ojos, y mucho menos arrancarlos, a no ser que lo mande él mismo que dice: «Aparta tus ojos de mí, porque ellos me hicieron huir»? (Cant 6).

He aquí que, mientras nos besa con el beso de su boca (Cant 1), mientras con tan grandes milagros nos vuelve tanto estupefactos como atentos, Esteban, lleno de gracia y de fortaleza, hace prodigios y grandes signos en el pueblo (Hch 6). ¿Acaso es justo abandonar al Rey y volver los ojos al soldado? De ninguna manera, a no ser que el Emperador lo haya mandado. Se levanta el mismo Rey, Hijo del Rey, y rompiendo las filas de los que apedrean, asiste al certamen triunfatorio no sin dolor de corazón. Ve ser oprimido al primero y primicerio de la cohorte purpurada, y de la densidad granizada de las piedras manar fuentes de sangre del cuerpo del protomártir. Ve que toda la furia redunda en él mismo, y sobre él solo se acumulan los improperios de los que le injurian. ¿Dónde está tu piedad y misericordia, Señor, si no te compadeces del que padece? ¿Dónde tanto la equidad como la justicia, si no juzgas y vengas al pueblo que apedrea? Corramos al espectáculo al cual corre el que salta de júbilo «como gigante para recorrer el camino (Sal 18)», y veamos con qué armas armado el portaestandarte de los mártires desciende al campo para luchar, y para

que resplandezca más diligentemente la primera prerrogativa del singular martirio; evoquemos a la memoria la descripción de los Hechos apostólicos, en los cuales se contiene en dichos históricos y figurales la conducta y la pasión del beligerante soldado.

«Esteban —dicen—, lleno de gracia y fortaleza, hacía prodigios y grandes signos en el pueblo (Hch 6)». No pequeño misterio se esconde aquí, ni ha de ser menospreciada por los más sencillos la manifiesta posición de la Escritura. Pues el arcángel, hablando a la Virgen palabras tomadas de los cofres celestiales, y fabricadas por ningún otro sino por el Espíritu del mismo Dios, termina con una nueva salutación. A nadie cabe duda de que exceden la altura de todas las palabras, como desarrolladas de las mejores disciplinas del Espíritu Santo, con cuya enunciación debía ser confederado aquel único sacramento del Verbo y del hombre, de la divinidad y de la carne. «Ave —dice la fortaleza del Señor—, llena de gracia (Lc 1)».

¿Y qué hay de Esteban? «Esteban lleno de gracia y fortaleza». ¿Acaso Lucas no habla de ambos casi con las mismas letras? Pero aunque se predique un modo mucho más excelente en la Virgen, sin embargo se alaba secundariamente en el mártir. Tiene, pues, Esteban la gracia en un género más sublime que la restante multitud de los mártires, lleno de gracia, es decir, repleto y colmado, lo cual raramente encontrará en las Escrituras canónicas el sutil inquisidor. Se une la fortaleza a la gracia, porque el alma inflamada

por el Espíritu de libertad infundido brota hacia la luz de la verdad, ni permite de ningún modo que el rigor de la tristeza sea sometido o despachado en algún momento. Así, acorazado con la gracia y rechinando sabiamente con la lanza de la fortaleza, hacía prodigios y grandes signos en el pueblo. Aquel puede hacer signos y prodigios en quien la gracia y la fortaleza establecieron una sede fortísima. Así sale Esteban hacia los homicidas, hacia los adúlteros de la ley, hacia los crucificadores del Hijo de Dios Padre; habla a la gente pecadora en Egipto, al pueblo con grave iniquidad en el desierto, a la simiente malvada en la tierra de promisión, a los hijos criminales en la muerte del Salvador (Is 1). «Duros de cerviz —dice—, e incircuncisos de corazón y de oídos, vosotros siempre resististeis al Espíritu Santo», etc.

«Se levantaron, sin embargo, algunos de la Sinagoga» ciertamente de Satanás, se congregan de todas partes, o para convencer o para matar; forman una sola pared, escama de impiedad se une a escama, silban las serpientes entre sí, y convienen en uno contra el Señor y contra su siervo. Quiera o no, cede la impiedad a la piedad, el error a la verdad, la necedad a la sabiduría, la presunción al Espíritu Santo y la vanidad al espíritu humano. «Y no podían —dice— resistir a la sabiduría y al espíritu que hablaba». No dijo: «No querían», lo cual es de los racionales y perfectos; sino «no podían», donde se quita la facultad a la mente mala, aunque no se cambie la voluntad.

«Eran redargüidos —dice— por él con toda confianza». Actúa con confianza, ni cambia ni es cambiada la mente impertérrita, que ama más la justicia que la vida, la fe que la sangre, la muerte que el silencio de la justicia. Corriendo juntos lo arrebatan, lo llevan al concilio, y se alegran de haberlo encerrado dentro de sus redes: Pero «en vano se echa la red ante los ojos de los que tienen alas (Prov 1)». Entonces su voz es más libre, y el discurso de la verdad se aguza con las rocas de ellos, y el Espíritu de Dios arrebata para sí a todo el mártir, y de su boca modula con un órgano más sonoro. Se le aparece una sola faz de las Escrituras, y reduce los gastos del Antiguo Instrumento a una compendiosa brevedad. Repliega las promesas y los beneficios de Dios, las murmuraciones y maleficios del pueblo, los bienes prestados, los males devueltos, y al extremo echa en cara la efusión de la sangre divina. Llama refractarios al Espíritu a los duros de cerviz, incircuncisos de corazón y de oídos, y con voz sublime los llama homicidas y traidores. No teme a los conventículos congregados de sangres, y entre las manos de los que buscan su alma (Sal 15), por la deliberación de la justicia asciende a la cumbre de la verdad. Son diseccionados en sus corazones, y rechinan los dientes contra él, conciben dolor, y está cerca que den a luz la iniquidad (Ibíd.).

Es admirable que los desacostumbrados no sean retirados por la novedad del milagro, que la luminosa faz del protomártir no refrene a los insensatos. «Veían —dice— su rostro como el vulto de un ángel que estaba entre ellos». ¿Qué

sucede, judíos? El glorioso levita es distinguido por la luz del rostro de Dios, de modo que Esteban es serenado por un vibrante esplendor, vuestros ojos son reverberados, y sin embargo la magnitud de la envidia ocluye la majestad de la visión. Respóndanme los escrutadores de los volúmenes divinos, dónde han revuelto que un hombre puesto en la tierra se haya revestido de un vulto angélico; y cuando en ambas leyes lo encuentren, o raramente o nunca, asómbrense por la gloria del triunfante.

Sigue: «Como sin embargo estuviera lleno del Espíritu Santo, mirando fijamente al cielo vio la gloria de Dios». Admirable de decir, y superación de toda criatura. Mira fijamente al cielo, ya no ve el cielo, sino los cielos abiertos, ve la gloria de Dios, y a Jesús de pie a la diestra de la virtud de Dios. Me mueve esta intención, que refundida de la pureza del corazón, hace violencia a los cielos, y penetra y llega hasta el consistorio de la misma divinidad. Los cielos se abren, la gloria de Dios es vista, Jesús es contemplado, de pie no solo a la diestra de Dios, sino a la diestra de la virtud. Esta intención la habían hecho el abajamiento del mundo, el desprecio de sí mismo, la limpieza del corazón, la dilección de Dios, el amor al prójimo, la defensa de la verdad, el deseo de Cristo.

Habría que referir todo esto a las flores comunes de la mortalidad, si no fuera para encomiar la excelencia del mártir. Felices ojos, sutil vista, visión gloriosa. Y al mismo tiempo recoge significativamente la posición de las palabras. Está lleno del Espíritu, y así mira fijamente al cielo

porque quien es inspirado por el Espíritu de la divinidad, conculcadas las cosas terrestres, ansía las celestiales y eternas. Tras esto se abren los cielos, y ninguna obstinación o cerrojo prevalece que no sobrevuela o irrumpa aquella mente que se adhiere afectuosamente a la mente suma. Se abren, pues, los cielos, y pienso que a todos los cielos y a su apertura sigue la visión de la gloria de Dios, y se ve al Señor Jesús de pie a la diestra de la virtud de Dios. Para que no sea tenido por menor que el Padre, está de pie con el que está de pie, lucha con el que lucha, él que es apedreado en el apedreado.

No mediocre estupor me envuelve, si la primitiva flor de los mártires contempló esto con ojos corpóreos o incorpóreos. Gran milagro ciertamente si con mirada mortal se sumergió en arcanos estelares, si ojos limpios de corazón inspeccionaron tan solemne visión. Que si con los corporales, es cierto que este sobrevoló a todo el género de los hombres por la disparidad de la gloria, y con las alas de la fe y de las virtudes, aprehendió si no comprendió lo incorpóreo por lo corpóreo. Nada me atrevo a definir temerariamente, o a precipitar una sentencia de súbito; pues no he leído haber encontrado una regla definitiva sobre tal cosa. Más seguramente sigo, sin embargo, al Apóstol, o mejor al Espíritu de Dios en el Apóstol, quien con suma deliberación de palabras encomienda esto más a una segura ambigüedad que a una peligrosa definición. «Si en el cuerpo —dice—, o fuera del cuerpo no lo sé, Dios lo sabe (2 Cor 12)».

Al punto exclaman con un clamor horrible, se tapan los oídos y los obstruyen a la verdad. Hicieron un ímpetu unánimemente contra él, hechos amigos en la muerte de aquel, y echándolo fuera de la ciudad, lo apedreaban. Es echado el mártir fuera de la ciudad de las sangres, en la cual antes había habitado la justicia, pero ahora los homicidas, de la cual dice el santo: «Porque vi la iniquidad y la contradicción en la ciudad (Sal 45)». Esta es la ciudad que rodea la iniquidad día y noche, la ciudad llamada despectivamente fortaleza, que contra los apóstoles y el Señor de los apóstoles está munida con los más duros cerrojos de la infidelidad (Mt 21). Fuera de la puerta de esta ciudad padeció el Señor, fuera de ella es apedreado el siervo saliendo hacia él fuera del campamento, y llevando la semejanza de su improperio. Se depositan las vestiduras del mártir a los pies del perseguidor, quien por el tacto de las sagradas vestiduras y por las oraciones del que iba a ser apedreado debía ser convertido: «Y apedreaban —dice— a Esteban invocando y diciendo: Señor Jesús, recibe mi espíritu (Hch 7)». Corren ellos a las piedras, y él a las preces; las piedras golpean a una piedra, pero a una piedra más blanda, de la cual fluye el aceite de la caridad, y se devuelve el tintineo de la piedad. Señor Jesús —dice—, no les imputes este pecado, porque no saben lo que hacen. Ruega que sea recibido su espíritu; el espíritu ciertamente, y aquel espíritu que significativamente el Apóstol preceptúa que sea conservado como una cierta tercera cosa en el hombre. «Para que íntegros mi alma, y espíritu,

y cuerpo sean guardados sin queja para el día del Señor (1 Tes 5)».

¡Oh cuánta piedad, cuánto afecto, e integridad de la caridad más ardiente! Rectamente se reivindica para sí la flor del martirio aquel en quien la semejanza del Señor pendiente en la cruz fue impresa con admirables fórmulas. Pues en el madero fijado con espinas, clavos, lanza, y crucificado, disimula aquel único dolor, y olvida la muerte cercana, para introducir un nuevo ejemplo, abre la latitud de la caridad, y en un campo más abierto amplifica los términos de la ley transmitida, ya no solo amigo de los amigos, sino quieran o no, amigo por igual de los enemigos. «Padre —dice —, perdónales, porque no saben lo que hacen (Lc 23)». No pudo ser ineficaz la oración del que moría, por lo cual incluso la numerosidad de los enemigos pasó al número de los amigos.

Mira con qué recto curso Esteban, aunque no iguale, sigue sin embargo al Redentor. Vuela el aguacero de piedras, y por las manos fortísimas de los envidiosos se duplican los lugares de las heridas, pero padece pacientemente nuestro coronado, que ha de ser transferido de la corona del nombre a la corona del mando. No conoce el afecto de la carne, e ignora la hora de la muerte; y mira qué delibera que se haga. Puesto sin embargo de rodillas clamó con gran voz diciendo: «Señor, no les imputes este pecado, porque no saben lo que hacen». Clama con gran voz, porque con gran caridad ciertamente; puesto de rodillas, porque con verdadera y humilde simplicidad. Orando por sí está de pie y se yergue; por los que

le apedrean dobla las rodillas. ¿Quién oyó jamás tal cosa, y quién vio a alguien semejante a este? Más le duelen los pecados de los que le persiguen que sus propias heridas; la iniquidad de ellos más que su propia muerte.

«Y habiendo dicho esto, durmió en el Señor». Feliz sueño con descanso, descanso con placer, placer con saciedad, saciedad con seguridad, seguridad con eternidad. Durmió —dice— en el Señor, absorbido en el abismo de la claridad, y descansando entre los brazos de su Dios. Estaba sentado a la diestra de Dios el Señor Jesús, pero para el primer mártir era la cabeza de los mártires. ¿Recuerdas lo que aquella lengua de la Iglesia, hablo de Agustín, sintió sobre este mártir, quien asegura que después de su muerte siete fueron resucitados?

Ea vosotros, que brilláis en el orden levítico, cantad a este un cántico nuevo, e incumbid con voces festivas a tan gran festividad. Tal vez asistirá a los que cantan, y sugerirá sobre nosotros a su Señor, nuestro juez: No les imputes nada para pecado, tú que eres Dios bendito por los siglos. Amén.

SERMÓN LXIII.

SOBRE SAN JUAN APÓSTOL Y EVANGELISTA. (27 DE DICIEMBRE)

Hoy, dilectísimos, se nos duplican los gozos de la santa alegría, porque, estando aún reciente la natividad del Señor, ocurre la gloriosa solemnidad del bienaventurado Juan. Hoy el discípulo

a quien amaba Jesús es estrechado en los abrazos de su Amante, disfruta de su sociedad, y lo que había visto, lo que había oído, lo que sus manos habían tocado sobre el Verbo de Vida, lo contempla ahora tanto más claramente cuanto más sublimemente (1 Jn 1). Hoy, a saber, aquella admirable águila que antaño Ezequiel vio sobresalir entre los otros cuatro animales (Ez 1), y el mismo Juan, hecho profeta de sí mismo, por así decirlo, contempló volando en visión mística, voló felizmente hacia el único alimento de ángeles y hombres, equilibrado sobre las alas de sus sublimes méritos. Pues aunque dondequiera que esté el cuerpo, allí necesariamente se congreguen también las águilas (Lc 17); este, sin embargo, accede al pasto de la vida tanto más familiarmente, ya suelto de los vínculos de la corrupción, cuanto que incluso estando aún en la carne fijó los rayos de su mente purificada en el mismo orbe del sol eterno, esto es, en la claridad de la sustancia divina.

¡Oh cuán admirable dispensación del consejo celestial sobre nosotros! ¡Oh cuán profunda es la altura de la divina sabiduría! Descendió Dios al hombre para manifestar a los hombres la Deidad oculta. Se dignó salir al público de la mortalidad humana para revelarnos el arcano de su eternidad. Pero si tan pronto como comenzó a prorrumpir en las palabras de la doctrina evangélica, y a abrir los misterios de la nueva gracia a los corazones aún rudos de los inexpertos, hubiera manifestado de inmediato el sacramento de su divinidad, ¿qué oído, pregunto, lo habría so-

portado, qué intelecto lo habría captado jamás? Pues, por callar ahora sobre la divinidad, cuando el Señor decía: «Porque si no comiereis la carne del hijo del hombre y bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros: y el que me come, él mismo vivirá por mí (Jn 6)»; al punto despreciaron la palabra y se horrorizaron diciendo: «Dura es esta palabra: ¿quién puede oírla?». Después la Escritura añade: «Desde entonces —dice— muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él (Ibíd.)», a saber, no de la turba; no unos inexpertos cualquiera, sino los mismos discípulos no pudieron captar la palabra del misterio. ¿Qué harían, pues, estos ante el sol, que se ciegan ante la lámpara? ¿Cómo soportarían el sonido del trueno los que no pueden llevar el peso de la trompeta que suena, o más bien los que ensordecen ante la delgadez de una voz humana suprimida y templada?

Por esto, pues, nuestro Redentor hizo al discípulo amado por él con especial prerrogativa una especie de órgano para declarar la esencia de su divinidad, y para que este supliera aquí lo que por un tiempo el mismo Señor había suprimido dispensativamente, se lo dejó como vicario para sí mismo. A fin de que, cumplido el misterio de la pasión, de la resurrección y de la ascensión, después de casi trece lustros de años, cuando los hombres ya tuvieran una mirada de la mente más libre para captar la verdad, este manifestara el sacramento del Verbo coesencial y coeterno con Dios, diciendo: «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios

(Jn 1)». Pues el orden de la flaqueza humana exigía que primero conociera a fondo los principios, el curso y la consumación de la humanidad de Cristo, aprendiera también los milagros que realizó en el hombre, y así, poco a poco, animada por sus progresos, aspirara a comprender el misterio de la divinidad oculta. Por lo cual fue causa del divino consejo que los demás evangelistas, que se ocuparon en describir la humanidad del Salvador, precedieran por mucho; Juan, en cambio, cuando los hombres, como alimentados primero con leche, fijaran ya huellas más firmes en el camino de la verdad, los promoviera a condescender a la gracia de la ciencia divina.

Finalmente, concibió esta sobreeminente altura de la ciencia divina con la mente entonces divinamente ilustrada, cuando en el sacrosanto convite de la cena mística se recostó sobre el pecho del Redentor (Juan 13). Y porque en el pecho de Jesús están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia, de aquel celestial tesoro extrajo lo sumo, con lo cual enriqueció la penuria de nuestra pobreza con copiosa liberalidad. De aquel erario, digo, nos trajo la abundancia de las riquezas, y las erogó bien pródigo para la común salvación de todo el mundo; es más, se recostó sobre la fuente de la vida perenne, para que él mismo bebiera entonces los flujos siempre manantes de la doctrina divina, y después nos los propinara en el prefijado artículo de un tiempo cierto.

Gran río del paraíso, por cierto, que fluyendo de la principal origen de su fuente y procediendo

con una más abundante inundación de carismas celestiales, riega los escuálidos desiertos de las mentes humanas, y los fecunda con abundantísima fertilidad para producir los gérmenes de las buenas obras como de nuevos frutos. Y no sin mérito se debía a la Virgen una revelación de la deidad tan profunda y tan sobreeminente, para que quien amputó de sí los halagos de la carne, disfrutara, por un feliz comercio, de las riquezas de los banquetes celestiales en lugar de la dulzura carnal. Fue promovido, en efecto, a tal privilegio de gracia que, traspasando toda criatura, alcanzara allí con la agudeza de su mente, donde no se conoce que ningún profeta, ningún patriarca, ni finalmente nadie desde el mismo principio del mundo haya aspirado estando puesto en la carne. Ni es de maravillar si nuestro Redentor delegó al bienaventurado Juan su propio turno para declarar el misterio de su divinidad, a quien también puso en su lugar como otro hijo para custodiar a su venerable madre, a saber, la perpetua Virgen, diciendo: «Mujer, he ahí a tu hijo»; y al discípulo: «He ahí a tu madre (Juan 19)». Pues digno había sido que encomendara las cosas terrenas a quien principalmente encomendó las celestiales.

Y porque el Mediador de Dios y de los hombres consiste en dos naturalezas, a saber, divina y humana, un solo Emmanuel, pareció muy justo que el bienaventurado Juan fuera fiel ministro de ambas naturalezas, para que tanto escribiera los sacramentos de la divinidad, como exhibiera el ministerio de su perpetua custodia y diligencia a la bienaventurada Madre. Testifica que es en

cierto modo ministro de cada uno, a saber, del excelentísimo sacramento, cuando por toda la serie de su texto evangélico templa de tal modo el modo de su estilo y alterna con cierta vicisitud de variedad mística que ya pronuncia cosas humanas, ya revela cosas divinas, ya inserta históricamente lo que es de la humanidad, ya extrae lo que es de la divinidad con cierta majestad de palabras sublimes y sutiles. Y con tanta arte de locución templa la fuerza de sus palabras y las dispensa con la sobriedad de un equilibrado moderamen, que ni permite que los arcanos de la divinidad se vulgaricen, ni que se oculten aquellas cosas que son necesarias para nuestra fe.

Por tanto, mientras teje las palabras de la historia, permite que el fulgor de la divinidad corusque como por finísimas rendijas ante los ojos de los hombres, y así, mientras el ojo de nuestra mente es rozado por un finísimo rayo de luz eterna, se abre pronto más perspicazmente para indagar aquella luz inaccesible de la suma verdad. Porque en verdad el bienaventurado Juan, con el orden de su narración alternado, ya entona sutilmente la divinidad de Cristo, ya asevera de modo llano y humilde las cosas que son de la humanidad, tal como él mismo comenzó en el principio de su Evangelio, así mantuvo por orden este mismo modo hasta el fin a través de cada artículo de su descripción. Pues, como sabéis, al principio de su libro pone aquel deífico y singular exordio: «En el principio, dice, era el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y Dios era el Verbo (Juan 1)». He aquí que el águila de Dios vuela sublimemente hacia la

cumbre del cielo, pero para el cebo de la carne es necesario que, con las alas replegadas, descienda alguna vez sumisa hacia lo profundo. De donde también escuchad qué añade poco después: «Y el Verbo, dice, se hizo carne, y habitó entre nosotros (Ibíd.)».

Esta diversidad, por tanto, de la humanidad y la divinidad unidas entre sí e inconfusas, la esposa la dice del esposo en los Cánticos: «Su vientre —dice— es de marfil, distinguido con zafiros (Cant. 5)». En efecto, en los miembros del cuerpo humano apenas se encuentra algo más frágil o más tierno que el vientre, y por ello por el vientre se acepta rectamente la fragilidad de la humanidad asumida en Cristo; el marfil, en cambio, es el hueso del elefante, animal que según se dice es castísimo y de naturaleza muy fría. El vientre del esposo, por tanto, es de marfil, porque la humanidad asumida del Redentor permaneció enteramente casta e inviolada de todo contagio de pecados. Pues no cometió pecado, ni se halló dolo en su boca (1 Ped. 2). El zafiro, además, es una piedra que tiene el color del cielo sereno; por lo que también se dice en la visión del Señor: «Había bajo sus pies como una obra de piedra de zafiro, y como el cielo cuando está sereno (Éxod. 24)». Por los zafiros, pues, se entienden las obras de la divinidad que el Señor mostraba en la carne. El vientre del esposo, pues, estaba distinguido con zafiros, porque la humanidad de Cristo refulgía con virtudes divinas. Ni se dice que esté lleno de zafiros, sino distinguido, de tal modo que entre los zafiros apareciera la blancura del marfil,

porque así el Señor obraba las cosas humanas por parte del hombre asumido, que a veces, no obstante, mostraba también las divinas por parte de la deidad. Pues tener hambre, sed, llorar, finalmente ser crucificado y morir, eran obras de la humanidad; en cambio, hacer milagros, y no solo a otros, sino a sí mismo resucitar de entre los muertos, eran evidentísimas señales de la divinidad. De este modo, pues, el bienaventurado Juan distingue como el vientre de marfil del esposo con zafiros, mientras a veces abre los sacramentos de la divinidad, y a veces describe lo flaco de la humanidad.

Puesto que, por tanto, este bienaventurado Juan habla de Dios admirable e incomparablemente respecto a los demás mortales, con justicia se ha hecho que sea llamado Teólogo en todas partes, no solo por los griegos, sino también por los latinos. María es Teotocos porque verdaderamente engendró a Dios; Juan es Teólogo porque no solo vio inefablemente que el Verbo de Dios estaba ante los siglos junto al Padre y era Dios, sino que también lo describió con profunda sublimidad. Por lo cual no sin mérito puede decir con el Profeta: «Eructó mi corazón palabra buena (Salm. 44)». Rectamente, pues, se entrega un virgen a una Virgen para su obsequio, y en lugar del Señor se subroga un siervo en vez de hijo, para que el esplendor de la pudicicia virginal concuerde mutuamente en cada persona, y el florido aspecto de la blancura íntima aquello que considera verdecer en sí, eso mismo descubra florecer también en el otro.

¿Agradable es aquí, hermanos carísimos, considerar la bella variedad de la disposición divina, y comparar cómo dos egregios discípulos de nuestro Redentor concuerdan entre sí con cierta similitud de dignidad? A saber, Pedro y Juan. Pues encomendó el Señor a Pedro las llaves de la Iglesia (Mat. 16); y quiso delegar al bienaventurado Juan la custodia de María (Juan 19). Ambas ciertamente son madre: la madre María, la madre Iglesia. Pero María es madre de Cristo, la Iglesia madre del pueblo cristiano. De María recibió Cristo la carne; a la Iglesia, en cambio, la produjo de la carne de su costado. De aquella salió nacido según la carne; a esta la produjo ya muerto en la carne. De aquella quiso nacer; por esta se dignó morir. De una nació una vez en su persona; de la otra nacen cada día sus miembros. Tomó de una lo que moriría por la otra, para que por ello ambas fueran salvadas en común. Grande, pues, y feliz madre y bienaventurada virgen María, de cuyas entrañas fue tomada la carne de Cristo, de la cual de nuevo por el agua y la sangre brotó la Iglesia. De este modo, pues, también la Iglesia parece haber salido de María. Sin embargo ambas son castas, ambas limpias, ambas premunidas con el cíngulo de la perpetua virginidad.

De estas dos madres, pues, de estas dos perpetuas vírgenes, el Señor quiso encomendar una a Pedro y recomendar la otra a Juan, para que, pesado diligentemente el peso de cada ministerio, la dignidad de los excelentes méritos en los dos senadores del cielo se vea igualada. Dice el Señor a Pedro: «A ti te daré las llaves del reino de los

cielos (Mat. 16)». ¿Acaso, hermanos míos, la bienaventurada Virgen no fue un cielo, en cuyo seno virginal permaneció durante nueve meses toda la plenitud de la divinidad? Pues de sus castas y limpias entrañas, el Verbo de Dios, por quien fueron hechas todas las cosas, se vistió de carne inmaculada. En un estrecho útero, por cierto, yacía encerrado, pero inmenso regía las leyes de todo el orbe. Constituido en el brevísimo domicilio del útero virginal, gobernaba el imperio del cielo y no había perdido el principado de todas las cosas terrenas. No se dice, pues, presuntivamente que la venerable Virgen María es un cielo; y por ello el Señor constituyó al bienaventurado Juan en cierto modo llavero del cielo, cuando decretó que fuera custodio de su bienaventurada Madre.

Por tanto, para que Juan se compare con el bienaventurado Pedro de múltiples maneras, cuando nuestro Redentor preguntaba a sus discípulos qué opinión tenían los hombres acerca de Él, y ellos respondieron al punto: unos que Juan el Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías, o uno de los profetas (Mat. 16). Hasta que se llegó a Pedro, la aserción vacilaba ni se soltaba el vínculo de la ambigüedad. Pero cuando se exige qué tiene el sentido de los discípulos, precede en la confesión de la verdad quien era el primero en la dignidad apostólica, a saber, Pedro: «Tú eres —dijo— el Cristo, el Hijo de Dios vivo (Ibíd.)». Entre los sinuosos volúmenes de una fe todavía vacilante, entre las procelosas tempestades de ambigüedades fluctuantes, este pescador fijó el

áncora de la verdad, y colocó la navecilla de la fe en el segurísimo regazo de un puerto tranquilo.

Pero veamos si Juan tiene también en esta obra alguna similitud con el bienaventurado Pedro. Se le acusa de una constantísima predicación, y así es destinado al exilio por Domiciano, entonces César. Al punto los herejes Marción, Cerinto, Ebión, y otros muchísimos, a los que él convenientemente llama Anticristos, irrumpen en los apriscos de la grey eclesiástica, y como lobos graves se ensañan sobre los oviles privados del auxilio del pastor, dogmatizando que Cristo no existió antes que María, y corrompiendo así la sencilla pureza de la fe evangélica con las suciedades de su perfidia. Se confunde el mundo, se turba la Iglesia, vacila la fe, y como en una erizada tempestad de perfidia muchísimos naufragan. ¿Qué más? Finalmente, muerto Domiciano, bajo la guía de la gracia divina, regresó Juan a Éfeso, y gime por la Iglesia turbada. Pero todo lo que encontró turbado por el torbellino y la tempestad del error, lo revoca de modo más sólido y robusto al fundamento de la fe prístina. Pues rogado, según transmiten los historiadores, por la caridad de casi toda la Iglesia universal, estalló finalmente en aquel elogio de inspiración divina: «En el principio —dijo— era el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y Dios era el Verbo (Juan 1)». Por este sello de la verdad, pues, fijó la meta de la tergiversación de los herejes y fortalecerá la fe de los católicos con perpetua certeza desde entonces y en adelante.

Pedro, por tanto, es piedra (petra): «Tú eres —dice— Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia (Mat. 16)». Piedra también se hizo Juan, sobre cuyo fundamento de fe se levanta la estructura de toda la Iglesia, a la cual, ya la golpee el furor de los herejes, ya irrumpa el ímpetu de las tentaciones, no la derriba. Esta piedra llena la honda del verdadero David, con la que golpea señaladamente al filisteo Goliat en la frente (1 Rey. 17), donde ciertamente el profano e impío no tenía el estandarte de la cruz. Pues esta piedra destruyó a todos los adversarios de la doctrina eclesiástica, esta postró la perfidia judaica con toda la maldad herética. Ni es de maravillar si a semejanza de Pedro también Juan es llamado piedra, puesto que el Señor dice esto a Ezequiel: «He aquí que he dado tu rostro más valiente que los rostros de ellos y tu frente más dura que las frentes de ellos, como el diamante y como el sílice he dado tu rostro (Ezeq. 3)».

Claramente lo que cada discípulo profirió sobre el sacramento de la fe del Señor, aunque sea profundísimo y totalmente divino, y de igual modo exceda las fuerzas de la mente humana, ni parezca diverso en la dignidad de la excelencia lo que por dictado del mismo Espíritu fue proferido, sin embargo aquello del bienaventurado Juan se ve que reivindica para sí un lugar de singularidad, porque ni antes de él ni después de él se encuentra que alguien haya escrito esto mismo. Pues aquella sentencia del bienaventurado apóstol Pedro, leemos que Marta, la hermana de Lázaro, la profirió casi con las mismas palabras. A la cual

ciertamente cuando el Salvador dijera: «Todo el que vive y cree en mí no morirá para siempre (Juan 11)»; y añadiera: «¿Crees esto?», al punto, por inspiración del mismo Espíritu que Pedro, respondió: «Yo he creído —dijo— que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo, que has venido a este mundo (Ibíd.)».

¿Pero qué de maravilla si preferimos a Juan hablando de la divinidad que al bienaventurado Pedro, cuando vemos que aquel singular principio de su Evangelio excede incluso, si se permite decirlo, las mismas palabras del Señor? Ni se hace injuria a nuestro Redentor si se dice que Él mismo extrajo algo más sublime a través del discípulo que por sí mismo, y por la lengua de aquel manifestó proferir lo que por sí mismo no quiso abrir claramente. Pues, para que todavía se vea aquí cierta comparación entre los mismos bienaventurados apóstoles, el Señor concedió esto al bienaventurado Juan en las palabras, lo que también confirió a Pedro en los milagros, a saber, que tanto aquel profiriera cosas más altas como este coruscara con mayores prodigios de virtudes. Pues en los Hechos de los Apóstoles encontramos que en las plazas sacaban a los enfermos, y los ponían en camillas y lechos, para que, al venir Pedro, al menos su sombra cubriera a alguno de ellos y fueran librados de sus enfermedades (Hech. 5); lo cual, sin embargo, en ninguna parte leemos que el Señor hiciera, que a través de la sombra de su cuerpo trajera el remedio de la salud a alguien. Pero lo que predijo lo exhibió, lo que prometió lo cumplió. Pues en el Evangelio del mismo Juan

dice: «En verdad, en verdad os digo, el que cree en mí, las obras que yo hago, él también las hará, y mayores que estas hará, porque yo voy al Padre (Juan 14)». Ciertamente Él mismo obraba en Pedro, Él mismo habló en Juan. «No sois vosotros —dice— los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros (Mat. 10)».

Con mérito ciertamente precede al bienaventurado Juan y a todos los precedentes y subsiguientes escritores de los divinos volúmenes una gloria singular de elocuencia, a quien la lujuria no polucionó, ni la libido corrompió, sino que la integridad virginal decoró con el título de la perpetua incorrupción. El cual ciertamente, abandonando el tálamo de la unión nupcial, trasladó todo el ardor del halago carnal al deleite de las delicias celestiales, y se unió estrechísimamente en el amor de su Redentor y amante, por cuya causa abdicó de los pactos del lecho conyugal. De donde le fue concedido divinamente que su corazón se llenara de tanta gracia de caridad incluso hacia los hermanos, que el sacrosanto templo de su pecho pareciera como un cierto horno del incendio divino. Lo cual ciertamente se reconoce patentemente en cualesquiera de sus Escrituras, en las cuales por casi cada página, como por ciertas rendijas, parece derramar vapores de caridad, y parece hervir con los ardores de la caridad. Pues ya provoca nominalmente a los padres a la caridad, ya llama no hijos, sino hijitos, como amándolos tiernamente. Ya por los nombres propios de sus edades amonesta a los infantes, ya a los jóvenes, ya individualmente a los adolescen-

tes. Ya incluso destina epístolas a las mujeres, y las invita a la cautela de la fe y al estudio de la sincera dilección.

Así, pues, encendido en un inefable ardor de caridad, volviéndose aquí y allá, rodeándolo todo, discurriendo por doquier, incita a todos los géneros de hombres a la salvación, recorre todos los incrementos de las edades, investiga todos los órdenes de la condición humana con el ojo de una curiosa solicitud, y hecho como el Argos de la Iglesia universal, abraza la suma de todo el género humano con los brazos de la dilección paterna, y se esfuerza por atraer a cada uno individualmente al consorcio de su Redentor mediante la amonestación. Pues el amor del Señor, con el que lo amó sobre todos los mortales, le exhibió también este peso de la dilección fraterna, para que ciertamente amara más quien más era amado, y quien era el primero en el amor del Redentor fuera el principal en la caridad fraterna.

Cuánto lugar de impetración ante el Señor, qué privilegio de especial familiaridad obtuvo Juan, podemos colegirlo aquí más manifiestamente; lo cual testifica el mismo bienaventurado evangelista, porque en el mismo convite de la cena vital (Juan 13) Jesús se turbó en su espíritu, y protestó, y dijo: «En verdad, en verdad os digo, que uno de vosotros me entregará». Luego sigue: «Se miraban, pues, los discípulos unos a otros, dudando de quién lo decía». Y pronto añade: «Estaba, pues, recostado uno de sus discípulos en el seno de Jesús, al cual Jesús amaba». «Hizo, pues, señas a este Simón Pedro, y le dijo: ¿Quién

es de quien dice?» Y para no detenerme en el estilo de la historia, a Juan que pronto preguntó el Señor respondió: «Es aquel a quien yo diere el pan mojado (Juan 13)».

¡Oh varón admirable e incomparable, y que debe ser preferido a todo pregón de la devoción cristiana! He aquí que la palabra se profiere en medio, y todo calla, y se reprime bajo la censura del silencio el senado de los apóstoles; pues tanta se veía la autoridad del maestro presidente, que la bienaventurada asamblea de los discípulos se contenía bajo una estrecha disciplina. Vacilan, dudan, y entre sí mutuamente interrogándose con señas de los ojos se miran; sin embargo, lo que desean proferir con la lengua, o consultar al Señor inquiriendo, no lo presumen. Calla Pedro, calla el llavero del cielo. Calla finalmente la lengua que, hecha clave de los cielos, liga y resuelve a la vez el cielo y la tierra. Calla aquel, digo, contra quien las puertas del infierno no prevalecen, el que obtiene el principado de ligar y resolver las almas (Mat. 16). Calla Andrés, que fue el guía de su propio hermano hacia la fuente de la vida (Juan 1). No habla Tomás, quien habiendo profesado que no sabía el camino, conoció que Él mismo era el camino, la verdad y la vida, según Él mismo refirió (Juan 14). No presume abrir la boca Felipe, quien mientras pedía que se le mostrara el Padre, oyó los profundos misterios de la Trinidad individua (Ibíd.). Todos callan, todos dudan, e inquieren latente, no ciertamente por la prolación de las palabras, sino solo por las señas de los ojos.

Pero como la cosa pendiera largo tiempo bajo esta ambigüedad, ni nadie desatara el nudo de la duda, finalmente se busca el patrocinio de Juan, y así se llega a la noticia de la cosa dudosa. Aquel ciertamente, asumida en sí la persona de sus condiscípulos, accede como consultor, él que confía en la mayor prerrogativa de familiaridad y dilección.

De donde debe considerarse, hermanos míos, con qué instancia de devoción debemos mendigar el auxilio del bienaventurado Juan, a quien los mismos apóstoles buscaron como intercesor para sí. ¿Cuánto podrá ante el justo juez por los pecadores quien intervino incluso por los mismos senadores de la corte celestial? Y quien fue hecho abogado para los más altos, ¿cuán humildemente debe ser implorado por los mínimos? Aquel ángel en el Apocalipsis (Apoc. 22) conoció esta eminencia del hombre, esta altura de méritos sublimes, el cual prohibió ser adorado por él. «Mira —dijo —, no lo hagas; pues conservo tuyo soy, y de tus hermanos que tienen el testimonio de Jesús, adora a Dios». Rehuyó recibir obsequio de aquel que sabía que obtenía familiarmente un lugar de gracia ante el juez común. No quiso un adorador a quien decretaba igual. Reconoció al hermano, juzgó al socio, no aceptó la obediencia de la sujeción. Pues aunque en todos los santos siempre haya una virginidad cognada y compañera de la limpieza angélica, sin embargo el bienaventurado Juan tanto supera a los demás vírgenes, cuanto se aproxima a la virginidad de la bienaventurada María por el mérito de su solicitud y perpetua

custodia. Por la cual sola es precedido, porque la fecundidad virginal que hay en María no puede compararse con ningún mérito en absoluto, y no solo porque es fecunda, sino porque es Deífica. Pues que una virgen para, es cosa nueva y singular; pero que para a Dios, de tal modo sobrepuja toda novedad de singularidad, de tal modo antecede todas las cosas que son admirables, y sobreemine incomparablemente, que ni puede concebirse por la mente, ni explicarse de algún modo por la lengua. Pero así como la virginidad de la venerable Madre del Señor excede la virginidad del bienaventurado Juan, así él mismo por su glorioso consorcio con ella aventaja a los demás vírgenes desde el principio del mundo.

A esto se añade que aquel recostarse en el pecho del Salvador, aquel ardor divino que concibió de su arcana inspiración, de tal modo coció en sus entrañas los fomentos de todas las libidines que su cuerpo, como verdaderamente templo del Espíritu Santo, florecía purificado de todas las suciedades de la lujuria hirviente; ni reclamaba en él ningún lugar la llama de la libido, cuyo templo la gracia del Espíritu Santo continuamente sombreaba. Por lo cual fue digno que el bienaventurado apóstol Juan fuera tenido como compañero del arcángel Gabriel para la custodia de la Madre del Señor, a fin de que aquel celestial paraninfo de otro tiempo custodiara invisiblemente a la Virgen intacta, y este exteriormente exhibiera el ministerio de su obediencia a la fragilidad femenina. Y era congruente que quien engendró a tal, que fuera Señor a la vez del cielo y de la

tierra, tuviera en su consorcio a ciudadanos de ambas patrias; para que en la boca de dos o tres testigos conste toda palabra (Mat. 18; 2 Cor. 13). Por lo cual el bienaventurado Juan, cuanto más familiarmente conversa con la Madre del Verbo, tanto más cercano se encuentra al mismo Verbo. Y puesto que no por otro, sino por la misma Verdad fue llamado hijo de María: «Mujer —dijo —, he ahí a tu hijo»; y reiterándolo confirma esto mismo, diciendo al discípulo: «He ahí a tu madre (Juan 19)», nadie con justicia parece mayor en méritos que aquel que por cierta gloria especial es hermano del Salvador.

Trabajemos, pues, hermanos carísimos, por guardar los preceptos de uno tan sublime, tan piadoso, tan casto y tan excelentísimamente amado por Dios; estudiemos caminar por sus huellas, en cuanto podemos, bajo la guía de la gracia divina. Que si no todos podemos ya tener en la carne la virginidad con Juan, porque tras el naufragio queda una segunda tabla, estudiemos florecer en las virtudes, y así compensaremos óptimamente el dispendio de la virginidad perdida. No se encienda en nosotros, pues, el ardor de la avaricia; no nos empuje el furor de la ira. No hierva en nosotros la llama de la libido; no afee un mal pensamiento la bella especie de nuestra alma ante Dios. No nos eleve en soberbia la abundancia de la facultad terrena; no cierre la tenacidad las entrañas de la misericordia a los pobres. Vigile en nosotros la perpetua castidad, la humildad, la paciencia, la sobriedad, la justicia con la piedad, la severidad con la mansedumbre.

Entre estos dones y las demás virtudes, hermanos carísimos, la caridad, que es madre de todas, tenga siempre el primado en el sagrario de nuestro pecho; porque, como dice Juan, «Dios es caridad (1 Jn 4);» para que, ya que por la caridad el Hijo de Dios descendió a la Virgen, por ella nos exalte a la claridad de la gloria paterna, Él que vive y reina en la Trinidad perfecta, Dios uno y verdadero, por todos los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN LXIV.

SOBRE SAN JUAN APÓSTOL Y EVANGELISTA. (26 DE DICIEMBRE).

Nos alegramos, hermanos carísimos, de que esté presente un copioso convento de vuestra fraternidad, porque mientras la gloria del bienaventurado Juan nos provoca a la festividad de hoy, también el Espíritu Santo, indudablemente, inspira para que os reunáis tan reverente, tan pacífica y tan devotamente. Es digno, pues, que quien fue especialmente amado por Cristo sobre todos los mortales, sea también amadísimo por los amadores de Cristo, sobre todo cuando él mismo ha mostrado tanta caridad hacia nosotros que, con las llaves de la sabiduría y de la ciencia que le fueron entregadas por Dios, abrió todos los tesoros de los sacramentos celestiales, y distribuyó abundante y fielmente las riquezas de la vida eterna, que él solo había recibido, participándolas con nosotros. Pues, ¿qué buscas de la sabiduría divina que no puedas encontrar en Juan? ¿Qué

depravación herética, qué perfidia arriana, qué insana calumnia de los judíos, qué astucia de los filósofos gentiles, qué, finalmente, abominable escisión de los cismáticos no ha sido superada por la elocuencia del bienaventurado Juan, y evidentemente triturada por su doctrina? Si alguna vez los enemigos de la verdad nos objetan volúmenes de cuestiones, al punto Juan sale al medio, Juan sale al encuentro, Juan impone silencio a los verbosos. Siempre que surge un combate de cuestión sobre la verdadera humanidad y divinidad de Cristo, que es materia común de lucha para todos los enemigos de la paz, al instante se corre al Evangelio de Juan, se busca el patrocinio de Juan en la pelea, y así pronto descansan todas las riñas del litigioso combate.

¿Qué hay, pues, necesario en las doctrinas que los sacrosantos volúmenes de Juan no contengan? ¿Qué en las virtudes, qué en los méritos en que el bienaventuradísimo no sobresalga incomparablemente? Pues es Apóstol en las Epístolas, evangelista en el Evangelio, profeta en el Apocalipsis. Profeta, digo, y no uno cualquiera, sino admirable y, a semejanza del otro Juan, más que profeta. Porque, siendo oficio del profeta predecir lo futuro, no demostrar lo presente, el bienaventurado Juan Bautista brilló por eso sobre los demás profetas, porque mostró con el dedo al Señor a quien profetizaba (Jn 1). ¿Acaso este Juan no es también más que profeta, quien más allá de la costumbre de todos los profetas, se contempló a sí mismo en el espíritu, y entre muchísimos sacramentos de revelaciones celestiales, mientras

veía la semejanza de un águila que volaba, se reconoció verdaderamente a sí mismo? Mas Ezequiel contempló la misma águila por revelación del espíritu (Ez 1), no ciertamente volando, sino sobresaliendo por encima de los demás animales. Con cuyo profeta, el bienaventurado Juan, considerado el volumen de cada uno, no se duda que concuerda en muchas cosas. Con él, sin duda, comió también en su boca el libro que era dulce como la miel, y describe los lugares del santuario (Apoc 10), y en muchas otras cosas el profeta camina consonantemente con el apóstol.

¡Oh, cuán admirable es la mudanza de la diestra del Altísimo! (Sal 76). ¡Oh, cuán terrible es el Señor en sus consejos sobre los hijos de los hombres! (Sal 65). Pues, ¿quién consideraría dignamente desde cuánta humildad este pescador mereció ser sublimado a la cumbre de tanta celsitud? En efecto, el que antes se contentaba con una vil barquilla y escrutaba simplemente las profundidades del mar con redes, ahora con el rayo de una mente ilustrada penetra los secretos celestiales, truena misterios, revela a los hombres lo oculto del consejo divino, depone oráculos proféticos, entrega a los hombres documentos apostólicos: más aún, en la especulación de la esencia de la suma divinidad precede a los profetas, sobrepasa a los patriarcas, supera a los apóstoles. Finalmente, trasciende los ingenios de toda la humanidad, y tiende el filo de su mente hasta donde apenas puede alcanzar la criatura angélica. ¡Oh hombre lleno de la gracia de Dios! «Pues la paz de Dios», como dice el Apóstol, «sobrepuja

todo sentido (Flp 4)», de modo que no sin razón parezca decir aquello de la esposa: «Me introdujo el rey en la bodega, nos gozaremos y alegraremos en ti (Cant 1)».

Pensemos, pues, hermanos cuánto difería este hombre de lo que es ahora, cuando interviniendo su madre rogaba que el Señor le concediera sentarse con su hermano, uno a la derecha y otro a la izquierda. Pues en cuanto a las palabras, pareció pedir esto: que el Señor eligiera a uno de ellos a la derecha, y reprobara al otro a la izquierda con los pecadores. Pero porque pidió insensadamente, sufriendo el rechazo, al punto oyó con sus hijos lo que merecía: «No sabéis», dijo, «qué pedís. ¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?». Y respondiendo ellos: «Podemos», pronto añade: «Mi cáliz ciertamente lo beberéis, pero el sentaros a mi derecha y a mi izquierda no me toca a mí dároslo (Mt 20)».

He aquí que en las palabras del Señor se muestra patentemente que Juan fue también mártir, pues consta que bebió el cáliz del Señor. Y en verdad fue mártir, porque soportó por el Señor muchos suplicios de persecuciones. Fue mártir, pues, porque llevó la cruz del Señor por la aflicción de su cuerpo y la compasión de sus prójimos errantes viviendo largo tiempo; y cuanto más prolíficamente permaneció en la carne que los demás apóstoles, tanto más duros tormentos de martirio sostuvo. Por lo cual ha de creerse piadosamente que entre aquellos ciento cuarenta y cuatro mil vírgenes, que tienen el nombre del Cordero y el nombre de su Padre escrito en sus

frentes, que fueron comprados de la tierra y cantan un cántico nuevo ante el trono de Dios y del Cordero, este bienaventurado Juan sea egregio e insigne; y con todos estos sigue al Cordero por dondequiera que vaya (Apoc 13) tanto más cerca cuanto más amado y familiar fue del mismo Cordero, y además se unió a su madre, que es Virgen de vírgenes, en perpetua sujeción de hijo. Pues del consorcio de ambos, a saber, de la madre y del Hijo, la virginidad de Juan brilló excelentemente, y hasta donde pueden ser promovidos los méritos humanos, hecho como meta de las virtudes creció incesantemente.

Pues ni aquellas palabras que nuestro Salvador pronunció puesto en la cruz, diciendo: «Mujer, he aquí a tu hijo», y al discípulo: «He aquí a tu madre (Jn 19)», han de tomarse tan simplemente que parezcan pronunciadas solo a la manera humana, sino que son totalmente eficaces, y apoyadas en virtudes divinas y sostenidas por la inevitable autoridad de la Verdad. Pues aquel único Verbo del Padre, que pendía en la cruz, es sustantivo, y consustancial al Padre y sempiterno, y por eso las palabras que habló, porque son Espíritu y vida, no pudieron pasar en vano: «El cielo», dijo el mismo piadoso Jesús, «y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán (Mt 24; Mc 13)». Pues así como dijo a la madre: «Este es tu hijo (Jn 19)», así dijo a los discípulos: «Este es mi cuerpo (Mt 26; Lc 22)». Y tanto fue el efecto en aquellas palabras que al punto aquel pan que daba se convirtió en el cuerpo del Señor. Pues Él dijo, y todo fue hecho; mandó, y fueron creados (Sal 148). Por una cierta

semejanza, pues, si nos atrevemos a decirlo, el bienaventurado Juan no solo obtuvo el nombre de hijo, sino que por aquellas palabras del Señor mereció obtener un cierto sacramento mayor de necesidad ante la bienaventurada Virgen.

Consideremos, pues, amadísimos, de cuánta gloria ha de ser creído este gran varón, que por un cierto misterio de adopción arcana es hijo de la Virgen y hermano del Salvador. De aquí es que Dios omnipotente elevó su mente a tan gran cumbre de pureza y de revelación mística que no solo le mostró el estado de la Iglesia presente, sino que también le reveló qué habría de suceder en adelante hasta la eternidad. De donde también escribió aquel noble Apocalipsis suyo, el cual ciertamente se conoce que redunda en tantos misterios que parece tener tantos sacramentos como palabras; más aún, en cada palabra se ocultan múltiples sentidos.

El cual, ciertamente, se envía a las siete Iglesias de Asia, y se destina a toda la Iglesia universal, que se rige bajo el magisterio septiforme del Espíritu Santo. De donde es consiguiente que todas las Iglesias por el orbe de la tierra difundidas por todas partes no duden tener al bienaventurado Juan como maestro común. A las cuales, ciertamente, como un egregio nuncio del imperio real, destinado desde el cielo por Jesucristo, que es el testigo fiel, el primogénito de los vivos y de los muertos, y el príncipe de los reyes de la tierra, trajo a la vez la gracia y la paz de aquel que es, y que era, y que ha de venir, y manifestó muchos misterios del secreto celestial.

Ya, pues, ¿a quién no conmovería aquella novedad admirable de su bienaventurado tránsito? ¿Quién no se quedaría estupefacto ante la gloria de su felicísima consumación? Pues porque vivió admirablemente, murió admirablemente; y porque no llevó una vida común con los hombres, no pasó por la muerte común de los hombres. Pues, según contienen las historias, mandó hacer una fosa cuadrada en la Iglesia, y descendiendo pronto a ella con las manos extendidas, después de las palabras de una larga oración derramada, emigró. Mas pronto fue emitida sobre él desde el cielo una luz tan grande que ningún sentido pudo soportarla. Después, en verdad, se encontró la fosa no conteniendo nada más en sí que maná, el cual ciertamente, según se dice, hasta el día de hoy no cesa de brotar.

Así ciertamente, así fue digno que el discípulo amado por el Autor de la vida pasara de este mundo, para que se hiciera tan extraño al dolor de la muerte como había sido ajeno a la corrupción de la carne. En la sepultura quiso yacer a modo de cruz, porque llevó la cruz continuamente viviendo, y así como Pedro siguió al Maestro, crucificado por los perseguidores, así de algún modo también Juan fue sepultado en la paz eclesiástica.

Pero el Señor enseñó que habría diversidad entre ellos, cuando dijo a Pedro: «Así quiero que permanezca hasta que yo venga. ¿A ti qué? Tú sígueme (Jn 21)». Pues el que quiso que Pedro triunfara con Él en el patíbulo de la cruz, Él mismo decretó que Juan descansara en la paz eclesiástica, para que tanto aquel diera a los

demás ejemplo de sufrir el martirio, como este, levantada la fábrica de la Iglesia sobre el fundamento de la fe, emigrara quieto al cielo; aquel fuera forma de constancia para los mártires que habrían de seguirle, este fuera disciplina de costumbres y de virtudes espirituales para los recién plantados en la fe.

«Así quiero que permanezca hasta que yo venga». Vendré, dice, para absolverle del vínculo de la carne. Vendré, para trasladarle al consorcio de mi gloria. Vendré, para devolverle el premio de la digna remuneración por sus trabajos. Finalmente, dio un claro indicio para el efecto de esta promesa, cuando en su óbito hizo brillar una luz radiante, por la cual patentemente quedó claro que el mismo Autor de la luz había llegado del cielo. Estuvo presente, pues, el Señor, no olvidadizo de su promesa, tanto para recibir su alma en aquella quietud de la Jerusalén superna como para trasladar su sacratísimo cuerpo a lo recóndito del secreto retiro que Él mismo conoce. Pues también de la bienaventurado Enoc se lee que caminó con Dios, y no fue hallado, porque Dios lo trasladó (Gén 5).

Ya, pues, ¿quién se maravillará dignamente de que en su sepulcro se encuentre maná y en la fosa de la tierra nazca el pan del cielo no una vez, sino diariamente? Pues sobre el maná, a salvo un misterio más profundo, está escrito: «Pan del cielo les diste, Señor, que tiene todo deleite (Sab 16)». Vengan, pues, todas las naciones de los gentiles, y queden estupefactas ante un milagro inaudito en todos los siglos en todas partes. Vengan, digo,

y admirados miren que en el sepulcro, que es sin duda casa de gusanos, nace el pan de los ángeles, de modo que como el Profeta pronuncia en admiración de un gran don que Dios concedió el maná como alimento al pueblo israelita, diciendo: «Pan del cielo les dio; pan de ángeles comió el hombre (Sal 77)»; lo que a ellos entonces se les enviaba del cielo, ahora se ve brotar del sepulcro. Pues si el maná no fuera un gran milagro en la tierra, de ningún modo el Señor habría mandado a Moisés que se conservara por los siglos: «Llena», dijo, «un gomer de él, y guárdese para las futuras generaciones venideras, para que conozcan el pan con que los alimenté en la soledad, cuando los saqué de la tierra de Egipto (Ex 16)». Ved qué merece la pudicicia virginal. Ved de cuánta magnitud es la integridad de la carne inviolada. Ved, hermanos míos, considerad, pesad, qué deleites tiene la incorrupción de la carne en el cielo, si germina el alimento del cielo en el sepulcro. Con cuántos honores es sublimada allí la bienaventurada virginidad, donde ciertamente sola es la gloria, si aun en el lugar del hedor y de la putrefacción es tan admirablemente gloriosa.

Por lo cual, aunque no nos atrevamos a definirlo plenamente, es sin embargo piadoso juzgar que así como se cree de la bienaventurada Madre de Dios, así también se afirme probablemente que el bienaventurado Juan ya ha resucitado, para que así como fueron partícipes en la integridad virginal, así no obstante parezcan merecidamente iguales en la anticipada resurrección; y no haya diversidad en la resurrección para quienes

hubo tanta unanimidad de conducta en la vida. Pues si aquellos bienaventuradísimos vírgenes, a saber, Juan y María, de ningún modo hubieran resucitado, ¿por qué sus cadáveres sepultados no yacerían en sus túmulos, cuando consta que los cuerpos de los bienaventurados Pedro y Pablo y de los demás apóstoles y mártires están cada uno sepultados en sus mausoleos? Pues que verdaderamente el bienaventurado Juan murió y sin duda pagó las leyes de la muerte, de ningún modo puede probarse mejor que por sus propias palabras. Pues habiendo salido el rumor entre los hermanos de que aquel discípulo no moriría, ¿por qué él mismo se habría opuesto a los que decían la verdad, diciendo: «Y no dijo Jesús: No muere (Jn 21)»? En vano ciertamente parecería tejer aquí una demora y multiplicar palabras, si mientras ellos decían la verdad: «No muere»; este al punto se hubiera opuesto, diciendo: «No dijo Jesús: No muere», y por esto de algún modo contradiría a la verdad, aunque se opusiera a los que referían las palabras. Pero, al negar que el Salvador hubiera dicho que no moriría, asintió indudablemente que habría de morir.

Por lo demás, sea que hubiera resucitado o que no hubiera resucitado, el que su santo cuerpo no apareciera más en el sepulcro fue sin duda operación de la virtud divina. Está escrito en el Deuteronomio: «Murió Moisés siervo del Señor en la tierra de Moab por mandato del Señor, y lo sepultó en el valle de la tierra de Moab frente a Fogor, y no conoció hombre su sepulcro hasta el día de hoy (Dt 34)». Se ha renovado, pues, aquel

milagro del cuerpo de Moisés ahora también en Juan; y quien se dignó entonces sepultar al legislador sin que nadie lo supiera, Él mismo quiso también retirar el cuerpo de su evangelista de la sepultura por un cierto misterio secreto. Cada uno es ciertamente luz del mundo, cada uno portador de los mandatos celestiales, cada uno revelador del consejo divino. Y no inmerecidamente concuerdan en la dignidad otorgada a sus cadáveres quienes también en los sublimes méritos de su vida, aunque en diversos tiempos, brillaron concordemente.

Pero si la cosa se pesa con diligente consideración, para hablar con la paz del bienaventurado Moisés, Juan se encuentra superior. Aquel ciertamente fue ministro de la ley, este fue predicador de la gracia. Aquel entregó preceptos por los que se castigaran los pecados, este confirió el bautismo de la penitencia por el que se borraran todos los crímenes. Aquel es el anunciador de la sombra, este es el ministro de la verdad. Aquel dijo al Señor: «Si he hallado gracia en tu presencia, muéstrame tu rostro, para que te conozca»; pero al punto oyó: «No podrás ver mi rostro; pues no me verá hombre y vivirá (Ex 33)»; mas este no solo vio y oyó al Dios encarnado, sino que incluso lo palpó con sus manos, como él mismo atestigua diciendo: «Lo que fue», dice, «desde el principio, lo que hemos visto, lo que hemos oído, lo que hemos contemplado con nuestros ojos, y nuestras manos palparon del Verbo de vida, y lo vimos y lo atestiguamos, y os anunciamos la vida eterna que estaba junto al Padre, y se nos apareció

(1 Jn 1)». Y no solo vio al Dios hecho hombre con los ojos carnales, sino que también contempló al mismo Verbo, que estaba junto al Padre, por el cual fueron hechas todas las cosas (Jn 1), con la mente ilustrada divinamente.

Y para que todavía se prolongue la comparación, Moisés presidía el tabernáculo que la nube cubría, de modo que a veces ni el mismo Moisés podía entrar, como se lee en el Éxodo: «Porque la nube cubrió el tabernáculo del testimonio, y la gloria del Señor lo llenó (Ex 40)», ni podía Moisés entrar en el techo de la alianza, cubriéndolo todo la nube; Juan, en cambio, hecho custodio de un tabernáculo mejor, fue ministro de la bienaventurada María, a quien no cubrió ciertamente una nube corpórea de este aire, sino que el Espíritu Santo sombreó invisiblemente. Y la gloria del Señor, esto es el Hijo de Dios, que llenó este tabernáculo, no para marcharse pronto, sino para tomar verdadera carne, no permaneció bajo la calígine de una nube aérea, sino más bien en la luz del sol, como se dice por el Profeta: «En el sol puso su tabernáculo (Sal 18)». Por aquel se dio el maná entonces al pueblo israelita; ved cuánto más gloriosamente tiene este el maná incluso en el sepulcro. ¿And qué más? Aquel veló su rostro para no ser visto por el pueblo (Ex 34): este revela también la esencia de la divinidad, para que Dios sea conocido por todos (Jn 1). Y para repetir lo mismo, aquel cubrió el esplendor de su rostro para no ser contemplado por aquel pueblo; este reveló claramente al Verbo de Dios, que es imagen del Padre, esplendor de la gloria y figura de su

sustancia (Heb 1), para que fuera conocido por nosotros.

Finalmente, al Hijo de Dios, a quien este tuvo entre sus manos, con quien conversó larguísimamente, por quien fue única y especialmente amado, aquel ciertamente lo pidió con ahínco y deseo, diciendo: «Te ruego, Señor, envía al que has de enviar (Ex 4)»; pero no pudo alcanzarlo. No obstante, habiendo brillado ambos con grandes y sumos méritos ante Dios, ambos estuvieron llenos de un mismo espíritu, ambos ardían concordemente con el deseo del Redentor. Y nosotros no presumimos preferir a uno sobre el otro, si pesamos la diversidad según la dignidad de cada cual. Pues de dos caminantes en nada desiguales en la vivacidad de sus ojos, el que camina salido el sol contempla más claramente cualquier cosa opuesta que el que se levanta antes del alba. Y es más rico el que recoge la madurez otoñal de los frutos que el que plantó los arbustos del renuevo primaveral. Convenientemente se hizo, pues, que así como escondió los restos de Moisés, así también Dios omnipotente escondiera los de Juan, y en dos verdaderos prodigios exhibiera un solo milagro.

Y se debe notar cuán afectuosamente, cuán piadosamente, cuán paternalmente, cuán amablemente dijo el Salvador: «Así», dijo, «quiero que él permanezca hasta que yo venga (Jn 21)». Vendré, dijo, no enviaré. No enviaré, ciertamente, alguna virtud supracelestial, ni una potestad angélica, que desempeñe por mí el oficio de este ministerio, que ejecute el efecto de esta obediencia.

Yo mismo vendré por mí mismo, yo mismo recibiré su alma que sale en la claridad de mi gloria, a la cual también ilustraba divinamente mientras permanecía en la carne. ¡Con cuánta reverencia, pues, debe ser tenido por los hombres este bienaventurado Juan, a quien el mismo autor de la vida honró viviendo en la carne, y honró también al retirarse del mundo!: «Pues tus amigos, Dios, son sumamente honrados (Sal 138)». Lo honró ciertamente en la vida, cuando hizo para él un reclinatorio de su sacrosanto pecho. Lo honró de nuevo en la muerte, cuando se dignó venir para recibir su alma, feliz por sus méritos. Ni es de extrañar si lo colmó de diversos honores, a quien también llamó al consorcio de una fraternidad adoptiva consigo mismo.

También fue llamado hermano del Señor el bienaventurado Santiago; pero aquel fue hermano por naturaleza, este hermano por gracia; aquel por parentesco, este por especial dilección; aquel por la línea de la consanguinidad materna, este por el vínculo de la caridad paterna: «Si alguno», dijo, «me ama, guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él (Jn 14)». ¿Y qué más diré? Aquel fue hermano carnal del Señor, este espiritual. Pero cuánto se prueba que el parentesco espiritual excede a la necesidad carnal, lo podemos hallar más claro que la luz en las palabras del mismo Señor. Pues dice: El Espíritu es el que da vida, pues la carne no aprovecha para nada.

Así pues, a Santiago, para que fuera hermano del Señor, lo instituyó la naturaleza carnal; Juan,

en cambio, es un hermano tanto más noblemente, cuanto que el mismo Señor de la naturaleza lo asumió en afinidad consigo por la adopción espiritual. Aunque también el mismo Santiago sea bienaventurado por esto, porque posee la participación de la misma vida espiritual con el Señor. De otro modo, a menos que estuviera unido al Señor por el espíritu, de ninguna manera sería salvado por el Señor a través de aquel vínculo de consanguinidad terrena. Pero Juan tanto más excelentemente, cuanto que incluso puesto ante la cruz oyó: «He aquí a tu Madre (Jn 19)». Con razón, pues, en lo que lo amó más que a los otros, lo honró más sublimemente que a los otros. Y nosotros, hermanos carísimos, según nuestro pequeño módulo, esforcémonos por ensalzarlo con dignas alabanzas, y venerémoslo siempre con dignos servicios.

Se debe notar, sin embargo, que nunca damos culto a los bienaventurados apóstoles tan dignamente, tan reverentemente, como cuando guardamos los preceptos apostólicos, cuando los miramos siempre precediéndonos en la vía de Dios, cuando seguimos sus huellas, cuando mantenemos su senda angosta y estrecha sin tropiezo. Ciertamente, en el bautismo seguimos el liderazgo de los apóstoles, porque a través de ellos aprendimos la fe de la santa Trinidad entre los mismos rudimentos de nuestra regeneración. Bajo el misterio de cuya figura, los sacerdotes del pueblo israelita antaño precedían al pasar el Jordán, y el pueblo los seguía. Pero no les pareció suficiente si seguían solamente las huellas de los

sacerdotes en el tránsito, a menos que también tomaran doce piedras del cauce del Jordán y las pusieran en Gálgala para testimonio. «Elige», dijo el Señor a Josué, «doce varones, uno por cada tribu, y mándales que tomen del medio del cauce del Jordán, donde los sacerdotes fijaron sus pies, doce piedras durísimas, las cuales pondréis en el lugar del campamento, donde fijéis esta noche vuestras tiendas (Jos 4)».

Pero para no discutir todas las palabras, aunque estén llenas de misterios, ¿qué se nos indica por este hecho, sino que después de que cruzamos las corrientes del Jordán místico, después de que surgimos de la fuente del lavacro saludable, nos esforcemos por proponernos para imitación las doce piedras durísimas, esto es, los firmísimos ejemplos de los apóstoles? Ciertamente ponemos las piedras, donde los sacerdotes habían fijaron los pies, en el lugar del campamento, si, puestos en el apronto de la milicia espiritual, mantenemos constante y firmemente las huellas de los apóstoles. Pues según la sentencia de Salomón: «El que es blando y disoluto en su obra, es hermano del que disipa sus propias obras (Prov 18)»; sin duda los que en sus costumbres son blandos y fluidos, al modo del agua caen precipitadamente hacia lo profundo; pero los que son constantes y firmes, crecen diariamente hacia la alcázar de la virtud. Lo cual sin duda se considera que significa también aquello de la misma historia: pues, pasando el mismo pueblo, las aguas superiores se hinchan a semejanza de un monte, pero las inferiores caen en el mar Muerto (Jos 3); porque

ciertamente de aquellos que se bautizan, unos perseveran en la dulzura aceptada de la gracia celestial, otros no cesan de fluir hacia la amargura de los pecados, viviendo réprobamente, y caen como en la salinidad del mar Muerto, mientras que, saboreando las cosas terrenas, tienden a la muerte por las laderas de una vida depravada.

Nosotros, en cambio, no así, dilectísimos, no así, sino trasladando el ánimo a la verdadera sabiduría, esforcémonos de tal modo por la misericordia de Dios por progresar en lo alto del estudio de las virtudes, que nos avergüence declinar a la vorágine de los vicios. Perseveremos siempre así en apresurarnos hacia las cosas supracelestiales, a donde tendemos, para que conservemos continuamente en nuestras mentes la dulzura del amor divino: trabajemos, pues, por hacernos partícipes de aquella sabiduría por la cual el bienaventurado Juan mereció ser incomparablemente ilustrado por el cúmulo de una gracia más amplia; concebido el esplendor de la cual, penetra el cielo como un águila, de modo que, transgrediendo todas las cosas creadas, alcanza hasta la misma cumbre de todas las cosas por la contemplación de la mente.

Sabéis, hermanos míos, que en el origen del mundo naciente, al tercer día germinó la tierra, al cuarto fueron hechas las lumbreras del cielo, al quinto fueron creados los volátiles (Gén 1). ¿Pero por qué en la creación de las cosas corrió este orden, sino para que fuéramos instruidos de que primero es necesario que nuestra mente germine las obras de las verdes virtudes, para que así

merezca la gracia de la luz celestial, y finalmente pueda volar a contemplar la especie de la verdad? Germinemos, pues, hermanos, para que seamos iluminados, a fin de que iluminados, seamos elevados a las cosas celestiales por las alas de las virtudes. No nos acaricie la falsa dulzura de este mundo, no nos disuelva el placer lujurioso de la carnal incitación. En ninguna parte ciertamente se halla el precepto en las ceremonias del Antiguo Testamento de que se mezcle miel a los sacrificios. Por lo cual se entiende que, en estos que ofrecen a Dios el sacrificio de su vida, Dios no quiere que haya ninguna dulzura carnal, que nada viva en ellos que pertenezca al placer carnal; pero el aceite se introduce frecuentemente, para que toda oblación de nuestra operación se ofrezca con alegría: «Pues Dios ama al dador alegre (2 Cor 9)». En todas las cosas también se manda mezclar sal, para que todo sacrificio de buena obra sea condimentado con la sal de la razón, de la discreción y de la sabiduría celestial.

Con esta sal de la divina sabiduría parece rociada toda la doctrina del bienaventurado Juan, de modo que con razón es llamado boca de Dios, lengua del Espíritu Santo, cedro del paraíso, luz de la Iglesia, decoro del orbe, pregón del cielo, lumbre del mundo, astro de los hombres, espécimen de los ángeles, piedra viva, espejo de luz, logoteta de la divinidad, forma de la fe, columna del cielo, arquitecto del verdadero tabernáculo que fijó Dios y no el hombre. Pues también es presentado justamente como querubín, quien se

sabe que percibió la plenitud de la ciencia del mismo pecho del Redentor.

Sin embargo, por mucho que nos esforcemos por ensalzarlo, no igualamos los méritos de su alteza; porque la fragilidad de la lengua humana no se eleva para alabar dignamente los méritos de quien mereció los pregones de la alabanza divina. Pues él mismo es su alabanza, quien para él fue antaño precio, y ahora ha sido hecho premio.

Por sus huellas, pues, dilectísimos, tendamos hacia nuestro Redentor con pleno amor de corazón, prefiramos siempre su doctrina ante nuestros pasos como una lámpara coruscante en las tinieblas. Averguéncenos ya incumbir en las cosas terrenas a nosotros, que por el deseo de la esperanza hemos comenzado a apresurarnos hacia la gloria celestial. El que se apresura a las delicias de las nupcias celestiales, rómbase de vergüenza de revolcarse en el cieno de la carnal voluptuosidad: el que espera ser adornado con los títulos de la dignidad angélica en la patria, no busque lugar de dignidad en el exilio. Por lo demás, en vano amontonamos lucros terrenos nosotros, que poseemos riquezas inmortales en el erario del reino celestial. A aquel, pues, a quien agrava el peso de la corrupción terrena, no lo ensalce la abundancia de las cosas que fluyen por fuera. Al que ha sido constituido para esto, para que con todas sus fuerzas luche continuamente con el adversario, no lo enerve la disolución del torpor y de la negligencia. Así, así por el auxilio de la divina piedad, tanto floreciendo en virtudes como dando repudio a los vicios, si aquí seguimos

a aquel que nos mostró el camino de la cruz, allí llegaremos a aquel que, calcado el imperio de la muerte, penetró el cielo con gloria triunfal, Jesucristo nuestro Señor, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por todos los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN LXV.

SOBRE SAN BARBATIANO, PRESBÍTERO Y CONFESOR. (31 DE DICIEMBRE)

Recientemente celebramos, hermanos carísimos, la inefable natividad de nuestro Redentor; ahora, con duplicado gozo de solemnidad, veneramos la venerable asunción de su santísimo sacerdote. En aquella festividad nuestro Salvador, ensombrecida la especie de su majestad, descendió al mundo; en esta, su gloriosísimo servidor, depuesto el peso de la carne corruptible, ascendió libre. En aquella, el Hijo Unigénito de Dios tomó la forma de nuestra humanidad para nuestra salvación; en esta, su bienaventurado confesor llegó a la especie de la bienaventuranza angélica por una feliz muerte. En aquella solemnidad nuestro Redentor, revestido con el trofeo de la carne, accedió para debelar a las potestades aéreas yendo a combatir en el mundo; en esta, en cambio, su egregio soldado, triunfado el príncipe del mundo, entró victorioso en el palacio celestial. Por eso ciertamente Dios descendió, para que el hombre ascendiera; por eso se dignó humillarse, para ensalzar al hombre.

En la natividad del Señor sonó la voz angélica: «Gloria a Dios en las alturas; y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad (Lc 2)»; hoy a su amado la suavísima voz de la divina majestad le ha tronado, diciendo: «Euge, siervo bueno y fiel, porque sobre poco fuiste fiel, sobre mucho te constituiré, entra en el gozo de tu Señor (Mt 25)». En aquella festividad el Señor salió del útero de la Virgen, en esta su venerable servidor salió de la cárcel de la carne. En aquella Cristo por nosotros fue envuelto en pañales, en esta su sacerdote fue revestido por Él con la estola de la inmortalidad. Aquel no se desdeñó de entrar en las angosturas del útero, para que la latitud del cielo recibiera el alma de este. Aquel descendió velado por la carne, para que este ascendiera decorado con la estola de la gloria.

Considerad, hermanos carísimos, cuán grande fue este varón, cuán plenamente lo habitó, como verdaderamente sacratísimo templo, el Espíritu Santo, que incluso en la paz de la santa Iglesia coruscó con tantos milagros. Pues al inicio de la naciente Iglesia aquellos también hacían milagros que no habían sido dignos de hacer signos: y sin las virtudes de las costumbres muchos sobresalían por la virtud de los signos. De donde la misma Verdad dice: «Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre? ¿no hicimos muchas virtudes en tu nombre? Y entonces les confesaré: Que no os conocí; apartaos de mí, operarios de la iniquidad (Mt 7)». Pues para que creciera hacia la fe la santa Iglesia, debía ser nutrida con milagros; porque

también nosotros, cuando plantamos arbustos, tanto tiempo les vertemos agua hasta que vemos que se han fortalecido en la tierra: pero si una vez fijaron la raíz, cesará la irrigación. De aquí es, en efecto, lo que dice Pablo: «Las lenguas son por signo no para los fieles, sino para los infieles (1 Cor 14)».

Pero al decir estas cosas, vemos que nos surge una cuestión no sin alguna dificultad. Pues si se dice que los signos fueron dados por causa de los infieles, ¿qué es esto, que nuestro Redentor se afirma que apenas pudo hacer unas pocas virtudes en su patria por causa de la incredulidad de los hombres? Como atestigua el evangelista Marcos: «Muchos al oírlo se admiraban de su doctrina, diciendo: ¿De dónde le viene a este todo esto? ¿Y qué sabiduría es esta que le ha sido dada, y tales virtudes que se realizan por sus manos? ¿No es este el hijo del carpintero y de María; hermano de Santiago, y de José, y de Judas, y de Simón? ¿No están también sus hermanas con nosotros? Y se escandalizaban de él». De donde también un poco después se añade: «Y no podía hacer allí ninguna virtud, sino que curó a unos pocos enfermos imponiéndoles las manos; y se maravillaba por causa de la incredulidad de ellos (Mt 13)». ¿Qué es esto, hermanos, que Pablo afirma que los signos fueron dados para los infieles, y Marcos asevera que por causa de los infieles fueron retirados? (Mc 6). ¿Acaso pueden proferir sentencias contrarias entre sí los que están llenos de un solo Espíritu?

Pero se debe notar que en los mismos infieles había un cierto modo de diversidad. Ciertamente el error de todos los que no creían había sido igual, pero grande la diversidad de los méritos. Pues una cosa es si alguien se engaña por sola ignorancia, otra si se añade también la malicia. Por ignorancia había pecado Pablo, que decía: «Yo que antes fui blasfemo, y perseguidor, e injurioso; pero por eso alcancé misericordia, porque lo hice siendo ignorante (1 Tim 1)». Por malicia pecó Judas, y por eso de ninguna manera mereció llegar a la indulgencia.

Para aquellos infieles, pues, fueron dados los signos, a quienes la divina providencia había decretado misericordiosamente salvar. Pero por causa de aquellos fueron retirados, a quienes la justicia de la severidad estricta, por exigencia de sus pecados, repelía de la suerte de los elegidos. En cambio, en los tiempos cristianos, cuando ya casi todo el orbe por todas partes persistía en la fe católica, y casi ninguna saevicia de los perseguidores perturbaba la paz de la santa Iglesia, ¿por qué el bienaventurado confesor de Cristo Barbatiano brilló con las virtudes de tantos milagros, sino porque ante los ojos de la divina majestad fulguró con las virtudes de excelentes méritos? Era, pues, como se dice de Juan, una lucerna ardiente y lucente (Jn 5), ardiente ciertamente por el amor del corazón, luciente por el esplendor de su eximia conducta. Pero entonces había querido que la lucerna se ocultara bajo el modio cuando, como se narra en la historia de su santísima vida, oculto en su celda evitaba manifestarse a

los príncipes. No quería ser conocido por los reyes del mundo, para haber podido adherirse más familiarmente al Rey de reyes: rehusaba recibir de los hombres la gloria temporal, para merecer adquirir la eterna con los ángeles. A esto ciertamente pertenece que a aquellos a quienes deseaba restituir la sanidad, a menudo les confería algo para superponer, como un emplasto: a menudo algo para comer, como un antídoto medicinal; con ese estudio sin duda, según pienso, de que mientras se cree en la virtud de las hierbas o en la potencia de las especies medicinales, de ninguna manera se adscriba la sanidad restituida a las fuerzas de su santidad; y mientras se recibe de él la medicina, parezca más un médico que un santo. Pero dime, oh buen médico, ¿de dónde trajiste a nuestras fronteras la confección de una virtud tan eficaz, tan súbita, que no se espera tres días, ni dos días, ni siquiera por el espacio de un momento, sino que tan pronto como ha sido aplicada, al instante todo lánguor, toda herida es restituida a su antigua sanidad? Ciertamente un epitema no puede ser curado a menos que permanezca superpuesto al tumor tanto tiempo hasta que o bien transfunda su vigor por ocultos conductos a lo interior del cuerpo, o bien arroje el humor pestífero a lo exterior por la potencia de su virtud. Pero el antídoto, que se realiza por la boca, es necesario que haga demoras por tanto tiempo hasta que por las venas y los poros penetre profundamente en lo íntimo de las vísceras, y o bien consolide lo corrompido, o bien purgue lo hinchado por humores nocivos. Tu maravillosa

medicina, en cambio, no teje demoras, no busca la discreción de la dieta que es guardada por los médicos, sino que tan pronto como es tocada en grado sumo, la salud íntegra es reparada. Suelta, pues, Padre, suelta, te ruego, la ligadura, y entréganos la noticia de tan incomparable medicina.

Veamos también nosotros las inestimables especies de tus pigmentos, olamos las suavidades más gratas de tus fragantes aromas. ¡Ea!, hermanos, oíd; que el librito de su sacratísima vida abra ante todos qué especies de aromas contiene en sí su historia medicinal, ciertamente salubérrima. De qué aromas consta aquella confección. Pues dice, entre otras cosas, que el hijo de un tal Juliano tenía el cuello miserablemente hinchado, el cual, habiendo sido llevado ante el bienaventurado varón, y pidiéndolo el padre para el hijo con lágrimas, el venerable varón, haciendo una cierta confección de pan, ciertamente, y cera, y aceite, la puso sobre sus heridas y, hecho el signo de la cruz, al instante en el punto de su boca ahuyentó admirablemente toda la peste de su garganta.

¿Habéis oído, hermanos carísimos, qué géneros de pigmentos tuvo nuestro egregio médico, que sanó una herida mortal con tanta velocidad? El pan, la cera y el aceite, que tenían el uso de sustentar la vida, los trasladó al instrumento de la cura medicinal; y de donde alimentaba su propia vida, de allí repelió la muerte ajena; usando ciertamente especies domésticas, disminuyó la estimación del precio para las extranjeras. A veces alargaba al enfermo un trozo de cidra, a veces un higo seco; y por este género de curación los revo-

caba al vigor de una perfecta salud, expulsada toda molestia de languidez, con esa intención, si no me equivoco, de que como ambos frutos se ven más raramente entre algunos en las fronteras romanas, se creyera que había sido algo medicinal; y mientras la salud reparada se atribuye a la medicina, disminuya en la estimación de los hombres la opinión de su santidad.

¿Qué diremos, pues, nosotros, miserables?, ¿qué haremos en el estricto examen del tremendo juez nosotros, que ni tenemos virtudes y, sin embargo, nos enorgullecemos ante los ojos humanos de la excelencia de los méritos? ¿nosotros, que no buscamos con ningún deseo tener santidad ante los ojos del árbitro interno y nos gozamos en usurparnos falazmente el nombre de santidad ante los juicios humanos? Pues ¡cuántos vemos hoy que, si hubieran podido tocar incluso la última partícula de las virtudes de este admirable varón, se exaltarían al cielo en los cuernos de la soberbia!, que a menudo quizás hacen algo de virtudes, pero por esto no buscan el cielo, sino la tierra. Afectando sin duda las alabanzas de los hombres, disipan en sí mismos el fruto de sus trabajos; y cuando apetecen mostrarse a los ojos ajenos, condenan ante la intuición de la divina majestad todo lo que hacen. A menudo también instruyen a otros con la erudición de la sagrada ley, y ciñen todo lo que sienten con testimonios, y sin embargo no buscan por esto la vida de los oyentes, sino sus propios favores; porque no desean proferir otras cosas sino las que sacuden los corazones de los oyentes para repetir alaban-

zas, pero no tienden a las lágrimas. Pues la mente ocupada en las cosas exteriores no se calienta con el fuego del amor divino, y por eso las palabras que se profieren de un corazón frío no pueden inflamar a sus oyentes hacia el deseo de las cosas supracelestiales. Pues ni la cosa que no ha ardido en sí misma enciende a otra. De donde sucede frecuentemente que los dichos de los hipócritas ni instruyen a los oyentes, y vuelven peores a esos mismos que los profieren, elevados por las alabanzas. Pues atestiguando Pablo: «La ciencia infla, la caridad edifica (1 Cor 8)». Cuando, pues, la caridad no yergue a los oyentes edificando, la ciencia pervierte a los que la profieren inflando.

A menudo también los hipócritas, hermanos míos, se afligen con maravillosa abstinencia, desgastan todo el vigor de su cuerpo y, como si extinguieran profundamente la vida de la carne viviendo en la carne, así por la abstinencia se apropian de la muerte, de modo que casi diariamente mueren viviendo, pero para esto buscan los ojos humanos, esperan la gloria de la admiración: atestiguando la Verdad, que dice: «Desfiguran sus rostros para aparecer a los hombres ayunando (Mt 6)». Pues los rostros palidecen, el cuerpo se sacude por la debilidad, el pecho es urgido por suspiros que lo interrumpen; pero entre esto se busca el sermo de admiración de la boca de los prójimos, y no se piensa en ninguna otra cosa por tan gran trabajo, sino en la estimación humana.

Considerad, mis amadísimos hermanos, qué miserable necedad es actuar laboriosamente y ja-

dear por las alabanzas de la boca de los hombres; servir a los preceptos celestiales con obra fuerte, pero buscar el premio de la retribución terrena. Pues, como dice el bienaventurado Gregorio, el que desea el favor humano por la virtud que realiza, lleva una cosa de gran mérito para venderla a vil precio. De donde pudo merecer el reino del cielo, de allí busca una moneda de favor transitorio. Por tanto, dentro, hermanos míos, dentro se han de guardar los bienes que hacemos, si esperamos recibir del juez interno la recompensa de nuestra obra. Pues de aquí es que dice la Verdad en el Evangelio: «No sepa tu izquierda lo que hace tu derecha, para que tu limosna sea en lo escondido, y tu Padre, que ve en lo escondido, te lo devolverá (Mt 6)». De aquí es que se dice de la Iglesia de los elegidos por el Salmista: «Toda la gloria de esa hija del rey es desde dentro (Sal 44)». Pues la hija de los reyes es la santa Iglesia, que ha sido engendrada en la buena obra por la predicación de los príncipes espirituales, la cual, mientras se ejercita en las virtudes de la santa conducta, porque por esto estudia agradar solo a Dios, no tiene la gloria fuera, sino dentro. De aquí dice Pablo: «Nuestra gloria es esta: el testimonio de nuestra conciencia (2 Cor 1)». El Apóstol menciona su gloria como el testimonio de la conciencia, porque no apeteciendo los favores de boca ajena, no sabía poner los gozos de su vida fuera de sí mismo.

Se han de ocultar, pues, hermanos carísimos, los bienes que hacemos, no sea que, llevando estos incautamente en el camino de esta vida,

los perdamos por la incursión de los espíritus ladrones. Pues he aquí este bienaventurado varón Barbatiano, cuyo festivo natal nos ha iluminado hoy, no buscó la gloria de la alabanza humana, no afectó los favores de los hombres; no quiso parecer él mismo admirable por mostrar tantos milagros, ni esperó el premio de la retribución humana por tantos beneficios conferidos a los débiles; es más, incluso pretendía la apariencia de un ejercicio medicinal, para haber podido ofuscar el clarísimo resplandor de su virtud. Y como un gran astro del cielo, cuidaba de oponer una nube a sus virtudes para que, mientras expandiera menos hacia lo exterior los rayos de su luz, como recogido por todas partes en sí mismo, resplandeciera más plenamente a la vista del sol eterno.

Gusta, pues, amadísimos, considerar estudiosamente el hermoso orden de la dispensación divina, a saber, de qué modo Dios omnipotente decreta enviar sus estrellas a la faz del cielo para iluminar la noche de la vida presente, y por ellas ilustrar la tiniebla de todo el mundo; para que, mientras vemos los astros fúlgidos radiar por los climas del cielo, caminemos el viaje de nuestra noche con el pie de la obra sin tropezar. Pues así como el lucero matutino (lucifer) precediendo al sol surge primero de la región oriental, después asciende a lo superior del clima meridiano, y al final también inclinado se vuelve hacia el eje occidental; así sin duda, así el bienaventurado confesor de Cristo Barbatiano salió de los confines de Antioquía, de donde era originario, y pasando por Roma, la empapó con mucha luz de milagros;

por último, llegando hasta Rávena, introdujo a Cristo, que es el sol de justicia, en muchísimas mentes de los hombres: en Antioquía, ciertamente, brilló por el esplendor de su nacimiento, en Roma esparció muchísimas chispas de señales, pero ilustró la ciudad de Rávena como por el ocaso de su sacratísimo fallecimiento. Así, ciertamente, por los méritos de este santísimo varón, como por el resplandor de un nuevo lucero, todo el mundo brilla rojizo en sus tres regiones principales, mientras que en una región del mundo se ve su nacimiento, en otra se ve de algún modo su ascenso, en la tercera se celebra su ocaso. Y, como ya hemos dicho en otro sermón sobre su compatriota el bienaventurado Apolinar, cuán rectamente le conviene el nombre de lucero (lucifer), quien, habiendo entrado en Roma, hizo el primer milagro de su virtud sobre la luz. Pues la reina Gala Placidia, como habéis oído, suplicante reclamaba su auxilio para una cierta acompañante suya que era atormentada por intolerables dolores de los ojos; quien pronto mandó que sus ojos fueran tocados con su palio, y así ahuyentó de ella al instante toda molestia de la pestífera enfermedad.

Por lo cual, cuando considero tu dignidad, felicísima ciudad de Rávena, con sutil meditación, percibo que has sido enriquecida con los más generosos beneficios de la misericordia divina. Pues veo que desde la misma fuente original de la religión cristiana, has merecido beber el cáliz de la perpetua salvación. Pues en Antioquía, como se lee en los Hechos de los Apóstoles, los discípulos

fueron llamados cristianos por primera vez (Hch 11).

De aquel mismo fundamento de la santa Iglesia, pues, recibiste piedras cuadradas, sobre las cuales, erigida como sobre las bases más firmes, estás fundada con una inamovible solidez de fe y de santidad. Pues de allí tienes a Apolinar, mártir apostólico, y de allí también a Barbatiano, egregio confesor, los cuales, como dos excelentísimas cedros del paraíso, así te ensombrecen con las ramas de su protección que, si quisieras permanecer humildemente bajo ellos, expulsarían de ti todo torbellino de la tempestad adversaria. Y para que nada pueda faltarles de lo que atañe al cúmulo de tu felicidad, tan pronto como salen de los confines de Antioquía, moran en Roma, que sin duda es la cabeza y sede principal de toda la santa Iglesia; a saber, para que en la escuela de Pedro aprendan primero lo que después te enseñen sobre la doctrina de la verdad; y beban abundantemente de la fuente purísima lo que en ti transfundan por el magisterio de la doctrina saludable, como eructando. Pues como si fueran de nuevo Pablo, de nuevo Apolo, a los que aquel plantó en la fe, este regó con el más generoso aguacero de milagros y de predicación. Pero porque ni el que planta es algo por sí mismo, ni el que riega, digamos nosotros también, siguiendo las palabras apostólicas: «Pero Dios dio el crecimiento».

Amad, pues, a estos tan preclaros senadores de la corte celestial, hermanos carísimos, con perfecto amor de corazón; cuidad de imitar sus

ejemplos con toda la devoción del ánimo: pues si queréis ser lo que ellos son, es necesario que también vosotros hagáis lo que ellos hicieron. Caminad, pues, por la estrecha y áspera vía del trabajo, amadísimos, en este mundo con los santos, para que después podáis llegar a la latitud de su gozo. Pues el que dice que permanece en Cristo, debe él mismo caminar también como aquel caminó (1 Jn 2). Pero sin duda se desvía de las huellas de Cristo quien, huyendo de la vía estrecha, pisa el camino de la latitud. Pues este bienaventurado varón, cuyas solemnidades de hoy nos gozamos en frecuentar, no quiso honores terrenos, no congregó riquezas falaces, no buscó la gloria del mundo, no dilató los predios de la posesión transitoria; despreció a los parientes, abandonó la patria, se negó también a sí mismo profundamente por el amor de Cristo. Nadie diga, pues, que solo ellos sean tenidos por dignos de los premios celestiales, los que son heridos por las espadas de los perseguidores por el nombre de Cristo. Dios cerró todo acceso de nuestra tergiversación, obstruyó todo refugio de la excusa humana. He aquí que ya no podemos sufrir la muerte por Dios con el bienaventurado Apolinar, podemos al menos llevar una vida agradable a Dios con el bienaventurado Barbatiano. Pues grande es morir por Cristo, pero no es inferior vivir para Cristo. Pues Pablo pesaba ambas cosas en la balanza con fiel equilibrado, cuando decía: «Ninguno de nosotros vive para sí mismo, y nadie muere para sí mismo; pues si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor mori-

mos. Por tanto, ya vivamos, ya muramos, somos del Señor (Rom 14)». Quienquiera, pues, que ama el martirio, muéstrese digno del martirio, y conseguirá sin duda el premio del martirio. No puede derramar sangre; puede herirse a sí mismo con el arma de la penitencia y sacrificarse en la contrición del corazón. Prepárese el cuello para ser herido, no faltará el remunerador, aunque falte la espada. Falta el verdugo que hiera la cerviz exteriormente; está presente el juez que devuelva el premio de la buena voluntad. Estudiemos, pues, amadísimos, con el bienaventurado confesor de Cristo Barbatiano, a despreciar los halagos del mundo, a evitar la afluencia de las cosas temporales, a reprimir los incentivos de la carne, a llevar la cruz tras Cristo incluso en la paz eclesiástica, a fin de que quienes ahora seguimos su vida imitable, seamos conducidos con él después a la deseable gloria, por concesión de nuestro Señor Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y se gloría por los infinitos siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN LXVI.

SOBRE SANTA COLUMBA, VIRGEN Y MÁRTIR (30 DIC.).

Mientras cultivamos el reciente, más aún, presente todavía parto de la Virgen, amadísimos, he aquí que ocurre un nuevo triunfo de una virgen, el cual germina para nosotros una solemne alegría e invita a que de nuevo nos gocemos, excitándonos el Apóstol, que dice: «Alegraos siempre en el Señor; de nuevo os digo: Alegraos (Flp 4)». Al parto virginal se inserta la victoria virginal, y en

las almas todavía erguidas de los fieles se reparan goces redivivos. Recientemente el Señor salió humildemente de la Virgen, hoy triunfó admirablemente por medio de una virgen. Entonces el Fundador de los cielos descendió hacia nosotros, inviolada la integridad del útero virginal; hoy, con la fe inamovible de una virgen, reportó los títulos de la victoria al cielo con gloria, diciéndole a ella, a la que introducía en los solios celestiales: «Levántate, apresúrate, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y ven (Cant 2)». Entonces la Madre de Dios custodiaba a Cristo que lloraba en el pesebre, hoy la bienaventurada Columba lo encuentra resplandeciente en el solio de la majestad paterna. Entonces, ante el parto de la Virgen, se regocijaron los pastores, ahora, ante la vista de la virgen, se confundieron los emperadores. Pues es uno solo, como dice su bienaventurada Madre, el que «depuso a los potentes de su sede y exaltó a los humildes (Lc 2)». Pues, como se encuentra en la historia descrita de la bienaventurada Columba, el emperador Aureliano, para poder arrancarla de la fe del Esposo celestial, intentó unirla a su hijo con el vínculo del matrimonio. Pero la virgen prudente, totalmente ajena a la fatuidad de la necedad, mantuvo constantemente la regla de la disciplina, recurrió al instante al ejemplo de nuestro Salvador, el cual, como un escudo impenetrable, la ferviente guerrera arrebató, y traspasó con el *siromastes* del Verbo divino a quien dirigía contra ella sus dardos envenenados. Esto —dijo— usó el antiguo enemigo como argumento cuando mostró a mi Señor Jesucristo

todos los reinos del mundo, diciendo: «Todo esto te daré si postrado me adorares (Mt 3)». ¿Qué es esto, hermanos míos?, que este emperador tan potente, tan sublime y tan terrible por ninguna razón pudo someter a una frágil muchacha a sus leyes, y ora prometiendo el reino, ora intentando el suplicio, de ninguna manera valió apartarla de su propósito. Alarga el cetro, lo desprecia; vibra la espada, no se aterra. Así la artesana y cruenta crueldad ejercita todos los nervios de su malicia; así mezcla lo duro con lo blando. Pues más agudos ciertamente son los dardos de oro que los de hierro, y con más fuerza rompe la mente la ambición del honor que el tormento. Así pues, mueve toda clase de armas para que la torre de Cristo sacuda su fundamento; así la columna de Dios persevera inamovible y la muchacha inerme desprecia al rey armado.

Desdeña ser nuera del emperador, no rehúsa someterse a los tormentos de un verdugo cruel. ¿Qué es esto —digo— que la debilidad del frágil sexo no se sacuda ante tan gran granizo de dardos? Ora, halagada por los halagos, no se dobla; ora, atacada por los chirridos de las amenazas tronantes, no se mueve. ¿Qué es esto sino porque aquel que administra el vigor de su fortaleza a los débiles y enfermos había recibido las debilidades de nuestra carne? Pues para esto se anonadó (exinanita) la virtud de Dios, para que fortaleciera nuestras cosas débiles. Para esto se inclinó la sublimidad de Dios, para que erigiera a los abatidos. Para esto la vida se dignó morir, para que, destruyendo el imperio de la muerte,

revocara a los muertos a la vida. Lo cual ciertamente se declara incluso en el mismo origen del género humano. Pues está escrito: «Que infundió el Señor un sopor en Adán; y cuando se hubo dormido, tomó una de sus costillas y llenó carne por ella, y reedificó el Señor la costilla que había tomado de Adán en mujer (Gén 2)». Sobre lo cual, hablando el Apóstol, decía: «Dejará el hombre a su padre y a su madre y se adherirá a su mujer, y serán dos en una sola carne»; y pronto añadió: «Sacramento este es grande. Pero yo digo en Cristo y en la Iglesia (Ef 5)». Y verdaderamente es indicio de gran virtud, sacramento de admirable profundidad. Pues por Adán se designa a Cristo, por Eva la Iglesia. ¿Pero qué es que primero el Señor adormeció a Adán y después sacó la costilla de su costado, de donde se formara la mujer, sino porque primero el Redentor durmió en la muerte y así de su costado manó sangre y agua para el sacramento de la Iglesia? Eva fue trasladada del costado del varón que dormía; la Iglesia salió del costado del Salvador que pendía en la cruz.

¿Pero qué es que el Creador omnipotente, disponiendo propagar el frágil sexo del varón, esto es, del más fuerte, no quiso exhibir para sí la carne del varón, sino más bien el hueso como materia para hacer a la mujer? Pues Dios pudo sustraer carne al hombre, de donde se formara la mujer, y esto ciertamente parecería más congruente. Pues el sexo más débil sabía qué procedería ciertamente más consecuentemente de la debilidad de la carne que de la fortaleza del hueso; y para que más te asombres del sacramento de la obra

divina, ¿no devolvió hueso por hueso, sino que llenó con carne más bien lo que estaba vacante en el cuerpo del varón? De donde la Escritura, cuando dijo: «Tomó una de sus costillas»; pronto añadió: «Y llenó carne por ella (Gén 2)». Podía ciertamente sustraer carne al varón para plasmar a la mujer, podía restaurar con un hueso la pérdida del hueso en el cuerpo mutilado, pero tomó el hueso y devolvió carne, y así formó lo frágil a partir de la virtud. Débil, pues, se hizo Adán para que fuerte se hiciera Eva. Se debilitó Cristo para que se robusteciera la Iglesia. Pues la debilidad de aquel es nuestra fortaleza, y para esto él sobrellevó nuestra debilidad, para que nos estableciera en su fortaleza. «Lo que es débil de Dios —dice el Apóstol— es más fuerte que los hombres (1 Cor 1)». En otro lugar: «Pues aunque Cristo fue crucificado por la debilidad, vive por la virtud de Dios. Pues aunque nosotros somos débiles en él, vivimos con él por la virtud de Dios (2 Cor 13)». Ciertamente los hombres de este mundo que ambicionan brillar por la virtud de las guerras, que desean que sus victorias sean celebradas por boca del vulgo, cuando van a entrar en batalla, someten en su cuerpo lo que es débil y blando, y superponen lo que es duro y difícil de penetrar. Pues se visten con lorigas (loricis) de hierro, contienden por custodiar la carne, que fácilmente cede al golpe, para que aquello duro y fuerte que está fuera defienda lo blando que está dentro.

Nuestro Redentor, cuando entra en el campo de este mundo para pelear, cuando como fuerte luchador se arma para debelar las maldades de

este aire, porque debía instruir una nueva pelea, se vistió de un nuevo género de armas, a saber, para que superpusiera lo que es débil y ocultara lo que es robusto; se vistió ciertamente de la loriga (loricam) de la carne débil y ocultó la insuperable fortaleza de la divinidad. Así, así por la carne el diablo perdió por el segundo hombre aquel que por la carne hace poco venció al primer hombre, y esa misma se le hizo ahora causa de ruina la que fuera materia de victoria sobre el primer padre.

Aquello premonitorio por el misterio de la alegoría fue que David, huyendo de la faz del rey Saúl, simuló estar loco en presencia de Aquis, rey de Gat. Pues dice la Escritura que «sus salivas chorreaban por la barba (1 Sam 21)». Ciertamente, porque la barba es propia del varón, ¿qué es por el intelecto místico sino indicio de virtud? ¿Qué, pues, por las salivas, que ciertamente son fluidas y fluyentes, sino la debilidad de la carne? ¿Y qué por la barba, sino que se insinúa la fortaleza de la divinidad? La barba, pues, se cubre con las salivas que chorrean porque la virtud de la divinidad se viste con el frágil velo de la carne. Pero lo que David hacía por la industria de la dispensación, esto era pensado como una locura por los que no lo sabían. De donde Aquis dijo a sus siervos: «Habéis visto a un hombre loco, ¿por qué me lo habéis traído? ¿Acaso nos faltan furiosos para que hayáis introducido a este para que se enfurezca en mi presencia? (Ibíd.)». ¿No le ocurrió también algo semejante al verdadero David, nuestro Redentor, que fuera tenido por loco por los locos y se dijera por los endemoniados que

hacía milagros por medio de los demonios? De aquí es que dice Marcos evangelista: «Y cuando lo hubieron visto los suyos, salieron a prenderlo. Pues decían: Porque se ha vuelto loco (Mc 3)». A cuyas palabras pronto añadió: «Y los escribas que habían bajado de Jerusalén decían: Porque tiene a Beelzebub y porque por el príncipe de los demonios expulsa a los demonios (Ibíd.)». Por lo demás, porque las salivas frecuentemente corren de la boca de los niños, ¿no parecían palabras infantiles cuando decía: «A menos que comiereis la carne del Hijo del hombre y bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros»? Lo cual, oyéndolo los discípulos, decían: «Dura es esta palabra, ¿y quién puede oírla? (Jn 6)». Y como refiere el evangelista, «ya no caminaban con él». Pero aquellas salivas cubrían la barba de David porque bajo estas palabras infantiles se ocultaba la virtud divina.

Se hizo, pues, nuestro Redentor débil para hacernos fuertes; fue visto estúpido para revocarnos a la verdadera sabiduría. De donde dice el Apóstol: «Porque lo que es estúpido de Dios es sabiduría para los hombres». Y un poco más arriba: «Porque el mundo no conoció a Dios por la sabiduría, plugo a Dios por la estupidez de la predicación salvar a los creyentes (1 Cor 1)». Ni es indigno que sobre el Señor nuestro Salvador se diga debilidad o estupidez, cuando no se dignó ser figurado místicamente incluso por un leproso, y también por una serpiente. De donde es que, atestiguando la Escritura, dijo Dios a Moisés: «Mete tu mano en tu seno. Quien, habiéndola

metido en el seno, la sacó leprosa como la nieve. Retira —dijo— tu mano a tu seno. La retiró y la sacó de nuevo, y era semejante a la restante carne (Éx 4)». ¿Qué se designa en este lugar por la mano de Moisés sino el Hijo de Dios? De donde se dice en el Salmo: «Hágase tu mano para que me salve (Sal 118)». Como si dijera: Hágase aquel por quien fueron hechas todas las cosas para que, mientras él es creado, sea librado del contagio de su reato. Esta mano está en el seno del Padre, como dice Juan el Bautista: «El Hijo que está en el seno del Padre, él mismo lo narró (Jn 1)». Pero esta mano, cuando fue sacada del seno, esto es, cuando apareció por el misterio de la encarnación, el pueblo de donde procedía lo estimó pecador y como empapado por la lepra del crimen. De donde dice Isaías: «Y nosotros lo pensamos como leproso, y herido por Dios y humillado (Is 53)». Pero esta mano, cuando volvió al seno, perdió por completo la lepra; porque nuestro Redentor, después de que volvió al Padre pisoteado el imperio de la muerte, ya en el fin del siglo no aparecerá ante todos los judíos como hombre pecador, sino verdaderamente como Dios y hombre. Pues escrito está: «Porque si fuera el número de los hijos de Israel como la arena del mar, las reliquias se salvarán (Rom 9)».

También por una serpiente fue figurado cuando dijo el Señor al mismo Moisés: «¿Qué es lo que tienes en tu mano? Respondió: Una vara. Dijo: Proyéctala en tierra. La proyectó y se convirtió en una culebra, de modo que Moisés huyó. Y dijo el Señor: Extiende tu mano y apréndela por

la cola. La extendió y la sostuvo, y se convirtió en vara (Éx 4)». ¿Qué por Moisés sino el pueblo judaico? ¿Y qué por la vara sino la potestad de la Divinidad? ¿Y qué por la serpiente sino que se expresa la mortalidad de nuestro Redentor? Porque como por la serpiente la muerte, rectamente la mortalidad en la serpiente, o ciertamente, como está escrito: «Sed prudentes como serpientes (Mt 10)»; porque esa misma suma prudencia, esto es, la sabiduría de Dios, se dignó encarnarse, rectamente su mortalidad se figura en la serpiente. De donde también en el Evangelio habla de su pasión diciendo: «Como Moisés exaltó la serpiente en el desierto, así conviene que sea exaltado el hijo del hombre (Jn 3)».

Moisés, pues, sostuvo la vara porque el pueblo judaico, antes del advenimiento del Redentor, confió en la potestad divina; pero proyectó la vara en tierra porque el mismo pueblo, por medio de los patriarcas y profetas, anunció que Dios se encarnaría. La vara, ciertamente, se convierte en culebra porque nuestro Redentor, permaneciendo Dios en sí mismo, se hizo mortal entre los hombres. Pero Moisés, viendo la culebra, temió mucho y huyó porque el pueblo judaico, mientras vio mortal al Redentor del género humano, mientras creyera, se espantó como temeroso. A quien se manda que sostenga la culebra por la cola porque aquel pueblo pérfido, que ahora rehúsa creer, en la parte extrema del cuerpo del Señor, esto es, en el tiempo posterior de la santa Iglesia, a saber, en el fin del mundo, se recoge hacia la fe. Y sostiene la culebra por la cola porque a aquel

a quien antes había despreciado como mortal, lo confiesa su Redentor en la última parte ya de la Iglesia. Pero pronto la serpiente vuelve a ser vara porque, tan pronto como el pueblo judaico haya creído en nuestro Redentor, el mismo Redentor aparecerá para el juicio en la potestad de su divinidad, para que ya la serpiente sea para él vara, porque aquel que en la tierra fue un hombre despreciado, viniendo del cielo, será visto como Dios sobre los ángeles. Como, pues, el Señor se dice por misterio tanto leproso sin lepra como serpiente sin veneno; así, no obstante, se le presenta estúpido sin fatuidad y débil sin imbecilidad. Quien sin duda de tal modo se compone y contempera a nuestra debilidad que tanto certidumbre con los que luchan como tolere los suplicios junto con los que sufren.

¿Qué tiene de extraño, pues, si la bienaventurada Columba, mientras asistía a los tribunales del rabioso perseguidor, era tanto fuerte en los suplicios como sabia en las respuestas; si, mientras ella era atormentada, otro hablaba por ella? Ella, sin duda, movía la lengua, pero otro formaba las palabras. «Pues no sois vosotros —dijo— los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre el que habla en vosotros (Mt 10)». De ella era exponer el cuerpo a la pena, al otro competía administrar la constancia de la virtud y de la paciencia. Asistía ciertamente a los tribunales del rey, era atormentada sometida a las manos del verdugo, pero se reía de ambos, más sublime que el que juzgaba y más robusta que el que castigaba. De donde el esposo en el Cantar, como

si dirigiera el sermo especialmente a ella, dice: «¡Qué hermosa eres y qué decorosa, carísima, en las delicias! Tu estatura se ha asimilado a la palma (Cant 7)». Pues la mente santa se dice carísima en las delicias porque, mientras desgastada por las persecuciones es afligida fuera, hirviendo en piadosos deseos se recrea con la dulzura de la suavidad íntima. Cuya estatura se dice semejante a la palma porque, así como no se inclina por los soplos de los vicios que titilan, así tampoco por los terrores de cualesquiera persecuciones. Y mientras la rabia de los que la persiguen la golpea como con arietes de amenazas impactados, ella, apoyada constantemente en el fundamento de la fe invicta, verdaderamente permaneciendo en pie y supereminente, persevera insuperable. De ninguna manera semejante a aquellos de quienes se dice por el profeta sobre los espíritus malignos: «Porque te humillaron y dijeron a tu alma: Encórvate para que pasemos (Is 51)»; sino más bien guardando aquello que dijo el Señor a los hijos de Israel: «Yo soy —dijo— el Señor Dios, que os saqué de la cárcel (*ergastulo*) de los egipcios para que caminarais rectos (Éx 6)».

Y puesto que la palma suele adornar la mano victoriosa, rectamente se presenta el alma santa e insuperable como semejante a la palma, porque por todo el curso de su certamen medita el premio de la victoria realizada. Y por eso estima en nada todo lo que tolera en las cosas ínfimas el que, erguido como la palma, espera firmemente aquello que contempla en las celestiales. A esto se añade que, cuando conmemora que el Señor del

cielo ha recorrido la misma vía de la pasión, ya se regocija vehementemente aquel que es polvo y ceniza por imitar las huellas de su Salvador. De donde también el esposo dice a la misma esposa: «Los cabellos de tu cabeza como la púrpura del rey unida a los canales (Cant 7)». Así como por la cabeza entendemos la mente, así por los cabellos de la cabeza recibimos no inconvenientemente los pensamientos. Pues así como los cabellos salen del vértice, así los pensamientos proceden de la mente. El color purpúreo, ciertamente, porque tiene la apariencia de la sangre, ¿qué insinúa por el misterio sino la pasión del Señor? ¿And qué significan los canales sino las mentes de los santos? Pues así como en los canales de los moluscos se derrama la sangre para que la lana se convierta en color purpúreo, así en las mentes de los santos la sangre de la pasión del Señor se recoge por la meditación; y así, de algún modo, cualquier alma piadosa se tiñe de sangre para imitar la púrpura del Rey eterno. De este modo, sin duda, nos hacemos conformes a nuestro Salvador para que seamos también, por mérito, coherederos después.

El cabello, pues, de la cabeza de la bienaventurada mártir Columba era como la púrpura del rey unida a los canales porque, constituida en la pasión de su propio cuerpo, recordaba asiduamente el suplicio del Redentor, para que no sucumbiera en su propia pasión mientras pensaba que su remunerador la había precedido por la misma vía. Pues la pasión del Señor nos es propuesta como una cierta mesa vicaria para que, quienes

invitados a ella nos sentamos, nosotros también preparemos cosas semejantes. A la cual nos invita el esposo en el Cantar: «Comed —dice—, amigos míos, y bebed, y embriagaos, carísimos (Cant 5)». Y en los Proverbios de Salomón: «Si te sentaras —dice— a cenar a la mesa de un potente, comprende con consideración lo que se te pone delante, y así mete tu mano, sabiendo que te conviene preparar tales cosas (Prov 23)».

¿Cuál es aquella mesa del potente sino de donde se toma el cuerpo y la sangre de aquel que puso su alma por nosotros? ¿And qué es sentarse a ella sino acercarse humilde y reverentemente? Donde, considerando las cosas que se nos ponen delante, comprendemos si pensamos dignamente en la gracia de tan gran don. Y entonces metemos la mano de modo que sepamos que nos conviene preparar tales cosas, cuando comprendemos prudentemente que, así como Cristo se dignó morir por nosotros, así nosotros por él, si se diera la ocasión, debemos poner nuestras almas. «¿Pues qué —dice el Salmista— daré al Señor por todas las cosas que él me ha dado? Tomaré el cáliz de la salvación (Sal 115)». De aquí es también que el esposo en el Cantar a su amada, habiendo premisado: «Bajo el manzano te desperté», consecuentemente añadió: «Ponme como un sello sobre tu corazón, como un sello sobre tu brazo (Cant 8)». Como si dijera: Porque yo te amé tanto que por la muerte de la cruz te desperté estando muerta; ámame tú también de igual modo, y ponme no solo en tus pensamientos, sino también en tus obras, como sello de un amor íntegro y

perfecto. Pues por el manzano debemos recibir la cruz del Señor, a cuyo árbol, ciertamente, en otro lugar compara al mismo Cristo diciendo: «Como el manzano entre los árboles de los bosques, así es mi amado entre los hijos (Cant 2)».

El manzano es, por tanto, la cruz de Cristo, por la cual el alma es levantada, es decir, desatada de los vínculos de la muerte eterna. «Ponme —dice — como un sello sobre tu corazón, como un sello sobre tu brazo (Cant 8)». ¿Qué debemos entender por el corazón, sino los pensamientos; qué por el brazo, sino la fortaleza de la obra? Debemos, pues, imprimir a Cristo como un sello en nuestro corazón, para que ninguna irrupción hostil prevalezca para violar esto. Debemos también grabar a Cristo en nuestras obras, para que, por todo lo que hacemos, nos demostremos discípulos del Maestro crucificado. El Apóstol mostraba este sello impreso señaladamente también en su vida exterior, cuando decía: «Yo llevo los estigmas de Jesús en mi cuerpo (Gál 6)». Y de nuevo: «Llevando siempre la mortificación de Jesús en nuestro cuerpo (2 Cor 4)».

Ciertamente, si nuestro Salvador considera que estamos grabados con este carácter, él mismo también nos pone como sello para sí en un grato intercambio. Como prometió a Zorobabel, jefe de Judea, por medio del profeta Ageo, diciendo: «En aquel día te tomaré, Zorobabel, hijo de Salatiel, siervo mío, y te pondré como un sello en mi presencia (Ag 2)». Pero si nosotros nos olvidamos de él, lo cual no suceda, es necesario que nosotros mismos seamos entregados por él consecuente-

mente al olvido: como dice el Señor sobre el rey impío: «Si Jeconías —dice— fuera un anillo en mi mano derecha, de allí lo arrancaría (Jer 22)». Este sello, claramente, la bienaventurada esposa de Cristo, Columba, se lo había impreso señaladamente por dentro y por fuera, ya que las cámaras reales no pudieron resolverla a los halagos fluidos, ni la ambición del honor provocarla, ni el furor de las amenazas tonantes enredarla, ni ciertamente pudieron retardarla del ímpetu de su curso ningún género de tormentos duros y exquisitos. Ningún frente hostil pudo irrumpir en el sagrario del Rey eterno, premunido con este sello; ningunos esfuerzos de fraudes rastreros prevalecieron para violarlo.

Ceñida, pues, con las armas de las virtudes, la gloriosa mártir y virgen se apresuró a través del hierro, de los fuegos, del inmenso suplicio hacia los reinos celestiales. Donde ahora, entre los coros de las vírgenes, se regocija modulando un cántico nuevo, y lleva la palma de la victoria en sus manos bienaventuradas. Donde es estrechada por los castos brazos de su esposo, a quien había amado, es vestida con estola de hermosura, y es felizmente adornada con una corona de gloria. Ahora, pues, como una estrella de oro, brilla entre las piedras ígneas de la Jerusalén celestial, y centellea siempre festiva ante la mirada de aquel que, siendo fuente de vida y origen de la luz, ilustra a todos los que le asisten con los rayos de un esplendor que no conoce ocaso, Jesucristo nuestro Señor, que con Dios Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

SERMONES EXTRAVAGANTES SOBRE LOS SANTOS. Sermón I. En el Natal de las santas vírgenes. Sermón II. Sobre las mismas. Sermón I. Sobre la dedicación de una iglesia. Sermón II. Sobre la misma. Sermón III. Sobre la misma. Sermón IV. Sobre la misma.

SERMÓN LXVII.

EN EL NATAL DE LAS VÍRGENES.

Entre todos los hechos de los santos, carísimos hermanos, nada hay que pueda más que la victoria de las sagradas vírgenes para encender los corazones piadosos al amor del Creador, o para excitar más abundantemente a actuar con fortaleza. Pues, ¿quién, habiendo oído el nombre de virgen, no recuerda inmediatamente el comienzo de la salvación humana, y no rememora aquel singular parto de la Virgen inmaculada? A esto se añade que, cuando se reconoce que el sexo frágil ha obtenido la victoria de su certamen, el ánimo del oyente se inflama más ávidamente al trabajo de luchar.

De este modo, pues, todavía germina un parto virginal, todavía aquella fecundidad virginal acumula los frutos de las mieses celestiales, cuando la enfermedad de la mujer no solo supera al sexo, sino que triunfa sobre el príncipe de este mundo con una insuperable magnanimidad de mente. Pues para esto el Hijo de Dios fue concebido de la flor de una matriz floreciente, para que convirtiera el viejo fermento en ázimo, y por la carne, que había sido vencida, reparara la victoria para

el género humano. Pues se compuso una loriga de nuestra fragilidad, en la cual, saltando de júbilo como un gigante, y potente y fuerte en la batalla, debeló a las potestades aéreas. Así, pues, de la enfermedad se procuró la constancia, de la cautividad la victoria, de la ruina la ascensión. De aquí, ciertamente, se ha hecho que el antiguo enemigo, que se aplaudía de que le había venido la victoria por la necedad de una sola mujer, ahora se avergüence de verse vencido y confundido por muchas mujeres. Según, ciertamente, la voz del profeta: «Se pudrirá el yugo ante la faz del aceite (Is 10)». Porque, tan pronto como la gracia del Espíritu Santo fluyó en las mentes humanas, el hombre inmediatamente es absuelto del yugo de la antigua servidumbre y es adornado con el título de una nueva libertad. De donde es aquello en el Cantar: «Óleo derramado es tu nombre (Cant 1)». En griego se dice crisma, en latín unción. De crisma, pues, se dice Cristo, y de Cristo se dice cristiano. Por el aceite, ciertamente, suele entenderse el Espíritu Santo, como se dice por el Salmista a nuestro Salvador: «Te ungió Dios, el Dios tuyo, con óleo de alegría sobre tus compañeros (Sal 44)». Óleo derramado es, pues, el nombre de Cristo, porque en tantos se propaga la gracia del Espíritu Santo cuantos son los que obtienen verdaderamente el nombre de Cristo.

Pero puede inquietar por qué Juan el Bautista afirma que «no da Dios el espíritu por medida (Jn 3)», mientras que Pablo dice lo contrario: «A cada uno de nosotros le ha sido dada la gracia según la medida de la donación de Cristo (Ef 4)». ¿Cómo,

pues, no por medida, y cómo según la medida? (Col 2). Pero lo que Juan afirma, que el espíritu se da no por medida, debe entenderse sin duda del Redentor nuestro; en quien, a saber, habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad. Lo cual se reconoce claramente si se atiende a la serie misma del texto evangélico. Pues habiendo premisado: «No por medida da Dios el Espíritu», inmediatamente añadió: «El Padre ama al Hijo, y todas las cosas dio en su mano (Jn 3)». De donde también en otro lugar dice: «Nosotros de su plenitud recibimos». Concuerda, pues, Juan con el Salmista, porque este quita la medida a aquel a quien aquel afirma ungido sobre sus compañeros.

En cambio, que el Apóstol ponga medida, esto quiere que se entienda sobre cada uno de los fieles. Pues según la medida del espíritu está en cada uno la medida de la virtud y de la constancia, para que o resista a los vicios que atentan en la paz, o constituido en el certamen recorra insuperablemente los tormentos. Pues Sansón, mientras tuvo siete cabellos, fue insuperable (Jue 16), y el que tiene el Espíritu de la gracia septiforme, se muestra invicto al arremeter la tempestad de cualesquiera guerras.

De aquí es que esta sacratísima virgen, cuyo glorioso triunfo recordamos en la solemnidad de hoy, pudo más fácilmente morir que ser apartada de aquel santo propósito que una vez había concebido. Pues era templo de Dios, aula del Rey eterno, santuario del Espíritu Santo. Una fortaleza viril, ciertamente, brillaba en su pecho

femenino, que no pudo ser doblegada por persuasiones de suave lenguaje, ni aterrorizada por la aspereza de las amenazas, ni finalmente superada por ningún género de penas. Para ella era un ánimo noble e inflexible, y por tanto desconocedor de cómo ser vencido, porque también ardía encendido por el ardor de la fe, y por eso estaba constituido como en la cumbre de un monte excelso. Juzgaba que el juez que presidía en la cátedra de la pestilencia estaba por debajo de ella; aborrecía al que la halagaba, se burlaba del airado; y para ella valía tanto si él, amenazante y terrible, rechinaba los dientes, o si ciertamente infligía golpes y heridas de una muerte exquisita, como si ofreciera un peso de gemas o de metales vibrantes. De aquí es que el esposo dice en el Cantar: «Levántate, aquilón, y ven, austro, sopla mi huerto, y fluyan sus aromas (Cant 4)». ¿Qué por el aquilón, que ciertamente es un viento frío, sino la aspereza de la persecución? ¿Qué por el calor del austro sino la remisión de los que halagan maliciosamente? Pero entre ambos géneros de persecución, entre ambos argumentos del espíritu maligno, se manda que fluyan los aromas del huerto eclesiástico; porque el ánimo fuerte, sorprendido entre estos certámenes, abre cualquier cosa de fuerzas, cualquier cosa de fe, cualquier cosa de insuperable fortaleza que hasta entonces había ocultado, y como aromas fluyen hacia fuera, las virtudes salen a la noticia humana y difunden los olores de una opinión piadosa por todas partes.

Esta venerada virgen, pues, emitió aromas en el campo del certamen, que antes se ocultaban en los secretos de su corazón; triturada por la prensa de la persecución, esparció el olor del aroma. Pues luchaba en ella David como en la fortaleza de Sión contra la faz de Damasco; o más bien, como en un sexo frágil, él mismo párvulo y despreciado, luchaba contra el gran Goliat con una sola piedra (1 Sam 17), de quien también en el libro de los Reyes se dice como en un pregón de gran alabanza: «David sentado en la cátedra, príncipe sapientísimo entre tres (2 Sam 23)». Él mismo es como un tiernísimo vermículo de la madera, que mató a ochocientos de un solo ímpetu. ¿Por qué es que David es ensalzado con el pregón de tan nueva, tan inaudita alabanza? ¿Quién es este tan humilde y tan sublime? ¿Quién, digo, es este David tan débil y despreciado que lleva la apariencia de un vermículo? ¿Tan fuerte y valiente que de un solo ímpetu mata a ochocientos hombres? En la paja de la letra parece ciertamente ridículo, si no latiera el sacramento en la médula del espíritu.

¿Quién es, pues, este vermículo, sino aquel que por el mismo David canta en el Salmo: «Yo, en cambio, soy gusano y no hombre (Sal 21)»? Pues así como el gusano es engendrado de la sola materia de la madera, así la fe católica confiesa que Cristo fue engendrado sin semilla viril del solo útero virginal. Pero aunque el gusano sea tierno y débil, y la dureza de la madera sea fuerte y sólida, sin embargo el gusano convierte la madera en carcoma, y la vuelve cavernosa y hueca. Así nuestro Redentor, verdaderamente fuerte de mano y

deseable, que se anonadó a sí mismo, que no teniendo forma ni hermosura, apareció inválido y despreciado, suavizó poco a poco de su rigor al género humano de donde nació, y se procuró un gran espacio de habitación en sus elegidos. Este David, pues, se sienta en la cátedra porque, constituido en la gloria de la majestad paterna, juzga todas las cosas, a quien el Padre dice: «Siéntate a mi derecha». Es sapientísimo, porque es la misma Sabiduría del Padre.

Pero, ¿cómo es llamado David príncipe entre tres, cuando él no tenía el principado entre algunos otros, sino más bien el imperio del cetro real sobre todos? (Sal 109). Pues aquella alabanza deprecia, no exalta; deprime, no ensalza; ya que él no tanto estaba entre tres, cuanto que sobreestaba a todos. Pero aunque esta sentencia parezca disentir de aquel David, hay alguien a quien puede convenir muy aptamente. Pues aquel bienaventurado y singular hombre, que místicamente es llamado gusano, tan pronto como es asumido por el Verbo en la unidad de la persona, no reina desigualmente en la santa Trinidad. Es, pues, príncipe entre tres, porque está unido al Verbo, que es una persona en la santa Trinidad. Este mató a ochocientos de un solo ímpetu. El número octonario pertenece a la resurrección, el centenario a la perfección. David, pues, mató a ochocientos de un solo ímpetu porque nuestro Salvador mató con la espada de su espíritu a todos los que o bien buscan la perfección de la fe, o bien desean la gloria de la resurrección, mientras que por el misterio de su encarnación y de su cruz los

devolvió muertos al amor de este mundo; y esto lo obró en un solo ímpetu, esto es, en un solo advenimiento de su encarnación. Pues una vez murió por nuestros pecados, ya no muere más (Rom 6). ¿O es que no se llama con derecho ímpetu a su advenimiento, del cual dice Salomón: «He aquí que él viene saltando por los montes, atravesando las colinas (Cant 2)»? Y David: «Saltó de júbilo —dice— como un gigante para recorrer el camino (Sal 18)». Pues el que corre, sin duda hace ímpetu. Pues también el Verbo de Dios como un río de aguas vivas vino con ímpetu, y como un torrente subvierte todas las inmundicias de las doctrinas ardientes. De donde también en el Cantar de los cantares se dice: «Fuente de los huertos, pozo de aguas vivas, que fluyen con ímpetu desde el Líbano (Cant 4)». De aquí también el Salmista: «El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios (Sal 45)».

A este rey, pues, tan humilde y tan sublime, tan débil pero así de fortísimo, rindamos gracias, el cual por eso se dignó hacerse gusano en la madera para constituirnos ciudadanos en el cielo. Por eso permitió que el antiguo enemigo del género humano se insurgiera contra él, para triunfar de él después no solo por los hombres, sino también por las mujeres, Jesucristo nuestro Señor, que con Dios Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN LXVIII.

II. EN EL NATAL DE LAS VÍRGENES.

Hoy, carísimos hermanos, nos ha iluminado el decoro virginal, que ha renovado en nuestra memoria la victoria de la virtud divina. Pues cuanto más frágil el sexo, cuanto más débil el vasija que reporta el triunfo del enemigo, de tanto mayor oprobio de confusión es revestido el diablo, tanto más admirable es reconocido Dios en sus santos, tanto más gozosamente también se deleita Cristo, rey de los mártires, en sus defensoras. De aquí es también que nuestro Salvador, viniendo al campo de este mundo para debelar a las potestades aéreas, no eligió retóricos y filósofos, sino sencillos y del todo ignorantes de la industria literaria; para que en ambos sexos sea verdad lo que dice el Apóstol: «Porque no muchos sabios según la carne, no muchos potentes, no muchos nobles, sino que lo necio de este mundo eligió Dios para confundir a lo fuerte; y lo innoble del mundo y lo despreciable eligió Dios, y lo que no es, para destruir lo que es, para que no se gloríe toda carne en su presencia (2 Cor 1)». Pues a tales personas Dios omnipotente da a menudo una más abundante gracia de predicación, y por ellas convence los astutos argumentos de la sabiduría mundana. De aquí es que el esposo dice a la esposa en el Cantar: «Tu ombligo es como un cráter torneado, que nunca carece de copas (Cant 7)». El ombligo, ciertamente, es la parte más frágil del cuerpo. ¿Qué se designa, pues, por el ombligo de la Iglesia, sino la asamblea de los enfermos y débiles? ¿Y qué por el cráter, sino que entendemos el orden de los predicadores, que ciertamente propinan a las mentes de los oyentes los vinos de la doctrina

celestial, y las embriagan con las copas de la santa predicación?

El ombligo de la Iglesia, por tanto, se compara con razón a un cráter, porque frecuentemente cualquier débil y enfermo es hecho vasija de la doctrina celestial. El cual no carece de copas, porque no deja de estar regado por los flujos de la elocuencia celestial. Por lo cual bien se dice que este cráter es torneado, puesto que con el torno se trabaja más fácilmente. Pues a menudo recorren la santa predicación más expeditamente y sin tropiezo aquellos que han recibido la gracia de la predicación no por su propio estudio, sino divinamente. Aquella victoria de Sansón figuró que esta gracia de la predicación se daría a hombres sencillos, o a santas mujeres, por la cual, a saber, arrebatando una quijada de asna caliente, mató a mil hombres de los filisteos (Jue 15). ¿Qué se significa por la quijada de asna, que es ciertamente un animal sencillo, sino las bocas inexpertas de los hombres sencillos? Sansón, por tanto, no con armas, no con diversos géneros de dardos, sino con la quijada de un asna mató a mil hombres; porque nuestro Redentor, a quien aquel significaba, con los inexpertos y rudos extinguió de la vida del viejo error el número perfecto de los infieles.

Pero, ¿qué tiene de extraño si la sagrada elocuencia designa a los santos predicadores por la maxila del asna, cuando también denuncia a veces la palabra misma de la predicación por la cebada, que es ciertamente el pienso de los jumentos? Lo cual ciertamente se reconoce no solo por los cinco panes evangélicos, sino también por

esto que se encuentra en el libro de los Jueces. Pues cuando Gedeón es dirigido, por mandato del Señor, al campamento de Madián por causa de escuchar, un madianita confiesa a otro que ha visto un sueño. «Me parecía —dice— como si un pan de cebada cocido bajo la ceniza rodara, y descendiera al campamento de Madián (Jue 7)». Y cuando llegó al tabernáculo, lo golpeó, y lo subvirtió, y lo igualó totalmente a la tierra. El oyente respondió: «No es esto otra cosa que la espada de Gedeón, hijo de Joás, israelita: pues el Señor ha entregado en su mano a Madián y a todo su campamento». Por Gedeón, que no se dice «circuito», sino «el que circunda en el útero», es rectamente designado aquel que, mientras se encerraba en el seno virginal, circundaba toda la máquina del mundo y la disponía con su imperio. Por Madián, en cambio, que se interpreta «de juicio», se entiende el pueblo infiel, de quien dice el Señor: «El que no cree, ya ha sido juzgado (Jn 3)».

Además, hasta el advenimiento del Salvador, a modo de cebada bajo la paja de las letras, tanto los preceptos de la ley como los oráculos de los profetas estaban ocultos; pero después de que él, viniendo, partió los panes de cebada y los dio a los discípulos para que los pusieran ante las turbas —de cuya obra es exposición lo que dice el evangelista: «Porque les abrió el sentido para que entendieran las Escrituras (Lc 24)»—, ya de la cebada, que parecía convenir a los animales brutos, se dignó hacer el pan de las almas. Pues así como la cebada es triturada entre ambas muelas para que el salvado se separe de la mezcla de la

harina, así, como entre dos piedras —a saber, de la Ley y del Evangelio— se muerde la doctrina de la santa Iglesia para que la superficie de la letra se discierna de la médula del espíritu. Pero para que no nos detengamos más en estas palabras, esta harina de cebada, rociada con el agua del sagrado bautismo, amasada y cocida por el fuego del Espíritu Santo, se hace pan, el cual, a saber, subvierte el campamento de Madián porque destruye todas las máquinas de los infieles. Este pan, según la conjetura de aquel verdadero intérprete, es la espada de Gedeón; porque, como dice el Apóstol: «La espada del Espíritu es la Palabra de Dios (Ef 6)».

Con esta espada del Espíritu Santo, Cristo, rey de los ejércitos, arma a sus soldados, con esta también ciñe y fortalece a sus guerreras. De ambos sexos, ciertamente, instruye las filas de su milicia y compone las líneas de batalla, porque admite indistintamente a hombres y mujeres al apronto del bendito certamen. Y aunque Dios sea admirable en los hombres, sin embargo, más admirable y gloriosamente triunfa en las mujeres. A esta milicia, además, estaba adscrita Judit, quien, mientras rechazaba las cámaras doradas y enjoyadas de Holofernes, truncó la cabeza ebria del lujurioso príncipe con su propio puñal (Judit 13). De esta milicia era consorte Ester, quien, mientras halagaba los feroces ánimos del rey Asuero con hábiles palabras, libró a Mardoqueo de la sentencia de muerte inminente y retorció sobre la cabeza de Amán, que había sido el autor de esta muerte, los argumentos de una digna condensa-

ción (Ester 8). Débora se alegraba de llevar esta milicia, quien, mientras gobernaba al pueblo israelita con oráculos proféticos, entrando también en la batalla como una cierta Belona de Dios, destruyó el copioso ejército del rey Jabín y absolvió al pueblo de Dios del yugo de la más dura servidumbre (Jue 4). A esta milicia sirve Jael, esposa de Héber, cuando recibió blandamente a Sísara que huía dentro del tabernáculo, pero traspasó su cerebro con un clavo del tabernáculo por ambas sienes (ibíd.).

De esta milicia ciertamente fue partícipe aquella insigne guerrera, a saber, la bienaventurada Felicidad, quien, mientras envió delante de sí a siete hijos en el combate, quedando a salvo para ella también el premio de su certamen, triunfó con un séptuple martirio en su prole. Esta milicia también la llevó con denuedo esta virgen clarísima, cuya festividad votiva se celebra hoy. La cual, a saber, obtuvo la victoria de una doble lucha, mientras que tanto domó los titilantes incentivos de la carne como pisoteó los horribles tormentos de las penas que se le infligieron. ¡Oh, con cuántos premios será acumulada ella en la retribución de los justos! ¡Con cuánta gloria será enriquecida, juzgando Cristo, ella que fue gravada con tanto peso de la cruz de Cristo! Pues según la voz de la Verdad, «la semilla que cayó en tierra, una dio el treinta, otra el sesenta, otra el ciento por uno (Mt 13)».

Siendo, pues, que, como exponen los doctores auténticos, a la virginidad se le debe el fruto centuplicado, ¿con cuántos dones será acumula-

da esta bienaventurada virgen, con las ínfulas de cuán insigne gracia será decorada, ella que, después de haber cosechado los centenos frutos de la virginidad, también reportaba la corona del martirio con tanta gloria? Pues cuando estaba constituida en el certamen, premunida con la loriga de la fe y ceñida con las armas de la invicta paciencia y de la doble caridad, era rodeada por dobles columnas de diversos enemigos. Por dentro luchaba contra los ciudadanos sediciosos, por fuera combatía contra las líneas de los perseguidores y de los que resistían a la fe. Por dos campamentos estaba en pie una sola guerrera. Por un lado defendía la clausura de la pudicicia; por otro, con el carácter impreso de su Esposo, el sello de la fe. Así, la mano diestra para la batalla, moviendo en torno por todas partes el escudo de la virtud, ora repelía los dardos de la lujuria untados de veneno, ora la granizada de los dardos que arremetían por la perfidia inminente.

Decía, pues, la jueza del certamen de Dios: «Negra soy, pero hermosa, hijas de Jerusalén, como las tiendas de Cedar, como la piel de Salomón (Cant 1)». Cedar se interpreta tinieblas; esos son los infideles que no tienen la luz de la fe. «Negra soy —dice— por el ardor de la persecución, por las adversidades que padezco de los hijos de las tinieblas». Pero por dentro soy hermosa, porque «codició el rey mi belleza, y toda mi gloria está por dentro». Soy hermosa, digo, como la piel, esto es, como el tabernáculo de Salomón. Pues así como el tabernáculo se hace de las pieles de animales muertos, así solamente aquellos son

habitación de Dios que, habiendo muerto juntamente con Cristo, se han extinguido también a los vicios y concupiscencias de la carne. Pues ni habría podido esta virgen morir por el Señor, si no hubiera muerto primero para el mundo. «No me miréis —dice— que soy morena, porque el sol cambió mi color (Cant 1)».

Oh hijas de Jerusalén, esto es, oh almas fieles, constituidas en aquella gloria celestial por el deseo, no me miréis porque soy morena, esto es, no desesperéis, ni os asustéis demasiado, porque las tribulaciones me oprimen, porque las persecuciones me afligen, porque en este naufragio de tempestad y de borrascas las olas hinchadas me golpean, porque el sol cambió mi color, ya que sobre mí se encendió el ardor de la persecución, y ofuscó el decoro de mi hermosura y belleza. Como si dijera: No atendáis tanto a aquellas cosas por las que soy afligida exteriormente, cuanto a considerar la especie floreciente de la belleza interior. Tal es también lo que dice el Apóstol: «No desfallezcáis en mis tribulaciones por vosotros, que es vuestra gloria (Ef 3); pues no son dignas las pasiones de este tiempo para la gloria futura que se revelará en nosotros (Rom 8)». Esta belleza interior y la negrura exterior las comprendió brevemente Jeremías, diciendo: «Más blancos sus nazareos que la nieve, más nítidos que la leche, más rubicundos que el marfil antiguo, más hermosos que el zafiro (Lam 4)». He aquí la belleza, pero oye la negrura; pues allí mismo sigue: «Se ha denigrado sobre los carbones su faz, y no son conocidos en las plazas. Se ha pegado su piel a sus

huesos, se secó y se hizo como madera (ibíd.)». Pero miramos la negrura exterior, abra ella misma de dónde sea la belleza interior: «Indícame —dice— a quién ama mi alma, dónde apacientas, dónde te recuestas, al mediodía (Cant 1)». Como si dijera: Oh Esposo celestial, a quien mi alma ama inefablemente, en quien por el deseo descansa continuamente, a quien abraza con los brazos de la íntima dilección, en quien se deleita con todas sus entrañas, dime dónde apacientas, esto es, tú que eres el buen pastor, dónde haces pacer a tus ovejas, y también dónde tú mismo te recuestas, esto es, dónde descansas en el ardor de la persecución y en el fervor de nuestra tentación; dónde, a saber, sino en aquellos que no saben ceder a la furibunda locura, y no sucumben enervados a los intentos de la malicia que se ensaña.

De ahí, pues, se decía hermosa esta esposa, porque él, en aquel mismo punto de la persecución, descansaba deleitablemente en ella, él que con la serenidad de su rostro clarifica todas las cosas. De donde también el esposo a ella: «Toda eres hermosa —dice—, amiga mía, y no hay mancha en ti (Cant 4)». Toda hermosa por dentro y por fuera, por fuera en la perfección de la obra clara, por dentro en la limpieza del pensamiento purísimo. ¿Y ella qué al esposo? «Mi amado —dice—, blanco y rubicundo, y todo él deseable (Cant 5)». El amado es blanco por la virginidad, rubicundo en la pasión. «Pues nos lavó de nuestros pecados en su sangre (Ap 1)». Todo él, en cambio, es deseable, porque es deseable en su singular nacimiento, en su vivificante muerte,

en su gloriosa resurrección, en su triunfal ascensión. Es deseable mientras habla, mientras obra maravillas. ¡Y oh, cuán preclaro y dulce comercio donde por mutua predicación a su vez es alabado el Esposo y la esposa, el Creador y la criatura! Así se cumple lo que se dice por el Salmista: «Séale agradable mi elocuencia, yo ciertamente me deleitaré en el Señor (Sal 103)».

Y en verdad esta es aquella parte del género humano, a saber, el coro virginal, en la que Dios omnipotente se deleita más propensa y especialmente. Pues sea que todos los discípulos son amados por el Señor, como es amado por el Padre, afirmándolo él mismo, dice: «Como me amó el Padre, así os he amado yo (Jn 15)». Sea que Pedro recibió las llaves del reino de los cielos. Sea que en los cielos y en la tierra obtuvo el principado de atar y desatar (Mt 16), sin embargo Juan, puesto que es virgen, él mismo es el discípulo a quien amaba Jesús (Jn 13). De aquí es también que en el Apocalipsis dice Juan: «Que nadie podía decir el cántico sino aquellos ciento cuarenta y cuatro mil que fueron comprados de la tierra; estos son los que no se han manchado con mujeres, pues son vírgenes, estos siguen al Cordero por dondequiera que vaya (Ap 14)». Pero para que muchas vírgenes puedan seguir a este Cordero por donde camina, él mismo da la constancia en guardar la virginidad, la victoria en superar la tentación, la corona en la retribución del premio. Él mismo dice: «Yo soy el lirio de los valles (Cant 2)». Lirio, ciertamente, por el cándido blanco de la purísima castidad. Lirio no de los montes, sino

de los valles, porque elige las mentes piadosas de los humildes, no habita en los peñascos de los soberbios.

A este Cordero, dilectísimos, sigámoslo en la vía que mantuvo estando puesto en esta vida, para que también merezcamos seguirlo en la gloria a la cual ascendió vencida la muerte. Consideremos diligentemente dónde están impresas sus huellas, y no nos desviemos de la senda del que camina, si queremos ser consortes del que reina. El guía de nuestro camino se mostró como portador de la cruz, fue alimentado con hiel. Quien, pues, desea seguir el estandarte de este guía, desprecie las mieles de la dulzura carnal. «Pues no podemos —según la voz de Pablo— gozar aquí del siglo y allí reinar con Cristo». De aquí es que, por mandato de la ley, todo sacrificio se rocía con sal, pero la miel o el fermento se prohíbe totalmente quemar en el sacrificio. Por lo cual el Señor a Moisés en el Levítico: «Toda oblación —dice — que se ofrece al Señor, se hará sin fermento, ni nada de fermento y de miel se quemará en el sacrificio del Señor (Lev 2)». Pues quienquiera que parece emplear o la rapiña en una obra de piedad, o por causa de vanagloria parece ejercitar algo bueno, este no intenta ofrecer lo ázimo de la sinceridad y de la verdad, sino el fermento de la malicia y de la iniquidad (1 Cor 5). El sacrificio de la miel tampoco lo aprueba el Señor, porque condena la voluptuosidad de la lujuria y toda dulzura del halago carnal. La sal, en cambio, se manda aplicar a todas las oblaciones, para que todo lo que ofrezcamos al Señor sobre el ara del corazón

devoto, procuremos sazonarlo siempre con el sabor de la razón y de la inteligencia. Dice, en efecto: «Cualquier cosa que ofrecieras de sacrificio, la sazonarás con sal, ni quitarás la sal del pacto de tu Dios de tu sacrificio». Y para que inculcara más profundamente lo que decía, y para que nuestra mente tal vez alguna vez no desvariara insípida, insistiendo todavía, dice: «En toda oblación tuya ofrecerás sal (Col 4)». Ciertamente esta es aquella sal de la que el Apóstol dice: «Caminad con sabiduría hacia los que están fuera, redimiendo el tiempo. Vuestro hablar sea siempre en gracia sazonado con sal, para que sepáis cómo os conviene responder a cada uno (ibíd.)». De esta sal también dice el Señor: «Si la sal se desvaneciera, ¿con qué se sazonará? (Mt 5)». No seamos, pues, sal desvanecida, no sea que, lo cual no suceda, al venir aquel Esposo celestial nos encuentre con las vírgenes necias, y cierre la puerta del convite nupcial a los que llaman y gimen, sino procuremos por la divina gracia ser sal de este modo, que nos quiere ser aquel que dice a sus discípulos: «Vosotros sois la sal de la tierra (ibíd.)», para que, dejando las obras de las tinieblas, y ahora nos esforcemos por caminar como hijos de la luz, y después entre las vírgenes prudentes, con las lámparas encendidas, merezcamos salir al encuentro del Juez que viene, que con Dios Padre y el Espíritu Santo vive y reina por todos los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN LXIX.

I. EN LA DEDICACIÓN DE UNA IGLESIA.

Después de la cruz, después de la virgen, después de los ángeles, ¿qué hay mayor en la tierra, qué más sublime en los cielos? Aquella ciertamente a quien aceptó el Altísimo, la que vulneró el corazón de su Esposo, a quien el mismo Esposo dice en el Cantar: «Vulneraste mi corazón, hermana mía, esposa, en un solo cabello de tu cuello, y en uno de tus ojos (Cant 4)». Cuán hermosa es esta esposa, que en un solo cabellito y en el centelleo de un ojito vulnera al Rey de los cielos, al Señor de los ángeles, al Hijo de Dios Padre. De ella es nuestro hablar, aunque no sea nuestra la lengua. Esta es aquella que ha sido puesta para soberbia de los siglos, cuya gloria va de mar a mar, a quien sirven reyes y príncipes, a quien circunda volando la multitud de las legiones celestiales, en la cual el fuente de la sabiduría ha sido depositado, «huerto cerrado, fuente sellada». Huerto donde claros rosales resplandecen con más hermoso color, y felices varas se acumulan con la gloria de las flores y de los frutos; huerto al que no toca la alternancia de los vientos, donde la gracia de una brisa más suave aspira frecuentemente y la floreciente amenidad atrae a los que miran; cerrado, no por máquina de muros, ni por la glutinosa tenacidad de las piedras de los cementadores, sino vallado por una estación angélica; fuente de la que derivan las fuentes de Israel, que riega toda la superficie de la tierra, embriagando y limpiando; sellada, ciertamente, con el sello de toda la Trinidad, el cual aquel malvado ladrón no digo que no se atreva a romper, sino ni siquiera a tocar. En ella los brotes

muertos vuelven a germinar y los signos más áridos reverdecen fácilmente.

En ella se congrega una múltiple variedad de sacramentos, y se cubre la antigüedad de las misericordias del Señor Dios nuestro. Y para que brevemente propalemos la indagación de nuestra pequeña inteligencia, doce son los sacramentos en la Iglesia que la piedad de una sola fe cubre, en torno a cuya instancia se refleja la autoridad de la religión cristiana.

El primero es el sacramento del bautismo (véanse las Escolias al pie del sermón). Este es más precioso que todas las riquezas, y todas las cosas que se desean no pueden compararse con este. ¿Quién llenaría con el pensamiento del corazón, o con la volubilidad del hablar, cuántos sacramentos se han completado en la sustancia de las aguas? Antes de que el mundo estuviera de parto y de la materia informe saltara la diversidad de las especies multiformes, el Espíritu de Dios a modo de auriga era llevado sobre las aguas (Gén 1), y acariciaba este elemento con obsequio figural. El cielo mismo compacto de aguas lo entrega la autoridad de los hebreos, y por las aguas se celebra aquella purga universal. Los patriarcas se hacen uxóreos junto a las aguas, y por las aguas se extingue el terrible murmullo de los judíos.

Toda aquella serie del Antiguo Instrumento, inspeccionada más diligentemente, consignó una mayor altura de sacramentos en la materia de las aguas. El Salvador mismo, siguiendo la ley, indicó a las aguas el principio de su itinerario, cuando en el río aquella sublime potestad quiso

ser bautizada por aquel gran hombre (Mt 3). El primer milagro lo hizo de las aguas (Jn 2). A la samaritana junto al pozo de las aguas le repromete una fuente de agua que salta hacia la vida eterna (Jn 4). Finalmente, el que de las aguas había comenzado, en las aguas acabó. Pues vulnerado el costado del Crucificado, manó agua (Jn 19), la cual blanqueó el orbe de las tierras con lavatorio purgatorio. Al final, imbuyendo al coro apostólico con sentencia inclusiva: «Yed —dice—, bautizad a todas las gentes en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo (Mc 16)». ¿No coliges, pues, claramente que la sublimidad de ambas leyes refundió la fuerza de las cosas sacramentales en el licor de este elemento? No te mueva la escasez de los ejemplos, habiendo muchísimos a mano, si la oración no hubiera evitado la prolixidad.

El segundo es el sacramento de la confirmación. En el bautismo se da el Espíritu para el perdón, aquí para el combate; allí somos limpiados de las iniquidades, aquí somos prefortalecidos con las virtudes. ¿Acaso en el dintel de la frente de nuestra casa terrestre la mano consagrada no imprime la unción del sagrado Crisma? Ni se lee que cualquier persona sea ejecutor de tan gran misterio, sino solo el obispo, sobre cuya cabeza se ha derramado el óleo de la unción, y a cuya jurisdicción se somete la multitud sacerdotal. La autoridad de los antiguos entregó la gracia del bautismo a todo hombre o a todo sexo; pero solo la persona pontifical reivindica para su dignidad la insignia de la confirmación. De ahí que las

páginas decretales y los institutos de los santos Padres decretan que no se debe diferir después del bautismo la virtud de este sacramento, para que no nos encuentre inermes aquel fraudulento tortuoso, de quien nadie jamás extorsionó treguas de dañar. Ungidos, pues, con el ungüento de ambos rocíos, sanados por aquel, confortados por este, ¿descendamos más seguros al singular certamen? Ni nos detengan las armas de Goliat, ni nos mueva su magnitud estatural, porque con nosotros grande es el Señor Dios nuestro, y grande su virtud (Sal 146), aprehendiendo las armas y el escudo para levantarse en nuestra ayuda (Sal 34).

El tercero es la unción de los enfermos. Cuando flaqueamos y languidecemos hasta la muerte con la fiebre mortal de los pecados, el Espíritu de piedad nos asiste, y se acordó de que somos polvo. Pues dice el divino Santiago: «¿Está enfermo alguno entre vosotros? Haga entrar a los presbíteros de la Iglesia, y oren sobre él, ungiéndole con óleo en el nombre del Señor, y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo aliviará; y si está en pecados, le serán perdonados (Sant 5)». Unción solemne, licor excelente por el cual se devuelve la salud, se perdona el pecado, se infunde el temor del Señor. ¿Ves cómo la mano sacerdotal alivia el cuerpo del que flaquea, y la sacratísima unción mitiga la ilícita moción de los sentidos? Por lo cual también los santos Padres sancionaron que esta unción es un sacramento.

El cuarto es la consagración del pontífice. Esta, cuanto más sublime, tanto más digna se aprueba.

Pues cuando por sanciones canónicas se elige a la persona que debe subir a la cumbre de tan gran dignidad, un pontífice más preclaro es evocado con los demás pontífices. Se prepara la Iglesia, que ha de recibir a un padre de un hijo. Se unge su cabeza con el óleo de la alegría sobre sus compañeros, en figura de aquel que, en el tálamo virginal rociado más profusamente con bálsamo espiritual, destiló el óleo de la bendición sobre los hijos de los hombres. Se ungen también las manos, para que todo lo que bendigan sea bendito y sea acepto a la mirada de la divina majestad. Se pone también la página evangélica sobre la cabeza del mismo que se recuesta, para que sienta que por la palabra de vida su razón es excedida, y sus ojos desfallezcan por la elocuencia del Señor. Se impone la tiara (cidaris) a la cabeza consagrada, y se prefigura la gloria de la frente con una lámina de oro en la que se teje el nombre de la divinidad. Se entrega el anillo de los secretos en su mano, para que diga con el Profeta: «En mi corazón escondí tus palabras, para no pecar contra ti (Sal 118)». Se calzan también los pies en la preparación del Evangelio de la paz (Ef 6), para que sea de aquellos de quienes se dice: «Cuán hermosos los pies de los que evangelizan la paz (Is 52)». Recibe también el báculo pastoral, para que por la misma calidad de la vara se señale cómo ha de reunir a los mansos y corregir a los inquietos. Así, así, resplandeciente por la solemne glorificación de las vestiduras, y entrando y saliendo más familiarmente al altar de Dios, devuelve la ira del juez a la misericordia del padre por una feliz con-

mutación. Este tiene la espada del espíritu, que es la palabra de Dios (Ef 6). Este puede entregar a Satanás para la perdición de la carne (1 Cor 5).

El quinto es la unción del rey. Esta es una unción sublime, porque hace un poder sublime. Pues cuando la sangre de tan gran nobleza, ya sea por linaje o por elección, es condensada como rey, se convoca la religión con la nobleza con todas las fuerzas del reino. Asiste por un lado la gloriosa sociedad de primados, metropolitanos y obispos; por el otro, la no despreciable nobleza de duques, condes y castellanos. Procede el hombre en medio, que ha de reinar sobre los hombres, rodeado por una guardia personal. Es conducido finalmente al altar del excelso Príncipe, para obtener el principio de su reino de Aquel por quien los reyes reinan (Prov 8). Pero antes de que sea revestido con los ornamentos imperiales, se requiere sobre él la voluntad del clero y del pueblo, y por propia mano jura la libertad de las Iglesias. Desde entonces es despojado de sus vestiduras y es rociado con el óleo de la santificación, para que, empapado del rocío típico, se gloríe en la plenitud del ungüento celestial. Es finalmente revestido de púrpura, que es la insignia de la majestad real, llevando el cetro del reino en sus manos para regir al pueblo santo de Dios. Se pone también la corona de oro sobre su cabeza, expresada con el signo de la santidad, la gloria del honor y el auxilio de la fortaleza (Eclo 45). Se lleva también la espada ante sus ojos, para que conozca que es el vengador de la ira de Dios, constituido para esto mismo. Iniciado, pues, por

tantos y tales misterios, es devuelto al palacio, para ser desde aquel día en adelante temido y amado por igual. Pero feliz es si une la espada del reino con la espada del sacerdocio, para que la espada del sacerdote mitigue la espada del rey, y la espada del rey afile la espada del sacerdote. Estas son las dos espadas de las que se lee en la pasión del Señor: «He aquí dos espadas aquí; y se responde por el Señor: Basta (Lc 22)». Pues entonces el reino es promovido, el sacerdocio es dilatado, ambos son honrados, cuando se unen por la feliz confederación prefijada por el Señor.

El sexto es el sacramento de la dedicación de la iglesia. Apenas puede decirse cuánta variedad de sacramentos y alternancia de instituciones hay en este lugar. Pues primero la iglesia es blanqueada por dentro y por fuera, se imprimen doce cruces en el circuito interior de la iglesia, se encienden otros tantos cirios, se limpia la iglesia, el pontífice circunda la iglesia exteriormente con agua bendita, y golpeando tres veces el dintel de la puerta con el báculo pastoral, dice: «Levantad vuestras puertas, y elevaos, puertas eternales, y entrará el Rey de la gloria»; respondiendo los de dentro: «¿Quién es este Rey de la gloria?» (Sal 23). Entonces bendice el agua rociada con sal, ceniza, vino e hisopo, escribe el alfabeto transversalmente en forma cuadrangular, rocía el altar siete veces con la misma agua, unge las cruces con el crisma, y el altar en verdad con una mezcla de crisma y óleo, quema incienso en los cuatro cuernos del altar, cubre el altar limpio con nuevos velos, y otras muchas cosas que la brevedad del discurso

no permite insertar. Después de esto, colmado de toda la gloria de las vestiduras, entra al altar para celebrar el sacrificio singular, y así poner fin a la santificación. ¿Quién podría iluminar la oscuridad de este abismo con la claridad del discurso? Sin embargo, lo habríamos tocado aunque fuera mínimamente, si en nuestros tiempos un cierto varón, que presidió la iglesia de Chartres, no hubiera declarado todas las cosas más lúcidamente con un vivacísimo fuego de la mente. A aquella fuente plenísima enviamos, pues, al sediento, donde pueda extraer la verdad más plena. Cabe notar, sin embargo, que los sacramentos precedentes no se realizan sin unción visible, mientras que se lee que los subsiguientes no contienen nada de este tipo por mérito.

El séptimo es el sacramento de la confesión. Cuán grande o de qué tipo sea el bien de la confesión, no ha de ser ensalzado por las alabanzas de nuestra poquedad, ya que los preclaros ingenios de los Padres la han distinguido con muchos documentos. Esta es la vía común hacia Dios, fuente abierta tanto a los justos como a los pecadores, que limpia la abundancia de los crímenes con un licor más abundante. Devuelve la primera estola de la inocencia, y reintegra al hijo fugitivo en los abrazos paternos (Lc 15). De esta fuente brotaron las felices lágrimas del apóstol; en esta fueron sumergidos los demonios de la mujer pecadora (Lc 7); por esta el adúltero y homicida David (2 Sam 11) se lee que fue confirmado por el espíritu principal (Sal 50); en esta se revolcó aquel feliz ladrón que, por un breve puente de la cruz, fue

trasladado del patíbulo al reino, del suplicio al paraíso (Lc 23), consumado en breve, cumplió muchos tiempos (Sab 4).

En esta virtud se ciegan los ojos de muchísimos que, o privados de discreción, o seducidos por la adulación, o no saben qué imponer, o, si lo saben, prefieren la gracia privada a la verdad. En verdad no nos hemos propuesto aquí abrir lo que sentimos de ella, sino que reservamos su propiedad para nuestro propio discurso. Sin embargo, no sea tedioso para el lector entender esto: que quien se confiesa a su pastor debe exhibir pureza de corazón, verdad de boca y maceración de la carne. Aquel a quien se confiesa, por su parte, debe cuidar de administrar a su confesor una penitencia digna, oración continua y perpetua taciturnidad.

El octavo es el de los canónigos. Estos son los sublimados en el solio de la Iglesia, quienes, resplandecientes con vestidura blanca en la sede episcopal, prometen la inocencia de los corazones por el color de sus vestidos. Estos, viviendo de lo común y en común, o debiendo vivir así, han de ser corregidos con perpetua penitencia si pecaren; pues su hábito se muestra ser no de penitencia, sino de inocencia. Vean los mismos amigos del Esposo qué respondan ante la faz del Esposo, que juzga el orbe de la tierra con equidad, cuando empiece a exigir cuentas de la esposa. No queremos arremeter contra ellos, pero guárdense solo de esto: no sea que del patrimonio del Crucificado se harten de banquetes más suntuosos, o se adornen con vestiduras más nítidas, para no

oír del profeta: «No se compadecían de la contrición de José (Amós 6)».

El noveno es el de los monjes. Estos son los que, alejados de los tumultos de las causas forenses, eluden pacientemente los engañosos encantamientos de los demonios. Asiduos en las Escrituras, principales en la obediencia, férvidos en la caridad, contemplan los gozos de la ciudad bienaventurada desde el vestíbulo. Sin embargo, miren a su alrededor, no sea que confíen en la bajeza de una corona más amplia o de un calzado más holgado, ya que el hombre ve en la faz, pero Dios en el corazón.

El décimo es el de los ermitaños, que, ocultándose por las cavernas de los montes y los huecos de los valles, asociados a los espíritus angélicos, son arrebatados con ojos contemplativos hacia las riquezas de la gloria, y en la carne olvidados de la carne, fatigan su naturaleza con infatigable meditación.

El undécimo es el de las monjas. Estas, venciendo al sexo y al mundo con un atrevimiento más fuerte, reportan una espectacular victoria de la ferocidad del antiguo enemigo. Cosa gloriosa, donde los tiernos miembros son quebrantados por un martirio más largo, y enervan la fortaleza de aquel que codició la semejanza del Altísimo. Al espectáculo de esta lucha se convierte pronto aquella misericordiosa intuición, y se deleita con tal victoria más que con ninguna.

El duodécimo es el sacramento de las nupcias. Este es grande, dice el Apóstol (Ef 5); y el Señor en el Evangelio: «Por esto dejará el hombre a su

padre y a su madre, y se adherirá a su mujer, y serán dos en una sola carne (Mc 10)». Pues ¿qué hay más uno que aquellos que tienen una sola carne, una sola mesa, un solo lecho, una sola herencia? «Honorable es el matrimonio, dice el Vaso de elección, el lecho inmaculado (Heb 13)». Por esto se destruyen los matrimonios incestuosos, y se propaga una digna progenie de herederos legítimos. Estos son los doce sacramentos que (si no me equivoco) significan aquellas doce cruces que vemos impresas en el circuito de la iglesia. Pero ya se ha de dejar el estilo, porque tanto la pobreza del ingenio como la debilidad de la carne, que ha inundado más duramente de lo acostumbrado, me prohíben escribir algo más largo. Si pudiere convalecer, proseguiré lo que empecé, para honor de aquel que es bendito por los siglos. Amén.

SERMÓN LXX.

II. EN LA DEDICACIÓN DE LA IGLESIA.

«Inmola a Dios el sacrificio de alabanza, y rinde al Altísimo tus votos (Sal 49)». Tres son los sacrificios principales y perfectos que estamos obligados a rendir al Señor. El sacrificio de la piadosa contrición, el sacrificio de la justa operación, el sacrificio de la alabanza o de la jubilación. Dos de estos son necesarios en el presente, el tercero empieza aquí y se consumará en el futuro. Del primero se dice: «Sacrificio para Dios es el espíritu atribulado (Sal 50)». Del segundo: «Sacrificad sacrificio de justicia (Sal 4)»; y en otro lugar: «Entonces aceptarás el sacrificio de justicia

(Sal 50)». Del tercero: «Bienaventurado el pueblo que sabe la jubilación (Sal 88)». Igualmente: «El sacrificio de alabanza me honrará (Sal 49)». El primer sacrificio aplaca a Dios, el segundo le deleita, el tercero le honra. Dios no se cuida de estos sacrificios si no son medulosos y gordos. Por lo cual dice el salmista: «Como de meollo y de grasa se llene mi alma (Sal 62)».

En la ley se manda ofrecer toda la grasa, y se alaba el holocausto gordo. Pues la carne flaca, y sin gordura, ni cuando se come presta sabor, ni cuando se asa devuelve olor. Pero esta gordura debe entenderse no del cuerpo, sino del espíritu; no de la carne, sino de la mente. La gordura del alma son las virtudes. Estas huelen suavemente, estas en el sacrificio de Dios placen al Señor, y sin estas ningún sacrificio es aceptable. Con esta grasa estaban gordos aquellos de quienes se dice: «Comieron y adoraron todos los gordos de la tierra (Sal 21)». Y asimismo los tres jóvenes en Daniel: «Como en holocausto de carneros y de toros, y como en miles de corderos gordos, así se haga nuestro sacrificio (Dan 3)». Para que, pues, plazcan estos sacrificios nuestros a Dios, sean gordos y medulosos.

El sacrificio de la piadosa contrición exige la manteca de la humildad, que consiste en tres cosas; a saber, que el hombre considere cuán imperfecto es lo que tiene, y esto con respecto a los superiores; de donde aquello: «Para que sepa qué me falta (Sal 38)». Después, que considere que nada tiene propio; de donde el Apóstol: «¿Qué tienes que no hayas recibido?» (1 Cor 4). Consi-

dere también que nada tiene en esta vida que no pueda perder, según aquello: «Acuérdate de dónde has caído, y haz las primeras obras (Apoc 2)». El sacrificio de la justa operación exige el óleo de la discreción. El sacrificio de la alabanza requiere el bálsamo de la devoción.

Pero tienen estos sacrificios vicios opuestos a sí, como viniendo de lado. Al sacrificio de la contrición se opone el ajenjo de la indignación; al de la justa operación, el vinagre de la confusión; al sacrificio de la alabanza, el veneno de la lisonja o de la murmuración. Ofrezcamos, pues, amadísimos, al Señor una piadosa contrición en la amargura interior y en la penitencia exterior; para que «vivamos sobria, justa y piadamente en este siglo (Tit 2)». Sobriamente para nosotros, justamente para el prójimo, piadamente para Dios. Sobriamente en dos cosas: en evitar la voluptuosidad y las preocupaciones de esta vida; justamente en dos cosas: para que a nadie dañemos y a todos procuremos aprovechar, según aquello: «Apártate del mal y haz el bien (Sal 56)»; piadamente en dos cosas: a saber, para que en el presente el justo viva de la fe y en el futuro espere la eterna bienaventuranza. De donde el Apóstol: «En parte conocemos y en parte profetizamos, mas cuando venga lo que es perfecto, se evacuará lo que es en parte (1 Cor 13)». Ofrezcamos digna alabanza en la confesión de la boca y en la devoción del corazón. Pues la piadosa contrición del corazón nace del recuerdo de los pecados y del temor del juicio futuro; la justa operación, del amor a la virtud y de la confianza de la esperanza; la alabanza y la

jubilación, del afecto de la caridad y del recuerdo de los beneficios de Dios.

Hay tres recuerdos del pecado: el primero afectivo y deleitoso, que es malo; el segundo exasperante y punzante, que es útil; el tercero glorioso, que es el de los perfectos. El afectivo es aquel por el cual se afecta el hombre recordando las ollas de carne de los egipcios, cuán deliciosa y suavemente vivió (Ex 16), y cuán arduo es el camino que ha de emprender. El recuerdo punzante es el de quien recuerda cuán sórdida y flagiciosamente vivió, no para volver a lo anterior, sino para llorarlo dignamente y ponerlo ante sí, de donde David: «Mi pecado está ante mí siempre (Sal 50)». El tercer recuerdo, que se llama glorioso, es cuando el hombre, remeditando quién fue y por qué gracia fue librado del lago de la miseria y del lodo de las heces, da gracias diciendo: «No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria (Sal 113)». Y con los israelitas librados de la servidumbre egipcia, canta con júbilo diciendo: «Cantemos al Señor, pues gloriosamente ha sido honrado, al caballo y al jinete arrojó al mar (Ex 15)»; y con Zacarías: «Bendito el Señor Dios de Israel, porque ha visitado y hecho la redención de su pueblo (Lc 1)». Estas son las cosas que debemos ofrecer a Dios.

Estamos también obligados a rendirle los votos que hicimos, según la admiración del Profeta: «Venid y rendid al Señor vuestro Dios». Quien no rinde lo que promete, como que provoca y se burla de Dios. El voto ha de ser rendido íntegro y perfecto, porque de otro modo no satisfaría a

Dios, que exige nuestro voto como deuda propia. De donde también se dice en la ley que un buey y una oveja con la oreja y la cola cortadas los podemos ofrecer voluntariamente (Lev 22, 23). Pero el voto no puede ser pagado con aquellas cosas en las que falta algo de perfección.

«Hizo Dios», dice, «dos grandes luminares (Gén 1)». Cierto es en verdad que Dios en la creación del mundo distinguió el cielo claro con el ornato del sol y de la luna, para que el uno gobernara la vicisitud del día, el otro la de la noche. Pero si escudriñamos más interiormente, hallaremos que nos responde el secreto de la alegoría. Pues la Iglesia lleva la figura del mundo, porque así como el mundo subsiste de cuatro elementos, así la Iglesia se une por la cuaternaria doctrina del Evangelio. Tiene, pues, la Iglesia su día, tiene también la luna en la noche. El día de la Iglesia es el tiempo de la paz; la noche de la Iglesia es la tempestad de la persecución. Pero el sol en el día de la Iglesia es la sabiduría; y la luna en la noche de la Iglesia es la paciencia. Con estas luces pintó Dios a su Iglesia, para que en la paz no sea imprevista y en la guerra no se halle blanda y quebrantada. Por la sabiduría la Iglesia se protege en la paz de los demonios, por la paciencia se defiende en la guerra de los perseguidores. No claudica la Iglesia, no está inerme; elude sabiamente los argumentos divinos, y sostiene pacientemente los tormentos de los hombres.

Es del todo recta la comparación del sol con la sabiduría, de la luna con la paciencia, porque así como el sol prevalece sobre la luna, así la sabidu-

ría sobre la paciencia. La sabiduría es, pues, el sol, porque ilumina; la paciencia la luna, porque conforta. Con estos gemelos brazos lucha la Iglesia, con el uno postrando a los demonios, con el otro venciendo a los hombres. Hizo, pues, Dios estos dos grandes luminares con los que se adorna la Iglesia, con los que, como con dos ojos, se fortifica la paloma de Cristo.

Disueltas las nieblas de la alegoría, podemos también traer este arroyo de la Escritura para irrigar nuestras costumbres. Pues así como Dios hizo dos grandes luminares en este mundo, así también en el hombre ordenó dos grandes luminares. No le parezca duro a nadie lo que decimos; pues el hombre es otro mundo, por lo cual en la misma lengua griega es llamado microcosmos, esto es, mundo menor, porque fue hecho a semejanza del mundo mayor. Pues así como Dios preside el mundo mayor, de modo que está todo en todas partes; así el alma domina al cuerpo, de modo que está toda en todas partes en el cuerpo.

Tiene, pues, el hombre día, tiene también noche; tiene sol en el día, tiene luna en la noche. El día del hombre es la vida de justicia, la noche del hombre es la vida de maldad. Pero el sol en la vida de justicia es la caridad que preside la vida de justicia; y la luna en la vida del pecador es la penitencia. ¡Oh, cuán claro sol es la caridad, cuyos quince rayos enumera el hijo del sol, el apóstol Pablo, en la Epístola a los Corintios, donde dice: «¡La caridad no tiene envidia, no obra perversamente, no se ensoberbece! (1 Cor 13)». ¡Oh, cuán claro el resplandor de la penitencia! aleja la noche

del pecado porque limpia el nublado de la conciencia.

De esta luna, a saber, la penitencia, hay cuatro rayos: el conocimiento del pecado, el dolor por los pecados, la confesión del pecado y el fruto de la limosna. Primero conviene conocer el pecado, pero no basta; conviene dolerse por el pecado; se ha de añadir también la confesión, porque en vano se duele quien no confiesa; pero a estos se ha de unir el fruto de la limosna, que es el precio del pecado. Por lo cual dice el profeta del impío: «No crea, engañado en vano por el error, que ha de ser redimido por algún precio (Job 15)». Ciertamente el precio del pecado es la limosna. Pero quien siempre da limosna y siempre peca, en vano cree que la limosna le aprovecha. Se ha de interpretar, pues, el vocablo limosna (eleemosyna). El, en hebreo, es Dios, moys en lengua egipcia se dice agua, de ahí eleemosyna, esto es, agua de Dios. Por el contrario podemos ver que el pecado es el fuego del diablo. Por tanto, contra el fuego del diablo opóngase el agua de Dios. Considera, cristiano, tu dignidad y la redención de tu culpa. No la desprecies con mente de fiera. Dios hizo limosna para ti entregando su propio cuerpo a la muerte; haz tú limosna para él alargando un bocado de pan al pobre. Sé primero misericordioso contigo mismo, luego derrama sobre el prójimo el arroyo de la clemencia, para que así, a la par con el prójimo, puedas llegar a la fuente de la misericordia, Jesucristo Señor nuestro, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN LXXII.

IV. EN LA DEDICACIÓN DE LA IGLESIA.

. . . . . verdaderamente es el monte de la fortaleza, se insinúa el estandarte saludable, esto es, la cruz, que con memoria inmortal siempre reverdece, florece y fructifica en las mentes de los elegidos.

Por esto, en verdad, porque en los sagrados altares las reliquias de los santos se asocian al cuerpo del Señor, se muestra el cuerpo de la santa Iglesia unido a su Redentor, y como el esposo con la esposa es colocado en el tálamo del santo altar. Y porque en el Apocalipsis se relata que las almas de los santos mártires fueron vistas bajo el altar de Dios (Apoc 6), conviene muy aptamente que también entre nosotros sus patrocinios sean guardados bajo la mesa del altar visible.

Además, así como en el sepulcro del Redentor se pusieron mirra y áloe (Jn 19), así también aquí se aplica el incienso, por el cual se figura la mortificación del mismo Señor, como él mismo dice: «Cuantas veces comiereis este pan y bebiereis el cáliz, anunciaréis la muerte del Señor hasta que venga (1 Cor 11)». Digno es, pues, que en el altar sobre el cual el cuerpo del Señor es inmolado continuamente, su muerte sea anunciada también por los enigmas de las cosas invisibles.

También en las paredes de la basílica imprimimos en el circuito doce signos de la cruz con el santo crisma y fijamos otras tantas velas, para mostrarla ungida con el ungüento del Espíritu

Santo e ilustrada divinamente por las doctrinas de los apóstoles mediante estos signos invisibles.

Hay también algunas otras cosas, hermanos míos, que en las consagraciones de las iglesias aplicamos razonablemente por causa de un cierto misterio, como es el vino, el hisopo, la sal, las cenizas, los polvos, el fragmento de piedra roja. Todas las cuales, por cierto, omitimos exponeros por orden, por qué se aplican, para no gravar vuestra caridad con discursos prolijos. Sin embargo, las recorremos brevemente tocándolas, para producir al menos una tenue línea de entendimiento más pleno. Pues así como el agua significa el Antiguo Testamento, así también el vino significa el Evangelio, que el Señor expresó entonces cuando, constituido en la solemnidad nupcial, cambió el agua en vino (Jn 2).

Y así como aquellos licores se mezclan juntos en la consecración de la Iglesia, así sin duda es digno que ambas leyes se versen continuamente en nuestro corazón. También se introduce la sal juntamente, para que el insípido sabor de la ley antigua sea enseñado como condimentado con la sal de la inteligencia evangélica. Por lo cual, cuando los ciudadanos de Jericó se quejaban de las aguas amargas de aquella tierra, dijo Eliseo: «Traedme una vasija nueva y poned en ella sal. Quienes habiéndola traído, habiendo salido él a las fuentes de las aguas, puso en ella sal y dijo: Esto dice el Señor: He sanado estas aguas, y no habrá en ellas más muerte ni esterilidad. Sanadas fueron, pues, las aguas hasta el día de hoy, según la palabra de Eliseo que habló (4 Rey 2)». Por

lo cual se designa que el agua amarga de la ley antigua había de ser convertida en dulzura por el espiritual entendimiento del Evangelio. El hisopo, por su parte, que purifica los secretos del pecho, designa la fe, de la cual ciertamente dice el Apóstol: «Purificando sus corazones por la fe (Hech 15)». En la ceniza, en verdad, se significa la humildad, por la cual ciertamente Abraham hablando con Dios dice: «Hablaré a mi Señor, siendo yo polvo y ceniza (Gén 18)». Por la especie del fragmento rojo se insinúa el fervor de la caridad. De aquí es que Adán es llamado tierra roja, a saber, para que en el vocablo del primer hombre aprenda el hombre que, por ser tierra, viva humildemente; y porque se dice rojo, no se entibie por el fervor de la doble caridad. Todas las cuales cosas, por cierto, se mezclan visiblemente en la dedicación de la Iglesia para que seamos enseñados a guardar su místico entendimiento en nuestra mente. Y porque nosotros ciertamente somos la Iglesia, por las especies visibles y corpóreas se designa místicamente qué sacramentos de virtudes espirituales deben estar en nosotros. Esto entretanto os baste conocer, para que por estas cosas que decimos podáis conjeturar también aquellas que callamos.

Veis además, amadísimos, que esta basílica consta de piedras y cemento, la cual si la estructura del muro que se levanta a lo alto se amontona solo de piedras, y no se liga con el gluten de la cal y la arena, al ímpetu de cualquier violencia es necesario que lo que se ha construido se derrumbe. ¿Qué es otra cosa el templo de Dios sino el pueblo

de Dios? ¿Las piedras sino los hombres? ¿Qué el cemento sino el tenaz coágulo de la caridad? De donde dice el Apóstol: «Teniendo caridad, que es el vínculo de la perfección (Col 3)». Así como, pues, la estructura mural construida sin cemento se derriba por los vientos que soplan, así el edificio de una buena obra se desploma pronto ante cualquier ímpetu de tentación si no se sostiene por el coágulo de la caridad paterna.

Para que, pues, amadísimos, la estructura de nuestra santa obra permanezca, el Espíritu de Dios os conecte en la coyuntura de la caridad fraterna. Pues no todos los que parecen tener el nombre cristiano merecen llegar a Cristo; ni todos los que tienen la sociedad de la Iglesia pertenecen verdaderamente a la unidad del cuerpo eclesiástico. Pues el tabernáculo de la alianza, que entonces prefiguraba la Iglesia de Cristo, lo construyeron juntamente Bezeleel, hijo de Urí, de la tribu de Judá, y Ooliab, hijo de Ajisamec, de la tribu de Dan (Ex 31). Pero todos sabemos claramente que de la tribu de Judá nació Cristo, pero de la tribu de Dan ha de nacer el Anticristo. Así, de los miembros de ambos consta ahora la Iglesia universal, pero solo por la caridad se discierne quién ciertamente se cree que pertenece por mérito a Cristo, quién al Anticristo. De donde también Bezeleel se dice en la sombra de Dios, porque quienquiera que sigue verdaderamente a Cristo, por la sombra del Espíritu Santo, del cual él fue concebido en el útero de la Virgen, se templa del ardor de los deseos carnales. Ooliab se interpreta protección de mi padre, puesto que el Anticristo

con sus miembros ciertamente se protege con el testimonio de sus padres, esto es, de los antiguos judíos, mientras guarda los mandatos legales según la letra, y dogmatiza mentirosamente que han de ser observados carnalmente según la tradición de ellos.

He aquí, amadísimos, el tabernáculo de Dios que ahora construimos por la sociedad de la común concurrencia, y llenamos suficientemente el templo de Dios con la concurrencia corporal, es más, también nosotros mismos hemos sido hechos templo de Dios por la gracia de la nueva regeneración. «Pues el templo de Dios es santo, dice el Apóstol, el cual sois vosotros, y el Espíritu de Dios habita en vosotros». Donde es terrible lo que pronto se añade: «Si alguno violare el templo de Dios, Dios le destruirá (1 Cor 3)». Un templo, a saber, cualquier basílica material y terrena, a veces se contamina por el polvo o por cualquier ligera suciedad; a veces se viola por la efusión de sangre, o ciertamente por algún grave crimen cometido; pero cuando solo el excesivo polvo se amontona, o alguna tenue polución ensucia la limpieza del pavimento, se barre con una ligera rama que se ha introducido, y así se devuelve a la limpieza anterior lo que fue ensuciado. Pero si se salpica con la contaminación o de un homicidio, o de un gravísimo crimen, lo cual no suceda, es necesario que se instaure de nuevo por el oficio del sumo sacerdote. Nosotros ciertamente en el día del sagrado bautismo fuere hechos templo por la santificación del Espíritu de Dios; pero si somos tocados por la contaminación o de una palabra

ociosa, o de cualquier pequeña culpa, es fácil que seamos purificados por la satisfacción de una leve penitencia. Pero si nos sucediere haber incurrido en la lepra de una grave culpa, se ha de acudir pronto a la madre Iglesia, se ha de suplicar al pontífice, para que el templo de nuestra alma, que se ve violado y destruido por un enorme crimen, sea instaurado de nuevo por el oficio de la autoridad sacerdotal y el remedio de la digna satisfacción.

Ni hay duda de que aquella instauración del templo espiritual, que se exhibe por el oficio del sacerdote visible, se cumple intrínsecamente por el efecto de la virtud y el poder divino; y Cristo Jesús, que es el verdadero Rey y Sacerdote, lo que considera desplomado o destruido en el hombre por el arte del espíritu maligno, lo renueva y reforma para mejor por la largueza de una gracia más plena. Lo cual también la instauración del templo de Jerusalén había significado entonces, la cual se lee que fue hecha bajo Darío, rey de los persas, por Zorobabel, hijo de Salatiel, caudillo a saber de Judá, y Jesús (Josué), hijo de Josedec, el sumo sacerdote (1 Esd 3). Pues así como entonces Nabucodonosor, rey de Babilonia, había destruido el templo de Jerusalén cautivando al pueblo, así el espíritu de maldad, que es poseedor de la íntima confusión, a menudo cautiva el alma humana de su propia libertad, y así contamina el templo de Dios con la perversa suciedad de la concupiscencia.

Y así como por Zorobabel y Jesús, a saber, la persona real y sacerdotal, fue restaurado entonces el templo, así el alma del hombre, desploma-

da por el impulso del furor del antiguo enemigo y violada torpemente por su astucia, se levanta por la virtud de nuestro Redentor, que descendió de ambas estirpes, y se reforma no solo en lo que había sido, sino también en la plenitud de una gracia más amplia. De donde también por el profeta Ageo se dijo de aquel templo de piedra: «Grande será la gloria de esta última casa más que la de la primera; y en este lugar daré la paz, dice el Señor Dios de los ejércitos (Ag 2)». Entonces aquel sacerdote de los pontífices y Rey de reyes entra para poseer perpetuamente su templo, y no solo lo purifica de la contaminación del crimen perpetrado, sino que también lo ilustra con la gloria de la continua habitación en adelante. Como se dice por el mismo profeta: «Y vendrá el Deseado de todas las gentes; y llenaré esta casa de gloria, dice el Señor de los ejércitos (Ibid.)».

Exhortamos pues, amadísimos, y amonestamos saludablemente la prudencia de vuestra santa devoción, para que si conocéis el templo de vuestro pecho o bien corrompido por el arte del antiguo enemigo, o también polucionado por la contaminación de cualquier gravísimo crimen perpetrado, acudáis a aquel pontífice que principalmente obtiene el poder de la restauración y de toda la salvación humana; arrojad del cubículo de vuestra mente las suciedades de la depravada concupiscencia, mitigad los aguijones del furor y de la ira por la mansedumbre de la paciencia, expelled el veneno de la petulante lujuria, apartad la oscuridad de los vanos pensamientos por

la intuición de la superna contemplación; y así, arrojadas lejos las suciedades de todos los vicios, sucedan los ornamentos de las virtudes espirituales, por los cuales deleitado dulcemente, Dios omnipotente construya en vosotros aquel domicilio en el cual sea él mismo la cumbre a la vez y el fundamento. La cumbre ciertamente, como está escrito: «La piedra que desecharon los edificadores, esta ha sido hecha cabeza de esquina (Sal 117)». El fundamento en verdad, como se dice: «Pues nadie puede poner otro fundamento fuera del que está puesto, Cristo Jesús (1 Cor 3)».

No sea, pues, vuestra mente, amadísimos, un almacén de mercancías, no un tesoro de codicia, no una arena de guerreros. Pues cualquier cosa que trates diligentemente en tu conciencia, esto mismo eres tú también en la estimación divina. Pues todo deseo nuestro, ya sea de bien o de mal, se ve representado en nuestra mente ante el divino acatamiento. Además, si en ti hierve la llama de la libido, tu mente es una casa de fornicación, no una casa de oración; si hay en ella fomento de envidia y de odio, no parece ser domicilio de paz, sino campo de certamen. Sea, pues, nuestra mente no un horno de obscena lujuria, no una sentina de pasiones carnales, no finalmente un revolcadero de vicios, sino sea, con el auxilio de Dios omnipotente, una sala de virtudes espirituales, la cual el mismo habitador superno se digne visitar y habitar en el templo del pecho a él dedicado, como promete por el profeta diciendo: «Andaré en ellos, y habitaré y seré su Dios (2 Cor 6)», que vive y reina en la Trinidad perfecta, un

solo y verdadero Dios por los siglos de los siglos. Amén.

SERMONES MORALES. Sermón sobre el vicio de la lengua. Sermón sobre el certamen espiritual. Sermón sinodal.

SERMÓN LXXIII.

SOBRE EL VICIO DE LA LENGUA.

Cuando el piadoso cobrador acepta cualquier mercancía que se ofrece bajo documento de caución, está seguro el deudor que queda obligado. Así, pues, hermanos carísimos, así ciertamente, cuando os veo atentos a escuchar de buen grado lo que se profiere de la penuria de mi rusticidad, cobro fuerzas más pronto para devolveros después la deuda del sermón prometido. Y porque por el círculo de toda la semana, constituidos singularmente en vuestras celdas, habéis sido saciados con los abundantes manjares de la Sagrada Escritura, reciba ahora vuestra alma de las manos de nuestra servidumbre como unas viles manzanas para comer, para que después recurra a los manjares anteriores con tanta más avidez cuanto más hambrienta.

Cuidad, pues, hermanos míos, cuando os reunáis, de procurar caminar honesta, grave y morosamente, para que, ostentando las insignias de la debida mortificación, podáis concordar entre vosotros mismos quieta y pacíficamente en la caridad fraterna, y ofrecer ejemplos de santa conversación a los que llegan de fuera; pero sobre todo resistid severa y vigilantemente al vicio de

la locuacidad, y aplicad al prurito de la lengua el freno de la sobria moderación, no sea que, lo cual no suceda, perdáis en el espacio de una breve hora hablando cosas ociosas lo que habéis adquirido durante muchas horas orando, y ahora fluya ligeramente de la lengua lo que después oprima gravemente la mente en la penitencia. Pues a menudo, entre los demás alimentos, se traga quizá una sola cosa por quien come, que ocupando el estómago por varios días después, apenas se digiere. Así ciertamente entre muchas palabras que proferimos indiscretamente, es imposible que no salga alguna vez algo por lo que sintamos oprimido el estómago de nuestra mente, y por esto no pueda digerirse fácilmente, porque entregado al olvido no puede borrarse del pensamiento. Pues algunos de los hermanos, después que recuerdan haber callado por algún tiempo más largo, presumiendo una cierta seguridad como del mismo silencio, pronto se deslizan a proferir cualesquiera cosas vanas y ligeras, y no para los indicios de la necesidad, sino más bien para la petulancia del placer sueltan sus bocas indiscretas. Por los cuales ciertamente es muy de temer no sea que ofendan más a Dios con el vicio de la verbosidad que fluye vanamente de lo que antes le habían aplacado con la censura de su silencio. Pues a Dios, a quien tanto callando como insistiendo en las oraciones quizás habían merecido recibir en sí mismos antes, ahora vacando en fábulas y sermones ociosos no temen perseguirle tanto más peligrosamente cuanto más de cerca.

Oigan, pues, lo que Pablo dice a los efesios: «Ninguna palabra mala», dice, «salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la edificación de la oportunidad de la fe, para que dé gracia a los oyentes (Ef 4)». Y porque algunos alegran a Dios antes viviendo bien, pero después le entristecen hablando cosas superfluas y perversas, al punto añadió: «Y no queráis entristecer al Espíritu Santo de Dios, en el cual habéis sido sellados para el día de la redención (Ibid.)». Consideren los míseros qué alegría les puede sobrevenir halagadora en los vanos sermones, por los cuales saben que entristecen no a un poderoso del siglo, ni siquiera a cualquier hombre santo, sino al mismo Espíritu Santo, que sin duda alguna es Dios.

Con cuánto estudio de cautela deba ser frenada la procacidad de la lengua, si alguno desea saberlo, atienda entre qué crímenes es numerada por el mismo maestro de las gentes: «La fornicación —dice— y toda inmundicia, o avaricia, ni siquiera se nombre entre vosotros, como conviene a los santos, o la torpeza, o el hablar necio, o la bufonería, que no viene al caso (Ef 5)». Pues donde entrelazó la fornicación, la inmundicia y la avaricia, allí también nombró indiferentemente la bufonería y el hablar necio, para que manifiestamente se dé a entender que el mal de la lengua está unido en la ofensa a los crímenes más graves, de los cuales no está separado en la prohibición misma. ¿Qué puede ser peor que el vaniloquio, que no solo por sí mismo grava letalmente al alma infeliz, sino que también vacía la religión misma de la vida honesta, que unió al hombre

con Dios, como testifica Santiago, quien dice: «Si alguno piensa que es religioso, no refrenando su lengua, sino seduciendo su corazón, la religión de este es vana (Sant 1)». Por cuyas palabras ciertamente consta más claro que la luz que toda nuestra religión es reducida a nada, si no se reprime con solercia la lascivia de la lengua inmoderada. El cual de nuevo dice: «Quien no ofende en la palabra, este es un varón perfecto (Sant 3)». Si la perfección del varón se pone en la custodia de la palabra, ciertamente es patente que por el descuido de la locuacidad desenfrenada, toda composición incluso de la vida perfecta se disipa. Y si queremos inspeccionar el asunto diligentemente, la lengua peca por lo común peor que la vida; pues aun si nos proponemos custodiar nuestra alma con vigilante cuidado, sin embargo, porque somos propagados de la carne con pecado, impidiéndolo muy a menudo la misma flaqueza de la carne, pecamos. Pero cualquier cosa que se delinque en la conversación humana se expía con el remedio de la fructuosa penitencia y con frecuentes oraciones.

Consideremos, pues, hermanos carísimos, cuán grave es delinquir con la lengua, la cual, como intérprete de un corazón compungido y amargo, suele orar eficazmente por nuestros delitos, y volverla rea y obnoxiosa al divino acatamiento por el vicio de la más vana locuacidad, la cual ciertamente persistiendo en la pureza de su limpieza podía obtener el perdón para nuestras culpas. Por lo cual no sin mérito se dice por el varón Sabio: «El golpe del azote hace un

cardenal; pero el golpe de la lengua desmenuzará los huesos (Ecli 28)». He aquí que la lengua no tiene huesos, y desmenuza los huesos, porque cuando fluye ligeramente por palabras ventosas, corrompe los hechos fuertes y robustos de nuestra virtud. Pues como la muerte y la vida están en la mano de la lengua (Prov 18), mucho hay que precaver el vicio que también se dice que usa la mano para herir, por lo cual sea degollada el alma del que habla vanamente. Por lo cual no sin mérito el mismo Sabio de arriba dice: «Muchos cayeron al filo de la espada, pero no tantos como los que perecieron por su lengua (Ecli 28)».

Dos cosas son necesarias a cada uno que desea guardarse de la peste de esta maldad: a saber, que tanto reprima su propia boca de los sermones superfluos como también cierre sus oídos a las ineptas confabulaciones de la locuacidad ajena, puesto que este virus no solo infecta letalmente a aquellos de quienes nace, sino que también corrompe con perniciosa podredumbre a aquellos en quienes se derrama. Por lo cual está escrito: «Seto tus oídos con espinas, y no quieras oír la lengua inicua; y a tu boca ponle puertas, y cerrojos a tus oídos; funde tu oro y tu plata, y a tus palabras hazles una balanza, y frenos rectos a tu boca, y atiende no sea que resbales con la lengua, y caigas a la vista de los enemigos que te acechan, y sea tu caída incurable hasta la muerte (Ibid.)». Pero Salomón dice: «Quien custodia su boca, custodia su alma; pero quien es inconsiderado para hablar, sentirá el mal (Prov 13)». Pues no se debe creer, hermanos míos, que los santos doctores del

Nuevo y del Antiguo Testamento hayan proferido tantas sentencias contra el vicio de la lengua sin causa. Pues si no conocieran que en esta enfermedad hay un peligro inmenso, de ninguna manera disputarían contra esta tan austera, tan aguda, tan múltiple y tan uniformemente.

Pues para pasar por alto los demás testimonios de la Sagrada Escritura, ¿a quién no aterrorizaría aquella trompeta apostólica, que truena terriblemente sobre esta perdición, diciendo. «Ved —dice— cuán pequeño fuego qué gran selva enciende, y la lengua es un fuego, un mundo de iniquidad; la lengua se sitúa en nuestros miembros, la cual mancha todo el cuerpo, e inflama la rueda de nuestra natividad, inflamada por el infierno (Sant 3)». Pero no sin mérito la lengua es llamada fuego, porque como dice Salomón del insipiente: «La apertura de su boca es una inflamación (Ecli 20)». Si, pues, la lengua es fuego, que enciende toda la selva de nuestras virtudes, si es un mundo de iniquidad, si contamina todo el cuerpo con su suciedad, si inflama la rueda de nuestra natividad, esto es, si devora todo el mérito de esta vida inestable nuestra con el incendio de su condenación, si uno no custodia su lengua con discreta moderación, ¿quién podrá presumir de sobriedad, quién de castidad, quién de ayunos, o vigilias, o jactarse de alguna buena obra?

Pongamos, pues, hermanos carísimos, un freno a nuestra boca; no salgan de ella palabras bufonescas, no irrumpan fomentos de alegría fluyente; no muerda nuestra lengua detractivamente la vida del hermano débil; no ensalce

precipitadamente las obras del que corre bien bajo la incertidumbre de esta vida; no recite vanamente hechos o dichos pasados; no narre pestilencialmente entre los hermanos lo que hacen los seglares; observemos también nosotros lo que Pablo prescribe a los colosenses diciendo: «Vuestra palabra sea siempre en gracia, sazonada con sal, para que sepáis cómo os conviene responder a cada uno (Col 4)». Sea, pues, nuestra lengua modesta, sobria, discreta, pudica; sea la saliva de nuestra boca virgen al crecer el día, y si no se ofrece ocasión de utilidad, consérvese incorrupta hasta mañana o pasado mañana.

Lleváis, hermanos míos, con vosotros, lleváis la llave de la celda, llevad también la llave de la lengua; oponéis el cerrojo a la puerta, aplicad vínculos saludablemente a vuestra boca. El cazador de aves no suelta el halcón si no ve el ganso, ¿y el monje soltará su lengua si no asiste la necesidad de hablar? El cazador se digna no soltar al cachorro si no aparece la liebre; ¿tendrá el monje en menos su lengua, que suelta inútilmente para la salvación o provecho de nadie? Suda la piedra en la mano de los que atacan las murallas, ¿y volará en vano la palabra de la boca del que está en la disciplina de la santa milicia? El arco no se tensa en vano con los cuernos doblados, ¿y la boca racional se abrirá para derramar por doquier cosas superfluas? Se perdona al carcaj para que de él no salga ligeramente la flecha; ¿no se perdona a la lengua para que no inflija una palabra mordaz contra cualquiera como un golpe de herida?

¿Qué decimos a esto, hermanos; con qué argumentación defendernos, con qué artificiosa excusa podemos purgarnos? ¿Acaso no es más fácil y tranquilo hacer que hablar? ¿Acaso no es más laborioso para la lengua discurrir por tantas palabras de prolija locuacidad que permanecer quieta en su silencio? Por lo cual no sin mérito se dice de algunos por Jeremías: «Enseñaron a su lengua a hablar mentira; trabajaron para obrar inicuamente (Jer 9)». Pues se dice que trabajaron para obrar inicuamente quienes callando ciertamente habrían descansado mejor sin pecado. Y si por ventura a algún hermano le deleita fatigarse continuamente con la lengua, oiga lo que Pablo dice a los corintios: «¿Qué hay, pues, hermanos? cuando os reunís, cada uno de vosotros tiene un salmo, tiene una doctrina, tiene una revelación, tiene una lengua, tiene una interpretación: hágase todo para edificación (1 Cor 14)».

Si, pues, a alguno le cansa reprimir su lengua con la rígida censura del silencio, estudie ejercitarla saludablemente orando, salmodiando, leyendo, o también profiriendo palabras de edificación, no sea que para quien ahora arde la lengua en la concupiscencia de hablar, sea después quemado en la pena de su condenación. Pues tampoco se debe oír negligentemente que aquel rico pedía que se refrescara su lengua, porque era atormentado en la llama (Lc 16). Pues porque, según la sentencia apostólica, la lengua humana se dice ahora que es inflamada por el infierno, esto es, por los habitantes infernales (Sant 3); no sin mérito es después entregada a las llamas

vengadoras, mereciendo ser quemada juntamente con ellos. Por lo cual no incongruentemente se dice de la lengua perversa por el varón Sabio: «En su llama —dice— no quemará a los justos. Los que abandonan a Dios caerán en ella, arderá en ellos, y no se extinguirá, y será enviada sobre ellos como un león y como un leopardo los herirá (Ecli 28)». Aquello también de cuánta pavor, de cuánto terror debe sernos lo que la Verdad dice: «Toda palabra ociosa que hablaren los hombres, darán cuenta de ella en el día del juicio (Mt 12)».

Oiga la lengua vanilocua, oiga la lengua ociosa, oiga la lengua sarnosa. Sarnosa, digo, la lengua que padece como una sarna y prurito, si no se rasca siempre de algún modo con la uña aguda de la locución superflua. Oiga y estremezcase, entienda y horrorícese ante tan terrible sentencia. Oiga el terror del juicio de la boca de aquel mismo que ha de juzgar. ¿O acaso no tiene oídos para poder oír, ella que también tiene mano para poder matar? «Pues la muerte y la vida están en la mano de la lengua (Prov 18)». Oiga, pues, lo que se dice de la boca de la Verdad; y discuta con sutil meditación lo que amenaza: «Toda palabra ociosa —dice— que hablaren los hombres, darán cuenta de ella en el día del juicio (Mt 12)». Pongamos, pues, que la palabra ociosa, si es lícito decir contra las sentencias de la Sagrada Escritura, sea un pecado leve y del todo exiguo, ¿pero qué se halla más breve que un grano de mijo? ¿qué más leve que una pluma? Sin embargo, si se congrega una multitud innumerable de plumas o de mijos, es necesario que la cerviz del que

los lleva, oprimida excesivamente como bajo una pesada piedra, se rompa. De las piedras húmedas también destila una gota tenue y rara, pero si se permite que el vaso esté debajo por un espacio más largo, se halla tan lleno como si corriera una onda profluente. Pequeños ciertamente pero innumerables mosquitos superaron la fuerza del soberbio Faraón y de todo Egipto (Ex 8). Breve tiempo es una hora, pero mientras una hora se une a otra hora en continua sucesión, se llena el curso de toda nuestra vida.

Nadie, pues, se engañe a sí mismo, hermanos míos; sino que el pecado que juzga ser leve mientras lo pesa, parezca grave en su estimación cuando lo cuenta. Pues ¿qué más duro que la piedra? ¿Qué más líquido que el agua? y sin embargo se dice por un cierto sabio (Ovidio): La gota cava la piedra, el anillo se consume por el uso.

Ciertamente toda la solidez y fortaleza de nuestra alma se destruye, si se desgasta por los asiduos flujos de palabras inundantes y en cierto modo pluviales, aunque alguno afirme haber pecado levemente, cuando el Apóstol dice: «Quien traspasa la ley, deshonra a Dios (Rom 2)». Además, el acostumbrado a palabras ociosas parece obnoxioso a una doble culpa sin duda alguna, pues tanto desecha las divinas alabanzas, a las cuales la condición humana es asiduamente provocada, como insiste en la locuacidad superflua, de la cual es prohibido, como dice Jeremías de algunos: «Dos males hizo mi pueblo. Me abandonaron a mí, fuente de agua viva, y se cavaron para sí cisternas rotas, que no pueden contener

las aguas (Jer 2)». Cuyas palabras del profeta ciertamente pueden entenderse no inconvenientemente también de los que hablan cosas ociosas, quienes ciertamente abandonada la fuente de agua viva, esto es, pospuesta la palabra de vida, hacen de sus bocas cisternas, de las cuales profieren palabras no del hombre nuevo, sino del viejo, del mismo modo que proferían no agua reciente de la fuente, sino más bien agua de sentina de la cisterna; y porque no saben reprimir sus labios con moderada discreción, las cisternas rotas no pueden contener el agua.

Ciertamente se debe notar que, así como un ave que vuela se posa en la rama de cualquier árbol, así la mayoría de las veces el espíritu maligno, viniendo, se asienta en la lengua del que habla inconsideradamente, y sugiere que algo desordenado fluya por subrección en el decurso del habla; de donde después, viniendo como materia de lucha congregada, pueda impugnar el corazón del hombre. Vuelva cada uno de vosotros dentro de su conciencia, hermanos carísimos, y reconózcase en lo que decimos. Pues a menudo hablamos algo negligentemente; por lo cual después, volviendo a la custodia de nuestro silencio, padecemos tanta molestia de pensamientos que nos asaltan que apenas podemos tolerarla. Y se arrepiente uno ciertamente del todo de haber proferido cosas nocivas tan incautamente, pero el remedio no ocurre, porque lo que una vez ha sido emitido, no podemos revocarlo. Según lo que dice Flaco: Y vuela la palabra irrevocable una vez emitida.

Oramos, salmodiamos, pero no podemos arrancar de nuestro corazón el acúleo de aquella espina fijada en él. Entonces el antiguo enemigo, cuando ve nuestra mente versar en tan gran torbellino, vencedor e insultante se goza de recoger como los frutos de su trabajo, que recuerda haber sembrado en la tierra mal fecunda de nuestra lengua; en cuyo hecho, ciertamente, ¿qué otra cosa imitan sino al tordo, que muere de aquello que digiere? Pues de su estiércol nace una planta, de cuyo humor se confecciona el muérdago, con el cual después él mismo es capturado, y se actúa de aquello que antes había sido su alimento, para que él mismo sea después alimento ajeno.

Así pues, cuando proferimos cosas inmundas y vanas, ¿qué otra cosa hacemos sino fraguar lazos para nosotros mismos hablando, con los cuales seamos después capturados por los astutos cazadores, esto es, los espíritus malignos? Pero a menudo nuestro habla genera lucha no al que habla sino al que oye, de tal modo que enciende vehementemente su corazón en el odio de aquel que había proferido palabras contrarias, y, si hay facultad, se prepara a responder no tanto palabras a las palabras como a los actos de mala retribución. Pero estas cosas nos parecen despreciables y leves en la confabulación misma de las palabras, pero cuando recurrimos a los secretos de las oraciones, reducidas al punto a la memoria, las juzgamos del todo duras e intolerables.

Por lo cual, amadísimos hermanos míos, estudiemos reprimirnos a nosotros mismos dentro de los claustros del silencio, y cohibir nuestras

lenguas de elocuciones vanas e inútiles. Pues nuestra alma es la esposa del rey superno, la cual, recibido el sello del Espíritu Santo, está dotada con el sello de la fe. Permanezca, pues, virgen en sus penetrales, no salga indecentemente al público, no saliendo por el umbral de la boca, no se derrame vanamente en palabras superfluas y seculares, no sea que si el esposo la ve desviarse de la modesta gravedad de su pudicicia, alguna vez reprendiéndola, diga: «Si no te conoces, oh bellísima entre las mujeres, sal y vete tras las huellas de los rebaños (Cant 2)». Resida, pues, en su alcoba al modo virginal, tenga cerrada la puerta de la boca, y nunca proceda a hablar sino aquellas cosas que pertenecen a esperar el advenimiento del esposo celestial; reprímase bajo la sombra del silencio, no sea que parezca descolorida; escóndase de todo el calor del negocio secular, para que no sin mérito pueda cantar con voz alacre: «Bajo la sombra de aquel a quien deseaba me senté, y su fruto fue dulce a mi garganta: el rey me introdujo en la bodega, ordenó en mí la caridad (Ibid.)».

Suelen las esposas de los nobles revolver en sus bocas diversas especies de pigmentos masticándolos, para que a los pretendientes que llegan puedan oler más fragante y suavemente. Aborrezca también del todo nuestra alma las cebollas, los ajos y cualquier cosa que hierve con la acritud de la prudencia terrenal; pero contienda por oler siempre a la casia de la oración asidua, a la estacte de la sagrada lección, a la canela de las salmodias y a todos los aromas del perfume espiritual. Sea Cristo todo lo que habla; todo en lo que

se deleita, todo lo que saborea, todo lo que vive; respire a Cristo, pida a Cristo, arda por Cristo, pronuncie a Cristo con la boca, trate de Cristo con la asidua meditación del corazón. No sepa amar a otro, por él solo se encienda con todas sus entrañas. Clámele con las más altas voces del deseo, provóquele a venir a ella con suspiros y frecuentes gemidos; adornada con diversas virtudes, invítele por su propia belleza a entrar en ella; para que cuando sienta venir a ella a aquel por quien arde, por quien se angustia, por quien anhela, al punto gratulabunda exclame alacremente diciendo: «Voz de mi amado que llama: ábreme, hermana mía, amiga mía, inmaculada mía (Cant 5)»; y después añade: «Me levanté para abrir a mi amado». Feliz el alma en cuya alcoba entra aquel esposo celestial, y se une a él con el vínculo indisoluble del amor perpetuo: la cual ciertamente celebra sin intermisión el convite nupcial, y goza de una copia infaltable de banquetes celestiales. Feliz, digo, el alma que, mientras es regada por el rocío de la divina gracia, pronto es fecundada por la prole celestial. Así ciertamente desecada para la carne, germina para sí, muerta para el mundo, vive para el Dios vivo, y para el que reina por los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN LXXIV.

SOBRE EL CERTAMEN ESPIRITUAL.

Si queremos considerar diligentemente, hermanos carísimos, de dónde venimos y a dónde somos llamados, no hay en nosotros fuerzas nin-

gunas con las que podamos ser suficientes para dar gracias a Dios. Pues nosotros somos los hijos de Israel, que servimos al Faraón en Egipto (Ex 3), que éramos oprimidos por el gravísimo imperio del rey soberbio. Pues el príncipe de este mundo se goza en desgastarnos incesantemente bajo el yugo de hierro de su servidumbre, y en ocuparnos siempre en los oficios de las obras serviles. Nos obligaba a cocer ladrillos, porque nos dictaba fabricar para él un edificio terreno en lugar de construir para Dios un templo con las piedras preciosas de las virtudes. Pero he aquí que ya el Dios de nuestros padres, Dios bendito por los siglos, nos rescató de Egipto, esto es, de las tinieblas de la vida vieja, nos absolvió del vínculo de la dominación tiránica, y nos introdujo fielmente en la tierra de promisión. Pues en la tierra de promisión ya hemos entrado desde que, despreciado el deseo del mundo, pusimos la confianza de la firme esperanza en la eternidad; y ya poseemos en la esperanza lo que después hemos de tener en realidad por la gracia de Dios. En esta tierra ciertamente ya habían sido introducidos por la gracia de la esperanza aquellos a quienes Pedro decía: «Vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo de adquisición, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable (1 Pe 2)».

Pero porque hemos entrado en esta tierra, bajo la guía de la divina gracia, ya no debemos vacar al ocio, ni ceder al torpor o a la desidia; no es sano entregarse al sueño o a una seguridad incauta. Conviene, pues, que siempre ceñidos con las

armas de las virtudes, vigilemos continuamente para nuestra custodia, y luchemos acérrimamente contra nuestros crudelísimos enemigos. Pues por la guerra se llega a la paz, por el trabajo se pasa al descanso. No hay victoria sin lucha, ni sin victoria se alcanza la corona. Tenemos, además, enemigos internos, con los cuales, si no queremos perecer, nos vemos obligados a luchar infatigablemente y sin intermisión alguna. Ciertamente a nuestros enemigos, contra los cuales siempre asistimos en la línea de batalla, no nos dividen terraplenes interpuestos, no nos separan murallas torreadas, no fluyen de por medio ríos profundos, ni se oponen montes escarpados para que no se enfrenten de cerca. Siempre están con nosotros, porque habitan en lo íntimo de nuestra mente. Pues son siete los vicios principales, de cuya semilla viperina nacen las demás pestes de los vicios, como proles no menos venenosas; los cuales son la soberbia, la avaricia, la vanagloria, la ira, la envidia, la lujuria y la tristeza. Sobre estos omitimos disputar diligentemente, porque encontramos que la mayoría de los tratadistas de la sagrada elocuencia han dejado múltiples sentencias sobre ellos.

Baste ahora solo afirmar esto: que quienquiera que descuide combatir contra estas cosas, quienquiera que descuide superarlas con el auxilio de Dios, nunca podrá existir como vencedor en la milicia espiritual, nunca podrá llegar a la corona de la victoria: «Pues no será coronado sino el que legítimamente haya combatido (2 Tim 2)». Estas son, en fin, las naciones que Moisés mandaba al

pueblo israelita extinguir y borrar de la faz de la tierra sin ninguna interposición de pacto: «Cuando el Señor tu Dios —dice— te haya introducido en la tierra en la que entrarás para poseerla, y haya borrado muchas naciones delante de ti, al heteo, al gergeseo, al amorreo, al cananeo, al ferezeo, al heveo y al jebuseo, siete naciones de número mucho mayor que tú y más fuertes que tú, y el Señor tu Dios te las haya entregado, las herirás hasta el exterminio; no harás pacto con ellas ni tendrás misericordia de ellas (Dt 7)».

He aquí que habéis oído, hermanos carísimos, que el Dios omnipotente ha entregado en nuestras manos a las naciones que nos son hostiles, y ya las ha borrado de delante de nuestra faz en la disposición de su providencia. ¿Por qué, pues, nos entorpecemos con un lánguido desgano degenerado? ¿Por qué no arrebatamos la victoria que nos ha sido conferida desde el cielo? ¿Por qué, de aquello que ya está determinado en el examen superno, no cumplimos solo lo que a nosotros nos pertenece? Pues si sopesamos cautamente la serie misma de las palabras, ya vemos a esas mismas naciones postradas ante la sentencia divina, las cuales se nos manda herir y borrar. Pues cuando se dice: «Cuando el Señor tu Dios te introduzca en la tierra que entrarás para poseerla, y haya borrado a las naciones», y poco después añade: «Las herirás», consta más claro que la luz que el Dios omnipotente ya extinguió en su presciencia a nuestros adversarios, a los cuales instituyó para que nosotros los extinguiéramos. Él mismo lucha, e invita a que nosotros venzamos;

él mismo destruye las fuerzas de los enemigos, y nos atribuye el nombre de la victoria. Quiere que nos hagamos vencedores por su virtud, para que pueda coronar por mérito a los que triunfan.

Ninguna desesperación nos quiebre, pues, a quienes la exhortación de la virtud superna provoca a actuar valientemente. Ninguna debilidad de la condición humana se oponga, donde la autoridad de la orden divina fortalece para el combate. Oigamos también nosotros lo que se les dijo a ellos: «Si dijeres en tu corazón: Estas naciones son más que yo, ¿cómo podré borrarlas? No temas, sino recuerda lo que el Señor tu Dios hizo al Faraón y a todos los egipcios, las plagas máximas que vieron tus ojos, y las señales y prodigios, y la mano fuerte y el brazo extendido para que el Señor tu Dios te sacara; así hará con todos los pueblos que temes (Dt 7)». ¿Para qué, pues, desconfiamos por nuestra debilidad, nosotros que tenemos al mismo autor de la virtud como guía y jefe de nuestro encuentro, y él está comprometido por la promesa de la victoria, él que es el jefe y autor de la lucha?

Enciéndase, pues, la mente en el amor del certamen, y proceda al campo para luchar; caliéntense los ánimos ociosos para debelar las cuñas de los enemigos. Ningún pacto intervenga entre nosotros y los adversarios; ninguna ley de paz separada nos componga. Pues no ir a la batalla es inglorioso; pero ir y actuar perezosamente es del todo un peligro de muerte. Pues es mejor no conocer el camino de la verdad, que después de conocerlo volver atrás. Pues algunos, después

de haber tomado los rudimentos de la sagrada milicia, se disuelven en tanta blandura con el ánimo tibio, que aunque parezca que no hacen males, sin embargo no se afanan en sudar por ningún progreso de su alma. Estos ciertamente no se ocupan en vencer el hambre con el ayuno, ni en resistir a las suavidades ofrecidas de los banquetes, ni en soportar la aspereza del frío, ni en anticiparse a las vigilias comunes; los cuales, ciertamente, aunque rechazan usurpar lo ilícito, sin embargo disfrutan suavemente de aquellas cosas que son lícitas. Estos de hecho están constituidos dentro de la sagrada milicia, pero no saben qué es el certamen espiritual. Se cuentan como inscritos entre el número de los soldados, pero se prueban ignorantes del oficio militar. Puesto que ciertamente entre los armados no temen caminar inermes, entre las líneas acorazadas de los guerreros no se avergüenzan de andar perezosamente desceñidos; y por ello caen al primer golpe de cualquier dardo vibrado, porque no están protegidos con ningún escudo por causa de la circunspección; y mejor hubiera sido vivir innoblemente dentro de los cercados de una casa, que perecer como cobardes dentro de las guerras sin ningún título de elogios.

En verdad, los que en el hábito monástico buscan el deleite de la carne, desean exprimir jugo de un leño seco; de cuya blandura y remisión de vivir a muchos les sucede que, sabiendo muchas cosas, no se conocen a sí mismos, y no reconocen plenamente qué rigor pueden ellos mismos padecer: y así sucede que aquellos a quienes les ha sido

dado conocer muchas cosas exteriores, todavía parecen carecer de prueba para conocerse a sí mismos. Pues hemos visto a muchos constituidos desde hace tiempo en el sagrado orden, que aún no sabían qué habrían podido soportar en los ayunos, qué en las vigilias, qué en los demás estudios de la disciplina celestial; y diciendo la Escritura: «El que ignora, será ignorado (1 Cor 14)»; ¿por qué pacto merece ser conocido por Dios, o conocer él mismo a Dios, quien se convence de ignorarse a sí mismo en su obsequio? Por otra parte, el ferviente guerrero, que rodea las murallas con el asedio, se esfuerza por acercarse a los terraplenes, intenta ocupar las empalizadas, y entre aquellos mismos granizos de los proyectiles que arrecian, explora hasta dónde puede irrumpir violentamente.

Aquel que, pues, quiere vencerse a sí mismo, es torpe no tener noticia en la medida de sus propias fuerzas. De aquí es, pues, lo que el Señor dice: «Contended por entrar por la puerta angosta». Pues aún no había recibido el experimento de sí mismo aquel soldado de Dios de quien dice la Escritura: «Que puesta la celada de bronce sobre su cabeza, y vestido de loriga, ceñido también con la espada sobre su vestido, comenzó a probar si podía caminar armado; pues no tenía costumbre, y dijo: No puedo caminar así, porque no tengo el uso, y se los quitó (1 Sam 17)». Pero ya el mismo se había probado doctamente, cuando tomó la espada de Goliat el filisteo envuelta en un manto detrás del Efod, y la llevó consigo huyendo de la faz de Saúl que lo perseguía, diciendo: «Porque

no hay otra espada semejante a ella (1 Sam 21)». En esto está la prueba: en que quien haya progresado en la agonía de la milicia espiritual, si ya siente la más débil contumacia de los vicios contra sí; si reprime fácilmente los movimientos de la carne que surgen en él; si refrena con menor trabajo el estrépito de los pensamientos tumultuosos; si corta las nacientes espinas del halago carnal tan pronto como comienzan a surgir; si corta al punto con la espada del temor divino los cuellos hinchados de la soberbia, de la lujuria y de los demás vicios.

Por lo demás, ¿de qué aprovecha a alguien participar mucho tiempo en la sagrada milicia, a quien veas cojear como bajo los rudimentos mismos del primer aprendizaje, con las manos caídas y la rodilla aún tierna? De la cual disolución de negligencia, ciertamente, el egregio predicador prohíbe a sus discípulos, diciendo: «Levantad —dice— las manos caídas y las rodillas disueltas, y haced pasos rectos con vuestros pies, para que nadie, cojeando, se extravíe (Heb 12)». La mano docta para la batalla llega fácilmente al triunfo; el cuerpo curtido por la loriga se lanza pronto a la lucha. Para el monje, ciertamente, a quien todavía le es imposible reprimir la soberbia, contener la avaricia, extinguir las teas de la envidia, custodiar la mente limpia de la petulancia de la lujuria; que no puede expulsar el veneno de la malicia contra el que lo ofende, que por guardar la censura de la justicia sucumbe al soportar la injuria; ¿qué otra cosa se ha de decir sino que, en cuanto a la profesión ciertamente, ya dio su nombre en la sa-

grada milicia, pero qué sea el certamen espiritual todavía no lo ha conocido plenamente? es más, los que tienden a la perfección deben esforzarse con todas sus fuerzas para que, saludablemente rígidos, aprendan más bien a ignorar estas cosas que a vencerlas. Avergüence a estos, que se profesan estar muertos con Cristo, que los rebeldes movimientos de la carne y las pasiones de los ánimos vivan todavía procazmente en ellos; contra las cuales cosas es necesario luchar como bajo el mismo inicio del encuentro, no sea que cuando sea el tiempo de que ya como veteranos se les permita descansar por derecho, todavía se vean envueltos entre guerras como reclutas.

Aprenda, pues, el soldado de Cristo, mientras todavía es nuevo, a trabar combate; aprenda a oponerse a cada vicio que surja, según lo dicte la situación. Vuelto a una y otra parte con los ojos de la vivaz experiencia, muévase previsor; y a cada uno de los dardos que se lanzan, oponga la cobertura de la defensa, para que derribe la soberbia con la humildad, restrinja la gula con la sobriedad, pise la ira con la mansedumbre, refrene la avaricia con la largueza, extinga el ardor de la libido con el terror del fuego perpetuo, y queme la viga del odio con la llama de la suavísima caridad. Ciertamente Dios se deleita con este certamen, él que sutil y profundamente considera todo lo que es lo que se agita en la mente. Se alegran los ángeles ante tal espectáculo, viendo que la naturaleza humana, en aquello que lucha contra sí misma, se reforma para el consorcio de ellos, de donde había sido expulsada; y riñendo consigo misma

tiende sin duda alguna a la verdadera paz, la cual antaño, consintiéndose mal a sí misma porque no se resistió, perdió.

Y no nos quejemos, hermanos míos, si no vencemos pronto todo según nuestro deseo, si en el conflicto de este certamen sostenemos penurias, trabajos, angustias y el a menudo gravísimo tedio del alma fluctuante. Pues en esto se nos provee por divina dispensación, no sea que por una repentina victoria nuestro ánimo se ensalce en la arrogancia, y caiga más profundamente de su altura, si no al autor Dios, sino a sí mismo atribuye las fuerzas de su victoria. De aquí es, pues, lo que se dice al pueblo israelita por Moisés: «Después de que te afligió el Señor y te probó, al final tuvo misericordia de ti, no fueras a decir en tu corazón: Mi fortaleza y el vigor de mi mano me han prestado todas estas cosas; sino que te acuerdes del Señor tu Dios, que él mismo te dio las fuerzas (Dt 8)». De aquí es también que a menudo la mente, que vence en sí muchas y fuertes cosas, tal vez no expugna una sola cosa, la mínima, aunque vigile solícitamente. Lo cual ciertamente se hace por divina dispensación, para que la condición humana, resplandeciente por doquier de virtudes, no se eleve en la elación, de modo que en aquello que considera haber superado todas las cosas fuertes, mientras no puede someter lo pequeño por mucho que lo intente, no a sí misma sino a aquel atribuya la victoria, por cuyo don pudo superar lo que ha sido sometido. De donde allí se dice: «Estas son las naciones que el Señor dejó para instruir en ellas a Israel (Jue 3)». Pues

Israel es instruido por las naciones reservadas, mientras nuestra mente aprende en las pequeñas cosas que se le resisten que de ningún modo sometió las mayores por sí misma.

Aquí está la suma de todo el asunto, hermanos carísimos: por qué dejamos el mundo; aquí debe girar toda nuestra intención, en lo que nos gozamos de haber venido al sagrado orden, a saber, para que nuestra mente, ceñida con las armas de las virtudes, se ejercite siempre en el certamen espiritual, y contienda con fervoroso espíritu por debelar los portentos de los vicios, que no saben amansarse en torno a nosotros. ¿Pues qué habría aprovechado al pueblo israelita dejar solamente los campos egipcios, si no hubieran ardido por herir los cuellos de los enemigos con matanza bélica, para que después pudieran poseer en quieto ocio la mejor tierra? ¿Qué provecho habría, en fin, si escaparan del yugo del Faraón, bajo el cual se les permitía vivir de algún modo, si provocaran las espadas de los cananeos hacia sus propios degüellos por la incuria del torpor?

Sacudamos, pues, hermanos carísimos, la degenerada inercia de la marchita disolución, nosotros que queremos llegar a la corona por la fortaleza de luchar denodadamente. Estemos siempre listos para arrojar del campo de nuestro corazón a las cuñas invasoras de los vicios y a las fieras rugientes, y no les permitamos tener ningún lugar de perversa condenación en aquello que es de nuestro derecho. No nos vean nuestros enemigos, lo cual no suceda, ceder enervados, no sea que pronto aplaudiéndose a sí mismos,

puedan exultar por nuestras retiradas. Pues tenemos un invicto jefe de nuestra milicia, a quien decimos fielmente: «Juzga, Señor, a los que me dañan, expugna a los que me impugnan, toma las armas y el escudo, y levántate en mi ayuda (Sal 34)». Feliz aquel guerrero espiritual que sigue a tal jefe en la batalla, que merece tener a tal autor de su encuentro, que tanto da audacia al que presume, como victoria al que lucha, y promueve al que vence hacia la corona; más aún, él mismo es el donativo para los que militan, la ciudadanía para los veteranos, el premio sempiterno para los que triunfan, Jesucristo ayer y hoy, el mismo Dios bendito por los siglos. Amén.

SERMÓN LXXV.

FRAGMENTOS DEL PRIMER SERMÓN SINODAL.

Así como en el monte Sinaí el Señor propuso al pueblo israelita por Moisés los edictos de la ley (Ex 19 y ss.), así también en la santa Iglesia por el ministerio de los sacerdotes el mismo legislador y juez presenta al pueblo cristiano los mandatos de vida. Sinaí ciertamente se interpreta como zarza, o tentación. De la zarza ciertamente el Señor, como testifica la Escritura, se apareció, y mandó a Moisés llevar los mandatos a los hijos de Israel; y en la Iglesia Dios es sin duda discernido, tal como promete al mismo Moisés que le rogaba que se le mostrara a sí mismo, diciendo: «He aquí que hay un lugar junto a mí, estarás sobre la piedra; y cuando pase mi gloria, entonces verás mis espaldas (Ex 33)». En cuanto a que el Sinaí también se

llame tentación, ¿qué otra cosa debe entenderse por esto, sino que en la Iglesia donde se da la ley, allí la tentación del espíritu maligno a veces surge pestilencialmente? Para que, para violar la regla del recto juicio, a veces se cuele la esperanza del lucro, a veces la alabanza o el favor de la gracia humana ablande el rigor de la justicia, a veces el livor de la ira o del odio impulse a dañar, a veces el miedo reprima el corazón de la libertad de juzgar rectamente, a veces la crueldad exceda la medida de la digna venganza.

He aquí que hay un lugar junto a mí, y estarás sobre la piedra, y entonces verás mis espaldas. Pero ¿qué es este lugar donde al punto sobre la piedra el Señor es discernido, sino que se entiende la santa Iglesia, donde mientras se apoya constantemente en la piedra de la fe, contemplamos junto con el Apóstol la gloria del Señor? Pues esta es de la que se dice: «Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia (Mt 16)».

Tierra hasta las ventanas, y las ventanas cerradas (Ez 41). Dice el Apóstol: «El templo de Dios es santo, el cual sois vosotros (1 Cor 3)». Pero las ventanas de este templo son los sacerdotes, que infunden al pueblo de los fieles la luz de la santa predicación. Pero cuando la tierra se amontona hasta las ventanas, con las ventanas cerradas el templo se oscurece continuamente. Y cuando los negocios terrenos implican a los sacerdotes, como ventanas cerradas el templo, que pierde la luz, se oscurece. Nosotros, por tanto, es necesario que, cuanto podamos, vaquemos de los actos terrenos, para que vigilemos continuamente los

sagrados elocuencios. Tal como dice la esposa en los Cánticos: «Tus ojos como palomas sobre los arroyos de las aguas, que están lavadas con leche, y residen junto a las corrientes plenísimas (Cant 5)».